

El Vizconde de  
Bragelonne.  
Tomo I. Parte II

---

Alejandro Dumas

## ARTAGNAN ENTABLA RELACION CON UN POETA QUE SE HIZO TIPÓGRAFO PARA QUE SUS VERSOS FUESEN IMPRESOS

Antes de ponerse a la mesa; tomó Artagnan sus informes, como tenía de costumbre; pero es un axioma de curiosidad que todo hombre que quiere preguntar bien y fructíferamente debe empezar por ofrecerse él mismo a las preguntas. Artagnan buscó, pues, con su habilidad ordinaria, un preguntador útil en la hostería de la Roche Bernard.

Y casualmente había en el primer piso de esta casa dos viajeros que también se ocupaban en los preparativos de su comida.

Artagnan vio en la cuadra sus monturas y en la sala sus equipajes. El uno viajaba con lacayo, como una especie de personaje; dos yeguas, hermosos animales, le servían de montura.

El otro, compañero bastante exiguo, viajero de mezquina apariencia y polvoriento gabán, había llegado de Nantes en un carretón arrastrado por un caballo de tal modo semejante a Furet en el collar, que Artagnan hubiese andado cien leguas antes de encontrar otro mejor para emparejar un tiro.

El carretón contenía distintos paquetes envueltos en lienzos viejos. "Este viajero --dijo para sí Artagnan--, es de mi calaña; me conviene y yo debo convenirle. El señor Agnan, con su jubón y su casquete raído, no es digno de comer con el señor de las botas viejas y el vicio caballo."

Luego, llamó Artagnan al posadero y le mandó que subiese su cerceta y su sidra a la del señor de los exteriores modestos.

Y subiendo con una silla en la mano una escalera que conducía a la sala, se puso a llamar a la puerta.

--Entrad --dijo el. desconocido. Artagnan entró.

--Disimulad, señor --dijo--, soy como vos un viajero, no conozco a nadie en la posada y tengo la mala costumbre de aburrirme cuando como solo, de tal modo que la comida me parece mala y no me aprovecha. Vuestra figura, que apercibí ahora poco cuando bajásteis para que os abriesen unas ostras, me ha gustado mucho. He observado también que tenéis un caballo muy semejante al mío, y que el posadero; a causa de esta semejanza, sin duda, los ha colocado juntos en su cuadra, donde parecen hallar la compañía a las mil maravillas. No veo, pues, por qué han de estar separados los amos, cuando los caballos están reunidos; en consecuencia; vengo a pedirlos me concedáis el favor de ser admitido a vuestra mesa. Yo me llamo Agnan, para serviros, caballero; intendente indigno de un rico señor que quiere comprar salinas en el país, y que me envía para visitar sus propieda-

des futuras. Quisiera, señor, que mi figura os agradase tanto como me ha gustado la vuestra.

El extranjero, a quien Artagnan veía por primera vez, tenía los ojos negros y brillantes, tez amarilla, frente un poco arrugada por el peso de cincuenta años, honradez en el conjunto de las facciones, y penetración en la mirada.

“Se diría —dijo para sí Artagnan—, que este guapo mozo no ha ejercitado nunca más que la parte superior de su cabeza, los ojos y el cerebro, y debe ser hombre de ciencia; pero la boca, la nariz y la barba no dicen absolutamente nada.”

— Señor —contestó éste, cuyas ideas y persona se criticaban—, me hacéis honor, mas, no porque me fastidie; tengo —añadió sonriéndose—, una compañía que siempre me distrae; mas no importa, os recibo con mucho gusto.

Pero, al decir estas palabras, el hombre de las botas viejas derramó una mirada inquieta sobre

su mesa, cuyas ostras habían desaparecido, y; en la que sólo quedaba un trozo de tocino salado.

--Señor --se apresuró a decir Artagnan , el posadero va a subir una hermosa ave asada y una torta soberbia.

Artagnan había visto en la mirada de su compañero, por muy rápida que fuera, el temor al ataque de un parásito.

Y había acertado, porque al escuchar aquellas palabras se desarrugaron las facciones del hombre de apariencia modesta.

Efectivamente, el fondista entró al instante, como si hubiera estado acechando el momento, con los manjares anunciados.

Unidas la torta y la cerceta al trozo de tocino salado, Artagnan y su compañero saludáronse, se sentaron frente a frente, y, como dos hermanos, hicieron la división del tocino y de los otros platos.

--Señor --dijo Artagnan--, confesad que la asociación es una cosa admirable.

--¿Por qué? --preguntó el extranjero con la boca llena.

--Voy a decíroslo --contestó Artagnan. .

El extranjero dio tregua al movimiento de sus mandíbulas para escuchar mejor.

--Primero --prosiguió Artagnan--, porque en lugar de tener una luz cada uno, tenemos dos.

--Es verdad --dijo el extranjero sorprendido de la extremada exactitud de la observación.

--Veo, por otra, parte, que coméis mi torta con preferencia, mientras que yo, con preferencia también, como de vuestro tocino salado.

--También es verdad.

--En fin, por encima del placer de estar mejor alumbrado y de comer cosas de gusto de uno, pongo el placer de la compañía.

--Sois muy jovial, señor--dijo agradablemente el desconocido. ¡Muy jovial! Y como todos los que no tienen nada en la cabeza.

-- ¡Oh! No os sucede a vos lo: mismo prosiguió Artagnan--, y leo en vuestros ojos toda especie de genio.

-- ¡Oh! Señor...

--Vamos, confesadme una cosa.

-- ¿Cuál?

--Que sois un sabio Señor...

--¿Eh?

--¡Vamos!

--Soy autor.

-- ¡Ya! --murmuró Artagnan entusiasmado y palmoteando--. No me había engañado. ¡Es milagro!

--Señor ...

--Bueno --prosiguió Artagnan--, tendré el gusto de pasar esta noche en compañía de un autor. ¿De un autor célebre, quizá?

-- ¡Oh --dijo el desconocido sonrojándose-- célebre, caballero, célebre no es la palabra!

-- ¡Modesto! --exclamó Artagnan--. Pero al menos --continuó el mosquetero con el carácter de una brusca honradez--, decidme el nombre de vuestras obras, porque recordaréis que no me habéis dicho el vuestro y que me he visto obligado a adivinaros.

--Señor, me llamo Jupenet --dijo el autor.

-- Bonito nombre, y no sé por qué... perdonad.. no sé, se me figuraba haber oído pronunciar ese nombre en alguna parte.

--He compuesto versos --dijo modestamente el poeta.

-- ¡Eso es! Me los habrán hecho leer.

--Una tragedia.

--La habré visto representar.

El poeta se sonrojó nuevamente. No lo creo, porque no se han impreso mis versos.

-- ¡Bien! Entonces será la tragedia quien me habrá enseñado vuestro nombre.

--También os engañáis, porque los señores cómicos del Ayuntamiento de Borgoña no la han querido --dijo el poeta. con la sonrisa cuyo secreto sólo conocen ciertos orgullosos.

Artagnan mordióse los labios.

--Así, pues, señor --continuó el poeta, ya veis que estáis en un error con respecto a mí, y que no siendo yo conocido de vos, no habéis podido oír hablar de mí.

--¡He ahí lo que me confunde! ... Ese nombre de Jupenet es, sin embargo, muy hermoso y digno de ser conocido, tanto como los de Corneille o Rotrou o Garnier... Espero que tendréis a bien declamar algún fragmento de vuestra

tragedia, más tarde... cuando camínemos. Será magnífico, ¡diantre! ¡Ah! Perdón, caballero, es un juramento que se me escapa, habitual en mi señor y amo...

—A veces me permito usarlo porque me parece de buen gusto; claro es que sólo me lo permito en su ausencia, porque... ya comprendéis, pero en verdad... Señor, esta sidra es abominable. ¿No sois del mismo parecer? Y, además, el jarro es de una forma tan irregular que no se tiene sobre la mesa.

— ¿Y si le ponemos fina cuña?

—Sin duda. Pero, ¿con qué?

—Con este cuchillo.

— ¿Y la cerceta, con qué la cortamos luego? ¿Contáis acaso con no tocar la cerceta?

—No tal.

—Pues bien, entonces... Aguardad.

El poeta rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño trozo de fundición el grueso de una línea. Pero apenas salió a la luz el pedazo de fundición; cuando el poeta creyó haber cometido una imprudencia, e hizo un movimiento para volverlo a meter en el bolsillo. Artagnan apercibióse de ello; era hombre que nada se le escapaba, y extendió la mano hacia el trozo de fundición.

--¡Caray! ¡Qué bonito es eso! ¿Puede verse?

--Cierto que sí--contestó el poeta, que pareció haber cedido demasiado pronto a su primer impulso--. Puede verse; pero por mucho que miréis --prosiguió con aire satisfecho--, si yo no digo para qué sirve esto, no lo sabréis.

Artagnan, consideró como una confesión las vacilaciones del poeta y su presteza en ocultar el trozo de fundición, que por inadvertencia había sacado del bolsillo.

Así es que, despertada su atención sobre ese punto, se encerró en la circunspección que en todas ocasiones le daba la superioridad. Además, dijera lo que dijese. Jupenet, él había reconocido muy bien lo que era a la simple inspección del objeto.

Era un carácter de imprenta.

--¿Adivináis lo que es esto? -- prosiguió el poeta.

--No, a fe mía --dijo Artagnan.

--Pues bien --dijo maese Jupenet--; este trocito de fundición es un tipo de imprenta.

-- ¡Bah!

-- Una mayúscula.

-- ¡Caray, caray! --dijo Artagnan abriendo unos ojos muy cándidos.

--Sí, caballero, una J mayúscula, la primera letra de mi nombre.

--¿Y esto es una letra?

--Sí, señor.

--Pues bien, voy a manifestaron una cosa.

-- ¿Cuál?

--No, porque es una tontería lo que voy a decir.

--¡ Ca! --dijo maese Jupenet con ademán protector.

--Pues bien, si esto es una letra, no comprendo cómo se puede hacer una palabra.

--¿Una palabra?

--Para imprimirla, si pues es facilísimo.

--Veamos.

--¿Os interesa?

--Mucho.

--Voy a explicaros la cosa. Atended.

-- ¡Bueno!

--Mirad bien.

--Ya lo hago.

Artagnan parecía absorto en su contemplación.

Jupenet sacó de su bolsillo otros siete u ocho pedazos de fundición, pero más pequeños,

-- ¡Ah! --murmuró Artagnan.

-- ¿Qué?

-- ¿Tenéis toda la imprenta en el bolsillo?  
¡Diablo! Es curioso; en efecto.

--¿Verdad que sí?

--¡Qué cosas se aprenden viajando, Dios mío!

--A vuestra salud --dijo Jupenet, encantado.

--¡A la vuestra. diantre, a la vuestra! Pero no con esta sidra, que es una bebida abominable e indigna de un hombre que bebe en la Hi-

pocrene. ¿No es así como los poetas llamáis a vuestra fuente?

—Sí, señor; así se llama, en efecto, nuestra fuente. Ese nombre viene de dos palabras griegas; hipos, que quiere decir caballo, y...

—Señor —interrumpió Artagnan—, os haré beber cierto licor que viene de una sola palabra francesa, y que no por eso es peor. Permitid que me informe si nuestro huésped tiene alguna botella de vino de Céran en su bodega.

Interpelado el posadero, subió al momento.

—Señor —dijo el poeta—, considerad que no tendremos tiempo para beber el vino, a menos que no nos demos mucha prisa; porque yo debo aprovechar la marea para alcanzar el buque.

— ¿Qué buque? —dijo Artagnan.

—¡Toma! El que sale para Belle Isle.

—¡Ah! Para Belle Isle —dijo el mosquetero—.

— ¡Bueno!

--¡Bah! Tendréis tiempo suficiente, caballero  
--dijo el huésped destapando la botella, el buque no sale hasta la una.

--Pero, ¿quién me avisará? --dijo el poeta.

--Vuestro vecino --replicó el posadero.

--¡Mas si apenas lo conozco!

--Cuando lo oigáis salir será hora de que marchéis.

--¿Va también a Belle Isle?

-- Sí.

--¿Ese señor que tiene un lacayo? --preguntó Artagnan.

--Sí. Todo lo que yo sé es que bebe el mismo vino que bebéis vos. ¡Diablo! Mucho honor es ése para nosotros --dijo Artagnan echando de beber a su compañero, en tanto se alejaba el fondista.

--De modo --repuso el poeta, volviendo a sus ideas dominantes--, que jamás habéis visto imprimir.

--Nunca.

--Mirad las letras que componen la palabra se cogen así: A, B... ya veis, una R, una E, una V...

Y unió las letras con tal habilidad, que no se escaparon al ojo del mosquetero.

--Abreviado --dijo terminando.

--Corriente --dijo Artagnan--. Yo veo muchas letras juntas; pero, ¿cómo se sostienen?

-- El señor Jupenet sonrió como a hombre que ha respondido a todo, y después sacó también del bolsillo un listón de metal en el que reunía y alineaba los caracteres, sosteniéndolos con el pulgar izquierdo.

-- ¿Y cómo se llama ese listón de hierro? --  
--dijo Artagnan--. Porque eso debe tener su nombre.

--Esto se llama componedor contestó Jupenet--, y con auxilio de esta regla se forman las líneas.

--Vamos, sostengo lo que he dicho; vos traéis una prensa en el bolsillo --dijo Artagnan, riendo con aire de simpleza tan marcada, que el poeta quedó engañado completamente.

--No --replicó----, pero estoy torpe, para escribir, y cuando tengo un verso en mi cabeza, lo compongo en seguida para imprimirlo.

-- ¡Cáscaras! --pensó Artagnan para sí--. Es preciso aclarar eso." Y con un pretexto que no turbó al mosquetero, hombre fértil en expedientes, dejó la mesa, bajó la escalera, corrió al cobertizo, bajo el cual permanecía el carretón, rompió con la punta de su puñal la cubierta de uno de los paquetes, y encontró en ellos carac-

teres de fundición semejantes a los que el poeta impresor llevaba en el bolsillo. —" ¡Bien! se dijo Artagnan—. Ignoro todavía si el señor Fouquet quiere fortificar materialmente a Belle Isle; pero en todo caso hay municiones espirituales para el castillo

Y, enriquecido con este descubrimiento, volvió a la mesa. Artagnan sabía lo que quería saber, y estúvose frente a su comensal hasta el momento de oír en la sala inmediata remover el equipaje de un hombre dispuesto a marcharse.

Al instante estuvo listo el impresor, que había dado orden de enganchar el carruaje esperaba a la puerta. El segundo viajero montaba a caballo en el patio con su lacayo.

Artagnan acompañó a Jupenet hasta el puerro, el cual embarcó coche y caballo.

El viajero opulento hizo otro tanto con sus dos yeguas y el doméstico; pero, por más talen-

to que empleara Artagnan para saber su nombre, no lo pudo lograr.

Solamente inspeccionó bien su rostro, para que siempre quedase impreso en su memoria.

Artagnan tenía muchas ganas de embarcar con los dos pasajeros; pero, un interés más, profundo que el de la curiosidad, el del éxito de su expedición, lo rechazó de la orilla y lo condujo a la hostería.

En ella entró suspirando y se metió al punto en la cama, para estar dispuesto por la mañana temprano con ideas frescas y la consulta de la noche.

## LXVII

ARTAGNAN CONTINÚA SUS INVESTIGACIONES

Al punto de la mañana, Artagnan ensilló por sí mismo a *Furet*, que había hecho una comilona aquella noche y devorado él solo los restos de las provisiones de sus dos compañeros.

El mosquetero tomó todos sus informes del hostelero, a quien halló hábil, desconfiado, y adicto en cuerpo y alma al señor Fouquet.

Resultó de ello que, para no dar ninguna sospecha a este hombre, continuó con la fábula de la probable compra de algunas salinas.

Embarcarse en La Roche Bernard para Belle Isle, hubiera sido exponerse a comentarios que tal vez se habrían hecho ya.

Era, singular, además, *que* aquel viajero y su lacayo hubieran permanecido en secreto para Artagnan, a pesar de todas las preguntas que había dirigido el hostelero, quien parecía conocerlo a fondo.

Hízose, pues, dar noticias sobre las salinas y tomó el camino de los pantanos, dejando el mar

a su derecha, y penetrando en aquella vasta y desolada llanura, que parecía un piélago de fango; cuyas ondulaciones argentaban algunas crestas esparcidas de sal.

Marchaba *Furet* maravillosamente con sus pequeños pies nerviosos sobre las estrechas calzadas que dividían las salinas. Tranquilo Artagnan sobre las consecuencias de su caída que le obligaba a tomar un baño frío, se dejaba llevar, contentándose con mirar en el horizonte los tres campanarios agudos, que semejantes a hierros de lanzas, salían del centro de aquella llanura desolada.

Piriac, el pueblo de Batz y Le Croisic, semejantes unos a otros, llamaban y suspendían su atención. Si el viajero daba una vuelta, para orientarse mejor, veía al otro extremo un horizonte con otros tres campanarios: Guérande, Le Pouliguen y Saint Joachim.

Piriac, era el primer puerto, situado a la derecha, y se dirigió a él.

En el instante en que visitaba el puerto de Piriac, se alejaban de él cinco grandes falúas cargadas de piedras.

Pareció singular a Artagnan que se exportasen piedras de un país donde no las había, y tuvo que recurrir a toda la amenidad del señor Agnan para preguntar a la gente del puerto la causa de semejante singularidad.

Un viejo pescador respondió al señor Agnan que las piedras no venían de Piriac ni de los pantanos, por supuesto.

--Pues entonces, ¿de dónde proceden? preguntó el mosquetero.

--De Nantes y de Paimboeuf.

--Y, ¿a dónde van?

--A Belle Isle, señor.

-- ¡Ah, ah! --dijo Artagnan con el mismo acento que había tomado para decir al impresor que le interesaban sus caracteres.....

--Según eso

-- Isle, ¿trabajan en Belle?

-- ¡Toma!... Todos los años hace reparar el señor Fouquet los muros del castillo.

-- ¿De modo, que se está arruinando?

--Es viejo.

--Muy bien.

“El hecho es --pensó Artagnan--, que nada es más natural, y que todo propietario tiene derecho de hacer reparar sus propiedades. Es como si viniesen a decirme que yo fortificaba “La Imagen de Nuestra Señora” cuando estuviese simplemente obligado a hacer reparaciones en ella. Creo, en verdad, que han informado mal a Su Majestad y que puede muy bien haberse engañado.”

--Pero me concederéis --prosiguió en voz alta y dirigiéndose al pescador, porque su papel de hombre desconfiado le estaba impuesto por

el objeto mismo de su misión--: me concederéis, amigo mío, que esas piedras viajan de una manera extraña.

--¿Cómo es eso? --dijo el pescador.

--Vienen de Nantes o de Paimboeuf por el Loira, ¿no es verdad?

--Bajan.

--Eso es cómodo, no lo niego, pero, ¿por qué no van en derechura desde Saint Nazaire a Belle Isle?

-- ¡Toma! Porque las falúas son muy malos barcos y navegan mal por el mar --repuso el pescador.

--Eso no es una razón.

--Perdonad, señor, pero se conoce que jamás habéis navegado --añadió el pescador, no sin una especie de desdén.

--Os ruego me expliquéis eso, buen. hombre. A mí me parece que venir de Paimboeuf a Fi-

riac, para ir de Piriac a Belle Isle, es, como si uno fuese de La Roche Brard a Nantes Y de Nantes a Piriac.

--Por agua sería más corto -- contestó imperturbable el pescador..

--Pero hay que hacer un recodo. El pescador meneó la cabeza.

--El camino más corto de un punto a otro es la línea recta --continuó Artagnan.

--Olvidáis la corriente, señor.

--Bien, conforme.

-- ¿Y el viento?. ¡Ah! ¡Bueno! Indudablemente, la corriente del Loira arrastraba los barcos casi hasta Le Croisic. Si tienen necesidad de calafatearse o de refrescar los víveres van a Piriac costeano, y en Piriac encuentran otra corriente inversa que los lleva a la isla Dumet.

--Perfectamente.

--Desde aquí la corriente del Vilaine los arrastra a otra isla, a la de Hoedic.

--Sin disputa.

--Pues bien, desde esta isla a Belle Isle es recto el camino; el mar pasa como un canal, como un espejo entre las dos islas, y las chalanas se deslizan allí con increíble rapidez; esto es todo.

--¡No importa --dijo el tenaz Artagnan--; es mucho camino.

-- ¡Ah!... ¡El señor Fouquet lo quiere así! -- replicó por conclusión el pescador, quitándose su gorro de lana al pronunciar este nombre venerable.

Una mirada de Artagnan, mirada viva y penetrante como hoja de espada; sólo encontró cándida confianza en el corazón del viejo, y satisfacción e indiferencia en sus facciones; decía el *señor* Fouquet lo quiere *como* si hubiese dicho: *¡Dios lo ha querido!*

Hablase adelantado mucho Artagnan en este salo, y como quiera que habiendo salido las falúas sólo quedaba en Piriac una barca, la del viejo, *que* no parecía estar dispuesta a tomar el mar sin muchos preparativos, acarició a *Furet*, que, dando una nueva prueba de su carácter encantador, se puso en marcha con los pies en las salinas y actitud resuelta.

Y a eso de las cinco llegó a Le Croisic.

Si Artagnan hubiera sido poeta, habría encontrado bello el espectáculo de aquellas extensas playas, de más de una legua da extensión, que cubre el mar con la marea, y que con el reflejo aparecen parduscas, desaladas, llenas de pólipos y de algas muertas, con sus conchas esparcidas y blancas, como las osamentas del inmenso cementerio.

Pero el soldado, el político, el ambicioso, no tienen tampoco el dulce consuelo de mirar al cielo para leer en él una esperanza o una advertencia.

El cielo bajo significa para esas gentes viento y tormentas; las nubes blancas; sobre el azul de la bóveda, dicen simplemente que la mar será tranquila y dulce.

Artagnan vio el cielo azul, la brisa embalsamada de los perfumes salitrosos; y dijo:

—Me embarcaré con la primera marea, aunque tuviese que ir con una cáscara de nuez.

En Le Croisic; lo mismo que en Piriac, había notado dos montones enormes de piedras alineadas en la playa. Estos muros gigantescos, demolidos en cada marea por los transportes que hacíanse para Belle Isle, fueron a los ojos del mosquetero la consecuencia y la prueba de lo que ya había adivinado en Piriac.

¿Era un muro lo que reconstruía el señor Fouquet? ¿Era una fortificación la que edificaba? Para saberlo había que verlo.

Artagnan metió a *Furet en* la cuadra comió, se acostó, y al día siguiente, al amanecer, se pa-

seaba por el puerto, o mejor dicho sobre las conchas.

Le Croisic tiene una huerta de cincuenta pies y una torre de vigía parecida a una torta enorme en un plato.

Tres o cuatro hombres permanecían en la pedregosa playa buscando cangrejos.

El señor Agnan, animados los ojos de alegría y con la sonrisa en los labios, se acercó á los pescadores.

--¿Se pesca hoy? --preguntó.

--Sí, señor --dijo uno de ellos y aguardamos la marea.

--¿Dónde pescáis, amigos?

--En la costa, caballero.

--¿Y cuáles son las buenas costas?

--¡Ah! Según, alrededor de las islas, por ejemplo.

--¿Pero las islas están muy lejos?

--No mucho; --cuatro leguas.

--¡Cuatro leguas! ¡Eso es un viaje!

El pescador se echó a reír en las barbas del señor Agnan.

--Decidme --prosiguió éste con su necia candidez--, a cuatro leguas se pierde de vista la costa, ¿verdad?

--No siempre:..

--En fin... es lejos.. bastante lejos, y, si no fuera por eso, os hubiera pedido que me llevaseis a bordo; me enseñaseis lo que jamás he visto.

--Qué.

--Un pez de mar vivo:

--¿Sois de provincia? --preguntó un pescador.

--Sí, soy de París:

El bretón encogióse de hombros y dijo:

-- ¿Habéis visto al señor Fouquet en París?

--Muchas veces --respondió Artagnan.

--¿Muchas veces? --preguntaron los pescadores estrechando el cerco alrededor del parisiense--. ¿Le conocéis?

--Un poco, es íntimo amigo de mi amo.

--¡Ah! --murmuraron los pescadores.

--Ye he visto todos sus castillos de Saint Mandé; Vaux y su palacio de París.

--¿Y es bonito?

--Soberbio

--No tanto como Belle Isle --replicó un pescador.

--¡Bah! --replicó el señor Agnan dando una carcajada bastante desdeñosa que encolerizó a los concurrentes:

--Bien se adivina que no habéis visto a Belle Isle --replicó el más curioso de los pescadores--  
-, ¿Sabéis que tiene seis leguas y que hay allí árboles como no se ven iguales en Nantes?

--¡Árboles en el mar! --exclamó Artagnan--.  
¡Quisiera ver eso!

--Pues es muy fácil; nosotros pescamos en la isla Hóedic. . . Venid con nosotros; desde este lugar veréis como un paraíso los árboles negros de Belle Isle y la línea blanca del castillo que corta como una cuchilla el horizonte del mar.

--¡Oh! Eso debe ser encantador. ¿Pero sabéis que hay cien campanarios en el castillo del señor Fouquet en Vaux? --dijo Artagnan.

El bretón levantó la cabeza admirado; pero no quedó convencido. ¡Cien campanarios! ---- dijo--: Es igual; Belle Isle es más hermosa: ¿Queréis verla?

-- ¿Es posible? --preguntó Artagnan

----Sí, con la venia del gobernador.

--Pero yo no conozco a ese gobernador.

--Ya que ,conocéis al señor Fouquet, diréis vuestro nombre.

--¡Oh! Amigos míos, ¡yo no soy un caballero!

--Todo el mundo entra en Belle Isle -- prosiguió el pescador--, con tal que no se quiera mal a Belle Isle ni a su señor.

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo del mosquetero.

"Es cierto", pensó para sí." Y añadió después:

--Si estuviese seguro de no marearme ...

--No será aquí --dijo el pescador mostrando con orgullo su hermosa barca de cóncavo fondo.

--¡Vamos! Me convencéis --exclamó Artagnan--. Iré a ver Belle Isle; pero desde lejos; porque no me dejarán entrar.

--Nosotros bien entramos.

--¡Vosotros! ¿Para qué?

--¡Toma!.. ¡Para vender pescado a los corsarios!

-- ¡Eh! ¡Corsarios!

--El señor Fouquet ha hecho construir dos corsarios para dar caza a los holandeses y a los ingleses, y nosotros vendemos pescado a los tripulantes de esos pequeños navíos.

-- ¡Caray... caray...! --pensó Artagnan--: Mejor que mejor.. ¡Una imprenta, baluartes y corsarios! Vamos, el señor Fouquet no es flojo enemigo, como había supuesto, y vale la pena de que uno se mueva para verla de cerca."

--A las cinco y media nos marchamos --añadió gravemente el pescador.

--Os pertenezco y no os abandono.

En efecto, Artagnan vio que los pescadores hablaban de sus barcos y los preparaban; la mar

subió y el señor Agnan se dejó izar hasta bordo, no sin simular temor y dar que reír a los grumetes, que lo acechaban con sus grandes e inteligentes ojos.

Tendióse sobre una vela doblada en cuatro dobleces, y dejó que aparejasen y que la barca saliese a plena mar.

Los pescadores; que hacían su oficio al mismo tiempo que caminaban, no advirtieron que su pasajero no se había puesto pálido; ni había gemido ni padecido; ni que, a pesar de los horribles cabeceos y vaivenes brutales de la barca, a la cual nadie daba dirección, el pasajero novicio había conservado toda su presencia de ánimo y su apetito.

La pesca era bastante afortunada; las carpas y los lenguados ya habían mordido en el cebo; congrios y truchas de un peso enorme habían roto dos hilos, y tres anguilas de mar se arrastraban por la cala con estremecimientos de agonía.

Artagnan les llevaba la fortuna, y así se lo dijeron. El soldado halló el oficio muy divertido y puso mano a la obra, dando rugidos de alegría y recortando ¡pardiez! capaces de asustar a sus mismos mosqueteros, cada vez que un sacudimiento de la red iba a desgarrar los músculos de su brazo y a solicitar el empleo de sus fuerzas y de su habilidad.

La parte del placer le había hecho olvidar la misión diplomática; y estando en lucha con un terrible congrio que le obligaba a aferrarse con una mano al borde de la barca a fin de atraer con la otra a su antagonista, le dijo el patrón:

—Cuidado no nos vean desde Belle Isle.

Estas palabras hicieron en Artagnan igual efecto que la primera bala que silba un día de batalla; soltó el hilo y el congrio, y ambos desaparecieron en el agua.

Artagnan acababa de divisar a una media legua de distancia la silueta pardusca y acentua-

da de las rocas de Belle Isle, dominada por la línea blanca y soberbia del castillo.

Y a lo lejos la tierra, con sus bosques y llanuras verdosas, donde pastaba tranquilamente el ganado.

Esto fue lo primero que llamó la atención de nuestro hombre. El sol lanzaba sus rayos de oro sobre el mar y hacía girar un polvo resplandeciente alrededor de aquella isla encantada. Gracias a esta luz resplandeciente no se veían en ella más que los puntos llanos, y toda sombra cortaba con dureza el paño luminoso de la pradera o de las murallas.

—¡Eh, eh! —dijo Artagnan al aspecto de aquellas masas de rocas negras—. He aquí fortificaciones que no tienen precisión de ningún ingeniero para inquietar un desembarco. ¿Por dónde diablos se puede bajar a esa tierra que Dios ha defendido tan completamente?

--Por aquí --repuso el patrón, cambiando la vela e imprimiendo al timón una sacudida que llevó a la falúa en dirección de un lindo puerto, redondo y recientemente almenado.

--¿Qué diantres veo allí? --preguntó Artagnan.

--Veis a Locmaria --le contestó el pescador.

-- ¿Y más abajo?

--A Bangos.

--¿Y más allá?

--Saujeu... Luego, el palacio.

-- ¡Diablo, esto es un mundo! ¡Ah! Allí hay soldados.

--Hay mil setecientos hombres en Belle Isle, señor --dijo el pescador con orgullo--. ¿Sabéis que la guarnición menos numerosa es de veintidós compañías de infantería? "¡Pardiez! --se dijo Artagnan--. Muy bien podría Su Majestad tener razón..."

Atracaron.

## LXVIII

DONDE SEGURAMENTE SE SORPRENDERÁ EL LECTOR, COMO SE SORPRENDIO ARTAGNAN, AL ENCONTRARSE CON UN ANTIGUO CONOCIDO

En un desembarco siempre hay un tumulto y una confusión que no dejan al espíritu la necesaria libertad para estudiar al primer golpe de vista el nuevo sitio que se le presenta.

El marinero agitado, el buque movible, el ruido del agua sobre la arena y gritos e impaciencia de los que esperan en la orilla; son los dis-

tintos detalles de esa sensación que se resume en una sola palabra: vacilar.

Sólo después de haber desembarcado y de estar unos minutos en la orilla, vio Artagnan en el puerto, principalmente en el interior de la isla, agitarse un mundo de trabajadores.

Artagnan reconoció las cinco chalanas cargadas de piedras que viera salir del puerto de Piriac. Las piedras eran transportadas, a la orilla por medio de una cadena formada por veinticinco o treinta campesinos.

Estas piedras, de gran peso, eran cargadas en carretas, que las conducían al sitio de los trabajos, cuyo valor y extensión aún no podía apreciar Artagnan.

En todas partes reinaba una actividad igual a la que observó el mozo al desembarcar en Salento.

Muchas ganas tenía Artagnan de penetrar, más adelante, pero no podía, so pena de hacer-

se sospechoso, dar lugar a la desconfianza. Sólo adelantaba paulatinamente sin pasar apenas la línea que los pescadores formaban en la playa, observando todo, no diciendo nada, y marchando delante de todas las suposiciones que se pudiesen hacer con una pregunta estúpida o un saludo cortés.

En tanto que sus compañeros hacían su comercio, ponderando y vendiendo su pescado a los obreros y habitantes de la isla, nuestro hombre ganaba terreno poco a poco, y viendo la poca atención que le prestaban, comenzó a fijar miradas inteligentes y seguras en hombres y cosas que aparecían a sus ojos.

Sus primeras miradas se encontraron con excavaciones de terreno, sobre las que no podía engañarse el ojo de un soldado.

En las dos extremidades del puerto, y para que los fuegos se cruzasen sobre el eje, de la elipse que formaba, se habían levantado dos baterías, destinadas evidentemente a contener

cañones, pues Artagnan vio a los obreros concluir las plataformas que debían sustentar las piezas para darles todas las direcciones posibles.

Cerca de cada una de estas baterías algunos operarios llenaban cestos de tierra para el revestimiento de otra que tenía troneras; y un director de trabajos dirigía los de otros operarios que formaban haces de ramaje y cortaban rimbos y rectángulos de césped, destinados a cubrir los cortes de las troneras.

A juzgar por la actividad desplegada en estos trabajos, podíaseles considerar como ya terminados; y suponiendo que la artillería estuviese en la isla, en menos de dos o tres días podía estar el puerto completamente anillado.

Lo que asombró a Artagnan cuando fijó su vista en las fortificaciones de la ciudad, fue ver que Belle Isle estaba defendida por un sistema completamente nuevo, del cual había oído hablar más de una vez al conde de la Fère como

de un gran progreso; mas del cual no había visto aún la aplicación.

Estas fortificaciones no pertenecían ni al método holandés de Marollais, ni al método francés del caballero Antonio de Ville, sino al sistema de Manesson Mallet, hábil ingeniero que seis u ocho años antes, había dejado el servicio de Portugal para entrar al de Francia.

Tenían de notables tales trabajos, que en vez de, elevarse fuera de tierra, como hacían los antiguos muros destinados a defender la ciudad de un escalo, hundíanse, por el contrario, y lo que constituía la altura de las murallas era la profundidad de los fosos.

No necesitó Artagnan mucho tiempo para reconocer toda la superioridad de tal sistema, a salvo de los peligros de la artillería.

Y como los fosos estaban más bajos que el nivel del mar, podían ser inundados por medio de esclusas subterráneas.

Por lo demás, los trabajos hallábanse casi terminados, y un grupo de trabajadores, que recibía órdenes de un hombre que parecía ser el director, se ocupaba de colocar las últimas piedras.

Un puente echado sobre el foso, para mayor comodidad de las maniobras, unía el interior al exterior.

Artagnan preguntó con curiosidad si le sería permitido atravesar el puente, y le respondieron que ninguna orden se oponía a ello.

Por tanto, Artagnan atravesó el puente y se adelantó hacia el grupo. Este grupo estaba mandado por aquel hombre que ya había notado Artagnan y que parecía el ingeniero jefe. Un plano se hallaba extendido sobre una piedra en figura de mesa, y pasos más allá funcionaba una grúa.

El ingeniero llevaba un jubón que por lo suntuoso, no armonizaba su trabajo, pues más re-

quería éste con el traje de un maestro albañil que del de un señor.

Aquel hombre era de elevada estatura y anchos hombros, y llevaba un sombrero todo cubierto de plumas. Gesticulaba de una manera de las más majestuosas, y parecía, porque estaba vuelto de espaldas, reñir a los operarios por su debilidad o por su inercia.

Artagnan se iba acercando. En aquel momento cesaba de gesticular el hombre del penacho. Con las manos apoyadas en las rodillas, seguía encorvado los esfuerzos de seis obreros que intentaban levantar una piedra labrada a la altura de una barra de madera destinada a sostenerla, para que pudiesen pasar por debajo la cuerda de la grúa.

Reunidos los seis operarios en un solo lado de la piedra, unían todos sus esfuerzos para levantarla ocho o diez pulgadas, sudando y resoplando, mientras otro acechaba la ocasión de meter el rodillo que debía soportarla. Mas ya la

piedra se les había escapado dos veces de la mano antes de llegar a una altura suficiente para ser introducido el rodillo.

No hay que decir que cada vez que se les escapaba la piedra daban un salto atrás a fin de evitar que en su caída les aplastase los pies.

Hicieron un tercer esfuerzo, sin mejor éxito, con mayor desaliento, a pesar de que los seis obreros encorvados sobre la piedra eran animados por el hombre del penacho, que había articulado con voz poderosa la palabra jirine, iniciadora de todas las maniobras.

Entonces se incorporó, y dijo:

—¡Oh, oh! ¿Qué es esto? ¿Estoy tratando con hombres de paja? ¡Diablo! Quitaos de ahí y veréis cómo se hace esto.

— ¡Pardiez! —dijo Artagnan. ¿Tendrá la pretensión de levantar esa enorme roca? Sería curioso. Los obreros apartáronse con las orejas gachas y moviendo la cabeza, menos el que

tenía el madero, que se disponía a realizar su oficio. El hombre el penacho se aproximó a la piedra, se inclinó, deslizó sus manos bajo la cara que tocaba en el suelo, atirantó sus músculos hercúleos, y con un movimiento pausado, como el de una máquina, levantó la troca a un pie del suelo.

El operario que tenía el madero aprovechó la ventaja que se le daba para deslizar el rodillo bajo la piedra.

—¡Ya lo veis! —dijo el gigante, no dejando caer la roca, sino sosteniéndola sobre su soporte.

—¡Pardiez! —murmuró Artagnan—. Sólo conozco a un hombre capaz de semejante esfuerzo.

—¿Eh? —dijo el coloso volviéndose.

—¡Porthos! —exclamó Artagnan estupefacto—. ¡Porthos en Belle Isle!

El hombre del penacho fijó sus ojos en el supuesto mayordomo, y le reconoció a pesar de su disfraz

—¡Artagnan! —gritó, poniéndose encendido—  
—.

— ¡Chitón! —dijo a Artagnan.

—¡Chitón! —contestó el mosquetero.

En efecto, si Porthos acababa de ser descubierto por Artagnan, éste acababa de ser descubierto por Porthos.

A pesar, del interés de su secreto, el primer movimiento de estos hombres fue echarse en brazos uno de otro.

Lo que deseaban ocultar a los concurrentes no era su amistad, sino sus nombres.

Pero después del abrazo vino la reflexión.

— ¿Por qué diantres está Porthos en Belle Isle y levanta peñascos? —dijo Artagnan para sí.

Menos diestro en diplomacia que su amigo, Porthos pensó en voz alta:

— ¿Por qué diablos estáis en Belle Isle? ¿Qué venís a hacer aquí?

Necesario era responder sin vacilar. Vacilar en responder a Porthos hubiera sido descalabro de que jamás se habría podido consolar el amor propio de Artagnan.

—¡Diantre! Amigo mío, estoy en Belle Isle porque estáis vos.

—¡Ah! —dijo Porthos visiblemente aturdido del argumento y pretendiendo comprenderlo con aquella lucidez de deducción que ya conocemos en él.

—Sin duda —prosiguió Artagnan, que no quería dar tiempo a su amigo para que cavilase—. Irle ido a ver a Pierrefonds.

—¿De veras?

—Sí.

--Y no me habéis encontrado allí.

--No; pero encontré a Mosquetón.

--¿Y está bien?

--¡Diantre!

--¿Pero os ha dicho Mosquetón que yo estaba aquí?

--¿Por qué no me lo iba a decir? ¿He desmerecido acaso en la confianza de Mosquetón?

--No; pero él lo ignoraba

--¡Oh! Esa es una razón que nada tiene de ofensiva, para mi amor propio por lo menos.

-- ¿Pero cómo habéis hecho para encontrarme?

----¡Caray, amigo! Un gran señor, como vos, siempre deja huellas de su paso, y me estimaría yo muy poco si no supiese seguir la pista a mis amigos.

Por más lisonjera que fuera esta explicación, no satisfizo completamente a Porthos, que dijo:

—Pero yo no he podido dejar huellas, viniendo disfrazado.

—¡Ah! ¿Habéis venido disfrazado? — preguntó Artagnan.

—Sí.

—¿Y cómo?

—De molinero.

—Porthos, un señor como vos, ¿puede afectar maneras ordinarias hasta el punto de engañar a la gente?

—Pues os juro, amigo mío, que todo el mundo se ha engañado: ¡tan bien he desempeñado mi papel!

—Pero no tan bien que yo no os haya descubierto.

—Justamente. ¿Y cómo me habéis descubier-  
to?

—Esperad; voy a relataros la cosa. Imagináis  
que Mosquetón...

—¡Ah! Es ese tuno de Mosquetón —dijo Port-  
hos plegando los dos arcos de triunfo que le  
servían de cejas.

— Fiero esperad.. Aquí no hay falta ninguna  
de Mosquetón, puesto que él mismo ignoraba  
dónde estuviéseis.

—Sin duda, y por eso tengo tantas ganas de  
comprender.

—¡Oh! ¡Cuán impaciente sois, Porthos!

— ¡Cuando no comprendo soy terrible!

—Vais a comprender. Aramis os ha escrito a  
Pierrefons, ¿no es cierto?

—Sí.

--Os ha escrito que llegaseis antes del equinoccio.

--Cierto.

--Pues bien claro está --dijo Artagnan, confiando que esta razón bastaría a Porthos.

Porthos parecía entregado a un intenso trabajo de comprensión.

-- ¡Oh! Sí --dijo--, ya comprendo. Como Aramis me decía que llegase antes del equinoccio; habéis entendido que era para unirme a él. Os habéis enterado dónde estaba Aramis, diciéndoos: "Donde esté Aramis, estará Porthos." Habéis sabido que Aramis está en Bretaña, y os habéis dicho: "Porthos está en Bretaña."

--¡Justamente! En verdad que no sé cómo os habéis hecho adivino, Porthos. Ya comprendéis entonces. Al llegar a la Roche Bernard supe los bellos trabajos de fortificación que se hacían en Belle Isle, y picada mi curiosidad metime en un barco pesquero sin saber de cierto que estuvie-

seis aquí. He venido, he visto un buen mozo que removía una piedra incapaz de moverla el mismo Ayáx, y he gritado: "Nadie más que el barón de Bracieiux es capaz de semejante esfuerzo.", Me habéis oído, os habéis vuelto, me habéis reconocido, nos hemos abrazado, y si os parece, amigo, nos abrazaremos otra vez.

--He ahí cómo se explica todo, en efecto -- dijo Porthos.

Y abrazó a Artagnan con amistad tan grande, que el mosquetero perdió la respiración, durante algunos minutos.

--Vamos, vamos, más fuerte que nunca -- dijo Artagnan--, y felizmente siempre de los brazos. Durante el tiempo en que Artagnan perdiera la respiración había reflexionado que tenía que representar un papel muy difícil. Trábase de preguntar siempre, sin responder nunca.

Cuando le volvió la respiración, ya tenía formado su plan de campana.

## LXIX

DONDE LAS IDEAS DE ARTAGNAN, CONFUSAS AL PRINCIPIO, EMPIEZAN A ACLARARSE ALGÚN TANTO

El mosquetero tomó al momento la ofensiva.

--Ahora, que ya os lo he dicho todo, querido amigo, o más bien que todo lo habéis adivinado, decidme qué hacéis aquí cubierto de polvo y lodo.

Porthos se limpió la frente, y, mirando alrededor con orgullo, dijo:

--¡Me parece que ya podéis ver lo que hago!

--¡Sin duda! ... Veo que levantáis piedras.

— ¡Oh! ¡Para enseñar a esos haraganes lo que es un hombre! —murmuró Porthos con desprecio—. Ya comprenderéis.

—¡Sí! Pero no tenéis por oficio levantar piedras, aunque haya muchos que lo tengan y no las levanten como vos. Esto es lo que me hacía preguntaros: “¿qué hacéis aquí, barón?”

—Estudio topografía, señor.

— ¿Estudiáis topografía?

—Sí, pero vos mismo, ¿qué hacéis con ese traje de paisano? Artagnan comprendió que había cometido una falta dejándose llevar por la sorpresa. Porthos se había aprovechado de ella para responder con una pregunta.

Feamente, Artagnan la aguardaba, y dijo:

—Ya sabéis que soy paisano, por consiguiente, nada tiene de extraño el vestido, porque está de acuerdo con mi condición.

— ¡Cómo es eso! ¡Vos, un mosquetero!

--Ya no lo soy, mi buen amigo; presenté la dimisión.

--¿Y habéis abandonado el servicio?

--Lo he abandonado.

--¿Y habéis dejado al rey?

--Justamente.

Porthos levantó los brazos al cielo, como quien escucha una noticia inesperada.

--¡Oh! Eso sí que me confunde --dijo.

--Pues sin, embargo, así es.

--¿Qué os ha motivado a determinar eso?

--El rey me disgustó, Mazarino me disgustaba hacía mucho tiempo, como sabéis, y he ahorcado la casaca.

--Pero Mazarino ha fallecido.

--¡Bien lo sé, pardiez! Pero en la época de su muerte ya hacía dos meses que estaba presen-

tada y aceptada mi dimisión; estando entonces libre corrí a Pierrefóns, para, ver a mi querido Porthos; había oído hablar de la feliz división que tenía hecha del tiempo, y pensaba distribuir el mío con el vuestro una quincena de días.

--Amigo mío, ya sabéis que mi casa está abierta para vos, no por quince días, sino por un año, por diez, o por toda la vida.

--Gracias, Porthos.

-- ¿Y no tenéis necesidad de dinero? preguntó Porthos haciendo sonar unos cincuenta luises que encerraba en su bolsa--. ¡En tal caso, ya sabéis! ...

--No, no necesito nada; he puesto mis ahorros en casa de Planchet, que me da un interés por ellos,

--¿Vuestros ahorros?

--Sin duda --dijo Artagnan. ¿Por qué no queréis que haya ahorrado, como otro cualquiera?

—¡Yo! Yo no deseo eso; al contrario, siempre os he sospechado... Es decir, Aramis os ha supuesto siempre algunos ahorrillos Yo no me mezclo en esa clase de asuntos; pero lo que únicamente presumo es que los ahorros de un mosquetero no serán gran cosa.

—Sin duda... Para vos, que sois millonario... En fin, voy a haceros juez del asunto. Yo tenía por una parte veinticinco mil libras...

—Bonita cantidad —dijo Porthos con aire afable.

—Y —continuó Artagnan— el 28 del mes último, he añadido a ellas otras doscientas mil.

Porthos abrió unos ojos que interrogaban elocuentemente al mosquetero: “¿dónde diablos habéis robado semejante suma, querido amigo?

—¡Doscientas mil libras! —murmuró al fin.

—Sí... Que con veinte mil que traigo encima, me completan un total de doscientas cincuenta mil libras:

—Pero veamos, ¿de dónde os viene esa fortuna?

—¡Ah! Ya os contaré la cosa más tarde; amigo mío; pero como, vos tenéis que decirme muchas cosas, dejemos mi relato para luego.

— ¡Bravo! —dijo Porthos—. Ya todos somos ricos. ¿Pero qué tenía yo que contaros?

—Teníais que contarme cómo Aramis ha sido nombrado...

—¡Ah! ¿Obispo de Vannes?

—Sí —dijo Artagnan—, obispo de Vannes. ¿Sabéis que progresa en su carrera?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Sin contar que no parará ahí.

—¡Cómo! ¿Suponéis que no se contentará con las medias moradas y que aspirará al sombrero rojo?

-- ¡Chiton! Eso le ha sido prometido.

-- ¡Bah! ¿Por Su Majestad?

-- Por alguien más poderoso que el rey.

--¡Diablos!

--Porthos, ¿me decís cosas increíbles, amigo!

--¿Por qué increíbles? ¿Acaso no ha habido siempre en Francia alguien más poderoso que el rey?

--¡Oh! Ciertamente. En tiempo de Luis XIII era el duque de Richelieu; en tiempo de la regencia era el señor Mazarino; en tiempo de Luis XIV...

-- ¡Vamos!

--El señor Fouquet.

--Lo habéis nombrado de un tirón.

-- ¿De modo que el señor Fouquet ha prometido el capelo a Aramis?

Porthos asumió un aire de reserva, y dijo:

--Querido amigo; Dios me libre de ocuparme de los asuntos de otros, y sobre todo de revelar secretos que pueda haber interés en ocultar. Cuando veáis a Aramis, él os dirá lo que crea que deba deciros.

--En verdad, Porthos, no hablemos más de eso, y volvamos a vos.

--Sí --contestó Porthos.

--¿No me habíais dicho que estabais aquí para estudiar topografía?

--Ciertamente.

--¡Pardiez! Amigo mío, ¡qué lindas cosas hacéis!

-- ¿Cómo es eso?

-- ¡Caray! ¡Estas fortificaciones son admirables!

-- ¿Es ese vuestro parecer?

--Sin duda; y poco menos que un sitio en toda regla. Belle Isle es inexpugnable.

Porthos se frotó las manos.

--Esa es mi opinión dijo.

--¿Pero quién diablos ha fortificado así esta bicoca? Porthos se pavoneó.

--¿No os lo he dicho?

--No.

--¿Y no lo adivináis?

--No; todo lo que puedo decir es que sin duda se trata de un hombre que ha estudiado todos los sistemas, y me parece que se ha fijado en el mejor.

--¡Chitón! --dijo Porthos--. Contemplad mi modestia, amigo Artagnan.

--¡De veras! --respondió el mosquetero--. Seréis vos... quien... ¡Oh!

--Por favor, amigo mío.

--Vos habéis imaginado, planeado y combinado estos baluartes, estos reductos, estas cortinas, estas medias lunas; ¿y quién ha preparado este camino cubierto?

--Os ruego...

--¿Vos quien ha edificado esta luneta con sus ángulos entrantes y salientes?

--Por Dios...

-- ¿Vos quien dio esta inclinación a los cortes de las troneras, con cuyo auxilio se protegerán tan eficazmente los que sirvan las piezas?

--¡Oh! Dios Santo, sí.

--¡Oh! Porthos, Porthos, es preciso inclinarse ante vos; pero siempre nos habéis ocultado ese hermoso genio, y espero, amigo, que me enseñaréis todo en detalle.

--Nada más fácil; aquí está mi plano.

--Enseñádmelo.

Porthos condujo a Artagnan hacía la piedra que le servía de mesa, donde permanecía el plano extendido.

Debajo de este plano estaba escrito lo siguiente, con aquella formidable letra de Porthos de que ya hemos tenido ocasión de hablar:

“En vez de serviros del cuadrado o del rectángulo, como se ha hecho hasta hoy, supondréis la plaza en un hexágono regular, polígono que tiene la ventaja de presentar más ángulos que el cuadrilátero. Cada lado del hexágono, del que determinaréis la longitud en razón de las dimensiones tomadas sobre la misma plaza, será dividido en dos partes iguales; en el punto medio levantaréis una perpendicular hacia centro del polígono, que tendrá de longitud la sexta parte del lado. Por las extremidades de cada lado del polígono trazaréis dos diagonales que irán a cortar la perpendicular. Las dos rectas formarán las líneas de defensa.”

—¡Diablo! —dijo Artagnan deteniéndose en este punto de demostración—. ¡Esto es un sistema completo, Porthos!

—Completísimo —repuso Porthos—. ¿Queréis continuar?

—No, ya he leído bastante; y puesto que sois vos, querido Porthos, quien dirige los trabajos, ¿qué necesidad tenéis de establecer el sistema por escrito?

—¡Oh, amigo! ¡La muerte!

— ¿Cómo la muerte?

—¡Claro! ¿No somos todos mortales?

—Es verdad —dijo Artagnan—; a todo habéis respondido, amigo mío.

Y colocó el plano sobre la piedra.

Mas, por poco tiempo que lo tuviera en las manos, pudo distinguir bajo la enorme letra de Porthos otra mucho más fina que le recordaba ciertas cartas a María Michón, de que tuvo co-

nocimiento en su juventud. Sólo que la goma había pasado y repasado sobre esa letra, que hubiera escapado a un ojo menos penetrante que el de nuestro mosquetero.

—¡Bravo, amigo mío! —dijo Artagnan.

—Ahora ya sabéis todo lo que queríais saber, ¿no es verdad? —dijo Porthos contoneándose.

—¡Oh! Sí, sí; sólo os pido el último favor, amigo.

—Hablad, yo soy aquí el amo.

—Hacedme el favor de decir el nombre de aquel señor que se pasea por allá abajo.

—¿Dónde es allá abajo?

— Detrás de los soldados.

—¿Seguido de un lacayo?

—Sí.

—¿En compañía de una especie de bergante vestido de negro?

--Ese misma.

--El señor Gétard.

--¿Y quién es el señor Gétard, querido?

--El arquitecto de la casa.

--¿De qué casa?

--De la casa del señor Fouquet.

--¡Ah, ah! --exclamó Artagnan.. ¿Con que sois de la casa del señor Fouquet, Porthos?

--¡Yo! ¿Por qué decís eso? --dijo el topógrafo, ruborizándose hasta la extremidad superior de las orejas.

--¡Vaya! Decís la casa hablando de Belle Isle, como si hablarais del castillo de Pierrefonds.

Porthos se pellizcó los labios.

--Amigo --dijo--; Belle Isle es del señor Fouquet, ¿no es verdad?

--Sí.

--Como Pierrefonds es mío.

--Sin duda.

-- ¿Venís de Pierrefonds?

--Ya os he dicho que estuve en él aun no hace dos meses.

--¿Y no habéis visto a un señor que tiene la costumbre de pasearse con una regla en la mano?

--No; mas lo habría visto si en efecto se hubiera estado paseando.

--¡Pues bien! Ese es el señor Boulingrin:

-- ¿Y quién es el señor Boulingrin?

--Allá voy. Si cuando ese señor se pasea con la regla en la mano me pregunta alguno: "¿quién es el señor Boulingrin?"; yo le contesto: "el arquitecto de la casa". Pues bien, el señor Gétard es el Boulingrin del señor Fouquet; pero no tiene que ver nada con las fortificaciones,

que me corresponden a mí solo, ¿entendéis? Nada absolutamente.

—¡Ah, Porthos! —murmuró Artagnan dejando caer los brazos como su vencida que con la espada—. ¡Ah! Amigo mío, no sois únicamente un topógrafo hercúleo, sino también un dialéctico de primer orden.

—¿No es cierto —respondió Porthos—, que está todo poderosamente razonado?

Y sopló, como el congrio que aquella mañana había dejado escapar Artagnan.

—Decidme —prosiguió el mosquetero—, y ese bergante que acompaña al señor Gétard, ¿es también de la casa del señor Fouquet?

—¡Oh!. —dijo Porthos con desprecio—. Ese es un tal Jupenet o Juponet; una especie de poeta.

—¿Que desea establecerse aquí? —

—Creo que sí:

—Yo pensaba que el señor Fouquet tenía bastantes poetas allá.. Scudéru, Loref, Pèlluson, La Fontaine. Si os he de decir la verdad, Porthos, tal poeta os deshonra.

—Lo que nos salva, amigo mío es que no está aquí como poeta.

—¿Pues cómo está?

—Como impresor, y me hacéis pensar en que tengo que decirle una palabra a ese pedante.

—Decidla.

Porthos hizo una seña a Jupenet, que había reconocido a Artagnan y no se daba prisa en acercarse.

Esto condujo naturalmente a una segunda seña de Porthos, la cual era de tal modo imperativa, que fue preciso obedecer.

—¡Cómo! —repuso Porthos—. ¿Habéis desembarcado ayer y ya estáis haciendo de las vuestras?

— ¡Cómo, señor barón! — preguntó temblando Jupenet.

—Vuestra prensa ha hecho ruido toda la noche, señor mío —dijo Porthos—, y no me habéis dejado dormir. ¡Cuerno!

—Señor... —objetó tímidamente Jupenet.

—Nada tenéis que imprimir aún y; por consiguiente, no debéis hacer andar la prensa. ¿Qué habéis impreso esta noche?

—Señor, una poesía algo ligera escrita por mí.

—¡Ligera! ¡Vamos; señor, la prensa chillaba que era una lástima! Que no vuelva a suceder eso, ¿oís?

—Bien, señor.

—¿Me lo prometéis?

—Lo prometo.

—Pues por esta vez os dispenso. ¡Idos!

El poeta se retiró con la misma humildad de que había dado pruebas al acercarse.

—¡Ea! Ya que hemos echado una peluca a este tunante, almorcemos --dijo Porthos.

--Sí --dijo Artagnan--, almorcemos.

--Sólo os haré observar --dijo Porthos---- que no tenemos más que dos horas para nuestro desayuno.

--¡Qué se le va hacer!

--Trataremos de aprovecharlas. Pero ¿por qué no tenemos más que dos horas?

--Porque la marea sube a la una, y con la marea salgo para Vannes. Mas como vuelvo mañana, os quedaréis en mi casa y seréis el amo. Tengo buen cocinero y buena bodega...

--Pero no --repuso Artagnan--, hay una cosa mejor.

--¿Qué?

--Decís que vais a Vannes?

--Indudablemente.

--¿Para ver á Aramis?

--Sí.

--Pues bien, yo he venido expresamente para ver a Aramis . . .

--Es cierto.

--Marcharé con vos.

--¡Toma! Eso es.

--Sólo que debía empezar por ver a Aramis y luego a vos. Pero el hombre propone y Dios dispone; comenzaré por vos y acabaré por Aramis.

--Perfectamente.

--¿Y en cuántas horas vais desde aquí a Vannes?

-- ¡Oh Santo Dios! En seis horas. Tres por mar de aquí a Sarzeau y tres horas de camino desde Sarzeau a Vannes.

--¡Qué cómodo es eso! ¿Y cuántas veces vais a Vannes estando tan cerca del obispado?

--Una vez a la , semana. Pero aguardad que recoja mi plano. Porthos cogió el plano, lo enrolló con cuidado y lo sepultó en su bolsillo.

--Bueno --dijo aparte Artagnan, me parece que ya sé ahora quién es el ingeniero que fortifica a Belle Isle.

Dos horas después había subido la marea, y Porthos y Artagnan se encaminaban a Sarzeau.

LXX

PROCESIÓN EN VANNES

La travesía de Belle Isle a Sárzeau se hizo con mucha rapidez, merced a uno de los buques corsarios de que habían hablado a Artagnan durante su viaje, y que, destinados a dar caza, se abrigaban momentáneamente en la rada de Locmaría, desde donde uno de ellos, con la cuarta parte de su tripulación, hacía el servicio entre Belle Isle y el continente.

Artagnan tuvo ocasión de persuadirse de que Porthos; aunque ingeniero y topógrafo, no estaba bien enterado de los secretos del Estado.

Su perfecta ignorancia hubiera pasado por un prudente disimulo para cualquier otro. Pero Artagnan conocía muy bien todos los pliegues y repliegues de su Porthos, para no, descubrir un secreto en él, si lo había, como los antiguos dependientes de un establecimiento saben buscar con los ojos cerrados cualquier género que se les pida.

Y si Artagnan nada había encontrado plegando y desplegando a su Porthos, era porque realmente no había nada.

--Ea --dijo Artagnan--. Yo sabré más en Vannes en media hora que Porthos ha sabido en Belle Isle en dos meses; mas a fin de que yo sepa alguna cosa, importa que Porthos no use de la única estratagema para que le conozco disposición. Es menester que no prevenga a Ararmis de mi llegada.

Todos los cuidados del mosquetero se limitaron, pues, por el momento, a vigilar a Porthos.

Y, apresurémonos a decirlo Porthos no merecía aquella desconfianza excesiva. Porthos no pensaba de ningún modo nada malo. Tal vez, al encontrarse, Artagnan le había inspirado alguna desconfianza, mas casi al propio tiempo Artagnan había reconquistado en aquel bondadoso y valiente corazón el lugar que siempre había ocupado, y ni la más ligera nube obscure-

cía la mirada de Porthos, al fijarla de vez en cuando, con cariño sobre su amigo.

A1 desembarcar informóse Porthos de si le aguardaban sus caballos; y, en efecto, los divisó en la encrucijada del camino que da la vuelta alrededor de Sarzeau, y que sin atravesar esta ciudad conduce a Vannes.

Los caballos eran dos: una del señor Barón y otro de su escudero. Porque Porthos tenía un escudero desde que Mosquetón usaba del carri-coche como único medio de locomoción.

Artagnan aguardaba que Porthos se decidiera a enviar delante a su escudero en un caballo para traer otro, proponiéndose combatir tal propósito; pero nada de lo que se presumió Artagnan sucedió. Porthos mandó simplemente al servidor que echase pie a tierra y que esperara su vuelta en Sarzeau, mientras Artagnan montaba en su caballo. Lo cual fue ejecutado.

--Sois hombre precavido, amigo Porthos --dijo Artagnan a su amigo cuando se vio montado en el caballo del escudero.

--Sí, pero este es un obsequio de Aramis, pues yo no tengo aquí mis trenes. Aramis ha puesto sus cuabras a mi disposición.

--Buenos caballos; ¡diantre! Caballos de obispo --dijo Artagnan--. Cierto que Aramis es un obispo muy particular.

--Santo hombre --respondió Porthos con tono casi gangoso y alzando los ojos al cielo.

--Entonces está muy cambiado repuso Artagnan--, porque nosotros lo hemos conocido medianamente profano.

----La gracia le ha tocado--dijo Porthos.

--¡Bravo! --contestó -- Artagnan--. Eso redobla mi deseo de ver a mi amigo Aramis.

Y metió espuela al caballo, que lo arrastró con nueva rapidez.

--¡Pardiez! --dijo Porthos--. Si vamos a este paso, en una hora haremos el camino de dos.

--¿Para cuántas leguas?

--Cuatro y media.

--Será ir a buen paso.

--Hubiera podido, amigo mío, haceros embarcar en el canal, querido; pero cuando uno puede poner un buen corcel entre las rodillas, más vale esto que remeros y que cualquier otro medio.

--Es, verdad, Porthos. ¡Y vos, sobre todo, que siempre estáis magnífico a caballo!

--Un poco pesado, amigo mío; 'últimamente me he pesado.

--¿Y cuánto pesáis?

--¡Trescientas! --contestó Porthos con orgullo.

--¡Bravo!

—De modo que me veo obligado a escoger caballos cuyo lomo sea liso y ancho, pues de otro modo los reviento en dos horas.

—Sí, caballos de gigante, ¿no es cierto, Porthos?

—Sois muy bueno, amigo mío —replicó el ingeniero con afectuosa majestad.

—Efectivamente —repuso Artagnan—, me parece que ya suda vuestra montura.

—¡Claro! ¡Como que hace calor! ¡Ah! ¿Veis a Vannes ahora?

—¡Sí, muy bien! Es una bonita ciudad, al parecer.

—Según Aramis, encantado; yo, por lo menos, la encuentro negra; parece que lo negro es muy bello para los artistas. Me he llevado chasco.

—¿Por qué, Porthos?

-- Porque he hecho blanquear mi castillo de Pierrefonds, que estaba gris de vejez.

--En efecto --dijo Artagnan--, el blanco es más alegre.

--Pero menos augusto; como me ha dicho Aramis. Felizmente, hay quien venda pintura negra, y haré dar una mano de ella a Pierrefonds. Si el gris es bello, ya comprenderéis que el negro debe ser soberbio.

--¡Diantre! --dijo Artagnan--. Eso me parece lógico.

-- ¿No habéis venido jamás a Vannes, Artagnan?

--Jamás.

--¿Entonces no conoceréis la ciudad.

--No.

--Pues bien, mirad --repuso Porthos alzándose sobre los estribos, lo cual hizo vacilar el

delantero de su caballo—; ¿veis allá en el sol una flecha?

—Sí.

—Es la catedral.

— ¿Cómo se llama?

—San Pedro. Mirad ahora a la izquierda, en el arrabal. ¿Veis una cruz?

—Sí, la veo.

—Es San Paterno, la parroquia predilecta de Aramis.

Duda, pues San Paterno pasa por haber sido el primer obispo de Vannes. Verdad es que Aramis pretende que no, y como él es tan sabio, bien pudiera ser eso una paro, una para...

—Paradoja —dijo Artagnan.

—Eso es. Se me trababa la lengua.

—Amigo mío —dijo Artagnan—, os suplico continuéis vuestra interesante demostración.

¿Qué es ese grande edificio blanco plagado de ventanas?

—¡Ah! El colegio de los jesuitas. Buena mano tenéis, querido. ¿Veis cerca del colegio una gran casa con campanarios y torrecillas, de hermoso estilo gótico, como dice ese bruto de señor Gétard?

—Sí, la veo; ¿y qué?

—Que es donde habita Aramis.

— ¡Cómo! ¿No vive en el obispado?

—No; el obispado está ruinoso; además, está en la ciudad y Aramis prefiere los arrabales. Por eso os decía yo que gusta tanto de San Paterno, pues San Paterno está en el arrabal. Además, en este mismo barrio hay un mallo, un juego de pelota y una casa de dominicos, que es aquella que eleva al cielo su lindo campanario.

—Perfectamente.

--Y ya veis que el barrio es como una ciudad aparte; tiene sus murallas, sus torres y sus fosos. El muelle llega hasta aquí, y por tanto los buques también. Si nuestro corsario no calase ocho pies de agua, hubiéramos llegado a velas desplegadas hasta las ventanas de Aramis.

--Porthos, Porthos --dijo Artagnan--, sois un pozo de ciencia, una fuente de reflexiones ingeniosas y profundas. Ya no me sorprendéis, Porthos; me confundís.

--Ya hemos llegado --observó Porthos, mudando de conversación con su modestia ordinaria.

--Y ya era tiempo --pensó Artagnan--, porque el caballo se derrite como si fuese de hielo.

Casi en el mismo instante entraron en el arrabal; pero apenas anduvieron cien pasos quedaron asombrados al ver las calles cubiertas de hojas y de flores.

De las viejas murallas de Vannes pendían las más antiguas y extrañas tapicerías de Francia.

De los balcones de hierro caían largos paños blancos salpicados de ramos de flores.

Las calles estaban desiertas; conocíase que toda la población se había reunido en un punto.

Las persianas estaban corridas, y el fresco penetraba en las casas al abrigo de las colgaduras, que causaban densas sombras negras entre sus salientes, y las paredes.

Al volver la calle, unos cánticos hirieron repentinamente los oídos de los recién llegados. Una muchedumbre vestida como de día de fiesta apareció al través de los vapores de incienso que subían al cielo en azulados copos, y las nubes de hojas de rosa revoloteaban hasta los pisos principales.

Por encima de las cabezas se divisaban la cruz y las banderas, signos sagrados de la religión, y debajo de estas cruces y banderas, como prote-

gidas por ellas, todo un mundo de jóvenes con trajes blancos y coronadas de aciano.

Por ambos lados de la calle, encerrando el cortejo, marchaban los soldados de la guarnición, con ramilletes en los cañones de sus fusiles y en la punta de sus lanzas.

Era una procesión.

En tanto que Artagnan y Porthos miraban con fervor de buen gusto que ocultaba la extremada impaciencia de seguir adelante, se acertaba un palio magnífico precedido de cien jesuitas y cien dominicos, acompañado por dos arcedianos, un tesorero, un penitenciario y doce canónigos.

Un sochantre de voz aterradora, un sochantre escogido entre todas las voces de Francia, como entre todos los gigantes del imperio se escogía el tambor mayor de la Guardia Imperial, escoltado por otros cuatro sochantres que sólo le ser-

vían de acompañamiento, hacía resonar los aires y vibrar los vidrios de todas las casas.

Bajo el palio aparecía un rostro pálido y noble, de ojos negros, cabellos negros mezclados de hilos de plata, boca fina y barba prominente y angulosa. Esta cabeza, llena de graciosa majestad, estaba adornada con la mitra episcopal, que le daba, además del carácter de soberanía, el del ascetismo y meditación evangélica.

—¡Aramis! —murmuró involuntariamente el mosquetero cuando pasó a su lado esta cabeza altiva. El prelado estremeciéndose y pareció haber oído aquella voz como un muerto resucitado oye la palabra del Salvador.

Levantó sus grandes ojos y los dirigió sin vacilar al sitio de donde había salido la exclamación.

De una mirada vio a Porthos y a Artagnan a su lado.

Artagnan, por su parte, gracias a la penetración de su mirada, lo había visto y comprendido todo. La fisonomía del prelado había entrado en su memoria para no salir de ella jamás.

Una cosa principalmente había llamado la atención de Artagnan. Aramis se había sonrojado al verlo, y al mismo tiempo había reconcentrado bajo sus párpados el fuego de la mirada del Señor y el afecto de la mirada del amigo.

Era evidente que Aramis se había hecho esta pregunta:

“¿Por qué Artagnan está aquí con Porthos y qué viene a hacer en Vannes?”

Aramis comprendió todo lo que pensaba Artagnan, fijando en él su mirada y viendo que no bajaba los ojos.

Conocía la penetración de su amigo y su talento, y temía dejar adivinar el secreto de su

rubor y de su sorpresa. Siempre era el mismo Aramis con un secreto que guardar.

Para concluir, por tanto; con aquella mirada de inquisidor que era preciso hacer bajar a todo trance, como a todo trance apaga un general los fuegos de una batería que le estorba, Aramis extiende su linda mano blanca, en la cual brilla la amatista del anillo pastoral, hiende el aire con el signo de la cruz, y lanza su bendición á los dos amigos.

Pero Artagnan, tal vez distraído y pensativo, e impío a pesar suyo, no se inclinó ante la bendición santa; mas Porthos, que vio su distracción; apoyó amigablemente la mano en el hombro de su amigo, y lo agachó al suelo.

Artagnan vaciló y le faltó poco para caer de bruces.

Entretanto ya había pasado Aramis.

Artagnan, lo mismo que Anteo, no hizo más que tocar en tierra; y luego se enderezó hacia Porthos, muy dispuesto a enfadarse.

Pero no había que equivocarse sobre la intención del valiente Hércules; lo que le había animado fue un sentimiento de bien parecer religioso.

--Es admirable --dijo-- que nos haya echado una bendición sólo a nosotros dos. Decididamente es un santo.

Artagnan, menos convencido que Porthos, no contestó.

--Ya veis, querido amigo --continuó Porthos--, Aramis nos ha visto, y en vez de seguir marchando al paso de procesión, como hacía, va más de prisa. Mirad cómo el cortejo acelera el paso; sin duda ese querido Aramis está ansioso de vernos y abrazarnos.

--Es verdad --dijo Artagnan en voz alta.

Pero añadió en seguida para sí: “Siempre tendremos que ese zorro me ha visto, y que dispondrá de tiempo para prepararse a recibirme.”

La procesión había pasado, el camino estaba libre, y Artagnan y Porthos marcharon; derechos al palacio episcopal, que rodeaba una muchedumbre numerosa, para ver entrar al prelado.

Artagnan notó que esta multitud se componía, especialmente de gente del pueblo y de militares, y en la naturaleza de estos partidarios conoció la destreza de su amigo.

Efectivamente, Aramis no era hombre que buscase la popularidad inútil. Poco le importaba ser amado de gentes que para nada le sirvieran.

Diez minutos después que ambos amigos habían pasado el umbral del obispado, entró Aramis como un triunfador: los soldados le

presentaban armas como a un superior, y el pueblo le saludaba como a un compañero más bien que como a un jefe religioso.

En el mismo umbral tuvo una conferencia de medio minuto con un jesuita que, para hablarle más discretamente metió la cabeza debajo del palio.

Luego entró en su casa; las puertas se cerraron lentamente, y la multitud se marchó mientras que todavía resonaban los cánticos religiosos.

Era aquel un día espléndido; había perfumes terrestres mezclados a los perfumes atmosféricos y marinos. La ciudad respiraba felicidad y fuerza.

Artagnan sintió cómo la presencia de una mano invisible que había creado aquella fuerza, gozo y felicidad, derramando perfumes por todas partes.

-- " ¡Oh!--pensó--. Porthos ha engordado, pero Aramis ha crecido."

LXXI

SU ILUSTRÍSIMA EL OBISPO DE VANNES

Los dos amigos habían entrado en el palacio episcopal por una puerta especial, conocida únicamente de los amigos de la casa.

Porthos había servido de guía a Artagnan. El digno barón se comportaba como si estuviera en su casa. Sin embargo, fuese por reconocimiento tácito a la santidad de la persona de Aramis y de su carácter, o por costumbre de respetar aquello que le imponía moralmente, conducta que siempre había hecho de Porthos un soldado modelo y un corazón excelente, la verdad es que Porthos guardó en casa de Su Ilustrísima el obispo de Vannes una especie de

reserva que Artagnan notó al instante en la actitud que tomó con los sirvientes y comensales.

Esta reserva no llegaba, sin embargo, al extremo de privarse de preguntar.

Entonces supieron que Su Ilustrísima había entrado en sus habitaciones, y que pronto se presentaría, en la intimidad, menos majestuoso que con sus ornamentos.

En efecto, después de un cuarto de hora escaso, que pasaron Artagnan y Porthos en mirarse mutuamente el blanco de los ojos, y en volver éstos del Norte al Mediodía, se abrió una puerta de la sala y apareció Su Ilustrísima en traje ordinario y, completo de prelado.

Aramis llevaba la cabeza erguida, como hombre acostumbrado al mandato.

Aún conservaba el fino bigote y la perilla real en punta del tiempo de Luis XIII.

Al entrar exhaló ese perfume delicado que, entre los hombres elegantes, coma entre las mujeres del gran mundo, no varia nunca, y que parece estar incorporado la persona de la cual se ha hecho emanación natural.

Sólo que esta vez había retenido el perfume algo de la sublimidad religiosa del incienso; no trastocaba, pero penetraba; no inspiraba el deseo, pero sí el respeto..

No vaciló un momento al entrar en la sala, y sin pronunciar una palabra que, como quiera que fuese, habría sido fría en tal ocasión, se fue derecho al mosquetero tan bien disfrazado bajo el traje del señor Agnan, y lo estrechó en sus brazos con una ternura que el más desconfiado no hubiese podido encontrar sospechosa de frialdad o de afectación.

Artagnan, por su parte, también lo abrazó con igual ardor. Porthos apretó la mano delicada de Aramis entre las suyas enormes, y Artagnan observó que Su Ilustrísima le apretaba la iz-

quierda, probablemente por costumbre, en atención a que Porthos debía haberle martirizado algunas veces los dedos, estrujándolos entre los suyos, adornados de sortijas. Aramis desconfiaba, advertido por el dolor, y sólo presentaba carne que rozar y no dedos que oprimir contra el oro o las facetas de diamantes.

Aramis miró de frente entre dos ventanas, ofreció una silla a Artagnan, sentándose en la sombra, y advirtió que la luz daba en el rostro de su interlocutor.

Esta maniobra, familiar a los diplomáticos y a las mujeres, parece mucho a las ventajas que toman los combatientes sobre el terreno del duelo, según su habilidad o su costumbre.

Artagnan no fue engañado por aquella maniobra; pero fingió no haberla notado. Sintióse cogido, mas justamente por esto comprendió que estaba en el camino de la descubierta, y poco le importaba dejarse batir aparentemente,

con tal que sacara de su pretendida derrota las ventajas de la victoria.

Aramis fue quien comenzó la conversación.

— ¡Ah! ¡Querido amigo! ¡Mi excelente Artagnan!. . . ¡Qué feliz casualidad! ...

—Es una casualidad, mi reverendo compañero —dijo Artagnan—, que yo llamaría amistad. Os busco como siempre os he buscado, en cuanto he tenido alguna empresa que ofreceros o unas horas de libertad que dedicaros.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Aramis sin entusiasmo—. ¿Me buscáis?

—Sí, sí, os busca, amigo Aramis —dijo Portos—, y la prueba es que me ha alcanzado en Belle Isle. Eso está muy bien, ¿no es verdad?

—¡Ah!—dijo Aramis—. Verdaderamente... en Belle Isle.

—¡Bueno! —dijo Artagnan—. He aquí a Porthos que sin pensar en ello ha disparado el primer cañonazo de ataque.

—¡En Belle Isle —murmuró Aramis—, en ese agujero, en ese desierto! ...

—Está muy bien, en efecto.

—Y yo soy quien le ha enterado que estabais en Vannes prosiguió Porthos en el mismo tono.

Artagnan esbozó en sus labios una sonrisa casi irónica.

—¡Sí tal!... Yo lo sabía, mas he querido ver...

—¿Ver qué?

—Si se mantenía nuestra antigua amistad; si al vernos, por más endurecido que nuestro corazón esté por la edad, dejaba escapar aquel buen grito de satisfacción que saluda la llegada de un amigo.

--Y qué, ¿no estáis satisfecho? --preguntó Aramis.

--Así, así.

--¿Cómo?

--Porthos me ha dicho: "¡Chitón!" Y vos...

--¿Y yo qué?

--Y vos... me habéis dado vuestra bendición.

--¿Qué queréis, querido .. mío? --dijo sonriendo Aramis--. Es lo más precioso que tiene un pobre prelado como yo.

--Vamos, mi querido Aramis...

--Indudablemente.

--En Paris se dice, sin embargo, que el obispado de Vannes es uno de los mejores de Francia.

-- ¡Ah! Queréis hablar de los bienes temporales --exclamó Aramis con aire indiferente.

--Cierto que quiero hablar. Yo los tengo ya.

--En tal caso hablemos de ellos --dijo Aramis.

--Habréis de confesar que sois uno de los prelados más ricos de Francia:

--Amigo mío, puesto que me pedís cuentas, os diré que el obispado de Vannes produce

veinte mil libras de renta, ni más ni menos. Es una diócesis que comprende ciento sesenta parroquias.

--Admirable --dijo Artagnan.

--Soberbio --dijo Porthos.

--Pero, sin embargo --repuso Artagnan, cubriendo a Aramis con su mirada--, ¡no los enterraréis aquí para siempre!

--Querido, no admito la palabra enterrado.

--Pues me parece que a semejante distancia de París, está uno enterrado o poco menos.

--Amigo, me estoy haciendo viejo --dijo Aramis--, y no me gusta el ruido y movimiento de la ciudad. A los cincuenta y siete años debe buscarse la calma y la meditación. Aquí las he encontrado: ¿Qué hay de más admirable y severo al mismo tiempo que esta vieja América? Aquí encuentro, querido Artagnan, todo lo contrario de lo que me gustaba en otro tiempo, lo cual es necesario al término de la vida, que es lo contrario del comienzo. Un poco de mis placeres de antaño viene a saludarme de vez en cuando, sin distraerme de mi salvación. Todavía soy de este mundo, y, sin embargo, cada paso que doy me aproximo a Dios.

--Elocuente, sabio, discreto, sois un prelado cumplido, Aramis, y os felicito.

--¡Pero no habréis venido para hacerme cumplidos! --dijo Aramis sonriendo--. Hablad:

¿qué os trae? ¿Seré bastante afortunado para que me necesitéis de un modo cualquiera?

—No, gracias a Dios, amigo —dijo Artagnan—; no es nada de eso... Soy rico y libre.

—¿Rico?

—Sí, rico por mí; no por vos ni por Porthos. Tengo una quincena de miles de libras de renta.

Aramis lo miró con aire de duda, pues no podía creer, viendo a su amigo con aquel aspecto tan humilde, que hubiese hecho fortuna tan crecida.

Viendo Artagnan que había llegado la hora de las explicaciones, contó su historia de Inglaterra.

Durante la conversación vio brillar diez veces los ojos y estremecerse otras tantas los afilados dedos del prelado.

En cuanto a Porthos, no era admiración lo que manifestaba hacia Artagnan, sino entusiasmo y delirio. Cuando terminó Artagnan, dijo Aramis:

--¿Y qué?

--Ya veis --contestó Artagnan--, tengo en Inglaterra amigos y propiedades, y un tesoro en Francia. Si el corazón os dice algo, os lo ofrezco todo... Esto es a lo que he venido.

Por segura que fuese su mirada, no pudo sostener en este momento la de Aramis; de modo que inclinó sus ojos sobre Porthos, como hace la espada que cede a una presión poderosa buscando otro camino.

--En todo caso --dijo el obispo--, habéis tomado un vestido extraño de viaje, querido amigo.

--¡Horrible! Ya lo sé; pero comprenderéis que yo no quería viajar ni como caballero ni como señor. Desde que soy rico, soy codicioso.

-- ¿Y habéis dicho que venís de Belle Isle? --  
dijo Aramis sin transición.

--Sí --replicó Artagnan--, sabía que os había  
de encontrar allí a Porthos y a vos.

--¿A mí? --murmuró Aramis--. ¡A mí! Un  
año hace que estoy aquí y ni una sola vez he  
pasado el mar.

--¡Oh! --dijo Artagnan--. No sabía que fue-  
seis tan casero.

--¡Ah! Querido amigo, ¿habrá que deciros  
que ya no soy el hombre otros tiempos. El caba-  
llo me incomoda y el mar me fatiga; soy un po-  
bre sacerdote achacoso, quejándome siempre,  
gruñendo siempre e inclinado a las austerida-  
des, que me parecen acomodamientos con la  
ancianidad y conferencias con la muerte. No  
hago más que residir aquí, mi amigo Artagnan.

--Pues bien, tanto mejor, porque probable-  
mente vamos a ser vecinos.

--¡Bah! --dijo Aramis, no sin alguna sorpresa, que tampoco pretendió disimular--¡Vos, mi vecino!

--¡Sí, Dios Santo, sí!

--¿Cómo es eso?

--Voy a comprar unas salinas muy productivas que están situadas entre el Piriac y el Croisic. ¡Figuraos, amigo, que es una explotación de doce por ciento de renta limpia! Nunca hay que hacer gastos inútiles, pues el Océano, fiel y regular, trae cada seis horas su contingente a mi caja. Soy el primer parisiense que haya imaginado tal especulación; y no torzáis el gesto, que antes de mucho partiremos. Tendré tres leguas de país por treinta mil libras.

Aramis dirigió una mirada a Porthos, como para preguntarle si todo aquello era verdad, y si no se ocultaba algún lazo bajo aquel exterior de indiferencia: Mas, avergonzado de consultar

a tan pobre auxiliar, reunió todas sus fuerzas para un nuevo asalto o para una nueva defensa.

—Me habían asegurado —continuó— que tuvisteis cierto altercado con la Corte; pero que habíais salido, como salís de todo, querido Artagnan, con los honores de la guerra.

—¿Yo? —dijo el mosquetero con una carcajada insuficiente para ocultar su embarazo; porque al oír estas palabras de Aramis, podía creerlo instruido en sus últimas relaciones con el rey—. ¿Yo? ¡Ah! Contadme eso, amigo Aramis.

—Sí, me habían contado a mí, pobre obispo perdido en medio de los páramos, que el rey os había tomado por confidente de sus amores.

—¿Con quién?

—Con la señorita Mancini.

Artagnan respiró.

—¡Ah! No digo que no —replicó.

--Parece que una mañana os llevó el rey más allá del puente de Blois para charlar con su querida.

--Es cierto --dijo Artagnan--. ¡Ah! ¿Sabéis eso? Entonces, también debéis saber que aquel mismo día presenté mi dimisión.

--¿Sincera?

--¡Ah! No pudo ser más.

--Y entonces fuisteis a casa del conde de la Fère.

--Sí.

--Y a mi casa también.

--Y a casa de Porthos.

--Sí.

-- ¿Y era para una simple visita? --dijo Aramis.

--¡No! Yo no sabía que estuviéseris ocupados, y quería llevaros a Inglaterra.

--Sí, entiendo; y entonces ejecutasteis solo, hombre maravilloso, lo que queríais, proponer-nos que ejecutásemos los cuatro. Ya presumí que para algo entraríais en esa hermosa restauración, cuando me enteré de que os habían visto en las recepciones del rey Carlos, que os hablaba como a un amigo, o más bien como un obligado.

--Pero, ¿cómo diantre habéis sabido todo eso? --preguntó, Artagnan, que temía que las investigaciones de Aramis fuesen más lejos de lo que le acomodaba.

--Amigo Artagnan --dijo el prelado--, mi amistad se parece un poco a la soledad de ese vigilante nocturno que tenemos en la torrecilla del extremo del muelle. Ese buen, hombre enciende todas las noches una linterna para alumbrar a las barcas que vienen del mar. Está oculto en su garita y los pescadores no lo ven, pero él los sigue con interés, los adivina, los llama y los atrae a la entrada del puerto. Yo me

parezco a ese vigilante; de vez en cuando recibo noticias y me despiertan un recuerdo de todo lo que yo amaba; entonces sigo a los amigos de otro tiempo por la mar borrascosa del mundo, yo, pobre vigilante, a quien el cielo ha tenido a bien dar el abrigo de una garita.

—¿Y qué he hecho después de estar en Inglaterra?, —preguntó Artagnan.

—¡Ah! Nada sé después de eso —dijo Aramis—. Mis ojos se han turbado, he sentido que ya no pensaseis en mí, he llorado vuestro olvido. Hacía mal; os vuelvo a ver, y esto es para mi una gran fiesta, os lo juro.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—¿Cómo está Athos?

—Muy bien, gracias.

— ¿Y el joven pupilo?

— ¿Raúl?

—Sí.

--Ha heredado la destreza de su padre Athos y la fuerza de su tutor Porthos.

-- ¿Cuándo pudisteis juzgar eso?

--La víspera misma .de mi salida de París?

--¿Cómo?

--Había ejecución en la Grève, y a consecuencia de está ejecución hubo tumulto. Nosotros nos hallamos en él, y fue necesario sacar la espada.

--¿Y qué hizo? --dijo Porthos.

--Primero tiró a un hombre por la ventana, como si fuera un saco de algodón.

--¡Oh! ¡Muy bien! --exclamó Porthos.

--Después desenvainó y comenzó a dar estocadas, como hacíamos nosotros en nuestros mejores tiempos.

--¿Y por qué hubo ese tumulto? --preguntó Porthos.

Artagnan notó en el rostro de Aramis extrema indiferencia al oír esta pregunta.

—Se dice —contestó mirando a Aramis— que eran dos contratistas a quienes Su Majestad hacía ahorcar; dos amigos del señor Fouquet.

Un ligero fruncimiento de cejas del prelado apenas indicó que hubiese oído.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos—. Y ¿cómo llamaban a esos amigos del señor Fouquet?

—El señor de Eymeris y el señor Lyodot —dijo Artagnan—. ¿Conocéis esos nombres, Aramis?

—No —dijo desdeñosamente el obispo—, pero esos nombres parecen de banqueros.

—Justamente.

— ¡Oh! ¿El señor Fouquet ha dejado ahorcar a sus amigos? —murmuró Porthos.

—¿Y por qué no? —dijo Aramis. Es que me parece...

--Si han ahorcado a esos desgraciados, sería orden del rey; y creo que porque el señor Fouquet sea superintendente de Hacienda, no por eso tiene derecho de vida y muerte.

--Es igual --dijo Porthos--, en la posición del señor Fouquet... Aramis comprendió que Porthos iba a decir alguna tontería y cortó la conversación:

--Vaya, amigo Artagnan --dijo--, ya hemos hablado bastante de los demás; hablemos un poco de vos.

--Ya sabéis de mí todo lo que puedo deciros; hablemos, por el contrario, de vos.

--Ya os he dicho, querido; ya no soy Aramis.

--¿Ni siquiera el abate de Herblay?

--Ni eso. Aquí veis a un hombre a quien la Providencia ha tomado por la mano, y a quien ha conducido a una posición que ni debía ni se atrevía a esperar.

--¿Dios?, --interrogó Artagnan.

--Sí.

--¡Pues es singular! Me habían dicho que era el señor Fouquet.

-- ¿Quién os dijo eso? --dijo Aramis sin que todo el poder de su voluntad pudiese impedir que un ligero rubor colorease sus mejillas.

--¡Toma! Bazin.

-- ¡Tonto!

--No afirmo yo que sea hombre de genio, es verdad; pero me lo ha dicho y a él me refiero.

--Nunca he visto yo al señor Fouquet --respondió Aramis con una mirada tan tranquila y tan pura como la de una virgen que nunca miente.

--Pero, aun cuando lo hubieseis visto --respondió Artagnan--, y aun conocido, no

habría mal alguno en ello; es un hombre bien plantado el señor Fouquet.

--¡Ah!

--Un gran político.

Aramis hizo un gesto de indiferencia.

--Un ministro todopoderoso.

--Yo sólo dependo del rey y del Papa.

-- ¡Diablo! Escuchad --dijo Artagnan con el tono más cándido--; os digo esto porque aquí todo el mundo jura por el señor Fouquet. La llanura es del señor Fouquet; las satinas que yo compre serán del señor Fouquet; la isla en que Porthos se ha hecho topógrafo es del señor Fouquet; la guarnición es del señor Fouquet, y las galeras son del señor Fouquet. Declaro que nada me hubiera sorprendido vuestra infeudación, o más bien la de vuestra diócesis en el señor Fouquet. Es un señor diferente del rey, y eso es todo; pero tan poderoso como un rey.

--Gracias a Dios, yo no estoy infeudado en nadie, ni pertenezco a nadie --respondió Aramis, que durante esta conversación seguía con la vista cada gesto de Artagnan y cada mirada de Porthos.

Pero Artagnan estaba impasible y Porthos inmóvil; los golpes, tirados hábilmente, eran parados por adversarios hábiles también.

No obstante, todos sentían la fatiga de semejante lucha, y el anuncio de la comida fue recibido bien por todo el mundo.

La comida cambió el curso de la conversación, porque todos comprendieron que, estando prevenidos, ni unos ni otros sacarían ventajas. Porthos no había comprendido absolutamente nada, y habíase quedado inmóvil porque Aramis le había hecho señas de que no se moviese, de modo que la comida no fue para él más que la comida; pero era bastante para Porthos.

Artagnan tuvo gran alegría. Aramis se excedió a sí propio en dulce afabilidad.

Porthos comió muchísimo.

Se charló de guerra y finanzas, de artes y de amores.

Aramis fingía sorpresa a cada palabra de política que arriesgaba Artagnan. Esta serie de sorpresas aumentó la desconfianza de Artagnan, como la eterna indiferencia de Artagnan provocaba la desconfianza de Aramis.

Finalmente, Artagnan dejó caer de intento el nombre de Colbert, golpe que había reservado para lo último.

--¿Quién es Colbert? --preguntó el prelado.

Artagnan dio sobre Colbert todas las noticias que podía desear Aramis. La comida, más bien la conversación, prolongóse hasta la una de la mañana entre Artagnan y Aramis.

A las diez ya se había dormido Porthos en su silla y roncaba estrepitosamente.

A las doce lo despertaron y enviaron a la cama.

--¡Hum! --dijo--. Me parece que me he traspuesto, no obstante ser muy interesante lo que estabais diciendo.

A la una condujo Aramis al mosquetero a la habitación que le estaba destinada, y que era la mejor del palacio episcopal.

Dos criados fueron puestos a sus órdenes.

--Mañana, a las ocho --dijo despidiéndose de Artagnan--, daremos, si gustáis, un paseo a caballo con Porthos.

-- ¿A las ocho? --dijo Artagnan-- ¿Tan tarde?

--No ignoráis que me son necesarias siete horas de sueño --dijo Aramis.

--Es justo.

--Buenas noches, amigo mío.

Y abrazó al mosquetero cordialmente.

Artagnan le dejó marchar.

-- ¡Bueno! --dijo cuando la puerta se cerró --  
, a las cinco me levantaré.

Después de tomar esta resolución se acostó tranquilamente.

LXXII

PORTHOS COMIENZA A ENOJARSE POR  
HABER IDO CON ARTAGNAN

Apenas había apagado Artagnan su bujía, cuando Aramis, que acechaba a través de las cortinas el último suspiro de la luz del aposento de su amigo, atravesó el corredor de puntillas y pasó a la habitación de Porthos.

El gigante, acostado hacía hora y media o poco menos, se daba importancia sobre el. cubre-

piés. Estaba en aquella calma feliz del primer sueño que en Porthos, resistía al ruido de las campanas y del cañón; su cabeza fluctuaba en ese dulce balanceo que recuerda el muelle movimiento de un navío. Un minuto después iba a soñar Porthos.

La puerta de su cuarto se abrió dulcemente bajo la delicada presión de la mano de Aramis:

--El obispo se acercó al durmiente. Una alfombra espesa apagaba el ruido de sus pasos; además, Porthos roncaba como para sofocar cualquier otro ruido.

Púsole una mano sobre el hombro.

--¡Vamos --dijo--, mi querido Porthos!

La voz de Aramis era dulce y afectuosa, pero encerraba, más que un ruego, una orden; su mano era ligera, pero indicaba algún peligro.

Porthos oyó la voz y sintió la mano de Aramis en lo profundo de su sueño.

Y estremeci6se.

--¿Quién va? --dijo con voz de gigante:

--¡Silencio!

-- Soy yo --dijo Aramis.

--¿Vos, amigo? ¿Y porqué diablos me despertáis?

--Para deciros que es menester marchar.

--¿Marchar?

--Ciertamente.

--¿A dónde?

--A París;

Porthos saltó en la cama, y cayó sentado fijando en Aramis sus asombrados ojos.

--¿A París?

--Sí.

--¿Cien leguas? --preguntó.

--Ciento cuatro --respondió el obispo.

--¡Ah! Dios mío --suspiró Porthos volviendo a acostarse, como uno de *esos* niños que luchan con su aya para lograr una o dos horas más de sueño.

--Treinta horas de caballo --añadió resueltamente Aramis--. Ya sabéis que hay excelentes puestos de refresco.

Porthos movió una pierna y dejó escapar un gemido.

--¡Vamos! ¡Vamos; *querido!* insistió el prelado con una especie de impaciencia.

Porthos sacó la otra pierna del lecho.

-- ¿Y es absolutamente preciso que vaya yo?  
--dijo.

--De toda precisión.

Porthos se incorporó sobre sus piernas y comenzó a hacer temblar el pavimento y las paredes con su paso ciclópeo.

—¡Silencio! ¡Por Dios, querido Porthos! —dijo Aramis—. Vais a despertar a alguien.

—¡Ah! Es verdad —contestó Porthos con atina voz de trueno—; lo olvidaba, pero tranquilizaos.

Y al decir estas palabras dejó caer un cinturón cargado con la espada, las pistolas y una bolsa, cuyos escudos escaparon con ruido vibrante y prolongado.

—¡Qué raro es esto! —dijo con la misma voz.

— ¡Más bajo, Porthos!

—Es verdad.

Y, en efecto, bajó la voz en semitono.

—Decía, , pues —prosiguió Porthos—; que es cosa rara que nunca esté uno más pesado que

cuando quiere ser ligero, ni más alborotador que cuando quiere ser silencioso.

—Es verdad; pero hagamos mentir al proverbio, Porthos; démonos prisa y callemos.

—Ya veis que hago cuanto puedo —dijo Porthos poniéndose las botas.

—Perfectamente.

— ¡Parece que la cosa urge!

—Es más que urgente, es grave, Porthos.

—¡Oh! ¡Oh!

— Artagnan os ha interrogado, ¿no es cierto?

—¿A mí?

—Sí, en Belle Isle.

—Nada absolutamente.

— ¿Estáis seguro, Porthos? ¡Diantre!

—Es imposible, acordaos bien.

--Me preguntó qué hacía allí, y le dije que topografía. Hubiera querido decirle otra palabra de que os servisteis cierto día.

--La castrametación.

--Eso es, pero nunca he podido acordarme.

-- Mejor. ¿Qué más os ha preguntado?

--Quién era el señor Gétard.

--¿Nada más?

--Quién era el señor Jupenet.

--¿No ha visto, por casualidad, nuestro plano de fortificaciones?

--Sí, tal.

-- ¡Ah! ¡Demonio!

--Pero, perded cuidado; yo había borrado vuestra letra con goma, y era imposible suponer que hubierais querido darme algún aviso sobre los trabajos.

--Es que nuestro amigo tiene muy buenos ojos.

--¿Pues qué teméis?

--Temo que se haya descubierto todo, Porthos; se trata de prevenir una gran desgracia. He dado orden a mis gentes de que cierren todas las puertas, y no dejarán salir a Artagnan antes del día. Vuestro caballo está preparado, y antes de las cinco de la mañana habréis andado quince leguas. Venid.

Entonces Aramis comenzó a vestir a Porthos pieza por pieza, con tanta celeridad como lo hubiese hecho el más hábil ayuda de cámara.

Porthos, mitad confuso, mitad aturdido; se dejaba vestir y se confundía en excusas.

Cuando estuvo dispuesto; lo sujetó Aramis de la mano y lo guió, haciéndole poner , con precaución el pie sobre cada peldaño de la escalera, impidiéndole que se agarrase a las puertas y

llevándolo; como si él fuera el gigante y Porthos el enano.

En efecto, un caballo ensillado aguardaba en el patio; Porthos montó en él.

Entonces tomó Aramis el caballo por la brida y guióle sobre el estiércol; esparcido en el patio corrió intención de apagar el ruido; al mismo tiempo le pellizcaba en las narices para que no relinchase.

Ya en la sala exterior, Aramis detuvo a Porthos, que iba a partir sin preguntar siquiera para qué, y le dijo:

--Ahora, amigo Porthos, a París sin parar un minuto; comed a caballo, bebed a caballo; pero no perdáis un momento.

--Está ,dicho, no me detendré.

--Esta carta para el señor Fouquet; cueste lo que cueste es menester que la tenga mañana antes de mediodía.

--La tendrá.

--Y pensad en una cosa, querido.

--¿En cuál?

--En que corréis tras de vuestro diploma de duque y de par.

--¡Oh! ¡Oh! --murmuró Porthos con los ojos brillantes--. En ese caso iré en veinticuatro horas.

--Procurad hacerlo.

--¡Pues soltad la brida, y adelante, Goliat!

Aramis, soltó en efecto, no la brida, sino las narices del caballo. Porthos bajó la mano, picó en los ijares y el animal, furioso, salió volando.

Aramis siguió con los ojos a Porthos mientras pudo, y entró en el patio cuando lo hubo perdido de vista.

Aramis cerró la puerta con cuidado, mandó al lacayo que se acostase, y él mismo se metió en la cama.

Artagnan nada sospechaba, de modo que creyó haberlo ganado todo cuando despertó a las cuatro y media de la mañana.

Y corrió en camisa a mirar por la ventana que daba al patio.

El sol salía.

El patio estaba desierto, y ni aun las gallinas habían abandonado sus pértigas:

No se veía un solo criado y todas las puertas estaban cerradas.

—¡Bueno! Calma perfecta —pensó Artagnan—; soy el primero que despierto en la casa; vamos, a vestirnos.

Pero esta vez estudió la manera de no dar al traje del señor Agnan aquella rigidez civil y casi eclesiástica que antes simulaba; por el contrario,

apretándose más y abotonándose de cierta manera, supo dar a su persona un poco de aspecto militar, cuya ausencia tanto había asustado a Aramis.

Hecho esto, y sin usar o aparentar usar de cumplimientos para con su amigo, se entró de improviso en su habitación.

Aramis dormía o fingía dormir. Un libro estaba abierto en su pupitre de noche y aun ardía la bujía en la palmaria. Esto era más de lo preciso para probar a más la inocencia de la noche del prelado y las buenas intenciones de su despertar.

Nuestro hombre hizo precisamente con el obispo lo que el obispo había hecho con Portos.

Le dio un golpe en el hombro. Aramis fingía dormir, porque en vez de despertarse de pronto, él, que tan ligero tenía el sueño, se hizo reiterar la advertencia.

--¡Ah! ¡Ah! Sois vos --exclamó estirando los brazos--. ¡Qué grata sorpresa! En verdad que el sueño me había hecho olvidar que tuviese la dicha de poseeros. ¿Qué hora es?

--No sé --contestó Artagnan algo cortado--: temprana, según creo; pero ya sabéis que aún me dura esa maldita costumbre militar de despertarme con el día.

-- ¿Queréis acaso que salgamos ya? -- preguntó Aramis-----: Me parece muy de mañana.

--Será como gustéis:

--Creía que estábamos convenidos en montar a caballo a las ocho. Es posible, pero yo tenía tantas ganas de veros, que me he dicho: "cuanto más pronto, mejor".

-- ¿Y mis siete horas de sueño? --dijo Aramis.

--En otro tiempo erais menos dormilón que ahora; teníais la sangre más viva y jamás se os encontraba en la cama.

--Justamente, a causa de lo que me decís me place ahora hacer esto. ¿De modo que confesáis que no ha sido por dormir por lo que me habéis citado a las ocho?

--Siempre temo que os burléis de mí, si digo la verdad.

--No tengáis cuidado.

--Pues bien, desde las seis a las ocho acostumbro hacer mis devociones.

--¿Vuestras devociones?

--Sí:

--No creí que un obispo tuviese ejercicios tan severos.

--Querido, un obispo tiene que conceder más a las apariencias que un simple clérigo.

— ¡Pardiez! ¡Esa palabra me reconcilia con vos! ¡Apariencias! ¡Es una palabra de mosquetero! ¡Vivan las apariencias!

—Perdonadme, en vez de felicitarme, Artagnan; es una palabra muy mundana la que he dejado escapar.

—¿Es necesario que os deje?

— Tengo necesidad de recogimiento, querido amigo.

—Bueno, os dejo; mas a causa de este pagano que se llama Artagnan, os suplico que abreviéis.,Tengo sed de vuestra palabra.

— Bien; os aseguro que dentro de hora y media...

—¿Hora y media de devoción? ¡Ah! Aho-  
rradme todo lo posible. Aramis se echó a reír, y dijo:

—Siempre contento, siempre joven. Creo que habéis venido a mi diócesis a indisponerme con la gracia.

-- ¡Bah!

--Bien sabéis que nunca he resistido a vuestras tentaciones; me costaréis la salvación, Artagnan.

Artagnan se mordió los labios.

--Vamos --dijo--, tomo por mi cuenta el pecado; ensartad ahí un *Pateo noster* y la señal de la cruz, y marchemos.

-- ¡Silencio! --dijo Aramis--. Ya no permanecemos solos, y siento pasos de gente extraña que sube.

--Pues despedidla.

--Imposible, les cité ayer; es el rector del Colegio de jesuitas y el superior de los dominicos.

--Vuestro Estado Mayor:

-- ¿Qué vais a hacer?

--Voy a despertar a Porthos y esperar con él a que acabéis vuestras conferencias.

Aramis no se movió, ni pestañeó; ni precipitó su gesto ni su palabra.

--Id --dijo.

Artagnan adelantóse. Hacia la puerta.

--A propósito. ¿Sabéis el cuarto de Porthos?

--Ya preguntaré.

Seguid el pasillo y abrid la segunda puerta a la izquierda.

--¡Gracias! Hasta luego.

Y se marchó en la dirección indicada por Aramis.

Pero volvió antes de haber pasado diez minutos.

Aramis permanecía sentado entre el superior de los dominicos y el rector de los jesuitas; en la misma situación que lo encontrara tiempos atrás en la posada de Creveceur.

Esta compañía no asustó al mosquetero.

— ¿Qué sucede? —dijo tranquilamente Aramis—. Me parece que tenéis algo que decirme.

—Es... respondió Artagnan mirándolo— que Porthos no se encuentra en su cuarto.

—¡Cómo! —replicó Aramis con calma—.

— ¿Estáis seguro?

—¡Pardiez! Vengo de allí.

—Pues, ¿dónde estará?

—Eso os pregunto.

—¿Y no os habéis informado?

—Sí tal.

— ¿Y qué os han dicho?

--Que habría salido, seguramente, pues tenía costumbre de hacerlo sin avisar.

--¿Y entonces qué habéis hecho?

--He ido a la cuadra --respondió Artagnan.

--¿Para qué?

--Para ver si había salido a caballo.

--¿Y qué? --interrogó el prelado.

--Que falta un caballo, el número 5, Goliat.

Este diálogo no estaba exento de afectación por parte del mosquetero y de cierta complacencia por parte de Aramis.

--¡Oh! Ya sé lo que es --dijo Aramis, después de haber pensado un instante--. Porthos ha salido para darnos una sorpresa.

-- ¡Una sorpresa!

--Sí; el canal que va de Vannes al mar está lleno de cercetas y besugos, que es la pesca,

favorita de Porthos. Nos traerá una docena para el almuerzo.

-- ¿Eso creéis? --preguntó Artagnan.

--Estoy seguro. ¿Dónde queréis que haya ido?

--Es posible --dijo Artagnan:

--Haced una cosa, amigo; montad a caballo y buscadlo.

-- Tenéis razón --dijo-- Artagnan--, voy a ello.

--¿Deseáis que os acompañen?

--No, gracias; ya me darán señas.

--Toma un arcabuz.

--Gracias.

--Y ordenad que os ensillen el caballo que gustéis.

--El que montaba ayer al venir de Belle Isle.

--Bien, usad de la casa como vuestra.

Aramis llamó y ordenó que ensillaran el caballo que escogiese el señor Artagnan.

Éste siguió al doméstico encargado de la ejecución de la orden. El doméstico detúvose en la puerta para dejar pasar a Artagnan. En este momento se encontraron sus ojos con los de su amo. Un fruncimiento de cejas hizo conocer al inteligente criado que diese a Artagnan lo que quería..

Artagnan montó a caballo y Aramis oyó el ruido de las herraduras sobre las piedras.

Un momento después entró el domestico.

--¿Y qué?, --preguntó el obispo. -- Monseñor, sigue el canal en dirección al mar.

--Bien --dijo Aramis.

Libre Artagnan de toda duda, corría hacia el Océano, esperando ver a cada instante en la playa la sombra colosal de su amigo Porthos

Artagnan obstinábbase en reconocer pasos del caballo en todas. partes.

A veces se figuraba oír la detonación de un arma de fuego.

Esta ilusión duró como tres horas

En las dos primeras buscó a Porthos.

Y en la otra volvió a casa

--Nos habremos cruzado --dijo--, y voy a encontrar a los dos esperando mi regreso.

Se engañaba Artagnan, pues así, encontró a Porthos en el obispado como a orillas del canal.

Aramis le esperaba en la puerta de la escalera con cara malhumorada.

-- ¿No os han alcanzado, querido Artagnan?  
--gritó desde lejos en cuanto vio al mosquetero.

--No. ¿Habéis enviado tras de mí?

--Sí, querido amigo, disgustado por haberos hecho correr en vano; pero a eso de las siete

vino el limosnero de San Paterno, que encontró a Du Vallon que se marchaba. No queriendo despertar a nadie, le encargó me dijera que temiendo que el señor Géiard le jugase una mala pasada en su ausencia, aprovechaba la marea de la mañana para volver a Belle Isle.

--Mas, decidme: Goliat no habrá atravesado las cuatro leguas del mar.

--Son seis leguas --dijo Aramis.

--Pues con más motivo.

--Así es, querido --dijo el prelado con dulce sonrisa--, que Goliat está en la cuadra, y aseguro que muy satisfecho de no tener a Porthos sobre el lomo.

Efectivamente, el caballo había vuelto desde el primer descanso por los cuidadores del prelado, a quien no se le escapaba ningún detalle.

Artagnan pareció muy satisfecho de la explicación:

Empezaba un papel de disimulo que convenía, perfectamente a las sospechas que cada vez se fijaban más en su ánimo.

Luego, almorzó entre el jesuita y Aramis, teniendo al padre dominico enfrente, a quien sonreía con particularidad.

La comida fue larga y succulenta: vino generoso de España, ostras de Morbihan, pescados exquisitos de la embocadura del Loira, enormes cercetas de Paimboeuf y caza delicada del contorno.

Artagnan comió con apetito y bebió poco.

Aramis no bebió nada, y si bebió, fue agua.

Cuando concluyeron el almuerzo, dijo Artagnan al obispo:

—¿No me habéis ofrecido un arcabuz?

—Sí.

—Prestádmelo.

-- ¿Deseáis cazar?

-- ¿Puedo hacer nada mejor esperando a Porthos?

--Coged el que gustéis en la sala de armas.

--¿Venís conmigo?

--¡Ah! Querido amigo, tendría un gran placer; pero la caza está prohibida a los obispos.

--¡Ah!, --dijo Artagnan--. Lo ignoraba.

-- Además --continuó Aramis--, tengo que hacer hasta mediodía.

-- ¿Conque iré solo? --preguntó Artagnan.

--Sí, pero volved a la hora de comer.

--¡Pardiez! Se come demasiado bien en vuestra casa para que no vuelva.

Luego saludó a los convidados y tomó el arcabuz; pero, en vez de cazar, corrió de echo al puerto de Vannes.

Miró atrás por si lo seguían, más no vio a nadie.

Y era verdad que nadie lo seguía; pero un hermano jesuita, colocado en lo alto del campanario de su iglesia y valiéndose de un antejo, no había perdido desde por la mañana ni uno solo de sus pasos.

— A las once y media ya sabía Aramis que Artagnan fletaba a las once un barco pesquero y que bogaba hacia Belle Isle.

El viaje de Artagnan fue rápido, pues empujaba su embarcación con buen viento Nordeste.

Mientras se acercaba, sus ojos interrogaban la costa, queriendo ver en la ribera o por encima de las fortificaciones el brillante vestido de Porthos y su enorme estatura destacándose sobre un cielo ligeramente nebuloso.

Pero todo fue inútil; desembarcó sin haber visto nada y supo del primer soldado a quien

preguntó, que el señor Du Vallon todavía no había vuelto de Vannes.

Entonces, sin perder un instante, ordenó Artagnan a su barca que volviera a Sarzeau.

Sabido es que el viento varía en las diversas horas de la mañana; de modo que, habiendo pasado de Nordeste a Sudeste, era tan bueno para volver a Sarzeau como lo había sido para el viaje de Belle Isle. En tres horas tocó Artagnan el continente y otras dos le bastaron para llegar a Vannes.

No obstante la rapidez de la carrera, lo que Artagnan devoró de impaciencia y de despecho durante la travesía, sólo el puente del buque, sobre el cual pateó tres horas, pudiera contarle a la historia.

El mosquetero dio un salto desde el muelle en que desembarcó, al palacio episcopal.

Contaba con aterrar a Aramis por la prontitud de su vuelta, y quería echarle en cara su dupli-

idad con reserva, mas con bastante ingenio para hacerle sentir todas las consecuencias arrancándole una parte de su secreto.

Confiaba, por último, gracias a esa viveza de expresión, que es a los misterios lo que una carga a la bayoneta a los reductos, conducir al misterioso Aramis a una manifestación cualquiera.

Pero en el vestíbulo del palacio halló al ayuda de cámara que le cerraba el paso, sonriéndole con arrebató.

--¿Y Su Ilustrísima? --exclamó Artagnan apartándolo con la mano.

--¿Su Ilustrísima? --dijo recobrando su aplomo, perdido por el empuje de Artagnan.

--Sin duda, ¿no me conoces acaso, necio?

--Sí tal; sois el caballero de Artagnan.

--Entonces, déjame pasar.

--Es inútil.

--¿Por qué?

--Porque no está en casa.

--¡Cómo! ¡No está en casa! Pues, ¿dónde está?

--Ha marchado.

--¿A dónde?

--No lo sé; pero tal vez se lo diga al señor caballero.

--¿Cómo? ¿Dónde? ¿De qué modo?

--En ésta epístola que para vos me ha entregado.

Y el ayuda de cámara sacó una carta del bolsillo.

--¡Dámela, belitre! --dijo Artagnan arrancándosela de las manos--. ¡Oh! Sí, lo comprendo --continuó a la primera línea.

Y leyó a media voz:

"Amigo

“Un negocio urgentísimo me llama a una de las parroquias de mi diócesis. Esperaba veros antes de marchar; mas pierdo la esperanza, pensando que estaréis dos o tres días en Belle Isle con nuestro amigo

“Adiós, querido; creed que siento mucho no haberme aprovechado mejor y más largo tiempo de vuestra compañía.”

— ¡Voto a bríos! —exclamó Artagnan—. He sido burlado. ¡Ah! ¡Pécora, bruto y tres veces tonto! ¡Oh! ¡Engañado como un mono a quien se: da una nuez vacía!

Y sacudiendo una puñada en el hocico siempre risueño del ayuda de cámara, se lanzó fuera del palacio episcopal.

Por muy buen trotador que fuera Furet, no estaba a la altura de las circunstancias.

Artagnan llegó a la casa de postas y escogió un caballo, al que hizo ver con unas buenas

espuelas y una mano suave, que no son los ciervos los corredores más ágiles de la creación.

## LXXIII

### DONDE ARTAGNAN CORRE PORTHOS RONCA Y ARAMIS ACONSEJA

Treinta o treinta y cinco horas después de los acontecimientos que acabamos de referir, y cuando el señor Fouquet, según su costumbre; se había encerrado a laborar en aquel gabinete de su casa de Saint Mandé que ya conocemos, una carroza, tirada por cuatro caballos bañados en sudor, entraba al galope en el patio.

Aquella carroza era probablemente esperada; porque tres o cuatro lacayos se precipitaron a la portezuela y la abrieron. Mientras el señor Fouquet se levantaba de su bufete y corría a la ventana, un hombre salía penosamente de la carroza, bajando con dificultad. los tres escalones

del estribo y apoyándose en el hombro de los lacayos.

Apenas dijo su nombre, el lacayo sobre quien se apoyaba se lanzó hacia la escalinata y desapareció en el vestíbulo.

Este hombre iba a avisar a su amo; mas no tuvo necesidad de llamar a la puerta, Fouquet estaba de pie en el umbral.

--Su Ilustrísima el obispo de Vannes --dijo el lacayo.

--¡Bien! --respondió Fouquet.

E inclinándose sobre la barandilla de la escalera, cuyos primeros peldaños empezaba a subir Aramis:

--¿Vos, querido amigo, --dijo--, tan pronto?

--Sí,. yo mismo; mas molido y estropeado, como veis.

--¡Oh! Pobre amigo mío --dijo Fouquet presentándole su brazo, sobre el cual se apoyaba

Aramis, en tanto que los servidores se apartaban con respeto.

— ¡Bah! —respondió Aramis—Esto no es nada; lo principal era llegar, y he llegado.

—Hablad pronto —dijo Fouquet, cerrando la puerta del gabinete. ¿Permanecemos solos?

—Completamente solos.

—¿No puede escucharnos nadie? ¿No puede oírnos alguno?

—Estad tranquilo.

—¿Ha llegado el señor Du Vallon?

—Ha llegado.

—¿Y habéis recibido mi carta?

—Sí; el asunto es grave, a lo que parece, puesto que necesita vuestra presencia en París en un momento tan crítico allá.

—Es verdad; no puede ser más grave.

--Gracias, gracias. ¿De qué se trata?

--Pero, por Dios, respirad antes de todo, querido amigo; estáis pálido.

--Padezco, en efecto; pero, por favor, no os cuidéis de mí. ¿El señor Du Vallon no os ha dicho nada al entregaros la carta?

--No; oí un gran ruido, me asomé a la ventana, y vi una especie de caballero de mármol; bajé, me tendió la carta, y cayó muerto su caballo.

--Pero, ¿y él?

--El también cayó con el caballo, y lo levantaron para conducirlo a las habitaciones; leí la carta y he querido subir a fin de tener noticias más extensas; pero estaba dormido de tal manera, que no ha sido posible despertarlo. Tuve lástima de él y mandé que le quitasen las espuelas y le dejaran tranquilo.

--Bien; oíd ahora de lo que se trata, señor: Habéis visto al señor de Artagnan en París, ¿no es verdad?

--Ciertamente; y es un hombre de talento y aun de corazón; por más que haya hecho matar a nuestros dos amigos Lyodot y Eymenis.

--¡Ah! Sí, ya lo sé; he encontrado en Tourse el correo que llevaba la carta de Gourville y los despachos de Pellison. ¿Habéis reflexionado bien este acontecimiento, señor?

--Sí.

--¿Y habéis comprendido que era un ataque directo a vos?

--¿Eso creéis?

-- ¡Oh! Sí, lo creo.

--Pues bien, lo diré: también me había ocurrido esa idea sombría.

--No os ceguéis, señor, en nombre del Cielo; escuchadme; vuelvo al señor Artagnan.

--Hablad.

--¿En qué, circunstancias le habéis visto.

--Vino a buscar dinero.

--¿Con qué orden?

--Con un libramiento del rey.

-- ¿Directo?

Firmado por Su Majestad. Pues bien, Artagnan ha ido a Belle Isle disfrazado; pasaba por mayordomo encargado de comprar salinas para su amo. Pero Artagnan no tiene más amo que el rey; iba enviado por él y vio a Porthos.

-- ¿Quién es Porthos?

--Perdón, me he equivocado; vio al señor Du Vallon en Belle Isle, y sabe que está fortificada.

--¿Y creéis que el rey le habrá enviado? -- dijo Fouquet pensativo..

--Indudablemente.

--Y Artagnan en manos del rey; ¿es un instrumento peligroso?

--El más peligroso de todos.

-- Así lo juzgué a primera vista. ¿Cómo es eso?

--Quise atraérmelo.

--Si juzgásteis que es el hombre más intrépido de Francia, el más listo y el más sagaz, juzgásteis bien.

-- ¡Hay que tenerlo a toda costa!

-- ¿A Artagnan?

--¿No es vuestro parecer?

--Es mi parecer; mas no lo tendréis.

--¿Por qué?

--Porque hemos dejado pasar el tiempo; estaba indispuerto con la Corte, y era necesario haberse aprovechado de esta indisposición; después ha pasado a Inglaterra, donde ha con-

tribuido poderosamente a la restauración, ha ganado una fortuna, y, por último, ha entrado al servicio del rey. Pues bien, si ha entrado al servicio del rey, es porque le han pagado bien.

—Le pagaremos mejor, y asunto concluido.

—¡Oh! Artagnan tiene palabra, y una vez empeñada permanece donde está.

—¿Y qué deducís de eso? —dijo Fouquet.

—Que por el momento se trata de parar un golpe terrible.

—¿Y cómo lo pararáis?

—Artagnan ha de venir a dar cuenta de su misión al rey.

—¡Oh! Tenemos tiempo para pensar.

—¿Cómo es eso?

—Me parece que traeréis buena delantera.

— Diez horas, poco más o menos.

--Bien, en diez horas... -- Aramis movió su pálida, cabeza—. ¿Veis esas nubes que corren por el firmamento, y esas golondrinos que hienden el arre? Pues Artagnan va más deprisa que la nube y que el pájaro; :Artagnan es el viento que los arrastra.

--¡Vamos!

--Os aseguro que ese hombre tiene algo de sobrehumano, señor: es de mi edad, y lo conozco hace treinta y cinco años.

--Bien, ¿y qué?

--Oíd mi cálculo, señor; yo os envié al señor Du Vallon a las dos de la, mañana y me llevaba ocho horas de delantera. ¿Cuándo llegó el señor Du Vallon?

--A las cuatro aproximadamente. Ya veis que he ganado cuatro horas, a pesar de que Porthos es un jinete *duro*, que ha matado *ocho caballos* en el camino y *cuyos* cadáveres he hallado. Yo he corrido la costa cincuenta leguas, pero tengo

gota, mal de piedra, ¡qué sé yo!. De suerte que me mata la fatiga. He tenido que pararme en Tours, y, rodando después en una carrozas casi muerto, al galope de cuatro caballos furiosos, he llegado ganando cuatro horas a Porthos; pero ya veis, Artagnan no pesa lo que Porthos: Aquél no tiene ni gota ni piedra, como yo, ni es un jinete, sino un centauro; Artagnan, que salía para Belle Isle cuando yo para París, a pesar de las diez horas de delantera que le llevo, llegará dos horas después que yo.

--Pero, ¿y. los accidentes?

--No hay accidentes para él.

-- ¿Y si le faltan caballos?

--Correrá más que los caballos.

--¡Que hombre, Dios santo!

--Sí, es un hombre a quien amo y admiro; lo quiero porque es bueno, grande y leal; lo admiro porque representa para mí el punto

culminante del poder humano; mas, al propio tiempo que lo quiero y admiro, le temo. De modo, señor, que dentro de dos horas estará aquí Artagnan; tomadle la delantera, corred a1 Louvre, y ved al rey antes que él vea a Artagnan.

--¿Y qué he de decir al rey?

--Nada; cededle Belle Isle.

--¡Oh! ¡Señor de Herblay, señor de Herblay! --murmuró Fouquet--. ¡Cuántos proyectos trastornados de repente!

--Después de un proyecto abortado, siempre queda otro que llevar adelante, no desesperemos, y marchad; señor, marchad.

--Pero esa guarnición tan bien conquistada la relevará el rey al instante.

--Esa guarnición, señor, era del rey antes de entrar en Belle Isle y ahora es vuestra; lo mismo sucederá con todas a los quince días de su ocu-

pación. Dejad obrar, señor.. ¿Existe inconveniente en tener un ejército vuestro al cabo de un año en lugar de uno o dos regimientos? ¿No veis que esa guarnición os dará partidarios en La Rochela, en Nantes, en Burdeos, en Tolosa, y en todas partes donde la envíen? Id a ver al rey; señor, que el tiempo urge; mientras nosotros lo perdemos, Artagnan viene volando como una flecha.

--Señor de Herblay, no ignoráis que vuestra palabra es un germen que fructifica en mi pensamiento;. voy al Louvre. ..

--Al instante, ¿no es verdad?

--No os ido más tiempo que el preciso para mudar de vestido. Recordad que Artagnan no tiene precisión de pasar por Saint Mandé, sino que irá derecho al Louvre.

--Artagnan puede tenerlo todo menos mis caballos ingleses; en veinticinco minutos estoy en el Louvre.

Fouquet ordenó la marcha sin perder un momento; Aramis sólo tuvo tiempo para, decirle:

—Volved al instante, porque os aguardo con impaciencia.

Cinco minutos después, marchaba el superintendente hacia París. Durante este tiempo se hacía indicar Aramis la habitación en que descansaba Porthos. .

A la puerta del gabinete de Fouquet le abrazó Pellisson, que acababa de saber su llegada y había dejado el bufete para verlo.

Aramis recibió con aquella dignidad afectuosa, que tan bien sabia tomar, estas caricias tan respetuosas como entusiastas; mas; deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué oigo allá arriba?

Oíase, efectivamente, un ronquido sonoro; semejante al de un tigre hambriento o al de un león impaciente.

-- ¡Oh! No es nada --dijo Pellisson riendo.

--Pero...

--Es el señor Du Vallon que ronca.

--En efecto --dijo Aramis--, nadie más que él es capaz de hacer tal ruido. ¿Permitís, Pellisson, que me entere de si le falta algo?

--¿Y permitís vos que yo os acompañe?

Y ambos entraron en la habitación.

Porthos estaba tendido sobre un lecho, la cara amarillada mas bien que roja, los ojos hinchados, la boca abierta. El rugido que se escapaba de las profundas cavidades de su pecho hacía vibrar los marcos de las ventanas. Las piernas y los pies hercúleos de Porthos habían hecho estallar, hinchándose sus botas de cuero; toda la fuerza de su enorme cuerpo habíase convertido en una rigidez de piedra. Porthos no se movía más que el gigante de granito acostado en la llanura de Agrigente.

Por orden de Pellisson, un ayuda de cámara ocupóse en cortarle las botas, porque ningún poder del mundo hubiera podido arrancárselas.

Cuatro lacayos lo habían intentado en vano, tirando de ellas como de cabrestantes.

Ni siquiera lograron despertar a Porthos:

Quitáronle las botas a tiras, y cayeron sus piernas sobre el lecho; le cortaron el Testo de sus vestidos, lo llevaron a un baño, donde estuvo una hora; envolviéronlo en un lienzo blanco y lo introdujeron en una cama caliente, todo con esfuerzos y trabajos que hubieran incomodado a un muerto, pero que ni siquiera hicieron abrir un ojo a Porthos; ni interrumpieron un instante el órgano formidable de sus ronquidos.

Aramis, de naturaleza seca y nerviosa, armado de un valor exquisito, quería por su parte desafiar el cansancio y trabajar con Gourville y

Pellisson; pero se desmayó en la misma silla donde se obstinaba en permanecer.

De, allí lo levantaron para llevarlo a una cámara contigua, donde el reposo del lecho devolvió la calma al cerebro.

## LXXIV

### DONDE EL SEÑOR FOUQUET OBRA

Mientras tanto Fouquet corría hacia el Louvre al galope tendido de su tiro inglés.

El rey trabajaba con Colbert. De pronto quedó el rey pensativo: aquellas dos sentencias de muerte que había firmado al subir al trono, se presentaban de cuando en cuando en su memoria.

—Señor —dijo al intendente—. A veces creo que esos dos hombres que habéis hecho condenar no eran tan grandes culpables.

--Majestad, fueron elegidos entre la multitud de arrendadores que había necesidad de diezmar.

--¿Elegidos por quién?

--Por la necesidad, Majestad -- respondió Colbert secamente.

--¡La necesidad! ¡Gran palabra! murmuró el joven rey!

-- Grandiosa, Majestad.

--Eran dos amigos muy adictos al superintendente, ¿no es verdad?

-- Majestad, dos amigos que hubieran dado su vida por el señor Fouquet.

--Y la han dado, señor --dijo el rey.

--Es verdad, pero inútilmente, por fortuna, lo cual no era su intención.

-- ¿Cuánto dinero habían derrochado esos hombres?

--Diez millones, poco más o menos, de los cuales se les han confiscado seis.

--¿Y esa suma está en mis cajas? --preguntó el rey con repugnancia.

--Allí está, Majestad; pero, por más que esta confiscación. haya amenazado al señor Fouquet, no le ha alcanzado.

-- ¿Y qué deducís, señor Colbert?

--Que si el señor Fouquet subleva contra Vuestra Majestad una tropa de facciosos para arrancar a sus amigos del tormento, sublevará un ejército cuando se trate de librarse él mismo del castigo.

El rey lanzó sobre su confidente una de esas miradas que se parecen al fuego de un relámpago de tempestad; una de esas miradas, que van a iluminar las tinieblas de las más profundas conciencias.

—Me sorprende —dijo—, que pensando tales cosas del señor Fouquet no me déis ningún consejo.

—¿Qué consejo, Majestad?

—Decidme primero, claramente, exactamente, lo que pensáis, señor Colbert.

— ¿Sobre qué?

—Sobre la conducta del señor Fouquet.

—Me parece, Majestad, que no contento el señor Fouquet con atraer a sí todo el dinero, coma hacia el señor Mazarino, y privar por este medio a Vuestra Majestad de una parte de su poder, desea también atraer a sí a todos los amigos de la vida fácil y de los placeres, todo lo que los holgazanes llaman poesía, y los políticos corrupción; pienso que asalariando a los súbditos de Vuestra Majestad usurpa algo de la prerrogativa regia, y si esto continúa así, no puede tardar en relegar a Vuestra Majestad entre los débiles y los oscuros.

-- ¿Cómo se califican todos esos proyectos, señor Colbert?

-- ¿Los proyectos del señor Fouquet?

--Se les llama crímenes de lesa majestad.

--¿Y qué debe hacerse con los criminales de lesa majestad?

--Se les arresta, se les juzga, y se les castiga.

-- ¿Estáis seguro de que el señor Fouquet ha tenido el pensamiento del crimen que le imputáis?

--Diré más, Majestad; ha habido principio de ejecución.

--Pues bien, vuelvo a lo que decía, señor Colbert.

--¿Y qué decíais, Majestad?

--Dadme un consejo.

--Perdón, Majestad, pero antes tengo algo que añadir.

--Decid.

--Una prueba evidente, palpable; material, de traición.

-- ¿Cuál?

Acabo de saber que el señor Fouquet hace fortificar a Belle Isle en Mer.

--¡Ah! ¿De veras?

--Sí, Majestad.

--¿Estáis seguro?

-- Perfectamente. ¿Sabéis, Majestad, cuántos soldados hay en Belle Isle?

--Yo, no; ¿y vos?

--Lo ignoro, Majestad; y deseaba proponer a Vuestra Majestad que enviase a alguien a Belle Isle.

--¿A quién?

--A mí, por ejemplo.

--¿Y qué haríais allá?

--Informarme de si es verdad que, a ejemplo de los antiguos señores feudales, el señor Fouquet hace reparar sus murallas.

--¿Y con qué objeto?

--Con objeto de defenderse un día contra su rey.

--Pues si es así, señor Colbert, hay que hacer al instante lo que decíais; es preciso prender al señor Fouquet:

--¡Imposible!

--Creo haber dicho, ya, señor, que quedaba suprimida esa palabra en mi servicio.

-- El servicio de Vuestra Majestad no impide que el señor Fouquet sea superintendente general.

--¿Y . qué?

--Y que, por lo tanto, tenga por suyo todo el Parlamento, como tiene todo el ejército por su generosidad, toda la literatura por sus gracias, y toda la nobleza por sus regalos.

--Es decir, pues, que yo ¿nada puedo contra el señor Fouquet?

--Nada, absolutamente, al menos por ahora.

--Sois un consejero estéril, señor Colbert.

--¡Oh! No, Majestad, porque no me limitaré a enseñar el peligro. ¡Veamos! ¿Por dónde se puede minar al coloso? ¡Veamos!

El rey se echó a reír amargamente.

--Ha crecido por el dinero; matadlo por el dinero, Majestad.

--¿Y si le quitara su cargo?

--Mal medio.

--¿Pues cuál es el bueno, entonces?

--Arruinarlo, Majestad, os lo aconsejo.

--¿Cómo?

--No os faltarán ocasiones, aprovechaos de todas ellas.

--Indicádmelas.

--He aquí una en primer lugar. Su Alteza Real Monsieur va a casarse, y sus bodas deben ser magníficas. Esta es una excelente ocasión para que Vuestra Majestad le pida un millón a Fouquet, y él, que paga de una vez veinte mil libras cuando sólo debe cinco mil, encontrará fácilmente ése millón que le pide Vuestra Majestad.

--Corriente; se lo pediré --dijo Luis XIV.

--Si Vuestra Majestad quiere firmar la ordenanza, yo mismo haré cobrar el dinero.

Y Colbert puso un papel delante del rey y le dio una pluma.

En aquel momento entreabrió la puerta el ujier y anunció al señor superintendente.

Luis palideció.

Colbert dejó caer la pluma y se apartó del rey. El superintendente hizo su entrada como hombre de Corte, a quien basta una sola ojeada para apreciar la situación.

Tal situación no era tranquilizadora para Fouquet, cualquiera que fuese la conciencia de su fuerza. El ojillo negro de Colbert, dilatado por la envidia, y el ojo límpido de Luis XIV, inflamado por la ira, señalaban un peligro inminente.

Son los cortesanos para las murmuraciones de Corte, como los soldados viejos, que perciben al través de los rumores del viento y del follaje el resonar lejano de los pasos de una tropa armada; pueden, después de haber escuchado, asegurar cuántos hombres marchan, cuántas armas resuenan, y cuántos cañones ruedan.

Fouquet no tuvo más que interrogar al silencio, y halló en él amenazadoras revelaciones.

El rey le dio tiempo para adelantarse hasta la mitad de la sala, y Fouquet se aprovechó de tan propicia ocasión.

—Majestad —dijo—, estaba impaciente por ver al rey.

—¿Y por qué? —preguntó Luis.

—Para anunciarle una buena noticia.

A excepción de la grandeza de la persona y de la generosidad de corazón, Colbert se parecía en muchos puntos a Fouquet. La misma penetración, el mismo hábito de los hombres. Además; esa gran fuerza de concentración que da a los hipócritas tiempo de reflexionar y prepararse para una salida. Adivinó que Fouquet se adelantaba al golpe que iba a darle. Sus ojos brillaron.

—¿Qué noticia? —dijo el rey.

Fouquet puso un rallo de papel sobre la mesa.

--Tenga Vuestra Majestad la bondad de examinar este trabajo --dijo.

El rey deslió lentamente el rollo.

--¿Planos? --dijo.

--Si, Majestad.

-- ¿Y qué planos son éstos?

--Una reciente fortificación, Majestad.

--¡Ah! ¡ah! --dijo el rey--. ¿Os ocupáis de táctica .y de estrategia, señor Fouquet?

--Me ocupo de todo lo que puede ser provechoso al servicio de Vuestra Majestad --replicó Bouquet.

--¡Magníficos trazas! --dijo el rey examinando el dibujo.

--Vuestra Majestad comprenderá, sin duda --dijo Fouquet inclinándose sobre el papel--; aquí se encuentra el cinturón de muralla, aquí los fuertes, aquí las obras avanzadas.

-- ¿Y qué es esto que veo?

--El mar.

--¿El mar todo alrededor?

--Sí, Majestad.

-- ¿Y qué plaza es ésta cuyos planos me mostráis?

-- Belle Isle en Mer --replicó Fouquet con sencillez.

A este nombre hizo Colbert un movimiento tan marcado, que el rey cayóse, como para recomendarle reserva.

Fouquet fingió no advertir el movimiento de Colbert ni la seña del rey.

--¿De modo que habéis hecho fortificar a Belle Isle? --continuó Luis.

--Sí; Majestad; y traigo a Vuestra Majestad los diseños y las cuentas; he gastado en esta operación un millón seiscientas mil libras.

--¿Y para qué? --replicó secamente Luis, que había tomado la iniciativa en una mirada rencorosa del intendente.

--Para un objeto y fácil de comprender --contestó Fouquet: Vuestra Majestad está algo frío con la Gran Bretaña.

--Sí; pero, desde la restauración de Carlos II he hecho alianza con ella.

--De eso hace un mes, Majestad, y hace más de seis que empezaron las fortificaciones de Belle Isle.

--Luego ya son inútiles.

--Majestad, las fortificaciones jamás son inútiles. Yo fortifiqué a Belle Isle contra Monk, Lambert y todos esos, plebeya de Londres que jugaban a los soldados, y, ahora estará fortificada contra los holandeses, a quienes Vuestra Majestad o la Gran Bretaña no puede menos de hacer la guerra.

--¿Me parece que Belle Isle es propiedad vuestra, señor Fouquet?

--No, Majestad.

--Entonces, ¿de quién?

--De vuestra Majestad.

Colbert se aterrorizó, como si se hubiese abierto un precipicio a sus pies.

Luis se estremeció de admiración, ya por el genio, ya por la adhesión de Fouquet.

--Explicaos, señor --dijo.

-- Nada más fácil, Majestad. Belle Isle es una tierra que me pertenece, y la he fortificado a mis expensas. Mas como nada en el mundo se opone a que el súbdito haga un presente humilde a su rey, yo ofrezco a Vuestra Majestad la propiedad de la tierra, de la que me dejará el usufructo. Belle Isle, plaza da guerra, debe ser ocupada por el rey, Vuestra Majestad podrá tener en ella guarnición segura.

Colbert comenzó a resbalar hacia el suelo, y tuvo necesidad de afianzarse en los muebles para no caer.

--Habéis demostrado aquí una gran habilidad de hombre de guerra --dijo Luis XIV.

-- Majestad; la iniciativa no ha salido de mí; me la han inspirado muchos oficiales. Los planos mismos han sido hechos por un ingeniero de los más excelentes.

-- ¿Su nombre?

--E1 señor Du Vallon.

--¿Él señor Du Vallon? --repitió Luis--. No le conozco. Es enfadoso, señor, Colbert --continuó--, que yo no conozca el nombre de los hombres de talento que honran a mi reino.

Y diciendo estas palabras; volvióse hacia Colbert.

Este sentíase anonadado; el sudor le corría por la frente, no se le ocurría ninguna palabra; sufría un martirio inexplicable.

--Retendréis ese nombre --añadió Luis XIV.

Colbert se inclinó, más pálido que sus puños de encaje de Flandes. Fouquet continuó:

--La albañilería es de almáciga romana, compuesta por los arquitectos según los relatos de la antigüedad.

--¿Y los cañones? --preguntó Luis:

--¡Oh! Eso concierne a Vuestra Majestad; no me corresponde meter cañones en mi casa, sin que Vuestra Majestad diga que es suya.

Luis empezaba a fluctuar, indeciso entre el odio que lo inspiraba aquel hombre tan poderoso y la lástima de aquel otro hombre abatido, que le parecía la contrafigura del primero.

Mas la conciencia de su deber de rey lo fijó en sus sentimientos de hombre:

--Ejecutar estos planos ha debido costaros mucho dinero --dijo, poniendo un dedo encima.

--Creo haber tenido la honra de decir la cifra a Vuestra Majestad.

--Repetidla, la he olvidado.

--Un millón seiscientas mil libras.

--¡Un millón seiscientas mil libras! Sois muy rico, señor Fouquet.

--Vuestra Majestad es el rico --dijo el ministro--, puesto que Belle Isle es vuestra.

--Sí, gracias; pero por rico que sea, señor Fouquet...

El rey se detuvo.

--¿Qué, Majestad? --preguntó el superintendente.

--Preveo el momento en que no gastaré dinero.

--¿Vos, Majestad?

--Sí, yo.

--¿Y en qué momento?

--Mañana, por ejemplo.

--Hágame Vuestra Majestad el honor de explicarse.

--Mi hermano se casa con Madame de Inglaterra.

--¿Y qué, Majestad?

--Y debo hacer a la joven princesa una recepción digna de la nieta de Enrique IV.

-- Muy justo, Majestad.

--Luego tengo necesidad de dinero.

--Indudablemente

--Y necesitaré . . .

Luis XIV titubeó. La cantidad que iba a pedir era precisamente la que se había visto obligado a negar a Carlos II.

Y se volvió hacia Colbert a fin de que diese el golpe.

—Y necesitare mañana...—repitió mirando a Colbert.

—Un millón —dijo éste brutalmente, encantado de tomar el desquite.

Fouquet volvía la espalda para escuchar al rey. Sin moverse lo más mínimo, esperó a que el rey repitiese, o mejor, murmurase:

—Un millón.

—¡Oh! Majestad —contestó desdeñosamente Fouquet—. ¡Un millón! ¿Qué hará Vuestra Majestad con un millón?

—Me parece. . . —dijo Luis XIV. Eso es lo que se gasta en las bodas de cualquier principillo de Alemania.

--Señor. . . Vuestra Majestad necesita dos millones lo menos. Sólo los caballos importarán quinientas mil libras. Tendré el honor de enviar a Vuestra Majestad esta noche un millón seiscientas mil libras.

--¡Cómo! --dijo el rey--.

-- ¿Un millón seiscientas mil libras? --dijo.

--Majestad ---respondió Fouquet sin volverse hacia Colbert--, sé que faltan cuatrocientas mil. Pero ese señor de la Intendencia... (y por encima del hombro indicó con el pulgar a Colbert, que estaba pálido) tiene en Caja novecientas mil libras. El rey se volvió a Colbert.

--Pero... --dijo éste.

--El señor --continuó Fouquet, hablando siempre indirectamente a Colbert--, ha recibido hace ocho días, un millón seiscientas mil libras; ha pagado cien mil a los guardias, setenta y cinco mil a los hospitales, veinticinco mil a

los suizos, ciento treinta mil de víveres, trescientas sesenta mil de armamento y diez mil de gastos menudos; luego no me equivoco al decir que le quedan novecientas mil.

Volviéndose entonces a medias hacia Colbert, como hace un jefe desdeñoso con un inferior, dijo:

—Cuidad de que esas novecientas mil libras sean remitidas en oro a Su Majestad esta misma noche.

—Entonces —dijo el rey— serán dos millones quinientas mil libras.

—Majestad, las quinientas mil libras que sobran serán para el bolsillo de Su Alteza Real. ¿Oís, señor Colbert? Esta noche antes de las ocho.

Y, saludando al rey con respeto, el superintendente hizo hacia atrás su salida, sin honrar siquiera con una mirada al envidioso, cuya cabeza acababa de cortar a medias.

Colbert desgarró de rabia sus puños de encaje, y se mordió los labios hasta sangrar.

Aún no estaba Fouquet en la puerta del gabinete, cuando pasando el ujier a su lado, dijo:

--Un correo de Bretaña para Su Majestad.

--Tenía razón el señor de Herblay --pensó Fouquet sacando su reloj--, una hora cincuenta y cinco minutos. ¡Ya era tiempo!

LXXV

ARTAGNAN LE ECHA AL FIN MANO A SU DESPACHO DE CAPITÁN

El mensajero era fácil de reconocer.

Era Artagnan, con el traje lleno de polvo, el rostro inflamado, los cabellos goteando sudor y las piernas contraídas; levantaba penosamente

los pies a la altura de cada escalón, en los cuales resonaban sus ensangrentadas espuelas.

En el instante mismo en que atravesaba el umbral vio a Fouquet. Éste saludó con una sonrisa a quien una hora antes le traía la ruina o la muerte.

Artagnan encontró en su bondad de alma y él su inextinguible vigor corporal bastante presencia de espíritu para recordar la buena acogida de aquel hombre, y también le saludó, más bien por benevolencia y por piedad que por respeto.

Y sintió en sus labios esta palabra que fue repetida tantas veces al duque de Guisa:

— ¡Huid!

Mas pronunciar esta palabra era hacer traición a una causa; decirla en el gabinete del rey y delante de un ujier, era perderse gratuitamente sin salvar a nadie.

Artagnan se contentó con saludar a Fouquet, sin hablarle, y entró. En el mismo momento fluctuaba el rey entre la sorpresa que acababan de producirle las últimas palabras de Fouquet y el placer de la vuelta de Artagnan.

Sin ser cortesano, tenía Artagnan la mirada tan rápida y segura como si lo fuese.

Al entrar leyó la humillación devoradora en la frente de Colbert. Y aún pudo oír estas palabras, que le decía el rey:

—¡Ah, señor Colbert! ¿Conque teníais novecientas mil libras en la superintendencia?

Colbert, sofocado, se inclinaba sin responder.

Toda esta escena entró a la vez en el ánimo de Artagnan por los ojos y los oídos.

Las primeras palabras de Luis XIV a su mosquetero, como si hubiese querido hacer contras-

te con lo que decía en aquel momento, fue un "buenos días" afectuoso.

Las segundas, un adiós a Colbert. Este salió del gabinete, lívido y vacilante; mientras Artagnan se retorció las guías del bigote.

—Me place ver ese desorden en uno de mis servidores —dijo el rey admirando el marcial continente del traje de su enviado.

—Efectivamente, Majestad —dijo Artagnan—, he creído que mi presencia era bastante necesaria en el Louvre, para permitirme, presentarme así.

—¿Me traéis grandes noticias, señor? —preguntó el rey sonriendo. Majestad, he aquí la cosa en breves palabras:

Belle Isle está fortificada, admirablemente fortificada; tiene una muralla doble, una ciudadela y dos fuertes avanzados; en el puerto hay tres corsarios; y las baterías de la costa sólo espesan los cañones.

--Sé todo eso, señor --respondió el rey.

--¡Ah! ¿Vuestra Majestad sabe todo eso? -- exclamó el mosquetero estupefacto.

--Tengo el plano de las fortificaciones de Belle Isle --dijo el rey.

-- ¿Vuestra Majestad tiene el plano?

--Miradlo.

--Efectivamente, Majestad --dijo Artagnan-- ; éste es, sin duda, y allá he visto otro igual. Obscurecióse la frente de Artagnan, y añadió:

-- ¡Ah! Ya comprendo; Vuestra Majestad no se ha fiado de mí sólo; y ha enviado a otro -- dijo con tono de reproche.

--¿Y qué importa, señor, la manera con que lo haya sabido, con tal de que lo sepa?

--Nada, Majestad --repuso el mosquetero, sin pretender ocultar su descontento--; pero me permitiré decir a Vuestra Majestad que no valía la pena hacerme correr tanto y exponerme vein-

te veces a romperme las costillas, para saludarme al llegar aquí con semejante noticia. Majestad, cuando se desconfía de los hombres, o cuando se les cree incapaces, no se les emplea.

Y Artagnan, con un movimiento militar, dio un golpe con el pie e hizo caer en el entarimado un polvo ensangrentado.

El rey lo miraba y gozaba interiormente de su primer triunfo.

--Señor --dijo al cabo de un instante--; no sólo me es conocida Belle Isle, sino que es mía..

-- Bueno, Majestad; yo no os pregunto nada --respondió Artagnan—. ¡Mi licencia!

--¡Cómo! ¿Vuestra licencia? .

--Sin duda. Soy demasiado orgulloso para comer el pan del rey sin ganarlo, o, más bien, ganándolo mal. ¡Mi licencia, Majestad!

--¡Oh! ¡Oh!

--Mi licencia, o me la tomo yo.

--¿Os incomodáis, señor?

--Hay motivos; ¡vive Dios! ¡Estoy a caballo treinta y dos horas, corriendo día y noche, hago prodigios de ligereza, llego tieso como un ahorcado, y otro me toma la delantera! ¡Vamos, soy un pigmeo! ¡Mi licencia, Majestad!

--Señor Artagnan --dijo Luis XIV apoyando su blanca. mano en el polvoriento brazo del mosquetero--; lo que acabo de decir no influye para nada en lo que os he prometido. Palabra dada, palabra cumplida.

Y el joven rey fue derecho a su mesa, abrió un cajón, y sacó un papel plegado en cuatro dobleces.

--Este es vuestro despacho de capitán de los mosqueteros; lo habéis ganado, señor de Artagnan.

Artagnan abrió con viveza el papel y lo miró dos veces, sin dar crédito a sus ojos.

--Y se os da ese despacho --continuó el rey-- , no sólo por vuestro viaje a Belle Isle, sino también por vuestra valerosa intervención en la plaza de la Grève. Muy bien me servisteis allí.

--¡Ah! ¡ah! --murmuró Artagnan, sin que el poder que tenía sobre sí mismo pudiera impedir que cierto rubor le subiese a los ojos--. ¿También sabéis eso, Majestad?

--Sí, lo sé.

El rey tenía la mirada penetrante Y el juicio infalible cuando se trataba de leer en una conciencia. " --Tenéis algo que decir y calláis -- dijo al mosquetero--. Vacuos, hablad francamente, señor; ya os he dicho, una vez por todas, que tuvieseis franqueza conmigo. Pues bien, Majestad, lo que tengo es que quisiera, mejor haber sido nombrado capitán" de los mosqueteros por haber cargado a la cabeza de mi compañía, apagando los fuegos de una batería o tomando una ciudad, que por haber hecho ahorcar a dos desgraciados.

--¿Es verdad eso que decís,?

--¿Y por qué me sospecha Vuestra Majestad simulador?

-- Porque; si os conozco bien, señor, no podéis arrepentiros de haber sacado la espada por mí.

--Pues os engañáis grandemente, Majestad; sí, me arrepiento de haber sacado la espada, a causa de los resultados que esta acción ha producido. Esos desgraciados que han muerto, Majestad, no eran ni vuestros enemigos ni los míos, y no se defendían.

El rey guardó un momento de silencio.

--¿Y vuestro compañero, señor de Artagnan, participa también de vuestro arrepentimiento?

--¿Mi compañero?. . .

--Sí, me parece que no estabais solo,

-- ¿Sólo? ¿Dónde?

--En la plaza de la Grève.

-- No, Majestad, no --dijo Artagnan ruborizándose al pensar que el rey podía tener la idea de que trataba de apropiarse de la gloria de que participaba Raúl--. ¡No, vive Dios! Como dice Vuestra Majestad, tenía un compañero, y un buen compañero:

--¿Un joven?

--Sí, Majestad, un joven. ¡Oh! Doy la enhorabuena a Vuestra Majestad por lo bien informado que está, tanto de lo de fuera como de lo dentro. ¿Es el señor Colbert quien hace al rey estos hermosos relatos?

--El señor Colbert no me ha manifestado más que cosas buenas de vos, señor de Artagnan, y hubiera hecho mal en venir a decir otras.

-- ¡Ah! ¡Es una suerte!

--Mas también ha dicho mucho bueno de ese joven.

--Y es justo dijo el mosquetero.

--Parece que es un valiente --añadió Luis XIV, para avivar aquel sentimiento que tomaba por despecho.

--Un valiente, sí, Majestad --repetía Artagnan, encantado de incitar al rey a costa de Raúl.

--¿Sabéis su nombre?

--Me parece...

--¿Le conocéis, pues?

--Hace unos veinticinco años.

--¡Si tiene apenas esa edad! --exclamó el rey.

--Pues bien, Majestad, lo conozco desde el día que nació.

--¿Me afirmáis eso?

--Vuestra Majestad --respondió Artagnan--, me interroga con una desconfianza en la que reconozco otro carácter que el suyo. El señor Colbert, que tan bien os ha instruido, ¿ha olvi-

dado manifestados que ese joven era hijo de mi amigo íntimo?

—¿El vizconde de Bragelonne?

—Ciertamente, Majestad; el vizconde de Bragelonne tiene por padre al señor conde de la Fère, que tanto ha contribuido a la restauración del rey Carlos II. ¡Oh! Bragelonne es de una raza de valientes.

—Entonces, ¿es hijo de ese señor que ha venido a verme, o mejor, a ver al señor Mazarino, de parte de Carlos II, para ofrecernos su alianza?

—Justamente.

—¿Y decís que es intrépido el conde de la Fère?

—Majestad, es un hombre que ha sacado más veces la espada por el rey vuestro padre que días tiene la vida feliz de Vuestra Majestad.

Luis XIV se mordió los labios a su vez.

—¡Bien, señor de Artagnan! ¿Y es amigo vuestro el conde de la Fère?

—Hará unos cuarenta años. Ya ve Vuestra Majestad que no habló de ayer.

—¿Os alegraría ver a ese joven, señor de Artagnan?

—Muchísimo, Majestad.

El rey llamó con su timbre y apareció el ujier.

—Llamad al señor de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Está aquí? —preguntó Artagnan.

—Hoy está de guardia en el Louvre, con la compañía de gentileshombres del señor príncipe.

Apenas acababa el rey, cuando se presentó Raúl, y al ver a Artagnan sonrió de aquella manera que sólo se encuentra en los labios de la juventud.

-- Vamos, vamos --dijo Artagnan familiarmente a Raúl--. El rey permite que me abrace; pero di a Su Majestad que le das las gracias. Raúl se inclinó tan graciosamente, que Luis, a quien agradaban todas las superioridades cuando no afectaban a la suya, admiró aquella belleza, aquel vigor y aquella modestia.

--Señor --dijo el rey dirigiéndose a Raúl--, he pedido al señor príncipe tuviera la bondad de cederme a vos; he recibido su contestación, y me pertenecéis desde hoy. El señor príncipe era un buen amo; mas creo que no perderéis en el cambio.

--Sí, sí, Raúl, dice bien el rey --dijo Artagnan, que había adivinado el carácter de Luis, y que jugaba en ciertos límites con su amor propio, conservando siempre los cumplimientos, y lisonjeando cuando parecía que se burlaba.

--Majestad --dijo entonces Bragelonne con voz dulce, y llena de encanto, y con aquella

locución fácil y natural que tenía de su padre—; no es de hoy el que os pertenezca.

—¡Oh! Ya lo sé —dijo el rey—; queréis hablar de vuestra expedición de la Grève; en efecto, muy mío fuisteis ese día, señor.

—Tampoco hablo de ese día, Majestad, y no me sentaría bien recordar un servicio, tan insignificante en presencia de un hombre como el señor de Artagnan; quería hablar de una circunstancia que hace época en mi vida, y que me ha consagrado desde la edad de dieciséis años a vuestro servicio.

—¡Ah, ah! —murmuró el rey—. ¿Y qué circunstancia es? Decidme, señor.

—Esta... Cuando salí para mi primera campaña, es decir, para unirme al ejército del señor príncipe, el señor conde de la Fére me acompañó hasta Saint Denis, donde los restos del rey Luis XIII aguardaban, en las últimas gradas de la basílica, un suceso que espero no le enviará

Dios antes de largos años. Allí me hizo jurar sobre las cenizas de nuestros amos servir a la realeza, representada y encarnada en vos; servirla en pensamientos, en palabras y en actos. Juré, y Dios y los muertos recibieron mi juramento. Hace diez años, Majestad, he deseado muchas veces la ocasión de cumplirla; soy un soldado de Vuestra Majestad, y nada más; llamándome a su lado, no cambio de amo, sino de guarnición únicamente.

Raúl calló, y se inclinó:

—¡Vive Dios! —exclamó Artagnan—. ¡Muy bien dicho ¿No es verdad, Majestad! ¡Buena raza! ¡Gran raza!

—Sí —murmuró el rey conmovido, mas sin querer manifestar su emoción, que no tenía otra causa que el contacto de una naturaleza eminentemente aristocrática—. Decís bien, caballero, en todas partes sois del rey; pero, cambiando de guarnición, creedme, encontrareis una ventaja de que sois digno.

Raúl conoció que aquí terminaba lo que el rey tenía que decirle, y con el tacto perfecto que caracterizaba su naturaleza delicada, se inclinó y salió.

—¿Os queda algo más que decirme, señor? —dijo el rey encontrándose solo con Artagnan.

—Sí, Majestad, y, había guardado esta noticia para lo último, porque es triste y va a vestir de luto a la realeza de Europa.

—¿Qué me decís?

—Majestad, al pasar por Blois, una palabra triste, eco del palacio, llegó á herir mis oídos.

—¿Mi tío Gastón de Orleáns, quizá?

—Ha dado el último suspiro.

—¡Y no me han avisado! —exclamó el rey, cuya susceptibilidad real veía un insulto en la falta de esta noticia.

—¡Oh! No os enfadéis, Majestad —dijo Artagnan—; los correos de París y los del mundo

entero no caminan como vuestro servidor; el correo de Blois no llegará aquí hasta dentro de dos horas, y os respondo de que anda bien, puesto que no le he alcanzado hasta más allá de Orleáns.

—¡Mi tío Gastón! —exclamó Luis apoyando la mano en su frente, y encerrando en estas tres palabras todos los sentimientos que le recordaban este nombre.

—¡Eh! Sí, Majestad, así es —dijo Artagnan respondiendo al pensamiento del rey—; el pasado vuela.

—Verdad es, señor; pero nos queda, gracias a Dios, el porvenir, y ya trataremos de no hacerlo demasiado sombrío.

—Para eso confío en Vuestra Majestad —dijo el mosquetero inclinándose—. Y ahora...

—Sí, tenéis razón; olvido las ciento diez leguas que acabáis de correr.. Marchaos, señor, y,

cuando hayáis reposado, venid a tomar mis órdenes.

Artagnan se inclinó y salió.

Y, como si sólo hubiera venido de Fontainebleau, se puso a recorrer el Louvre en busca de Bragelonne.

LXXVI

EL ENAMORADO Y LA AMADA

Mientras los cirios ardían en el castillo de Blois, alrededor del cuerpo inanimado de Gastón de Orleans; mientras los vecinos de la ciudad hacían sus oraciones fúnebres, que estaban lejos de ser un panegírico; mientras Madame, viuda, sólo se acordaba ya de que en sus verdes años había amado aquel cadáver hasta el punto de huir del palacio paterno por seguirlo, y hacía a veinte pasos de la sala mortuoria, sus cálculos

de interés y sus sacrificios de vanidad, otros intereses y otros orgullos se agitaban en todas partes del castillo donde había podido penetrar un alma viviente.

Ni el triste clamoreo de las campanas, ni las voces de los sochantres, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni los preparativos del entierro, pudieron distraer a dos personas colocadas en una ventana del patio interior, ventana que ya conocemos, y que daba luz a una sala que formaba parte de las llamadas habitaciones pequeñas.

Un alegre rayo de sol, pues el sol parecía inquietarse muy poco de la pérdida que acababa de sufrir Francia, bajaba sobre ellas esparciendo los perfumes de las flores vecinas y animando á las mismas paredes.

Estas dos personas tan ocupadas, no en la muerte del duque, sino en la conversación con-

secuente a esa muerte, eran un joven y una joven.

Este último, mozo de veinticinco a veintiséis años, poco más o menos, de rostro un tanto despejado y un tanto socarrón, movía dos ojos inmensos, cubiertos de largas pestañas, sonreía con una boca enorme, pero bien formada, y su barba puntiaguda que parecía gozar de una inmovilidad que la naturaleza no suele conceder a este norte del rostro, alargábase muy amorosamente hacia su interlocutora, que no retrocedía siempre tan rápidamente como las estrictas consideraciones tenían el derecho de exigir.

Ya conocemos a la joven, pues la hemos visto en la misma ventana y a la luz del mismo sol, y ofrecía un singular contraste de delicadeza y reflexión.

Era lindísima cuando reía, y hermosa cuando estaba seria; pero muchas más veces estaba encantadora que hermosa.

Ambas personas parecían haber llegado al punto fulminante de una discusión, entre festiva y grave.

-- Vamos, señor Malicorne --decía la joven-- , ¿cuándo os parece que hablemos razonablemente?

--¿Creéis que es fácil, señorita Aura --replicó el joven--, hacer lo que se quiere cuando no se puede más de lo que se puede?

-- ¡Bien!

-- Ya os estáis embrollando con frases.

--¿Yo?

--Sí, vos; vamos, dejad esa lógica de procurador, amigo.

--Otra cosa imposible. Soy pasante, señora de Montalais.

--Soy señorita, señor Malicorne.

-- ¡Ah! Ya lo sé, y me anonadáis por la distancia, de modo que no os diré nada.

--No hay tal cosa; yo no os anonado. Decid lo que teníais que decirme, yo lo quiero.

--Pues bien, obedezco.

--Eso es una fortuna.

--Monsieur ha muerto.

--¡Ah! ¡Demonio, qué noticia! ¿Y de dónde venís para decirnos eso?

--Vengo de Orleáns, señorita.

--¿Y es esa la única noticia que traéis?

--¡Oh! No; también vengo a manifestaros que madame Enriqueta de Inglaterra va a llegar para casarse con el hermano de Su Majestad.

--En verdad, Malicorne, que estáis insoportable con vuestras nuevas del siglo pasado; vaya, si tomáis también esa maldita costumbre de burlaros, os haré echar fuera.

--¡Oh!

--Sí, pues me exasperáis.

--Vaya, paciencia, señorita.

--Así os hacéis valer, y bien sé yo por qué.

--Hablad; os contestaré francamente que sí, si la cosa es cierta.

--Sabéis que tengo gana de ese empleo de camarista que he tenido la necesidad de solicitaros y andáis en contemplaciones con vuestro crédito.

--¿Yo?

Malicorne bajó los párpados, cruzó las manos, y tomó un aire socarrón.

-- ¿Y qué crédito suponéis que tenga un pobre pasante de procurador como yo?

--Para algo tiene vuestro padre veinte mil libras de renta, señor Malicorne.

--Fortuna de provincia.

--Para algo está vuestro padre en los secretos del señor príncipe.

--Ventaja que se limita a prestar dinero a monseñor.

--En fin, para algo sois el compadre más astuto de la provincia.

-- ¿Me aduláis?

-- ¿Yo?

--Sí, vos.

--¿Cómo?

--Porque soy quien sostengo que no tengo crédito, y vos quien sostenéis que lo tengo.

--En fin, ¿y mi empleo?

--¿Vuestro empleo?

--¿Lo tendré o no lo tendré?

--Lo tendréis.

--Pero ¿cuándo?

--Cuándo queráis.

--¿Y dónde está ahora?

--En mi bolsillo.

--¡Cómo! ¿En vuestro bolsillo? Y, efectivamente, con su sonrisa burlona sacó Malicorne una, carta de la que se apoderó la de Montalais como de una presa, y la leyó con avidez.

A medida que leía dilatábase su rostro.

-- Malicorne --exclamó después de haber leído--, ¡sois un buen muchacho!

--¿Y por qué?

--Porque habéis podido haceros satisfacer este empleo y no lo habéis hecho.

Y rompió en una carcajada creyendo desconcertar al pasante; pero Malicorne sostuvo el ataque.

--No os comprendo --dijo. Montalais quedó desconcertada a su vez.

--Ya os he declarado mis sentimientos ---  
continuó Malicorne--; tres veces me habéis,  
manifestado riendo que no me amabais, y me  
habéis abrazado una vez sin reír, que es todo lo  
que me hacía falta.

--¿Todo? --dijo la orgullosa y coqueta Mon-  
talais, con acento en que se conocía el orgullo  
herido.

Absolutamente todo, señorita--replicó Mali-  
corne.

--¡Ah!

Este monosílabo demostraba tanta cólera co-  
mo reconocimiento podía esperar el joven.

Este alzó tranquilamente la cabeza.

--Escuchad, Montalais --dijo sin inquietarse  
de si esta familiaridad gustaba o no a su ama-  
da--, no hablemos más de esto.

--¿Por qué?

-- Porque en un año que hace os conozco, veinte veces me hubierais puesto en la puerta si yo no os agradase.

--¡Es cierto! ¿Y con qué propósito os hubiera puesto en la puerta?

--Por haber sido bastante impertinente.

--¡Oh! Es verdad.

--Ya veis que estáis obligada a confesarlo -- dijo Malicorne.

--¡Señor Malicorne! ...

--No nos incomodemos; si me habéis conservado, no ha sido sin causa.

-- ¡Al menos, no porque os ame! --exclamó Montalais.

--Corriente. Mas, os diré que estoy cierto que me execráis en este momento.

--¡Oh! ¡Jamás habéis dicho mayor verdad!

--Bien. Yo... os aborrezco.

--¡Ah! Lo tendré presente.

--Tenedlo: Vos me encontráis.

--Brutal y tonto, y yo os encuentro con la voz ruda y el rostro descompuesto por la ira. --  
En este instante, antes me tiraríais por esta ventana que dejarme besar las puntas de vuestros dedos; y yo me precipitaría desde lo alto del campanario, antes que tocar la extremidad de vuestra ropa. Mas , dentro de cinco minutos me amaréis, y yo os adoraré. ¡Oh! Así sucederá.

--Lo dudo.

--Y yo lo juro.

--¡Fatuo!

--Además, no es esa la verdadera razón; tenéis necesidad de mí, Aura, y yo de vos. Citan-do os acomoda estar alegre, yo os hago reír; cuando deseo estar enamorado, os miro. Os he dado un empleo de camarista, que deseabais, y

vos, vais a darme ahora mismo algo que apetezco.

—¡Vos! Pero, en este momento, mi querida Aura, declaro que no deseo absolutamente nada; conque, estad tranquila.

—¡Sois un hombre aborrecible, Malicorne! Iba a felicitaros de ese cargo, y me quitáis toda mi alegría.

—¡Bueno! No hay tiempo perdido; ya os alegraréis cuando yo me marche.

—Entonces, marchad...

—Bien; pero antes un consejo.

—¿Cuál?

—Volved a vuestro buen humor; os ponéis fea cuando os enfadáis.

—¡Grosero!

—Vamos, digámonos verdades mientras estamos aquí.

--¡Oh, Malicorne! ¡Mal corazón!

-- ¡Oh, Montalais! ¡Ingrata!

Y el joven se puso de codos sobre el alféizar de la ventana. Montalais cogió un libro y lo abrió.

Malicorne enderezóse, y limpió su sombrero con la manga, y se estiró su jubón.

Montalais, al mismo tiempo que fingía leer, lo miraba con el rabillo del ojo.

-- ¡Bueno! --murmuró furiosa----. Ya toma su aire respetuoso. Va a estar enfadado ocho días.

--Quince, señorita --dijo Malicorne inclinándose.

Montalais alzó sobre él el puño crispado.

--¡Monstruo! --lijo--. ¡Oh! Si yo fuese hombre..

--¿Qué me haríais?

--¡Te estrangularía!

--¡Ah! Muy bien --dijo Malicorne--. Creo que comienzo a desear algo.

--¿Y qué deseáis, señor demonio? ¡Que pierda mi alma por la rabia! Malicorne enrollaba respetuosamente su sombrero entre los dedos; pero de repente lo dejó caer, asió a la joven por los hombros, la acercó a él, y apoyó sobre sus labios dos labios ardientes.

Aura quiso dar un grito, pero quedó sofocado con el beso. Nerviosa e irritada, la joven rechazó a Malicorne contra la pared.

--¡Bien! --dijo filosóficamente Malicorne--; ya tenemos para seis semanas; adiós, señorita. Recibid mi más respetuoso saludo.

Y dio tres pasos para retirarse.

-- ¡No, no, saldréis! --gritó la de Montalais dando un golpe con el pie en el pavimento--. ¡Quedaos! ¡Os, lo mando!

--¿Lo mandáis?

--Sí. ¿Acaso no soy yo la señora?

--De mi alma y de mi espíritu... sin duda alguna.

--¡Hermosa propiedad, a fe mía! El alma es tonta y el espíritu está seco.

--Cuidado, Montalais; yo os conozco --dijo Malicorne--, y vais a enamoraros nuevamente de vuestro servidor.

--Pues bien, sí --dijo ella inclinándose a su cuello con indolencia infantil, más bien que con voluptuoso abandono--, porque es necesario que os dé las gracias.

--¿Y dé qué?

--Por el empleo. ¿No representa todo mi porvenir?

--Y el mío.

--Es terrible --dijo Montalais --no poder adivinar jamás si habláis seriamente.

--No puedo serlo más; yo voy a París, vos vais a París, nosotros vamos a París.

--¡Entonces, sólo por este motivo me habéis servido, egoísta!

--¡Qué queréis, Aura! No puedo pasarme sin vos.

--¡Pues bien, la verdad! Lo mismo me pasa a mí; pero es preciso confesar que tenéis un corazón bien malo.

--Aura, querida Aura, cuidado; si volvéis a las ofensas, ya sabéis el efecto que me causan, y voy a adoraros.

Y, diciendo estas palabras, se acercó otra vez a la joven. En el mismo momento resonaron pasos en la escalera.

Estaban tan cerca los jóvenes, que los hubieran sorprendido en brazos uno de otro, si la de

Montalais no hubiese rechazado violentamente a Malicorne, el cual fue a dar de espalda en la puerta, que se abría en aquel momento.

Entonces oyóse un grito seguido de injurias.

Madame de Saint-Remy era quien había dado este grito y quien profería estas injurias; el desgraciado Malicorne acababa de aplastarla entre la pared y la puerta.

— Otra vez este bribón! —exclamó la vieja dama—.  Siempre os he de hallar aquí!

— Ah, señora! —respondió Malicorne con voz respetuosa—.  Hace ocho días muy largos que no he aparecido por aquí!

LXXVII

DONDE REAPARECE POR FIN LA VERDADERA HEROINA DE ESTE RELATO

En pos de madame de Saint-Remy subía la señorita de La Vallière.

Oyó la explosión de la rabia materna, y, como adivinaba el motivo, entró temblando en la sala y vio al desgraciado Malicorne, cuyo continente desesperado hubiera emocionado o divertido a cualquiera que lo hubiese observado a sangre fría.

En efecto, Malicorne se había atrincherado detrás de una enorme silla, como para evitar los primeros asaltos de madame de Saint-Remy no confiaba ablandarla por la palabra, porque ella hablaba más alto que él y sin interrupción; pero contaba con la elocuencia de sus gestos.

La anciana dama ni veía ni oía nada; hacía mucho tiempo que Malicorne era una de sus antipatías.

Mas su cólera era demasiado grande para no desbordarse desde Malicorne a su cómplice.

También hubo para Montalais.

--Y Vos, señorita, sabed que advertirá a Madame de lo que pasa en el cuarto de una de sus doncellas de honor.

-- ¡Oh! Madre mía --murmuró la señorita de La Vallière--, ahorrad...

--Callaos, señorita, y no os canseis en vano en interceder por sujetos indignos; que una joven honrada como vos sufra el mal ejemplo, ya es una desgracia bastante grande; pero que lo autorice con su indulgencia, eso es lo que yo no sufriré.

--Pero, verdaderamente -- dijo Montalais rebelándose al fin--, no sé con qué pretexto me tratáis así. Me parece que no hago nada malo.

--Y ese holgazán, señorita -- añadió Madame de Saint-Remy señalando a Malicorne-- ¿está aquí para hacer cosa buena? ¡Decid!

--No está aquí ni para nada malo ni para nada bueno; viene a verme y nada más.

--Está bien --dijo madame de Saint-Remy--.  
Su Alteza Real será enterada y juzgará.

--Y, en todo caso --contestó Montalais--, no veo por qué ha de prohibirse al señor Malicorne que ponga los ojos en mí, cuando su intención es honrada.

--¡Intención honrada con semejante figura! --exclamó la de Saint-Remy.

--Os doy las gracias en nombre de mi figura, señora --repuso Malicorne.

--Venid, hija mía; llegad --continuó la vieja--, vamos a decir a Madame que en el momento mismo en que ella llora un esposo, en el instante en que todos lloramos un señor en este viejo castillo de Blois, mansión de dolor, hay aquí gentes que se divierten y distraen.

--¡Oh! --murmuraron los dos acusados.

--¡Una doncella de honor! ¡Una doncella de honor! --exclamó la vieja dama alzando las manos al cielo.

--Pues os engañáis, señora --dijo Montalais exasperada--; ya no soy yo doncella de honor de Madame.

--¿Presentáis la dimisión, señorita? Está bien, no puedo menos de aplaudir semejante determinación, y la aplaudo.

--Yo no presento la dimisión, señora; tomo otro servicio y nada más.

--¿En la vecindad o en la curia? --dijo madame de Saint-Remy con desdén.

--Sabed, señora --dijo Montalais--, que yo no soy doncella para servir vecinas o gentes de golilla, y que, en lugar de la corte miserable en que vegetáis, voy a habitar una corte casi real.

--¡Ah! ¡Ah! una corte real --dijo la de Saint-Remy, esforzándose por reír--: ¡Una corte real! ¿Qué pensáis de eso, hija mía?

Y se volvía a la señorita de La Vallière, a quien quería arrastrar a todo trance contra Montalais; y que, en lugar de obedecer al impulso de madame de Saint-Remy, miraba unas veces a su madre, otras a la de Montalais con ojos conciliadores.

--Yo no he dicho una corte real, señora --contestó la acusada--; porque madame Enriqueta de Inglaterra, que va a ser esposa de Su Alteza Real Monsieur, no es una reina. He dicho casi real, y esta es la verdad, ya que va a ser cuñada del rey.

Un rayo que cayera, sobre el castillo de Blois no hubiese aturdido tanto a madame de Saint-Remy como esta última frase de la de Montalais.

—¿Qué habláis de Su Alteza Real madame Enriqueta? —preguntó la vieja dama.

—Digo que voy a entrar en su casa como camarista; eso es lo que he dicho.

—¡Como camarista! —exclamaron a la vez madame de Saint-Remy con desesperación y la señorita de La Vallière con alegría.

—Sí, señora; como camarista. La anciana inclinó la cabeza, como si el golpe hubiera sido excesivo para ella.

Pero casi al mismo tiempo se incorporó, para lanzar el último proyectil a su adversario.

—¡Oh, oh! —murmuró—. Mucho se habla de esa clase de promesas, se cuenta muchas veces con esperanzas locas, y en el último momento, cuando se trata de cumplir esas promesas y de realizar esas esperanzas, vese con sorpresa reducida a humo la influencia con que se contaba.

—¡Oh, señora! La influencia de mi protector es incontestable, y sus promesas valen como documentos.

— ¿Y sería indiscreto preguntaros el nombre de ese protector que tiene tanto poder?

—¡Oh, Dios Santo!. Es este caballero —dijo Montalais señalando a Malicorne, que durante la escena había conservado la más imperturbable sangre fría y la más cómica dignidad.

—¡El señor! —murmuró madame de Saint-Remy con una explosión de hilaridad—. ¿El señor es vuestro, protector? El hombre cuya influencia es tan poderosa y cuyas promesas valen como documentos, ¿es el señor Malicorne?

Este saludó.

Montalais sacó sin responder su nombramiento del bolsillo, y dijo, mostrándolo a la vieja dama:

--Aquí está el despacho.

Todo concluyó entonces; cuando la buena señora recorrió con la vista el venturoso pergamino, unió las manos; una expresión indecible de desesperación y de envidia contrajo su semblante, y se vio obligada a sentarse para no caer desmayada.

Montalais no era bastante perversa para gozar de su victoria mas allá de los límites de la prudencia y anonadar al enemigo vencido, sobre todo siendo la madre de su amiga; así es que usó, mas no abusó de su triunfo.

Malicorne fue menos generoso, tomó posturas nobles en su sillón, y extendióse con una familiaridad que dos horas antes le hubiera valido la amenaza del bastón.

--¡Camarista de la joven Madame! --repetía la de Saint-Remy, mal convencida todavía.

--Sí, señora, y por la protección del señor Malicorne.

--¡Es increíble! --repetía la vieja--. ¿No es cierto, Luisa, que es increíble?

Pero Luisa no respondió; estaba inclinada, pensativa, casi afligida y suspirando, puesta una mano sobre su hermosa frente.

--En fin, caballero --dijo de pronto madame de Saint-Remy--, ¿cómo habéis hecho para obtener ese empleo?

--Lo he solicitado, señora.

--¿A quién?

--A un amigo mío.

--¿Y tenéis amigos bastante bien relacionados en la Corte para daros tales pruebas de influencia?

--¡Toma! Así parece.

--¿Y puede saberse, el nombre de esos amigos? .

--Yo no he dicho que tuviera muchos amigos, señora, sino uno solo.

--¿Y se llama...?

--¡Diantre, señora, cómo adelantáis! Cuando se tiene un amigo tan poderoso como el mío, no se presenta así a la luz del día para que se lo roben a uno.

--Tenéis razón en callar su nombre, porque presumo que os sería difícil decirlo.

--En todo caso --dijo Montalais--, si el amigo no existe, existe el nombramiento, y de este modo termina la cuestión.

--Entonces ya concibo --dijo madame de Saint-Remy con la sonrisa del gato que va a arañar-- por qué he encontrado al señor en vuestro cuarto.

--¿Por qué?

--Os traía el despacho.

--Es cierto, señora; habéis adivinado.

--Entonces, no puede haber nada más moral.

--Así lo creo, señora.

--Y he hecho mal, al parecer, en dirigiros ningún cargo.

--Muy mal; señora; pero estoy tan acostumbrada a vuestros cargos, que os los perdono.

--En tal caso, vámonos, Luisa; nada tenemos que hacer aquí.

-- ¿Qué decíais, señora? --preguntó La Vallière, estremeciéndose.

--¿No oyes, hija mía?

--No, señora; estaba pensando...

--¿En qué?

--En distintas cosas.

--¡Tú no dejarás de quererme, Luisa! -- exclamó Montalais estrechándole la mano.

—¿Y por qué no te había de querer, amada Aura? —contestó la joven con su dulce voz.

— ¡Bah! —repuso madame de Saint-Remy. Aunque os dejase de querer un poco, no haría del todo mal.

—¿Y por qué, Dios Santo?

—Me parece que es de tan buena familia y tan bonita coma vos. ¡Madre! —murmuró Luisa.

—Cien veces más bonita, señorita de mejor familia, no; pero eso no me dice por qué me había de dejar de querer Luisa.

—¿Suponéis que sea divertido para ella enterrarse en Blois, cuando vos vais a brillar en París?

—Pero, señora, yo no soy quien impide a Luisa que me siga; al contrario, tendría mucho gusto en que viniese.

—Creo que el señor Malicorne, que es tan poderoso en la Corte...

--¡Ah! Tanto peor, señora --dijo el mancebo--; cada uno trabaja para sí en este miserable mundo.

--¡Malicorne!-- dijo Montalais.

Y bajándose hacia el joven, le dijo:

--Entretenedme a madame de Saint-Remy disputando o acomodándoos a ella; es necesario que yo charle con Luisa.

Y al mismo tiempo una dulce presión de mano recompensaba a Malicorne su futura obediencia.

Malicorne acercóse gruñendo a madame de Saint-Remy, mientras que Montalais decía a su amiga, echándole un braza por el cuello:

--¿Qué tienes? ¿Es cierto que ya no me amarás, como dice tu madre?

-- ¡Oh, no! --respondió la joven conteniendo apenas las lágrimas--. Soy feliz con tu dicha. .

--¡Feliz, y se diría que vas a llorar!

--¿No se llora más que de envidia?

--¡Ah! Ya comprendo: voy a París, y esta palabra te recuerda algún caballero...

--¡Aura!

--Cierto caballero que, en otro tiempo, habitaba en Blois y hoy vive en. París.

--Verdaderamente, no sé lo que tengo; mas estoy sofocada.

--En ese caso, llora, ya que no puedes sonreír.

Luisa alzó su dulce rostro, por el cual corrían las lágrimas.

--Vamos, confiesa --dijo Montalais.

--¿Qué quieres que confiese?

-- Lo que te hace llorar; nadie llora sin. causa. Soy tu amiga y haré todo cuanto quieras. Malicorne es más poderoso, de lo que se cree. ¡Vaya! ¿Quieres venir a París?

--¡Ay! --exclamó Luisa.

--¿Deseas venir a París?

--Quedarme aquí sola, en este viejo castillo, yo, que tenía la dulce costumbre de escuchar tus canciones, estrechar tu mano y correr contigo al parque. ¡Oh! ¡Cómo me voy a aburrir! ¡Qué pronto voy a morir!

--¿Quieres venir a París? Luisa dio un suspiro.

--¿No respondes?

-- ¿Qué he de responder?

--Sí, o no; me parece que es cosa fácil.

--¡Oh! ¡Qué feliz eres, Montalais!

Luisa calló.

--¡Querida! --exclamó Montalais--. ¡Habrás visto, tener secretos con una amiga! ¿Confíasas que estás muriéndote de ganas de, volver a ver a Raúl?

--No puedo manifestar eso.

--Haces mal.

--¿Por qué?

--Porque... ¿ves este despacho?

--Sí.

--Pues bien; habría hecho que tuvieras otro igual.

--¿Por medio de quién?

--Por Malicorne.

-- ¿Sería posible, Aura?

--¡Diantre! Ahí está Malicorne; y lo que ha hecho por mí, será preciso que lo haga por ti. Malicorne acababa de oír pronunciar su nombre dos veces, y estaba encantado de hallar una ocasión para concluir con madame de Saint-Remy; así es que se volvió y dijo:

-- ¿Qué pasa, señorita?

--Venid acá, Malicorne --dijo Montalais. .

Malicorne obedeció.

--Un despacho igual --dijo Montalais.

-- ¿Cómo?

--Uno igual a éste; es claro.

--Pero.

--Me hace falta.

--Es imposible, ¿no es verdad, señor Malicorne? --dijo Luisa con su voz de ángel.

--¡Diantre!

-- Si es para vos, señorita. . .

--Sí, señor Malicorne, sería para mí.

--Y si la señorita de Montalais lo pide al mismo tiempo que vos...

--Montalais no pide; lo exige.

-- ¡Bueno! Se hará por obedeceros, señorita.

--¿Y la haréis nombrar?

--Se tratará.

--No admito respuestas evasivas. Luisa de La Vallière será camarista de madame Enriqueta antes de ocho días.

--Mas, ¡cómo! ...

--Antes de ocho días, 'o . . .

-- O...

--O tomáis vuestro despacho, señor Malicorne; yo no me alejo de mi amiga.

-- ¡Querida Montalais!

--Está bien; guardaos ese despacho; la señorita de La Vallière será también camarista.

-- ¿De veras?

--Sí.

-- ¿Conque puedo esperar ir a París?

-- Contad con ello.

--¡Oh, señor de Malicorne! ¡Qué agradecimiento! --murmuró Luisa juntando las manos y saltando de alegría.

--¡Disimulada! --dijo Montalais--. Intenta otra vez hacerme creer que no estás enamorada de Raúl.

Luisa ruborizóse como la rosa de mayo; pero, en vez de responder, fue a abrazar a su madre.

--Señora --le dijo--, ¿sabéis que el señor Malicorne me nombrará camarista?

--El señor de Malicorne es un príncipe disfrazado --replicó la vieja dama--, y todo lo puede.

--¿Deseáis vos ser también camarista? --preguntó Malicorne a madame de Saint-Remy--. Mientras esté allá haré nombrar a todo el mundo.

Y salió inmediatamente, dejando a la pobre dama trastornada.

--Vamos murmuraba Malicorne mientras bajaba la escalera--; otro billete de mil libras me va a costar esto; pero es necesario tomar un partido porque mi amigo Manicamp no hace nada de balde.

## LXXVIII

### MALICORNE Y MANICAMP

La presentación de estos dos nuevos personajes en esta historia, y su misteriosa afinidad de nombres y sentimientos, merece cierta atención por parte del lector y del cronista. Vamos, pues, a entrar en ciertos detalles sobre el señor Malicorne y el señor de Manicamp.

No ignoramos que Malicorne había hecho el viaje de Orleáns para ir en busca del despacho destinado a la señorita de Montalais, cuya llegada acaba de producir tan viva sensación en el castillo de Blois. En aquel momento hallábase

en Orleáns el señor de Manicamp, singular personaje, mozo de mucho ingenio, pero siempre muy necesitado, por más que gastase a voluntad de la bolsa del conde de Guiche, uña de las bolsas mejor provistas de su época.

El conde de Guiche había tenido por compañero de infancia a Manicamp, pobre hidalgo vasallo, oriundo de los Grammont.

El señor de Manicamp habíase creado con su genio una rica renta en la familia del mariscal.

Por un cálculo superior a su infancia, siempre había dado su nombre y complacencia alas travesuras del conde de Guiche. Cuando su noble compañero robaba alguna fruta destinada a la señora mariscala; cuando rompía un cristal o sacaba los ojos a un perro, Manicamp declarábase culpable del crimen cometido, y recibía el castigo, que no era más dulce por caer sobre un inocente.

Pero también le era pagado este sistema de abnegación. En vez de llevar vestidos medianos, como lo exigía la fortuna paterna, podía presentarse brillante y soberbio, como un señor de cincuenta mil libras de renta.

Y no porque fuera vil de carácter o humilde de espíritu era filósofo, o más bien tenía la indiferencia y la apatía que apartan del hombre todo sentimiento del mundo jerárquico. Su única ambición era derrochar.

Y bajo este aspecto, era un abismo el bueno de Manicamp.

Tres o cuatro veces al año, generalmente, arruinaba al conde de Guiche, y cuando el conde de Guiche estaba muy arruinado; cuando había vuelto y revuelto su bolsa declarando que era necesario recurrir, lo menos por quince días, a la beneficencia paterna para llenar bolsa y bolsillos, Manicamp perdía toda energía, se metía en cama, no comía, y vendía todos sus

vestidos so pretexto de que estando acostado no necesitaba de ellos.

Durante esta postración de fuerzas y de espíritu, llenábase la bolsa del conde de Guiche, desbordándose en la de Manicamp, que compraba nuevos vestidos, vestíase y daba principio a la misma vida de antes.

Esa manía de vender sus vestidos nuevos por la cuarta parte de lo que valían, habían hecho a nuestro héroe bastante célebre en Orleáns, ciudad a donde generalmente, y sin que sepamos por qué iba a pasar sus días de penitencia.

Los elegantes de provincias se repartían los restos de su opulencia.

Entre los admiradores de estos espléndidos vestidos brillaba nuestro amigo Malicorne, hijo de un síndico de la ciudad, a quien el príncipe de Condé siempre necesitado como un Condé, tomaba muchas veces dinero prestado a un interés crecido.

El señor Malicorne, hijo, llevaba la caja del padre. Es decir, que en este tiempo de fácil moral, se formaba por su parte, siguiendo el ejemplo de su padre, y prestando por semanas, una renta de mil ochocientas libras, sin contar otras seiscientas que suministraba la generosidad del síndico; de modo que Malicorne era el rey de los lechuguinos de Orleáns, teniendo dos mil cuatrocientas libras que dilapidar y derrochar en locuras de todo género Mas, al contrario de Manicamp, Malicorne era horriblemente ambicioso.

Amaba por ambición, gastaba por ambición y se hubiera arruinado por ambición.

Malicorne se había propuesto lograr su objetivo a cualquier precio, y para esto había buscado una querida y un amigo.

La querida, la señorita de Montalais, era en extremo cruel en los últimos favores de amor; pero era una mujer noble, y esto bastaba a Malicorne.

El amigo no tenía amistad; mas era el favorito del conde de Guiche y amigo de Monsieur, hermano del rey, y esto bastaba a Malicorne.

Sólo que, conforme al capítulo de gastos, la señorita de Montalais costaba al año:

cintas, guantes y confituras, mil libras.

Manicamp contaba dinero prestado y nunca pagado de mil doscientas a mil quinientas libras al año.

De modo que no le quedaba nada a Malicorne.

¡Ah! Sí, tal; nos equivocamos, le quedaba la caja paterna.

Usó, pues, de un procedimiento, sobre el cual guardó el más profundo secreto, y que consistía en adelantarse a sí propio sobre la caja del síndico una media docena de años; esto es, una quincena de miles de libras, jurándose, por su-

puesto; satisfacer el déficit tan pronto como se le presente ocasión.

La ocasión debía ser la concesión de un buen destino en la casa de Monsieur, cuando esta casa se remontara en la poca de su matrimonio. La época había llegado. Un buen destino en la casa de un príncipe de la sangre, cuando es conseguido por la influencia y la recomendación de un amigo tal como el conde de Guiche, era tanto como doce mil libras al año; y, según la costumbre que había tomado Malicorne de hacer fructificar, sus rentas, doce mil libras podían elevarse a veinte.

Ya empleado, casaríase con la señorita de Montalais; ésta, de una familia cuyas hembras ennoblecían, no sólo sería dotada, sino también ennoblecería a Malicorne.

Mas para que la señorita de Montalais; que no tenía gran fortuna patrimonial, aun siendo hija única, fuese convenientemente dotada, era pre-

ciso que perteneciera a alguna gran princesa, tan pródiga como avara era Madame viuda.

Y para que la mujer no anduviese por un lado y el marido por otro, situación que presentaba graves inconvenientes, sobre todo con caracteres como los de los futuros cónyuges, Malicorne había pensado fijar el punto central de reunión en casa misma de Monsieur, hermano de Su Majestad.

La señorita de Montalais sería camarista, y Malicorne oficial de Monsieur.

Vemos que el plan era de una buena cabeza, y que había sido valientemente ejecutado.

Malicorne había solicitado a Manicamp que pidiese al conde de Guiche un despacho de camarista.

Y el conde había pedido este despacho a Monsieur, que lo había firmado sin tardanza.

El plan moral de Malicorne, porque es claro que las combinaciones de un ingenio tan activo como el suyo no se limitarían tan sólo a lo presente, sino que se extenderían a lo porvenir, era éste:

Hacer entrar en casa de madame Enriqueta a una mujer que le fuera adicta, espiritual, joven, bonita intrigante; saber por esta mujer todos los secretos femeninos de la casa, en tanto que él y su amigo Manicamp sabrían entre los dos los misterios masculinos.

Por estos medios llegaría a una fortuna espléndida.

Malicorne era nombre villano, y el que lo llevaba tenía demasiado talento para disimularse esta verdad.

Malicorne sonaba muy noblemente al oído.

Así es que no era inverosímil que pudiera encontrarle un origen de los mas aristocráticos.

En efecto; ¿no podía venir de una tierra donde un toro de cuernos mortales hubiera causado una gran desgracia y bautizado el suelo con la sangre que derramara? Este plan presentábase erizado de dificultades, y la mayor parte de todas era la misma Montalais. Caprichosa, variable, virgen armada de garras, solía derribar de un solo golpe de sus dedos blancos, o de un solo soplo de sus risueños labios; el edificio que la paciencia de Malicorne había tardado un mes en levantar.

Aparte el amor, Malicorne era dichoso, tenía la fuerza de ocultarlo con cuidado, persuadido de que a la menor soltura de los lazos con qué había ligado a su Proteo hembra, el diablo lo echaría por tierra y se burlaría de él.

Humillaba a su querida desdeñándola. Ardiendo en deseos cuando ella se acercaba para tentarlo, tenía el arte de parecer de hielo, persuadido de que si abría sus brazos ella huiría burlándose.

Montalais, por su parte, creía no amar a Malicorne, y por el contrario, le amaba. Malicorne le repetía con tanta frecuencia, sus protestas de indiferencia, qué ella concluía a veces por creerlo, y entonces también creía que lo detestaba; y si deseaba conquistarla por la coquetería, Malicorne usaba de más coquetería que ella.

Pero lo que hacía que Montalais lo quisiese de una manera indisoluble, era que Malicorne siempre estaba lleno de noticias recientes, traídas de la Corte y de la ciudad; que siempre llevaba a Blois una moda, un secreto, un perfume, y que jamás pedía una cita, sino que por el contrario, se hacía suplicar para recibir favores que ardía por conseguir.

Montalais, por su parte, lo tenía al corriente de todo lo que pasaba en casa de Madame viuda, de lo cual hacía a Manicamp cuentos para morir de risa, que eran relatados por éste al señor de Guiche, quien a su vez los relataba a Monsieur.

He aquí en pocas palabras la trama de los pequeños intereses y de las pequeñas conspiraciones que unían a Blois con Orleáns y a Orleáns con París, y que debían conducir a esta última ciudad a la pobre La Vallière, la cual se hallaba muy lejos de figurarse el extraño porvenir a que estaba reservada.

Respecto al honrado Malicorne, y nos referimos al síndico de Orleáns, no veía más claro en lo presente que los otros en lo porvenir, y no sospechaba, paseando diariamente de tres a cinco por la plaza de Santa Catalina, con su vestido gris de la época de Luis XIII, y sus zapatos de paño, que era él quien pagaba todas aquellas carcajadas, todos aquellos besos furtivos, y todos los cuchicheos y planes que formaban una cadena de cuarenta y cinco leguas entre el palacio de Blois y el Palacio Real.

LXXIX

## MANICAMP Y MALICORNE

Malicorne salió, según ya hemos dicho; y fue en busca, de su amigo Manicamp, que estaba de retiro momentáneo en la ciudad de Orleáns.

Y era precisamente en el instante en que este calavera se ocupaba en vender el último vestido que le quedaba. Quince días antes había pedido al conde de Guiche cien doblones, los únicos que podían ayudarle a ponerse en campaña para salir al encuentro de Madame, que llegaba al Havre.

Tres días antes sacó de Malicorne cincuenta doblones, precio del diploma conseguido para Montalais.

Nada esperaba ya, habiendo agotado todos los recursos, sino vender un hermoso vestido dé raso, bordado y pasamentado de oro, que fuera la admiración de la Corte.

Pero por verse obligado a vender este vestido, último que le quedaba, también se vio constreñido a meterse en la cama.

Y solamente tenía el sueño para reemplazar las comidas, las compañías y los bailes.

Se ha dicho: "Quien duerme come"; pero no se ha dicho: "Quien duerme juega", o "quien duerme baila".

Reducido al extremo de no jugar o de no bailar en ocho días por lo menos, estaba Manicamp muy triste, esperando a un usurero, y vio entrar a Malicorne.

Al verlo, exhaló un grito de angustia.

—¡Cómo! —dijo con tono que nadie podría pintar—. ¡Otra vez vos, querido amigo!

—¡Bueno! ¡Sois muy cortés! —exclamó Malicorne.

— ¡Ah! Ya veis, esperaba dinero y, en lugar de dinero, llegáis vos.

--¿Y si yo os trajera dinero?

--¡Oh! Entonces es otra cosa. Sed bien venido, querido amigo. Y alargó la mano, no a la mano de Malicorne, sino a su bolsa.

Malicorne simuló equivocarse, y le dio la mano.

--¿Y el dinero? --dijo Manicamp.

--Amigo, si lo queréis, ganadlo. ¿Y qué es necesario hacer?

--¡Ganarlo, pardiez!

--¿De qué manera?

--¡Oh! Difícilmente, os lo advierto.

-- ¡Diantre!

--Es preciso dejar la cama y salir al instante en busca del señor conde de Guiche.

-- ¿Yo levantarme? --murmuró Manicamp estirándose voluptuosamente en el lecho---- ¡Oh, no!

--¿Habéis vendido toda la ropa?

--No; me queda el vestido más valioso, pero aguardo comprador.

--¿Y zapatos?

--Me parece que ahí están sobre esa silla.

--Bueno; puesto que os quedan zapatos y un jubón, calzad los unos y vestid el otro; haced que preparen un caballo, y poneos en camino.

--Nada de eso.

--¿Por qué?

--¡Pardiez! ¿No sabéis que el señor de Guiche está en Etampes?

--Creí que estaba en París, pero mejor, sólo tendréis que caminar quince leguas en lugar de treinta. ¡Vaya una gracia! Si ando quince leguas con mi vestido, se pondrá inservible, y en lugar de venderlo en treinta doblones, tendré que darlo por quince.

--Dadlo por lo que gustéis; pero necesito un segundo empleo de camarista.

-- ¡Bueno! ¿Para quién? ¿Es doble la de Montalais?

--¡Hombre perverso! Vos sois el doble, pues os tragáis dos fortunas: la mía y la del conde de Guiche.

--Nada os cuesta decir la del conde de Guiche y la vuestra.

--Eso es justo; al señor el honor; pera vuelvo a mi diploma.

--Y hacéis mal.

--Demostrádmelo.

--Amigo mío: Madame no tendrá más que doce camaristas; ya he logrado para vos lo que se disputan mil doscientas mujeres, y he tenido que desplegar una diplomacia...

--Sí, ya sé, que habéis sido heroico, amigo.

--Uno entiende los negocios --dijo Manicamp.

--¡A quién se lo decís! También cuando yo sea rey os prometo una cosa.

--¿Cuál?

-- ¿Llamaros Malicorne I?

-- No; haceros superintendente de Hacienda; pero no se trata de esto.

--Por desgracia.

--Se trata de proporcionarme un segundo empleo de camarista. .

--Amigo, aunque me prometiérais el cielo, no me disgustaría en este momento.

Malicorne sonó el bolsillo, y dijo:

--Aquí hay veinte doblones.

--¿Y qué queréis hacer con veinte doblones, Dios santo?

—¡Eh! —dijo Malicorne un poco enfadado—. ¡Aunque no sea más que para añadirlos a los quinientos que ya me debéis!

—Es verdad —repuso Manicamp, alargando de nuevo la mano—; y bajo ese punto de vista puedo aceptarlos. —Dádmelos.

—¡Un momento, qué diantre! No se trata sólo de alargar la mano. Si os doy veinte doblones, ¿tendré el diploma?

—Sin duda.

—¿Pronto?

—Hoy mismo.

— ¡Oh! Cuidado, señor de Manicamp: os comprometéis mucho, y yo no os pido tanto. Treinta leguas en un día es demasiado, y os mataríais.

—Por servir a un amigo no hallo nada imposible.

—Sois heroico.

--¿Dónde están los veinte doblones?

--Aquí.

--Bien.

--Mas vais a gastarlos sólo en caballos de posta.

--No, perded cuidado.

--Dispensad.

--Quince leguas de aquí a Etampes.

--Catorce.

--Bueno, catorce leguas son siete postas; a veinte sueldos la posta, siete libras; siete libras del correo, catorce; otras tantos para regresar, veintiocho comer y dormir, otras veintiocho; son unas sesenta libras lo que os costará esta complacencia.

Manicamp estiróse como una serpiente, y fijando sus grandes ojos en Malicorne, dijo:

-- Tenéis razón; no podré regresar antes de mañana.

Y cogió los veinte doblones.

-- Vamos, marchad.

--Ya que no he de volver hasta mañana, tenemos tiempo.

--¿Tiempo de qué?

--De jugar.

--¿Qué deseáis jugar?

--Vuestros veinte doblones, ¡voto al Cielo!

--No: ganáis siempre.

--Os hago una apuesta de veinte doblones.

--¿Contra qué?

--Contra otros veinte.

-- ¿Y cuál ha de ser el objeto de la apuesta?

--Veréis. Hemos dicho catorce leguas para ir a Etampes.

--Ciertamente.

--Catorce para volver.

--Por tanto, veintiocho leguas.

--Sin duda.

--¿Me concedéis catorce horas para ellas?

--Bien.

--¿Y una hora para buscar al conde de Guiche?

--Corriente.

--¿Y otra para que le escriba a Monsieur?

--Adelante.

--Dieciséis horas por todo.

--Contáis como el señor Colbert. ¿Son las doce?

--Y media.

--¡Caramba! ¡Tenéis un reloj muy bonito!

--:¿Qué decíais? --dijo Malicorne guardando el reloj en el bolsillo.

-- ¡Ah! Es cierto; os proponía apostar veinte doblones contra los que me habéis prestado, a que tendríais la epístola del conde de Guiche en...

--¿En cuanto?

--En unas ocho horas.

--¿Tenéis un caballo alado?

--Eso es cuenta mía, ¿apostáis?

-- ¿Tendré la carta del conde en ocho horas?

--Sin duda.

--¿Firmada?

--Sí.

--Pues bien; apuesto --dijo Malicorne, ansioso por saber cómo saldría del aprieto su vendedor de vestidos.

--¿Está dicho?

--Está dicho.

--Traed pluma, tinta y papel.

--Voy.

--¡Ah!

Manicamp se incorporó con un suspiro, y apoyándose en su brazo izquierdo trazó estas líneas:

“Vale por una plaza de camarista de Madame que el señor conde de Guiche se encargará de entregar a la vista.

“DE MANICAMP” Terminado este trabajo penoso, se volvió a tender Manicamp cuan largo era.

--Bien, preguntó Malicorne--, ¿qué significa esto?

--Esto quiere decir que, si tenéis prisa por obtener la carta del conde de Guiche para Monsieur, he ganado la apuesta.

--¿Cómo?

--Está claro; tomáis este papel.

--Sí.

--Marcháis en lugar mío. .

--¡Bien!

--Lanzáis a escape vuestros caballos.

-- ¡Corrientel!

--En seis horas estáis en Etampes, en siete tenéis la carta del Conde y he ganado la apuesta sin moverme de la cama, lo cual me acomoda mucho, y creo que a vos también.

--Sin duda, sois un gran hombre.

--Lo sé muy bien.

--De modo que voy a Etampes.

--Vais.

-- En busca del conde de Guiche, con este vale.

--Que os dará otro igual para Monsieur.

--Luego salgo para París.

--Y vais en busca de Monsieur con el vale del conde de Guiche.

--Monsieur aprueba.

--Al momento.

--Y tengo el diploma.

--Sí. ¡Ah!

--Me parece, que soy amable, ¿eh?

--¡Adorable!

--Gracias.

--¿Conque hacéis del conde de Guiche todo lo que queréis, amigo Manicamp?

--Todo menos dinero.

--¡Diablo! La excepción es lastimosa; pero, al fin, si en vez de pedirle dinero le pidiéseis...

--¿Qué?

--Algo importante.

--¿A qué llamáis importante?

--En fin, si uno de vuestros amigos os solicitare un servicio...

--No se lo haría.

--¡Egoísta!

--O al menos le preguntaría qué servicio me prestaba a cambio.

--¡Pues bien, ese amigo os habla!

--¿Sois vos, Malicorne?

--Yo soy.

--¡Ah! ¿De modo que sois tan rico?

--Aún tengo cincuenta doblones.

--Precisamente, la cantidad que yo necesito.  
¿Dónde están esos cincuenta doblones?

--Aquí --dijo Malicorne sonando la bolsa.

--Entonces hablad, querido. ¿Qué os hace falta?

Malicorne se proveyó de pluma, tinta y papel, y todo ello lo presentó a Manicamp.

--Escribid --le dijo.

--Dictad.

"Vale por un empleo en la casa de Monsieur..."

--¡Oh! --murmuró Manicamp, alzando la pluma--. ¡Una plaza en la casa de Monsieur, por cincuenta doblones!

--Habéis oído mal. ¿Cómo habéis dicho?

--He dicho quinientos.

--¿Y los quinientos ... ?

Malicorne sacó del bolsillo un cartucho repleto de oro, que rompió por un extremo.

--Aquí están.

Manicamp devoró con los ojos el cartucho; mas Malicorne estaba a cierta distancia.

--¡Ah! ¿Qué decís de eso? Quinientos doblones...

--Digo que es por nada --respondió Manicamp tomando otra vez la pluma--; y que abusáis de mi influencia: dictad.

Malicorne continuó:

"...que mi amigo, el conde de Guiche, conseguirá de Monsieur, para mi amigo Malicorne."

--Basta --dijo Manicamp.

--Perdón; debéis firmar.

--¡Ah! Es verdad.

--¿Y los quinientos doblones?

--Aquí hay doscientos cincuenta.

--¿Y los otros?

—Cuando logre mi destino. Manicamp hizo un gesto.

--En ese caso, dadme la recomendación.

--¿Para qué?

--Para agregar una palabra..

--¿Una palabra?

--Una, sola.

-- ¿Cuál?

-- "Urgente."

Malicorne entregó la epístola, y Manicamp añadió la palabra.

--¡Bueno! --dijo Malicorne tomando de nuevo el papel. Manicamp púsose a contar los doblones.

--Faltan veinte --dijo.

--¿Cómo?

--Los veinte que he ganado.

--¿Dónde?

Apostando que tendríais la epístola de Guiche, en ocho horas justo.

Y le dio veinte doblones. Manicamp empezó a coger el oro a manos llenas y a hacerlo llover sobre su cama.

--He aquí un segundo empleo --se dijo Malicorne sacando el papel-- que a primera vista parece costarme más que el primero; pero... Aquí se detuvo, tomó la pluma, y escribió a Montalais:

"Señorita: Participad a vuestra amiga que no puedo tardar en recibir su empleo; salgo para

hacerlo, firmar, y habré caminado ochenta y seis leguas por vuestro amor...”

Después volvió a la frase interrumpida con una sonrisa diabólica: “He aquí un cargo que, al principio, parecía que había de costarme más caro que el primero; pero... creo que los beneficios serán en proporción a los gastos, y, la señorita de La Vallière me producirá más que la de Montalais, o no me llamaría yo Malicorne.”

--Adiós, Manicamp --dijo en voz alta.

Y salió.

LXXX

EL PATIO DEL PALACIO GRAMMONT

Al llegar, Malicorne a Etampes, supo que el conde de Guiche acababa de salir en dirección a París.

Malicorne descansó dos horas y se dispuso a continuar su camino. Por la noche llegó a París, apeóse en una posada donde siempre tenía costumbre de parar, y a las ocho del día siguiente se presentó en el palacio Grammort.

Ya era hora de que Malicorne llegase.

El conde de Guiche se preparaba a despedirse de Monsieur, antes de salir para El Havre, adonde lo mejor de la nobleza de Francia iba a recibir a Madame, que llegaba de Inglaterra.

Malicorne pronunció el nombre de Manicamp, y al instante fue introducido.

El conde de Guiche permanecía en el patio del palacio Grammort, revisando sus trenes y caballos, que los escuderos y picadores hacían pasar por delante de él.

El conde elogiaba o criticaba delante de sus subordinados los vestidos, caballos y arneses que acababan de llevarle cuando en medio de

esta importante ocupación fue dicho el nombre de Manicamp.

— ¡Manicamp! —exclamó—. ¡Que entre, par diez, que entre!

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

Malicorne se deslizó por aquella puerta entreabierta, mirando al conde de Guiche, sorprendido de ver un semblante extraño en lugar del que esperaba.

—Perdonad, señor conde —dijo—, creo que se han equivocado anunciándoos al mismo Manicamp; pero yo no soy más que un emisario suyo.

—¡Ah! —dijo Guiche con más frialdad—. ¿Y qué me traéis?

—Una epístola, señor conde. Malicorne se la presentó, observándole el rostro.

—El conde leyó y se echó a reír. ¡Otra camarista!. . . ¡Vaya!. Ese tunante de Manicamp pro-

tege a todas las camaristas de Francia. Malicorne saludó.

— ¿Y por qué no viene él mismo? —preguntó.

—Se halla en cama.

—¡Diablo! ¿Conque no tiene un cuarto?

—El enviado se encogió de hombros.

—¿Qué ha hecho del dinero? Malicorne hizo un movimiento que quería decir que sobre este punto estaba tan ignorante como el conde.

—Entonces que use de su crédito —prosiguió Guiche.

—¡Ah! Es que creo una cosa.

—¿Cuál?

—Que Manicamp no tiene crédito más que con vos.

— ¿Es que no se encontrará en El Havre?

Malicorne hizo otro movimiento.

--Eso no puede ser; todo el mundo estará allí.

--Yo espero, señor conde, que no desperdiciará tan buena ocasión.

--Ya debería estar en París.

--Tomará caminos de travesía para ganar él tiempo perdido.

--¿Y dónde se halla ahora?

--En Orleáns.

--Caballero --dijo Guiche saludando--, me parecéis hombre de excelente gusto.

Malicorne llevaba el vestido de Manicamp.

Y saludó también.

--Mucho honor me hacéis --dijo.

--¿A quién tengo el gusto de hablar?

--Me llamo Malicorne.

--Señor de Malicorne, ¿qué os parecen estas pistoleras? Malicorne era hombre de talento y

conoció la situación. Por otra parte, el de puesto antes de su nombre acababa de elevarlo a la altura de aquel a quien dirigía la palabra. Examinó las pistoleras como inteligente,— y dijo resueltamente:

--Un poco pesadas.

--Ya lo veis --dijo Guiche al guarnicionero--; el señor, que es hombre de gusto, considera pesadas estas fundas. ¿Qué os había dicho yo?

El guarnicionero sé excusó coma pudo.

--¿Y qué opináis de ese caballo? --preguntó Guiche.

--A la vista parece perfecto, señor conde; mas sería necesario que lo montase para datos mi parecer.

--Pues montadlo, señor de Malicorne, y dadle dos o tres vueltas por el patio.

Malicorne tomó la brida, agarró la crin puso el pie en el estribo, y se colocó en la silla.

La primera vez hizo dar al caballo una vuelta al paso.

La segunda fue al trote. La tercera al galope.

Luego pasó cerca del conde, echó pie a tierra, y entregó la rienda a un palafrenero.

--Vaya, ¿qué pensáis, señor de Malicorne?

--Señor conde --respondió--: este caballo es de raza mecklemburguesa, y creo que debe tener siete años; la edad en que el caballo debe ser preparado para la guerra. El cuarto delantero es ligero. Caballo de cabeza chata no fatiga nunca la mano del jinete. La cruz es un poco baja. La configuración de la grupa me hace dudar de la pureza de la raza alemana. Debe tener sangre inglesa. En las vueltas y cambios de pie le he encontrado las ayudas finas.

--Bien juzgado, señor Malicorne ----dijo el conde--, sois inteligente... Pero observo que traéis un traje encantador, que presumo no

vendrá de la provincia. No se corta con ese gusto ni en Tours ni en Orleáns.

—No, señor conde; este vestido es de París.

—Ya se ve... Pero; volvamos a nuestro asunto. . . ¿Conque Manicamp quiere hacer otra camarista?

—Ya veis lo , que os escribe...

—¿Quién es la otra?

Malicorne ruborizóse.

—Una linda criatura —respondió—; la señorita de Montalais.

— ¡Ah! La conocéis, ¿eh?

—Sí, es mi prometida o poco menos.

—Eso es distinto: sea muy ennorabuena — exclamó Guiche, en cuyos labios vagaba una sonrisa de broma cortesana; pero' el título de prometida dado por Malicorne a la señorita de

Montalais le recordó el respeto debido a las mujeres.

— ¿Y el otro despacho, para quién es? ¿Es para la prometida de Manicamp?... En ese caso, lo siento. ¡Pobre niña! Tendrá un esposo muy malo.

—No, señor conde; el segundo despacho es para la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière.

—Desconocida —dijo Guiche.

—Desconocida, sí, señor —contestó Malicorne sonriendo.

—¡Bueno! Voy a hablar a Monsieur. A propósito: ¿es noble?

—Y de muy buena casa; doncella de honor de Madame viuda.

—Perfectamente.

— ¿Queréis acompañarme al cuarto de Monsieur?

--Con mucho placer, si me concedéis ese honor.

--¿Tenéis carroza?

--No, he venida a caballo..

--¿Con ese traje?

--No, señor; he llegado de Orleáns en posta, y me he mudado de vestido para presentarme en vuestra casa.

--Es cierto; me habéis dicho que llegábais de Orleáns.

Y, arrugándola, se metió la carta en el bolsillo.

--Señor --dijo tímidamente Malicorne--. Me parece que no lo habéis leído todo.

--¡Cómo! ¿Todo no?

--No; había dos billetes bajo el mismo sobre.

--¡Ah! ¿Estáis seguro?

--¡Oh! Segurísimo.

--Veamos.

Y el conde volvió a abrir la carta.

--¡Ah!... Es cierto... --dijo desdoblando el papel que aún no había leído--. No me engañaba, otro destino en el cuarto de Monsieur. ¡Oh! Es una sima ese Manicamp. ¡Malvado! Yo creo que comercia.

--No, señor conde; desea hacer donación de él.

--¿A quién?

--A mí, señor.

--¿Y por qué no lo decíais, querido señor de Mauvaisecorne?

-- ¡Malicorne!

--¡Ah, perdón! Ese latín me enreda, la atroz costumbre de las etimologías. Me perdonaréis, ¿verdad, señor de Malicorne?

--Agradezco mucho vuestra bondad, y es una razón para que os diga cierta cosa ahora mismo.

--¿Qué cosa?

--Que yo no soy gentilhombre; tengo buen corazón y un poco de talento, pero me llamo Malicorne a secas.

--Pues bien --dijo Guiche mirando el malicioso semblante de su interlocutor--; me hacéis el efecto de un hombre muy amable. Me gusta vuestra cara, señor Malicorne, y es preciso que tengáis muy buenas cualidades para haber gustado a ese egoísta de Manicamp. Sed sincero; sois algún santo bajado a la tierra.

--¿Por qué?

-- ¡Pardiez! Porque os da algo. ¿No habéis dicho que deseaba haceros donación de un empleo en la casa del rey?

--Pero, señor conde, si consigo ese empleo, no será él quien me lo haya dado, sino vos.

--Y además... no os lo habrá dado por nada absolutamente.

--Señor conde...

-- Esperad en Orleáns hay un Malicorne. ¡Pardiez! El que... presta dinero al señor príncipe.

--Creo que es mi padre, señor.

--¡Ya! El señor príncipe tiene al padre, y ese terrible devorador de Manicamp al hijo. Cuidado, amigo, que yo lo conozco, y os roerá, ¡vive Dios!, hasta los huesos.

--Pero yo le presto sin interés --dijo Malicorne sonriendo.

--Ya decía yo que erais un santo o cosa parecida. Señor Malicorne, tendréis el destino, o yo perderé mi nombre.

-- ¡Oh, señor conde! ¡Gracias! --dijo Malicorne enajenado.

--Vamos a casa del príncipe, mi querido señor Malicorne, vamos a casa del príncipe.

Y el de Guiche se dirigió a la puerta, haciendo seña a Malicorne de que le siguiera.

Mas en el momento en que iban a franquear el umbral, apareció un joven por el otra lado.

Era un caballero de veinticuatro a veinticinco años, de semblante pálido, labios delgados, ojos brillantes y cabellos castaños.

--Buenos días --dijo empujando a Guiche al interior del patio.

--¡Ah! ¡Vos aquí Wardes, con botas, espuelas y látigo en mano!...

--El traje que cuadra a un hombre que marcha al Havre; mañana ya no habrá nadie en París.

Y el recién llegado saludó ceremoniosamente a Malicorne, a quien su hermoso vestido daba aire de príncipe. .

--El señor Malicorne --dijo Guiche a su amigo.

Wardes saludó.

--El señor de Wardes dijo inmediatamente a Malicorne.

Este saludó también:

--Vamos, Wardes --continuó Guiche--: decidnos, vos que estáis enterado de todas estas cosas: ¿qué destinos hay todavía vacantes en la Corte, o más bien en el cuarto de Monsieur?

--En el cuarto de Monsieur --dijo Wardes con ademán de quien recuerda--; creo que está vacante el de escudero mayor.

--¡Oh! --exclamó, Malicorne--; no hablemos de tales. Mi ambición no llega a la cuarta parte de eso.

Wardes tenía el golpe de vista más desconfiado que Guiche, y en seguida caló a Malicorne.

--El caso es --dijo--, que para ocupar esa plaza es preciso ser duque o par.

--Todo lo que yo pido --dijo Malicorne--, es un puesto muy humilde; yo soy poco, y no me aprecio en más de lo que valgo.

--El señor Malicorne, a quien veis --dijo Guiche a Wardes--, es un gallardo mozo, Cuya única desgracia es no ser gentilhombre; pero no ignoráis que yo hago poco caso del que no es más que gentilhombre.

--Conforme --dijo Wardes--, pero yo os haré observar querido conde, que sin nobleza no se puede entrar en casa de Monsieur.

--Verdad --dijo el conde--, la etiqueta es formal. ¡Diablo! ¡No habíamos pensado en esto!

-- ¡Que desgracia para mí! --dijo Malicorne.

--Pero tiene remedio, según creo --respondió Guiche.

--¡Diantre! --exclamó Wardes--. El remedio se ha encontrado; se os hará gentilhomme. Su Excelencia el cardenal Mazarino no hacía otra cosa de la mañana a la noche.

--¡Paz, paz! --dijo el conde--. Nada de bromas pesadas, pues no es propio de nosotros; verdad es que la nobleza puede comprarse, pero no es una desgracia tan grande como para que los nobles no se rían de ella.

--A fe mía que eres un puritano, según dicen los ingleses.

--El señor vizconde de Bragelonne --anunció un criado en el patio, como si hubiera sido en un salón.

--¡Ah, Raúl! ¡Ven, ven acá! ¡También botas y espuelas! ¿Te marchas?

Bragelonne se acercó al grupo y saludó con el ademán grave y dulce que le era peculiar. Su saludo dirigióse sobre todo a Wardes, a quien no conocía y cuyas facciones se habían armado de singular frialdad viendo aparecer a Raúl.

--Amigo --dijo Guiche--, vengo a pedirte tu compañía. ¿Vienes al Havre, según creo?

--¡Ah! ¡Esto es encantador! Vamos a hacer un viaje maravilloso... Señor Malicorne; el señor de Bragelonne... ¡Ah! Te presento al señor de Wardes.

Los jóvenes cambiaron un saludo acompasado, porque ambas naturalezas parecían dispuestas a rechazarse.

--Ponnos de acuerdo a Wardes y a mí, Raúl.

-- ¿Sobre qué asunto?

--Sobre nobleza.

--¿Y quién entenderá de ella mejor que un Grammont?

--Yo no te pido cumplimientos, sino tu opinión.

--Pero necesito conocer el objeto de la discusión.

--Wardes pretende que se abusa de los títulos y yo afirmo que el título es inútil al hombre.

--Y tienes razón --dijo tranquilamente Bragelonne.

--Pero yo también --replicó Wardes con una especie de obstinación--, yo también, señor vizconde, pretendo tener razón.

--¿Pues qué decís, señor?

--Yo sostengo que en Francia se hace todo lo que se puede para humillar a los gentileshombres.

--¿Y quién hace eso? --preguntó Raúl.

--El mismo rey, que se rodea de gentes que no podrían hacer, prueba de los cuatro cuarteles.

--Ignoro dónde diablos habéis visto eso, Wardes —dijo Guiche.; --Un ejemplo...

Y, diciendo esto, dirigió a Bragelonne una mirada.

----¿Sabes tú quién acaba de ser nombrado capitán general de los mosqueteros, puesto que vale más que el de par y que ya delante de los mariscales de Francia?

Raúl empezó a encenderse; porque veía dónde iba á parar Wardes.

-- No. ¿Quién ha sido nombrado?

--Y no hará de eso mucho tiempo, porque ha ocho días aun estaba vacante la plaza; por más señas, Su Majestad se la negó a Monsieur, que la pedía para uno de sus protegidos.

--Pues la ha negado al protegido de Monsieur, a fin de dársela al caballero de Artagnan,

un segundón de la Gasuña que ha arrastrado la espada treinta años por las antecámaras.

—Perdonad si os interrumpo, señor —dijo Raúl lanzando a Wardes una mirada llena de severidad— mas creo que no conocéis a aquel de quien habláis.

— ¡Que no conozco al señor de Artagnan! ¡Dios mío! ¿Pues quién no lo conoce?

—Los que lo conocen —dijo Raúl con más calma y frialdad —están obligados a decir que si no es tan buen gentilhombre como el rey, lo cual no es falta suya, iguala a todos los soberanos del mundo en valor y lealtad. Esta es mi opinión, caballero, y gracias a Dios, conozco al señor de Artagnan desde que nació.

Wardes iba a contestar; pero le interrumpió Guiche.

## EL RETRATO DE MADAME

Guiche, conoció perfectamente que iba a agriarse la discusión.

En efecto; en la mirada de Bragelonne había algo manifiestamente hostil.

Y en la de Wardes como un cálculo de agresión.

Sin darse cuenta de los distintos sentimientos que agitaban a los dos amigos, Guiche pensó en parar el golpe, que conocía próximo a darse por uno o por otro, y tal vez por ambos.

--Señores --dijo-- vamos a separarnos, porque es preciso que yo vaya al cuarto de Monsieur. Tú, Wardes, vente conmigo al Louvre; y tú, Raúl, quédate dueño de la casa, y, como eres el consejero de todo lo que se hace aquí, darás la última ojeada a mis preparativos de marcha.

Raúl hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y se sentó en un banco al sol.

—Vaya, Raúl —dijo Guiche—: quédate ahí y que te enseñen los dos caballos que he comprado con la condición de que tú ratificarás el contrato. A propósito... olvidaba preguntarte por el conde de la Fère. Y al decir estas últimas palabras, observaba a Wardes para descubrir el efecto que en él hacía el nombre del padre de Raúl.

—Gracias —contestó el joven—; está bien.

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Wardes.

Guiche simuló no advertirlo, y dando un apretón de manos a Raúl, le dijo:

—Es cosa convenida que irás a encontrarnos al patio del Palacio Real, ¿eh?

Y haciendo después ademán de que le siguiera Wardes, añadió:

--Nos vamos; venid, señor Malicorne.

Este nombre hizo temblar a Bragelonne.

Parecióle que ya lo había oído pronunciar más de una vez; pero no pudo recordar en qué ocasión.

Y mientras cavilaba sobre esto, medio irritado de su conversación con Wardes, los tres jóvenes encaminábase al Palacio Real, donde vivía Monsieur.

Malicorne comprendió dos cosas. La primera, que los dos amigos tendrían algo que decirse.

La otra, que él no podía marchar en la misma fila que ellos.

Y se quedó atrás.

-- ¿Estáis loco? --exclamó Guiche a su compañero cuando estuvieron algunos pasos distantes del palacio de Grammont--. Atacáis al señor de Artagnan... delante de Raúl.

--¿Y qué? --dijo Wardes.

--¡Cómo!

--Sin duda.

-- ¿Está prohibido atacar al señor de Artagnan?

--¿Pero sabéis que Artagnan es la cuarta parte de aquel todo tan glorioso y temible que se llamaba *los mosqueteros*?

--Bien, pero no veo que eso me impida aborrecer al señor de Artagnan.

--¿Pues qué os ha hecho?

--¡Oh! A mí, nada.

--¿Pues por qué le odiáis?

--Preguntádselo a la sombra de mi padre.

--Me sorprendéis, amigo Wardes; el señor de Artagnan no es de esos que dejan detrás de sí una enemistad sin apurar su cuenta. Vuestro padre era duro de puños... y no hay enemista-

des tan rudas que no se laven con una buena estocada.

— ¡Qué queréis; amigo! Este odio existía entre mi padre y el señor de Artagnan; siendo yo muy niño me hablaba de ese odio, que es un legado particular que he recibido con su herencia.

—¿Y tal odio tenía por objeto al señor de Artagnan solo?

—¡Oh! El señor de Artagnan está demasiado bien incorporado en sus tres amigos, para que no se reflejase en ellos... y de tal suerte, que llegado el caso, no tendría ninguno de qué quejarse.

El de Guiche tenía los ojos fijos en Wardes, y se estremeció viendo su pálida sonrisa. Tuvo un presentimiento; pensó que ya había transcurrido el tiempo de las estocadas entre caballeros, pero que el odio, extravasándose del fondo del corazón no por eso dejaba de ser odio; en

una palabra, que después de los padres; que habíanse aborrecido con el corazón y combatido con el brazo, vendrían los hijos que también se odiarían con el corazón, pero que no se combatirían sino con la traición o con la intriga.

Mas como no era de Raúl de quien sospechaba traición o intriga, por el fue por quien Guiche se estremeció.

Pero en tanto que estos pensamientos sombríos obscurecían la frente de Guiche, Wardes había vuelto a ser completamente dueño de sí mismo.

--Por lo demás --dijo--, no aborrezco personalmente al señor de Bragelonne, no le conozco.

--En todo caso --dijo Guiche con severidad-- , no olvidéis que Raúl es mi mejor amigo.

Aquí quedó la conversación, aunque Guiche hizo todo cuanto pudo por sacarle el secreto del corazón; pero sin duda estaba Wardes resuelto a no decir más, y permaneció impenetrable.

Guiche prometi6se sacar m1s partido de Ra1l.

En esto llegaron al Palais Royal, que estaba rodeado de multitud de curiosos.

La servidumbre de Monsieur aguardaba sus 6rdenes para montar a caballo y escoltar a los embajadores encargados de conducir a la joven princesa.

Este lujo de caballos, de armas y de libreas compensaba en aquella 6poca, gracias a la benevolencia de los pueblos, y a las tradiciones de respetuosa adhesi3n a los reyes, los enormes gastos que proporcionaba.

Mazarino haba dicho: "Permitidles cantar con tal que paguen." Luis XIV decia: "Dejadlos ver."

La vista haba reemplazado a la voz; todav1a se pod1a mirar, pero ya no se pod1a cantar.

El de Guiche, dej3 a Wardes y a Malicorne al pie de la escalera principal; pero 6l, que com-

partía el favor de Monsieur, con el caballero de Lorena, a quien ponía buena cara, mas a quien no podía sufrir, subió al cuarto de Monsieur, a quien encontró mirándose a un espejo, y poniéndose colorete.

Sobre unos cojines estaba recostado el señor de Lorena, que trataba de hacerse rizar sus largos cabellos rubios, con los cuales jugaba como si fuese una mujer.

El príncipe se volvió al ruido, y dijo:

--¡Ah! Eres tú, Guiche; ven aquí y cuéntame la verdad.

--Sí, Monsieur; ya sabéis que ése es mi defecto.

--Figúrate que ese perverso caballero me está haciendo rabiar. El caballero se encogió de hombros.

--¿Y cómo es eso? --preguntó Guiche--. No es ésa la costumbre del caballero.

--Pues pretende --continuó el príncipe-- que madame Enriqueta es mejor como mujer que yo como hombre.

--Cuidado --dijo Guiche frunciendo las cejas--, que me habéis exigido que diga la verdad.

--Sí --dijo Monsieur casi temblando.

--Pues bien, os la diré.

--No te apresures, Guiche --exclamó el príncipe--; tiempo tienes; mírame con atención, y acuérdate bien de Madame. Además, ahí tienes su retrato.

--Y le entregó una miniatura de trabajo delicado. Guiche la tomó y la contempló largo tiempo.

--A fe mía, señor --dijo--, que tiene un rostro adorable.

--¡Paro mírame, mírame bien! --exclamó el príncipe pretendiendo atraer la atención del conde, absorta del todo por el retrato.

-- ¡Es maravilloso! --murmuró Guiche.

--Se diría --continuó Monsieur --que no has visto jamás a esa chica.

--Es cierto que la he visto, señor; pero hace ya cinco años, y hay mucha diferencia entre una niña de doce años y una joven de diecisiete.

--En fin, dime tu parecer, vamos.

--Mi opinión es que el retrato debe estar mejorado.

--¡Oh! No hay duda --dijo el príncipe triunfante--; pero supón que no lo esté, y dime lo que piensas.

--Señor, Vuestra Alteza es muy feliz teniendo tan linda prometida.

--Bien; esa es tu opinión sobre ella. ¿Y sobre mí?

--Mi opinión es que sois demasiado hermoso para ser hombre.

El caballero de Lorena soltó una carcajada.

Monsieur comprendió todo lo severo que había para él en la opinión del conde de Guiche, y frunció el entrecejo diciendo:

--Tengo amigos poco benévolos. El de Guiche miró de nuevo el retrato, y ,después de algunos minutos de contemplación; lo entregó a Monsieur haciendo un esfuerzo.

--Decididamente --dijo--, desearía mejor contemplar diez veces a Vuestra Alteza que una vez a Madame.

Sin duda, el caballero echó de ver algo misterioso en estas palabras, que quedaron incomprendibles para el príncipe, pues exclamó:

--¡Pues bien, casaos!

Monsieur continuó dándose colorete; cuando terminó esta operación, contempló otra vez el retrato, y luego se miró al espejo y sonrió.

Sin duda, estaba satisfecho de la comparación.

—Por lo demás, has hecho perfectamente en venir —dijo a Guiche—; temía que marchases sin venir a despedirte.

—Demasiado me conoce Monsieur para creer que cometiese semejante desatención.

—¿Tienes algo que pedirme antes de salir de París?

—Vuestra Alteza lo ha adivinado; tengo, en efecto, una petición que presentarle.

—¿Cuál es?

El caballero de Lorena fue todo ojos y oídos, pues le parecía que cada gracia obtenida por otro, era un robo que se le hacía.

Y como Guiche vacilara, preguntó el príncipe.

--¿Es dinero? Eso vendría a las mil maravillas, porque soy riquísimo: el superintendente de Hacienda me ha hecho entrega de cincuenta mil doblones.

--Gracias, señor; mas no se trata de dinero.

--Pues ¿de qué? Veamos.

--De un despacho de camarista.

--¡Diantre! ¡Qué protector te haces, Guiche! --dijo el príncipe con desdén--. No me has de hablar nunca más que de tonterías.

El caballero de Lorena sonrióse, pues sabía que proteger damas era desagradar a Monsieur.

--Señor --dijo el conde--, no soy yo quien protege directamente a la persona de que acabo de hablar; es un amigo mío.

--Eso es distinto. ¿Y cómo se llama la protegida de tu amigo?

--La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière, doncella de honor de Madame viuda.

-- ¡Una coja! --dijo el caballero de Lorena estirándose en los cojines.

-- ¡Una coja! --repitió el príncipe--. ¿Madame había de tener eso a la vista? De ningún modo; sería muy peligroso para su embarazo.

El caballero de Lorena soltó otra carcajada.

--Caballero --dijo Guiche, lo que estáis haciendo no es generoso; yo solicito, y me perjudicáis.

--Perdonad, señor conde --dijo el caballero, inquieto por el acento con que Guiche acentuó sus palabras--; no era tal mi intención, y aun creo que confundo a esa señorita con otra..

-- Ciertamente que la confundís, os lo juro.

--¿Y te interesa eso mucho, Guiche? --preguntó el príncipe.

--Mucho, señor.

--Pues bien, concedido; pero no me pidáis más despachos, porque no hay más plazas.

-- ¡Ah! --murmuró el caballero--. ¡Las doce ya! La hora fijada para la marcha.

--¿Me echáis, caballero? --preguntó Guiche.

--¡Oh conde! ¡Cómo me maltratáis hoy! -- contestó afectuosamente el de Lorena.

-- ¡Por Dios, conde!

-- ¡Por Dios, caballero! --dijo Monsieur--. No os querelléis así. ¿No veis que eso me apena?

--¿Firmáis eso? --preguntó Guiche.

-- Tomad un despacho de esa carpeta y dád-melo.

Guiche obedeció. El príncipe firmó.

-- Tomad --dijo entregándoselo--; pero con una condición.

-- ¿Cuál?

--Que os reconciliéis con el caballero.

-- Con mucho gusto.

Y le alargó una mano con una indiferencia que parecía desprecio.

--Ea, conde --dijo el caballero, sin parecer notar el desdén de Guiche--; idos y traednos una princesa que no desdiga mucho de su retrato.

--Sí, andad y volved pronto... A propósito, ¿a quién os lleváis?

--A Bragelonne y a Wardes.

--Intrépidos compañeros.

--Demasiado --dijo el caballero--: haced por traerlos a ambos.

--¡Corazón villano! --murmuró el conde.

Y saludando a Monsieur, salió. Al llegar al vestíbulo levantó en el aire el despacho firma-

do. Malicorne se precipitó y lo recibió temblando de alegría.

Pero, después de haberlo recibido, conoció Guiche que aguardaba alguna otra cosa.

— ¡Paciencia, amigo, paciencia! —dijo a su cliente—. Estaba allí el señor caballero y he temido fracasar si pedía demasiado de un golpe. Esperad que yo regrese, y adiós.

—Adiós, señor conde, y mil gracias —dijo Malicorne.

—Y enviadme a Manicamp. A propósito: ¿es cierto que la señorita de La Vallière es coja?

En el momento de pronunciar estas palabras paraba un caballo detrás de él.

Volvióse, y vio palidecer a Bragelonne, que entraba en aquel instante en el patio.

El pobre amante había oído. No así Malicorne, que ya estaba fuera del alcance de su voz.

--¿Por qué se habla aquí de Luisa? --se preguntó Raúl--. ¡Oh! ¡El cielo libre a, Wardes de hablar una palabra de ella delante de mí!

--Vamos, señores --gritó el conde de Guiche--; ¡en marcha!

En aquel momento apareció en la ventana el príncipe, que ya había acabado de embellecerse.

LXXXII

EN EL HAVRE

La escolta toda le aclamó, diez minutos después, bandera, bandas y plumas flotaban a la ondulación del galope de los corceles.

Aquella corte tan brillante; tan alegre, tan animada por contrarios sentimientos, llegó al Havre cuatro días después de su salida de París. Eran las cinco de la tarde, y aun no se tenía noticia alguna de la princesa.

Buscáronse alojamientos; pero desde entonces comenzó una gran confusión entre los señores, grandes disputas entre los lacayos, y en medio de aquel ruido el conde de Guiche creyó reconocer a Manicamp.

El era, en efecto, el llegado, pero como Malicorne habíase puesto su mejor traje, no pudo él comprar más que un vestido de terciopelo violeta bordado en plata.

Guiche lo reconoció, por el vestido y el semblante. Había visto muchas veces a Manicamp aquel traje violeta, su último recurso..

Manicamp presentóse al conde de Guiche bajo una bóveda de hachones que incendiaban más que iluminaban él pórtico por el que se entraba en El Havre, situado cerca de la torre de Francisco I.

El conde, al ver la triste figura de Manicamp, no pudo contener la risa.

—¡Hola, mi Manicamp! Hétenos aquí violeta.  
¿Estás de luto?

—Sí, señor, de luto.

—¿Por quién o por qué?

—Por mi traje azul y oro, que ha desaparecido, y en vez del cual no he podido encontrar mas que éste, y aun me ha sido preciso economizar para sacarlo de manos de los prenderos.

—¿Es verdad?

—¡Diablo! Sorpréndete de eso, tú que me dejas sin dinero.

—Pero al fin ya estás aquí, y esto es lo principal.

—Sí, por sendas malditas. ¿Dónde estás alojado?

—¿Alojado?

—Sí.

--No estoy hospedado. Guiche se echó a reír.

--En fin, ¿dónde te hospedarás?

--Donde te hospedes tú.

--Pues, no lo se...

--¿Cómo que no lo sabes?

--Indudablemente. . ¿Cómo quieres que sepa dónde me hospedaré?

--Pues qué, ¿no has tenido un hotel?

--¡Yo!

--Tú o el príncipe.

--No hemos pensado en eso, ni el uno ni el otro. El Havre es grande, y con tal de que tenga una cuadra para doce caballos y una casa limpia en un buen barrio...

--¡Oh! Hay casas muy elegantes.

--Entonces...

--Sí, pero no para nosotros.

—¿Cómo que no para nosotros? ¿Para quién, entonces?

—Para los ingleses.

— ¿Cómo?

—Sí, todas están alquiladas.

—¿Por quién?

—Por el señor de Buckingham.

—¿Es cierto? —dijo Guiche, a quien esta palabra alarmó.

—Sí, querido; por el señor de Buckingham. Su gracia se ha hecho preceder por un correo; este correo llegó hace tres días, y ha guardado todas las habitaciones alquilables que se encontraban en la ciudad.

—Veamos, Manicamp; entendámonos.

— ¡Pardiez! Lo que te digo es bien claro, a mi parecer. .

--Pero el señor de Buckingham no ocupará todo El Havre.

--No lo ocupa, es cierto, porque aún no ha desembarcado; pero una vez desembarcado lo ocupará.

--¡Oh, oh!

--¡Bien se ve que no conoces a los ingleses! Les place acapararlo todo.

--Ya; pero un hombre que tiene toda una casa, se contenta con ella y no toma dos.

--Sí, pero dos, hombres...

--Sean los que tú quieras; pero hay cien casas en el Havre.

--Bueno, eso quiere decir que están alquiladas las cien.

--¡No puede ser!

--Pero, terco, cuando te digo que el señor de Buckingham ha alquilado todas las casas que

rodean a la en que deben apearse Su Majestad la reina viuda de Inglaterra y la princesa su hija...

--¡Ah! He aquí una cosa extraña --dijo Wardes acariciando la crin de su caballo.

--Así es, señor.

-- ¿Estáis seguro, señor de Manicamp?

Y al hacer esta pregunta miraba con malicia a Guiche, como para interrogarle sobre el grado de confianza que podía tenerse en razón de su amistad.

Durante este tiempo había llegado la noche, y los hachones, los lacayos, los escuderos, los caballos y las carrozas ocupaban toda la plaza; las antorchas se reflejaban en las aguas del mar en flujo, mientras al otro lado percibíanse mil figuras curiosas de marineros y pueblo que procuraban no perder nada del espectáculo.

Durante todas estas vacilaciones, Bragelonne, como si hubiera sido extraño a todo, se mantenía a caballo algo detrás de Guiche, y miraba los juegos de luz que se elevaban de las aguas, al mismo tiempo que respiraba con delicia el olor de las ondas que arrojaban al aire su espuma y al espacio su ruido.

--Pero, en fin --murmuró Guiche--, ¿qué razón ha tenido el señor de Buckingham para esa provisión de alojamientos?

----Sí --preguntó Wardes--, ¿qué razón?

--¡Oh! Una excelente --contestó Manicamp.

--Pero, al fin, ¿la sabes?

--Creo que sí.

--Habla, pues.

--Entonces aplica tu oído. ¡Diantre! ¿Acaso no puede decirse sino en voz baja?

--Tú mismo juzgarás.

--Bien.

Guiche inclinó la cabeza.

--El amor --dijo Manicamp.

--No entiendo.

--¿Dices que aún no comprendes?

--Habla.

--Pues bien; pasa por cierto, señor conde, que Su Alteza Real será el más infortunado de dos maridos

--¡Cómo! ¿El duque de Buckingham?

-- Semejante nombre lleva la desgracia a los príncipes de la casa de Francia.

--¿Entonces... el duque... ?

--Aseguran que está locamente enamorado de la joven princesa, y no quiere que nadie, sino él, se acerque a ella.

Guiche palideció.

--Bien, gracias --dijo apretando la mano de Manicamp.

Luego, levantándose:

--Por el amor de Dios --dijo a Manicamp--, has de modo que este proyecto del duque de Buckingham no llegue a oídos franceses, o de lo contrario, Manicamp, relucirían al sol de este país espadas que no tienen miedo a los aceros ingleses. Además --dijo Manicamp--, ese amor no está demostrado, y tal vez sólo sea, un cuento.

--No --dijo Guiche--; debe ser verdad.

Y contra su voluntad rechinaron los dientes del joven.

--Y bien, después de todo, ¿qué te importa? ¿Qué es lo que a mí me interesa que el príncipe sea lo que fue el difunto rey? Buckingham, el padre, para la reina; Buckingham, hijo, para la joven princesa; nada para nadie.

--¡Manicamp, Manicamp!

--¡Demonio!... Es un hecho; o al menos un dicho.

-- ¡Silencio! --dijo el conde.

-- ¿Y por qué silencio? --exclamó Wardes--. Es un hecho muy honroso para la nación francesa. No sois de mi parecer, señor de Bragelonne?

--¿Qué hecho? --dijo distraído Bragelonne.

--Que los ingleses rindan así homenaje a la belleza de nuestras reinas y de nuestras princesas.

Perdonadme; mas no he entendido lo que se ha dicho, y os pido me lo expliquéis.

--Sin duda, fue necesario que el señor de Buckingham, padre, viniese a París, para que el rey Luis XIII se apercibiese de que su esposa era una de las más bellas damas de la corte de Francia; y ahora, es necesario que el señor de

Buckingham, hijo, consagre a su vez, con el homenaje que le rinde, la hermosura de una princesa de sangre francesa. Será en lo sucesivo un diploma de belleza haber inspirado amor del otro lado del mar.

--Señor --contestó Bragelonne--, no me gusta hacer burlas sobre estas materias. Nosotros, caballero; somos los guardadores del honor de las reinas y de las princesas. Si nos reímos, de ellas, ¿qué harán los lacayos?

--¡Oh, caballero! --dijo Wardes, cuyos ojos centellearon--. ¿Cómo debo tomar lo que me decís?

--Tomadlo como os plazca --contestó fríamente Bragelonne.

--¡Bragelonne! --exclamó Guiche.

--¡Señor de Wardes! --gritó Manicamp viendo al joven impulsar su caballo hacia el de Raúl.

--Caballero --dijo Guiche--, no deis semejante espectáculo al público y en la calle. Wardes, habéis hecho mal.

-- ¡Mal! ¿Y en qué?

--¿En qué? Habláis siempre terriblemente de todos y de todas --replicó Raúl con su implacable sangre fría.

--Sed indulgente, Raúl --1e dijo por lo bajo Guiche.

--Y no os batáis antes de haber descansado; no haríais nada útil --dijo Manicamp.

-- ¡Vamos, ,vamos, señores, adelante! -- prosiguió Guiche.

Y al punto, apartando pajes y caballos, abrióse camino hasta la plaza por en medio de la multitud, atrayendo tras sí a todo el cortejo de franceses.

Había abierta una gran puerta que daba a un patio. Guiche penetró en él; Bragelonne, War-

des, Manicamp y otros tres o cuatro caballeros le siguieron.

Allí se tuvo una especie de Consejo de guerra; deliberóse sobre el medio que era preciso emplear para salvar la dignidad de la embajada.

Bragelonne optó por que se respetase el derecho de prioridad.

Wardes propuso entregar al saqueo la ciudad.

Tal proposición pareció un poco fuerte a Manicamp.

Propuso dormir antes que nada esto era lo más prudente.

Por desgracia, para seguir su consejo sólo faltaban dos cosas: una casa y camas.

Guiche meditó algún tiempo, después, gritó en alta voz:

—¡Quien quiera que me siga!

--¿Los criados también? --preguntó un paje que se había acercado al grupo.

--¡Todo el mundo! --gritó el fogoso joven--. Ea, Manicamp, condúcenos a la casa que debe ocupar la princesa.

Sin adivinar nada sobre el proyecto del conde, sus amigos le siguieron, escoltados por una muchedumbre popular cuyas aclamaciones y alegría formaban feliz presagio para el proyecto, aun ignorado, de aquella fogosa juventud.

El viento soplaba fuertemente y densas ráfagas agitaban el mar.

LXXXIII

EN EL MAR

La mañana siguiente apareció un poco más serena, aunque el viento seguía soplando.

El sol habíase alzado sobre un lecho de nubes rojas, y lanzaba sus rayos ensangrentados sobre las crestas de las negras olas.

Los vigías acechaban impacientes. A eso de las once de la mañana se descubrió un buque que arribaba a velas desplegadas; otros dos le seguían a cierta distancia.

Venían como flechas disparadas por vigorosos arqueros, y no obstante, estaba la mar tan alborotada, que la rapidez de su marcha en nada disminuía los terribles balanceos de los buques.

Pronto conociéronse los colores de la flota inglesa; a la cabeza iba el buque, montado por la princesa con el pabellón del almirantazgo.

Inmediatamente se propagó el rumor de que llegaba la princesa. Toda la nobleza corrió al puerto y la plebe a los muelles.

Dos horas después, no atreviéndose los buques a aventurarse en la estrecha entrada del puerto, echaron anclas entre El Havre y el Hive.

Terminada esta maniobra; el navío almirante saludó a Francia con doce cañonazos, que fueron contestados uno a uno por el fuerte Francisco I.

Al momento salieron al mar cien embarcaciones, empavesadas de ricas telas y destinadas a conducir a los caballeros franceses hasta los buques anclados fuera del puerto.

Mas al ver las olas levantarse en montañas y estrellarse con horrible mugido en la playa, comprendíase que ninguna de aquellas barcas llegaría a la cuarta parte de la distancia que había de atravesar hasta los navíos sin haber zozobrado.

A pesar del viento y de la mar, un falucho se aprestaba a salir del puerto para ponerse al habla con el almirante inglés.

El de Guiche buscaba entre todas las embarcaciones una que fuera algo mas sólida que las otras, y que ofreciera más probabilidades de llegar a los bajeles ingleses, cuando apercibió al falucho que aparejaba.

--Raúl --dijo--, ¿no consideras que es vergonzoso, para hombres inteligentes y fuertes como nosotros, retroceder ante esta fuerza bruta del viento y del agua?

--Precisamente estaba reflexionando en eso --respondió Bragelonne.

--¿Quieres que nos embarquemos en ese falucho y vayamos adelante, Wardes?

--Cuidado, vais a ahogaros --dijo Manicamp.

--Y para nada --dijo Wardes--, pues teniendo el viento de frente jamás llegaréis a los buques.

--¿De modo que no quieres?

--Con mucho gusto perdería la vida en una lucha contra hombres --respondió Wardes mirando oblicuamente a Bragelonne--; pero no tengo el menor deseo de batirme a golpes de remo contra las olas.

--Y yo --dijo Manicamp--, aunque hubiera de llegar a los buques, me cuidaría mucho de perder el único vestido decente que me queda; el agua salada mancha.

-- ¿También tú rehúsas? --murmuro Guiche.

--Ya te he dicho que...

--Pero mirad, mirad --exclamó Guiche--; observa, Manicamp; desde el castillo de popa del navío almirante nos miran las princesas.

--Razón de más, amigo, para no tomar un baño ridículo delante de ellas.

--¿Con que no quieres, Manicamp?

--No.

--¿Ni tú tampoco, Wardes?

--Tampoco.

--Entonces iré yo solo.

--No --dijo Raúl--; yo os acompaño.

El hecho es que Raúl, midiendo el peligro a sangre fría, lo juzgaba inminente; pero se dejaba guiar con gusto a hacer cualquiera cosa ante la cual retrocediera Wardes.

El falucho iba a marchar y Guiche llamó al piloto.

--¡Hola, barquero, necesitamos dos asientos!

Y liando algunos doblones en un pedazo de papel, los tiró desde el muelle al buque.

--Parece que no tenéis miedo al agua salada --observó el patrón.

--De nada tenemos miedo nosotros --respondió Guiche.

--Pues vamos allá, caballeros.

El piloto acercóse al muelle, y ambos jóvenes, con ligereza igual, saltaron a bordo.

—Ea, valor, muchachos —dijo Guiche a los remeros—; todavía hay veinte doblones en esta bolsa, y si llegamos al almirante son vuestros.

Los remeros encorvábanse sobre los remos, y el barco se deslizó por la superficie de las olas.

Todo el mundo había tomado interés en esta expedición aventurada y todos tenían puestos los ojos en la barca.

La débil embarcación permanecía algunas veces como suspendida en las crestas espumosas, y de repente se precipitaba en lo profundo del abismo mugiente.

No obstante, después de una hora de lucha, llegó cerca del navío almirante, del cual se destacaban dos embarcaciones en su auxilio.

Sobre el castillo de popa del almirante y en un pabellón de terciopelo, madame Enriqueta,

viuda, y la joven Madame, a cuyo lado estaba el almirante, conde de Norfolk, miraban con terror aquella barca elevarse hasta el cielo y sumergirse hasta el infierno, sobre cuya vela brillaban como luminosas apariciones los nobles rostros de los dos caballeros franceses.

La tripulación del navío aplaudía la bravura de aquellos intrépidos, la destreza del piloto y la fuerza de los remeros.

Un viva triunfal acogió su llegada a bordo.

Y el conde de Norfolk, hermoso joven de unos veintiocho años salió a recibirlos.

El de Guiche y Bragelonne subieron con ligereza la escalera de estribor, y, conducidos por el conde, fueron a saludar a las princesas. El respeto, y principalmente cierto temor de que no se daba cuenta, habían impedido hasta entonces al conde de Guiche mirar con atención a la joven Madame.

Ésta, por el contrario, lo había distinguido desde luego y preguntado a su malee:

—¿No es Monsieur ese que divisamos en la barca?

Madame Enriqueta, que conocía a Monsieur mejor que su hija, se sonrió de este yerro de su amor propio, y le contestó:

—No, ese es el señor de Guiche, su favorito.

A esta contestación, la princesa se vio precisada a contener la instintiva benevolencia provocada por la audacia del conde.

En el instante de hacer la princesa esta pregunta; se atrevió Guiche a levantar los ojos y pudo comparar el original con el retrato.

Cuando vio su pálido semblante, sus ojos animados, sus adorables cabellos castaños, su linda boca y su ademán eminentemente regio, sufrió tal emoción, que hubiese vacilado sin el apoyo del brazo de Raúl.

Pero la mirada sorprendida de éste y el gesto benévolo de la reina le hicieron volver en sí.

En cuatro palabras explicó su misión: dijo que era el enviado de Monsieur, y saludó, según su rango y los cumplimientos que le hicieron, al almirante y a los señores ingleses que agrupábanse alrededor de las princesas.

Raúl fue presentado a su vez y perfectamente acogido: todo el mundo sabía la parte que el conde de la Fère había tomado en la restauración del rey Carlos; y además, también el conde fue encargado de la negociación del matrimonio que llevaba a Francia la nieta de Enrique IV.

Raúl hablaba perfectamente el inglés y se constituyó en intérprete de su amigo para con dos caballeros ingleses que no conocían el francés.

En aquel momento apareció un joven de notable belleza y espléndida riqueza de traje y de armas, y acercándose a las princesas, que con-

versaban con el conde de Norfolk, dijo con voz que mal ocultaba su impaciencia:

—Vamos, señoras, es preciso saltar a tierra.

A esta invitación levantóse la joven Madame para aceptar la mano que con viveza llena de diversas expresiones le tendía el joven; pero el almirante se interpuso entre la princesa y el recién llegado, y dijo:

—Un instante, milord de Buckingham; el desembarco no es posible a esta hora para las damas, por lo agitado del mar; a eso de las cuatro es probable que haya caído el viento; por consiguiente, no desembarcarán hasta la tarde.

—Permitid, milord —dijo Buckingham con irritación que no pretendió disfrazar. Veo que retenéis sin derecho a esas señoras. Una de ellas, ¡ay!, pertenece a Francia, que la reclama por medio de sus embajadores.

Y con la mano señala a Guiche y a Raúl, saludándolos al mismo tiempo.

--Yo no creo --respondió el almirante-- que entre en las intenciones de estos señores exponer la vida de las princesas.

--Milord, estos señores han llegado bien, no obstante el viento; permitidme creer que el peligro no será mayor para estas señoras, que lo llevarán a favor.

--Estos señores son muy intrépidos --dijo el almirante--; ya habéis visto, que muchos estaban en el puerto y no se han determinado a seguirlos. Por otra parte, el deseo de ofrecer lo antes posible sus homenajes a Madame y a su ilustre madre; les ha hecho desafiar los peligros de la mar, muy mala hoy, aun para marinos; pero estos señores, a quienes presentaré como amigos a mi Estado Mayor, no deben serlo para estas señoras.

Una mirada furtiva de Madame sorprendió el rubor que cubría las mejillas del conde.

Tal mirada no la apercibió Buckingham, pues no hacía más que mirar a Norfolk. Evidentemente, estaba celoso del almirante, y parecía arder en deseos de arrancar a las princesas del suelo movedizo de los navíos, en los que era soberano el almirante.

--Por lo demás --repuso Buckingham--, ape-  
lo a la misma Madame.

--Y, yo milord --contestó el almirante--, ape-  
lo a mi conciencia y a mi responsabilidad: yo he  
prometido entregar sana y salva a Madame, y  
cumpliré mi palabra.

--No obstante...

--Milord, permitid que os recuerde que sólo  
yo mando aquí.

--Milord ¿sabéis lo que decís? --respondió  
altivamente Buckingham.

— Perfectamente; y lo repito. Sólo yo mando aquí, milord, y todos me obedecen; la mar, el viento, los navíos y los hombres.

Esto fue noblemente pronunciado. Raúl notó el efecto que hacía en Buckingham, que se estremeció y apoyó en uno de los sostenes de la tienda para no caer; sus ojos se inyectaron en sangre, y la mano con que no se apoyaba dirigióse hacia la empuñadura de la espada.

—Milord —dijo la reina—, permitidme os diga que pienso lo mismo que el conde de Norfolk; aunque el tiempo estuviera apacible y favorable, muy bien deberíamos algunas horas al oficial que nos ha conducido tan felizmente y con tantos cuidados a la vista de las costas de Francia, donde debe dejarnos.

En lugar de responder, Buckingham consultó la mirada a Madame. Medio oculta en el cortinaje de terciopelo y oro, nada oía de este debate, entretenida como estaba en mirar al conde de Guiche, que conversaba con Raúl.

Este fue un nuevo golpe para Buckingham, que le pareció descubrir en la mirada de madame Enriqueta un sentimiento mas profundo que el de la curiosidad.

Retiróse vacilando y fue a chocar con el palo mayor.

—Milord de Buckingham no tiene pies de marino —dijo en francés la reina madre; indudablemente, por eso desea tocar tan pronto en tierra firme.

El joven oyó estas palabras, palideció y se retiró, confundiendo en un suspiro sus antiguos amores y sus odios recientes.

Sin preocuparse el almirante del mal humor de Buckingham, hizo pasar a las princesas a la cámara de popa, donde estaba preparada la comida con suntuosidad digna de todos los convidados.

El almirante tomó asiento a la derecha de Madame, y colocó a Guiche a su izquierda. Este

era el lugar que ordinariamente ocupaba Buckingham.

De suerte que, cuando entró en el comedor, tuvo el sentimiento de verse relegado por la etiqueta a un rango inferior al que había ocupado hasta entonces.

Por su parte, Guiche, acaso más pálido con su ventura que su adversario con su cólera, se sentó temblando junto a la princesa, cuyo traje de seda, al rozar con su cuerpo, hacía pasar por todo su ser unos estremecimientos de tristeza y voluptuosidad desconocidos para él hasta entonces.

Después de la comida se adelantó Buckingham a dar la mano a Madame..

Entonces le correspondió a Guiche dar la lección al duque.

--Milord --le dijo--, sed bastante amable para no interponeros entre Su Alteza Real, Madame y yo.

Desde este momento pertenece Su Ateza Real a Francia, y es la mano de Monsieur, hermano del rey, la que toca la mano de la princesa cuando me hace el honor de tocar la mía.

Y al decir estas palabras, presentó su mano a la joven Madame con una timidez tan visible y al mismo tiempo con tanta nobleza, que se oyó un murmullo de admiración entre los ingleses, en tanto que Buckingham suspiraba de dolor.

Raúl amaba, y lo comprendió todo.

Y fijó en su amigo una de esas miradas profundas, que solamente el amigo o la madre extienden, como protector o vigilante, sobre el hijo o el amigo que se extravía.

A eso de las dos cayó el viento; isóse el sol, el mar quedó como una luna de cristal, y la bruma que cubría las costas se desgarró como un velo que vuela a pedazos.

Entonces se divisaron las risueñas costas de Francia con sus mil casas blancas, destacándose sobre el verde de los árboles o el azul del cielo.

## LXXXIV

### LAS TIENDAS

Como ya sabe el lector, el almirante había tomado el partido de no fijar la atención en los ojos amenazadores ni en los arrebatos convulsivos de Buckingham.

Efectivamente, desde la salida de Inglaterra se debía haber acostumbrado poco a poco a ellos.

El de Guiche no había advertido aún esa animosidad que el joven lord parecía tener contra él; mas tampoco sentía ninguna simpatía por el favorito de Carlos II.

La reina madre, con mayor experiencia y fría calma, dominaba toda la situación, y como co-

no sabía el peligro de ella, se disponía a cortar el nudo cuando llegase el momento.

Este momento llegó.

Se había restablecido la fría calma en todas partes, menos en el corazón de Buckingham, que en su impaciencia repetía a media voz a la joven princesa:

—Señora, señora, os suplico encarecidamente que saltemos a tierra, en nombre del Cielo. ¿No veis que ese fatuo de conde de Norfolk me hace morir con sus cuidados y adoraciones hacia vos?

Enriqueta oyó estas palabras, sonrióse y dando a su voz esa inflexión de dulce reproche y de lánguida impertinencia con que la coquetería sabe contentar a la vez que formula una especie de defensa, murmuró:

—Mi querido lord, ya os he dicho que estáis loco.

Como hemos dicho, ninguno de estos detalles escapaba a Raúl; había oído la súplica de Buckingham y la respuesta de la princesa; había visto al duque dar un paso atrás al oír ésta dar un suspiro y pasarse la mano por la frente; y lo comprendió todo, estremeciéndose al apreciar el estado de cosas y de ánimos.

El almirante, en fin, con lentitud meditada, dio las últimas órdenes para echar al agua las canoas.

Buckingham acogió estas órdenes con tales transportes, que un extraño hubiese creído que el joven tenía turbada la razón.

A la voz del conde de Norfolk bajó del costado del navío almirante una enorme barca empavesada, que podía contener veinte remeros y quince personas de pasaje.

Pabellones de terciopelo con las armas de Inglaterra, bordadas en oro, formaban el principal

adorno de esta barca verdaderamente regia. Apenas tocó en el agua y apenas

los remeros levantaron sus remos, aguardando como soldados el embarque de la princesa, cuando Buckingham corrió a la escalera para ocupar su puesto en la canoa.

Pero la reina lo detuvo.

— Milord —le dijo—, no conviene que nos permitáis a mi hija y a mí ir a tierra sin que estén preparados los alojamientos de una manera positiva. Os suplico, pues, que os adelantéis al Havre y cuidéis que todo esté en orden para nuestro servicio.

Este fue otro golpe para el duque, tanto más terrible cuanto que no era esperado.

Balbuceó, ruborizóse; pero no pudo responder.

Había creído poder quedarse al lado de Madame durante la travesía, y saborear así hasta el

último de los momentos que le concedía la suerte.

Pero la orden era expresa.

El almirante, que la había oído, exclamó en el acto:

—¡Al agua la chalupa!

Esto fue ejecutado con la peculiar rapidez de las maniobras en los buques de guerra.

Desolado Buckingham, dirigió una mirada de desesperación a la princesa, otra de ruego a la reina, y otra de cólera al almirante.

La princesa fingió no verla.

La reina volvió la cabeza a otra parte.

El almirante se rió. Buckingham estuvo a punto de lanzarse sobre Norfolk.

La reina madre se levantó, y le dijo imperativamente:

— ¡Marchad, caballero!

El joven duque se detuvo, pero intentando el último esfuerzo, preguntó sofocado por tan diversas emociones:

—¿Y vosotros, caballeros? Vos, señor de Guiche, señor de Bragelonne, ¿no me acompañáis?

El de Guiche se inclinó.

—Yo, lo mismo que el señor de Bragelonne, estoy a la disposición de la reina; lo que nos mande, eso haremos.

Y miró a la joven princesa, que bajó los ojos.

—Perdonad, señor de Buckingham —repuso la reina—, pero el de Guiche representa aquí a Monsieur, y debe hacernos los honores de Francia, como vos nos habéis hecho los de Inglaterra; no puede, pues, dispensarse de acompañarnos, y además, bien debemos este pequeño favor al esfuerzo que ha hecho por venir a buscarnos.

Buckingham abrió la boca como para responder; pero bien sea que no encontraba un pensamiento o palabras para formularlo, no despegó los labios, y saltó del navío a la chalupa.

Los remeros no pudieron contenerlo ni contenerse, pues el peso y el golpe por poco hicieron zozobrar la barca.

—Decididamente, está loco milord —dijo el almirante a Raúl.

—Tengo miedo por él —contestó Bragelonne.

Todo el tiempo que tardó la chalupa en llegar a tierra, no cesó el duque de dirigir sus miradas al navío, como haría un avaro a quien arrebatasen su riqueza, o una madre a quien alejasen de su hija para conducirla a la muerte.

Pero nadie respondió a sus signos, a sus manifestaciones, a sus imprudentes actitudes.

Buckingham aturdióse de tal modo, que se dejó caer sobre un banco, tirándose de los cabe-

Ilos, mientras los indiferentes remeros. hacían volar la chalupa sobre las olas.

Al llegar a tierra estaba en un entorpecimiento tal, que si no hubiese encontrado en el puerto al mensajero a quien había hecho tomar la delantera como aposentador, no habría sabido decir dónde estaba.

Cuando llegó a la casa que le estaba destinada, encerróse en ella como Aquiles en su tienda. Mientras tanto la falúa real se despegaba del navío almirante en el momento en que Buckingham saltaba a tierra.

Una lancha le seguía, llena de oficiales, de cortesanos y de súbditos.

Toda la población del Havre; embarcada apresuradamente en lanchas de pescadores o en chalupas normandas, salió al encuentro de la falúa real.

El cañón de los fuertes retumbaba, el navío del almirante y los otros dos buques contesta-

ban a las raleas. Nubes de espeso humo se disipaban en el azul del firmamento.

La princesa llegó a la escalinata del muelle, donde una alegre música la esperaba y seguía todos sus pasos.

En tanto que caminaban al centro de la ciudad, pisando ricas tapicerías y guirnaldas de flores; el de Guiche y Raúl, separándose de los ingleses, tomaban otro camino a fin de llegar más prontamente al lugar designado como residencia de Madame.

--Vamos pronto --decía Raúl a Guiche--, pues según el carácter que advierto en ese Buckingham, nos hará alguna mala pasada cuando vea el resultado de nuestra deliberación de ayer.

--¡Oh! --murmuró el conde--. Allí tenemos a Wardes que es la firmeza en persona, y a Manicamp, que es la misma dulzura.

Cinco minutos después se encontraban delante del edificio de la Municipalidad.

Lo primero que les llamó la atención fue una multitud de gente reunida en la plaza.

--Bien --dijo Guiche--, parece que ya están contruidos nuestros alojamientos.

En efecto, en la misma plaza se habían levantado ocho tiendas de la mayor elegancia, adornadas con los pabellones de Francia y de Inglaterra unidos.

La Casa Ayuntamiento estaba rodeada de tiendas como un caprichoso cinturón; diez pajes y doce caballos ligeros, dados por escolta a los embajadores, montaban la guardia delante de ellas.

El espectáculo era curioso, original, y presentaba cierto aspecto mágico.

Estas habitaciones improvisadas habían sido construidas durante la noche. Por dentro y por

fuera estaban revestidas de valiosas telas que Guiche he había podido procurarse en El Havre, y circuían enteramente la Casa Consistorial, morada de la princesa; estaban reunidas unas a otras por medio de cuerdas de seda, y guardadas por centinelas; de modo que el plan de Buckingham se hallaba completamente destruido, si semejante plan consistía realmente en guardar para sí y sus ingleses las avenidas de la Casa Ayuntamiento.

El único paso que daba acceso a las gradas del edificio, y que no estaba cerrado por esta barricada de seda, era guardado por dos tiendas, semejantes a dos pabellones, cuyas puertas abríanse a ambos lados de la entrada.

Estas dos tiendas eran las de Guiche y Raúl; y en su ausencia debían ser ocupadas: la primera, por Wardes, y la otra, por Manicamp.

Alrededor de ellas y de las otras seis, un centenar de oficiales, de caballeros y de familiares,

brillantes de seda y oro, zumbaban como abejas en rededor de la colmena.

Todos ellos, con la espada ceñida, estaban dispuestos a obedecer a cierta señal de Guiche o de Bragelonne los dos jefes de la embajada.

En el momento de aparecer los dos jóvenes al extremo de una calle que finalizaba en la plaza, vieron que la atravesaba al galope de su caballo un joven de maravillosa elegancia. Iba hendiendo la muchedumbre de curiosos, y, a la vista de aquellas construcciones improvisadas, dio un grito de cólera y desesperación.

Era Buckingham, salido de su estupor para ponerse un elegante traje e ir a esperar a Madame y la reina al Consistorio.

Pero a la entrada de las tiendas le cortaron el paso, y fuerza le fue detenerse.

Exasperado, alzó el látigo; pero dos oficiales le agarraron el brazo. De los dos guardianes, sólo uno estaba allí, pues Wardes había subido

a la Municipalidad para comunicar órdenes a Guiche.

Al ruido hecho por Buckingham, Manicamp, perezosamente tendido sobre los cojines de su tienda, se levantó con su flojedad acostumbrada, y oyendo que continuaba el ruido, apareció entreabriendo las cortinas.

—¿Qué es eso? —dijo con dulzura—. ¿Quién mete ese ruido? Hizo la casualidad que renaciese el silencio en el momento en que comenzaba a hablar, y que, aunque su acento fuese moderado, todo el mundo oyera su pregunta. Buckingham se volvió y miró aquel cuerpo flojo y aquel rostro indolente.

Probablemente, la figura de nuestro caballero, vestido por otra parte con tanta sencillez como hemos dicho, no le inspiró gran respeto, pues respondió con desdén.

— ¿Quién sois, caballero? Manicamp se apoyó en el brazo de un soldado enorme y sólido

como un pilar de catedral, y contestó en el mismo tono tranquilo:

--¿Y vos, caballero?

--Yo soy milord duque de Buckingham. He alquilado todas las casas que rodean la Municipalidad; y puesto que están alquiladas, son más; y ya que las he tomado para

tener libre el paso hasta el Consistorio, vos no tenéis derecho a cerrármelo.

--Pero, caballero, ¿quién os prohíbe pasar?

--Vuestros centinelas.

--Es porque queréis pasar a caballo, y; la consigna es no permitirlo más que a los operarios.

--Nadie tiene derecho a dar consignas aquí sino yo --dijo Buckingham.

--¿Cómo es eso, caballero? --preguntó Manicamp con su dulce voz--. Hacedme la gracia de explicarme ese misterio.

—Porque, como ya os he dicho, he alquilado todas las casas de la plaza.

—Ya lo sabemos, puesto que no nos ha quedado más que la plaza misma.

—Os equivocáis, caballero; la plaza es mía, como las casas.

—¡Oh! Perdonad; estáis en un error, se dice que la casa del rey es nuestra casa; la plaza es del rey, luego la plaza es nuestra, pues somos sus embajadores.

—¡Ya os he preguntado quién sois, caballero!  
—dijo Buckingham exasperado de la sangre fría del interlocutor.

—Me llaman Manicamp —contestó el joven con voz eolia; ¡tan suave y armoniosa era!

Buckingham encogióse de hombros y dijo:

—Cuando alquilé las casas que rodean el Ayuntamiento, la plaza estaba libre, esas barracas obstruyen mi vista... ¡Quitadlas!

Un murmullo amenazador corrió por el auditorio.

Guiche llegaba en aquel momento; hendió la multitud, y, seguido de Raúl, llegó por una parte, mientras Wardes llegaba por otra.

—Perdón, milord —exclamó—; pero si tenéis alguna reclamación que hacer, tened la bondad de hacérmela a mí, puesto que soy quien ha dado los planos de estas construcciones.

—Y además os haré notar que la palabra barraca se toma en mal sentido —añadió graciosamente Manicamp.

— ¡Conque decíais.. ! —prosiguió Guiche.

—Que es imposible que estas tiendas permanezcan donde están —repuso Buckingham con acento de extremada rabia, aunque templado por la presencia de un igual.

—¡Imposible!...

— ¿Y por qué?

-- Porque me estorban.

El de Guiche hizo un movimiento de impaciencia, que contuvo una mirada fría de Raúl.

--Menos deben estorbar que ese abuso de prioridad que os habéis permitido.

--¡Abuso!

--Sin duda. Enviáis aquí a un mensajero que alquile en nombre vuestro toda la ciudad, sin inquietaros por los franceses que venían a recibir a Madame. Eso es poco fraternal, señor duque, para el representante de una nación amiga.

--La tierra es del primer ocupante --replicó Buckingham.

--No en Francia, caballero.

--¿Y por qué no en Francia?

--Porque es este el pueblo de la urbanidad.

—¡Qué queréis decir! —exclamó Buckingham de manera tan arrebatada que los pescadores retrocedieron, esperando una colisión.

—Es decir, caballero —respondió Guiche palideciendo—, que yo he hecho construir este alojamiento para mí y para mis íntimos, como asilo de los embajadores de Francia, único albergue que vuestra exigencia nos ha dejado en la ciudad; y que en este alojamiento habitaré yo y los míos, a menos que una voluntad más poderosa me despida.

—Eso es, que nos digan no ha lugar, como se dice en los tribunales —añadió dulcemente Manicamp.

Enojado Buckingham, echó mano a la empuñadora de su espada. En aquel momento, y cuando la diosa Discordia, inflamando los ánimos, iba a dirigir todas las espadas contra los pechos humanos, Raúl dijo a Buckingham:

—Una palabra, milord.

-- ¡Mi derecho! ¡Mi derecho primero! -- exclamó el fogoso joven.

--Respecto a ese punto, justamente; que-  
ría tener el honor de hablaros --dijo Raúl.

--Bien; pero nada de discursos largos; caba-  
llero.

--Una sola pregunta; no puedo ser más bre-  
ve.

-- Hablad.

--¿Sois vos, acaso, el señor duque de Orleáns,  
el que va a casarse con la nieta de Enrique IV?

--¿Qué decís? --preguntó Buckingham, re-  
trocediendo, asustado.

--Contestadme, caballero --insistió tranqui-  
lamente Raúl.

--¡Vuestra intención es de burla caballero! --  
exclamó Buckingham.

--Eso me basta, señor, porque confesáis que no sois vos quien va a casarse con la princesa de Inglaterra.

--Me parece que bien sabéis eso.

-- Perdonad; con vuestra conducta, la cosa no era muy clara.

--Vamos al caso: ¿qué pretendéis decir?

Raúl se acercó al duque y le dijo bajando la voz.

--Tenéis arranques que se parecen a celos. ¿Sabéis eso, milord? Esos celos, con respecto a una mujer, no sientan bien a quien no sea ni su amante ni su esposo; y con mucha más razón me parece que comprenderéis esto cuando esa mujer es una princesa.

--¡Caballero! --dijo Buckingham--. ¿Insultáis a madame Enriqueta?

--Vos sois quien la insulta, milord --contestó fríamente Bragelonne--. Ahora poco en el na-

vío almirante exasperasteis a la reina y cansasteis la paciencia del conde de Norfolk; yo os observaba y os creí primero loco; mas después adiviné el carácter real de esa locura.

— ¡Caballero!

—Diré más. Presumo ser el único de los franceses que lo haya adivinado.

— ¿Pero sabéis —dijo Buckingham, estremeciéndose de ira y de inquietud—, sabéis que usáis un lenguaje que merece reprensión?

—Pensad vuestra palabra; milord —dijo Raúl, altivamente—. Yo no soy de una sangre cuyas vivacidades se dejen reprimir, mientras que, por el contrario, vos sois de una cuyas pasiones son sospechosas a los buenos franceses. Milord, os repito por segunda vez que consideréis lo que hacéis.

—¡Cómo! ¿Me amenazáis por ventura?

--Yo soy el hijo del conde de la Fère, señor de Buckingham, y no amenazo jamás, porque hie-ro primero. Así, entendámonos bien... la ame-naza que os hago es ésta.

Buckingham apretó los puños; pero Raúl pro-siguió como si nada hubiese visto:

--A la primera palabra impertinente que os permitáis con respecto a Su Alteza Real... ¡Oh! Tened calma, señor de Buckingham, que bas-tante tengo yo.

-- ¿Vos?

--Sin duda. Mientras Madame ha estado en territorio inglés, he callado; mas ahora que toca el suelo de Francia; ahora que nosotros la hemos recibido en nombre del príncipe, el pri-mer insulto que en vuestra rara adhesión come-táis contra la casa de Francia... tengo dos parti-dos que tomar... O confieso delante de todos la locura de que estáis afectado en este momento, u os envío vergonzosamente a Inglaterra... Y si

lo preferís, os doy de puñaladas en plena asamblea. Por lo demás, este segundo medio me parece el más conveniente y supongo que me atenderé a él.

Buckingham se había puesto más pálido que el cuello de encaje inglés que rodeaba su garganta.

—Señor de Bragelonne —repuso Buckingham—, ¿es un caballero el que habla de ese modo?

—Sí, sólo que este caballero habla a un loco. Curaos, milord, y emplearé otro lenguaje.

—¡Oh, señor de Bragelonne! —murmuró el duque con voz sofocada y llevándose las manos al cuello—. ¡Bien sabéis que me muero!

—Si tal sucediera en este instante —respondió Raúl con inalterable sangre fría—, lo vería como una felicidad, porque este suceso prevendría toda clase de perversos propósitos sobre vos y

la persona ilustre a quien vuestra adhesión compromete tan locamente.

—¡Oh! ¡Tenéis razón! —dijo el joven, anonadado—. ¡Sí, sí... morir!... Más vale morir que sufrir lo que sufro en este momento.

Y diciendo esto, llevó la mano a un lindo puñal, todo guarnecido de pedrerías, y lo dirigió contra el pecho.

Raúl detúvole el brazo, y dijo:

—Cuidado, caballero; si no os matáis hacéis un acto ridículo, y si os matáis mancharéis de sangre el traje nupcial de la princesa de Inglaterra.

Buckingham permaneció inmóvil un minuto, durante el cual temblaron sus labios, se estremecieron sus mejillas y rodaron sus ojos como los de una persona delirante.

Pero, luego dijo de pronto:

--Señor de Bragelonne, no conozco un corazón mas noble que el vuestro; sois digno hijo del más acabado caballero... Habidad vuestras tiendas.

Y echó los brazos al cuello de Raúl.

Maravillada toda la concurrencia de este movimiento, que de ningún modo podía esperar, prorrumpió en frenéticos vivas.

Guiche también abrazó a Buckingham, algo a disgusto, pero al fin le abrazó.

Esta fue la señal; ingleses y franceses, que hasta entonces habíanse mirado con prevención, fraternizaron en el mismo instante.

Mientras sucedía esto, llegó el cortejo de las princesas, quienes, a no ser por Bragelonne, hubieran encontrado batallas y sangre.

Todo quedó en calma al aparecer las primeras banderas.

LXXXV

## LA NOCHE

Reinaba ya la concordia en las tiendas. Ingleses y franceses rivalizaban en galantería para con las ilustres viajeras, y en urbanidad entre sí.

Aquéllos enviaron a los franceses flores de lasque habían hecho provisión para festejarla llegada de la princesa; los franceses invitaron a los ingleses a una comida que debían dar el día siguiente.

Madame recogió a su paso entusiastas aclamaciones.

Aparecía como una reina, a causa del respeto de todos; como un ídolo, a causa de la adoración de algunos.

La reina madre dispensó a los franceses la más afectuosa acogida. Francia era su país, y había sido demasiado desgraciada en Inglaterra

para que Inglaterra la hubiera hecho olvidar a Francia, de este modo enseñaba a su hija el amor al país donde ambas habían encontrado la hospitalidad, y donde ahora iban a encontrar la fortuna de un porvenir. brillante.

Al caer la noche, envolviendo con su velo estrellado el mar, el puerto, la ciudad y el campo, aun conmovido por este gran suceso, el de Guiche entró en su tienda y se sentó en un escabel, con tal expresión de dolor, que Bragelonne lo estuvo mirando hasta que lo oyó suspirar entonces se acercó a él y le preguntó con aire sentido:

—¿Padeces, amigo mío?

— Cruelmente.

—Del cuerpo, ¿no es verdad?

—Sí, del cuerpo.

--Efectivamente, el día nos ha cansado mucho --continuó el joven, fijos los ojos en el interrogado.

--Sí, el sueño me hará descansar.

--¿Deseas que te deje solo?

--No, tengo que hablarte.

--No te dejaré hablar hasta después de haberte preguntado.

--Pues, pregunta.

--Pero sé sincero.

--Como siempre.

--¿Sabes por qué estaba Buckingham tan furioso?

--Lo sospecho.

--Ama a Madame, ¿no es verdad?

--Cualquiera lo juraría; viéndolo.

--Pues bien, eso no es nada.

-- ¡Oh! Te equivocas esta vez, Raúl; bien he leído su pena en los ojos, en su gesto y en todo desde esta mañana.

--Eres poeta, mi querido conde, y en todo ves poesía.

--Y principalmente el amor.

--Donde no existe.

--Donde existe.

--Vamos, Guiche; ¿crees no engañarte?

--¡Oh!. ¡Estoy seguro de ello! --murmuró con viveza el conde.

--¿Y qué te hace tan penetrante? --preguntó Raúl con profunda mirada.

--El amor propio --contestó Guiche vacilante.

-- ¡El amor propio! Muy vago es eso.

--¿Qué quieres decir?

-- Quiero decir que ordinariamente estás menos triste que esta noche.

--El cansancio.

--¿El cansancio?

--Sí.

--Oye, amigo; juntos hemos hecho la campaña; hemos reventado tres caballos en dieciocho horas, y aun nos reíamos; conque no es la fatiga la que te pone triste, conde.

--Entonces, es la incomodidad.

--¿Cuál?

-- La de esta tarde.

--¿La locura de lord Buckingham?

--Ciertamente. ¿No es enfadoso para nosotros; que representamos a nuestro señor, ver cómo un inglés corteja' a nuestra futura señora, la segunda dama del reino? .

— Es verdad; pero creo que lord Buckingham no es peligroso.

—No, pero importuno sí. Ya has visto lo que ha pasado al llegar, y sin tu prudencia admirable y tu rara firmeza, habríamos sacado la espada, en plena plaza.

—Pero ya ves que ha cambiado.

—Verdaderamente; y eso es lo que más sorprende. Tú crees que él la ama... y le hablas... Le hablaste en voz baja. ¿Qué le has dicho? ¡Pero una pasión no cede con tanta facilidad; no está acaso enamorado?

Y pronunció con tal expresión estas últimas palabras, que Raúl alzó la cabeza.

El noble semblante del joven expresaba un descontento fácil de leer.

—Voy a repetirte lo que he dicho, conde — respondió Raúl—; escuchame bien. “Caballero, veo que miráis con ademán de celos y de co-

dicia injuriosa a la hermana de vuestro príncipe, la cual no es vuestra prometida, ni es ni puede ser querida vuestra; de modo que hacéis una afrenta a los que, como nosotros, venimos a buscar una joven para conducirla al lado de su esposo.

-- ¿Eso le has dicho? --preguntó Guiche ruborizándose.

--En estos términos, ni más ni menos.

Guiche hizo un movimiento. También le dije:

"¿Con qué ojos nos miraríais si vierais entre nosotros un hombre bastante insensato y desleal para concebir otros sentimientos que no fuesen los del más puro respeto a una princesa destinada a vuestro señor?"

Tales palabras iban de tal modo dirigidas a Guiche, que éste se puso pálido, y acometido de súbito temblor, no pudo más que tender una mano a Raúl, mientras que con la otra se cubría los ojos y la frente

--Pero. . . --prosiguió Raúl sin detenerse por esta demostración de su amigo--, a Dios gracias, los franceses, a quienes se tacha de ligeros e inconsiderados, saben aplicar un juicio recto y una sana moral al examen de las cuestiones de alta conveniencia. Así es, que le añadí:

"Sabed, señor de Buckingham, que nosotros los caballeros de Francia, servimos a nuestros soberanos sacrificándoles nuestras pasiones, lo mismo que nuestra vida y hacienda; y cuando, por casualidad, el demonio nos sugiere uno de esos malos pensamientos que incendian el corazón, apagamos esa llama, aunque sea con nuestra sangre. De este modo salvamos tres honores a un tiempo: el de nuestro país, el de nuestro señor y el nuestro propio. Así es como obramos nosotros, señor de Buckingham, y de este modo debe obrar todo hombre de corazón". Así hablé al duque, y se rindió sin resistencia a mis razones.

Inclinado hasta entonces Guiche bajo el peso de las palabras de Raúl, irguióse, alargando una mano febril y con las mejillas inflamadas, de frías como el hielo que estaban antes, le dijo con voz ahogada:

-- ¡Y le dijiste muy bien... y eres un excelente amigo, Raúl! Gracias... Ahora te ruego que me dejes solo.

--¿Lo deseas?

--Sí. tengo necesidad de quietud. Hoy me han destrozado muchas cosas la cabeza y el corazón; pero mañana, cuando vuelvas, ya no seré el mismo hombre.

--Pues bien, te dejo --contestó Raúl, retirándose,

El conde dio un paso hacia su amigo, y le estrechó cordialmente entre sus brazos.

Pero en este abrazo de amigo pudo distinguir Raúl el estremecimiento de tan gran pasión combatida.

La noche estaba estrellada, espléndida; después de la tempestad, el calor y el sol habían hecho renacer la vida y la alegría.

Pronto reposó todo en la ciudad. Una débil luz quedó en el aposento de Madame, que daba a la plaza, y a la dulce claridad de esa lámpara parecía una imagen del tranquilo sueño de una joven, cuya vida apenas se manifiesta, apenas es sensible, y cuya llama se temple también cuando el cuerpo duerme.

Bragelonne salió de su tienda con el paso lento del hombre que desea ver y no ser visto.

Oculto detrás de los espesos pabellones, abarcando toda la plaza de una mirada, vio abrirse y agitarse al cabo de un momento las cortinas de la tienda de Guiche.

Detrás de ellas se proyectaba la sombra de éste, cuyos ojos brillaban en la obscuridad, fijos ardientemente en el salón de Madame, iluminado opacamente por la luz interior del aposento.

Esa dulce luz que coloreaba los vidrios era la estrella del conde. Perdido Raúl en la sombra, adivinaba todos los pensamientos apasionados que establecían entre la tienda del embajador y la ventana de la princesa un lazo misterioso y mágico de simpatías.

Mas Guiche y Raúl no eran los únicos que veían; también estaba abierta la ventana de una de las casas de la plaza; aquella casa era la habitada por Buckingham. Sobre la claridad que percibíase por fuera de esta última ventana, se destacaba con vigor la silueta del duque, que, muellemente apoyado en la balaustrada esculpida, enviaba también al balcón de Madame las locas visiones de su pasión amorosa.

El vizconde de Bragelonne no pudo menos de sonreír.

—He aquí un desgraciado corazón bien sitiado —dijo pensando en Madame.

Y, compadeciéndose en seguida de Monsieur, añadió:

—¡Y un infeliz marido muy amenazado!

Bragelonne espía por algún tiempo la actitud de los dos enamorados, oyó el ronquido sonoro y grotesco, de Manicamp, que roncaba con tanto orgullo como si tuviese su vestido azul en lugar del morado, y se volvió hacia la brisa que le llevaba el lejano canto de un ruiseñor; y después de haber hecho su provisión de tristeza, fue a acostarse, pensando por su parte que cuatro de seis ojos, tan ardientes como los de Guiche y de Buckingham, acechaban a su ídolo en el castillo de Blois.

—No es una guarnición muy poderosa la señorita de Montalais —dijo bajando la voz y suspirando alto.

LXXXVI

DEL HAVRE A PARÍS

Al día siguiente tuvieron lugar las fiestas con toda la pompa y alegría que permitieron los recursos de la ciudad y la disposición de los ánimos.

Luego de haberse despedido Madame de la escuadra inglesa, y saludando el pabellón de su patria, subió en una carroza rodeada de brillante escolta.

El de Guiche aguardaba que el duque de Buckingham volvería a Inglaterra con el almirante; pero Buckingham consiguió demostrar a la re-

ina que sería impropio dejar llegar a Madame casi abandonada a París.

Estando ya resuelto que Buckingham acompañaría a Madame el joven duque se eligió una corte de caballeros y oficiales, de modo que se encaminó a París un ejercito, derramando el oro por en medio de las ciudades y aldeas que atravesaba.

El tiempo era espléndido. Francia es bella, sobre todo por el camino que atravesaba el cortejo.

Todo el itinerario fueron fiestas y embriaguez. Guiche y Buckingham todo lo olvidaban; Guiche para reprimir las nuevas tentativas del inglés; Buckingham para despertar en el corazón de la princesa, un recuerdo más vivo de la patria a que se refería el recuerdo de los días felices.

Pero, ¡ah! El pobre duque podía notar que la imagen de su amada Inglaterra se borraba de

día en día en el corazón de Madame, a medida que se imprimía más profundamente el amor a Francia.

Efectivamente, podía advertir que todas sus atenciones no despertaban ningún reconocimiento, y aunque cabalgase con gracia en uno de los más fogosos corceles de Yorkshire, sólo por casualidad se fijaban en él los ojos de Madame.

En balde procuraba, para fijar sobre sí una de esas distraídas miradas, hacer producir a la naturaleza animal cuanto tiene de fuerza, vigor y destreza; en balde excitaba a fogoso caballo lanzándolo con peligro de hacerse mil pedazos contra los árboles o rodar por el declive de las colinas; traída por un momento la atención de Madame, volvía la cabeza sonriendo ligeramente; y luego se dirigía a sus leales guardias, Raúl y Guiche, que cabalgaban tranquilamente a las portezuelas de la carroza.

Entonces era presa Buckingham de los celos; un dolor desconocido, ardiente, se deslizaba por sus venas; afluyendo al corazón y luego, a fin de probar que conocía su locura, y que quería hacer dispensar su aturdimiento con la mas humilde sumisión, obligaba a su caballo a tascar el freno cerca de la carroza, en medio de la multitud de los cortesanos.

Algunas veces obtenía por recompensa una palabra de Madame, y esta palabra lo parecía un reproche.

-- Bueno, señor de Buckingham --decía--, ya os veo razonable.

O una palabra de Raúl:

--Vais a matar el caballo; señor de Buckingham.

Y Buckingham oía con paciencia a Raúl, porque conocía instintivamente que era el moderador de los sentimientos de Guiche, y que sin él, alguna loca demostración, del conde o suya,

hubiese ya producido un rompimiento entre ambos.

Desde la famosa conversación que los dos jóvenes tuvieron delante de las tiendas del Havre, y en la cual Raúl había hecho notar al duque lo inconveniente de sus manifestaciones, Buckingham se sentía como a pesar suyo inclinado a Raúl.

No pocas veces conversaba con él, y casi siempre era para hablarle de su padre o de Artagnan, su amigo común, y de quien Buckingham era casi siempre tan entusiasta como Raúl.

Este sacaba la conversación sobre aquel punto delante de Wardes, que durante todo el viaje había estado mortificado por la superioridad de Bragelonne, y sobre todo por su influencia en el ánimo de Guiche.

Wardes tenía esa mirada astuta que distingue a toda persona de mal natural, y al instante había advertido la tristeza de Guiche y sus aspi-

raciones amorosas por la princesa. En, lugar de tratar el asunto con la reserva de Raúl; en lugar de guardar, como éste, todas las consideraciones y miramientos oportunos, atacaba con resolución en el conde esta cuerda siempre sonora de la audacia juvenil y del orgullo egoísta.

Aconteció que una noche, durante una parada en Nantes, Guiche y Wardes charlaban juntos, apoyados en una balaustrada; Buckingham y Raúl departían también paseando, y Manicamp hacía la corte a las princesas, que lo trataban ya sin cumplidos; a causa de la delicadeza de su talento y urbanidad de maneras.

--Confiesa --dijo Wardes al conde-- que estás bastante malo, y que tu pedagogo no te cura.

--No te entiendo, Wardes --dijo el conde.

--Pues es fácil, sin embargo; tú mueres de amor.

--¡Locura, Wardes, locura!

--Convengo en que sería locura, si Madame fuese indiferente a tu martirio; pero ella lo ha notado a tal extremo, que se compromete; y tiemblo porque al llegar a París os denuncie a ambos tu pedagogo el señor de Bragelonne.

--¡Wardes! ¿Otro ataque a Bragelonne?

--¡Vamos, haya paz! --repuso a media voz el enemigo de Raúl--. Tú sabes tan bien como yo lo que deseo decirte; bien has visto que a mirada de la princesa se dulcifica hablándote; tú comprendes por el sonido de su voz que gusta de escuchar los versos que le recitas, y no negarás que todas las mañanas te dice que ha pasado mala noche...

--Es cierto. ¿Pero a qué me dices todo eso?

--¿No es importante ver las cosas claramente?

--No; cuando esas cosas pueden volvernos locos.

Y volviéndose con inquietud hacia la princesa, como si al mismo tiempo que rechazaba las insinuaciones de Wardes, hubiera querido buscar la confirmación en sus ojos.

--Mira --dijo Wardes--, ¿no ves cómo ella te llama? Ea, aprovéchate de la ocasión, que no está aquí el pedagogo.

Guiche no pudo contenerse, una atracción invencible lo llevaba hacia la princesa.

--Os equivocáis, caballero --dijo Raúl apareciendo de pronto--; el pedagogo está aquí y os escucha.

Wardes, a la voz de Raúl, qué reconoció sin necesidad de mirarlo, sacó a medias la espada.

--Envainad la espada --dijo Raúl--; bien sabéis que mientras dure este viaje será inútil toda demostración de ese género; envainad vues-

tra espada; mas envainad también la lengua. ¿Por qué introducís en el corazón del que llamaís vuestro amigo toda la hiel que roe el vuestro? A mí queréis hacerme aborrecer a un hombre honrado, amigo de mi padre y de los míos; al conde queréis hacerle amar a una mujer destinada a vuestro señor. En verdad que seríais a mis ojos un traidor y un cobarde, si más justamente no os considerara como un loco.

—¡Caballero! —murmuró Wardes exasperado—. ¡No me había engañado al llamaros pedagogo! Ese tono que afectáis, y esa forma de que usáis, es la de un jesuita y no la de un caballero. Aborrezco al señor de Artagnan, porque cometió una cobardía para con mi padre.

—¡Mentís! —dijo secamente Raúl.

—¡Oh! ¡Me dais un mentís, caballero!

—¿Por qué no, si lo que decís, es falso?

—¡Me dais un mentís y no echáis mano a la espada!

--Me he prometido no mataron hasta que hayamos entregado a Madame a su esposo. .

--¡Matarme! Vuestra disciplina de espartano no mata de ese modo, señor pedante.

--No --replicó tranquilamente Raúl--; pero sí mata la espada del señor Artagnan; y no sólo tengo yo 'esa espada, sino que él mismo me ha enseñado a servirme de ella, y con ella también vengaré a su tiempo su nombre ultrajado por vos.

--¡Cuidado con lo que decís, caballero! --exclamó Wardes--. Si en el acto no me dais una satisfacción, todos los medios me serán --buenos para vengarme.

-- ¡Oh! Caballero --exclamó Buckingham apareciendo de repente en la escena--; una amenaza es' ésa que huele a asesinato; y que por consecuencia es de bastante mal gusto para un caballero.

--¿Qué decís, señor duque? --preguntó Wardes volviéndose.

--Digo que acabáis de pronunciar palabras que suenan mal en mis oídos ingleses.

--¡Pues bien --repuso Wardes exasperado--, si lo que decís es cierto, ¡tanto mejor!... Pues así encontraré un hombre que no se me deslizará de entre los dedos. Tomad mis palabras como las entendáis.

--Las tomo como debo --contestó Buckingham con el tono altanero que le era peculiar--; el señor de Bragelonne es mi amigo; y como le insultáis, me daréis satisfacción de ese insulto.

Wardes le dirigió una mirada a Bragelonne, que fiel a su papel; permanecía tranquilo y frío, y dijo:

--Además, me parece que yo no insulto al señor de Bragelonne, puesto que teniendo éste una espada ceñida no se da por insultado.

----Pero, en fin, ¿insultáis a alguien?

-- Insulto al señor de Artagnan --repuso Wardes, advirtiéndole que este nombre era el único aguijón que podía despertar la cólera de Raúl.

--Eso es distinto --dijo-- Buckingham.

--¿No es verdad --añadió Wardes--, que a los amigos del señor de Artagnan les toca defenderlo?

--Soy de vuestro parecer, caballero --contestó el inglés--; yo no podía razonablemente tomar el partido del señor de Bragelonne, ofendido, estando él aquí; pero, tratándose del señor de Artagnan...

--Me dejáis el puesto, ¿no es cierto? --dijo Wardes.

--No tal, al contrario; desenvaino --dijo Buckingham sacando la espada--; porque si el señor de Artagnan ha ofendido a vuestro señor

padre, también prestó, o al menos intentó prestar, un buen servicio al mío.

Wardes hizo un movimiento de estupor.

—El señor de Artagnan —prosiguió Buckingham— es el más perfecto caballero que conozco, y será muy grato, teniendo obligaciones para con él, pagároslas a vos con una buena estocada.

Y, a la vez que se ponía en guardia, saludó a Raúl.

Wardes dio un paso para cruzar el hierro.

—Basta, señores,—dijo Raúl adelantándose y poniendo su acero entre los combatientes—; todo esto no vale la pena de degollarse casi a la vista de la princesa; el señor de Wardes habla mal del señor de Artagnan, pero ni siquiera lo conoce.

—¡Oh! —murmuró Wardes rechinando los dientes y bajando la punta de la espada—, ¿decís que yo no conozco al señor de Artagnan?

—No lo conocéis —repuso fríamente Raúl—, y, todavía ignoráis dónde está.

—¿Yo ignoro dónde está?

—Preciso es que así sea, cuando buscáis que-  
rella con los extraños con respecto a él, y no  
vais a buscarlo dondequiera que se encuentre.

Wardes se puso pálido.

—Pues bien, yo os diré dónde está —continuó Raúl—. El señor de Artagnan se halla en París, en el Louvre cuando está de servicio, y en la calle de los Lombardos cuando no lo está... Siempre se le encuentra en cualquiera de estos dos domicilios; y teniendo vos tantos agravios contra él, sois poco galante no yendo a buscarlo para que os dé la satisfacción que parece pedís a todo el mundo, excepto a él.

Wardes se enjugó el sudor que inundaba su frente.

—Ea, señor de Wardes —continuó Raúl—, no está bien ser tan espadachín como vos, habiendo edictos contra los duelos. Pensad en que no gustaría al rey nuestra desobediencia, sobre todo en este momento, y tendría mucha razón.

—¡Excusas —repuso Wardes—, pretextos!

—Vamos —repuso Raúl—, no digáis tonterías, mi querido señor de Wardes; bien sabéis que el señor duque de Buckingham es hombre que ha sacado diez veces la espada y que igual se batiría la once; ¡lleva un nombre que compromete, qué demonio! En cuanto a mí, bien sabéis que también me bato. Lo he hecho en Sens, en Bleneau, en las Dunas, y a cien pasos delante de la línea, mientras que vos estábais cien pasos detrás. Como que allí había demasiada gente para que se viera vuestra bravura, ahora queréis armar escándalo, para que hablen de vos de cualquier modo. Pues bien, señor de Wardes,

no contéis conmigo para ayudaros en esa empresa.

—Tenéis mucha razón —dijo Buckingham envainando su espada—; perdón señor de Bragelonne, por haberme dejado llevar de un primer impulso.

Enojado Wardes, dio un salto, amenazando con la espada a Raúl, que sólo tuvo tiempo para hacer una parada en cuarta.

—¡Oh, caballero.! —dijo tranquilamente Bragelonne—. Cuidado no me dejéis tuerto.

—¡Mas no queréis batiros! —exclamó Wardes.

—Por el momento, no; pero os lo prometo cuando lleguemos a París: primero os llevaré a ver al señor de Artagnan, a quien diréis los agravios que contra él tenéis; el señor de Artagnan pedirá permiso al rey para daros una estocada; lo concederá; y, recibida la estocada, ya consideraréis con ojos más tranquilos los pre-

ceptos del Evangelio que mandan el perdón de las injurias.

—¡Ah! —exclamó Wardes, furioso de ver esta sangre fría—. ¡Bien se ve que sois un bastardo a medias, señor de Bragelonne!

Raúl púsose blanco como el cuello de su camisa, y su mirada lanzó un relámpago que hizo retroceder a Wardes.

Buckingham se interpuso entre los dos adversarios, temiendo que vinieran a las manos.

Wardes había guardado esta injuria para lo último, y apretaba convulsivamente la espada esperando el choque.

—Tenéis razón —dijo Raúl haciendo un violento esfuerzo—; solamente conozco el nombre de mi padre; pero sé demasiado que el señor conde de la Fère es hombre de bien y de honor para temer, ni un solo instante, que haya una mancha en mi nacimiento. La ignorancia que tengo del nombre de mi madre es sólo una des-

gracia para mí, y no un oprobio. Vos faltáis a la lealtad y a la cortesía echándome en cara una desgracia. No importa... El insulto existe, y esta vez me tengo por injuriado... Por consiguiente, es cosa convenida que, después de haber ventilado vuestra querrela con el señor de Artagnan, os veréis conmigo, si gustáis.

—¡Oh! —respondió Wardes con sonrisa amarga—. Admiro vuestra discreción, caballero; ahora poco me prometíais una estocada del señor de Artagnan, y después de haberla recibido me ofrecéis la vuestra.

—No os inquietéis —contestó Raúl con sorda cólera—; el señor de Artagnan es hombre hábil en asuntos de armas, y le suplicaré haga por vos lo que hizo por vuestro señor, padre; esto es que no os mate del todo, para que me quede el placer, cuando sanéis, de mataros seriamente; porque tenéis un corazón malvado, señor de Wardes, y todas las precauciones no serían bastantes para librarse de vos.

--Yo también las tomaré contra vos, descuidad --dijo Wardes.

--Permitidme --dijo Buckingham-- que traduzca vuestras palabras con un consejo que deseo dar al señor de Bragelonne. Señor Vizconde, llevad siempre una coraza.

Wardes apretó los puños.

--¡Ah! Ya comprendo --dijo--, esos señores esperan haber tomado esa precaución para medirse contra...

--Vamos --dijo-- Raúl--; ya que absolutamente lo queréis, concluyamos.

Y dio un paso hacia Wardes tendiendo la espada.

--¿Qué hacéis? --preguntó Buckingham.

--Tranquilizaos --contestó Raúl--; esto no durará mucho.

Wardes se puso en guardia, y se cruzaron los hierros, adelantándose con tal precipitación

sobre Raúl, que al instante conoció Buckingham que este dominaba a su enemigo.

El duque retrocedió un paso para mirar la lucha.

Raúl estaba tranquilo, como si tirase al florete en lugar de la espada; paró con las tres o cuatro estocadas que le tiró Wardes, y, amenazándolo con una cuarta baja, que Wardes paró haciendo círculo, lió su espada en la de éste, desarmándolo y tirándola a unos veinte pasos del otro lado de la balaustrada.

Como que Wardes estaba desarmado y aturdido, Raúl volvió el acero a la vaina, lo asió por el cuello y la cintura, y lo tiró al otro lado de la balaustrada, estremecido de cólera.

--¡Ya nos veremos! ¡Ya nos veremos! -- exclamó Wardes levantándose y recogiendo la espada.

-- ¡Pardiez! --dijo Raúl--. Eso es lo que estoy repitiendo hace una hora.

Y volviéndose a Buckingham, repuso:

--Duque, no digáis una palabra de esto; me avergüenzo de haber llegado a tal extremo, pero me cegó la cólera... y os pido perdón; olvidadlo.

--Amigo vizconde --dijo el duque, estrechando aquella mano tan fuerte y tan leal--; permitidme, por el contrario, que me acuerde, y os diga que ese hombre es peligroso y os matará.

--Mi padre --contestó Raúl-- ha vivido veinte años amenazado por un enemigo más terrible, y no ha muerto. Soy de una sangre que favorece Dios, señor duque.

--Vuestro padre tenía excelentes amigos, vizconde.

--Sí, amigos como ya no hay.

--¡Oh! No digáis eso en el instante en que os brindo con mi amistad.

Y abrió sus brazos a Bragelonne, que recibió con regocijo la alianza ofrecida.

—En mi familia —añadió Buckingham— se muere por aquellos que se aman, bien sabéis esto, señor de Bragelonne.

—Sí, duque, lo sé —respondió Raúl.

## LXXXVII

### LO QUE EL CABALLERO DE LORENA PENSABA DE MADAME

Nada interrumpió ya el sosiego de la marcha. Bajo un pretexto que no llamó la atención, tomó la delantera el señor de Wardes, llevándose a Manicamp, cuyo humor, igual y pacífico, le servía de contrapeso.

Hay que notar que los ánimos turbulentos e inquietos siempre encuentran una asociación que hacer con caracteres dulces y tímidos, como

si los unos buscaran en el contraste un descanso a,<sup>1</sup> su humor, y los otros una defensa a su propia debilidad.

Buckingham y Bragelonne, iniciando a Guiche en su amistad, formaban durante la marcha un concierto de alabanzas en honor de la princesa.

Sólo que Bragelonne había obtenido que el tal concierto se diese por tríos en lugar de proceder por solos, como Guiche y su rival parecían tener la peligrosa costumbre.

Éste método de armonía fue muy grato a madame Enriqueta y a la reina madre; quizá no fue de tanto gusto para la joven princesa, que era coqueta como un demonio, y que, sin temer por su vez, buscaba siempre las ocasiones de peligro. Tenía, efectivamente, uno de esos corazones valientes y temerarios, que se complacen en los extremos de delicadeza, y buscan el hierro con cierto apetito de la herida.

De modo que sus miradas y sonrisas, proyectiles inagotables, llovían sin descanso sobre los tres jóvenes; y de ese arsenal sin fondo salían ojeadas, besos de manos y otras muchas delicias que iban a herir a distancia a los caballeros de la escolta, a los campesinos, a los síndicos de las ciudades que atravesaban, a los pajes, al pueblo, a los lacayos y a todo el mundo; finalmente, aquello era un general estrago, una devastación universal.

Cuando Madame llegó a París, había hecho en el camino cien mil enamorados y llevaba seis locos y dos privados de razón.

Tan sólo Raúl, adivinando toda la seducción de esta mujer, y no teniendo en su corazón sitio donde pudiera clavarse una flecha, llegó frío y desconfiado a la capital del reino.

Algunas veces habló, durante el camino con la reina de Inglaterra de este encanto embriagador que Madame dejaba en derredor suyo; y

la reina madre, que tantas desgracias y decepciones había sufrido, le contestaba.

—Enriqueta debía ser ilustre; bien naciendo sobre el trono, bien en la obscuridad, pues es una mujer de imaginación, de capricho y de voluntad.

Wardes y Manicamp, exploradores y correos, habían anunciado la llegada de la princesa. La comitiva vio aparecer en Nanterre una espléndida escolta de caballeros y de corazas.

Era Monsieur, que, seguido del caballero de Lorena y de sus favoritos, y acompañados todos de la servidumbre militar de Su Majestad, venían a saludar a la regia prometida.

La princesa y su madre habían cambiado en San Germán el enorme coche de viaje por un elegante y rico carruaje abierto, tirado por seis caballos, enjaezados de blanco y oro.

En esta especie de carretela aparecía, como sobre un trono, bajo el quitasol de seda bordado

con anchas franjas de plumas, la bella y joven princesa, cuyo semblante radiante recibía los reflejos rosados.

Monsieur quedó admirado al acercarse a la carroza, y demostró su admiración en términos bastante explícitos para que el caballero de Lorena, se encogiera de hombros, y para que el conde de Guiche y Buckingham los sintiesen en el corazón.

Terminado en todas sus partes el ceremonial, todo el cortejo tomó más lentamente el camino de París.

Las presentaciones habíanse efectuado ligeramente, y el duque de Buckingham fue destinado a Monsieur con los otros caballeros ingleses.

Monsieur sólo había prestado mediana atención.

Mas en el camino, como viera que el duque se acercaba a las portezuelas del carruaje con el mismo ardor que de costumbre.

--¿Quién es ese caballero? --preguntó al de Lorena, su inseparable.

--Hace poco lo presentaron a Vuestra Alteza --replicó el caballero--; es el bello duque de Buckingham.

--¡Ah! Es verdad.

--E1 caballero de Madame --prosiguió el favorito con un tono que sólo los envidiosos pueden dar a las frases mas sencillas.

--¿Qué quieres decir? --preguntó el príncipe--. ¿Pero Madame tiene un caballero de oficio?

--¡Toma! Creo que lo veis como yo; miradlos reír, loquear a los dos.

--A los tres.

--¿Cómo los tres?

--Indudablemente; ya ves a Guiche con ellos.

--¡Cierto!.. : Sí, ya lo veo... ¿Pero qué prueba eso?

-- Que Madame tiene dos caballeros en vez de uno.

--¡Todo lo envenenas, víbora!

--Yo no enveneno nada...

-- ¡Ah! Señor; sois muy descontentadizo. Hacen a vuestra esposa los honores del reino de Francia, y no estáis satisfecho.

El duque de Orleáns temía la sátira del caballero cuando lo veía en cierto grado de vigor.

Y cortó el diálogo de pronto.

--Es bonita la princesa --dijo negligentemente, como si se tratase de una extraña.

--Sí --replicó en el mismo tono el caballero.

--Pronuncias ese sí lo mismo que un no. Me parece que tiene unos ojos negros muy hermosos.

--Pequeños.

--Es cierto; pero brillantes. Es de buena estatura.

--Un poco delicada, señor.

--No digo que no. El aire es noble.

--Pero el rostro es flaco.

--Los dientes me han parecido admirables.

--Se ven perfectamente; la boca es bastante grande, gracias a Dios. Decididamente, Monsieur; me había engañado; sois más hermoso que vuestra mujer.

--¿Y crees también que soy más hermoso que Buckingham.

--¡Oh, sí! Y él lo sabe sin duda, porque mirad cómo redobla sus cuidados para con Madame.

Monsieur hizo un movimiento de impaciencia; mas como vio pasar una sonrisa de triunfo por los labios del caballero, volvió a poner al paso su caballo.

—Pero, ¿por qué me he de ocupar tanto tiempo de mi prima? —dijo—. ¿No la conozco acaso? ¿No me he criado con ella? ¿No la vi yo cuando era muy niña en el Louvre?

—Perdonadme, príncipe —dijo el caballero—; algún cambio hay en ella. En esa época de que habláis, estaba un poco menos brillante... y principalmente, menos orgullosa que aquella noche... ¿os acordáis, Monsieur?... en que el rey no quiso bailar con ella, en razón a que la encontraba fea y mal vestida.

Estas palabras hicieron fruncir el ceño al duque de Orleans. Efectivamente, era poco halagador para él casarse con una princesa á quien el rey no había hecho gran caso en su juventud.

Quizá iba a responderle pero se acercaba Guiche.

Desde lejos había visto al príncipe y al caballero y parecía pretender adivinar las palabras que acababan de cambiarse entre Monsieur y su favorito.

Este último, ya por perfidia, ya por imprudencia, no se tomó la molestia de disimular...

--Conde --dijo-- sois de buen gusto.

--Gracias por el cumplido --respondió Guiche--; pero, ¿con qué propósito me decís eso?

--¡Diantre! Apelo de ello a Su Alteza.

--Sin duda --dijo Monsieur--; y bien sabe Guiche que lo tengo por un perfecto caballero. Sentado esto, conde --prosiguió--, hace ocho días que estáis al lado de Madame, ¿no es así?

--Sin duda --respondió Guiche, sonrojándose a pesar suyo.

--Pues bien, decidnos sinceramente lo que pensáis de su persona.

--¡De su persona! --repuso Guiche estupefacto.

--Sí, de su persona, de su talento, de ella; en fin...

Aturdido con semejante pregunta, el conde vaciló en responder.

--Vamos, vamos, Guiche --repuso el caballero riendo--, di lo que piensas, sé franco; Monsieur lo quiere.

--Sí; sí, sé franco --dijo el príncipe.

Guiche balbuceó algunas palabras ininteligibles.

--Bien sé que eso es delicado --repuso Monsieur--; mas tú sabes que todo se me puede decir. Con que vamos, ¿cómo la encuentras?

A fin de ocultar lo que pasaba en él, recurrió Guiche a la única defensa de un hombre sorprendido, mintió.

—Yo no encuentro a Madame ni bien ni mal... Sin embargo...

—¡Cómo, amado conde! —exclamó el caballero—. ¡Vos, que os extasiasteis y gritasteis tanto a la vista de su retrato!

El de Guiche encendióse hasta las orejas, pero felizmente le sirvió para disimular este rubor una huida repentina de su caballo.

—¡El retrato!. .. —exclamó acercándose—. ¿Qué retrato?

El caballero no había separado la vista de él.

— Sí, el retrato. ¿No estaba parecido acaso?

—No sé; he olvidado su retrato... No tengo idea...

—¡Pues buena impresión os produjo.! —dijo el caballero.

--Es posible.

--Pero al menos, decidnos si tiene talento preguntó el duque.

--Me parece que sí, señor.

--¿Y el señor de Buckingham, lo tiene? --dijo el caballero.

--Lo ignoro...

--Pues yo soy de parecer que sí--repuso el caballero--, porque hace reír a Madame y ella parece gustar mucho de su sociedad; lo que jamás sucede a una mujer de talento cuando se halla en la compañía de un tanto.

-- Entonces tiene talento --dijo cándidamente Guiche, en cuyo auxilio llegó de repente Brage-lonne, viéndolo enredado con tan peligroso interlocutor, del cual se apoderó, obligándole así a cambiar conversación.

La entrada fue brillante y alegre; el rey, por festejar a su hermano, había ordenado que las cosas se hicieran magníficamente.

Madame y su madre apeáronse en el Louvre, en ese Louvre donde, durante los tiempos de destierro, habían soportado tan dolorosamente la obscuridad, la miseria y las privaciones.

Aquel palacio inhospitalario para la infeliz hija de Enrique IV, aquéllas paredes desnudas, sus techos tapizados de telas de araña, sus grandes chimeneas desquiciadas, todo había cambiado de faz. Colgaduras riquísimas, espesos tapices, relucientes losas, pinturas al fresco, candelabros, espejos, muebles suntuosos, guardias de fiero continente con flotantes penachos, y un pueblo de sirvientes y cortesanos que llenaban las antesalas y las escaleras.

En aquellos patios, donde poco antes crecía la hierba, como si el ingrato Mazarino hubiera querido demostrar a los parisienses que la soledad y el desorden debían de ser, con la miseria

y la desesperación, el acompañamiento de las monarquías caídas; en aquellos patios inmensos, mudos, desolados, piafaban hermosos caballos, que arrancaban miles de chispas al brillante enlosado.

Había carrozas pobladas de mujeres jóvenes y bellas, que aguardaban para saludar al paso a la hija de aquella hija de Francia, que durante su viudedad y su destierro no había encontrado una poca de leña para su hogar, ni un pedazo de pan para su mesa, y a quien desdeñaban, los criados más humildes del palacio.

Así es que madame Enriqueta entró en el Louvre con el corazón más henchido de dolor y de tristes recuerdos que su hija, naturaleza olvidadiza y variable, y no con triunfo y alegría.

Bien sabía ella que la acogida brillante se dirigía a la dichosa madre de un rey restablecido sobre el segundo trono de Europa, mientras que la mala se había dirigido a ella hija de Enrique IV, castigada por haber sido desgraciada.

Después que estuvieron instaladas las princesas y que descansaron un corto momento, los hombres, que también se habían repuesto de sus fatigas, volvieron a sus hábitos y a sus ocupaciones.

Bragelonne comenzó por ir a ver a su padre; pero Athos había salido para Blois.

Y entonces fue en busca de Artagnan.

Pero éste, ocupado en la organización de una nueva servidumbre militar del rey, no podía ser hallado.

Bragelonne pensó en el de Guiche.

Mas el conde tenía con sus padres y con Marnicamp conferencias que agotaban el día entero.

Peor era con el duque de Buckingham.

Este compraba caballos y diamantes y acaparaba todas las bordadoras, lapidarios y sastres de París. Entre Guiche y él daban un asalto más o menos cortés, en cuyo éxito quería, el duque

gastar un millón en tanto que el mariscal de Grammont sólo había dado a Guiche sesenta mil libras.

Buckingham reía y gastaba su millón.

Guiche suspiraba, y hubiérase arrancado los cabellos sin los consejos de Raúl.

—¡Un millón! —repetía diariamente Guiche—. Sucumbiré, sin duda; ¿por qué no querrá el señor mariscal adelantarme mi parte de sucesión?

—Porque la devoraríais —contestó Raúl:

—¡Y qué le importa! Si debo morir..., moriré, y entonces no necesitaré nada.

—Pero, ¿por qué morir? —decía Raúl.

—No quiero ser vencido en elegancia por un inglés.

—Mi apreciado conde —dijo entonces Mancamp—; la elegancia no es costosa, sino difícil.

—Sí, pero las cosas difíciles cuestan muy caras, y no tengo más que sesenta mil libras.

—¡Cáscaras! —dijo Wardes—. Pues gasta tanto como Buckingham... Sólo hay novecientas cuarenta mil libras de diferencia.

— ¿Y dónde hallarlas?

—Contrae deudas.

—Ya las tengo.

—Razón de más.

Estos consejos acabaron por excitar de tal suerte a Guiche, que hizo locuras, cuando Buckingham no hacía más que gastos.

El rumor de estas prodigalidades desarrugaban el ceño de todos los mercaderes de París.

Durante este tiempo reposaba Madame y escribía Raúl a la señorita de La Vallière.

Ya habían escapado cuatro cartas de su pluma, y ninguna contestación llegaba, cuando la

mañana misma de la ceremonia del matrimonio, que había de celebrarse en la capilla del palacio Real, estando Raúl vistiéndose, oyó que su criado anunciaba:

--El señor Malicorne.

-- ¿Para qué me querrá?. --dijo para sí Raúl--  
.Haz que aguarde --dijo al lacayo.

--Es un señor de Blois dijo el criado.

--¡Ah! ¡Que pase! --exclamó Raúl con viveza.

Entró Malicorne, hermoso como un astro, y portador de una soberbia espada. Y, después de haber saludado graciosamente, dijo:

--Señor de Bragelonne, os traigo mil cumplimientos de una dama.

Raúl ruborizóse y preguntó:

--¿De una dama de Blois?

--Sí, señor; de la señorita de Montalais.

—¡Ah! Gracias, caballero, ahora os conozco—  
dijo el vizconde—; ¿y qué desea de mí la señori-  
ta de Montalais?

Malicorne sacó de su bolsillo cuatro cartas  
que presentó a Raúl.

—¡Mis cartas! ¡Es posible! —dijo palidecien-  
do—. ¡Mis cartas aún cerradas!

—Señor; esas cartas no han encontrado en  
Blois a la persona a quien las destinabais, y se  
os devuelven.

—¿La señorita de La Vallière ha marchado de  
Blois? —preguntó Raúl.

—Hace ocho días.

—Y, ¿dónde está?

—Debe estar en París.

—Pero, ¿cómo se sabe que estas epístolas eran  
mías?

—La señorita de Montalais ha reconocido vuestra letra —dijo Malicorne.

Raúl se ruborizó y sonrió.

—Esto es muy atento por parte de la señorita Aura —dijo—. ¿Siempre buena y encantadora?

—Siempre, caballero.

—Debió darme cierta noticia exacta sobre la señorita de La Vallière, y no tendría yo que buscarla en este inmenso París.

Malicorne sacó otra carta del bolsillo.

—Quizá —dijo— encontréis aquí lo que deseáis saber.

Raúl rompió precipitadamente el sobre; la letra era de Aura, y decía así la epístola:

“París, Palacio Real, día de la bendición nupcial.”

--¿Qué significa esto? --preguntó Raúl a Malicorne--. ¿Lo sabéis vos?

--Lo sé, señor vizconde.

--¡Pues decidlo entonces!

-- Imposible, caballero.

--¿Por qué motivo?

--Porque me lo ha prohibido la señorita Aura.

Raúl miró a este personaje extraño, y permaneció mudo.

--Al menos, decidme si eso es bueno o malo para mí.

--Ya lo veréis.

--Grave sois en vuestras discusiones.

--¿Me hacéis una gracia, señor?

--¿En cambio de la que vos no me hacéis?

--Precisamente.

--Decid.

--Tengo el deseo más vivo de ver la ceremonia, y no poseo billete de invitación, a pesar de los pasos que he dado por procurarme uno. ¿Podríais hacerme entrar?

--Sin duda.

--Pues hacedlo por mí, señor, vizconde.

--Lo haré con mucho gusto; acompañadme.

-- Soy vuestro fiel servidor, caballero.

--Creí que erais amigo de Manicamp.

--Sí, señor; mas esta mañana; estando viéndolo vestir, derramé una botella de barniz sobre su vestido nuevo, tan perfectamente, que he tenido que salir huyendo. Por eso no he pedido billete, pues me hubiese matado.

--Se concibe --dijo Raúl--; Manicamp es capaz de matar al hombre que sea bastante desgraciado para llevar a cabo el crimen de que me habláis; pero yo repararé el mal con respecto a

vos; voy a ponerme la capa; y estoy dispuesto a ser vuestro guía e introductor.

## LXXXVIII

### SORPRESA DE LA SEÑORITA DE MONTALAIS

La princesa Enriqueta se casó en el Palais Royal.

A pesar del alto favor que indicaba la papeleta de invitación, Raúl, fiel a su promesa, hizo entrar a Malicorne, deseoso de disfrutar aquel golpe de vista.

Cumplido este compromiso, Raúl se acercó a Guiche, quien, para formar contraste con sus espléndidos vestidos, mostraba un rostro tan conmovido por el dolor, que sólo el duque de Buckingham podía disputarle en abatimiento y palidez.

--Ten cuidado, conde --dijo Raúl acercándose a su amigo y preparándose a sostenerlo en el momento en que el arzobispo bendecía a los esposos.

Efectivamente; veíase al señor príncipe de Condé mirar con curiosos ojos a estas dos imágenes de la desolación, de pie, como dos estatuas a ambos lados de la nave.

El conde observó más cuidadosamente.

Concluida la ceremonia, el rey y la reina pasaron al salón grande, donde se hicieron presentar a la princesa y a su séquito.

Notóse que el rey, que había parecido sorprenderse a la vista de su cuñada, le hizo los más sinceros cumplimientos.

Se notó también que la reina madre, fijando sobre Buckingham una mirada profunda, se inclinó al oído de madame de Monteville para decirle:

-- ¿No veis qué parecido tiene con su padre?

Se vio, finalmente, que Monsieur observaba a todos y parecía descontento.

Hecho el recibimiento de los príncipes y embajadores, Monsieur pidió al rey el permiso de presentar, tanto a él como a su esposa; las personas de su nueva casa.

--¿Sabéis, vizconde --dijo por lo bajo el príncipe de Condé a Raúl--, si el cuarto de la princesa ha sido formado por una persona de gusto, y si tendremos algunos semblantes bastante finos?

--Lo ignoro completamente, señor --respondió Raúl.

-- ¡Oh! Hacéis como que lo ignoráis.

--¿Eh, señor?

--Sois el amigo de Guiche, que es uno de los amigos del príncipe.

— Ciertamente, señor; pero como el asunto no me interesaba, no he hecho pregunta alguna a Guiche y por su parte Guiche, no habiendo sido interrogado, no se ha franqueado conmigo.

—Mas, ¿y Manicamp?

—He visto, es verdad, a Manicamp en El Havre y en el camino, pero he tenido el cuidado de ser tan poco curioso con él como con Guiche. Además, ¿puede estar enterado Manicamp de todas estas cosas, él, que sólo es un personaje secundario?

— ¡Cómo amigo vizconde!... ¿De dónde salís? Justamente, son los personajes secundarios los que en ocasiones tales gozan de influencia; y la prueba es que casi todos los nombramientos se han hecho por la presentación de Manicamp a Guiche y por la de éste al príncipe.

—Pues bien, señor, ignoraba completamente todo eso —dijo Raúl—, y es una noticia la que se digna darme.

-- Quiero creerlo así, aunque parezca increíble; y, además, no tendremos que aguardar mucho; he aquí el escuadrón volante que avanza, como decía la buena reina Catalina... ¡Diablo, qué lindos rostros!

Un grupo de jóvenes adelantábase, en efecto, por la sala; bajo la dirección de madame de Navailles; y, en honor de Manicamp sea dicho, si efectivamente había tomado en esta elección la Dote que le concedía el príncipe de Condé, presentaba un golpe de vista encantador para los que, como el príncipe, eran apreciadores de todos los géneros de belleza.

Una joven rubia, de unos veinte años, cuyos grandes ojos azules despedían al abrirse brillantes llamaradas, iba delante y fue presentada la primera.

--La señorita de Tonnay Charente --dijo, al príncipe la anciana madame de Navailles.

Y el príncipe repitió a su esposa:

--La señorita de Tonnay Charente.

--¡Ah! Esta me parece bastante agradable --dijo Condé volviéndose hacia Raúl--. Y va una.

--En efecto --dijo Raúl--, es bella aunque tiene el aire algo altanero.

--¡Bah! Ya conocemos esos aires, vizconde; dentro de tres meses se habrá amansado; pero mirad, he aquí otra belleza.

--¡Pardiez! --dijo Raúl--. Y una belleza que conozco.

--La señorita Aura de Montalais --dijo madame de Navailles. Nombre y apellido fueron cuidadosamente repetidos por Monsieur.

--¡Gran Dios! --exclamó Raúl fijando sus ojos espantados en la puerta de entrada.

-- ¿Qué pasa? --preguntó el príncipe--. ¿Será la señorita Aura de Montalais la que os hace lanzar semejante gran Dios?

--No, señor, no --respondió Raúl, pálido y tembloroso.

--Entonces, si no es la señorita, Aura, será esa rubia encantadora que la sigue. Lindos ojos, a fe mía; algo delgada, pero encantadora.

--La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallieré --dijo madame de Navailles.

Al oír este nombre, que resonaba en lo profundo del corazón de Raúl, una nube subió del pecho a sus ojos.

De modo que nada vio y nada oyó; y, así, no hallando en él más que un eco mudo a sus bur-las, el príncipe se fue a ver más de cerca a las bellas jóvenes, a quienes había ya detallado su primera mirada.

--¡Luisa aquí! Luisa dama de honor de Madame! --murmuró Raúl. Y sus ojos, que no le bastaban para convencer su razón, iban de Luisa a Montalais.

Por lo demás, ésta había abandonado su prestada timidez, que sólo debía servirle en el momento de la presentación y para las reverencias.

La señorita Aura, desde su pequeño rincón, miraba por tanto, con bastante seguridad a todos los concurrentes, y habiendo hallado a Raúl, se divertía contemplando la profunda admiración en que su presencia y la de su amiga habían sumido al pobre enamorado.

Aquella ojeada maliciosa, burlona, que Raúl quería evitar, y a quien iba a interrogar inmediatamente, ponía a Raúl en un verdadero suplicio.

Respecto a Luisa, sea timidez natural, sea otro cualquier motivo de que Raúl no podía darse cuenta, tenía constantemente los ojos bajos, e intimidada, deslumbrada, respirando apenas, retirábase todo cuanto podía a un lado, impasible hasta a los codazos de su amiga.

Todo esto era para Raúl un misterio, que el pobre vizconde rabiaba por descubrir.

Pero nadie había allí para darle la clave, ni aun Malicorne, que un poco inquieto por hallarse en medio de tantos caballeros y bastante asustado por las miradas burlonas de la de Montalais, había descrito un círculo, y poco a poco se había ido a colocar a algunos pasos del príncipe, en pos del grupo de camaristas, casi al lado de la señorita Aura, planeta en derredor del cual, humilde satélite, tenía que gravitar como forzosamente.

Al volver en sí Raúl, creyó oír a su lado voces conocidas.

Eran, en efecto, Wardes, Guiche y el caballero de Lorena, que hablaban juntos.

Es cierto que hablaban tan bajo, que apenas se oía el soplo de sus palabras en la vasta sala.

Hablar de este modo desde su puesto, alta la figura, sin inclinarse, sin mirar a su interlocu-

tor, era un talento a cuya sublimidad no podían llegar los nuevos en la corte. Era necesario un gran estudio para estas conversaciones, que, sin miradas, sin ondulaciones de cabeza, parecían la conversación de un grupo de estatuas.

En efecto, en los grandes círculos del rey y de la reina, al paso que Sus Majestades hablaban y que todos parecían escucharlos con religioso silencio, había gran número de coloquios, en los cuales la adulación era la nota dominante; Mas Raúl era uno de los hábiles en este estudio de etiqueta, y en el movimiento de labios habría podido muchas veces comprender el sentido de las palabras.

—¿Quién es esa Montalais? — preguntaba Wardes—: ¿Quién es La Vallière? ¿Qué significan todas estas provincias que vienen?

—La Montalais —dijo el caballero de Lorena— la conozco; es una buena muchacha, que divertirá a la Corte. La Vallière es una lindísima cojita.

--¡Bah! --dijo Wardes.

--No la despreciéis, Wardes; hay sobre las cosas axiomas latinos muy ingeniosos y sobre todo muy característicos.

-- Señores --dijo Guiche mirando a Raúl con inquietud--, un poco de moderación; señores.

Pero la inquietud del conde, en apariencia al menos, era importuna; Raúl había conservado el aspecto indiferente, aun cuando no perdiera una sola palabra de cuanto se había dicho; parecía que iba notando las insolencias y libertades para arreglar con ellos su cuenta cuando llegase la ocasión.

Wardes adivinó este pensamiento, y continuó:

--¿Cuáles son los amantes de estas señoritas?

--¿De la Montalais? --preguntó el caballero.

--Si, de la Montalais, primero. ¡Pues bien, vos, yo, Guiche, cualquiera!

--¿Y de la otra?

— ¡Cuidado, señores! —exclamó Guiche para impedir la respuesta de alardes—; tened cuidado, la princesa nos escucha.

Raúl arrancaba mientras tanto sus encajes, y sus dedos se clavaban en el pecho. Pero, justamente, este encarnizamiento que veía dirigido contra pobres mujeres, le hizo adoptar una resolución formal.

—Esta pobre Luisa —pensó—, no ha venido aquí sino con honroso objeto y bajo una honrosa protección; pero es necesario que conozca este objeto y que sepa quién la protege.

E imitando la maniobra de Malicorne, se dirigió hacia el grupo de las jóvenes camaristas.

Bien pronto concluyó la presentación. El rey, que no había dejado de mirar y admirar a la princesa, salió entonces de la sala con las dos reinas. El caballero de Lorena recobró su puesto cerca de Monsieur, y, a medida que le acompañaba, le fue destilando en el oído algunas gotas,

de ese veneno que había reunido hacía una hora al ver nuevos rostros y al sospechar que algunos corazones eran felices.

Al salir el rey llevó tras de sí una parte de los asistentes; pero aquellos que entre los cortesanos hacían profesión de independencia o de galantería, comenzaron a aproximarse a las damas.

El príncipe de Condé cumplimentó a la señorita de Tonnay Charente. Buckingham hizo la corte a madame de Lafayette, a quien la princesa amaba ya. Respecto al conde de Guiche, abandonado a Monsieur desde que podía aproximarse solo a Madame, conversaba animadamente con madame de Valentinois, su hermana, con las señoritas de Crequi y de Châtillon.

En medio de estos intereses políticos o amorosos, Malicorne, quería apoderarse de Montalais; pero ésta prefería hablar con Raúl, aun cuando sólo fuese para gozar de sus sorpresas.

Raúl habíase dirigido a la señorita de La Vallière, y la había saludado con el más profundo respeto, visto lo cual, Luisa se ruborizó y balbuceó algunas palabras; pero la Montalais se apresuró a venir en su ayuda.

--Y bien --dijo--: henos aquí.

--Ya lo veo --dijo Raúl sonriéndose--, y justamente vengo a solicitaros una pequeña explicacion sobre vuestra presencia aquí.

Malicorne se aproximó con su más encantadora sonrisa.

--Alejaos, señor de Malicorne, --dijo Montalais--. Verdaderamente que sois bien indiscreto.

Malicorne se mordió los labios y dio dos pasos hacia atrás, sin responder palabra. Solamente su sonrisa cambió de expresión, y de franca que era se convirtió, en burlona.

—¿Deseáis una explicación, monsieur Raúl? —  
—dijo la de Montalais.

—Ciertamente, la cosa vale la pena, y la señorita de La Vallière, camarista de Madame...

— ¿Y por qué no había de ser, cual yo, camarista?

—Recibid mis cumplimientos, señoritas —  
repuso Raúl, que creyó no le querían contestar directamente.

—Decís eso con un tono poco lisonjero, señor vizconde.

—¿Yo?

—Apelo, sino, a Luisa.

—El señor de Bragelonne piensa quizá que el destino es superior a mi clase —dijo Luisa a media voz.

—¡Oh! No, señorita —replicó vivamente Raúl—. Sabéis muy bien que no son éstos mis sentimientos; no me sorprendería que ocuparais el

lugar de una reina, y con mucha más razón éste. Lo único que me sorprende es haberlo sabido hoy solamente, y por casualidad.

—¡Ah! Es cierto --respondió Montalais con su ordinaria viveza.

—Tú nada entiendes de esto, y es difícil que lo comprendas. El señor de Bragelonne te había escrito cuatro cartas; pero sólo tu madre había permanecido en Blois. Era necesario evitar, que estas cartas cayesen en sus manos, las intercepté, y las he devuelto al caballero Raúl; de manera que él te creía en Blois cuando estabas en París, y no sabía especialmente que hubieras ascendido a esta dignidad.

—¿No has prevenido al caballero Raúl, como te lo supliqué? --exclamó Luisa.

—¡Sí, sí! Para que se hiciese el austero, para que pronunciara máximas profundas, para que deshiciese lo que nosotras con tanto trabajo habíamos hecho. No por, cierto.

—¿Con que tan severo soy? —dijo Raúl.

— Además —añadió la de Montalais—, me convenía así. Partía para París; vos no os encontrabais allí; Luisa lloraba desconsoladamente; interpretadlo como queráis; he rogado a mi protector, al que me había hecho obtener mi nombramiento, que pidiese otro para Luisa y lo ha hecho así. Luisa partió para encargar los trajes, quedándome detrás, porque ya tenía el mío; he recibido vuestras epístolas, y os las he devuelto, añadiendo una postdata que os prometía una sorpresa, mi querido caballero, hela aquí; me parece buena, y no tenéis derecho a pedir otra cosa.

—Ea, señor Malicorne, es tiempo ya que dejemos juntos a estos muchachos; tienen multitud de cosas que decirse; dadme vuestro brazo; espero que tendréis en cuenta este gran honor que se os dispensa, señor Malicorne.

—Dispensadme, señorita —dijo Raúl deteniendo a la alegre joven, y dando a sus palabras

una entonación cuya gravedad contrastaba con la de Montalais—; perdonadme, ¿podría yo saber el nombre de ese protector? Porque si se os ama para señorita, y con mucha razón (Raúl saludó:), no veo las mismas razones para que la señorita de La Vallière sea protegida.

—¡Dios santo, señor Raúl! —dijo cándidamente Luisa—. La cosa es bien sencilla, y no veo por qué no os la he de decir yo misma... Mi protector es el señor Malicorne.

— Raúl permaneció un momento estupefacto, preguntándose si se burlaba de él; después se volvió para interpelar a Malicorne; pero éste hallábase ya lejos, arrastrado por la Montalais.

La señorita de La Vallière hizo un movimiento para seguir a su amiga, pero Raúl la detuvo con dulce autoridad.

—Os lo ruego, Luisa; una palabra.

--Pero, señor Raúl --dijo Luisa encendida--; estamos solos... Todo el mundo ha partido.. Van a inquietarse y a buscarnos.

--No tengáis cuidado --dijo el joven sonriéndose--; no somos ni el uno ni el otro personajes así importantes para que se note nuestra ausencia.

-- ¡Pero y mi servicio, señor Raúl!

-- Calmaos; señorita: conozco los usos de la Corte: vuestro servicio no debe empezar hasta mañana; os quedan, por tanto, algunos minutos, durante los cuales podéis darme las explicaciones que voy a tener el honor de pedirlos.

--¡Cuán grave estáis, señor Raúl! --dijo Luisa alarmada.

--Es que la circunstancia es seria, señorita. ¿Me escucháis ya?

--Os escucho; solamente, caballero, que nos encontramos solos.

Raúl, ofreciéndole la mano, llevó a la joven a la galería inmediata al salón de recibo, cuyos balcones daban a la plaza.

Todo el mundo apretábase en el balcón de en medio, que tenía una balaustrada, y desde donde podían verse con todos los detalles los preparativos de la partida.

Raúl abrió una de las ventanas laterales, y allí, solo con la señorita de La Vallière:

--Luisa --dijo--, sabéis que desde mi infancia os he amado como una hermana, y que habéis sido la confidente de todos mis pesares y la depositaria de todas mis esperanzas.

--Sí --contestó--; sí, señor Raúl, lo sé. Teníais la costumbre, por vuestra parte, de mostrarme igual amistad, igual confianza.

-- ¿Por qué en este encuentro no habéis sido mi amiga? ¿Por qué habéis desconfiado de mí?

Vallière no contestó.

--He creído que me amabais --dijo Raúl, cuya voz era cada vez más temblorosa--; he creído que habíais consentido en todos los planes formados de acuerdo para nuestra dicha, cuando nos paseábamos en las grandes alamedas que rodean a Blois. ¿No respondéis, Luisa?

Aquí se interrumpió un instante.

--¿Sería --preguntó respirando apenas--, que ya no me amaseis?

--No digáis eso --replicó en voz baja Luisa.

--Decídmelo, os lo ruego. He puesto toda la esperanza de mi vida en vos, y os he escogido por vuestras costumbres dulces y sencillas. No os dejéis deslumbrar, Luisa; ahora que estáis en medio de la Corte, donde todo lo que es sano se corrompe, donde todo lo que es joven envejece

pronto, Luisa, cerrad vuestros oídos para no oír las palabras, cerrad vuestros ojos para no ver los ejemplos, cerrad vuestros labios a fin de no respirar el soplo corrompido. Sin mentiras, sin paliativos, Luisa: ¿debo creer lo que ha dicho la señorita de Montalais? Luisa, ¿habéis venido a París porque yo no estaba ya en Blois?

Luisa se ruborizó y ocultó el semblante entre las manos.

—¡Sí! —exclamó Raúl exaltado—. ¡Sí, por esto habéis venido! ¡Oh! ¡Os quiero como jamás os he amado! Gracias, Luisa, por vuestra adhesión; pero es preciso que tome un partido para ponerme a cubierto de todo insulto, para garantizaros de toda mácula; Luisa, una dama de honor en la corte de una princesa joven, en este tiempo de amores fáciles y de inconstantes amores; una camarista está colocada en el centro de los ataques, sin tener defensa alguna; esta condición no puede convenirme; es preciso que estéis casada para que seáis respetada.

--¿Casada?

--Casada. ¡Dios mío!

--He aquí mi mano, Luisa; dejad caer en ella la vuestra.

--Mas ¿y vuestro padre?

--Mi padre me dejará libre.

--Sin embargo...

--Comprendo este escrúpulo, Luisa; consultaré a mi padre.

-- ¡Oh, Raúl, reflexionad, aguardad.

--¡Esperar! Imposible. Reflexionar, Luisa, reflexionar cuando se trata de vos, sería insultaros. Vuestra mano, querida Luisa: soy dueño de mis actos; mi padre dirá sí, os lo juro. Vuestra mano; no me hagáis esperar así; respondedme pronto una palabra, una sola; y si no, creeré que para cambiares absolutamente, ha bastado un solo paso en el palacio, un solo soplo del favor,

una sola sonrisa de las reinas, o una sola mirada de Su Majestad.

Apenas había pronunciado Raúl esta última palabra, cuando La Vallière se puso pálida como la muerte, sin duda por el miedo que tenía de ver exaltarse al joven.

Así, por un movimiento rápido como el pensamiento, arrojó sus dos manos en las de Raúl. Después huyó, sin añadir una palabra, y desapareció, sin haber mirado atrás.

Raúl se estremeció al contacto de aquellas manos, y recibió el juramento como un juramento solemne, arrancado por el amor a la timidez virginal.

LXXXIX

EL CONSENTIMIENTO DE ATHOS

Raúl salió del Palias Royal preocupado con pensamientos que no admitía dilación ponerlos en práctica.

Montó a caballo y tomó el camino de Blois, mientras se verificaban, con gran alegría de los cortesanos y gran pena de Guiche y de Buckingham, las bodas de Monsieur y de la princesa de Inglaterra.

Caminaba aprisa; en dieciocho horas llegó a Blois.

Durante el camino había preparado sus mejores argumentos.

La fiebre también es un argumento sin réplica, y Raúl tenía fiebre.

Athos hallábase, en su gabinete, añadiendo algunas páginas a sus Memorias, cuando entró Raúl, conducido por Grimaud.

El caballero no tuvo necesidad más que de una mirada para reconocer algo de extraordinario en la actitud de su hijo.

—Me parece que venís para asuntos de importancia — dijo, señalando una silla a Raúl, después de haberlo abrazado.

—Sí, señor —respondió le joven—; y os ruego me prestéis esa benévola atención que siempre me habéis concedido.

— Hablad, Raúl.

— Señor: he aquí el hecho sin ningún preámbulo, indigno de un hombre como vos: la señorita de La Vallière se halla en París como camarista de Madame. —Me he consultado bien, y amo a la señorita de La Vallière con toda mi alma, y no me conviene dejarla en un puesto donde su reputación y su virtud pueden verse expuestas; deseo, por tanto, darle, mi mano, y vengo, señor, a solicitaros vuestro consentimiento para este matrimonio.

Athos había guardado durante esta comunicación un silencio y reserva absolutos.

Raúl comenzó su discurso con la afectación de la sangre fría, y lo había terminado dejando ver en cada palabra intensa emoción.

Athos fijó en Bragelonne una mirada profunda mezclada de cierta tristeza.

-- ¿Luego habéis reflexionado bien? -- preguntó.

-- Sí, señor.

--Me parecía haberos dicho mi opinión respecto a este enlace.

--Lo sé, señor --respondió Raúl en voz baja--; pero respondisteis que si insistía...

-- ¿E insistís?

Bragelonne balbuceó un sí casi ininteligible:

--Es preciso, en efecto, caballero --continuó tranquilamente Athos--, que vuestra pasión sea

bien fuerte, puesto que, a pesar de mi repugnancia a esta unión, persistís en desearla.

Raúl. pasó por su frente una mano temblorosa, enjugando así el sudor que la inundaba.

Athos le miró, y la piedad descendió hasta el fondo de su, corazón.

Se levantó.

—Está bien: mis sentimientos personales nada significan, puesto que se trata de los vuestros; me rogáis y estoy a vuestras órdenes. Veamos, ¿qué deseáis de mí?

— ¡Oh! Vuestra indulgencia, señor; ,vuestra indulgencia ante todo —dijo Raúl cogiéndole sus manos.

—Os engaños respecto de mis sentimientos hacia vos. Raúl; hay más que eso en mi corazón —replicó el conde.

Raúl besó la mano que tenía entre las suyas, como habría podido hacer el más apasionado amante.

--Veamos, veamos --dijo Athos--; decidme, Raúl; vedme dispuesto: ¿Qué debo firmar?

-- ¡Oh! Nada, señor, nada; solamente sería bueno que os tomaseis la pena de escribir al rey y pedir en mi nombre a Su Majestad, al que pertenezco, el premio de dar mi mano a 1a señorita La Vallière.

--Bien; habéis tenido buen sentido, Raúl. En efecto, después que yo; mejor dicho, antes que yo, tenéis un señor, y este señor es el rey; os sometéis voluntariamente a una doble prueba; eso es leal.

-- ¡Oh, señor!

--Voy, Raúl, a acceder al momento a vuestro deseo.

El conde se aproximó a la ventana, e incli-  
nándose ligeramente fuera:

--¡Grimaud! --gritó.

Grimaud mostró su cabeza a través de un en-  
rejado de jazmines que arreglaba.

--Mis caballos --continuó el conde.

--¿Qué significa esa orden, señor?

--Que partimos dentro de dos horas.

--¿Para: dónde?

--Para París.

--¿Cómo para París? ¿Venís a París, señor?

--¿No está el rey en París?

--Sin duda.

--¡Y bien! ¿No es preciso que vayamos allí o  
habéis perdido el juicio?

--Pero, señor --dijo, Raúl casi espantado de aquella condescendencia paternal--, no pido os incomodéis, por mí, y una simple carta...

--Raúl, os equivocáis respecto a mi importancia; no es conveniente que un simple caballero como yo escriba a su rey. Quiero y debo hablar a Su Majestad, y lo haré. Partiremos juntos, Raúl.

----¡Oh, cuántas bondades, señor! ¿Cómo creéis se hallará dispuesto Su Majestad?

----¿Hacia mí, señor?

--Sí.

--¡Oh! Perfectamente.

--¿Os lo ha dicho?

--Con su propia boca.

--¿Con qué motivo?

--Con el de una recomendación del señor Artagnan, y con motivo de una querrela en la

Greve, dónde tuve la fortuna de sacar la espada, por Su Majestad. Puedo creerme, sin amor propio, bastante avanzado en el ánimo de Su Majestad.

—Tanto mejor.

—Pero, os lo suplico —continuó Raúl—; no guardéis conmigo esa seriedad y esa discreción; no me hagáis arrepentirme por haber escuchado un sentimiento más fuerte que todo.

—Es la segunda vez que me lo decís, Raúl: no era esto necesario; queréis una formalidad de consentimiento; os la doy, y no hablemos más. Venid a ver mis nuevas plantaciones, Raúl.

El joven sabía que después de haber expresado el conde una vez su voluntad, no había medio de discutir.

Bajó la cabeza, y siguió a su padre al jardín.

Athos le mostró lentamente las plantas y las flores.

Esta tranquilidad desconcertaba cada vez más a Raúl: el amor que llenaba su corazón le parecía bastante grande para que apenas pudiese contenerlo el mundo. ¿Cómo el corazón de Athos permanecía vacío y cerrado a su influencia?

Así, Bragelonne, reuniendo todas sus fuerzas, exclamó de repente:

— Señor, ¿es posible que no tengáis alguna razón para rechazar a la señorita de La Vallière? En nombre del Cielo; ella, tan buena, tan dulce, tan pura, que vuestro espíritu, lleno de suprema sabiduría debería apreciarla en su valor, ¿existe entre vos y su familia alguna enemistad secreta, algún odio hereditario?

—Ved, Raúl, esta bella planta —dijo Athos— ved cuánto bien le hacen la sombra y la humedad; la sombra especialmente de la hoja del sicomoro, por medio de las cuales filtra el calor y no la llama del sol.

Raúl se detuvo y se mordió los labios. Después, sintiendo afluir la sangre a sus sienes:

—Señor —dijo valientemente—; una explicación, os lo ruego; no podéis olvidar que vuestro hijo es un hombre.

— Entonces —respondió Athos volviéndose con serenidad—; entonces probadme que sois un hombre, ya que no me probáis que sois un hijo. Os rogaba que esperaseis el momento de un ilustre enlace; os habría buscado una esposa en las primeras filas de la rica nobleza; que más que nada que pudieseis brillar con el doble brillo que dan la gloria y la fortuna, puesto que ya tenéis la nobleza de casta.

—¡Señor —exclamó Raúl, animado por un primer impulso—, el otro día me han echado a la cara no conocer a mi madre!

Athos, palideció; después, frunciendo el ceño como el dios supremo de la antigüedad:

—Ya debiera saber lo que respondisteis, caballero —dijo majestuosamente:

—¡ Oh! Perdón... perdón... —murmuró el joven, cayendo desde lo alto de su exaltación.

—¿Qué respondisteis, caballero? —preguntó el conde dando una patada.

— Señor, tenía la espada en la mano; el que me insultaba se mantenía en guardia; hice saltar su espada por encima de una balaustrada, y a él lo envié por el mismo camino a recoger su acero.

— ¿Y por qué no lo matasteis?

—Su Majestad prohíbe el duelo, señor; y era en aquel momento embajador del rey.

—Está bien —dijo Athos—; pero razón de más para que vaya a hablar al rey.

—¿Qué vais, señor, a pedirle?

—La autorización de desenvainar la espada contra el que nos ha hecho esa ofensa.

--Señor, si no obré como debía obrar, perdonadme, os lo suplico.

-- ¿Quién os acusa, Raúl?

--Pero ese permiso que queréis pedir al rey...

--Raúl, rogaré al rey que firme vuestro contrato de matrimonio con una condición...

--Señor...

--¿Tenéis necesidad de condiciones conmigo?

-- Mandad, señor, y obedeceré.

--A condición --continuó Athos--, de que me diréis el nombre del que así ha hablado de... vuestra madre.

-- Pero, señor, ¿qué necesidad tenéis de saber ese nombre? A mí es a quien la ofensa ha sido hecha, y una vez obtenido el permiso de Su Majestad, a mí toca la venganza.

--Su nombre, caballero.

--No consentiré que os expongáis.

--¿Me tomáis por una dueña? Su nombre.

-- ¿Lo exigís?

--Lo mando.

--El vizconde de Wardes.

--¡Ah! --dijo tranquilamente Athos . Está muy bien; lo conozco. Pero nuestros caballos están ensillados, caballero, y, en vez de partir dentro de dos horas, partiremos inmediatamente. A caballo, caballero, a caballo.

XC

EL DUQUE DE BUCKINGHAM INSPIRA  
CELOS A MONSIEUR

Mientras el conde de la Fère se encaminaba directamente a París, acompañado de Raúl, el

Palais Royal era teatro de una escena que Molière habría llamado eminentemente cómica.

Era el cuarto día siguiente al de su casamiento, cuando, habiendo almorzado de prisa, Monsieur pasó por las antecámaras frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

No había sido alegre el almuerzo; Madame se había hecho servir en sus habitaciones.

Monsieur almorzó, por tanto, con algunos amigos íntimos.

El caballero de Lorena y Manicamp eran los únicos que habían asistido a este almuerzo, que duró tres cuartos de hora, sin que durante él se hubiese hablado una sola palabra.

Manicamp, menos avanzado en la intimidad de Su Alteza Real que el señor de Lorena, procuraba en vano leer en los ojos del príncipe la causa de aquella fisonomía tan triste.

El caballero de Lorena que no tenía necesidad de adivinar nada, atendido que lo sabía todo, comedor con el apetito extraordinario que le daban los pesares ajenos, y gozaba a la vez con el despecho de Monsieur y la turbación de Manicamp.

Sentía placer en retener en la mesa al príncipe, que se abrasaba en deseos de dejar la silla.

No pocas veces Monsieur se arrepentía de aquel ascendiente que había dejado tomar sobre él al caballero de Lorena, y que lo eximía de toda etiqueta.

Monsieur hallábase en uno de esos instantes, pero temía al caballero casi tanto como le quería y se contentaba con rabiar interiormente.

Alguna que otra vez Monsieur alzaba sus ojos al cielo, luego los bajaba sobre los pedazos de pavo que el caballero atacaba; después, finalmente, no atreviéndose a estallar, se entregaba

a una pantomima de la cual Arlequín se habría mostrado celoso.

En fin, Monsieur no pudo contenerse, y a los postres, levantándose, irritado, como ya hemos dicho, dejó al caballero de Lorena que acabase el almuerzo a su gusto.

Al ver levantarse al príncipe, Manicamp se puso en pie, servilleta en mano.

Monsieur corrió hacia la antecámara y hallando a un ujier, le dio una orden en voz baja.

Después, volviendo atrás a fin de no pasar por el comedor, atravesó sus gabinetes para ir a buscar a la reina madre a su oratorio, donde estaba habitualmente.

Podrían ser las diez de la mañana.

Ana de Austria escribía cuando entró el príncipe.

La reina madre quería mucho a este hijo, bello de rostro y dulce de carácter.

Monsieur, en efecto, era más tierno, o si se quiere, más afeminado que el rey.

Había conquistado a su madre por esas pequeñas sensibilidades que tanto agradan a las mujeres; Ana de Austria, a quien habría agradado mucho tener una hija, casi encontraba en este hijo las atenciones, los pequeños cuidados y los encantos de una niña de doce años.

Así Monsieur empleaba todo el tiempo que pasaba en el cuarto de su madre en admirar sus lindos brazos; en darle consejos sobre su cabello o recetas para sus esencias, que la reina cuidaba mucho; después le besaba las manos y los ojos con gracia juguetona y tenía siempre algún dulce que ofrecerle o algún traje nuevo que recomendarle.

Ana de Austria, amaba al rey, o mejor dicho, la monarquía en su hijo primogénito; Luis XIV

representaba la legitimidad divina. Era reina madre con el rey, pero con Felipe sólo era madre.

Y este último sabía que de todos los refugios, el seno de una madre es el más dulce y el más seguro.

Así, niño aún, iba allí a refugiarse cuando se levantaban tempestades entre su hermano y él; con frecuencia, después de los combates a puñetazos y arañazos a que el rey y su rebelde súbdito se entregaban en camisa sobre un lecho disputado, teniendo al ayuda de cámara La-porte por único juez de campo, Felipe, vencedor, pero espantado de su victoria, iba a pedir refuerzos a su madre, o al menos la seguridad de un perdón que Luis XIV sólo concedía difícilmente y a larga distancia.

Ana había logrado con esta costumbre de intervención pacífica conciliar todas las diferencias de sus hijos y participar con este motivo de todos sus secretos.

El rey, algo celoso de este cariño maternal que derramábase especialmente sobre su hermano, se sentía dispuesto hacia Ana de Austria a mayor sumisión y a más delicadas atenciones de lo que de sí daba su carácter.

Ana de Austria había particularmente practicado este sistema de política respecto a la joven reina, y así reinaba casi despóticamente sobre la real pareja, y ya levantaba todas sus baterías a fin de reinar con el mismo absolutismo sobre su segundo hijo y su joven esposa.

Ana de Austria casi se alegraba, por tanto, cuando veía entrar en su cuarto una fisonomía languirucha, pálidos carrillos y ojos llorosos, conociendo que se trataba de socorrer al más débil o al más revoltoso.

Escribía, hemos dicho, cuando Monsieur entró en su oratorio, no con los ojos encendidos y pálido el rostro, sino inquieto, destechado, triste.

Besó distraído los brazos de su madre y se sentó antes de que ella se lo permitiese.

Con las costumbres de etiqueta establecidas en la corte de la reina Ana de Austria, este olvido era una prueba de profunda adulación por parte especialmente de Felipe, que practicaba tan gustoso la distracción del respeto.

Mas si faltaba tan notoriamente a todos estos principios, sin duda que la causa debía ser grave.

—¿Qué tenéis, Felipe? —preguntó Ana de Austria volviéndose hacia su hijo.

—¡Ah, señora! muchas cosas — contestó el príncipe con dolorido acento.

—Parecéis, en efecto, hombre muy preocupado —dijo la reina dejando la pluma en el tintero.

Felipe frunció el ceño, pero no respondió.

--En todas esas cosas que llenan vuestro espíritu --dijo Ana de Austria--, debe sin embargo hallarse alguna que os ocupe más que las otras.

--Una, efectivamente, señora, me ocupa más que las otras.

--Pues; ya os escucho.

Felipe abrió la boca para comenzar a decir todas las quejas que anegaban su corazón, y parecía que sólo esperaban una salida para exhalarse; mas de repente se calló, y todo lo que tenía sobre su corazón se condensó en un suspiro.

--Veamos; Felipe; un poco de firmeza --dijo la reina madre--. Uno se queja casi siempre de alguien que nos incomoda:.. ¿No es verdad?

--No digo eso, señora.

--¿Entonces, de qué deseáis hablar?... Vamos.

--Lo que tengo que decir, señora, es ciertamente muy delicado.

--¡Ah, Dios mío! Indudablemente; porque al fin una mujer..

-- ¡Ah! ¿Queréis hablar de Madame? -- preguntó la reina madre con vivo sentimiento de curiosidad.

--¿De Madame?

--De vuestra mujer, en fin.

--Sí, lo entiendo. .

--Y bien, si es de la princesa de quien queréis hablarme, no os cortéis, hijo mío. Soy vuestra madre; y Madame sólo es para mí una extraña. Sin embargo, como nuera que es, no dudéis de que oiré con interés, aun cuando sólo sea por vos, todo lo que tengáis que decirme.

--Vamos, a vuestra vez, señora --dijo Felipe-- , confesadme si no habéis observado algo.

--¿Qué, Felipe? Usáis palabras de una vaguedad espantosa...

-- ¡Algo! ...

-- ¿Y de qué clase?

----La princesa es hermosa.

--Ciertamente.

--Sin embargo, no es una belleza.

--No; pero a medida que crezca puede hermostearse mucho. Ya habéis notado el cambio que unos años han producido en su semblante. Pues bien, se desarrollará más y más, puesto que sólo tiene dieciséis años. A los quince yo también era muy delgada; pero, al fin, tal como es, la princesa es linda.

--Por consiguiente, han podido observarla, fijarse en ella.

--Sin duda, mírase a una mujer ordinaria, y con mucha más razón a una princesa.

--Ha sido bien educada; ¿no es verdad, señora?

-- Madame Enriqueta, su madre, es una mujer un poco fría, algo pretenciosa, pero de bellos

sentimientos. La educación de la joven princesa puede haber sido descuidada, pero en cuanto a sus principios, los creo buenos: tal al menos era mi juicio sobre ella cuando estaba en Francia; después ha regresado a Inglaterra, y no sé lo que ha pasado allí.

-- ¿Qué es lo que queréis decir?

-- ¡Dios mío! Quiero decir sencillamente que ciertas cabezas, un poco ligeras, cambian fácilmente con las prosperidades.

--Pues bien, señora; habéis dado en el quid; creo en efecto a la princesa una cabeza bastante ligera.

--No hay que exagerar, Felipe; tiene viveza y cierta dosis de coquetería muy natural en una joven; mas, hijo mío, en las personas de elevada alcurnia este defecto es a veces una ventaja de la Corte. Una princesa algo coqueta forma ordinariamente una Corte brillante; una sonrisa suya hace nacer por doquiera el lujo, el talento

y hasta el valor; la nobleza se bate mejor por un príncipe cuya esposa es lindísima.

--Gracias, señora --dijo Felipe con mal humor--; en verdad, me hacéis pinturas demasiado alarmantes, madre.

--¿Por qué? --preguntó la reina madre con simulada ingenuidad.

--Sabéis, señora --dijo dolientemente Felipe--; cuánta repugnancia sentía a casarme.

--¡Ah! Esta vez me alarmáis. ¿Tenéis acaso alguna queja grave contra Madame?

--Grave, no he dicho eso.

-- Entonces abandonad esa fisonomía conmovida. Si os mostráis así en vuestra casa, os tomarán por un marido muy desgraciado.

--En realidad --contestó Felipe--; no soy un marido satisfecho; y me alegro que se sepa.

-- ¡Felipe! ¡Felipe!

--A fe mía, señora, os lo manifestaré francamente: no había comprendido la vida tal como se me quiere hacerla pasar.

-- Explicaos.

--Mi mujer no me pertenece, en realidad; se me escapa con cualquier motivo. Por la mañana son las visitas, las correspondencias, el tocador; por la noche, los bailes y los conciertos.

-- ¡Estáis celoso, Felipe!

-- ¡Yo! ¡Dios me libre! A otros, y no a mí, ese tonto papel de marido celoso; pero estoy contrariado.

--Felipe, todo eso que echáis en cara a vuestra esposa son cosas inocentes; y mientras no tengáis algo más considerable...

--Escuchadme; sin ser culpable, una mujer puede inquietar; hay ciertas amistades, ciertas preferencias que muestran las jóvenes, y que

bastan para dar al diablo a los maridos menos celosos.

— ¡Ah! Henos, por fin, en la cuestión. ¡No nos ha costado poco trabajo! ¡Las amistades, las preferencias, bueno! Hace una hora que perdemos el tiempo, y hasta este instante no habéis abordado la verdadera cuestión.

—Pues bien, sí...

—Esto es más grave. ¿Habrá cometido la princesa esas faltas hacia vos?

—Precisamente

—¡Cómo! ¿Vuestra mujer, después de cuatro días de matrimonio, preferiría a alguno; frecuentaría la sociedad de alguno? Cuidado, Felipe, exageráis sus faltas; a fuerza de querer probar mucho, no se prueba a veces nada.

El príncipe, asustado por la gravedad de su madre, quiso responder, pero sólo pudo tartamudear algunas frases ininteligibles.

--He aquí que ya retrocedéis --dijo --Ana de Austria--; prefiero eso, porque reconocéis así que habéis obrado mal.

--¡No! --murmuró Felipe--. No retrocedo, y voy a probarlo. He dicho preferencias, ¿no es verdad? He dicho amistades, ¿no es así? Pues bien, escuchadme.

Ana de Austria preparóse complacida a escuchar con ese placer de comadre, que la mejor mujer, la mejor madre, aunque sea reina, halla siempre en mezclarse en las pequeñas querellas de dos esposos.

--Bien --repuso Felipe--; decidme una cosa.

-- ¿Cuál?

--¿Por qué mi esposa ha conservado una corte inglesa? Decídmelo. Y Felipe cruzóse de brazos, como si creyera que con nada era posible responder a su interpelación.

--Pero --replicó Ana de Austria-- la razón es muy sencilla: porque los ingleses son sus compatriotas; porque han gastado mucho dinero en acompañarla a Francia, y sería poco delicado despedir bruscamente a una nobleza que no ha retrocedido ante ninguna prueba de adhesión, ante ningún sacrificio.

--¡Eh, madre mía!. ¡Valiente sacrificio, en verdad, abandonar un despreciable país para venir a un bello suelo, donde se hace con un escudo más efecto que en otras partes con cuatro! ¡Bella adhesión, sin duda, la de caminar cien leguas a fin de acompañar a una mujer a quien se ama!

--¡A quien se ama, Felipe! ¿Pensáis lo que estáis diciendo?

--Sí, por cierto.

--¿Y quién está enamorado de la princesa?

--El apuesto duque de Buckingham. No vayáis a defender a éste también, madre mía.

Ana de Austria se ruborizó y sonrió al mismo tiempo. El nombre del duque de Buckingham le traía a la vez dulces y melancólicos recuerdos.

—¿El duque de Buckingham? — murmuró.

—Sí, uno de esos amantes preferidos, como decía mi abuelo Enrique IV.

—Los Buckingham son leales, y bravos —dijo con energía Ana de Austria.

—¡Vamos, bien! ¡He aquí a mi madre que defiende contra mí al galán de mi mujer! — exclamó Felipe, hasta tal punto exasperado, que su débil naturaleza se conmovió hasta llorar.

—Hijo mío, la expresión no es digna de vos. Vuestra esposa no tiene galanes, y si debiera tener uno, no sería ciertamente el duque de Buckingham; las personas de esa casta, os lo repito; son leales y discretas; la hospitalidad es para ellos sagrada.

—Vamos, señora, el duque de Buckingham es un inglés, y los ingleses no respetan tan religiosamente el bien de los príncipes franceses.

Ana se ruborizó de nuevo, y volvió la cabeza a pretexto de sacar la pluma del tintero, pero en realidad para ocultar el rubor a los ojos de su hijo.

—En verdad, Felipe —le dijo—, sabéis hallar palabras que confunden, y vuestra cólera os ciega tanto como me espanta; reflexionad y veamos...

—Señora, no tengo necesidad de reflexionar; veo ya.

—¿Qué veis?

—Veo que el duque de Buckingham no abandona a mi esposa. Se atreve a hacerle regalos, y ella a aceptarlos. Ayer hablaba de bolsitas de violeta, y bien lo sabéis vos, señora, que tantas veces las habéis pedido sin obtenerlas, ya que nuestros perfumistas franceses jamás han podi-

do encontrar este olor. Pues bien, el duque llevaba también una bolsita de violetas. Lo cual prueba que la de mi mujer procedía de él.

--Realmente, caballero --dijo Ana de Austria--, edificáis pirámides sobre puntas de aguja. ¿Qué mal, os pregunto, hay en que un compatriota dé a la princesa una fórmula de nuevas esencias? Esas singulares ideas, os lo juro, me hacen recordar dolorosamente a vuestro padre, que tantas veces me ha hecho sufrir injustamente.

--El padre del duque de Buckingham era más reservado, más respetuoso que su hijo --dijo aturdidamente Felipe, sin ver que atacaba rudamente el corazón de su madre.

La reina palideció y apoyó su mano sobre el pecho, pero se repuso prontamente.

--En fin --le dijo--: ¿habéis venido aquí con alguna intención?

--Sin duda.

--Entonces, explicaos.

--He venido, señora, con intención de quejarme enérgicamente, y para preveniros que no sufriré nada de parte del duque de Buckingham.

--¿Que no sufriréis nada? ¿Qué haréis?

--Me quejaré a Su Majestad.

--¿Y qué queréis que el rey os responda?

--Pues bien --dijo Monsieur con expresión de feroz firmeza, en extraño contraste con la acostumbrada dulzura de su fisonomía--, yo mismo me haré justicia.

--¿Qué queréis decir con que os haréis justicia? --preguntó Ana de Austria con cierto calorío.

--Quiero que el duque dé Buckingham abandone a Madame; quiero que el duque de Buckingham abandone Francia, y le haré significar mi voluntad.

—No haréis nada de eso, Felipe —dijo la reina—; porque si obraseis así, si hasta tal punto violaseis la hospitalidad, invocaríais contra vos la severidad del rey.

—¡Me amenazáis, madre! —exclamó Felipe desconsolado—. ¡Me amenazáis cuando me lamento!

—No, no os amenazo; pongo un dique a vuestros furores. Os digo que adoptar contra el duque de Buckingham u otro inglés cualquiera una medida rigurosa, y hasta usar una conducta poco delicada, es arrastrar a Francia y a Inglaterra a divisiones muy dolorosas. ¡Cómo! ¿Un príncipe, el hermano del rey, de Francia, no sabría disimular una ofensa, aunque fuese real, ante una necesidad política?

Felipe hizo un movimiento.

—Además —continuó la reina—, la injuria no es ni verdadera ni posible. Trátase sólo de ridículos celos.

--Señora; yo sé lo que sé.

--Y yo, sea lo que sea, os aconsejo la paciencia.

--No tengo paciencia, señora. La reina se levantó entonces, llena de frialdad y de helada ceremonia.

--Entonces, manifestad vuestra voluntad --le dijo.

--No tengo voluntad, señora; expreso sólo deseos. Si por su propia voluntad el duque--de Buckingham no se aleja de mi casa; le prohibiré la entrada.

--Esa es una cuestión de la que hablaremos al rey --dijo Ana de Austria, con la voz conmovida y el corazón lleno de pesar.

--¡Pero, señora! --murmuró Felipe, golpeándose una y otra mano--. Sed mi madre y no la reina, puesto que os hablo como hijo; entre el

duque de Buckingham y yo, es negocio de cuatro minutos de conversación.

—Pues precisamente esa conversación es la que os prohíbo; caballero —dijo la reina —recobrando su tono de autoridad—; no es digno de vos.

—Pues bien, sea. No se lo diré; mas intimaré mi voluntad a la princesa.

¡Oh!—dijo Ana de Austria con la melancolía de los recuerdos—. No tiranicéis a una mujer amás; no mandéis demasiado imperativamente a la vuestra. Mujer vencida, no es siempre esposa convencida.

— ¿Qué debo hacer entonces?... Consultaré en derredor de mí.

—Sí, a vuestros hipócritas consejeros; a vuestro caballero de Lorena, a vuestro Wardes... Dejadme el cuidado de éste asunto, Felipe. ¿Deseáis que el duque de Buckingham se aleje?

--Cuanto antes, señora.

--¡Pues bien, enviadme al duque, hijo mío! Sonreídle; no manifestéis nada a vuestra esposa, al rey, a nadie. No recibáis consejos sino de mí. ¡Ay! Sé lo que es un matrimonio turbado por consejeros.

-- Obedeceré, madre mía.

--Y quedaréis satisfecho, Felipe. Buscadme al duque.

--¡Oh! No será nada difícil.

-- ¿Dónde suponéis que estará?

--¡Pardiez! A la puerta de la princesa, cuya salida del tocador espera; está fuera de duda.

-- ¡Bien! --dijo Ana de Austria tranquilamente--. Tened la bondad de decir al duque que le ruego venga a verme.

Felipe besó la mano de su madre, y partió en busca del duque de Buckingham.

XCI

“FOR EVER!”

Milord Buckingham, accediendo a la invitación de la reina madre, se presentó en se cuarto una media hora después de la salida del duque de Orleáns.

Cuando el ujier dijo su nombre, la reina, que se había acodado sobre la mesa; la cabeza entre las manos, se levantó y recibió con una sonrisa el saludo lleno de gracia que el duque le dirigía.

Ana de Austria era hermosa todavía. Sabido es que a la edad, ya avanzada que tenía en la época a que nos referimos, sus largos cabellos, sus bellas manos, sus encarnados labios, eran la admiración de cuantos la veían.

En aquel momento, entregada toda a un recuerdo que removía lo pasado en su corazón,

estaba tan bella como en los días de su juventud, cuando su palacio se abría para recibir, joven y apasionado, al padre de aquel Buckingham, aquel desgraciado por ella, y que había muerto pronunciando su nombre.

Ana de Austria, fijó, por tanto, sobre Buckingham una ojeada tan tierna que se descubría a la vez en ella la complacencia de un afecto maternal, y algo dulce como una coquetería de amante.

—¿Vuestra Majestad —dijo Buckingham con respeto— ha deseado hablarme?

—Sí, duque —contestó la reina en inglés—, dadme el gusto de sentaros.

Este favor que hacía Ana de Austria al joven, ésta caricia del idioma del país de la que el duque estaba privado desde su permanencia en Francia, conmovieron hondamente su alma.

Adivinó al instante que la reina tenía algo que pedirle. Después de haber concedido los prime-

ros momentos a la opresión invencible que había sentido, la reina prosiguió en tono risueño:

-- Caballero --le dijo en francés--, ¿qué os parece Francia?.

--Un encantador país, Señora --contestó el duque.

--¿Lo habíais ya visto?

--Una vez; señora.

--Mas, como todo buen inglés, preferiréis Inglaterra

--Amo más mi patria que la patria de un "francés --respondió el duque--; pero si Vuestra Majestad me pregunta cuál de las dos Cortes prefiero, Londres o París, contestaré que París.

Ana de Austria observó el tono lleno de calor con que estas palabras fueron pronunciadas.

--Tenéis, me han dicho, milord, muchos bienes en vuestra patria; habitáis un palacio rico y antiguo...

--El palacin de mi padre --respondió Buckingham bajando los ojos.

-- Ventajas valiosas y recuerdos son éstos -- repuso la reina tocando a su pesar la cuerda de sus memorias-- que uno no abandona gustoso.

--En efecto --dijo el duque experimentando la influencia triste de este preámbulo--; las personas de corazón viven tanto del pasado como del presente, señora.

--Es cierto --dijo la reina en voz baja.

-- Resulta de aquí --añadió --que vos, milord, que sois hombre de corazón.. . abandonáis pronto a Francia para encerraros en vuestras riquezas, en vuestras reliquias.

Buckingham alzó la cabeza.

--No lo creo, señora.

-- ¿Cómo?

-- Pienso, por el contrario, que dejaré a Inglaterra para venir a vivir a Francia.

Llegó la vez a Ana de Austria de manifestar su extrañeza.

--¡Cómo! --le dijo--. ¿No estáis en favor con el nuevo rey?

--Al contrario, señora, Su Majestad me honra con una benevolencia sin límites.

--No es posible que vuestra fortuna haya disminuido; dicen que es considerable.

--Mi fortuna, señora, no ha estado nunca tan floreciente.

-- Necesario es, entonces, que haya algún secreto.

--No, señora --dijo vivamente Buckingham--; nada hay en la causa de mi determinación que sea un secreto. Me place vivir en Francia; me agrada una Corte llena de gusto y amabili-

dad; me agradan, por fin, señora, esos placeres un poco serios que no son los de mi país y que se encuentran en Francia.

Ana de Austria se sonrió.

—¡Los placeres serios! —le dijo—. ¿Habéis reflexionado bien, milord de Buckingham, sobre esa seriedad?

El duque tartamudeó.

—No hay placer tan serio —continuó la reina—, que deba impedir a un hombre de vuestro rango...

— Señora, Vuestra Majestad insiste a mi parecer demasiado respecto a este punto.

—¿Lo creéis?

—Es la segunda vez, perdone Vuestra Majestad, que elogia los atractivos de Inglaterra a expensas del encanto que se siente viviendo en Francia.

Ana de Austria se aproximó al joven, y, apoyando su bella mano sobre su hombro, que se estremeció al contacto:

—Caballero —le dijo—, creedme; nada vale tanto como vivir en la tierra natal. Me ha sucedido a mí muchas veces echar de menos mi España. He vivido largo tiempo, milord, demasiado tal vez para una mujer, y os confieso que no ha pasado año sin echar de menos a España.

— ¡Ni un año, señora! —dijo fríamente el duque—. ¡Ni uno de esos años en vos que erais reina de la belleza, como, por lo demás, lo sois también ahora!

—¡Oh! Nada de lisonjas, duque; soy una mujer que podría ser vuestra madre.

Dijo estas palabras con un acento, con una dulzura; que penetraron en el corazón de Buckingham.

—Sí —le dijo—; podría ser vuestra madre y he aquí porque os doy un buen consejo.

-- ¡El consejo de regresar a Londres!

--Sí, milord.

El duque juntó las manos con aire despavorido, que no podía dejar de producir efecto en aquella mujer, dispuesta a sentimientos tiernos por tiernos recuerdos.

--Es necesario--añadió la reina.

-- ¡Cómo! --exclamó--, me decís seriamente que es preciso que parta, que es preciso que me destierre, que es precisó que me salve!

-- ¿Que os desterréis habéis dicho? ¡Ah, milord! Creeríase que Francia es vuestra patria.

Señora, el país de las personas que aman es el país de aquellas a quienes aman.

--Ni una palabra más, milord --dijo la reina--. ¿Olvidáis con quién habláis?

Buckingham hincóse de rodillas.

-- Señora, señora, sois un manantial de talento, de bondad, de clemencia; señora, no sois sólo la primera de este reino por el rango, sois la primera del mundo por las cualidades que os hacen divina; nada he dicho, señora. ¿He dicho, acaso algo por lo cual pudieseis responderme una palabra tan cruel? ¿Acaso me he traicionado?

--Os habéis traicionado --murmuró la reina.

--¡No he dicho nada! ¡No sé nada!

--Olvidáis que habéis hablado, pensado ante una mujer, y además...

--Además --la interrumpió vivamente--, sólo vos me oíais.

--Duque, tenéis los defectos y las cualidades de la juventud..

--¡Me han vendido! ¡Me han denunciado!

--¿Quién?

--Lo que ya en el Havre había, con satánica perspicacia, leído en mi corazón.

--¡No sé de quién queréis hablar!

--Del señor de Bragelonne, por ejemplo.

--Es un nombre que conozco sin conocer al que lo lleva. No, el señor de Bragelonne no ha dicho nada.

--¿Entonces, quién? ¡Oh! Señora, si alguno hubiera tenido la audacia de ver en mí lo que yo mismo no quiero ver...

-- ¿Qué haríais, duque?

--Hay secretos que matan a quienes los descubren.

--El que ha encontrado vuestro secreto, loco como sois, no está muerto aún; y puedo deciros, además, que no le mataréis, pues se halla armado de todos los derechos: es un marido, es un celoso, es el segundo gentilhombre de Francia, es mi hijo el duque de Orleáns.

El duque palideció.

-- ¡Cuán cruel sois, señora!

--Heos ahí, Buckingham --dijo Ana de Austria con melancolía--, pasando por todos los extremos y combatiendo sombras, cuando tan fácil os sería estar en paz con vos , ¡id sino!

--Si, peleamos, señora, moriremos en el campo de batalla --repuso dulcemente el joven, abandonándose al más doloroso abatimiento.

Ana corrió hacia él, y le cogió la mano.

-- Villiers --le dijo en inglés con una vehemencia a la cual nadie hubiera podido resistir-- , ¿qué me pedís? ¡A una madre que sacrifique su hijo, a una reina que consienta en el deshonor de su casa! ¡Sois un niño y no pensáis lo que decís! ¡Cómo! Para evitaros una lágrima, ¿habría de cometer estos dos crímenes, Villiers? Habláis de los muertos; los muertos, al menos, fueron respetuosos y sumisos; los muertos inclinábanse ante una orden de destierro; lleva-

ban su desesperación como un tesoro en su pecho, porque la desesperación veía de la mujer amada; porque la muerte, tan engañosa, era como un don, como un favor.

Buckingham se levantó con las facciones alteradas y las manos sobre el corazón.

--Tenéis razón, señora --dijo--; pero esos de quienes habláis recibieron la orden de destierro de una boca amada; no se les arrojaba; se les rogaba partir, mas no se mofaban de ellos.

--¡No, se acordaban! --murmuró Ana de Austria--. ¿Pero quién os dice que se os expulsa, que se os destierre? ¿Quién os dice que no se acuerdan de vuestro sacrificio? ¡No hablo por nadie, Villiers, hablo en mi nombre, partid! Hacedme este servicio, prestadme, este favor, que deba esto a uno que lleve vuestro nombre.

--¿Entonces es por vos, señora?

--Por mí sola.

--¿Y no habrá detrás de mí ningún hombre que se burle, ningún príncipe que diga: ¡lo he querido!

--Duque oídmme.

Y aquí la figura augusta de la vieja reina adquirió solemne expresión.

--Os aseguro que nadie sino yo manda aquí, os juro que no sólo nadie se mofará, sino que nadie faltará al deber que vuestro rango impone. Contad conmigo, duque, como no yo he contado con vos.

--No os explicáis, señora; estoy desesperado, y por dulce y completo que el consuelo sea, no me parecerá suficiente.

--Amigo, ¿habéis conocido a vuestra madre?  
--replicó la reina con acariciadora sonrisa.

-- ¡Oh! Bien poco, señora; mas recuerdo que aquella noble señora me cubría de besos y de lágrimas cuando yo lloraba.

--Villiers --murmuró la reina pasando su brazo por el cuello del joven--: soy una madre para vos, y, no lo dudéis; nadie jamás hará llorar a mi hijo.

-- ¡Gracias, señora, gracias! --dijo el duque enternecido y ahogado por la emoción--, Siento que había aún lugar en mi corazón para un sentimiento más grato, más noble que el amor.

La reina madre lo miró y estrecho su mano.

--Idos --dijo.

--¿Cuándo es necesario que parta? ¡Ordenad!

--Tomaos el tiempo conveniente, milord --contestó la reina--; partid, pero elegid el día... Así; en vez de partir hoy, como lo desearíais sin duda, o mañana, como sería de esperar, partid pasado mañana por la noche; sólo que debéis anunciar desde hoy vuestra voluntad.

-- Mi voluntad --murmuro-- el joven.

--Sí; duque.

— ¿Y. . no volveré jamás a Francia?

Ana, de Austria reflexionó un momento, y se absorbió en la dolorosa gravedad de esta meditación.

—Me será grato —le dijo— que volváis el día en que vaya a dormir eternamente en Saint Denis cerca del rey mi esposo.

—¡Que tanto os hizo sufrir! —dijo Buckingham.

—Fuera el rey de Francia —replicó la reina.

— Señora, sois muy bondadosa, entráis en la prosperidad, nadáis en alegría; os están prometidos largos años.

—Pues bien, vendréis tarde entonces —murmuró la reina queriendo sonreír.

—No volveré —dijo tristemente Buckingham— yo que soy joven. — ¡Oh! Gracias a Dios... La muerte, señora, no cuenta los años; es

imparcial: se muere aun siendo joven, se vive aun siendo viejo.

— Duque, nada de ideas tristes; voy a alegraros. ¡Venid dentro de dos años! Veo sobre vuestro rostro encantador que las ideas que se os hacen tan lúgubres hoy día, serán ideas decrépitas antes de seis meses, por consiguiente, habrán muerto o estarán olvidadas en el plazo que os señalo.

—Creo que me juzgabais mejor no ha mucho, señora —replicó el joven—, cuándo decíais que en nosotros, los Buckingham, el tiempo nada puede.

——¡Silencio! ¡Oh, silencio! —exclamó la reina abrazando al duque con una ternura que no pudo reprimir—: ¡Marchad! ¡Marchad, ¡No ¡No me enternezcáis, no os olvidéis! Soy la reina, y vos súbdito del rey de Inglaterra; el rey Carlos os aguarda. ¡Adiós, Villiers! Farewell, Villiers!

—For ever! —replicó el joven.

Y huyó devorando sus lágrimas. Ana apoyó las manos sobre su frente; después; mirándose al espejo:

--Es muy fácil decir --murmuró-- la mujer es siempre joven; siempre se tiene veinte años en algún rincón del corazón.

## XCII

DONDE SU MAJESTAD LUIS XIV NO ENCUENTRA A LA SEÑORITA DE LA VALLIÈRE NI BASTANTE RICA, NI BASTANTE BONITA PARA UN GENTILHOMBRE DE LA CATEGORÍA DE RAÚL

Raúl y el conde de la Fère llegaron a París la noche del mismo día en que Buckingham había tenido su conferencia con la reina madre.

Apenas hubo llegado, el conde hizo pedir, por medio de Raúl, una audiencia al rey.

El rey había pasado una parte del día en mirar, con Madame y las damas de la Corte, telas de Lyon que quería regalar a su cuñada. Había habido después comida en Palacio, juego, y, según la costumbre, el rey, abandonando el juego a las ocho, había pasado a su gabinete, para trabajar con Colbert y Fouquet.

Raúl permanecía en la antecámara en el momento en que salieron los dos ministros, y el rey lo divisó por la puerta entreabierta.

—¿Qué quiere el señor de Bragelonne? —preguntó...

El joven se acercó.

—Majestad —respondió—, una audiencia para el conde de la Fère; que llega de Blois con gran deseo de hablaros.

—Dispongo de una hora antes del juego y de la cena —dijo el rey—. ¿Esta ahí el conde?

--Se encuentra abajo, a las órdenes de Vuestra Majestad.

--Que suba.

Acogido por el monarca con esa graciosa benevolencia que Luis, con un tacto superior a su edad, reservaba para hacerse con los hombres que no se conquistan con ordinarios favores.

--Conde --le dijo el soberano--, dejadme esperar que venís a pedirme algo.

--No lo ocultaré a Vuestra Majestad --contestó el conde--; vengo, en efecto, a solicitar.

-- ¡Veamos! --dijo el rey, con aire risueño.

-- No es para mí, Majestad.

--Tanto peor; pero, en fin, por vuestro recomendado, conde, haré lo que me impedís hacer por vos.

--Vuestra Majestad me consuela... Vengo a hablar al rey por el vizconde de Bragelonne.

-- Conde, es como si hablaseis por vos.

--No del todo, Majestad... Lo que deseo alcanzar de vos no lo puedo por mí mismo. El vizconde piensa en casarse.

-- Aun es muy joven, mas no importa... Es hombre distinguido, y quiero buscarle mujer.

--La ha encontrado ya, Majestad, y sólo quiere vuestro consentimiento.

-- ¡Ah! ¿Sólo se trata de firmar un contrato de matrimonio?

Athos se inclinó.

--¿Ha elegido novia rica y de calidad?

Athos dudó por un momento.

--La novia es señorita ---contestó---; .pero no rica.

--Es un mal que veremos de remediar.

--Vuestra Majestad me penetra de gratitud; sin embargo, me permitirá hacerle una observación. Hacedla, conde.

--¿Vuestra Majestad parece anunciar el deseo de dotar a esta joven?

--Así es.

--¿Y mi visita al Louvre tendría este resultado?

--Lo sentiría mucho, Majestad.

--A un lado exagerada delicadeza, conde. ¿Cómo se llama la prometida?

--Es --dijo Athos con frialdad-- la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière.

-- ¡Ah! --murmuró el rey repasando su memoria--. Conozco ese nombre; un marqués de La Vallière.

-- Señor, es su hija.

--¿Murió?

--Murió, Majestad.

--¿Y la viuda ha vuelto a casarse con el señor de Saint-Remy, maestresala de la marquesa de Orleáns, viuda?

--Vuestra Majestad está bien informado.

--¡Sí, ésa es!...

-- Hay más: la joven ha entrado como camarista de Madame.

--Vuestra Majestad sabe mejor , que yo toda su historia.

El rey reflexionó aún, y mirando a hurtadillas el semblante asaz triste de Athos:

--Conde --le dijo--, creo que esa señorita no es bastante linda..

--No lo sé --contestó Athos.

--Yo la he mirado; no me ha impresionado.

--Tiene cierto aire de dulzura y de modestia; pero escasa belleza, Majestad.

--De bellos cabellos rubios, sin embargo.

--Creo que sí.

--Y ojos azules bastante bellos.

--Es la misma.

--Por consiguiente, bajo el aspecto de la hermosura, el partido, es nada más que regular. Pasemos al dinero.

--De quince a veinte mil libras de dote, a lo más, Majestad; mas los amantes son desinteresados; yo mismo hago poco caso del dinero.

--De lo superfluo, queréis decir; pero lo necesario es urgente. Con quince mil libras de dote, sin patrimonio, una mujer no puede presentarse en la Corte. Supliremos esa falta: deseo hacerlo por Bragelonne.

Athos se inclinó.

El rey observó nuevamente su frialdad.

—Pasemos del dinero a la clase —dijo Luis XIV—. Hija del marqués de La Vallière, está bien: pero tenemos a ese bueno de Saint Remy, que echa a perder un poco el blasón ... Y vos, conde, creo que teneis en gran estima el vuestro.

—Yo, Majestad, no tengo en aprecio ya nada, sino mi adhesión al rey.

—Oíd, señor —dijo—; me sorprendéis mucho desde el principio de vuestra conversación. Venís a hacerme una petición de casamiento y no parece sino que tal petición os aflige. ¡Oh! Raras veces me engaño, aunque soy joven, porque con los unos pongo mi amistad al servicio de mi inteligencia y con los otros mi desconfianza, que doblada perspicacia. . Os lo repito, no me hacéis con gusto esa petición.

—Pues bien, Majestad, es cierto.

— Entonces, no os comprendo; negaos.

—No, Majestad; amo a Bragelonne con todo mi corazón; está apasionado de la señorita de La Vallière, y se forja un paraíso en el porvenir; no soy de dos que desean destrozar las ilusiones de la juventud. Este matrimonio me desagrade, pero suplico a Vuestra Majestad que acceda a él cuanto antes, haciendo así la dicha de Raúl.

— Veamos, veamos; conde. ¿Le ama ella?

—Si Vuestra Majestad quiere que le diga la verdad, no creo en el amor de la señorita de La Vallière; es joven; casi una niña, y está como hechizada; el placer de ver la Corte, el honor de estar al servicio de Madame, equilibrarán en su cabeza la ternura que pueda tener en su pecho: será, por tanto, un enlace como Vuestra Majestad ve tantos otros en la Corte: pero Bragelonne lo quiere, y así sea.

—¿No os parecéis, sin embargo, a esos padres condescendientes que se hacen esclavos de sus hijos? —dijo el rey.

--Majestad, tengo firmeza contra los malos, mas no contra las personas de corazón. Raúl sufre y está triste: su espíritu, despejado por lo común, está como obstruido y sombrío; no quiero privar a Vuestra Majestad de los servicios que pueda prestarle.

--Os comprendo --dijo el rey--, y comprendo, sobre todo, vuestro corazón.

--Entonces --contestó el conde--, no tengo necesidad de decir a Vuestra Majestad que mi objeto es hacer la felicidad de esos jóvenes, o, por mejor decir, de ese hijo.

--Y yo quiero, como vos, la felicidad de Bragelonne.

--Sólo espero, Majestad, vuestra firma. Raúl tendrá el honor de presentarse ante Vuestra Majestad, y recibirá vuestro consentimiento.

--Os engaños, conde --dijo el rey con firmeza--; acabo de decir que quiero la dicha del

vizconde, por eso me opongo ahora a su matrimonio.

—Pero —replicó Athos—; Vuestra Majestad me ha prometido...

—No eso, conde; no os lo he prometido, porque es opuesto a mis miras.

—Comprendo todo lo que hay para mí de noble y generoso en la iniciativa de Vuestra Majestad; pero me tomo la libertad de recordar que he aceptado el compromiso de venir como embajador.

—Un embajador, conde, pide muchas veces y no obtiene siempre.

—¡Ah, Majestad!. ¡Qué golpe para Bragelonne!...

—Yo daré el golpe, yo hablaré al vizconde.

—El amor, Majestad, es una fuerza irresistible.

—Se resiste al amor; os lo certifico, conde.

— Cuando se tiene alma de rey, vuestra alma, Majestad.

—No os inquietéis por eso... Tengo mis proyectos sobre Bragelonne; no digo que no se case con la señorita de La Vallière; pero no quiero que lo haga tan joven; no quiero que se case antes de que ella haya hecho fortuna y de que él, por su parte, merezca mis beneficios, tales como quiero hacerlos. En una palabra, conde, quiero que espere.

—Majestad, por última vez.

—Señor conde, ¿habéis venido, decíais, a pedirme un favor?

— Ciertamente.

— Pues bien; concededme vos uno: no hablemos más de esto. Es posible que antes de mucho tiempo haga la guerra, y tengo precisión de caballeros libres en rededor mío. Vacilaría en enviar contra las balas y el cañón a un hombre casado, a un padre de familia; vacilaría tam-

bién, por Bragelonne, en dotar, sin mayor razón, a una joven desconocida; esto sembraría la envidia en mi nobleza.

Athos se inclinó y no contestó.

-- ¿Es esto todo lo que teníais que r pedirme?

--añadió Luis XIV.

-- Absolutamente todo, Majestad, y me despedido. ¿Es preciso quedé cuenta a Raúl?

-- Evitaoos ese cuidado, ahorraos esa contrariedad. Decid al vizconde que mañana, en la audiencia, le hablaré; en cuanto a esta noche, conde, jugaréis conmigo.

--Estoy en traje de viaje, Majestad.

--Día, llegará, lo espero, en que no os apartéis de mi lado. Antes de mucho, conde, la monarquía veráse cimentada de modo que ofrezca hospitalidad digna a todos los hombres de vuestro mérito.

-- Majestad, con tal de que un rey sea grande en el corazón de sus súbditos, poco importa el palacio que habite, ya que es adorado en un templo.

Y dichas estas palabras, Athos salió del gabinete y halló a Bragelonne que le esperaba.

--¿Qué hay, señor? --dijo el joven.

--Raúl, el rey es muy bondadoso con nosotros, tal vez no en el sentido que creéis, pero es bueno y generoso con nuestra casa.

--Señor, tenéis una mala noticia que darme --añadió el joven vizconde palideciendo.

--El rey os dirá mañana que no es una mala noticia.

--¡Pero, al fin, señor, el rey no ha firmado!

--El rey quiere extender, vuestro contrato, Raúl, por sí mismo, y quiere hacerlo tan grande, que le falta tiempo para ello. Quejaos de vues-

tra impaciencia, mas no de la buena voluntad del rey.

Raúl, asustado, porque conocía la franqueza del conde, y al mismo tiempo su habilidad, permaneció sumido en sombrío estupor.

— ¿No me acompañáis a casa? —dijole Athos.

—Perdonadme, señor, os sigo —tartamudeó.

Y bajó las escaleras detrás de Athos.

—¡Oh! Pero, ya que estoy aquí —dijo éste de pronto—, ¿no podría ver a Artagnan?

— ¿Queréis que os conduzca a su cuarto? —dijo Bragelonne.

—Claro que sí.

—Entonces, vamos por la otra escalera.

Y cambiaron de dirección; mas, llegados a la gran galería, Raúl divisó a un criado con librea del conde de Guiche, que corrió hacia él tan luego como oyó su voz.

—¿Qué hay? —dijo Raúl. —Este billete; señor. El conde ha sabido que habíais vuelto y os ha escrito.

Raúl se acercó a Athos para abrir la epístola.

— ¿Me lo permitís, señor?

“Querido Raúl —decía el conde de Guiche—: tengo un asunto importante que tratar con vos sin dilación; sé que habéis llegado; venid pronto.”

Acababa apenas de leer, cuando, desembocando de la galería, otro criado con librea de Buckingham, reconociendo a Raúl, se aproximó a él respetuosamente.

De parte de milord duque —dijo.

— ¡Hola! —exclamó Athos—. Veo, Raúl, que tenéis ya que hacer tanto como un general en jefe; os dejo, pues yo solo buscaré al señor de Artagnan.

— Dignaos excusarme, os lo suplico —dijo Raúl.

——Sí, sí, os excuso; adiós, Raúl. Me encontraréis en casa hasta mañana; al amanecer partiré para Blois, a menos de que haya contraorden.

—Señor, mañana os ofreceré mis respetos.

Athos partió.

Raúl abrió la epístola de Buckingham.

“Señor de Bragelonne —decía el duque—: sois de todos los franceses que he visto el que más me agrada; voy a tener necesidad de vuestra amistad. Me llega cierto mensaje escrito en correcto francés. Soy inglés, y temo no comprender bien. La carta está firmada por un buen nombre, he aquí todo lo que sé. ¿Seríais bastante amable para venir a visitarme pues sé que habéis regresado de Blois?

“Vuestro apasionado,

VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM.”

--Voy a ver a tu amo --dijo Raúl al sirviente de Guiche, despidiéndole--. Y dentro de una hora estaré en casa de lord de Buckingham --añadió, despidiéndose del mensajero del duque.

### XCIII

## MULTITUD DE ESTOCADAS EN EL VACÍO

Raúl encontró a Guiche conversando con Wardes y Manicamp. Wardes, después de la aventura pasada; trataba a Raúl como a un desconocido.

Hubiérase dicho que nada había pasado entre ellos y demostraban no conocerse.

Raúl entró, y Guiche le salió al encuentro.

Al estrechar Raúl la mano de su amigo, dirigió una mirada rápida a los dos jóvenes; espe-

raba leer en el rostro lo que se agitaba en su ánimo. Wardes estaba impenetrable.

Manicamp parecía absorto en la contemplación de un adorno de su traje.

Guiche condujo a Raúl a un gabinete inmediato y le hizo sentar. ¡Qué buena cara tienes! —murmuró.

—Pues, es raro —respondió Raúl —porque estoy muy poco alegre. Te pasa lo que a mí, ¿verdad? Mal va el amor.

—Me alegro, conde, la peor noticia, la que más pudiera apenarme, sería una buena noticia.

Entonces no te aflijas, porque no sólo soy muy desdichado, sino que también veo gentes felices en derredor mío.

—He aquí una cosa que no comprendo— respondió Raúl—; explícate, amigo.

—Verás. En vano he combatido el sentimiento que tú has visto nacer, crecer y apoderarse de

mí; a un tiempo he apelado a todos los buenos consejos y a toda mi fuerza; he considerado bien la desgracia en que me comprometía, la he sondeado, y se que es un abismo; pero no importa, seguiré mi camino.

--¡Insensato! No puedes dar un paso más sin querer hoy la ruina, mañana la muerte.

-- ¡Suceda lo que quiera!

--¡Guiche!

--Todas las reflexiones están ya hechas.

--¡Oh! ¿Crees lograr... crees que te amaré Madame?

--Yo no creo nada, espero, porque la esperanza está en el hombre, y vive hasta la tumba.

--Admito que alcances esa felicidad que esperas; en ese caso, estás más seguramente perdido que si no la tienes.

--Te ruego que no me interrumpas Raúl; tú no me has de convencer, porque te digo de an-

temano que no quiero ser convencido. De tal modo he avanzado, que ya no puedo retroceder; tanto he sufrido, que la muerte me parecería un beneficio. No sólo estoy enamorado hasta el delirio, sino también celoso hasta el furor.

Raúl hizo un movimiento de ira, diciendo:

— ¡Bien!

—Bien o mal, poco importa. Mira lo que reclamo de ti, de mi amigo, de mi hermano. Tres días hace que Madame anda embriagada en fiestas. El primero no me atreví a mirarla, pues la odiaba porque no era tan infeliz como yo. Al día siguiente ya no pude perderla de vista, y, por su parte . . . , me parece . . . que me miró, si no con algo de piedad, al menos con alguna dulzura. Pero entre sus miradas y las mías viene a interponerse una sombra; la sonrisa de otro provoca la suya. Al lado de su caballo galopa constantemente otro que no es el mío; en su oído vibra incesantemente una voz cariñosa que no es la mía. Raúl, hace tres días que mi

cabeza arde y que corre fuego por mis venas. Es necesario que yo deshaga esa sombra, que apague esa sonrisa, que sofoque esa voz.

--¿Quieres matar a , Monsieur? --exclamó Raúl.

--¡Ah, no! No estoy celoso de Monsieur; no estoy celoso del marido; estoy celoso del amante.

-- ¡Del amante!

--¿Pero no lo has notado, tú que eres tan penetrante?

--¿Estás celoso de milord Buckingham?

-- ¡Hasta morir! ¡Oh! Esta vez la cosa será fácil de arreglar entre nosotros; tengo la delantera, y le he enviado un billete.

-- ¿Eres tú quien le ha escrito? ¿Cómo lo sabes?

--Porque él me lo ha hecho saber. Mira.

Y dio a Guiche la carta recibida casi al mismo tiempo que la suya. Guiche la leyó con avidez, y dijo:

--Es un hombre intrépido y, sobre todo, galante.

--Ciertamente que el duque es un hombre galante; por supuesto que tú le habrás escrito en tan buenos términos.

--Te enseñaré mi epístola cuando vayas a verlo de mi parte. Pero eso es casi imposible.

-- ¿Qué

--Que yo vaya a verlo.

--¿Cómo?

--El duque me consulta y tú también.

-- ¡Oh! Creo que me darás la preferencia. Oye lo que te suplico digas a Su Gracia... Es muy sencillo... Uno de estos días, mañana, pasado, cuando le convenga, quiero, encontrarlo en Vincennes.

--Reflexiona.

--Me parece haberte dicho que ya están hechas las reflexiones.

--El duque es extranjero; tiene una misión que lo hace inviolable... y Vincennes se halla muy cerca de la Bastilla.

--Las consecuencias serán para mí..

--Mas... ¿y la razón de ese encuentro?

-- ¿Qué razón quieres que le dé?

--El no te la preguntará; está tranquilo... El duque debe hallarse tan cansado de mí como yo de él, y debe odiarme tanto como yo le odio. Te suplico, pues, que vayas a verle, y, si es necesario que yo le suplique para que acepte mi proposición, le suplicaré.

--Es inútil... El duque me ha prevenido que quería hablarme... Ahora estará jugando con el rey... Vamos allá los dos. Yo lo llamaré a la ga-

lería; tú estarás apartado y bastarán dos palabras.

—Está bien. Voy a llevarme a Wardes a fin de que me sirva de continencia.

— ¿Y por qué no a Manicamp? Wardes se reunirá a nosotros, aunque lo dejemos aquí.

—Es verdad.

— ¿No sabe nada?

— ¡Oh! Nada absolutamente. ¿Conque seguís indispuerto?

—¿No te ha dicho nada?

—No.

— No me gusta ese hombre, y, como jamás me ha gustado, resulta de esta antipatía que no estoy ahora más frío con él que lo estaba ayer.

—Vamos, pues.

Los cuatro bajaron y fueron conducidos en la carroza de Guiche al Palacio Real.

Durante el camino pensaba Raúl que, siendo el único depositario de ambos secretos, podría concluir una conciliación entre las dos partes.

Sabía que era influyente con Buckingham, y conocía su ascendiente sobre Guiche; de modo que no le parecían desesperadas las cosas.

Al llegar a la resplandeciente galería, donde las mujeres más hermosas e ilustres de la Corte agitábanse como astros en su atmósfera de llamas, Raúl no pudo menos de olvidarse un instante de Guiche para mirar a Luisa, que en medio de sus compañeras; , semejante a una paloma fascinada, devoraba con los ojos el regio círculo, deslumbrante de oro y pedrería.

Los hombres permanecían de pie; sólo el rey estaba sentado. Raúl distinguió a Buckingham. Estaba a diez pasos de Monsieur, en un grupo de franceses y de ingleses, que admiraban el

aire arrogante de su persona y la incomparable magnificencia de sus vestidos. Algunos de los viejos cortesanos acordábanse de haber visto a su padre, y este recuerdo no cedía en perjuicio del hijo.

Buckingham charlaba con Fouquet. Fouquet le hablaba en voz alta de Belle Isle.

—No puedo acercarme a él en este instante —dijo Raúl. Aprovecha la primera ocasión y acaba pronto.

—Mira, aquí está nuestro salvador —dijo Raúl apercibiendo a Artagnan, que, con su hermoso vestido nuevo de capitán de mosqueteros, acababa de hacer en la galería una entrada de conquistador.

Y se dirigió hacia él.

El conde de la Fére os buscaba, caballero —dijo Raúl.

—Sí —contestó Artagnan—, ahora le dejé.

—Creí haber entendido que debíais pasar con él parte de la noche.

— Tenemos cita para volvernos a ver.

Y al mismo tiempo que contestaba a Raúl, las distraídas miradas de Artagnan vagaban de derecha a izquierda, como quien busca algo.

De pronto quedaron fijos sus ojos, como los del águila que percibe una presa.

Raúl siguió la dirección de aquella mirada, y vio que de Guiche y Artagnan se saludaban; mas no pudo distinguir a quién se dirigía aquella mirada tan curiosa y tan fiera del capitán.

—Señor caballero —dijo Raúl—, sólo vos podéis hacerme un servicio.

—¿Cual, mi querido vizconde?

—Se trata de ir a incomodar al señor de Buckingham, a quien tengo que decir algunas palabras; y como está hablando con el señor de

Fouquet, ya comprenderéis que no soy yo quien puede interrumpir su conversación.

—¡Ah! ¿El señor de Fouquet está ahí? — preguntó Artagnan.

—Miradlo allí.

— ¿Y supones que tengo yo más derechos que tú?

—Sois hombre más considerable...

—¡Ah! Es verdad, soy capitán de los mosqueteros; pero como hace tanto tiempo que me ofrecieron esta plaza y tan poco que la tengo, siempre olvido mi dignidad.

—¿Conque me haréis ese favor?

—¡El señor Fouquet, diablo!

—¿Tenéis algo contra, él?

—No; antes bien sería él quien tuviese algo contra mí; pero, al fin, como será preciso que un día u otro...

--Ahora creo que os mira. ¿O será a otro?

--No; es a mí a quien hace ese honor.

-- Entonces, ésta es la ocasión.

-- ¿Crees?

--¡Vamos, por favor! Voy allá.

Guiche no perdía de vista a Raúl; éste le hizo seña de que todo estaba dispuesto.

Artagnan se fue derecho al grupo y saludó cortésmente a todos.

--Bienvenido, caballero Artagnan. Hablábamos de Belle Isle --dijo el señor Fouquet con esa práctica del mundo y esa ciencia de la mirada que exigen la mitad de la vida para ser aprendidas y a la cual no llegan jamás ciertas gentes a pesar de sus estudios.

--¿De Belle Isle en Mer? ¡Ah!

Artagnan...

--Creo que es vuestra, señor Fouquet.

--Acaba de decirme que la ha regalado a Su Majestad --dijo Buckingham--. Servidor, señor de Artagnan.

-- ¿Conocéis a Belle Isle, caballero? -- preguntó Fouquet al mosquetero.

--Una sola vez he estado --contestó Artagnan con galantería.

--¿Mucho tiempo?

--Un día escaso, monseñor.

--¿Y habéis visto...?

--Todo cuanto se puede ver en un día.

--Un día es mucho para vuestra mirada, caballero.

Artagnan se inclinó.

Al mismo tiempo Raúl hacía señas a Buckingham.

--Señor superintendente --dijo éste--, os dejo al capitán, que entiende más que yo de ba-

luartes, escarpas y contraescarpas, y voy a ver a un amigo que me hace señas. Ya disimularéis...

Buckingham se destacó del grupo y acercóse a Raúl, deteniéndose un instante junto a la mesa en que jugaban la reina madre, la reina y el rey.

—Vamos, Raúl —dijo Guiche—; acaba pronto.

El duque, después de haber cumplimentado a Madame, seguía hacia Raúl.

Estaba de tal manera combinada la maniobra, que el encuentro de los dos jóvenes había de tener lugar entre el grupo del juego y la galería, donde paseaban, charlando, algunos graves caballeros.

Mas, en el momento en que las dos líneas iban a unirse, fueron cortadas por un tercero.

Era Monsieur, que avanzaba hacia el duque de Buckingham. Monsieur llevaba en sus rosados labios la más encantadora sonrisa.

—¡Dios mío! —dijo con afectuosa cortesía—. ¿Qué acaban de decirme, mi querido duque?

Buckingham se volvió pues, no había visto llegar a Monsieur; estremeciéndose y una leve palidez se extendió por sus mejillas.

— Señor —preguntó—, ¿qué han dicho a Vuestra Alteza que tanto le sorprende?

—Una cosa que me desespera —dijo el príncipe—; una cosa que será un duelo para toda la Corte.

—¡Ah! Muy bondadoso es Vuestra Alteza —dijo Buckingham—, porque veo que quiere hablar de mi marcha.

— Justamente.

—¡Ay, señor! Habiendo estado en París cinco o seis días apenas, el duelo será únicamente para mí.

Guiche oyó estas palabras desde el sitio en que estaba, y se estremeció.

--¡Su marcha! --murmuró--. ¿Qué está diciendo?

Felipe continuó en el mismo tono:

--No ignoro que el rey de la Gran Bretaña os llama, caballero; sé que Su Majestad Carlos II no puede pasar sin vos; pero que os perdamos sin sentimiento es cosa que no puede comprenderse; recibid, pues, la expresión de los míos.

-- Señor --dijo el duque--, creed que si yo dejo la Corte de Francia...

--Es porque os llaman, ya lo sé; pero en fin, si creéis que mi deseo sea de algún peso para con el rey, me ofrezco a rogar a Su Majestad Carlos II que os deje con nosotros algún tiempo más.

--Me abruma tanta bondad, señor; pero he recibido órdenes terminantes. Mi permanencia en Francia era limitada, y yo la he prolongado a riesgo de disgustar a mi soberano. Sólo ahora recuerdo que ha cuatro días debí haber marchado.

--¡Oh! --murmuró Monsieur.

--Sí--añadió Buckingham alzando la voz de modo que fuese oída por las princesas--; pero yo me parezco a aquel hombre del Oriente que durante muchos días, estuvo loco por haber tenido un hermoso sueño, y que, una buena mañana, se despertó curado, es decir, razonable. La corte de Francia produce una embriaguez que puede asemejarse a ese sueño; pero al fin despierta uno, y se marcha. No podría, por tanto, prolongar aquí, mi estancia, como Vuestra Alteza tenía a bien pedirme.

--¿Y cuándo partís? --preguntó Felipe, con aire de interés.

--Mañana, señor, hace tres días están listos mis carruajes.

El duque de Orleáns hizo un movimiento de cabeza que significaba:

--Ya que es una resolución tomada, no hay más que hablar.

Buckingham dirigió sus miradas a las reinas, y se encontró con las de Ana de Austria, que le dio las gracias con un gesto...

Monsieur alejóse por donde había venido.

Y al mismo tiempo, por el lado opuesto, se acercaba Guiche.

Raúl temió que el impaciente joven viniera a hacer él mismo la proposición, y se le adelantó.

--No, no, Raúl, todo es inútil ya --dijo Guiche extendiendo sus dos manos al duque y llevándolo detrás de una columna--.. ¡Oh, duque! Perdonadme lo que os he escrito. ¡Estaba loco! ¡Devolvedme mi carta!

--A verdad --replicó el joven duque con melancólica sonrisa--; ya no podéis quererme mal.

--¡Oh! ¡Duque, duque; perdonadme! ... ¡Mi amistad, mi amistad eterna!

Raúl comprendió que su presencia era ya inútil entre los dos jóvenes, y retrocedió tres pasos.

Aquel movimiento lo acercó a Wardes.

Este hablaba de la marcha de Buckingham. Su interlocutor era el caballero de Lorena.

—¡Prudente retirada! —exclamó Wardes.

—¿Por qué?

—Porque ahorra una estocada al querido duque.

Y los dos rompieron a reír. Indignado, Raúl, se volvió con aire desdeñoso.

El caballero de Lorena hizo una pirueta; Wardes permaneció firme, y aguardó.

—Caballero —dijo Raúl a Wardes—, ¿cuándo dejaréis la costumbre de insultar a los ausentes? Ayer era al señor de Artagnan; hoy al de Buckingham.

— Caballero —dijo Wardes—; bien sabéis que a veces insulto también a los presentes.

Se conocía que uno de ellos estaba en la cúspide de su odio, y el otro en el extremo de su paciencia. De pronto oyeron una voz llena de gracia y cortesía decir detrás de ellos:

—Creo que me han nombrado. Se volvieron: era Artagnan, que con rostro risueño, llegaba a posar su mano en el hombro de Wardes. Raúl se apartó un paso para hacer puesto al mosquetero.

Wardes se estremeció y se puso lívido.

—Gracias, mi querido Raúl —dijo Artagnan—. Señor de Wardes, tengo que hablaros; no os alejéis, Raúl, que todo el mundo puede oír lo que he de decir al señor de Wardes.

Luego su sonrisa desapareció, y su mirada hizose fría y cortante como una hoja de acero.

--Estoy a vuestras órdenes, señor --dijo Wardes.

--Caballero --repuso Artagnan--, hace largo tiempo que busco la ocasión de hablar con vos y ahora es cuando la encuentro. En cuanto al lugar, convengo que está mal escogido; mas, si queréis tomaros la molestia de venir hasta mi cuarto, mi cuarto está justamente en la escalera que desemboca en la galería...

--Os sigo, caballero --dijo Wardes.

--¿Estáis solo aquí? --preguntó Artagnan.

--No, estoy con mis amigos, los señores de Manicamp y de Guiche.

--Bien --contestó Artagnan--; pero dos personas es poco; podréis encontrar algunas más, ¿no es cierto?

--Naturalmente --dijo el joven, que no sabía a dónde iba a parar Artagnan--. ¿Cuántas queréis?

-- ¿Amigos?

--Sí, señor. --excelentes amigos.

--Sin duda.

--Pues os suplico hagáis provisión de ellos. Y vos, Raúl, venid . . . Traeros al señor de Guiche y al de Buckingham, si gustáis.

--¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué misterio! --exclamó Wardes ensayando una sonrisa.

El capitán le hizo una seña con la mano, recomendándole paciencia.

-- Yo estoy siempre. impasible: Por consiguiente, os espero, señor.

--Esperadme.

--Entonces, hasta luego.

Y se encaminó hacia su habitación..

La cámara de Artagnan no estaba solitaria; el conde de la Fère esperaba, sentado en el alféizar de una ventana.

--¿Qué hay? --preguntó al verle entrar.

--El señor de Wardes --dijo Artagnan-- se digna concederme el honor de hacerme una visita en compañía de algunos de sus amigos y de los nuestros.

Efectivamente, detrás del mosquetero aparecieron Wardes y Manicamp.

Guiche y Buckingham los seguían, bastante sorprendidos y sin saber qué querían de ellos.

Raúl venía con dos o tres caballeros. Su mirada vagó al entrar por toda la sala hasta que vio al conde, y fue a situarse a su lado.

Artagnan recibió a sus visitantes con toda la cortesía de que era capaz, conservando su fisonomía tranquila y atenta.

Todos los que se encontraban allí eran hombres distinguidos, que ocupaban un puesto en la Corte.

Y cuando hubo dado a cada cual excusas por la incomodidad que les causaba, se volvió hacia Wardes, que, a pesar de su poder sobre sí mismo, no podía impedir que su fisonomía expresase, una sorpresa mezclada de inquietud.

—Caballero —dijo—, ahora que estamos fuera del palacio del rey, ahora que podemos hablar alto sin faltar a los miramientos, voy a deciros por que me he tomado la libertad de suplicaros que pasaseis a mi cuarto, y al mismo tiempo convocar en él a estos señores. Por mi amigo el conde de la Fère he sabido los injuriosos rumores que sembráis con respecto a mí; me han dicho que me teníais por vuestro enemigo mortal, en atención a que lo era, según decís, de vuestro padre.

— Es verdad, señor, que he dicho eso — replicó Wardes, cuya palidez se coloró con una ligera llama.

-- Así, pues, me acusáis de un crimen, de una falta o de una cobardía. Os ruego que fijéis, la acusación.

--¿Delante de testigos, señor?

--Sin duda, delante de testigos, y ya veis que los he escogido expertos en materia de honor.

--No apreciáis mi delicadeza, caballero. Verdad es que os he acusado; pero he guardado el secreto de la acusación. Yo no he entrado en ninguna acusación, limitándome a manifestar mi odio delante de personas que tenían casi un deber de hacéroslo conocer; pero no habéis -tenido en cuenta mi discreción, por más que estuvierais interesado en mi silencio. En esto no veo vuestra prudencia habitual, señor de Artagnan.

Artagnan mordióse las puntas del bigote.

--Caballero --dijo--, ya he tenido el honor de suplicaros que formuléis los agravios que tenéis contra mí.

--¿En voz alta?

--¡Diantre!

--Pues, hablaré.

-- Hablad --dijo Artagnan inclinándose--; todos nos escuchan.

-- Pues bien, no se trata de una ofensa a mí, sino a mi padre.

--Ya lo habéis dicho.

--Sí, pero hay ciertas cosas que se dicen con vacilación.

--Si esa vacilación existe realmente, os ruego que la desechéis.

--¿Aun cuando se trate de una acción vergonzosa?

--En todos, los casos.

Los testigos de esta escena empezaron a mirarse con cierta inquietud; pero se tranquiliza-

ron al ver que el rostro de Artagnan no manifestaba ninguna emoción.

Wardes callaba.

— Hablad —dijo el mosquetero—. Ya veis que estamos esperando.

—Pues oíd: mi padre amaba a una mujer noble, y esta mujer le correspondía.

Artagnan cambió una mirada con Athos.

Wardes prosiguió:

— El señor de Artagnan sorprendió cartas que indicaban una cita, substituyó por medio de un disfraz a quien era esperado, y abusó de la obscuridad.

—Es cierto —dijo Artagnan.

Un ligero murmullo se oyó entre los concurrentes.

—Sí, he cometido esa mala acción, y aun debierais haber añadido, ya que sois tan impar-

cial, que en la época en que pasó el suceso de que me hacéis cargo aún no tenía yo veintiún años.

--No por eso es menos vergonzosa la acción --replicó Wardes-- y la edad de la razón basta a un gentilhombre para no cometer una falta de delicadeza.

Oyóse un nuevo murmullo, pero de sorpresa y casi de duda.

--Efectivamente --dijo Artagnan--, fue una superchería vergonzosa; y no he aguardado que el señor de Wardes me la eche en cara para hacerlo yo mismo, y muy amargamente. La edad me ha hecho más razonable, más probo en todo, y he expiado esa falta con largos arrepenimientos. Mas apelo a vosotros, señores: esto pasaba en 1626, y aquel era un tiempo... felizmente no sabéis esto sino por tradición... era un tiempo en que el amor no era escrupuloso, en que las conciencias no destilaban como hoy el veneno y la mirra. Eramos nosotros soldados

jóvenes, ya batiendo, ya batidos, siempre con la espada desenvainada del todo o a medias; siempre entre cadáveres; la guerra, y el cardenal nos hacían duros. En fin, yo me arrepentí, y aun me arrepiento ahora, señor de Wardes.

—Lo comprendo, pues la acción era digna de arrepentimiento; mas no por eso habéis dejado de causar la pérdida de una mujer. Abrumada por su vergüenza y encorvada bajo el peso de su afrenta, esa mujer huyó, dejó la Francia; y nunca se ha sabido lo que fue de ella...

—¡Oh! —murmuró el conde de la Fère extendiendo el brazo hacia Wardes con siniestra sonrisa—. Sí tal, caballero; la han visto, y aun hoy aquí .. personas que habiendo oído hablar de ella pueden reconocerla por el retrato que voy a hacer. Era una mujer de unos veinticinco años, pálida y rubia, que se había casado en Inglaterra.

— ¿Casada? —dijo Wardes.

-- ¡Ah! ¿Ignorabais que era casada? Ya veis que estamos mejor enterados que vos, señor de Wardes.

-- ¿Sabéis que la llamaban habitualmente Milady, sin añadir ningún nombre a esta calificación?

--Sí, señor; lo sé.

--¡Dios mío! --murmuró Buckingham.

--Pues bien, esa mujer, que venía de Inglaterra, volvió a Inglaterra después de haber conspirado tres veces la muerte del señor de Artagnan. Eso era justicia, ¿no es verdad?... El señor de Artagnan la había insultado. Pero lo que no es justo, es que en Inglaterra conquistase esa mujer, por medio de seducciones, a un joven que estaba al servicio de lord Winter, y que se llamaba Felton. ¿Palidecéis, milord de Buckingham? Vuestros ojos se encienden en cólera y dolor...

--Acabad, pues, la relación, milord, y decid al señor de Wardes quién era esa mujer que puso el cuchillo en la mano del asesino de vuestro padre.

Un grito escapó de todas las bocas. El joven duque pasó un pañuelo por su frente, inundada en sudor.

Reinaba profundo silencio.

--Ya veis, señor de Wardes --dijo Artagnan-- , que mi crimen no es la causa de la pérdida de un alma que ya estaba bien perdida antes de mi arrepentimiento. Ahora sólo me resta pedir os perdón muy humildemente por esa acción vergonzosa, como de cierto se lo hubiera pedido a vuestro padre si viviera todavía, o si le hubiera encontrado a mi regreso a Francia, después de la muerte de Carlos I.

--¡Pero eso es demasiado, señor de Artagnan!  
--exclamaron a un tiempo muchas voces.

—No, señores —replicó el capitán—. Ahora; señor de Wardes, espero que todo habrá concluido entre nosotros, y que no os sucederá otra vez hablar mal de mí. Es asunto concluido, ¿no es verdad?

Wardes se inclinó balbuciente.

También espero —continuó Artagnan acercándose al joven— que ya no hablaréis mal de nadie como por mala costumbre tenéis; por que un hombre tan concienzudo y puritano como vos, que echa en cara una ligereza de joven a un viejo soldado, después de treinta y cinco años, debe contraer el compromiso tácito de no hacer nada contra la conciencia y el honor. Ahora, oíd bien lo que me queda por deciros, señor de Wardes: guardaos de que llegue a mis oídos una chismorrería en que figure vuestro nombre.

—Caballero —dijo Wardes—, es inútil amenazarme por nada.

— ¡Oh! No he concluido aún, y estáis condenado a escucharme todavía.

Todos acercáronse con curiosidad:

—Hace poco hablabais alto del honor de una mujer y del de vuestro padre; y nos habéis agradado al hablar de ese modo, porque es grato pensar que ese sentimiento de delicadeza y de probidad, que según parece no vivía en nuestra alma, vive en la de nuestros hijos, y es hermoso ver a un joven, en la edad en que se tiene por hábito ser ladrón del honor de las mujeres, es hermoso, digo, verle, respetarlo y defenderlo.

Wardes apretaba los labios y los puños, inquieto por saber cómo concluiría este discurso, cuyo exordio se anunciaba tan mal.

— ¿Cómo es, entonces —continuó Artagnan—, que os hayáis permitido decir al señor vizconde de Bragelonne que no conocía a su madre?

Los ojos de Raúl centellearon.

--¡Oh! ¡Señor caballero, señor caballero! -- exclamó—. Esa es cuestión personal mía.

Wardes sonrió con maldad..

--No me interrumpáis, joven replicó Artagnan a Raúl.

Y, dominando a Wardes con la mirada; continuó:

--Aquí trato una cuestión que no se resuelve con la espada. La trato delante de hombres de honor, que todos la han sacado más de una vez, y los he escogido expresamente, pues saben que todo secreto por el cual se bate uno deja de ser secreto. Reitero, por tanto, mi pregunta al señor de Wardes: ¿con qué propósito habéis ofendido a este joven; ofendiendo a la vez a su padre y a su madre?

--Creo --dijo Wardes-- que las palabras son libres cuando se ofrece sostenerlas por todos los

medios que están a la disposición de tal hombre de honor.

— ¿Y qué medios son éstos por los que un hombre de honor puede sostener una palabra inicua?

—Por la espada.

—No sólo faltáis a la lógica; sino también a la religión y al honor; exponéis la vida de muchos hombres, sin hablar de la vuestra, que me parece muy aventurada. Todas las modas pasan, caballero, y ha pasado ya la de los duelos, sin contar con los edictos de Su Majestad, que lo prohíben. Por tanto, para ser consecuente con vuestras ideas, debéis presentar vuestras excusas al señor de Bragelonne, diciéndole que lamentáis haber proferido una palabra ligera; que la nobleza y la pureza de su raza están escritas; no sólo en su corazón, sino también en todas las acciones de su vida. Vais a hacer eso, señor de Wardes, como yo lo he hecho ahora mismo; yo,

viejo capitán, ante vuestro bigotillo de adolescente.

— ¿Y si no lo hago? —preguntó Wardes.

—Entonces, sucederá...

—Lo que creéis impedir —interrumpió Wardes, riendo—; sucederá que vuestra lógica conciliadora conducirá a una violación de las prohibiciones del rey.

—No, señor —dijo tranquilamente el capitán—: estáis en un error.

—Entonces, ¿qué sucederá?

—Sucederá que iré a ver el rey, con quien estoy bastante a bien; al rey, a quien he tenido la ventura de prestar algunos servicios que datan de un tiempo en que todavía no habíais nacido; al rey, en fin, que, a petición mía, acaba de enviarme una orden en blanco para el señor Baisemeaux de Montlezun, gobernador de la Bastilla. Así , podré decir al rey: “Señor, un hombre

ha insultado villanamente al señor de Bragelonne, en la persona de su madre. He escrito su nombre en la orden de arresto que ha tenido a bien darme Vuestra Majestad, de suerte que el señor de Wardes está en la Bastilla por tres años."

Y Artagnan, sacando del bolsillo la orden firmada de Su Majestad, la mostró a Wardes.

Mas, viendo que el joven no estaba bien convencido, y que tomaba el aviso por una amenaza vana, se encogió de hombros y se dirigió fríamente hacia una mesa, en la que había un escritorio y una pluma cuya longitud hubiese espantado al topógrafo Porthos.

Entonces vio Wardes que la amenaza no podía ser más seria; la Bastilla era en aquella época una cosa horrible.

Dio un paso hacia Raúl y, con voz casi ininteligible:

--Caballero --dijo--, os presento las excusas que me ha dictado el señor de Artagnan, pues fuerza me es hacerlo.

--Un momento, caballero --dijo el capitán con la mayor tranquilidad--; os engañáis en los términos. Yo no he dicho: Pues fuerza me es hacerlo, si no: Pues mi conciencia me inclina a ello. Estas palabras valen más que las otras, no lo dudéis, tanto más, cuanto que serán la más verdadera expresión de vuestros sentimientos.

--Las suscribo, pues --dijo Wardes--, mas confesad, señores, que una estocada como las que se daban en otro tiempo, valía más que semejante tiranía.

--No, caballero --contestó Buckingham--, porque la estocada, si la recibís, no significa que tengáis o no razón, sino el ser más o menos diestro.

--¡Caballero! --murmuró Wardes.

-- ¡Ahi Vais a decir algo malo --  
interrumpió Artagnan cortando la palabra a  
Wardes y os hago un servicio interrumpiénd-  
doos . . .

--¿Es eso todo?,--dijo Wardes.

--Absolutamente todo --contestó Artagnan--  
; y estos señores y yo quedamos satisfechos de  
vos...

--¡Caballero! --replicó Wardes--. Creed que  
vuestras conciliaciones no son felices.

-- ¿Y por qué?

--Porque vamos a separarnos el señor de  
Bragelonne y yo más enemigos que nunca.

-- Os engañáis en cuanto a mí --respondió  
Raúl--, pues no conservo ni un átomo de hiel  
en el corazón contra vos.

Este golpe anonadó a Wardes. Artagnan sa-  
ludó graciosamente a los caballeros que habían

querido asistir a la explicación, y todos se retiraron dándole la mano.

Ni una siquiera se dirigió a Wardes

--¡Oh! --y--murmuró el joven, sucumbiendo a la rabia que le mordía el corazón--. ¡Oh! ¿No encontraré una persona en quien pueda vengarme?

--Sí tal, caballero, pues aquí estoy yo --dijo a su oído una voz preñada de amenazas.

Wardes se volvió y vio al duque de Buckingham, que sin duda habíase quedado con esta intención.

-- ¡Vos! --exclamó Wardes.

--Sí, yo... Yo no soy súbdito del rey de Francia, ni me quedo en su territorio; yo también he ido reuniendo desesperación y cólera... y, como vos, tengo necesidad de vengarme en alguno. Apruebo los principios del señor de Artagnan, pero no estoy obligado a aplicarlos a vos. Soy

inglés; y vengo a proponeros lo que en vano habéis propuesto a los otros.

—Señor duque.

— Vamos, querido señor de Wardes; ya que estáis tan airado, tomadme por desquite. Dentro de treinta y cuatro horas estaré en Calais. Veníos conmigo, y el camino nos parecerá menos largo juntos que separados. Tiraremos a la espada allá sobre la arena que cubre la marea, y que seis horas al día es territorio de Francia y otras seis territorio de Dios.

—Bien —contestó Wardes—, acepto.

—Si se matáis —observó el duque—, os aseguro que me haréis un servicio muy señalado.

—Haré lo que pueda por agradaros, duque —dijo el de Wardes.

—Es cosa resuelta; os venís conmigo.

—Estaré a vuestras órdenes. ¡Pardiez! Tenía necesidad de un peligro mortal para calmarme.

--Pues me parece que habéis dado con lo que necesitáis. Servidor, señor de Wardes; mañana por la mañana os diré mi ayuda de cámara la hora precisa de la marcha. Viajaremos juntos, como buenos amigos. ¡Adiós!

Buckingham saludó a Wardes y entró en la cámara del rey. Exasperado, Wardes salió del palacio, y tomó rápidamente el camino de la casa que habitaba.

## XLIV

### BAISEMEAUX DE MONTLEZUN

Después de la lección un poco dura dada a Wardes, Athos y Artagnan bajaron juntos la escalera que conduce al patio del palacio del rey.

--Ya veis --decía Athos-- que Raúl no puede escaparse, tarde o temprano, de ese desafío con Wardes, tan valiente como malvado.

--Conozco a esos Wardes --replicó Artagnan--, pues tuve que hacer con el padre. Os confieso que me dio bastante trabajo; y eso que en aquel tiempo tenía yo buenos músculos y una firmeza salvaje. Amigo mío, hoy no se dan asaltos semejantes, y bien sabéis que yo tenía una mano férrea. No era un simple pedazo de acero, sino una serpiente que tomaba todas las formas para llegar a colocar convenientemente, su cabeza, es decir, para morder. No había fuerza humana capaz de resistir a semejante ferocidad, y, sin embargo, Wardes el padre; con su bravura de raza, me ocupó bastante tiempo, y tengo presente que al final del combate estaban cansados mis dedos.

--Pues el hiló buscará siempre a Raúl --repuso Athos--, y acabará por encontrarlo,

porque a Raúl se le halla siempre que se le busca.

—De acuerdo, amigó— mío, pero Raúl calcula bien, ;y esperará ser provocado. Entonces es buena su posición. El rey no podrá enfadarse, y, además, ya encontraremos el medio de calmarle. Mas, ¿por qué esos temores e inquietudes?

— Por esto: Raúl irá, mañana a ver al rey, el cual le dirá su voluntad sobre cierto matrimonio. Enamorado como está Raúl, se desesperará, y si halla a Wardes en su malhumor, estallará la bomba.

—¡Oh! Ya impediremos eso, mi querido amigo.

—No yo, quiero regresar a Blois. Todo este elegante aparato de Corte y todas estas intrigas me disgustan; ya no soy joven para hacer pacto con las mezquindades de hoy. He leído en el gran libro divino muchas cosas, demasiado bellas y grandes para ocuparme con interés de

las frasecillas que cuchichean estos hombres cuando quieren engañarse. En una palabra, me aburro en París siempre que no estáis a mi lado, y como no puedo veros siempre; deseo volverme a Blois.

— ¡Oh! ¡Hacéis mal, Athos, y mentís a vuestro origen y al destino de vuestra alma! Los hombres de vuestro temple están hechos para disfrutar hasta, el último día de la plenitud de sus facultades. Ved mi vieja espada de La Rochela, este acero español; sirvió treinta años perfectamente, y cierto día de invierno cayó sobre las losas del Louvre y se rompió. De un trozo me han hecho un cuchillo de caza que durará cien años. Vos, Athos, con vuestra lealtad y franqueza, vuestro valor frío e instrucción sólida, sois el hombre que se necesita para dirigir a los soberanos. Quedaos; el señor Fouquet no durará tanto como mi hoja española,

—Vamos —dijo Athos sonriendo—, he aquí a Artagnan que, después de haberme ensalzado

hasta las nubes, hace de mí una especie de dios, y después me tira desde lo alto del Olimpo y me aplasta sobre la tierra. Tengo ambiciones más grandes, amigo. Ser ministro, es ser esclavo. ¡No, no! Me acuerdo haberos oído llamarme alguna vez el gran Athos. . . Pues si fuera, ministro, estoy seguro de que no me confirmarías el epíteto.

—¡No hay más que hablar! ¡Lo abdicáis todo, hasta la fraternidad!

— ¡Oh! ¡Querido, amigo, es casi duro lo que me decís!

Artagnan estrechó la mano de Athos.

—No, no, abdicad sin temor. Raúl puede pasarse sin vos, estando yo en París.

— Entonces volveré a Blois; esta noche nos despediremos, y al amanecer montaré a caballo.

—No podéis marchar solo a vuestro palacio. ¿Por qué no habéis traído a Grimaud?

--Amigo mío, Grimaud duerme; se acuesta muy temprano. Mi pobre viejo se fatiga mucho. Ha venido conmigo de Blois, y le he obligado a quedarse en casa; pues, si fuera preciso volver a andar las cuarenta leguas que nos separan de Blois, moriríase sin quejarse. Pero yo cuido a mi Grimaud.

--Voy a daros un mosquetero para que lleve la antorcha.

Y, Artagnan, inclinándose sobre la barandilla dorada:

-- ¡Hola! --gritó--. ¡Uno aquí!

Siete u ocho cabezas de mosqueteros aparecieron.

--¡Uno de buena voluntad para escoltar al señor conde de la Fère!

--Gracias por vuestro favor, señores --dijo Athos--. No debo incomodar así a caballeros.

—Yo haría la escolta —dijo uno—, si no tuviera que hablar con el señor de Artagnan.

— ¿Quién está ahí? —dijo Artagnan buscando en la sombra.

—Yo, señor de Artagnan.

— ¡Dios me perdone! ¡Es la voz de Baisemeaux!

—Yo mismo, señor.

—¿Y qué hacéis ahí en el patio?

— Aguardo vuestras órdenes, señor de Artagnan.

—¡Ah! ¡Desgraciado de mí! —dijo Artagnan—. Es verdad que estábais prevenido para un arresto. ¡Pero venir vos mismo en lugar de enviar un escudero!

—He venido porque tenía que hablaros.

—¿Y no me habéis hecho avisar?

--Aguardaba --dijo tímidamente Baisemeaux.

--Os dejo; adiós, Artagnan --dijo Athos.

--No antes de que os presente al señor Baisemeaux de Montlezun, alcaide del castillo de la Bastilla.

Baisemeaux y Athos saludáronse

--¡Pero debéis conoceros! --añadió Artagnan.

--Tengo un vago recuerdo del señor --contestó el conde.

--Ya sabéis... Baisemeaux... aquel guardia del rey con quien tuvimos tan buenas partidas en tiempo del cardenal.

--¡Ah, muy bien! --dijo Athos despidiéndose con afabilidad.

-- El señor conde de la Fère, que tenía por nombre de guerra Athos --dijo Artagnan en voz baja a Baisemeaux.

--Sí, sí; uno de los cuatro famosos --contestó éste.

--Precisamente. Pero charlemos, querido Baisemeaux.

--¡Si gustáis!

--Primeramente no hay que hablar de órdenes, pues el rey renuncia a prender a la persona en cuestión.

--¡Ah! Tanto peor --replicó Baisemeaux con un suspiro.

-- ¡Cómo tanto peor! . . . --exclamo Artagnan riendo.

--Sin duda... --dijo el alcaide de la Bastilla--: Los presos son mis rentas.

--¡Ah! Es verdad; no miraba yo la cosa por ese lado.

--¡De modo que nada de órdenes!

Y Baisemeaux suspiró otra vez.

--Vos sí que tenéis una bella posición --  
repuso--. ¡capitán de los mosqueteros!

--Es bastante buena; mas no veo que tengáis  
que envidiarla; sois alcalde de la Bastilla, el  
primer castillo de Francia.

-- Bien lo sé --dijo tristemente Baisemeaux.

--Decís eso como un penitente, ¡pardiez!  
¡Cambio mis ganancias por, las vuestras, si que-  
réis!

--No hablemos de ganancias-- murmuro  
Baisemeaux-- si no queréis partirme el alma.

--Pero miráis a todos lados como quien teme  
ser preso, vos, que aguardáis a los que lo están.

--Miro que nos ven y nos escuchan, y que se-  
ría más seguro hablar en secreto; si me conce-  
deís esa gracia.

--¡Baisemeaux! ¿Habéis olvidado que somos  
conocidos de treinta y cinco años? No tengáis

conmigo ese aire contrito. Descuidad. No me como crudos alcaides de la Bastilla.

—¡Plegaria al cielo!

—Ea, venid al patio, y hablaremos cogidos del brazo; hace un claro de luna soberbio, y a lo largo de los robles, bajo los árboles, me contaréis vuestra lúgubre historia.

Y atrajo al doliente alcaide al patio, le agarró del brazo; y le dijo:

—Vamos, Baisemeaux; hablad. ¿Qué tenéis que decirme?

—Será muy largo.

—Si seguís con esos lamentos será más largo aún... Pero creo que hacéis cincuenta mil libras con vuestros pichones de la Bastilla.

—¿Cuándo será eso, señor de Artagnan?

—Me asombráis, Baisemeaux, y estáis haciendo conmigo el hombre contrito. ¡Pardiez! Voy a llevaros delante de un espejo y allí veréis

que estáis rollizo, florido y redondo como un queso, que tenéis ojos como carbones encendidos, y que sin ése maldito pliegue que afectáis en la frente no representaríais cincuenta años. Y tenéis sesenta, ¿eh?

--Todo eso es verdad...

-- ¡Pardiez! Ya sé que es verdad... tan verdad como las cincuenta mil libras de ganancia. Baisemeaux hizo un gesto de impaciencia.

-- Bien --dijo Artagnan--; voy a echaros la cuenta. Erais capitán de guardias del señor Mazarino: doce mil libras anuales; a razón de doce años, son ciento cuarenta y cuatro mil.

-- ¡Doce mil libras! ¿Estáis loco? --exclamó Baisemeaux--. El viejo avaro, nunca dio más de seis mil, y los gastos del empleo subían a seis mil quinientas. El señor Colbert, que me había hecho cercenar las otras seis mil, dignábase darme como gratificación cincuenta doblones; de suerte que, sin ese pequeño feudo de Mon-

tlezun, queda doce mil libras, no hubiese hecho honor a mis negocios.

Pasemos a las cincuenta mil libras de la Bastilla. Aquí tenéis comida, casa y seis mil libras de renta.

--Corriente.

--Un año con otro, cincuenta presos, que os representan mil libras.

--No digo que no.

--Por tanto, son cincuenta mil libras al año; hace tres que ocupáis el destino, luego tenéis ciento cincuenta mil libras.

--Olvidáis un detalle, señor de Artagnan.

--¿Cuál?

--Que vos recibisteis el empleo de capitán de manos del rey.

--Bien lo sé.

--Mientras que yo he recibido el de alcaide del señor Tremblay y del señor Louvière.

-- Es cierto, y Tremblay no era hombre para dejaros su destino por nada.

--¡Y lo mismo Louvière! De donde resulta que he dado setenta y cinco mil libras a Tremblay.

-- ¡Bonita cantidad!... ¿Y a Louvière?

--Otro tanto.

--¿Al contado?

--No, eso era imposible. El rey no quería, o más bien, el señor Mazarino no quería parecer, destituir a esos dos tunos salidos de la barriada, y sufrió que ellos hiciesen, para retirarse, condiciones leoninas. ¿Cuáles?

--¡Estremeceos!

--Tres años de renta como alboroque:

— ¡Diablo! Así, las ciento cincuenta mil libras... ¿han pasado a sus manos?

—Justo.

—¿Y qué más?

—Una cantidad de quince mil escudos o cincuenta mil libras, como gustéis, en tres pagos.

—Es exorbitante.

—No es eso todo.

—¿Aún más?

—Me falta llenar una de las condiciones, de lo contrario, esos señores vuelven a su destino. Así lo han hecho firmar al rey.

—¡Es enorme! ¡Es increíble!

— Pues así es.

—Lo siento, mi pobre Baisemeaux. Entonces; ¿cómo diantres os concedió Mazarino ese pretendido favor? ¿No era más sencillo negároslo?

--¡Sí, sí! Fue obligado por mi protector.

-- ¡Vuestro protector!

-- ¿Quién?

--¡Cáscaras!

--Un amigo vuestro, el señor de Herblay.

--¿El señor de Herblay? ¿Aramis?

Precisamente; ha sido encantador para mí.

--¿Encantador, y os ha hecho pasar por eso?

--Escuchad. Yo quería dejar el servicio del cardenal. El señor de Herblay habló por mí a Louvière y a Tremblay; ellos resistieron; yo tenía ganas de la plaza, porque sabía que puede dar; me confié al señor de Herblay sobre mi penuria, y él me prometió responder por mí en cada plazo.

-- ¡Bah! ¡Aramis!

--Me asombráis. ¿Aramis respondió; por vos?

--Sí, señor, y consiguió la firma de Louvière y Tremblay; cada año he pagado veinticinco mil libras de beneficio a cada tino de estos dos señores; cada año también, en mayo, el señor de Herblay venía a la Bastilla y me traía dos mil quinientos doblones para distribuir entre mis cocodrilos.

--Luego debéis ciento cincuenta mil libras a Aramis.

--Esa es mi desesperación; no le debo más que cien mil.

--No os comprendo del todo.

--Sin duda; no ha venido más que dos años. Hoy estamos a 31 de mayo y no ha venido; y mañana al mediodía, concluye el plazo. Y si no he pagado a esos señores en los términos convenidos, me despojarán de todo; habré trabajado tres años, y dado doscientas cincuenta mil libras por nada, querido señor, de Artagnan, por nada absolutamente.

--Es curioso --murmuró Artagnan.

-- ¿Concebís ahora que pueda tener una arruga en la frente?

-- ¡Oh, sí!

--¿Concebís que a pesar de esta redondez de queso y este frescor de pavía, a pesar de estos ojos chispeantes como carbones encendidos, haya llegado a temer el no tener ni un queso ni una pavía que comer, ni ojos para otra cosa que para adorar.

--Es desolador.

--Y he venido a vos, querido señor de Artagnan, porque sólo vos podéis sacarme de penas.

--¿Cómo?

-- ¿Conocéis al abate de Herblay?

-- ¡Diantre!

--¿Sabéis que es misterioso?

--¡Oh! Sí:

— ¿Podéis darme las señas de su presbiterio? Porque lo he buscado en Noisy le Sec, y ya no está allí.

— ¡Pardiez! Es obispo de Vannes.

—¿Vannes, en Bretaña?

El hombrecillo se puso a arrancarse los cabellos.

—¿Cómo ir a Vannes de aquí a mañana al mediodía? —dijo—. ¡Soy hombre perdido!

— Vuestra desesperación me apena. Escuchad, pues, y sabed que un obispo no reside siempre en el mismo punto, y el señor de Herblay podría no estar tan lejos como teméis.

—¡Oh! Dadme su dirección.

—No la sé, amigo mío.

—¡Decididamente, estoy perdido! Voy a echarme a los pies del rey.

--Me sorprendéis, Baisemeaux. ¿Cómo produciendo la Bastilla cincuenta mil libras no le habéis hecho rentar doble?

--Porque soy honrado, señor de Artagnan, y alimento a los presos como a potentados.

--¡Diantre! Dadme una buena indigestión con vuestros ricos alimentos, y martirizadme de aquí a mañana a mediodía.

-- ¡Cruel! ¡Tiene ganas de reír!

--No; me apenáis... Veamos, Baisemeaux, ¿tenéis palabra de honor?

--¡Capitán!

--Pues dádmela de que no abriréis la boca a nadie de lo que voy a deciros.

--¡Jamás! ¡Jamás!

--¿Queréis echar mano a Aramis?

--¡A toda costa!

--Pues id en busca del señor Fouquet.

-- ¿Qué relación ... ?

--¡Qué bobo sois!... ¿Dónde está Vannes?

--¡Tate!

--Vannes está en la diócesis de Belle Isle, o Belle Isle en la diócesis de Vannes; luego el señor Fouquet ha hecho nombrar al señor de Herblay para ese obispado.

--Me abríis, los ojos y me devolvéis la vida.

--Tanto mejor. Id, pues, a decir sencillamente al señor Fouquet que deseáis hablar al señor de Herblay.

-- ¡Es verdad! ¡Es verdad! --exclamó Baise-meaux lleno de gozo.

--¿Y la palabra de honor? --dijo Artagnan deteniéndolo con una mirada severa.

--¡Oh! ¡Sagrada! --replicó el hombrecillo disponiéndose a correr.

-- ¿A dónde vais?

--A casa del señor Fouquet.

--No; el señor Fouquet está jugando con el rey. Con tal de que vais más temprano, habréis hecho todo lo que podéis hacer.

--¡Iré; gracias'.

--¡Buena suerte!

--¡Gracias!

Graciosa historia murmuró Artagnan, subiendo lentamente la escalera.

-- ¿Qué diablo de interés puede tener Aramis en obligar así a Baisemeaux?... Ya sabremos esto un día u otro.

XCV

EL JUEGO DEL REY

Como había dicho Artagnan, Fouquet asistía al juego del rey. Parecía que la marcha de Buckingham había vertido un bálsamo sobre, todos los corazones ulcerados la víspera.

Moasieur, radiante, hacía señas afectuosas a su madre.

El conde de Guiche no podía separarse de Buckingham, y al mismo tiempo que jugaba charlaba con él sobre las eventualidades de su viaje.

Buckingham, pensativo y afectuoso como hombre de corazón que ha tomado su partido, oía al conde y dirigía de vez en cuando a Madame una mirada de ternura y de pena.

La princesa, llena de embriaguez, compartía su pensamiento entre el rey, que jugaba con ella, Monsieur, que le gastaba dulces bromas sobre sus enormes ganancias, y Guiche, que demostraba una alegría extravagante. De Buckingham ocupábase ligeramente, pues este fu-

gitivo, este desterrado, no era para ella más que un recuerdo, no un hombre.

Así son los corazones ligeros; entregados, a lo presente, rompen con todo lo que puede trastornar sus cálculos de bienestar egoísta. Madame se hubiese avenido a las sonrisas, gentilezas y suspiros de Buckingham presente; ¿pero a qué suspirar, sonreír y arrodillarse desde lejos? El viento del Estrecho que arrastra a los navíos, ¿dónde lleva los suspiros?

El duque advirtió este cambio, y padeció mortalmente su corazón. Naturaleza delicada, orgullosa y susceptible de profunda adhesión, maldijo el día en que la pasión entrara en su alma.

Las miradas que enviaba a Madame se enfriaron poco a poco al soplo glacial de su pensamiento. Aún no podía despreciar, pero fue bastante fuerte para imponer silencio a los gritos tumultuosos de su corazón.

A medida que Madame adivinaba este cambio, aumentaba su actividad para recobrar la radiación que perdía; su ingenio; tímido e indeciso al principio, se manifestó luego con brillantez; era necesario que a toda costa fuera notada por encima de todos, hasta del mismo rey.

Y lo fue. Las reinas, no obstante su dignidad; el rey, a pesar de los respetos de la etiqueta, fueron eclipsados.

Las reinas, rígidas y envaradas, humanizáronse y rieron. La reina madre se admiró de este brillo que volvía a su raza, gracias al talento de la nieta de Enrique IV.

El rey, celoso como joven y como rey de todas las superioridades que le rodeaban, no pudo menos de rendir las armas a esa petulancia francesa, cuya energía realzaba más el humor inglés.

Los ojos de Madame lanzaban destellos. La alegría se escapaba de sus labios de púrpura,

como la persuasión de los labios del viejo Néstor.

Sometida toda la Corte a tales encantos, advertía por primera vez que podían reír delante del rey mas grande del mundo, como gentes dignas de ser llamadas las más delicadas y espirituales de la tierra.

Madame consiguió aquella noche un éxito capaz de aturdir a cualquiera que no hubiese nacido en esas elevadas regiones que se llaman un trono, y que están al abrigo de semejantes vértigos, a pesar de su altura.

Desde aquel instante miró Luis XIV a Madame como un personaje. Buckingham la miró como una coqueta digna de los más crueles tormentos. Guiche, como una divinidad. Los cortesanos, como un astro cuya luz debía convertirse en un foco de favor y de poder.

Sin embargo, unos años antes no se dignó Luis XIV dar la mano para un baile a aquella

fea. Sin embargo, Buckingham había adorado aquella coqueta de rodillas. Sin embargo, Guiche había mirado aquella divinidad cómo una mujer. Sin embargo, los cortesanos no habían osado aplaudir a aquel astro por temor de desagradar al rey, a quien en otro tiempo disgustara.

Todo esto pasaba en aquella noche memorable.

La joven reina, aunque española y sobrina de Ana de Austria, adoraba al rey y no sabía disimular.

Ana de Austria, observadora como mujer e imperiosa como reina, sintió el poder de Madame y se inclinó.

Lo que determinó a la joven reina a levantar el sitio y entrar en su habitación.

Apenas fijó el rey la atención en esta salida, a pesar de los afectados síntomas de indisposición que la acompañaban.

Conocedor de las leyes de la etiqueta, que empezaba a introducir como elemento de toda relación, Luis XIV no se emocionó; ofreció la mano a Madame, sin mirar a Monsieur, y condujo a la joven princesa hasta la puerta de su aposento.

Observóse que en el umbral de la puerta, libre Su Majestad de todo obstáculo, o menos fuerte que la situación, dejó escapar un enorme suspiro.

Las mujeres, porque todo lo observan, la señorita de Montalais, por ejemplo, no dejaron de decir a sus compañeras:

--El rey ha suspirado.

--Madame ha suspirado.

Era cierto. Madame había suspirado sin ruido, pero con un acompañamiento más peligroso para el reposo del rey.

Había suspirado cerrando sus encantadores ojos negros, abriéndolos en seguida, y cargados como estaban de indecible tristeza, los había alzado sobre el rey, cuyo rostro estaba visiblemente purpúreo.

Resultaba de este rubor, de estos suspiros y de todo este regio movimiento, que la de Montalais había cometido una indiscreción, y que esta indiscreción había afectado ciertamente a su compañera, porque la señorita de La Vallière, menos perspicaz indudablemente, palideció cuando se ruborizó el rey y entró temblando en el cuarto de Madame sin cuidarse de tomar los guantes, como el ceremonial lo exigía.

Verdad es que esta provinciana podía alegar como excusa la turbación en que la ponía la majestad real. En efecto, la señorita de La Vallière, al cerrar la puerta, había fijado inadvertidamente los ojos en el rey, que iba andando hacia atrás.

El rey entró en la sala de juego, quiso hablar a diversos personajes, pero pudo advertirse que estaba trastornado.

Embrolló diferentes cuentas, de lo que se aprovecharon algunos señores que habían conservado estas costumbres del señor Mazarino: mala memoria, pero buena aritmética.

De modo que Manicamp, personaje distraído si los hubo, y el hombre más honrado del mundo, recogió pura y simplemente veinte mil libras que estaban sobre la mesa y cuya propiedad no parecía legítimamente adquirida por nadie.

Y el señor de Wardes, que tenía la cabeza algo trastornada por los sucesos de la noche, dejó sesenta luises dobles que había ganado al señor de Buckingham, y que éste, incapaz, como su padre, de salir con una moneda en la mano, abandonó al candelero.

El rey no recobró un tanto la atención hasta el momento en que el señor Colbert, que acechaba hacía algunos instantes, se acercó y, muy respetuosamente sin duda, pero con instancia, depositó uno de sus consejos en el oído, todavía aturdido, de Su Majestad.

Luis prestó nueva atención a este consejo, y echando una mirada por la pieza:

--¿No está aquí el señor Fouquet? --dijo.

--Sí tal, Majestad --contestó la voz del superintendente, ocupado con Buckingham.

Y se acercó.

El rey dio un paso hacia el conde con aire negligente.

--Perdón, señor superintendente, si interrumpo vuestra conversación; pero os reclamo siempre que tengo necesidad de vos.

--Mis servicios son siempre del rey.

--Y, sobre todo, vuestra caja --dijo éste riendo con falsedad.

--Mi caja más que nada --contestó fríamente Fouquet.

--Este es el hecho: quiero dar una fiesta en Fontainebleau: Quince días de casa abierta. Necesito ... Y miró oblicuamente a Colbert. Fouquet esperó sin turbarse.

--Unos... --dijo.

--Unos cuatro millones --contestó el rey, respondiendo a la cruel sonrisa de Colbert:

-- ¿Cuatro millones? --exclamó Fouquet inclinándose profundamente...

Y sus uñas, clavándose en su pecho, hicieron un surco sangriento, sin que la serenidad del rostro se alterase un momento.

--Sí, señor --dijo el rey.

--¿Cunádo, Majestad?

--Toma tiempo... Es decir... no...

--Lo más pronto posible.

--Es necesario tiempo.

--¡Tiempo! --exclamó Colbert triunfante.

--Tiempo para contar los escudos --dijo el superintendente con majestuoso desprecio--; sólo se pesa un millón al día.

--Por tanto, son cuatro días --dijo Colbert.

--¡Oh! --replicó Fouquet dirigiéndose al rey--. Mis dependencias hacen prodigios en servicio de Vuestra Majestad, y la suma estará dispuesta en tres días.

Colbert púsose pálido.

Luis, lo miró, sorprendido. Fouquet se retiró sin orgullo ni humildad, sonriendo a sus numerosos amigos, en cuya sola mirada leía una leal amistad, un interés que llegaba a la compasión.

Era preciso no juzgar a Fouquet por su sonrisa, porque realmente tenía la muerte en el corazón.

Algunas gotas de sangre manchaban, bajo su vestido, la fina tela que cubría su pecho.

El vestido ocultaba la sangre; la sonrisa, la rabia.

Por el modo con que llegó a su carroza adivinaron los criados que el señor no estaba de buen humor; de lo cual resultó que sus órdenes se ejecutaron como las maniobras de un buque de guerra mandadas por un capitán irritado.

La carroza no rodaba, volaba. Apenas tuvo tiempo de concentrarse Fouquet durante el trayecto. Al llegar, subió al cuarto de Aramis.

Aramis no estaba acostado.

En cuanto a Porthos, había comido de una manera gigantesca; luego, se había hecho untar el cuerpo con aceites perfumados; a la manera

de los luchadores antiguos, y después se había tendido, entre franelas, en un lecho caliente.

Aramis, envuelto en una bata de terciopelo, escribía cartas y más cartas con esa letra fina y apretada que una página hace un cuarto de volumen.

La puerta se abrió precipitadamente; el superintendente apareció, pálido, agitado, inquieto.

Aramis alzó la cabeza, y dijo:

--Buenas noches, apreciado huésped y su mirada investigadora adivinó toda la tristeza de Bouquet.

--¿Qué tal el juego? --preguntó para entrar en conversación. Fouquet se sentó, y, con un gesto, indicó la puerta al lacayo que le había seguido.

Cuándo éste hubo salido, dijo:

-- ¡Muy bien!

Y Aramis, que lo seguía con la vista, advirtió que se tiraba sobre los cojines con impaciencia febril.

-- ¿Habéis perdido como siempre? -- preguntó Aramis con la pluma en la mano.

--Más que siempre --contestó Fouquet.

--Pero sabemos que soportáis bien las pérdidas.

-- A veces.

-- ¡Bien!. ¿E1. señor Fouquet, mal jugador?

--Hay juegos y juegos, señor de Herblay.

--¿Y cuánto habéis perdido, monseñor? -- preguntó Aramis con cierta inquietud.

Fouquet se recogió un instante para componer su voz, y dijo sin emoción alguna.

--La velada me cuesta cuatro millones.

Y una risa amarga se perdió en la última vibración de estas palabras.

Aramis no esperaba tal cifra, y dejó caer la pluma.

— ¡Cuatro millones! —dijo—. ¿Habéis jugado cuatro millones? ¡Imposible!

—El señor Colbert llevaba mis cartas —respondió Fouquet con la misma siniestra risa.

—¡Ah! Comprendo ahora, monseñor. ¿Y hay que recurrir a los fondos?

—Sí, querido.

—¿Para el rey?

—Sí.

— ¡Diablo!

—¿Qué pensáis de esto?

— ¡Diantre! Pienso que quieren arruinaros; es claro.

—Siempre es ese vuestro parecer.

--Siempre; y no hay que sorprenderse, pues era lo que teníamos previsto.

--Corriente; pero no esperaba yo lo de los cuatro millones.

--Verdad que la suma es fuerte, pero, en fin, cuatro millones no son la muerte de un hombre, sobre todo cuando este hombre se llama Fouquet.

--Si conocieseis el fondo de la caja, estaríais menos tranquilo.

-- ¿Y habéis prometido?

--¿Qué queríais que hiciese?

--Es cierto.

--¡El día que yo niegue, Colbert encontrará, y estaré perdido!

--Incontestablemente: ¿Y para cuándo habéis prometido esos millones?

--Para dentro de tres días. El rey parece muy necesitado.

-- ¡Tres días!

--¡Oh! --repuso Fouquet--. Cuando se piensa que ahora mismo, al pasar por la calle, gritaba la gente: "Ahí va el rico señor Fouquet", es cosa de perder la cabeza, querido Herblay.

--¡No, monseñor, alto ahí! La cosa no vale la pena --dijo flemáticamente Aramis, echando polvos sobre la carta que acababa de escribir.

--¡Pues dadme un remedio, un remedio para ese mal sin remedio!

--No hay más que uno:-- pagad.

-- ¡Si apenas tengo esa cantidad! Todo debe estar agotado; se ha pagado Belle Isle; se ha pagado la pensión... Desde las requisitorias de los arrendadores de rentas y contribuciones, el dinero es raro. Admitiendo que se pague esta vez, , ¿cómo se pagará otra? Porque, no lo du-

déis, cuando los reyes han gustado el dinero, son como los tigres cuando han probado la carne: ¡devoran! Algún día será preciso que diga: “¡Imposible, Majestad!” ¡Y ese día estoy perdido!

—Un hombre de vuestra posición, monseñor; sólo se pierde cuando quiere.

— ¡Bah! Bastante luché en mi juventud con el cardenal Richelieu, que era el rey de Francia... ¿Tengo, por ventura, armas, tropas, tesoros? ¡Ya la Belle Isle siquiera! ¡Bah! La necesidad es madre de la invención, y cuando todo lo creáis perdido...

—¿Qué?

—Se descubrirá algo inesperado que os salvará.

—¿Y quién descubrirá esa maravilla?

—Vos.

—¡Yo! Presento la dimisión de inventor.

--Entonces, yo.

-- Bien; poned mano a la obra sin tardanza.

--Tenemos tiempo.

--Me matáis con vuestra flema, Herblay --  
repuso el superintendente, limpiándose el sudor.

-- ¿No os acordáis de lo que os dije un día?

-- ¿Qué me dijisteis?

--Que no os inquietarais si teníais valor. ¿Lo tenéis?

--Así creo.

--Pues no os inquietéis.

-- ¿Luego vendréis en mi auxilio en el momento supremo?

--Eso no será más que devolveros lo que os debo, monseñor.

--El oficio de los financieros es adelantarse a las necesidades de los hombres como vos.

--Si la cortesanía es el oficio de los financieros, la caridad es la virtud de las gentes de Iglesia. Tranquilizaos, y en el último momento veremos.

--Entonces, veremos muy pronto.

--Ahora, permitidme os manifieste que personalmente siento mucho estéis tan escaso de dinero.

--¿Por qué?

--Porque iba a solicitáros. . .

-- ¿Para vos?

--Para mí o para los míos; para los míos o para los nuestros.

-- ¿Qué cantidad?

-- ¡Oh, tranquilizaos! Una bonita cantidad, verdad es, mas poco exorbitante.

--¡Decid la cifra! Cincuenta mil libras.

-- ¡Una miseria!

-- ¿De veras?

--Sin duda; siempre se tienen cincuenta mil libras. ¡Ah! ¿Por qué ese tuno de Colbert no se contenta como vos, y me causaría menos pena? ¿Y cuándo necesitáis esa cantidad?

--Mañana temprano.

--Bien, y...

--¡Ah! ¿Su destino queréis decir?

--No, caballero; no necesito --explicación.

--Sí tal; mañana es 1° de junio'

--¿Y qué?

--Vencimiento de una de nuestras obligaciones.

--¿Tenemos obligaciones?

--Indudablemente, mañana pagamos nuestro último tercio.

--¿Qué tercio?

--El de las ciento cincuenta mil libras de Baisemeaux.

-- ¡Baisemeaux! ¿Quién es?

--El alcalde de la Bastilla.

--¡Ah! Es cierto; me hacéis pagar, ciento cincuenta mil libras por ese hombre.

-- ¡Vamos!

--Pero, ¿por qué?

--Por su destino, que he comprado, o mejor dicho, que nosotros hemos comprado a Louvière y Tremblay.

--Todo eso está muy vago en mi cabeza.

--Lo concibo. ¡Tenéis tantos asuntos! Sin embargo, no creo que haya ninguno más importante que éste.

-- Decidme, pues, con qué objeto hemos comprado ese destino.

--Con el de ser útil.

--¡Ah!

-- Primeramente a él. ¿Y después?

--A nosotros.

-- ¡A nosotros! ...¿Os burláis?

-- Señor, hay tiempos en que un alcaide de la Bastilla es un buen conocimiento.

--Tengo la dicha de no comprenderos.

-- Monseñor, tenemos nuestros poetas, nuestro ingeniero, nuestro arquitecto, nuestros músicos, nuestro impresor, nuestros pintores; y necesitábamos nuestro alcaide de la Bastilla.

-- ¡Ah! ¿Creéis...?

--No nos hagamos ilusiones, monseñor. Estamos muy expuestos a ir a la Bastilla, querido señor Fouquet --añadió el prelado enseñando

aquellos hermosos dientes, tan adorados treinta años antes por María Michón.

—¿Y suponéis que no es demasiado esa suma, Herblay?

—Día vendrá en que reconoceréis vuestro error.

—Mi querido Herblay; el día en que se entra en la Bastilla, no está uno protegido más por el pasado.

—Sí tal, si las obligaciones suscritas están en regla no lo dudéis, ese excelente Baisemeaux no tiene corazón de cortesano. Estoy seguro que me conservará reconocimiento por ese dinero; sin contar, señor, con que guardo yo los títulos.

—¡Qué demonio de negocio! ¡Usura en materia de beneficencia!

—Monseñor, no os mezcléis en esto; si hay usura, yo sólo la hago y la aprovechamos los dos.

--¡Qué intriga, Herblay! ...

--No lo niego.

--Y Baisemeaux cómplice.

-- ¿Por qué no? Peores los hay: ¿De modo que puedo contar mañana con las cincuenta mil libras?

-- ¿Las deseáis esta noche?

--Mejor será, porque quiero salir temprano, y ese pobre Baisemeaux, que no sabe lo que ha sido de mí, estará sobre ascuas.

--Tendréis la cantidad dentro de una hora. ¡Ah, Herblay! El interés de vuestras ciento cincuenta mil libras no pagará jamás mis cuatro millones --dijo Fouquet levantándose.

-- ¿Por qué no, monseñor?

-- Buenas noches, tengo que hacer con los dependientes antes de acostarme.

--Buenas noches, monseñor. --Me deseáis un imposible, Herblay.

-- ¿Tendré las cincuenta mil libras esta noche?

--Seguramente.

--Pues, dormid descuidado, os lo digo yo.

--¡Buenas noches, monseñor!

No obstante el tono de seguridad con que dijo estas palabras, Fouquet salió moviendo la cabeza y dando un suspiro.

## LAS CUENTAS DEL SEÑOR BAISE- MEAUX DE MONTLEZUN

Daban las siete en San Pablo cuando Aramis, a caballo y en traje de paisano; es decir, vestido de color, con un cuchillo de caza por toda distinción, pasaba por la calle del Petit—Muse e iba a parar frente a la calle Tournelles, a la puerta del castillo de la Bastilla.

Dos funcionarios la guardaban. No pusieron ninguna dificultad en admitir a Aramis, que entró a caballo como estaba, y lo condujeron a lo largo de un pasadizo por el que se llegaba a la verdadera entrada, esto es, al puente levadizo. El centinela del cuerpo de guardia exterior detuvo a Aramis.

Aramis, con su finura acostumbrada, explicó que la causa que allí lo llevaba era el deseo de hablar al señor Baisemeaux de Montlezun.

El primer centinela llamó al otro, colocado en un puesto interior. Este asomó la cabeza a su tronera, y miró' muy atentamente al recién llegado.

Aramis reiteró la expresión de su deseo.

El centinela llamó a un sargento que se paseaba en un patio bastante espacioso, y que, enterado de lo que se trataba, fue en busca de un oficial de la plana mayor del alcaide:

Este último, después de haber oído la petición de Aramis, le rogó que esperase un momento; dio unos pasos, y volvió a preguntarle su nombre.

—No puedo decíroslo, señor —dijo Aramis—. Sabed tan sólo que tengo cosas de tal importancia que comunicar al señor alcaide, que puedo responder de antemano a una; y es que, el señor Baisemeaux quedará encantado de verme. Con tal que le digáis que aquí está la persona a

quien espera el 1° de junio, bastará para que él mismo venga al instante.

El oficial no podía explicarse que un hombre tan importante como el señor alcaide se molestase por otro tan poco importante como parecía ser aquel paisano a caballo.

—Feliz, casualidad, señor. Justamente, el señor alcaide se prepara a salir; ved enganchada su carroza, en el patio de la alcaidía; de suerte que no tendrá necesidad de venir a buscaros, sino que os verá al pasar.

Aramis hizo con la cabeza una señal de asentimiento, porque no quería dar de sí mismo una idea demasiado alta; esperó, pues, con paciencia y en silencio, inclinado sobre los arzones del caballo.

No habían transcurrido diez minutos, cuando se movió la carroza del alcaide, acercándose a la puerta. El alcaide salió y montó en el carruaje.

Entonces se hizo la misma ceremonia para el señor de la casa que para un extraño sospechoso; el centinela del puesto se adelantó en el mismo momento en que la carroza iba a pasar bajo la bóveda, y el alcaide abrió la portezuela para obedecer el primero la consigna.

De este modo pudo convencerse el soldado de que nadie salía fraudulentamente de la Bastilla.

La carroza rodó bajo la bóveda, pero, en el instante en que se abría la verja, el oficial se acercó a la carroza, detenida por segunda vez, y dijo unas palabras al alcaide. Este sacó entonces la cabeza por la portezuela y vio a Aramis a caballo en la extremidad del puente levadizo.

Al instante dio un grito de alegría, y salió, o mejor, se lanzó de la carroza, corriendo a estrechar las manos de Aramis, dándole mil excusas. Poco faltó para que se las besase.

—¡Qué de impedimentos para entrar en la Bastilla, señor alcaide! ¿Pasa lo mismo para aquellos a quienes envían contra su voluntad, como para los que vienen voluntariamente?

—¡Perdón, perdón! ¡Ah, monseñor! ¡Qué alegría tengo en ver a Su Ilustrísima!

—¡Chito! ¿En eso pensáis, amigo Baisemeaux? ¿Qué queréis que se piense al ver a un obispo en el traje en que estoy?

—¡Ah! Perdón, no pensaba en eso. El caballo de este señor a la cuadra —gritó Baisemeaux.

—¡No, no —dijo Aramis—, cáspita!

—¿Por qué?

—Porque hay cinco mil doblones en el portamanteo.

El semblante del alcaide se puso tan radiante, que si lo hubiesen visto los presos habrían podido, creer que le enviaban algún príncipe de la sangre.

—Sí, tenéis razón; a la alcaldía el caballo. ¿Queréis que subamos en el coche para ir hasta allí?

—¡ ¡En coche para atravesar un patio.! ... ¿Me creéis tan flojo? No, a pie, señor alcaide, a pie.

Entonces le ofreció Baisemeaux su brazo como apoyo; pero el prelado no hizo uso de él. De este modo llegaron a la alcaldía, Baisemeaux frotándose las manos y mirando a hurtadillas el caballo, y Aramis contemplando las murallas negras y desnudas.

Un vestíbulo muy espacioso y una escalera recta de piedras blancas, conducían a las habitaciones de Baisemeaux.

Este atravesó la antesala y el comedor, donde se disponía el desayuno, abrió una puertecilla oculta, y se encerró con su huésped en un gran gabinete, cuyas ventanas se abrían oblicuamente sobre los patios y las cuadras.

Baisemeaux instaló al obispo con esa obsequiosa urbanidad cuyo secreto sólo conocen un pobre hombre o un hombre agradecido.

Sillón de brazos, cojín bajo los pies, y mesa giratoria para apoyar la mano, todo lo preparó el alcaide.

También colocó sobre aquella mesa, con religioso cuidado, el saco de oro que uno de los soldados había subido con no menos respeto que un cura lleva el Santísimo Sacramento.

El soldado salió. Baisemeaux fue a cerrar la puerta, corrió una cortina de la ventana, y fijó los ojos en Aramis a fin de ver si le faltaba algo.

--Monseñor --¡dijo sentándose--, continuáis siendo el más fiel de los hombres de palabra.

--En negocios, amigo señor Baisemeaux, la exactitud no es virtud, sino simple deber.

--Sí, ya comprendo; mas éste no es un negocio que hacéis conmigo, monseñor, sino un servicio que me prestáis.

--¡Vamos; confesad que, a pesar de mi exactitud, habéis estado inquieto.

--Por vuestra salud, sí, ciertamente -- balbuceó Baisemeaux.

--Quise venir ayer, pero no pude; estaba muy cansado. Baiserneaux se apresuró a meter otro cojín bajo los riñones de su, huésped.

--Pero --repuso Aramis-- me prometí venir a veros hoy muy temprano.

--Sois excelente, monseñor.

--Y no me ha salido bien la diligencia, según creo.

--¿Cómo es eso?

--Sí, ibais a salir. Baisemeaux se encendió.

--En efecto... salía.

--Luego os estorbo.

La turbación de Baisemeaux fue notable.

--Os estorbo --continuó fijando su mirada incisiva sobre el pobre alcaide--. Si hubiera, sabido esto no habría venido.

--¡Ah, monseñor! ¿Cómo podéis creer que me estorbéis nunca?

--Confesad que ibais en busca de dinero.

--No --balbuceó Baisemeaux--, os lo aseguro; iba...

--¡El señor alcaide va a casa del señor Bouquet! --gritó desde abajo la voz del mayor.

Baisemeaux corrió como loco a la ventana.

--¡No, no! --gritó como un desesperado--. ¿Quién diantres habla del señor Fouquet? ¿Están borrachos? ¿Por qué se me incomoda cuando estoy ocupado?

—¿Ibais a casa del señor Fouquet? —preguntó Aramis pellizcándose los labios—. ¿A casa del abate o del superintendente?

Baisemeaux tenía ganas de mentir, pero le faltó valor, y dijo:

—A casa del superintendente.

—Luego teníais necesidad de dinero cuando ibais a casa de quien lo da.

—No tal, monseñor.

—Desconfiáis de mí.

—¡ Monseñor, la sola incertidumbre, la sola ignorancia del lugar en que habitáis:.

—¡Oh! Hubiéseis tenido dinero en casa del señor Fouquet, que es hombre que tiene la mano abierta.

—Os juro que jamás me hubiera atrevido a pedir dinero al señor Fouquet. Iba a preguntarle vuestra dirección, nada más.

--¿Mi dirección en casa del señor Fouquet? -- exclamó Aramis abriendo a pesar suyo los ojos.

--¡ Indudablemente --dijo Baisemeaux turbado por la mirada del obispo--; en casa del señor Fouquet.

--Ningún mal hay en eso, querido Baisemeaux; mas os pregunto, ¿por qué íbais a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet?

--Para escribiros.

--Comprendo --dijo Aramis sonriendo--; pero no es esto lo que yo quería decir; pregunto por qué ibais precisamente a casa del señor Fouquet a preguntar por mi dirección.

--¡Ah! --murmuró Baisemeaux--. Perteneciendo Belle Isle al señor Fouquet...

--¿Y qué?

--Belle Isle, que es de la diócesis de Vannes. . . y como sois obispo de Vannes. . .

—¡Querido Baisemeaux, ya que sabíais que yo era obispo de Vannes, no teníais necesidad de ir a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet.

—En fin, monseñor —dijo Baisemeaux en el mayor aprieto—, ¿he cometido alguna indiscreción? En ese caso, os pido perdón.

— ¡Bah! ¿Y en qué había de consistir esa indiscreción? —preguntó tranquilamente Aramis.

Y al mismo tiempo que serenaba su rostro y sonreía al alcaide, Aramis se preguntaba cómo Baisemeaux, que desconocía su dirección, sabía no obstante que Vannes era su residencia.

Yo aclararé esto, dijo para sí. Y, en seguida, añadió en voz alta:

—Vamos, mi apreciable alcaide, ¿queréis que hagamos nuestras cuentas?

— Estoy a vuestras órdenes, monseñor; pero antes decidme.

--¿Qué?

--¿No me haréis el honor de almorzar conmigo, como de costumbre?

-- Sí tal; con sumo gusto.

Baisemeaux dio tres golpes en un timbre.

-- ¿Qué quiere decir eso? --preguntó Aramis.

--Que alguien almuerza conmigo, y que obren en consecuencia.

--¡Diantre, y dais tres golpes! Me parece, querido alcaide, que empleáis cumplimientos.

--¡Oh! Es lo menos que puedo hacer.

--¿Y a propósito de qué?

--Porque no existe príncipe que haya hecho por mí lo que vos hacéis.

--Vaya, hablemos de otra cosa. Decidme, ¿hacéis negocio en la Bastilla?

-- Ciertamente.

--¿Cuánto de cada preso?

--No mucho.

--¡Diantre!

--El cardenal Mazarino no era bastante duro.

-- ¡Ah, sí! Nuestro antiguo cardenal necesitaba una alcaidía suspicaz.

--Sí, en tiempo de aquél todo marchaba bien. Aquí hizo su fortuna el hermano de Su Emi-nencia.

-- Creedme, alcaide --dijo Aramis acercán-dose--, un rey joven vale tanto como un carde-nal viejo. La juventud tiene sus desconfianzas, sus cóleras, sus pasiones, como la vejez tiene sus odios, sus precauciones y recelos. ¿Habéis pagado los tres años de beneficios a Louvière y a Tremblay?

--¡Oh! Sí.

-- ¿De modo que sólo os resta darles las cin-cuenta mil libras que os traigo?

--Sí.

--Así, ¿no ha habido economías?

--¡Ah, monseñor! Dando cincuenta mil libras a esos señores, os juro que les doy todo lo que gano. Esto era lo que ayer decía al señor de Artagnan.

--¡Ah! --exclamó Aramis, cuyos ojos brillaron un instante--. ¿Ayer visteis a Artagnan? ¿Y cómo está ese querido amigo?

--Perfectamente.

--¿Y qué era lo que le decíais?

--Le decía --prosiguió el alcaide sin percibir su aturdimiento-- que yo alimentaba muy bien a mis presos.

--¿Cuántos tenéis? --preguntó Aramis.

-- Sesenta.

-- ¡Buena cifra!

—¡Ay! En otro tiempo había más de doscientos.

—Al fin, un mínimo de sesenta. No hay mucho de qué quejarse.

—Sin duda, porque a cualquiera otro que no fuese yo, cada uno debía rentar ciento cincuenta doblones.

—¡Ciento cincuenta doblones!

—Sí, calculad: por un príncipe de la sangre, por ejemplo, tengo cincuenta libras cada día.

—Pero no tenéis ningún príncipe de la sangre, supongo —dijo Aramis con un ligero temblor en la voz.

—¡No, gracias a Dios! Es decir, no, desgraciadamente.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Sin duda; eso me sería lucrativo.

--Es cierto. Con que un príncipe de la sangre cincuenta libras.

--Sí. Por un mariscal de Francia, treinta y seis libras.

--Pero tampoco tenéis ahora mariscal de Francia, ¿eh?

--¡Ay, no! Cierto es que los tenientes generales y los brigadieres son a veinticuatro libras, pero sólo tengo dos.

--¡Ah! ¡Ah!

--Por tanto, siguen los consejeros del Parlamento, que producen quince libras.

--¿Y cuántos tenéis?

--Cuatro.

--Ignoraba que los consejeros fuesen de tanto provecho --dijo Aramis.

--Sí, pero de quince libras voy a parar inmediatamente a diez.

--¿A diez?

--Sí; por un juez ordinario, por un abogado, por un eclesiástico, diez libras.

--¿Y tenéis siete? ¡Excelente negocio!

--No, malo.

--¿En qué?

--¿Cómo queréis que no trate a esos desgraciados, que al fin son alguna cosa, como a un consejero del Parlamento?

--En efecto, tenéis razón; no veo cinco libras de diferencia entre ellos.

--Ya lo veis; si tengo un buen pescado, siempre lo pago a cuatro o cinco libras; si un buen pollo, me cuesta libra y media; alimento muy bien a los habitantes del corral, pero necesito comprar grano, y no podéis imaginaros el ejército de ratas que tenemos aquí.

--¿Y por qué no le oponéis una media docena de gatos?

—¡Ah! Sí; pero me he visto precisado a renunciar a ellos; juzgad cómo tratarían el grano. He tenido que tomar hurones, que hice venir de Inglaterra, para estrangular las ratas; pero los perros tienen un apetito feroz, y tragan tanto como un prisionero de quinto orden, sin contar con que algunas veces me estrangulan los conejos y los pollos.

¿Escuchaba o no escuchaba Aramis? Nadie hubiese sabido decirlo; sus ojos bajos indicaban al hombre atento, pero su mano inquieta anunciaba al hombre absorto.

Aramis meditaba.

—Os decía, pues —prosiguió Baisemeaux—, que un pollo mediano me costada libra y media, y un buen pescado cuatro libras; en la Bastilla se hacen tres comidas; y, como los presos no tienen ocupación, siempre comen; un hombre de diez libras me cuesta siete y diez sueldos.

--¿Pero no me decíais que tratábais a los de diez libras como a los de quince?

--Sí.

--Luego os ganáis siete libras y diez sueldos en los de quince libras.

--Es preciso compensar. . . --dijo Baise-meaux, que comprendió se había dejado coger.

--Tenéis razón, querido alcaide. Pero, ¿no tenéis prisioneros de menos de diez libras?

-- Ciertamente, los procuradores y los plebeyos.

-- ¿A cuánto?

--A cinco libras.

--¿Y qué comen?

--¡Vaya! Ya comprenderéis que no se les dará todos los días un pollo asado ni vinos de España a cada comida; pero, en fin, siempre ven un buen plato tres veces a la semana.

-- Eso es filantropía, querido alcaide, y debéis arrumaros.

--No; cuando el de quince libras no acaba su pollo o el de diez deja un buen pedazo, se lo envió al de cinco libras; esto es un regalo para el infeliz diablo. ¿Qué queréis? Es preciso ser caritativo.

--¿Y cuánto sacáis de los de cinco libras?

--Treinta sueldos.

--Vamos, sois un hombre honrado.

--Gracias.

--No; lo digo de verdad.

--Gracias, monseñor; pero creo que tenéis razón. ¿Sabéis por qué sufro?

--Pues por los plebeyos y los letrados, tasados en tres libras. Estos no ven muchas veces carpas del Rin ni sollos de la Mancha.

-- ¿Pues no dejan nada los de cinco libras?

—¡Oh! Monseñor, no soy un ladrón; colmo de honor al plebeyo y al letrado dándole un ala de perdiz, un filete de corzo, un pedazo de pastel trufado, manjares que no han visto jamás sino en sueños; al fin, son los restos de las veinticuatro libras, pero comen, beben y gritan: “¡Viva el rey!”, bendiciendo la Bastilla; con dos botellas de un vinillo de Champagne que compro a cinco sueldos, les emborracho todos los domingos. ¡Oh! Me bendicen, echan de menos la prisión cuando salen de ella. ¿Sabéis lo que he notado?

—No, en verdad.

—He notado... ¿Sabéis que éste es un honor para mi casa? Pues bien, he notado que ciertos presos libertados se han hecho encarcelar otra vez inmediatamente. ¿Por qué sería, sino por disfrutar de mi cocina?

Aramis sonrió con aire de duda.

—¿Sonreís?

—Sí.

--Os aseguro que hemos registrado nombres tres veces en el espacio de dos años.

-- Necesitaría ver eso para creerlo.

--¡Oh! Puede verse, aunque esté prohibido participar los registros a los extraños.

--Lo creo.

-- Pero vos, monseñor, si queréis verlo por vuestros propios ojos ... Confieso que me gustaría.

-- ¡Pues sea!

Baisemeaux abrió un armario y sacó un gran registro.

Aramis lo siguió ávidamente con los ojos.

Baisemeaux volvió, puso el registro sobre la mesa, lo hojeó un instante, y se detuvo en la letra M.

-- Aquí tenéis --dijo--; mirad.

-- ¿Qué?

-- Martinier, enero 1659. Martinier, junio 1660. Martinier, marzo 1661; libelos, mazari-nadas, etc. Ya comprenderéis, que esto sólo es un pretexto. El compadre iba a denunciarse a sí propio a fin de que lo *embastillaran*.

-- ¿Y con qué objeto?

-- Con el de volver a comer de mi cocina por tres libras.

-- ¡Por tres libras! ¡Infeliz!

--Sí, monseñor; el poeta se halla en el último grado, y tiene cocina de plebeyo y de letrado.

Y Aramis volvía maquinalmente las hojas del registro, leyendo sin parecer interesarse por los nombres que leía.

-- ¡Ah! ¡Seldón! --exclamó de pronto--. Me parece que conozco este nombre. ¿No fuísteis vos quien me habló de un joven...?

—¡Sí, sí! Un pobre diablo de estudiante que hizo... ¿Cómo llamáis a esos dos versos latinos que suenan bien?

—Un dístico.

—Eso es.

— ¡Infeliz! ¡Por un dístico! ¡Diablo! ¿Sabéis que el dístico era contra los jesuitas?

—Es igual; el castigo me parece duro.

—El año pasado me parece que os interesásteis por él.

—Sin duda.

—Y como vuestro interés es aquí omnipotente, desde aquel día lo trato como a los de quince libras.

—¿Cómo a éste? —dijo Aramis, que se había detenido en uno de los nombres que seguían al de Martinier.

—Cabalmente, como a ése.

--¿Es un italiano este Marchiali? --preguntó Aramis, señalando con el dedo el nombre que había llamado su atención.

--¡Chito! --murmuró Baisemeaux.

--¡Cómo chito! --dijo Aramis crispando involuntariamente su blanca mano.

--Creo haberos hablado ya de este Marchiali.

--No, esta es la primera vez que oigo pronunciar su nombre.

--Es posible; os habré hablado sin nombraroslo.

--¿Es un viejo pescador? --dijo Aramis tratando de sonreír.

--Por el contrario, es muy joven.

--¡Ah! ¡Ah! ¿Tan grande su crimen?

--¡Imperdonable!

--¿Ha asesinado?

--¡Bah!

--¿Ha incendiado?

--¡Bah!

-- ¿Ha calumniado?

--¡Bah! . . ; es el que. . .

Y Baisemeaux acercóse al oído de Aramis; haciendo con sus manos una trompeta acústica.

--Es el que se permite parecerse

--¡Ah! Sí, sí --dijo Aramis--. Efectivamente, ya me hablásteis el año pasado de él; pero me había parecido tan ligero el crimen..

--¡Ligero!

--O más bien, tan involuntario...

--Monseñor, tal semejanza no se sorprende involuntariamente.

--En fin, lo había olvidado. Pero me parece que nos llaman --observó Aramis --cerrando el registro.

Baisemeaux encerró éste en el armario, y se guardó la llave en el bolsillo.

-- ¿Queréis que almorcemos, monseñor? Porque, en efecto, nos llaman para almorzar.

--Cuando gustéis, mi querido alcaide.

Y pasaron al comedor.

XCVII

EL ALMUERZO DEL SEÑOR BAISE-  
MEAUX

Aramis solía ser sobrio; pero esta vez hizo honor al almuerzo de Baisemeaux, que, por otra parte, era excelente.

Este estaba contentísimo; el aspecto de los cinco mil doblones, hacia los cuales volvía de cuando en cuando los ojos, ensanchaba su corazón y, de vez en cuando, miraba a Aramis con dulce enternecimiento.

Este se repantigaba en su silla y tomaba algunas gotas, de vino que saboreaba como buen catador.

--Que no vuelvan á hablarme mal de la Bastilla --dijo secamente guiñando los ojos--. ¡Felices los presos que tengan al día media botella de Borgoña!

--Todos los de a quince francos lo beben --contestó Baisemeaux.

--¿De suerte que nuestro pobre escolar, nuestro pobre Seldón, no lo prueba?

--¡No, no!

--Creo haberos oído decir que era de los de quince libras..

—¡El! ¡Nunca! Un hombre que hace discos...  
¿Cómo dijísteis?

—Dísticos, dije.

—¡A quince libras! Su vecino sí que las paga.

—¿Su vecino?

—Su vecino.

—¿Cuál?

— El otro; el segundo Bertaudière.

— Perdonad, mi querido alcaide, pero habláis una lengua que necesita cierto aprendizaje.

—Es cierto: Segundo Bertaudière quiere decir el que ocupa el segundo piso de la torre de la Bertaudière.

—De suerte que Bertaudière es el nombre de una de las torres de la Bastilla.

— En efecto, he oído decir que cada torre tiene su nombre. ¿Dónde está ésa?

--Mirad --contestó Baisemeaux yendo hacia la ventana--, es aquélla, la segunda de la izquierda.

--¡Ah! ¿Ahí está el preso de quince libras?

-- ¿Cuánto tiempo hace?

-- ¡Diablo! Siete u ocho años, poco más o menos.

-- ¡Poco más o menos! ¿No sabéis fijamente las fechas?

--Eso no era en mi tiempo, mi querido señor de Herblay.

--Pero Louviere o Tremblay pudieron instruirlos.

-- ¡Oh, mi querido señor!... Perdón, perdón, monseñor.

--No hagáis caso de eso. Decíais...

--Decía que los secretos de la Bastilla no se transmiten con la llave de su alcaidía.

--¡Ah! ¿De modo que es un misterio ese preso, un secreto de Estado?

--No creo que sea secreto de Estado; pero sí secreto, como todo chanto se hace en la Bastilla.

--Bien --dijo Aramis--; entonces, ¿por qué habláis más libremente de Seldón que de...?

--¿Que del segundo Bertaudière? Porque el crimen de un hombre que ha hecho un dístico es menos grande que el de un hombre que se parece al...

--Sí, sí, os comprendo, pero los carceleros...

--¿Qué?

--Hablan con los presos.

--Sin duda.

--Pues, deben entonces haberles dicho que no son culpables.

--Eso dicen siempre; es la fórmula general.

—Sí, mas esa semejanza de que hablábais ahora poco ¿no puede chocar a los carceleros?

—¡Oh, mi querido señor de Herblay! Es necesario ser hombre de Corte, como vos, para ocuparse de todos esos detalles.

— Tenéis mil veces razón, mi querido señor Baisemeaux; una gota más de ese Borgoña, si gustáis.

— Una gota no, un vaso.

—No, no. Vos habéis permanecido mosquetero hasta la punta de las uñas, mientras que yo me hecho obispo. Una gota para mí, y un vaso para vos.

—Corriente.

Aramis y el alcalde bebieron.

— Además —dijo Aramis—, eso que llamáis, una semejanza, otro cualquiera quizá no lo notaría.

—¡Oh, sí! Cualquiera otro que conozca a la persona a que se parece...

— Creo, señor Baisemeaux, que todo eso es ilusión de vuestro espíritu.

—Mi palabra que no.

— Oid —continuó Aramis—, yo he visto muchas personas parecerse al que decimos; pero no se habla de ello por respeto.

—Sin duda, porque hay parecidos y parecidos; éste es notable, y si lo vierais...

—¿Qué?

— Convendrías en ello.

—Si yo lo viese —repuso Aramis con aire de indiferencia—; pero no lo veré, según toda probabilidad.

—¿Y por qué?

--Porque, con sólo poner el pie en uno de esos espantosos calabozos, me creería encerrado para siempre.

--¡No tal! La habitación es buena.

--¿Cómo que es buena?

--Que no os creo.

--¡Vaya! No habléis mal del segundo Bertaudière; es una habitación buena, amueblada agradablemente, con su alfombra ...

--¡Diantre!

--¡Sí, sí! No ha tenido mala suerte ese mozo; la mejor vivienda de la Bastilla ha sido para él.

--Vamos --dijo fríamente Aramis--; nunca me haréis creer que hay buenas habitaciones en la Bastilla, y en cuanto a las alfombras...

--¿Qué?

--Que sólo existen en vuestra imaginación; yo veo arañas, ratas y hasta sapos.

-- ¿Sapos! ¡Ah! . En los calabozos, no digo.

--Veo pocos muebles y ninguna alfombra.

--¿Sois hombre para convenceros con vuestros mismos ojos? --preguntó Baisemeaux con entusiasmo.

--¡No! ¡Oh! ¡Pardiez, no!

-- ¿Ni aun para aseguráros de ese parecido que negáis como la alfombra?

--¡Algún espectro, alguna sombra! ¡Un desgraciado moribundo!

--¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Un mozo tan fuerte como el Puente Nuevo!

--¡Melancólico, pálido!

--Os digo que no; un bromista.

--¡Vamos!

--Esa es la palabra; está dicho.

--¡Imposible!

--Venid.

--¿Adónde?

--Conmigo.

--¿Para qué?

--Para dar una vuelta por la Bastilla.

--¿Cómo?

--Veréis, veréis vos mismo, con vuestros propios ojos.

-- ¿Y los reglamentos?

--No tengáis cuidado. Hoy ha salido mi mayor, el sotoalcaide está de ronda en los baluartes, y somos dueños de casa.

--No, no, mi querido alcaide; sólo de pensar en el ruido de los cerrojos me dan calofríos.

--¡Vamos!

--¿Y si luego me olvidáis en algún tercero o cuarto Bertaudière?... ¡Cáscaras!

--¿Queréis hacerme reír?

--No, os hablo seriamente.

--Rechazáis una ocasión única. ¿Sabéis que para lograr el favor que os propongo gratis, ciertos príncipes de la sangre han ofrecido hasta cincuenta mil libras?

--¿Conque es eso tan curioso?

--¡El fruto prohibido, monseñor! ¡El fruto prohibido! Vos, que sois de la Iglesia, debíais de saber esto.

--No. Si yo tuviera alguna curiosidad, sería por el pobre escolar del dístico.

--Pues lo veremos; precisamente habita el tercero Bertaudière: ¿Por qué decís precisamente?

--Porque si yo tuviese alguna curiosidad, sería por la hermosa habitación alfombrada y por su locutorio.

—¡Bah! Muebles... una figura insignificante... Eso no tiene interés.

—Un quince libras, monseñor, siempre es interesante.

—Justamente, me olvidaba preguntáros eso. ¿Por qué quince libras a éste, y sólo tres al pobre Seldón? ¡Ah! Es una cosa admirable esta distinción, y en ella se manifiesta la bondad del rey...

—¡Del rey! ¡Del rey!

—Del cardenal, quiero decir. "Este desgraciado, dijo para sí Mazarino, está destinado a vivir siempre preso."

—¿Por qué?

—¡Toma! Me parece que su crimen es eterno, y, por tanto, el castigo debe serlo también.

—¡Eterno!

--Sin duda; si no alcanza la fortuna de tener viruelas, ya comprendéis; y aun esto no es fácil, porque no se respiran malos aires en la Bastilla.

--Vuestro razonamiento no puede ser más ingenioso, querido Baisemeaux.

--¿Es cierto?

--Luego queréis decir que, debiendo sufrir, ese desgraciado, sin tregua y sin fin...

--Yo no he dicho sufrir, monseñor; un quince libras no sufre.

-- Sufrir, al menos, la prisión.

--Sin duda, es una fatalidad; pero se le dulcifica este sufrimiento. Finalmente, tendréis que convenir en que ese galopín no había venido al mundo para comer las cosas que come. ¡Pardiez! Mirad, aquí tenemos este pastel intacto, y estos cangrejos que apenas hemos tocado, cangrejos del Marne, grandes como langostas. Pues bien, todo esto va a to-

mar el camino del segundo Bertaudière, con una botella de ese vino que os parece tan excelente. Cuando lo veáis, espero que no dudéis.

—No, mi querido alcaide, no; pero, con todo, sólo pensáis en un bienaventurado quince libras; olvidando siempre al desgraciado Seldon, mi protegido.

—Por consideración a vos, hoy será día de fiesta para él, y tendrá bizcochos y confituras, con una botella de Oporto.

—Sois un buen hombre; os lo repito.

—Vamos, vamos —dijo el alcaide, un poco aturdido, mitad por el vino y mitad por los elogios de Aramis.

—Hago esto sólo por complaceros —dijo el obispo.

—¡Oh! Ya me daréis las gracias.

—Pues, vamos.

—Esperad que llame al llavero. Baisemeaux dio dos golpes; un hombre apareció.

—¡Voy a las torres! —exclamó el alcaide—. Nada de guardias, ni de tambores . . . ¡En fin, nada de ruido!

—Si no dejara aquí la capa —repuso Aramis afectando miedo—, creería que iba a la cárcel por mi propia cuenta.

El llavero precedió al alcaide; Aramis tomó la derecha; los soldados que andaban por el patio se cuadraron al paso del alcaide.

Baisemeaux hizo subir a su huésped varios escalones que conducían a una especie de explanada; de allí pasaron al puente levadizo, en el cual recibieron al alcaide los centinelas y lo reconocieron.

— Señor —dijo entonces el alcaide, dirigiéndose a Aramis, — y hablando de suerte que los centinelas oyesen sus palabras—, tenéis buena memoria, ¿no es verdad?

--¿Por qué lo decís? --dijo Aramis:

-- Por vuestros planos y medidas, pues ya sabéis que no es permitido, ni aun a los arquitectos, entrar en las prisiones con papel, pluma o lápiz.

“Bien --dijo Aramis para sí--; parece que yo soy arquitecto. ¿Será esto alguna otra burla de Artagnan, que me vio de ingeniero en Belle Isle?”

Luego, añadió en voz alta:

--Tranquilizaos, señor alcaide; en nuestro oficio bastan el golpe de vista y la memoria.

Baisemeaux no pestañeó, y los soldados tomaron a Aramis por lo que parecía ser.

--Ea, vamos primero a la Bertaudière --dijo Baisemeaux, siempre con la intención de que los centinelas lo oyeran.

-- Vamos --respondió Aramis.

--Aprovecha la ocasión --dijo el alcaide al llavero-- para llevar al número 2 la comida que he designado.

--El número 3, mi querido señor Baisemeaux, el número 3, que siempre lo olvidáis.

-- Es cierto. Subieron.

Los cerrojos, llaves y rejas que había para este solo patio, hubiesen bastado para la seguridad de la ciudadela entera.

Aramis no era un soñador ni un hombre sensible; había hecho versos en su juventud; mas tenía seco el corazón, como todo hombre de cincuenta y cinco años que ha amado mucho a las mujeres, o mejor, que ha sido muy amado por ellas.

Pero, cuando colocó el pie sobre los escalones de piedra gastados por donde pasarán tantos desdichados; cuando se sintió impregnado en la atmósfera de aquellas oscuras bóvedas, humedecidas de lágrimas, sin duda se estreme-

ció, porque inclinó la frente, se turbaron sus ojos y siguió a Baisemeaux sin decir palabra.

## XLVIII

### EL SEGUNDO DE LA BERTAUDIÈRE

En el segundo piso, sea por fatiga o por emoción, faltó la respiración al visitante, y se arrimó a la pared.

—¿Queréis comenzar por éste? —dijo Baisemeaux—. Ya que vamos ir de uno a otro, poco importa que subamos del segundo al tercer o al contrario. Además, también hay que hacer algunas reparaciones en este cuarto —añadió al distinguir al carcelero que estaba al alcance de su voz.

—¡No, no! —exclamó Aramis—. Primero arriba, señor alcaide, que es lo que precisa más.

Y continuaron subiendo.

--Pedid las llaves al carcelero --dijo en voz baja Aramis.

--Con sumo gusto.

Baisemeaux abrió la puerta de la tercera sala. El llavero entró el primero, y puso sobre la mesa las provisiones que le había encargado el bueno del alcaide.

Y salió inmediatamente.

El preso no había hecho ningún movimiento.

Entonces entró Baisemeaux, en tanto que Aramis se quedaba a la puerta.

Desde ella vio a un joven, un niño de dieciocho años, que, levantando la cabeza al oír el ruido inusitado, se tiró de la cama viendo al alcaide, y exclamó juntando las manos:

--¡Madre mía! ¡Madre mía!

Tanto dolor expresaba el acento de este joven, que Aramis se estremeció a pesar suyo.

--Mi querido huésped --díjole Baisemeaux sonriendo----, os traigo una distracción y un extraordinario; una para el espíritu, el otro para el cuerpo; este señor viene a tomar algunas medidas, y aquí tenéis confituras para los postres.

--¡Oh señor! --dijo el joven--. Dejadme solo durante un año, alimentadme de pan y agua, pero decidme que transcurrido un año saldré de aquí y volveré a vera mi madre.

--Pero, querido --dijo Baisemeaux--, os he oído decir que vuestra madre era muy pobre, y que no estábais muy bien alojado en su casa, mientras que aquí, ¡caramba!

--Si es pobre, razón de más para que le vuelvan su sostén; mal alojado, decís; ¡oh!, siempre se está bien cuando uno es libre.

--En fin, ya que decís que no habéis hecho más que ese desgraciado dístico. . .

--¡Y sin intención alguna, os lo juro! Yo leía a Marcial cuando concebí la idea. ¡Oh! Que me

castiguen, que me corten la mano con que lo escribí, yo trabajaré con la otra; pero que me devuelvan a mi madre.

--Hijo mío --repuso Baisemeaux--, ya sabéis que eso no depende de mí; yo no puedo hacer más que aumentaros un bizcocho entre dos platos.

--¡Dios mío! --exclamó el joven echándose a rodar por el suelo. Incapaz Aramis de soportar por más tiempo aquella escena, se retiró al descansillo.

--¡Infeliz! --murmuró en tono bajo.

--¡Oh! Sí, señor, -- muy desgraciado; pero la culpa es de sus padres.

--¡Cómo!

--Sin duda... ¿Por qué le han hecho aprender latín? Ya véis que la mucha ciencia perjudica; yo no sé leer ni escribir... y por eso no estoy en prisión.

Aramis miró a aquel hombre, que llamaba no estar en prisión ser carcelero de la Bastilla.

En cuanto a Baisemeaux, viendo el poco efecto de sus consejos y de su vino de Oporto, salió todo turbado.

—¡Eh; eh! ¡La puerta, la puerta! —dijo el carcelero—. Os olvidáis de cerrar la, puerta.

—Es cierto dijo Baisemeaux—. Toma, ahí tienes las llaves.

—Yo pediré el perdón de ese niño —dijo Aramis.

—Y si no lo alcanzáis —dijo Baisemeaux—; pedid por lo menos que lo eleven a diez libras, con lo cual ganaremos los dos.

—Si el otro preso llama también a su madre, prefiero no entrar, y tomaré desde fuera las medidas convenientes.

—¡Oh! No tengáis miedo, señor arquitecto —dijo el carcelero—; éste es dulce como un corde-

ro; para llamar a su madre sería preciso que hablase, y no habla nunca.

--Vamos, entonces --dijo Aramis sordamente.

--¿Sois arquitecto de las cárceles? --dijo el llavero.

--¿Y no estáis acostumbrado a estas cosas? ¡Es sorprendente! Aramis comprendió que para no inspirar sospechas era preciso ejercitar todas sus fuerzas. Baisemeaux abrió la puerta y dijo al llavero:

--¡Quédate fuera, y aguardanos abajo!

El hombre obedeció, y se retiró. Entonces se vio, entre la luz que entraba por la ventana. enrejada de la sala, a un hermoso joven, de pequeña estatura, pelo corto y barba ya naciente; estaba sentado en un escabel, con el codo en un sillón que le servía de apoyo.

Su traje, echado sobre la cama, era de fino terciopelo negro, y él aspiraba el aire fresco que penetraba en su pecho cubierto con una camisa de la mejor batista.

Cuando el alcaide entró, el joven volvió la cabeza con un movimiento lleno de abandono, y al reconocer a Baisemeaux se levantó y saludó cortésmente.

Pero, cuando sus ojos volviéronse hacia Aramis, que estaba en la sombra éste se estremeció; palideció, y el sombrero que tenía en la mano se le escapó, como si todos sus músculos se hubieran distendido a la vez.

Habituado Baisemeaux a la presencia de su prisionero, parecía no participar de ninguna de las sensaciones de Aramis; depositó sobre la mesa el pastel y los cangrejos, como hubiera podido hacer el más celoso servidor. Así ocupado, no advirtió la turbación de su huésped.

Al terminar, dijo al joven preso:

-- Buena cara tenéis. ¿Cómo va?

--Muy bien, gracias --respondió el joven.

Aquella voz trastornó a Aramis. A pesar suyo avanzó un paso, con labios trémulos.

Fue tan visible este movimiento, que no pudo escapar a Baisemeaux.

--He aquí un arquitecto que va a examinar la chimenea --dijo el alcaide--. ¿Echa humo?

-- Nunca, señor.

--Decíais que no podía ser feliz un preso --dijo Baisemeaux, frotándose las manos--, sin embargo, aquí hay uno que lo es, y que no se queja. ¿Es cierto?

--Nunca.

-- ¡No os aburrís! --dijo Aramis.

--Nunca.

--¿Qué tal? --dijo Baisemeaux--. ¿Tenía yo razón?

—¡Toma! ¡Qué queréis, mi querido alcaide, menester es rendirse a la evidencia. ¿Se permite hacerle preguntas?

—Cuántas queráis.

—Pues, hacedme el favor de preguntarle si sabe por qué está aquí.

— El señor me encarga os pregunte —dijo Baisemeaux— si conocéis la causa de vuestra detención.

—No, señor —dijo el joven—; no la conozco.

—¡Es imposible! —dijo Aramis—. Si la ignorarais, estaríais furioso.

—Lo estuve en los primeros días.

—¿Por qué no ya?

—Porque he reflexionado.

—¡Es extraño! —murmuró Aramis.

—¿No es verdad que es sorprendente? —dijo Baisemeaux

--¿Y en qué habéis reflexionado? --preguntó Aramis--. ¿Puede saberse?

--En que no habiendo hecho ningún crimen, Dios no puede castigarte.

--Pero, ¿qué es la prisión --preguntó Aramis-- sino un castigo?

--¡Ay! --dijo el joven--. Yo no sé; todo cuanto puedo deciros es que es todo lo contrario de lo que yo temía hace siete años.

--Al oíros y ver vuestra resignación, está uno tentado a creer que amáis la cárcel.

--La soporto.

-- ¿Con la certeza de ser libre algún día?

-- No tengo certeza, señor; esperanza, nada más; y no obstante, cada día, lo confieso, se pierde esa esperanza.

--¿Y por qué no habéis de ser libre, habiéndolo sido ya?

--Esa es precisamente la razón que me impide esperar la libertad respondió el joven--. ¿Por qué me habían de encarcelar teniendo intención de dejarme libre más tarde?

--¿Qué edad tenéis?

--No sé.

-- ¿Cómo os llamáis?

--He olvidado el nombre que me daban.

--¿Vuestros padres?

--Nunca los he conocido.

-- Pero, ¿y a los que os han criado?

--No me llamaban más que hijo.

--¿Amabais a alguien antes de venir aquí?

--A mi nodriza y a mis flores.

--¿Es eso todo?

--También amaba a mi criado.

--¿Echáis de menos esa nodriza y ese criado?

--Mucho lloré cuando fallecieron.

-- ¿Murieron antes o después de encerraros?

--La víspera del día en que me robaron.

--¿Los dos a un tiempo?

--Los dos a un tiempo.

--¿Y cómo os robaron?

--Un hombre llegó en busca mía, me hizo subir en una carroza, y me condujo aquí..

--¿Reconoceríais a ese hombre?

-- Llevaba una máscara.

--¿No es extraordinaria esta historia? --dijo en voz baja Baisemeaux a Aramis.

Este apenas podía respirar.

--Sí, extraordinaria --murmuró. --Pero lo más extraordinario todavía es que jamás me ha dicho tanto como a vos ahora.

--Quizá será porque no le habéis preguntado  
--dijo Aramis.

--Es posible; yo no soy curioso --respondió el alcaide--. Por lo demás, ya veis qué hermosa es la sala, ¿no?

--Muy hermosa.

--Una alfombra...

--Soberbia.

--Apuesto a que no tenía otra semejante antes de venir aquí.

--Lo creo.

Luego, volviéndose hacia el joven:

--¿No recordáis haber sido visitado nunca por alguien? --preguntó Aramis.

--¡Oh! Sí tal; tres veces por una mujer, que cada vez se paraba en coche a la puerta, y entraba cubierta con un velo que nunca alzó sino cuando estábamos solos y encerrados.

--¿Y os acordáis de esa mujer?

--Sí.

-- ¿Qué os decía?

--Me preguntaba lo mismo que vos; si era dichoso y si me aburría.

-- ¿Y cuando llegaba o se marchaba?

--Me cogía en sus brazos y me estrechaba contra su pecho.

--¿La recordáis?

--Perfectamente.

--Digo si recordáis bien las facciones de su semblante.

--Sí.

--Luego la reconoceríais si la casualidad os la pusiere delante u os condujese a ella...

--¡Oh! Ciertamente que sí.

Un relámpago de satisfacción pasó por la frente de Aramis.

En aquel momento oyó Baisemeaux al llavero que subía.

—¿Queréis que salgamos? —preguntó vivamente a Aramis. Probablemente, ya sabía éste todo lo que quería saber.

—Cuando gustéis —dijo.

El joven violes disponerse a salir, y les saludó cortésmente. Baisemeaux respondió con una simple inclinación de cabeza.

Aramis, teniendo respeto a la desgracia, saludó profundamente al prisionero.

Salieron. Baisemeaux cerró la puerta.

—Y bien —preguntó Baisemeaux en la escalera—, ¿qué decís de todo esto?

—He descubierto el secreto, mi querido alcaide.

-- ¡Bah! ¿Y qué secreto es ése?

--En aquella casa se cometió un asesinato.

--¡Vamos!

--¿Os olvidáis de la nodriza y el criado muertos el mismo día?

-- ¿Y qué?

--Veneno.

--¡Ah! ¡Ah!

--¿Qué decís?

--Que podría muy bien ser cierto. ¡Qué! ¿Sería un asesino este joven?

-- ¿Y quién os dice eso? ¿Cómo queréis que el pobre niño sea un asesino?

--Eso es lo que yo decía.

--El crimen se cometió en su casa; eso basta; quizá vio él a los criminales y temen que hable.

--¡Demonio! ¡Si yo supiera eso!

--Redoblaría la vigilancia.

--¡Oh! No tiene la menor traza de querer evadirse.

-- ¡Oh! No conocéis a los presos.

--¿Tiene libros?

--Nunca; prohibición absoluta de dárselos.

--¿Absoluta?

--De puño y letra del señor Mazarino.

--¿Y tenéis esa nota?

--Sí, monseñor. ¿Queréis verla al ir a recoger vuestra capa?

-- Con mucho gusto; soy muy aficionado a los autógrafos.

--Este es de una certidumbre absoluta, sólo tiene una tachadura.

--¡Ah! ¡Una tachadura! ¿Y con qué propósito?

--Por una cifra.

--¿Una cifra?

--Sí; primero decía: "Pensión de 50 libras."

--Como los príncipes de la sangre, ¿eh?

--Mas el cardenal vería que se equivocaba y tachó el cero, poniendo un 1 delante del 5, pero, a propósito...

--¿Qué?

--No habláis del parecido.

--No hablo, querido señor Baisemeaux, por una razón muy sencilla; no hablo porque no existe.

--¡Oh! ¿Qué decís?

--Oh, que si existe está en vuestra imaginación; y aunque existiera, me parece que haríais muy bien en no hablar de ella.

--¡Verdaderamente!

--Ya comprenderéis que el rey Luis XIV os aborrecería mortalmente si supiera que contri-

buíais a extender el rumor de que uno de sus súbditos tiene la audacia de parecersele.

—¡Es verdad, es verdad! —dijo Baisemeaux todo asustado—; pero yo no he hablado de la cosa sino con vos, monseñor, y cuento demasiado con vuestra discreción.

—¡Oh! No tengáis cuidado.

—En fin, ¿queréis ver esa nota? —dijo Baisemeaux.

—Indudablemente.

Charlando así, volvieron; Baisemeaux sacó del armario un registro particular, igual al que ya había visto Aramis, pero cerrado con una cerradura.

La llave que la abría formaba parte de un manojillo que llevaba siempre consigo Baisemeaux.

Poniendo el libro sobre la mesa, abrió por la letra M, Y enseñó a Aramis la nota en la colum-

na de las observaciones: *“Libros jamás; lienzos de gran finura, trajes escogidos. Nada de paseo, de cambio de carcelero, de comunicaciones. “Instrumentos de música; autorización para hacerle la vida agradable; 15 libras para alimentación. El señor Baisemeaux puede reclamar si las 15 libras no le son suficientes.”*

—Y reclamaré —dijo el alcaide. Aramis cerró el libro.

—Sí —dijo—: reconozco la letra del señor Mazarino. Ahora, mi querido alcaide — continuó como si esta última comunicación hubiera agotado su interés—, pasemos, si gustáis, a nuestros arreglillos.

—¿Qué término deseáis que señale?

— Fijadlo vos mismo.

—No señaléis término; hacedme un reconocimiento liso y llano de ciento cincuenta mil libras.

— ¿Exigibles ... ?

--A mi voluntad; mas ya comprenderéis que yo no querré hasta que vos queráis.

--¡Oh! Estoy tranquilo. Baisemeaux sonriendo--; pero ya, os he entregado dos recibos.

--Y por eso los rompo.

Lo cual hizo Aramis después de haberlos mostrado al alcaide. Vencido por tal prueba de confianza, Baisemeaux suscribió sin vacilar una obligación de ciento cincuenta mil libras, reembolsables a voluntad del prelado.

Aramís, que siguió el movimiento de la pluma; por encima del hombro del alcaide, se metió el papel en el bolsillo sin hacer ademán de leerlo, lo cual dio completa tranquilidad a Baisemeaux.

--Ahora --dijo el prelado--, no me querréis mal si os quito algún prisionero, ¿eh?

--¿Cómo es eso?

--Sin duda, logrando su perdón. ¿No os he dicho ya, por ejemplo, que el pobre Seldón me interesaba?

--¡Ah! ¡Es verdad!

--¿Y qué?

--Eso es cosa vuestra; obrad como gustéis. No ignoro que tenéis el brazo largo y la mano ancha.

--¡Adiós, adiós!

Y Aramis salió, llevándose las bendiciones del alcaide.

XLIX

LAS DOS AMIGAS

Mientras el señor Baisemeaux enseñaba a Aramis los presos de la Bastilla, una carroza se detenía a la puerta de la señora de Bellière, y a

aquella hora todavía matutina dejaba al pie de la escalinata a una joven envuelta en ropajes de seda.

Cuando anunciaron a la señora Vanel, la de Bellière estaba absorta leyendo una carta, que ocultó precipitadamente.

Hacía poco tiempo que acabara *su toilette* de la mañana, y las doncellas de su servicio aun estaban en la pieza inmediata.

Al nombre y a los pasos de Margarita Vanel, fue a su encuentro la señora de Bellière, y creyó ver en los ojos de su amiga un brillo que no era ni el de la salud ni el de la alegría.

Margarita la besó, le estrechó las manos y apenas le dio tiempo de hablar.

—Tú me olvidas, amiga mía: ¿Estás entregada a los placeres de la Corte?

—Ni siquiera he visto las fiestas de la boda.

—¿Qué haces entonces?'

--Me preparo para ir a Bellière. ¡A Bellière!

--Sí.

Campesina, entonces. Me gusta verte en esta disposición: Mas te encuentro pálida.

--No, me siento a las mil maravillas.

-- Tanto mejor; estaba inquieta. ¿No sabes lo que me habían dicho?

-- ¡Se dicen tantas cosas!

--¡Oh! Esta es extraordinaria.

-- ¡Cómo sabes consumir a tus oyentes, Margarita!

--Voy allá. Pero, temo enfadarte.

--¡Oh! Jamás. Tú misma admiras mi igualdad de carácter.

--Pues bien, dicen que... ¡Ah! Te digo que nunca podré confesarte esto.

--Pues no se hable más --dijo la señora de Bellière, que adivinaba alguna maldad tras estos preámbulos, pero que, sin embargo, se sentía devorada por la curiosidad.

--Pues bien, querida marquesa, dícese que de algún tiempo a esta parte no echas tan de menos al señor de Bellière, ¡el pobre hombre!

--Eso son perversas hablillas, Margarita; yo siento pesar, y lo sentiré siempre, por mi esposo; pero hace dos años que murió; yo no tengo más que veintiocho, y el dolor de su pérdida no debe dominar todas las acciones, todos los pensamientos de mi vida. Yo diría que tú, Margarita, la mujer por excelencia, no lo creerías.

-- ¿Por qué? ¡Tienes un corazón tan tierno! -- replicó con malicia la señora Vanel.

-- También tú lo tienes, Margarita, y no he visto que te dejases abatir por la pena cuando el corazón estaba herido.

Estas palabras eran una alusión directa a la ruptura de Margarita con el señor superintendente. Eran también un reproche velado, pero directo, al corazón de la joven.

Como si Margarita no hubiera aguardado más que esta señal para disparar su flecha, exclamó:

—¡Pues bien, Elisa, dicen que estas enamorada!

Y devoró con su mirada a la señora de Bellière, que no pudo menos de ruborizarse.

— Jamás se cansan de calumniar a las mujeres —replicó la marquesa, después de un instante de silencio.

—¡Oh! No te calumnian, Elisa.

— ¡Cómo! ¿Afirman que estoy enamorada, y no me calumnian?

—En primer lugar, si es cierto, no hay calumnia, sino maledicencia; luego, el público

no dice que tú te abandones a ese amor. Al contrario; te pinta como virtuosa amante, armada de garras y de dientes, encerrándote en tu casa como en una fortaleza, y fortaleza más impenetrable que la de Danae, por más que la torre de ésta fuera de bronce.

— Margarita, tú tienes talento —dijo temblando la señora de Bellière.

—Siempre me has lisonjeado, Elisa ... Dicen que eres incorrupta e inaccesible. De modo, que ya ves si te calumnian... Pero; ¿en qué piensas mientras te hablo?

—¿Yo?

—Sí, estás encendida y muda.

—Pienso —replicó la marquesa alzando sus hermosos ojos con un principio de cólera—, en que has podido hacer alusión, tú, tan entendida en mitología, al compararme con Dánae.

--¡Ah, ah! --exclamó Margarita riendo--. ¿En eso piensas?

-- Sí.

-- ¿No recuerdas que en el convento, cuando resolvíamos problemas de aritmética, siendo dado uno de los dos términos; nosotras debíamos encontrar el otro?

--No adivino lo que quieres decir.

--Nada más fácil, no obstante. Tú pretendes que estoy enamorada, ¿no es eso?

--Así me lo han dicho.

--Pues bien, no dirán que esté enamorada de una abstracción; citarán un nombre.

--Claro está que hay un nombre.

--Pues, querida, no es extraño que ande buscando ese nombre, ya que tú no me lo dices.

--Mi querida marquesa, al verte ruborizar, creí que no buscarías mucho tiempo.

--El nombre de Danae me ha sorprendido. Quien dice Danae, dice lluvia de oro, ¿no?

--Es decir, que el Júpiter de Danae se convirtió por ella en lluvia de oro.

--Luego mi amante. El que tú me das. . .

-- ¡Oh, perdón. Yo soy tu amiga, y no te doy a nadie.

-- ¡Sea!... Pero los enemigos...

-- ¿Quieres que te diga el nombre?

--Media hora hace que lo estoy esperando.

--Vas a oírlo. No te enfades, es un hombre poderoso.

--¡Bien!

La marquesa se clavaba en las manos sus uñas afiladas, como el paciente al acercarle el hierro.

--Es un hombre muy rico --prosiguió Margarita--, el más rico quizás. En fin, es...

La marquesa cerró un instante los ojos.

--Es el duque de Buckingham --dijo Margarita riendo a carcajadas.

La perfidia había sido calculada con increíble destreza. Este nombre, que se pronunciaba falsamente en vez del que la marquesa esperaba, hacía sobre la pobre mujer el mismo efecto que aquellas hachas mal afiladas que habían martirizado, sin matarlos, a los señores de Chalais y de Thou en sus cadalsos. Sin embargo, se repuso.

--Tenía razón --dijo--, llamándote una mujer de talento; me haces pasar un buen rato. La broma es encantadora... Jamás he visto al señor de Buckingham.

--¿Nunca? --dijo Margarita conteniendo la risa.

—No he puesto los pies en la calle desde que el duque está en París.

—¡Oh! —prosiguió la señora Vanel tendiendo su travieso pie hacia un papel que se agitaba cerca de la ventana sobre la alfombra—. Puede no verse; pero sí escribirse.

La marquesa se estremeció. Aquel papel era el sobre de la carta que leía cuando llegó su amiga. Aquel sobre tenía las armas del superintendente.

La señora de Bellière arrellanóse de tal modo en su asiento, que cubrió el papel con los anchos pliegues de su ropa.

— ¡Ed, Margarita! —dijo entonces—. ¿Has venido tan de mañana para decirme todas esas locuras?

—No, he venido para verte, primero, y para recordarte nuestras antiguas costumbres, tan gratas y tan buenas, ya sabes, cuando íbamos a pasear a Vincennes, y, bajo una encina, en un

soto, charlábamos de aquellos a quienes amamos y que nos aman.

—¿Me propones un paseo?

—Tengo mi carroza y tres horas libres.

—No estoy vestida, Margarita ... y ... si quieres que hablemos, sin ir al bosque de Vincennes, encontraremos en el jardín un hermoso árbol, espesas olmedas, césped esmaltado de margaritas blancas, y todo ese olor de violeta que se siente desde aquí.

—Amiga mía, siento que te niegues. . . Necesitaba desahogar mi corazón en el tuyo.

— Te lo repito, Margarita, mi corazón te pertenece, lo mismo en esta sala, o bajo los tilos de mi jardín, como allá, bajo una encina en el bosque.

—Para mí no es lo mismo una cosa que otra. Acercándome a Vincennes, marquesa, acerco

mis suspiros hacia el lugar a que tienden hace algunos días.

La marquesa alzó de pronto la cabeza.

—Te sorprende que todavía piense en Saint Mandé, ¿no es verdad?

—¡En Saint Mandé! —exclamó la señora de Bellière.

Y las miradas de ambas cruzáronse como dos espadas al primer lance del combate.

—¿Tú, tan orgullosa? —dijo la marquesa.

—Yo... ¡Tan orgullosa!... —replicó la de Vanel—. Así soy yo ... No perdono el olvido, ni tolero la infidelidad. Cuando, yo dejo y lloran, estoy tentada por amar todavía, pero cuando me dejan y se ríen, amo locamente.

La señora de Bellière hizo un movimiento involuntario.

“Está celosa”, se dijo Margarita. Y añadió en voz alta:

--¿Luego estás perdidamente enamorada... del señor de Buckingham... digo.. del señor Fouquet?

Elisa sintió el golpe, y toda su sangre afluyó al corazón.

--Y deseabas ir a Vincennes... ¡a Saint Mandé!

--No sé lo que quería, pero tú me habrías aconsejado, quizá.

--¿En qué?'

--Lo has hecho algunas veces.

--Pero no en esta ocasión; porque, yo, no perdono cómo tú. Amo menos, quizá; pero, cuando mi corazón ha sido lastimado, es para siempre.

--Pero el señor Fouquet no te ha lastimado -- dijo con candor virginal Margarita Vanel.

-- Comprendes perfectamente lo que quiero decirte. El señor Fouquet no me ha ofendido; no me es conocido por favor, ni por injuria; pero tú

tienes que quejarte de él. Tú eres mi amiga, y yo no te aconsejaría como tú quisieras.

—¡Ah! ¿Prejuzgas?

—Los suspiros a que tú aludías son más que indicios.

—¡Ah! Me abrumas —dijo —de repente la joven, reuniendo todas sus fuerzas como atleta que se apresta a dar el último golpe—; tú no cuentas más que con mis malas pasiones y con mis debilidades. De mis sentimientos puros y generosos, no hablas nada. Si me siento arrasada en este momento hacia el señor superintendente, si llego a dar un paso hacia él, lo que es probable, es porque la suerte del señor Fouquet me conmueve profundamente y porque es, según creo, uno de los hombres más desgraciados que existen.

—¡Ah! —dijo la marquesa apoyando una mano en su corazón—. ¿Hay algo de nuevo?

—¿No sabes, pues ... ?

--No sé nada --dijo la señora de Bellière con esa palpitación de la angustia que suspende el pensamiento y la palabra, que suspende hasta la vida.

-- Querida mía, en primer lugar, todo el favor del rey se ha retirado del señor Fouquet para pasar al señor Colbert.

--Sí, eso dicen.

--Y es cosa clara, desde el descubrimiento del complot de Belle Isle.

--Habíanme asegurado que ese descubrimiento de fortificaciones se había vuelto en honra del señor Fouquet.

Margarita se echó a reír de un modo tan cruel, que la señora de Bellière le hubiera clavado en aquel momento un puñal en el corazón.

--Querida mía --prosiguió Margarita--, no se trata ya del honor del señor Fouquet, sino de

su salvación. Antes de tres días estará consumada la ruina del superintendente.

—¡Oh! —exclamó la marquesa sonriendo a su vez—. Eso es ir muy de prisa.

—He dicho tres días, porque me gusta gozar de una esperanza; pero, sin, duda, la catástrofe no pasará de veinticuatro horas.

—¿Y por qué?

—Por la razón más sencilla: el señor Fouquet no tiene ya dinero.

—En las finanzas, mi querida Margarita, hoy no tiene dinero quien mañana puede disponer de millones.

—Eso podía suceder al señor Fouquet cuando tenía dos amigos opulentos y hábiles que reunían para él la plata de todos los cofres; pero esos amigos han muerto.

—Los escudos no mueren, Margarita; están ocultos; se les busca, se les compra, y aparecen.

--Tú ves las cosas de blanco y rosa: mejor para ti. ¡Lástima que no seas la Egeria de Fouquet, para que le indicases la fuente de donde sacar los millones que Su Majestad le pidió ayer!

--¿Millones? --dijo la marquesa con terror.

--Cuatro... número par.

--¡Infame!--murmuró la de Bellière, torturada por aquella feroz alegría--. Creo que el señor Fouquet tendrá muy bien cuatro millones --replicó valerosamente.

--Si tiene los que el rey le pide hoy --dijo Margarita--, quizá no tendrá los que le exija dentro de un mes.

--¿Le volverá a pedir el rey?

--Sin duda, y por eso te decía que la ruina de ese desgraciado señor Fouquet era infalible. Por orgullo, le suministrará dinero, y, cuando ya no tenga, caerá.

--Es verdad --dijo la marquesa estremeciéndose--, el plan es hábil... Dime, ¿el señor Colbert aborrece al señor Fouquet?

--Creo que no le quiere... Ese señor Colbert es un hombre poderoso, y visto de cerca, gana concepciones gigantescas, voluntad, discreción ... Irá lejos.

-- ¿Será superintendente?

--Es probable... Por eso, mi buena marquesa, me sentía conmovida, en favor de ese pobre hombre, que me ha amado y aun adorado; por eso, al verlo tan desgraciado, me perdonaba su infidelidad... de la que se arrepiente, tengo motivos para creerlo; por eso pensaba llevarle un consuelo, un buen consejo; hubiera comprendido mi intención y me lo habría agradecido. Es muy grato ser amado. Los hombres aprecian mucho el amor cuando no están cegados por el poder.

Aturdida la marquesa, anonadada por estos crueles ataques, calculados con la precisión de un tiro de artillería, no sabía ya qué responder, ni qué pensar. La voz de la pérfida había tomado las más afectuosas entonaciones; hablaba como mujer, y ocultaba los instintos de la pantera.

--Y bien--dijo la señora de Bellière, que esperó vagamente que Margarita cesase de rematar al enemigo vencido--, ¿por qué no buscas al señor Fouquet?

--Me has hecho reflexionar, marquesa. No sería conveniente que yo diese el primer paso. Sin duda, el señor Fouquet me ama; pero es demasiado orgulloso. No puedo exponerme a una afrenta... Por otra parte, tengo que mirar por mi marido. Tú no me dices nada. ¡Bueno! Consultaré de aquí en adelante al señor Colbert.

Y se levantó, sonriendo, como para despedirse. La marquesa no tuvo fuerzas para seguirla.

Margarita dio algunos pasos para continuar gozando del humillante dolor en que estaba sumida su rival, y dijo de pronto:

--¿No me acompañas hasta la puerta?

La marquesa se levantó, pálida y fría, sin inquietarse por aquel sobre que tanto la había preocupado al principio de la conversación, y que su primer paso dejó al descubierto.

Luego, abrió la puerta de su oratorio y, sin volver la cabeza a Margarita, se encerró en él.

Esta balbuceó algunas palabras que la señora de Bellière no oyó siquiera.

Pero, cuando la marquesa hubo desaparecido, su envidiosa rival no pudo resistir al deseo de cerciorarse de que eran fundadas sus sospechas; tiróse como una pantera, y cogió el sobre.

--¡Ah! --dijo rechinando los dientes--. ¡Era una carta del señor Fouquet la que leía cuando llegué!

Y se lanzó al momento fuera de la sala.

Durante este tiempo, la marquesa, detrás de la puerta, sentía que se agotaban sus fuerzas, por un instante permaneció pálida e inmóvil, y luego, como una estatua que el huracán bambolea sobre su base, vaciló y cayó inanimada sobre la alfombra.

El ruido de su caída resonó al mismo tiempo que el rodar del carruaje de Margarita.

C

## LA PLATA LABRADA DE LA SEÑORA DE BELLIÈRE

La marquesa tardó bastante tiempo en reponerse; pero ya repuesta, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos, tales como se anunciaban.

Continuó entonces aquel orden de ideas que le había hecho seguir su implacable amiga. Traiciones, lazos, amenazas ocultas bajo un exterior de interés público; he aquí lo que pensaba de las maniobras de Colbert.

Alegría odiosa de una caída no lejana, esfuerzos incesantes para conseguir este objeto, seducciones no menos culpables que el crimen mismo; he aquí lo que Margarita ponía por obra.

Al hombre sin entrañas se había unido la mujer sin corazón.

La marquesa vio con tristeza, aun más que con indignación, que el rey jugaba en un complot que manifestaba la duplicidad de Luis XIII ya viejo, y la avaricia de Mazarino cuando aun no había tenido tiempo para hartarse de oro francés.

Pero pronto esta mujer valerosa adquirió toda su energía.

La marquesa no era de las personas que lloran cuando es necesario obrar.

Durante algunos minutos apoyó la frente en sus manos heladas, y alzándola después llamó a sus sirvientes con mano firme y gesto lleno de energía.

Su resolución estaba tomada.

—¿Está todo preparado para mi marcha? — preguntó a una de las doncellas que entraba.

—Sí; señora marquesa; pero no se creía que la señora marquesa marchara a Bellière antes de tres días.

— ¿Pero están encajonados los adornos y los valores?

—Sí, señora; mas tenemos la costumbre de dejar todo esto en París, pues la señora no lleva sus pedrerías al campo.

—¿Pero está todo dispuesto?

—En el gabinete de la señora.

--¿Y la orfebrería?

--En los cofres.

--¿Y la plata labrada?

--En el armario grande de roble.

La marquesa añadió con voz tranquila:

--Que venga mi platero.

Las mujeres desaparecieron para ejecutar la orden.

La marquesa había entrado en su gabinete, y contemplaba con el mayor cuidado sus alhajas.

Jamás había prestado tal atención a estas riquezas, que son el orgullo de una mujer; nunca había mirado estos adornos con otra intención que con la de escogerlos según sus colores. Entonces admiraba el tamaño de los rubíes, la claridad de los diamantes, Y se condolía de la menor mancha, del más pequeño defecto, todo lo hallaba pobre y miserable.

El orfebre sorprendióla en está ocupación.

--Señor Faucheux, creo que me habéis provisto de toda mi plata.

--Sí señora marquesa.

--Ya no me acuerdo cuánto fue su importe.

-- ¿De la nueva o de la que el señor de Bellière, llevó al casarse? Porque he suministrado dos.

--Primero veamos la nueva.

--Los jarros, los cubiletes y los platos con sus estuches, el centro de mesa y los morteros para el hielo, las fuentes para confituras y las bandejas, han costado a la señora marquesa sesenta mil libras.

--¿Nada más que eso, Dios mío?

--A la señora le pareció crecida la cuenta.

--¡Es verdad! Me acuerdo que, en efecto, era caro; el trabajo, ¿no es eso?

—Sí, señora: grabados, cinceladuras, nuevas formas.

— ¿El trabajo entra por mucho en el precio?

—Un tercio del valor, señora. Pero...

— ¿Y el otro servicio, el viejo, el de mi marido?

— ¡Oh! Ese es menos trabajado. Sólo vale treinta mil libras, valor intrínseco.

—¡Setenta! —murmuró la marquesa—. Pero, señor Faucheux, aún tenemos toda la plata de mi madre; todo aquello de que no quise deshacerme a causa de recuerdos gratos para mí.

— ¡Ah! Ciertamente que es un famoso recurso para gentes que, como la señora marquesa, no pudieran conservar su vajilla. En aquel tiempo, no se trabajaba tan ligero como hoy. Se trabajaba con lingotes. Pero esa vajilla no es presentable... Pesa...

—Eso, eso es. ¿Cuánto pesa?

--Cincuenta mil libras, lo menos. No hablo de dos enormes vasos que sólo ellos pesan cinco mil libras de plata: diez mil libras los dos.

--¡Ciento treinta! --murmuró la marquesa--. ¿Estáis seguro de eso, señor Fauchoux?

--Seguro; además, no sería difícil pesar.

--Las cantidades están sentadas en mis libros.

--¡Oh! Sois mujer ordenada, señora marquesa.

--Pasemos a otra cosa --dijo ésta.

Y abrió un cofrecillo.

--Reconozco esas esmeraldas --dijo el mercader--, porque yo las hice montar; son las más hermosas de la Corte, es decir, no, las más hermosas son de madame de Châtillon, que las tiene de los señores de Guisa; pero las vuestras, señora, son las segundas.

-- ¿Y valen... ?

--¿Montadas?

--No; suponed que quisiera venderlas.

--¡Bien, sé yo quién las compraría! --exclamó el señor Fauchoux.

--Eso es precisamente lo que yo deseo. ¿Con que las comprarán?

-- Se comprarán todas vuestras pedrerías, señora, pues se sabe que son de las más hermosas de París. No sois vos de esas mujeres que cambian; cuando compráis es de lo bueno; cuando poseéis, guardáis.

-- ¿Cuánto pagarán por esas esmeraldas?

-- Ciento treinta mil libras.

La marquesa escribió con un lápiz en unas tablillas la cifra citada por el orfebre.

--¿Y ese collar de rubíes?

--¿Rubíes balajes?

--Vedlos.

--Son hermosos, soberbios. Ignoraba que tuvierais estas piedras, señora.

--Apreciadlas.

--Doscientas mil libras. Sólo el de en medio vale cien mil.

--Esto es lo que yo pensaba --dijo la marquesa--. Los diamantes... ¡oh! tengo muchos: sortijas, cadenas, pendientes, broches, herretes. Apreciad, señor Faucháux, apreciad.

El orfebre cogió su lupa, su balanza, pesó, examinó y, haciendo sus cálculos en voz baja:

--Estas piedras --dijo-- cuestan a la señora marquesa cuarenta mil libras de renta.

--¿Lo apreciáis en ochocientas mil libras?

--Aproximadamente.

--Eso es lo que yo pensaba. Pero la montura es aparte.

—Como siempre, señora. Y si yo fuera llamado a vender o a comprar, me contentaría con el oro de la montura, y ganaría mis buenas veinticinco mil libras.

—¡Bonita suma!

—Ciertamente, señora. ¿Aceptáis el beneficio con la condición de convertirme en dinero estas piedras?

— ¡Pero, señora! —exclamó el platero asustado—. ¿Vendéis los diamantes?

—Silencio, señor Fauchoux; no os inquietéis por esto, sino contestadme. Sois un hombre honrado, proveedor de mi casa hace treinta años, habéis conocido a mi padre y a mi madre, y os hablo como a un amigo: ¿aceptáis el oro de la montura por esa cantidad en dinero que pondréis en mis manos?

— ¡Ochocientas mil, libras! ¡Es enorme!

—Ya lo sé.

-- Imposible de encontrar.

-- ¡Oh! ¡Eso no!

--Pero; señora, ¡considerad el efecto que causaría el rumor de la venta, de vuestros diamantes!

--Nadie lo sabrá... Me haréis construir otros adornos falsos iguales a los finos. No me respondáis... lo quiero. Vended por menor, vended sólo las piedras.

--Es cosa fácil... Monsieur busca alhajas y pediría para el tocador de Madame. Hay concurso. Podré vender a Monsieur por valor de seiscientas mil libras. Estoy seguro de que éstas son las más bellas. ¿Para cuándo?

--Dentro de tres días.

--¡Corriente! El resto vendedlo a particulares; ahora... hacedme un contrato de venta garantida... pagadera a cuatro días.

--Señora... reflexionad, os lo ruego... perderéis cien mil libras si os apresuráis a vender.

-- Aunque pierda doscientas mil, es necesario. Quiero que todo quede hecho esta noche. ¿Aceptáis?

--Acepto, señora marquesa, y no disimulo que ganaré en esto cinco mil doblones.

-- Mejor. ¿Cómo tendré el dinero?

--En oro o en billetes del Banco de Lyon, pagaderos en casa del señor Colbert.

-- Acepto --dijo vivamente la marquesa--; volved a vuestra casa, y traedme pronto la suma en billetes, ¿entendéis?

--Sí, señora; pero por Dios. . .

--Ni una palabra más, señor Fauchoux. ¡Ah! Me olvidaba de la plata labrada. ¿Cuánto me ha costado?

--Cincuenta mil libras, señora.

--Un millón --se dijo por lo bajo la marquesa--. Señor Faucheux, os llevaréis toda la orfebrería y la vajilla con el pretexto de una reforma sobre modelos de mi gusto; la fundís y me traéis el valor en oro... al momento.

--Bien, señora marquesa.

--Pondréis ese oro en un cofre, lo haréis acompañar por uno de vuestros dependientes, y, sin que lo vean mis sirvientes se aguardará en una carroza.

--¿La de madame Faucheux? --dijo el plate-ro.

--Si lo deseáis, la tomaré en vuestra casa.

--Sí, señora marquesa.

--Tomad tres de mis criados para que os lleven la plata.

-- Perfectamente, señora.

La marquesa llamó, y dijo al doméstico que se presentó:

--El carro a disposición del señor Faucheux.

El orfebre saludó y salió, ordenando que el carro le siguiera de cerca, y anunciando él mismo que la marquesa quería fundir su vajilla para hacer una nueva.

Tres horas después llegaba ésta a casa de Fauquet y recibía de él ochocientas mil libras en billetes del Banco de Lyon y doscientas cincuenta mil en oro, encerradas en un cofre que llevaba con trabajo un dependiente hasta el carruaje de madame Faucheux.

Porque madame Faucheux gastaba coche. Hija de un presidente del Tribunal de cuentas, había aportado treinta mil escudos a su marido, síndico de los orfebres, y los treinta mil escudos habían fructificado durante veinte años. El platero era millonario y modesto, por lo cual había comprado una venerable carroza construida en 1648, diez años después del nacimiento del rey. Esta carroza era la admiración del barrio, pues

estaba cubierta de pinturas alegóricas y de nubes sembradas de estrellas de plata y oro.

En este carruaje, algo grotesco, fue donde subió la noble dama, sentándose frente al dependiente, que encogía las rodillas para no ajar la ropa de la marquesa.

Y el dependiente, satisfecho de escoltar a una marquesa, dijo al cochero:

—¡Camino de Saint Mandé!

CI

LA DOTE

Los caballos del señor Faucheux eran unos excelentes animales del Perche, de apelotonadas rodillas y patas algo hinchadas. Como el coche, databan de la otra mitad del siglo.

No corrían como los caballos ingleses del señor Fouquet. De modo que tardaron dos horas en llegar a Saint Mandé.

Hubiérase dicho que marchaban majestuosamente. Y la majestad excluye el movimiento.

La marquesa paró delante de una puerta muy conocida, aunque sólo la había visto una vez, y se recordará que fue en circunstancia no menos penosa que la presente.

Sacó una llave del bolsillo, la introdujo con su blanca mano en la cerradura, cedió la puerta sin ruido, y dio orden al dependiente de subir el cofre al primer piso.

Mas el peso del cofre era tal, que el dependiente se vio obligado a hacerse ayudar por el cochero.

El cofre fue puesto en aquel gabinete, antesala, o más bien retrete, inmediato al salón en que vimos al señor Fouquet a los pies de la marquesa.

La señora de Bellière dio un luis al cochero, una sonrisa , al dependiente, y despidió a ambos.

Luego cerró la puerta y esperó parapetada en ella. Ningún doméstico aparecía.

Pero todo estaba preparado, como si un genio invisible hubiera adivinado las necesidades y deseos del huésped, o más bien de la huésped que era esperada. El fuego encendido, las bujías en los candelabros, los refrescos en el aparador, los libros sobre las mesas, y las flores frescas, en los vasos del Japón.

Hubiérase dicho que aquélla era una casa encantada.

La marquesa encendió las bujías, respiró el perfume delicioso de las flores, se sentó, y pronto cayó en profunda meditación.

Pero esta meditación, aunque triste, estaba impregnada de cierto dolor.

Veía delante de sí un tesoro en aquella sala. Un millón que ella había arrancado de su fortuna como la labradora arranca una espiga de su corona.

Forjábese los sueños más placenteros.

Pensaba, sobre todo, en dejar aquel dinero al señor Fouquet, sin que él pudiera saber de dónde le venía. Este medio era el que naturalmente habíale presentado el primero a su imaginación.

Pero, aunque la cosa le parecía difícil, meditando en ella no desesperaba de llegar a este objeto.

Debía llamar para que avivasen al señor Fouquet y huir en seguida, mas feliz dando un millón que si lo hallase.

Pero, después que hubo llegado, luego de ver aquel lindo gabinete y aquel salón tan bien preparado, tal que parecía haber echado de él a las hadas que lo habitaban, se preguntó si las miradas de los entes a quienes había hecho huir, genios, espíritus o criaturas humanas, no la habrían reconocido.

Entonces todo lo sabría Fouquet, y lo que no supiera, lo adivinaría; rehusaría aceptar como donación lo que quizá habría aceptado a título de préstamo, y así la empresa no tendría objeto ni resultado.

Era, pues, necesario hacer la cosa de modo que se consiguiera que el superintendente comprendiera toda la gravedad de su posición para someterse al generoso capricho de una mujer. Era necesario, en fin, para persuadir, todo el encanto de una elocuente amistad, y si

esto no bastaba; toda la embriaguez de un amor ardiente, al que nada resistiría.

En efecto, ¿no era conocido el superintendente como hombre lleno de delicadeza y dignidad? ¿Se dejaría cargar con los despojos de una mujer? No, lucharía, y si una voz del mundo podía vencer su resistencia, ésta sería la voz de la mujer que amaba.

Otra duda, terrible duda, que pesaba en el corazón de la señora de Bellière con el dolor y el frío de un puñal: ¿Amaba él?

Aquella imaginación ligera, ¿se resolvería a fijarse un instante aunque fuese para contemplar un ángel?

¿No acontecía a Fouquet, a pesar de todo su genio y probidad, como a esos conquistadores que derraman lágrimas sobre el campo de batalla después de haber alcanzado la victoria?

—Pues bien, esto es lo que necesito aclarar y juzgar —dijo la marquesa—. ¿Quién sabe si ese

corazón tan codiciado es un corazón vulgar? ¿Quién sabe si esa imaginación será de una naturaleza trivial e inferior cuando yo le aplique la piedra de toque? Vamos —exclamó—, esto es demasiado dudar. ¡La prueba, la prueba!

Miró al reloj.

—Son las siete, y debe haber llegado; es la hora de la firma. ¡Vamos!

Y, levantándose con impaciencia, fue hacia el espejo, ante el cual se sonreía con la enérgica sonrisa del sacrificio; tocó el resorte y tiró del botón de la campanilla. Y, como anonadada de antemano en la lucha que acababa de comprometer, fue a arrodillarse ante un sillón y sepultó su cabeza entre sus agitadas manos.

Diez minutos después oyó rechinar el resorte de la puerta, que rodó sobre sus goznes.

Apareció Fouquet, pálido y encorvado bajo el peso de un pensamiento amargo.

Necesario era que su preocupación fuese muy poderosa para que este hombre, para quien el placer era todo, acudiése en silencio a semejante llamamiento.

En efecto, la noche, fecundo en sueños dolorosos, había enmagrecido sus nobles facciones y trazado alrededor de sus ojos órbitas oscuras. Pero siempre estaba hermoso y noble, y la expresión triste de su boca, expresión tan rara en este hombre, daba a su fisonomía un carácter nuevo de juventud.

Vestido de negro y el pecho lleno de encajes, el superintendente se detuvo en el umbral de esta sala, donde tantas veces había ido en busca de la dicha esperada.

Esta dulzura melancólica y risueña, que reemplazaba a la exaltación de la alegría, hizo en la señora de Bellière un efecto indecible.

Los ojos de una mujer saben leer todo orgullo o todo sufrimiento en las facciones del hombre

que ama, se diría que, en razón a su debilidad, Dios ha querido conceder a las mujeres más que a ninguna otra criatura. Ellas pueden ocultar sus sentimientos al hombre; éste no puede ocultarle los suyos. La marquesa adivinó toda la desgracia del superintendente.

Adivinó una noche pasada en vela.

Un día en decepciones.

Y desde entonces fue fuerte, sintiendo que quería a Fouquet sobre todas las cosas.

Levantóse, y acercándose a él, le dijo:

—Me escribisteis esta mañana diciéndome que comenzabais a olvidarme y que yo, a quien no habíais vuelto a ver, indudablemente había acabado de pensar en vos. Vengo a desmentiros, caballero, y con tanta más seguridad cuanto que leo en vuestros ojos una cosa.

— ¿Cuál, señora? —dijo Fouquet sorprendido.

--Que jamás me habéis amado tanto como ahora; lo mismo que vos debéis leer en mi aspecto que no os he olvidado.

-- ¡Oh! Vos, marquesa-- dijo Fouquet, cuyo noble semblante se animó un instante por un relámpago de alegría--, vos sois un ángel, y los hombres no tienen el derecho de dudar de vos. ¡Sólo deben humillarse y pedir gracia!

--Tenéis, pues, concedida la gracia.

Fouquet quiso arrodillarse.

--No --dijo ella--; sentaos a mi lado. ¡Ah! ¡En alguna cosa mala pensáis!

--¿Y en qué conocéis eso?

--En vuestra sonrisa, que acaba de alterar toda vuestra fisonomía. Vamos, ¿en qué pensáis? ¡Sed franco, nada de secretos entre amigos!

--Pues bien, señora, decidme por qué, ese rigor, de tres o cuatro meses.

-- ¿Ese rigor?

--Sí. ¿No me habéis prohibido visitaros?

--¡Ay, amigo mío! --exclamó la marquesa con profundo suspiro--. Porque vuestra visita a mi casa os ha causado una gran desgracia; porque vigilan mi palacio; porque los ojos que os han visto podrían veros otra vez; porque encuentro menos peligroso venir yo que vos vayáis, y, en fin, porque os encuentro demasiado infeliz para querer aumentar más vuestra desgracia.

Fouquet estremeciöse.

Estas palabras acababan de recordarle los cuidados de la superintendencia, cuando hacía algunos minutos que sólo pensaba en las esperanzas del amante.

--¡Yo infeliz! --dijo intentando sonreír--. En verdad que me lo haréis creer con vuestra tristeza.

--No soy yo quien está triste, señor, sino vos; miraos en este espejo.

--Cierto es que estoy un poco pálido; pero eso es el exceso de trabajo, el rey me pidió ayer dinero.

--Sí, cuatro millones; ya lo sé.

--¡Lo sabéis! --murmuró Fouquet sorprendido--. ¿Y cómo lo sabéis, cuando sólo delante de una persona el rey...?

-- Pues ya veis que lo sé. Ea, continuad; ese dinero que el rey os ha pedido...

--Ya comprenderéis que ha sido preciso buscarlo, contarlo después, registrarlo... Desde el fallecimiento del señor Mazarino, hay un poco de dificultad y embarazo en el servicio de la Hacienda; mi administración está muy recargada, y por eso he velado esta noche.

-- ¿De modo que tenéis la cantidad? -- preguntó la marquesa, inquieta.

--Sería cosa de ver, marquesa --replicó alegremente Fouquet--, que un superintendente

de Hacienda no tuviera cuatro miserables millones en sus arcas.

— Sí, supongo que los tenéis o que los tendréis.

—¿Cómo que los tendré?

—No hace mucho tiempo que os pidió otros dos.

—Creo que ya hace un siglo, marquesa; pero no hablemos de dinero, si gustáis.

—Al contrario, hablemos, amigo mío.

—¡Oh!

—Oíd: sólo para esto he venido.

—¿Pues qué queréis decir? —preguntó el financiero, cuyos ojos expresaron curiosa inquietud.

— ¿Es un cargo inamovible la superintendencia?

—¡Marquesa!

--Ya veis que yo respondo francamente.

-- ¡Marquesa, me sorprendéis! Me habláis como un comendatario.

-- Es muy sencillo; quiero situar dinero en vuestra casa, y, naturalmente, deseo saber si estáis seguro.

--En verdad, marquesa, no sé adónde vais a parar.

-- Formalmente, mi señor Fouquet, tengo algunos fondos que me estorban, pues he dejado de comprar tierras, y deseo encargar a un amigo que haga valer mi dinero. Pero, supongo que eso no urge.

-- Muchísimo.

--Pues bien, hablaremos de ello más tarde.

--Más tarde no, pues el dinero está aquí.

La marquesa señaló al cofre, y, abriéndolo, enseñó al superintendente los fajos de billetes y el oro.

Fouquet habíase levantado al mismo tiempo que la señora de Bellière. Permaneció un instante pensativo; luego, se puso pálido, y cayó sobre una silla ocultando el rostro entre las manos.

--¡Oh marquesa, marquesa! --exclamó.

-- ¡Qué!

--¿Qué opinión tenéis de mí para hacerme semejante oferta?

--¿De vos?

-- Indudablemente.

--¿Pero vos mismo qué pensáis? Veamos.

--Ese dinero lo traéis para mí; me lo traéis porque sabéis mi apuro. ¡Oh! No neguéis. Adivino. ¿No conozco, por ventura, vuestro corazón?

--Pues, si conocéis mi corazón, ya veis que es mi corazón el que os ofrezco.

--¡He adivinado! --exclamó Fouquet--: ¡Oh, señora! Jamás os he dado derecho para insultarme así.

--¡Insultaros! ¡Rara delicadeza humana! Habéis dicho que me amáis. Me habéis pedido en nombre de ese amor mi reputación y mi honor... y cuando os ofrezco mi dinero, lo rehusáis.

--Marquesa, libre habéis sido en guardar lo que llamáis vuestra reputación y vuestro honor. Dejadme la libertad de conservar los míos. Dejad que me arruine, dejadme sucumbir bajo el peso de los odios que me rodean, de las faltas que he cometido y de mis remordimientos; mas, en nombre del Cielo, marquesa, no me deis este último golpe.

--Ahora me habláis como hombre de talento, señor Bouquet.

--Es posible, señora.

Fouquet oprimió con la mano crispada su pecho jadeante.

--Acabad, señora --dijo--; nada tengo que contestar.

--Os he ofrecido mi amistad, señor Fouquet:

--Sí, señora; pero os habéis limitado a eso.

--¿Lo que yo he hecho es de amiga?

-- Y sin duda.

--¿Y rechazáis esta prueba de amistad?

--La rehúso.

-- Miradme; señor Fouquet.

Los ojos de la marquesa brillaban.

--Os ofrezco mi amor.

-- ¡Oh, señora! --murmuró Fouquet.

--Os amo hace mucho tiempo, ¿lo oís? Las mujeres tienen, como los hombres, su falsa deli-

cadeza. Hace mucho tiempo que os amo; pero no quería decíroslo.

—¡Oh!—exclamó Fouquet juntando las manos.

—Me habéis pedido ese amor de rodillas, y os lo he rehusado, pues estaba ciega como vos lo estáis ahora. Os ofrezco mi amor.

—Sí, vuestro amor, mas sólo vuestro amor.

—¡Mi amor, mi persona, mi vida! ¡Todo, todo, todo!

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Fouquet.

—¿Qué queréis de mi amor?

— ¡Oh! ¡Me anonadáis bajo el peso de mi felicidad!

— ¿Seréis dichoso, decídmelo... si soy vuestra, enteramente vuestra?

—¡La felicidad suprema!

--Pues, aquí estoy; pero si os hago el sacrificio de una preocupación, hacedme vos el sacrificio de un escrúpulo.

-- ¡Señora, señora, no me atentéis!

--¡Amigo, amigo mío, no me rehuséis!...

--¡Oh! ¡Pensad lo que me proponéis!

--Fouquet, una palabra... Decidme, no... y abro esa puerta. Y mostró la que conducía a la calle.

--Y no me volveréis a ver más. Otra palabra... sí, y os sigo adonde queráis con los ojos cerrados, sin defensa, sin negativa, sin remordimientos.

--¡Elisa!... ¡Elisa! ... Pero ese cofre...

-- ¡Es mi dote!

--¡Es vuestra ruina! --exclamó Fouquet, revolviendo el oro y los papeles--. Aquí hay un millón...

—¡Justo! ... ¡Mi pedrería, que ya no me servirá, si me amáis como yo os amo!

—¡Oh! ¡Es demasiado! —murmuró Fouquet—. Cedo, cedo... aunque no fuera mas que por consagrar tal adhesión. Acepto la dote..

—Y aquí está la mujer —dijo la marquesa, arrojándose en sus brazos.

## CII

### EL TERRENO DE DIOS

Entretanto, Buckingham y Wardes hacían en buen amor y compañía el camino de París a Calais. Las visitas de Buckingham a Monsieur y a Madame, a la joven reina y a la reina viuda, fueron colectivas.

Previsión de la reina madre que le ahorra el dolor de hablar particularmente con Monsieur, y el peligro de volver a ver a Madame.

Buckingham abrazó a Guiche y a Raúl; asegurando al primero toda su consideración, y al segundo una amistad incesante, destinada a triunfar de todos los obstáculos, y a no dejarse conmovir ni por la distancia ni por el tiempo.

Llevado Wardes a remolque de este inglés, había buscado en su sutil talento todos los medios para romper esta cadena; pero, ninguno le había socorrido, y necesario le era sufrir la pena de su mal carácter y causticidad.

Aquellos a quienes hubiera podido franquearse, le habrían hablado de la superioridad del duque. Otros habríanle alegado las órdenes del rey que prohibían el duelo. Otros, por último, los más numerosos, que, por caridad cristiana o por amor propio nacional; le habrían prestado ayuda, no pensaban en incurrir en desgracia, y habrían avisado a los ministros de una marcha que podía degenerar; en una pequeña matanza.

Resultó que, bien pensado todo, Wardes hizo su portamanteo, tomó dos caballos, y seguido de un solo lacayo, se dirigió al sitio en que debía esperarle la carroza de Buckingham.

El duque recibió a su adversario como lo hubiera hecho al más amable conocido; se estrechó para hacerle sitio, le ofreció dulces, y extendió sobre él la capa de marta echada en el asiento de delante. Después conversaron.

De la Corte, sin hablar de Madame; de Monsieur, sin hablar de su mujer; del rey, sin hablar de su cuñada; de la reina, sin hablar de su nuera; del rey de Inglaterra, sin hablar de su hermana; del estado del corazón de cada cuál de los viajeros, sin pronunciar ningún nombre peligroso.

De suerte que el viaje, que se hacía a cortas jornadas, fue encantador.

Así es que Buckingham, verdaderamente francés por el espíritu y la educación, estaba

encantado de haber elegido tan bien su compañero.

El duque se entretenía en mil partes, pareciéndose un poco a ese bello río Sena, que abraza mil veces a Francia en sus amorosos meandros, antes de decidirse a entrar en el Océano.

Mas, al abandonar a Francia, sólo se acordaba Buckingham de la nueva francesa que había llevado a París, y todo eran recuerdos y sentimientos por ella.

Así, cuando, a pesar suyo, se abismaba en sus pensamientos, Wardes lo dejaba completamente entregado a ellos.

Esta delicadeza hubiese ciertamente conmovido a Buckingham, cambiando sus disposiciones hacia Wardes, si éste, al guardar silencio, hubiera tenido mirada menos malvada y una sonrisa menos falsa.

Pero los odios instintivos son inflexibles, nada los apaga; una poca de ceniza los cubre muchas veces, pero pronto estallan más furiosos.

Agotadas todas las distracciones que ofrecía el camino, llegaron a Calais.

Y esto fue al caer del sexto día. La víspera, la servidumbre del duque se había adelantado y fletado una barca, destinada a ir hasta el *yacht*, que daba bordadas a tres tiros de cañón de la plaza, con todos los equipajes.

Transportado ya todo el tren del duque, llegaron los sirvientes a anunciarle que todo estaba dispuesto para cuando quisiera embarcar con el caballero francés.

Porque nadie suponía que el caballero francés pudiera tener que arreglar con milord otra cosa que cuentas de amistad.

Buckingham hizo responder al patrón del *yacht* que estuviera preparado; pero, que, estando hermosa la mar y prometiéndose una

puesta de sol magnífica, no contaba embarcarse hasta la noche, y quería dar un paseo por la playa.

Añadió además que, encontrándose en excelente compañía, no tenía la menor prisa.

Diciendo esto, mostraba a los criados que le rodeaban el magnífico espectáculo del cielo purpúreo en el horizonte y una admirable cadena de montañas, formada por las nubes.

El espectáculo era, en efecto, digno de ser— admirado.

La muchedumbre de curiosos seguía a los áureos criados, viendo entre los cuales al intendente y al secretario, creían ver al señor y a su amigo.

Vestido sencillamente Buckingham con jubón de terciopelo, el sombrero echado a los ojos, sin distintivo ni bordados, no se hacía notar más que Wardes, vestido de negro como un procurador.

Las gentes del duque habían recibido orden de tener una barca preparada en el muelle, y de no ir en su busca antes de que él o su amigo llamasen.

“Vieran lo que vieran” —había añadido, acentuando estas palabras de modo que fuesen entendidas.

Después de haber dado algunos pasos por la playa, dijo Buckingham a Wardes:

— Me parece caballero, que va a ser preciso despedirnos, pues la mar va subiendo, y en diez minutos ya no sentiremos el suelo.

—Milord, estoy a vuestras órdenes, pero...

—Estamos todavía en terreno del rey, ¿no es eso?

—Sin duda.

—Pues bien allá abajo hay, como veis, una especie de isla que desaparecerá de minuto en minuto. Esta isla es de Dios, pues está entre dos

mares y el rey no la tiene en sus mapas. ¿La veis?

—La diviso, y no podremos llegar a ella sin mojarnos los pies.

—Sí, pero notad que forma una eminencia bastante elevada, de lo cual resulta que estaremos a las mil maravillas sobre aquel pequeño teatro. ¿Qué opináis?

—Yo estaré bien en todas partes donde mi espada tenga el honor de encontrar la vuestra, milord.

—Pues vamos; me desespera haceros mojar los pies, señor de Wardes; pero me parece necesario que podáis decir al rey: "Señor, yo no me he batido en tierra de Vuestra Majestad." Quizá sea esto un poco sutil, pero desde Port Royal andáis nadando en sutilezas. Con que, si gustáis, apretemos el paso, porque la mar crece y la noche avanza.

--Si no andaba más de prisa era por no pasar delante de vos, milord. ¿Andáis todavía a pie seco?

--Hasta ahora, sí. Mirad a mis sirvientes, cómo, temiendo que nos ahogemos, vienen a hacer crucero con la canoa. Mirad cómo andan a bordo; es curioso, pero me marea verlos.

-- ¿Me permitís que les vuelva la espalda?

--Notad que si tal hacéis tendréis el sol de frente, milord.

--¡Oh! Ahora es muy débil su luz, y pronto desaparecerá; no os inquietéis por eso.

--Como queráis, milord; yo lo decía por delicadeza.

--Lo sé, señor de Wardes, y aprecio vuestra observación.

-- ¿Queréis que nos quitemos los jubones?

-- Corno gustéis, milord.

--Es más cómodo.

--Entonces estoy dispuesto.

--Decidme sin reparo, señor de Wardes, si os sentís mal sobre la arena mojada, y si aun os creéis un poco en territorio francés, nos bañaremos en Inglaterra o sobre mi yacht.

--Aquí estamos muy bien, milord; pero tendré el honor de observaros que, como la mar sube, apenas tenemos tiempo.

Buckingham hizo una seña de asentimiento, se quitó el jubón y lo tiró sobre la arena.

Wardes hizo lo propio.

Los dos cuerpos, blancos como dos fantasmas para los que los miraban desde la orilla, se dibujaban sobre la sombra rojiza que descendía del cielo.

--Por mi honor, señor duque, que no podemos movernos --dijo Wardes--. ¿Sentís cómo los pies se pegan en la arena?

--En ella estoy metido hasta el tobillo, sin contar con que el agua nos alcanza.

--A mí, ya me alcanzó... Cuando queráis, señor duque.

Wardes puso la mano en la espada.

El duque lo imitó.

--Señor de Wardes --repuso entonces Buckingham--, la última palabra, si gustáis... Me bato con vos, porque no os amo, porque me habéis desgarrado el corazón burlándoos de cierta pasión que siento, que confieso en este momento, y por la cual moriría gustoso. Sois un hombre malvado, señor de Wardes, y quiero hacer todos los esfuerzos por mataros, pues conozco que si no morís de este golpe, haréis en lo sucesivo mucho mal a mis amigos. Esto es lo que tenía que deciros.

Y saludó.

--Y yo, milord, tengo que contestaros lo siguiente: yo no os odiaba, pero ahora que me habéis adivinado, os odio, y voy a hacer, todo lo que pueda por matáros.

Y Wardes saludó a Buckingham. En el mismo instante cruzáronse los hierros; y dos relámpagos en la oscuridad.

Las espadas se buscaban, se adivinaban, se tocaban.

Los dos eran hábiles tiradores, y los primeros pases no tuvieron resultado.

La noche había entrado rápidamente, y era tan oscura, que se atacaban y defendían por, instinto.

Wardes sintió detenerse su acero; había tocado el hombro de Buckingham.

La espada del duque bajó con sus brazos.

-- ¡Oh! --dijo.

--¿Tocó, milord? --preguntó Wardes, retrocediendo dos pasos.

--Sí, señor, pero ligeramente.

--Como habéis dejado la guardia...

--Fue el primer efecto del frío del acero, mas ya estoy repuesto; continuemos, si gustáis, señor.

Y, librando la espada con siniestro estrujamiento de hoja, el duque desgarró el pecho del marqués.

--Tocado también --dijo.

--No --repuso Wardes, permaneciendo firme.

--Perdón; pero como veía vuestra camisa toda roja... --dijo Buckingham.

--¡Entonces... a vos! --exclamó Wardes furioso.

Y, tirándose a fondo, atravesó el antebrazo del duque. El acero penetró entre dos huesos.

Buckingham sintió su brazo derecho paralizado, y, tomando con el izquierdo la espada que iba a caer de su mano inerte, antes que Wardes se pusiera en guardia, le atravesó el pecho.

Wardes vaciló, dobláronse sus rodillas, y, dejando su espada clavada aún en el brazo del duque, cayó al agua, que enrojeció con un reflejo más real que el que le enviaban las nubes.

Wardes no estaba muerto, y comprendió el peligro horrible de que estaba amenazado: la mar subía.

También lo conoció el duque. Con un esfuerzo y un grito de dolor se arrancó el hierro del brazo, y dijo a Wardes:

— ¿Estáis muerto, marqués?

--No --contestó Wardes con voz sofocada por la sangre--, pero poco me falta.

-- ¿Y qué hemos de hacer? Veamos, ¿podéis andar?

Buckingham lo levantó sobre una rodilla.

--Imposible --dijo.

Y volviendo a caer, añadió:

--Llamad a los vuestros o me ahogo.

--¡Hola! --gritó Buckingham--. ¡La barca! ¡Bogad pronto, bogad! La barca hizo fuerza de remos. Pero el mar subía más pronto que la lancha caminaba.

Buckingham vio a Wardes próximo a ser cubierto por una ola; con su brazo izquierdo hizo un cinturón, y lo levantó.

La ola subió hasta la mitad del cuerpo; pero no pudo derribarlo, y el duque comenzó a andar hacia tierra.

Pero apenas hubo dado diez pasos, otra ola, más alta y furiosa que la primera, llegó a colocarse a la altura del pecho y lo sepultó.

El reflujo los dejó por un momento descubiertos, sobre la arena. Wardes estaba desmayado.

En aquel momento cuatro marineros del duque, que conocieron el peligro, se tiraron al agua, y en un minuto estuvieron al lado de su señor.

Grande fue su espanto cuando lo vieron cubrirse de sangre a medida que corría el agua de que estaba impregnado.

Quisieron llevárselo.

-- ¡No, no! --dijo el duque--. ¡A tierra! ¡A tierra el marqués!

-- ¡Ha muerto! ¡Ha muerto el francés! -- gritaron sordamente los ingleses.

--¡Miserables pícaros! --exclamó el duque, con soberbio ademán que los cubrió de sangre--

—.. ¡Obedeced! ¡El señor de Wardes a tierra, antes que todo, u os hago ahorcar!

La barca se había acercado. El intendente y el secretario saltaron y aproximáronse al marqués, que no daba señales de vida.

— Os recomiendo a este hombre sobre vuestra cabeza —dijo el duque—. ¡A la orilla! ¡El señor de Wardes, a la orilla!

En brazos lo condujeron hasta la arena seca, donde no llegaba el mar.

Algunos curiosos y cinco o seis pescadores se habían agrupado en la orilla, atraídos por el extraño espectáculo de dos hombres batiéndose con agua a la rodilla.

Viendo los pescadores venir hacia ellos un grupo de hombres que conducían un herido, entraron hasta media pierna en el mar.

Los ingleses les entregaron el herido en el momento en que comenzaba a abrir los ojos.

El agua salada del mar y la arena se habían introducido en las heridas y le causaban indecible sufrimiento.

El secretario del duque sacó un bolsillo lleno, y lo dio al que parecía más considerable de entre los concurrentes, diciendo:

—De parte de mi amo, milord duque de Buckingham, a fin de que se tenga par el señor marqués de Wardes todos los cuidados inimaginables.

Y se volvió con los suyos a la canoa, que Buckingham había alcanzado después que vio a Wardes fuera de peligro.

Los vestidos de milord duque y de Wardes habían sido arrastrados por el flujo a la orilla.

Envolvieron a Wardes en el del duque, creyendo que era el suyo, y lo transportaron en brazos a la ciudad.

## CIII

### TRIPLE AMOR

Después de la marcha de Buckingham, Guiche creía que la tierra le pertenecía sin disputa. Monsieur, que no tenía el menor motivo de celos, y que por otra parte dejábase influir por el caballero de Lorena, concedía en su casa tanta libertad como pudieran desear los más exigentes.

El rey, por su parte, que había tomado gusto a la sociedad de Madame, imaginaba placeres sobre placeres para animar la residencia en París, de suerte que no pasaba día sin una fiesta en palacio, o una recepción en la habitación de Monsieur.

El rey hacía preparar a Fontainebleau, para recibir la Corte, y todo el mundo trataba de ser del viaje. Madame llevaba la vida más ocupada. Su voz y su pluma no paraban un instante.

Las conversaciones con Guiche tomaban poco a poco el interés que preludia las grandes pasiones.

Cuando los ojos languidecen a propósito de una discusión sobre colores de telas, cuando transcurre una hora analizando los méritos y el perfume de una almohadilla de olor o de una flor, hay en este género de conversación palabras que todo el mundo puede oír, pero hay gestos o suspiros que no todo el mundo puede ver.

Cuando Madame había conversado bien con Guiche, hablaba con el rey, que regularmente le hacía una visita diaria. Se jugaba, hacíanse versos, se elegían divisas y emblemas; aquella primavera no era sólo la de la naturaleza; era la juventud de todo un pueblo, cuya cabeza formaba la Corte. El rey era joven y galante más que nadie, y amaba con extremo a todas las mujeres, sin excluir a la reina su esposa.

Sólo que era el más tímido y reservado de su reino, en tanto que no se confesaba a sí propio sus sentimientos.

Esta timidez reteníale en los límites de la simple cortesía, y ninguna mujer podía envanecerse de ser preferida a otra.

Podía presumirse que el día en que él se declarara sería la aurora de una nueva soberanía; pero no se declararía. El señor de Guiche se aprovechaba de esto para ser el rey de toda la enamorada Corte. Habíase dicho que galanteaba a la señorita de Montalais y que asediaba a la de Châtillon; ahora sólo tenía ojos y oídos para una sola. Sus atenciones a Madame fueron advertidas por todo el mundo, particularmente por el mal genio de la casa, el caballero de Lorena, a quien Monsieur tenía una viva adhesión por ser del genio alegre aun en sus maldades, y nunca le faltaban ideas para emplear el tiempo.

Viendo, pues, el caballero de Lorena que Guiche amenazaba suplantarle, recurrió al gran

medio. Desapareció, dejando a Monsieur muy enojado.

El primer día casi no lo buscó Monsieur, porque estaba allí Guiche, y salvo las conversaciones con Madame, dedicaba valerosamente las horas del día y de la noche al príncipe.

Pero el segundo día, no hallando Monsieur una persona a mano, preguntó dónde estaba el caballero.

Y le respondieron que no se sabía. Guiche, después de haber pasado la mañana en elegir bordados 3 guarniciones con Madame, fue a consolar, al príncipe. Pero, después de la comida, habiendo aún tulipanes y amatistas que apreciar, Guiche volvió al gabinete de Madame.

Monsieur quedó solo a la hora de vestirse, se consideró el más desgraciado de los hombres, y preguntó otra vez si se tenían noticias del caballero.

--Nadie sabe dónde encontrarlo --fue la respuesta que le dieron. No sabiendo Monsieur en quién descargar su enojo, se fue en bata a la habitación de Madame.

Allí había un gran círculo de personas que reían y cuchicheaban en todos los rincones; aquí un grupo de mujeres alrededor de un hombre; al otro lado, Manicamp y Malicorne, apresados por la Montalais, la señorita de Tonnay Charente y otras dos reidoras.

Más lejos, Madame, sentada sobre cojines, y Guiche, esparciendo, de rodillas junto a ella, un puñado de perlas y de piedras, entre las cuales el dedo fino y blanco de la princesa designaba las que le gustaban más.

En otro rincón, un tocador de guitarra que punteaba seguidillas españolas, pasión de Madame desde que las había oído cantar a la joven reina con cierta melancolía; sólo que la española había cantado con las lágrimas en los párpados,

y la inglesa las tarareaba con una sonrisa que permitía ver sus dientes de nácar.

El gabinete presentaba la más risueña imagen del placer. Monsieur asombróse de ver tanta gente que se divertía sin él, y tuvo tales celos, que no pudo menos de decir como un niño:

— ¡Muy bien! ¡Divirtiéndooos aquí mientras yo me fastidio solo!

Su voz fue como un trueno que interrumpe el gorjeo de los pájaros bajo las ramas de un árbol; hubo un profundo silencio.

Guiche se puso en pie al momento.

Malicorne se escondió detrás de las faldas de la Montalais. Manicamp se irguió y tomó su marcado aire de ceremonia.

El guitarrista metió la guitarra debajo de una mesa y tiró del tapete para ocultarla a los ojos del príncipe:

Sólo Madame permanecía inmóvil, y, sonriendo a su esposo, le respondió:

—¿No es ya la hora de vuestra *toilette*?

—Hora que escogen para divertirse — rezongó el príncipe.

Esta desventurada palabra fue la señal de la derrota; las mujeres huyeron como bandada de gorriones asustados; el guitarrista desvaneciéndose como una sombra; Malicorne, protegido por la Montalais, que ensanchaba su traje, se deslizó detrás de una tapicería, y Manicamp fue en ayuda de Guiche, sosteniendo ambos valientemente el choque con la princesa.

El conde era demasiado feliz para querer mal al marido; pero Monsieur, que necesitaba un motivo de querrela, lo buscó; y la marcha rápida de aquella multitud, tan alegre antes de su llegada y tan contrariada por su presencia, le sirvió de pretexto.

--¿Por qué huyen a mi llegada? --preguntó con tono agrio. Madame contestó fríamente que, siempre que el señor aparecía, la familia se retiraba por respeto.

Y, pronunciando estas palabras, hizo una mueca tan graciosa, que Guiche y Manicamp no pudieron contenerse. Rompieron a reír, Madame los imitó, y la risa invadió al mismo Monsieur, que vióse obligado a sentarse, porque riendo perdía demasiado su gravedad.

Cesó al fin; pero su cólera había aumentado, y estaba aún más furioso por haberse dejado llevar de la risa que por ver reír a los otros.

Miraba a Manicamp con malos ojos, no atreviéndose a demostrar su ira al conde de Guiche.

Pero a una seña que hizo con demasiado despecho, Manicamp y Guiche salieron...

De modo que Madame, sola ya, se puso a recoger tristemente sus perlas, sin reír más, ni menos hablar.

--Estoy muy contento de ver --dijo el duque-- , que me tratan cómo a un extraño en vuestro cuarto, señora. .

Y salió exasperado.

En la antecámara encontró a la Montalais que estaba de guardia.

--Es muy gustoso venir a veros --murmuró-- , pero desde la puerta.

Móntalais hizo la más profunda reverencia.

--No entiendo bien --dijo-- lo que Vuestra Alteza me hace el honor de decirme.

--Digo, señorita, qué cuando os reís todos juntos en el cuarto de Madame, es mal llegado el que no se queda fuera.

--Sin duda, Vuestra Alteza Real no habla ni piensa así por ella.

--Al contrario, señorita; por mí hablo y por mí lo pienso. Ciertamente que no puedo congratularme de las recepciones que me hacen

aquí. ¡Cómo! Para un día que hay música y asamblea en la habitación de Madame, en mi casa; para un día que cuento divertirme un poco... ¡se marchan!... ¿Temen acaso verme, cuando todo el mundo huye?... ¿Hacen algo malo... cuando yo estoy ausente?

— Monseñor —repuso la Montalais—, hoy no se hace más ni menos que los otros días.

— ¡Qué! ¿Todos los días se ríe como hoy?

—Sí, monseñor.

—¿Todos los días se hacen grupos como los que acabo de ver?

— Absolutamente iguales, monseñor.

— ¿Y todos los días se rasca la tripa?

—Señor, la guitarra es cosa de hoy; pero, cuando no tenemos guitarra, tenemos violines y flautas; las mujeres se aburren sin música.

—¡Diantre! ¿Y los hombres?

--¿Qué hombres, monseñor?

--El señor de Guiche, el de Manicamp y los otros.

--Todos de la casa de monseñor.

--Sí, sí, tenéis razón, señorita.

Y el príncipe volvió a su cuarto, pensativo, tirándose en el más ancho de sus sillones, sin mirarse al espejo.

--¿Dónde puede estar el caballero? --dijo.

Cerca del príncipe había un servidor.

Su pregunta fue oída.

--No se sabe, monseñor.

--¡Todavía esa respuesta! ... El primero que me responda: no sé... lo echo.

A tales palabras todo el mundo huyó del cuarto de Monsieur como habían huido del de Madame.

Entonces acometió al príncipe una rabia inexplicable. Dio un puntapié a una escupidera, que rodó por el pavimento rota en treinta pedazos.

Después, fue a las galerías, y, con gran sangre fría, derribó uno tras otro un vaso de esmalte, un aguamanil de pórfido y un candelabro de bronce. Todo ello hizo un estrépito horrible, y la gente acudió a las puertas.

--¿Qué quiere, monseñor? -- se atrevió a decir tímidamente el capitán de los guardias.

--Me doy una música --replicó monseñor rechinando los dientes. El capitán de los guardias envió a buscar al médico de Su Alteza Real.

Pero antes que el médico, llegó Malicorne, que dijo al príncipe:

-- Señor, el caballero de Lorena me sigue.

El duque miró a Malicorne sonriendo:

El caballero de Lorena entró, en efecto.

CIV

## LOS CELOS DEL SEÑOR DE LORENA

El duque de Orleáns lanzó un grito de satisfacción al ver al caballero de Lorena.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué dicha! ¿A qué debo la suerte de veros? ¿No habíais desaparecido, como me habían dicho?

—Sí, monseñor.

— ¿Algún capricho?

—¡Capricho yo! Nunca los tendría con Vuestra Alteza. El respeto...

—No hables de respeto, pues estás faltando a él todos los días, te absuelvo. ¿Por qué te has marchado?

—Porque creí que era ya completamente inútil a monseñor.

—Explícate con más claridad.

--Monseñor tiene a su lado personas que le divierten mucho más que yo. No me encuentro con fuerzas para luchar, y me he retirado.

--Toda esa reserva no tiene sentido común. ¿Quiénes son esas personas contra las cuales no quieres luchar? ¿Guiche?

--No he nombrado a nadie.

-- ¡Es absurdo! ¿Te molesta Guiche?

--No he dicho tal, monseñor, no me hagáis hablar. No ignoráis que Guiche es uno de nuestros buenos amigos.

-- ¿Quién, entonces?

--Por favor, monseñor; os suplico que no pasemos adelante.

El caballero sabía muy bien que, así como se irrita la sed alejando la bebida, del mismo modo irrítase la curiosidad alejando la explicación.

--Sí tal porque quiero saber el motivo de tu desaparición.

--Bien, pues, os lo diré; pero os ruego que no lo toméis a real.

-- Habla.

-- He llegado a comprender que incomodaba.

-- ¿A quién?

--A Madame.

-- ¡Cómo es eso! --dijo muy asombrado el duque.

--Una cosa muy sencilla: quizá Madame está celosa de la benevolencia con que Vuestra Alteza se digna favorecerme.

-- ¿Te lo ha manifestado alguna vez?

-- Monseñor, Madame no me dirige nunca la palabra, especialmente de algún tiempo a esta parte.

-- ¿Desde cuándo?

--Desde que recibe a todas horas al señor de Guiche, que quizá ha acertado a agradecerle más que yo. El duque se sonrojó.

-- ¿Qué significa eso de a todas horas, caballero? --dijo severamente.

--Bien veis, monseñor, que he incurrido en vuestro desagrado; ya estaba yo seguro de que así sucedería.

--No habéis incurrido en mi desagrado; mas decís las cosas con demasiada viveza. ¿En qué es preferido Guiche a vos por Madame?

-- No diré una palabra más --dijo de Lorena.

--Al contrario, quiero que habléis. Si por eso os habéis retirado, debéis ser en extremo celoso.

--Necesario es que uno sea celoso cuando ama, monseñor. ¿No lo es acaso monseñor respecto de Madame? Si Vuestra Alteza viese a alguien continuamente al lado de su esposa, y le viera tratado con favor, ¿no concebiría alguna

inquietud? Pues uno ama a sus amigos como a sus amores; y Vuestra Alteza Real me ha hecho a veces el honor de llamarme amigo suyo.

--Sí, pero todavía habéis empleado otra palabra equívoca. Veo, caballero, que no estáis feliz en la elección de frases.

--¿Qué palabra, monseñor?

--Habéis dicho: tratado con favor... ¿Y qué entendéis por eso, caballero?

--Una cosa muy sencilla, monseñor --dijo el caballero aparentando el mayor candor-- Cuando un marido ve, por ejemplo, que su esposa llama con preferencia a tal o cual hombre; cuando ese hombre se encuentra siempre a la cabecera de su cama o a la portezuela de su carruaje; cuando hay siempre algún pequeño sitio para el pie de ese hombre en la circunferencia de los vestidos de la mujer; cuando el ramillete de ella es del mismo color que las cintas de él; cuando los músicos están en la tertulia, en

tanto que las comidas se hacen en las rueles; cuando al presentarse el marido todo calla en la habitación de la mujer; cuando el esposo se halla de repente con un compañero el más asiduo y obsequioso en la persona que ocho días antes apenas parecía hacer caso de él... entonces.. .

--Entonces, acaba.

-- Entonces, digo, monseñor, que se pueda estar celoso, pero todos estos pormenores no vienen a cuento, porque nada de eso se trata en nuestra conversación.

El duque luchaba consigo mismo, lo cual se conocía fácilmente en su agitación.

--Pero al fin --concluyó por decir--; todavía no me habéis dicho el motivo de vuestro alejamiento; decíais que había sido por temor de incomodar, y aun añadisteis que habíais advertido en Madame cierta inclinación a tratar con alguna intimidad a Guiche.

--¡Ah! Monseñor, no creo haber dicho eso.

--Sí, lo habéis dicho.

--Pues si lo he dicho, jamás he visto en ella nada que no sea inocente

--En fin, ¿visteis algo?

--Monseñor me apura demasiado.

-- ¡No importa! Hablad. Si decís la verdad, ¿por qué apuraros?

-- Siempre digo la verdad, monseñor; pero no puedo menos de vacilar cuando se trata de repetir lo que dicen otros.

--¡Ah! ¿Con que no hacéis mas que repetir? ...  
¿Se ha hablado algo según eso?...

--Sí; algo me han dicho.

--¿Quién?

El caballero. tomó un aire casi de enfadado.

--Monseñor --dijo--, veo que me sometéis a un interrogatorio, me tratáis como a un acusado en el banquillo, y los rumores que recoge al paso el oído de buen caballero; no permanecen en él mucho tiempo. Vuestra alteza desea que dé a las hablillas toda la importancia de un suceso.

--¡Pero al fin --murmuró el duque con despecho--, ello es que os habéis retirado a causa de esas hablillas!

--Debo decir la verdad: me han hablado de las asiduidades del señor de Guiche con Madame, nada más; placer inocente, lo repito, y, además, permitido. Pero, monseñor, no vayáis a ser injusto ni a llevar las cosas demasiado lejos; lo que he dicho en nada os interesa.

--¿No me interesa que se hable de las asiduidades de Guiche con mi esposa?

--No, monseñor, no. Y lo que acabo de decir os se lo diría al mismo Guiche en persona; tan

sin consecuencia creo el modo como hace la corte a Madame; y se lo diría a ella misma. ¿Pero sabéis cuál es mi temor? El de pasar por un hombre celoso de favores cuando sólo soy celoso de amistad. Conozco vuestro flaco, y no ignoro que cuando amáis, sois exclusivo. Sé que amáis a Madame, que, por lo demás, ¿quién no la amaría? Seguidme en el círculo en que me muevo: Madame ha distinguido entre vuestros amigos al que es más apuesto y de mayores atractivos; nada tiene de extraño que procure influir en el ánimo de su esposo en favor del preferido, y deje de mirar a los demás con el cariño que antes les tenía. Un desdén vuestro me haría morir; porque harto doloroso me es ya soportar los de Madame. Así es, monseñor; que he tomado mi resolución de ceder el puesto al favorito, cuya felicidad envidio, sin dejar de profesarle por eso una amistad verdadera y una sincera admiración. ¿Tenéis algo que oponer a este razonamiento? ¿No es el de todo, hombre de honor? ¿Halláis que mi conducta no sea la

de un leal amigo? Responded, al menos, ya que tan rudamente me habéis interrogado.

El duque se había sentado con la cabeza entre las manos, y se desbarataba el peinado. Después de un silencio bastante largo para que el caballero pudiera apreciar todo el efecto de sus combinaciones oratorias, se levantó Monsieur.

--Vamos --dijo--, sé franco.

--Como siempre:

--Bien. Ya sabes que hemos notado algo de lo que se ha dicho en cuanto a ese extravagante de Buckingham.

-- ¡Oh! Monseñor, no vayáis a acusar a Madame, o me despido de vos. ¿Sería posible, que os dejaseis llevar de esos sistemas, que hubieseis concebido sospechas?

--No, no, caballero, yo no sospecho de Madame; pero, al fin... veo ... comparo .

--¡Buckingham era un loco!

--Un loco, respecto del cual me hiciste abrir los ojos perfectamente.

--¡No, no! --dijo con viveza el caballero--. No fui yo el que os hice abrir los ojos, sino Guiche. ¡Oh! ¡No confundamos!

Y echóse a reír con esa risa estridente que semeja el silbido de la culebra.

--Sí, sí, en efecto... tú dijiste algunas palabras, pero Guiche se manifestó más celoso.

-- ¡Ya lo creo! --continuó el caballero con el mismo tono--. Combatió por el altar y el hogar.

--¡Cómo es eso! --dijo el duque altamente resentido-- de aquella pérfida chanzoneta.

--¿Pues no es el señor de Guiche primer gentilhomme de vuestra casa?

--De todos modos --repuso el duque algo más tranquilo--,. ¿es cierto que la pasión de Buckingham fuese notada?

-- Sin duda,

-- ¿Y se dice que la del señor Guiche lo sea igualmente?

--Veo, monseñor, que volvéis a lo mismo; nadie dice que el señor de Guiche tenga pasión alguna.

-- ¡Está bien! ¡Está bien!

--Ya veis, monseñor, que hubiera sido mejor, cien veces, dejarme en mi retiro que no el veniros a forjar en mis escrúpulos unas sospechas que Madame juzgará como crímenes, y tendrá razón.

-- ¿Qué harías tú?

--Una cosa razonable.

-- ¿Cuál?

--No hacer caso de esa sociedad de nuevos epicúreos, y de ese modo se desvanecerían los rumores, por sí mismos.

--Lo meditaré.

--¡Oh! Tiempo tenéis para ello, pues el peligro no es grande, y además no se trata de peligro ni de pasión, sino únicamente de esa especie de temor que llegué a concebir de que se entibiara vuestra amistad hacia mí. Una vez que me la conserváis con vuestra acostumbrada bondad, ninguna otra idea tengo.

El duque movió la cabeza, como diciendo:

“Si tú no tienes ideas, yo sí las tengo.”

En esto llegó la hora de comer, y Monsieur hizo avisar a Madame; mas ésta le envió a decir, que no podía asistir a la mesa, y que comería en su cuarto.

--Es culpa mía --dijo el duque--; esta mañana me presenté de pronto cuando estaban en lo mejor de sus músicas, y como me la eché de celoso, me muestra ahora enfado.

-- Comeremos solos --dijo el caballero con un suspiro--. Siento que no venga Guiche.

--¡Oh! A Guiche pronto se le pasará el enfado; tiene un carácter excelente.

-- Monseñor --dijo súbitamente el caballero-- , se me ocurre una idea: tal vez en la conversación que hemos tenido he podido lastimar el corazón de Vuestra Alteza haciéndole concebir sospechas de Guiche, y quiero constituirme en mediador... Voy a buscar al conde, y veré si logro traerle.

-- ¡Bien! ¡Veo que tienes buen corazón!

-- ¡Parece que Vuestra Alteza se admira de ello!

--Es que no acostumbras a estar tan afectuoso todos los días.

-- Pero a lo menos confesad que sé reparar una falta.

-- Lo confieso.

-- ¿Quiere Vuestra Alteza hacerme el favor de esperar aquí unos segundos?

--Con mucho gusto, ve ... Entre tanto me probaré mis vestidos de Fontainebleau.

El caballero salió, y llamó con precaución a sus criados, como si les diera distintas órdenes.

Todos marcharon en diferentes direcciones, y él quedó con su ayuda de cámara.

--Desearía saber ahora mismo --dijo--, si el señor de Guiche está en el cuarto de Madame. ¿De qué modo se podría averiguar?

--Fácilmente, señor caballero; se lo preguntaré a Malicorne, el cual lo deberá saber por la señorita Montalais. Sin embargo, creo que la pregunta será inútil, porque todos los criados del señor de Guiche han marchado, y el amo ha debido irse con ellos.

--No obstante, infórmate.

No habían transcurrido diez minutos, cuando volvió el ayuda de cámara. Llamó misteriosamente a su amo a una escalera de servicio, y le hizo entrar en un aposento cuya ventana daba al jardín.

-- ¿Qué hay? --preguntó el caballero-- ¿A qué tantas precauciones?

--Observad, señor --dijo el ayuda de cámara.

--¿Qué?

--Mirad bajo el castaño, allí.

-- Bien... ¡Ah, sí! Veo a Manicamp de espera. ¿A quién aguarda?

-- Pronto lo veréis si tenéis paciencia... ¡Mirad! ¿Veis ahora?

--Veo uno, dos, cuatro músicos con sus instrumentos, y a Guiche que los va dirigiendo en persona... Pero, ¿qué hace ahí?

--Espera que le abran la portecilla de la escalera de las camaristas, para subir a la habitación de Madame y darle música durante la comida.

--¡Es soberbio eso que dices!

-- ¿Qué os parece, señor?

-- ¿Y eso te lo ha dicho el señor Malicorne?

--El mismo.

--¿Tanto te quiere?

--Quiere a monseñor.

--¿Por qué?

--Porque desea ser de su casa.

--¡Diablo! Y lo será. ¿Cuánto te ha dado por ello?

--El secreto que os vendo, señor.

--Te doy por él cien doblones: ¡Tonto!

--Gracias, señor... Observad cómo se abre la portecilla y una mujer hace entrar a los músicos.

--¿No es la Montalais?

--La misma, mas no pronunciéis en alta voz ese nombre; quien dice Montalais dice Malicorne. Si os malquistáis con la una, no estaréis bien con el otro.

--Bien, pues nada he visto.

--Y yo nada he recibido --repuso el criado llevándosela bolsa.

--¡Caballero, caballero! Mal me aconsejas.

--Yo os aconsejo bien, en beneficio vuestro; ese traje, ideado por vos y bordado de oro, os sienta divinamente. Madame se hallará más subyugada aún por el hombre que por el proceder. ¡Vamos, monseñor!

-- Me has convencido, marchemos.

El duque salió con el caballero de su habitación y se dirigió hacia la de Madame.

El caballero deslizó estas palabras al oído de su criado:

—¡Vigilad la portecilla! ¡Que nadie pueda escaparse por allí! Corre. Y tras del duque entró en las antecámaras de Madame.

Los ujieres disponíanse a anunciar.

— Nadie se mueva —dijo el caballero, riendo—. Monsieur quiere dar una sorpresa.

CV

MONSIEUR ESTÁ CELOSO DE GUICHE

Monsieur entró bruscamente como las personas que llevan buena intención y creen causar un placer, o como aquellos que esperan sorprender un secreto, triste pensión de los celos.

Madame, embriagada con los primeros compases, bailaba como una loca, sin hacer caso de la comida comenzada.

Era su pareja el señor de Guiche, que aparecía con los brazos al aire, los ojos entornados y la rodilla en tierra, como los bailarines españoles, de apasionada mirada y gesto acariciador.

La princesa daba vueltas a su alrededor con igual sonrisa y seducción provocadora.

Seguro el caballero de que Guiche estaba ya dentro, volvió al cuarto de Monsieur, a quien halló vestido con magnificencia y radiante de júbilo y de belleza.

--Se dice --exclamó--, que el rey toma por divisa un sol; verdaderamente, monseñor, a nadie mejor que a vos convendría semejante divisa.

--¿Y Guiche?

—No he podido hallarle. Parece que se haya evaporado. La sorpresa de esta mañana se ve que le ha afectado profundamente. No se le ha hallado en su casa.

—¡Bah! Es capaz ese atolondrado de haber tomado la posta y haberse ido a sus posesiones. ¡Infeliz muchacho! Yo le haré llamar. Comamos.

— Monseñor, el día de hoy es fecundo en ideas; por mi parte tengo una.

—¿Cuál?

—Monseñor, Madame está enojada con vos, y tiene razón. Le debéis el desquite; id a comer con ella.

—¡Oh! Eso es propio de un marido débil.

— Eso es de un buen marido. La princesa se aburre; derramará lágrimas en su comida y se le pondrán encarnados los ojos. Un marido que hace poner encarnados los ojos a su mujer, se

hace odioso. ¡Con que vamos, monseñor, vamos!

—No; he mandado que traigan aquí mi servicio.

— ¡Vamos, vamos, monseñor, nos pondremos tristes, a mí se me parte el corazón al pensar que Madame está sola; y vos, por inflexible que queráis ser, no podréis menos de suspirar. Llevadme a la comida de Madame y le proporcionaremos una agradable sorpresa. Estoy seguro que nos divertiremos. Esta mañana os enojasteis sin motivo.

—Puede ser.

—Nada de puede ser: fue.

Montalais admiraba. La Vallière, sentada en un rincón, miraba, pensativa.

Imposible expresar el efecto que causó en aquellas personas venturosas la presencia de Monsieur, tan imposible como expresar el efec-

to que produjo en Felipe la vista de aquellas dichosas personas.

El conde de Guiche no tuvo fuerzas para levantarse; Madame quedóse inmóvil a la mitad de su paso y de su actitud, sin poder articular palabra.

El caballero de Lorena apoyóse contra el quicio de la puerta, sonreía como hombre caído en la más ingenua admiración.

La palidez del príncipe, el temblor convulsivo de manos y piernas fue el primer síntoma que alarmó a los concurrentes. Al ruido del baile sucedió un profundo silencio.

El caballero de Lorena aprovechó este intervalo para saludar respectivamente a Madame y a Guiche, aparentando confundirlos en sus reverencias, como los amos de la casa.

Monsieur se aproximó a su vez.

--Estoy encantado --dijo con ronca voz--; llego aquí creyendo encontraros enferma y triste y os veo entregada a nuevos placeres. ¡En verdad, es una dicha! Mi casa es la más alegre del universo!

Y volviéndose hacia Guiche:

-- ¡Conde --le dijo--, ignoraba que fueseis tan hábil bailarín!

Y luego, dirigiéndose a su mujer:

-- Sed mejor para mí--dijo con amargura que encubría su ira--: cada vez que queráis alegraros, invitadme... Soy un príncipe muy abandonado.

Guiche había recobrado toda su presencia de ánimo, y con altivez natural, que le sentaba perfectamente, dijo:

-- Monseñor sabe que le pertenece mi vida entera; cuando se trate de darla, estoy pronto,

pero hoy no se trata más que de bailar al son de los violines, y bailo.

--Y hacéis bien --dijo secamente el príncipe--. Luego, señora --continuó--, veo que no advertís qué vuestras damas me roban mis amigos. El señor de Guiche no está a vuestro servicio sino al mío, y ya que cuando queréis comer sin mi compañía tenéis a vuestras damas, justo es que cuando yo coma solo no me despojéis de mis gentileshombres.

Madame comprendió la lección, y sintiendo la fuerza de aquella reconvención, se puso encarnada hasta los ojos.

--Señor --replicó--, al venir a la corte de Francia, ignoraba que las princesas de mi jerarquía fueran consideradas como mujeres de Turquía. Ignoraba que estuviera prohibido ver hombres; mas, puesto que tal es vuestra voluntad, me resignaré, no os molestaré si queréis hacer enrejar mis ventanas.

Esta respuesta, que hizo sonreír a Montalais y a Guiche, volvió al corazón del príncipe la cólera, de la que una gran parte acababa de evaporarse en palabras.

—¡Muy bien! —dijo con tono concentrado—. ¡Me gusta ver como se me respeta en mi casa!

—¡Monseñor, monseñor! —murmuró el caballero al oído de Monsieur; de modo que todos advirtiesen que procuraba aplacarle.

—¡Venid! —dijo el duque por toda contestación, arrastrándole consigo y haciendo una brusca pirueta, a riesgo de atropellar a Madame.

El caballero siguió a su amo hasta su habitación, donde apenas se sentó el príncipe, dio rienda suelta a su furor.

El caballero levantaba los ojos al cielo, juntaba las manos, y no decía palabra.

—¡Quiero saber tu parecer! — exclamó Monsieur:

— ¿Sobre qué, monseñor?

— Sobre todo lo que pasa aquí.

—¡Oh monseñor! ¡Es cosa grave!

—¡Es odiosa! ¡No se puede vivir así!

— ¡Cuidado que es desgracia! —dijo el caballero—. ¡Cuando esperábamos tener tranquilidad con la ausencia de Buckingham!

— ¡Y esto es peor!

—No diré tanto, monseñor.

— Pues, yo sí lo digo, porque Buckingham no se habría atrevido jamás a hacer la cuarta parte de lo que hemos visto.

— ¿Qué, monseñor?

— ¡Ocultarse para bailar, fingir una indisposición para comer mano a mano con otro!

--¡Oh! ¡Monseñor, no, no!

-- ¡Sí, sí! --gritó el príncipe excitándose a sí propio como los niños voluntariosos--; pero no lo sufriré por mucho tiempo; es preciso que se sepa lo que aquí pasa.

--Monseñor, un escándalo...

-- ¡Pardiez! ¿Debo guardar consideraciones cuando nadie, me las guarda?... ¡Aguárdame aquí, caballero, espérame!

El príncipe desapareció en la habitación inmediata, y se informó por el ujier si la reina madre había vuelto de la capilla.

Ana de Austria era dichosa; la paz restablecida en el seno de la familia, todo un pueblo entusiasmado con la presencia de un soberano joven dispuesto a grandes empresas, las rentas del Estado aumentadas, la paz exterior asegurada, todo le presagiaba un porvenir tranquilo.

A veces cruzaba por su ánimo el recuerdo de aquel desgraciado joven a quien había recibido como madre y arrojado como madrastra.

Un suspiro acabó su pensamiento. De pronto entró el duque de Orleáns.

—¡Madre mía —murmuró cerrando apresuradamente las puertas—, las cosas no pueden seguir así!

Ana de Austria fijó en él sus hermosos ojos, y, con dulzura inalterable.

— ¿De qué cosas queréis hablar? —le dijo.

— Quiero hablar de Madame.

—¿De vuestra mujer?

—Sí, madre mía.

—Apuesto a que ese loco de Buckingham le habrá escrito alguna carta de despedida.

—Pues qué, madre querida, ¿creéis que se trate de Buckingham?

—¿Pues de quién, si no? Porque ese pobre joven había excitado injustamente vuestras sospechas, y yo suponía.. .

— Madre mía, Madame ha reemplazado ya al señor de Buckingham.

—Felipe, ¿que estáis diciendo? Habláis con demasiada ligereza.

—No; Madame se las ha compuesto tan bien, que estoy otra vez celoso.

—¿Y de quién, Dios mío?

—Pues qué, ¿no habéis advertido nada?

—No.

—¿No habéis observado que el señor de Guiche está continuamente en su habitación, y no se separa de su lado?

La reina dio una palmada y se echó a reír.

—Felipe --dijo--, esto no es, ya un defecto, sino una enfermedad.

--Sea defecto o enfermedad, el caso es que sufro.

-- ¿Y deseáis que os cure de un mal que sólo existe en vuestra imaginación? ¿Queréis que apruebe vuestros celos cuando no hay el menor fundamento para tenerlos?

--Ya vais a principiar con éste de la misma manera que hicisteis con el otro.

--Es que, hijo mío --dijo con sequedad la reina--, lo que hicisteis con el otro volvéis a hacerlo ahora con éste.

El príncipe se inclinó algo picado.

--Y si citase hechos --dijo-- ¿me creeríais?

--Hijo mío, si se tratara de cualquiera otra cosa que no fueran celos, os creería sin necesidad de alegar hechos; pero en esa materia no os prometo nada.

-- Lo cual equivale a mandarme a que me calle y a despedirme sin escucharme.

-- De ningún modo: sois hijo mío, y os debo toda la indulgencia de una madre.

-- ¡Oh! Decid vuestro pensamiento; decid mejor que me debéis toda la indulgencia que se merece un loco.

--Dejaos de exageraciones, Felipe, y no me presentéis a vuestra mujer como un corazón depravado...

--¿Mas y los hechos, señora?

-- Veamos qué hechos son éstos.

--Esta mañana a las diez había música en la habitación--de Madame. --No veo en eso ningún mal.

--El señor de Guiche estaba conversando con ella. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que desde hace ocho días la sigue como si fuera su sombra.

--Hijo mío, si hicieran algo malo, se ocultarían.

-- ¡Bueno! --dijo el duque--. ¡Ahí os esperaba yo! Acordaos bien de lo que habéis dicho. Esta mañana, pues, sorprendí a los dos, y les manifesté mi descontento.

--Pues no dudéis de que eso será bastante; y aun quizá os hayáis adelantado más de lo conveniente. Estas jóvenes son muy susceptibles, y reconvenirlas por el mal que no han hecho, equivale a veces a decirles que lo podrían hacer.

--Bien, bien; ahora veréis. Retened también lo que acabáis de decir, señora: "La lección de esta mañana ha debido bastar, y si hicieran algo malo se ocultarían."

--Eso he dicho.

--Pues bien, arrepentido de la precipitación con que procedí esta mañana, y creyendo que Guiche estaría de mal humor en su casa, fui a la habitación de Madame. ¿Sabéis lo que hallé? Nuevos músicos, bailes, y a Guiche oculto allí.

Ana de Austria frunció el ceño.

--Es sorprendente --dijo--. ¿Qué ha dicho Madame?

--Nada.

-- ¿Y Guiche?

--Lo mismo... No, ahora recuerdo que tartamudeó ciertas impertinencias.

-- ¿Y qué decís de todo eso, Felipe?

--Que se han burlado de mí, que Buckingham no era más que un pretexto, y que el verdadero responsable es Guiche.

Ana se encogió de hombros.

--¿Y qué?

--Quiero que Guiche salga de mi casa como Buckingham, y se lo pediré al rey, a no ser que...

--A no ser que...

--Qué vos misma, señora, tan espiritual y tan buena, os encarguéis de la comisión.

--No haré tal.

--¡Cómo, madre mía!

--Oíd, Felipe, no me hallo dispuesta todos los días a dar disgustos a las personas; tengo cierta autoridad sobre estos jóvenes, pero no podría prevalerme demasiado de ella sin perderla; fuera de que nada prueba que el señor de Guiche sea culpable.

--Me ha disgustado..

--Eso es cuenta vuestra. .

--Bueno, yo sabré lo que he de hacer --dijo el príncipe impetuosamente.

Ana le miró con inquietud.

--¿Y qué haréis? --dijo.

--Le haré ahogar en mi estanque la primera vez que le encuentre en casa.

Y el príncipe, después de lanzar esta ferocidad, aguardó a ver el efecto que producía. La reina permaneció impasible.

—¡Bien! —fue lo único que dijo.

Felipe era débil como una mujer y se puso a dar gritos.

—Todos me venden, nadie me quiere; hasta mi madre se pasa a mis enemigos.

— Vuestra madre ve más lejos que vos, y cree excusado aconsejaros cuando no estéis dispuesto a escuchar sus consejos.

—Iré a ver al rey.

—Eso mismo iba a proponeros. Precisamente lo estoy aguardando, pues esta es la hora de su visita; explicaos.

Apenas había acabado de hablar, cuando Felipe oyó abrirse con estrépito la puerta de la antecámara.

El miedo le sobrecogió. Se distinguían los pasos del rey, cuyas plantas hacían crujir la alfombra. El duque escapó por una portecilla y dejó a la reina con la palabra en la boca.

Ana de Austria se echó a reír, y estaba riendo todavía cuando entró el rey.

— Venía a preguntar por la salud ya algo quebrantada de la reina, y a anunciar a ésta al mismo tiempo que estaban terminados los preparativos, para el viaje a Fontainebleau.

Al verla reír disminuyó su inquietud, y le dirigió la palabra en tono risueño.

Ana de Austria le cogió la mano, y con voz placentera:

— ¿Sabéis —le dijo—, que tengo a orgullo el ser española?

— ¿Por qué, señora?

— Porque las españolas valen mucho más que las inglesas.

--No os entiendo.

-- Desde que estáis casado, ¿habeis tenido que hacer la menor reconvención a la reina?

--No por cierto.

--Y ya lleváis algún tiempo de matrimonio. Vuestro hermano; por el contrario, hace quince días que contrajo matrimonio...

-- ¿Y qué?

-- Y ya se queja de Madame por segunda vez.

--¡Cómo! ¿Buckingham aún?

--No, otro.

--¿Quién?

-- Guiche.

--Pues qué, ¿Madame es coqueta?

--Mucho me lo temo.

--¡Pobre hermano mío! --dijo , riendo el rey.

--¿Según se ve, disculpáis el coquetismo?

--En Madame sí, porque no es coqueta en el fondo.

-- Será así; pero vuestro hermano va a perder la cabeza.

--¿Y qué pretende?

-- Quiere ahogar a Guiche.

--Algo violento me parece eso.

--No lo toméis a broma; Felipe está desesperado. Buscad algún medio.

-- ¿Para salvar a Guiche? Con mucho gusto.

--¡Oh! Si vuestro hermano os oyese, conspiraría contra vos como vuestro tío Monsieur, contra el rey ,vuestro padre.

--No; Felipe me quiere mucho, y yo no le quiero menos; viviremos como buenos amigos. ¿Qué quiere en último resultado?

-- Que impidáis, a Madame ser coqueta y a Guiche ser amable.

-- ¿Sólo eso? ¡Muy alta idea tiene formada Felipe del poder real! ... ¡Corregir a una mujer!... Si todavía fuese a un hombre, pase..

--¿Y de qué modo os compondrías?

--Con sólo decir una palabra a Guiche, que es mozo de talento, le persuadiré.

-- ¿Pero y a Madame?

--Eso es más difícil; seguramente no bastará una palabra. Compondré una homilía, y se le predicare de cabo a rabo.

--Es que la cosa urge.

--No lo descuidaré, confiad. Precisamente tenemos baile después de comer.

-- ¿Y pensáis predicar bailando?

-- Sí, señora.

--¿Me prometéis convertirla?

-- Extirparé la herejía por la persuasión o por el fuego.

--¡Enhorabuena! No me mezcléis en nada de esto. Madame no me lo perdonaría en su vida, y, al fin y al cabo, tengo que vivir con mi nuera.

--Señora, el rey lo toma todo a su cargo...

--En verdad que ahora reflexiono...

-- ¿Qué?

-- Si sería, quizá mejor ir a buscar a Madame en su cuarto.

--Es algo solemne..

--Sí, mas la solemnidad no sienta mal a los predicadores, y luego el violín del baile se comería la mitad de mis argumentos. Además, se trata de impedir alguna violencia de mi hermano.. Más vale un poco de precipitación... ¿Está Madame en sus habitaciones?

--Creo que sí.

— ¿Tenéis a bien hacerme una exposición de agravios?

— Os lo diré en pocas palabras: música perpetua..., asiduidad de Guiche...; sospechas de tapujos y confabulaciones. ..

— ¿Y pruebas?

—Ninguna.

—Bien: voy a ver a Madame.

Y el rey se puso a mirar en los espejos su brillante traje y su rostro, que resplandecía no menos que sus diamantes.

—Que procuren alejar a mi hermano —dijo.

—¡Oh! El fuego y el agua no se huyen con mayor violencia.

— Eso me basta. Madre mía, bésoos las manos, que son las más lindas de Francia.

—Que salgáis bien con vuestra empresa señor. . . Sed el pacificador del matrimonio.

--Ya veis que no empleo embajador --replicó Luis--. Es decir, que tendré éxito.

Salió riendo, y por el camino, fue limpiándose el polvo con minucioso esmero.

CVI

EL MEDIADOR

Al presentarse el rey en el cuarto de Madame, todos los cortesanos, que a la noticia de la escena conyugal, se habían diseminado por las habitaciones, principiaron a concebir los más serios temores.

Ibase así formando por este lado una tempestad, cuyos elementos analizaba el caballero de Lorena en medio de los grupos, ya aumentando los más débiles, o ya dirigiendo, según sus perversas inclinaciones, los más fuertes, a fin de causar todo el daño posible.

Según lo había anunciado Ana de Austria, la presencia del rey dio un carácter solemne al acontecimiento.

No era cosa de poca entidad, en 1662, el descontento de Monsieur contra Madame y la intervención del rey en los asuntos domésticos de Monsieur.

De suerte que, desde el primer momento se vio a los más atrevidos que rodeaban al conde de Guiche, alejarse de él con una especie de espanto; y el mismo conde, participando del pánico general, se retiró solo a su cuarto.

El rey entró en la habitación de Madame saludando como de costumbre. Las camaristas habíanse colocado en fila a su paso por la galería.

Por muy preocupado que estuviera Su Majestad, no dejó de echar una mirada de amo a aquella doble fila de mujeres jóvenes y hermosas que bajaban modestamente los ojos.

Todas se pusieron encendidas al sentir la mirada del rey. Tan sólo una, cuyos largos cabellos caían en sedosos bucles sobre el cutis más hermoso del mundo, estaba pálida y casi no podía sostenerse a pesar de los codazos de su compañera.

Era La Vallière, a quien Montalais apuntalaba de aquel modo inspirándola por lo bajo el valor de que ella estaba tan abundantemente provista.

El rey no pudo menos de volver la cara. Todas las frentes, que estaban ya levantadas, volvieron a bajarse; sólo la cabeza rubia permaneció inmóvil, como agotada toda la fuerza e inteligencia que le quedara.

Al entrar Luis en la habitación de Madame, encontró a su cuñada medio recostada sobre los almohadones de su gabinete. Levantóse Enriqueta, e hizo una profunda reverencia, balbuceando algunos cumplidos sobre el honor que recibía.

Luego volvió a sentarse, vencida por una debilidad, afectada sin duda, porque un delicioso colorido animaba sus mejillas, y sus ojos, todavía enrojecidos por algunas lágrimas vertidas recientemente, no despedían más que fuego.

Cuando el rey estuvo sentado y observó, con aquella seguridad que le caracterizaba, el desorden de la habitación y el no menor del semblante de Madame, tomó un aire jovial.

--Hermana mía --le dijo--, ¿a qué hora deseáis que ensayemos hoy el baile?

Madame, sacudiendo lenta y lánguidamente su encantadora cabeza:

--¡Ah, Majestad! --exclamó--. Dignaos excusarme para ese ensayo; precisamente iba a pasar recado a Vuestra Majestad para decirle que me sería imposible asistir hoy.

--¡Cómo! --dijo el rey con moderada sorpresa--. ¿Estáis indispuesta, hermana mía?

--Sí, Majestad.

--Entonces voy a hacer que llamen a vuestros médicos.

--No, porque nada pueden hacer los médicos para mi mal.

-- ¿Me asustáis?

--Majestad --dijo ella--, deseo solicitar vuestro permiso de regresar a Inglaterra.

El rey hizo un movimiento.

--¡A Inglaterra! ¿Reflexionáis bien lo que decís, señora?

--Lo digo a pesar mío, Majestad --repuso la nieta de Enrique IV con resolución, haciendo brillar al mismo tiempo sus hermosos ojos negros--. Siento hacer confidencias de tal género; pero soy muy desgraciada en la corte de Vuestra Majestad, y deseo volver al lado de mi familia.

-- ¡Señora!

Y el rey se acercó.

— Escuchadme, Majestad —continuó la joven tomando sobre su interlocutor el ascendiente que le daban su belleza y su naturaleza nerviosa—; yo estoy acostumbrada a sufrir. —Joven todavía, me he visto humillada y desdeñada. . . ¡Oh! No digáis que no —repuso la joven con una sonrisa.

El rey se ruborizó.

—Entonces —dijo—, pude creer que Dios me tenía señalado ese destino, a mí, hija de un rey poderoso; pues habiendo Dios permitido que mi padre muriese desgraciadamente, bien podía temer que quisiera abatir en mí el orgullo. Mucho he sufrido y mucho he hecho sufrir a mi madre; pero he jurado que si alguna vez. Llegara a verme en una posición independiente, aun cuando fuera sólo la de la obrera del pueblo, que gana el pan con su trabajo; no sufriría la menor humillación. Ese día ya ha llegado; he recuperado la posición debida a mi clase y a mi

nacimiento, he subido hasta las gradas del trono, y he debido creer que aliándome a un príncipe francés, hallaría en él un pariente, un amigo, un igual mío; pero voy viendo que sólo he encontrado un amo, y esta idea me irrita, Majestad.. . Mi madre nada sabrá, Vos, a quien respeto y a quien... amo...

El rey estremeci6se; ninguna voz había halagado así su oído.

—Vos, Majestad, que todo lo sabéis, ya que habéis venido a verme, tal vez me comprendáis. Si no hubieseis venido, hubiera yo acudido a vos. Lo que deseo es la autorización para marcharme libremente. Ahora dejo a vuestra discreción el cuidado de disculparme y protegerme.

—¡Hermana mía, hermana mía! —balbuceó el rey, abrumado por aquel rudo ataque—. ¿Habéis meditado bien la enorme dificultad que ofrece vuestro proyecto?

-- Majestad, yo no reflexiono; siento. Viéndome atacada, rechazo el ataque por instinto; nada más.

--¿Pero qué os han hecho? Veamos.

La princesa, con esa maniobra tan peculiar de las mujeres, acababa de evitar toda reconvencción formulando otra más grave; de acusada, se convertía en acusadora. Este es un signo infalible de culpabilidad; pero de este mal evidente, las mujeres, aun las menos diestras, saben siempre sacar partido para vencer.

El rey no advirtió que había venido a ver a Madame para decirle: "¿Qué habéis hecho a mi hermano?" Y ahora se veía reducido a decir:

-- ¿Qué os han hecho?

--¿Qué me han hecho? --repuso Madame--.  
¡Oh! ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo, Majestad! ¡Me han hecho llorar!

Y con un dedo que no tenía igual en delicadeza y blancura nacarada, mostraba unos ojos brillantes, anegados en lágrimas, que principiaban a correr de nuevo.

— ¡Por Dios, hermana mía! —dijo el rey, aproximándose para tomarle una mano, que ella le abandonó lánguida y palpitante.

— Majestad, hace poco que me han privado de la presencia de un amigo de mi hermano. Milord de Buckingham era para mí un huésped simpático y jovial, un compatriota que conocía mis gustos e inclinaciones, diría; casi un compañero, pues hemos pasado juntos muchos días, con otros compañeros nuestros, en mis hermosas aguas de Saint James.

—¡Pero, hermana mía, Villièrs estaba enamorado de vos!

— ¡Pretextos! ¿Qué importa —dijo seriamente la joven— que monseñor de Buckingham estuviese o no enamorado? ¿Es acaso peligroso para

mí un hombre enamorado?... ¡Ah, Majestad! No basta que un hombre ame.

Y sonrió con tal gracia y ternura, que el rey sintió latir y desfallecer el corazón en el pecho.

--Pero, ¿y si mi hermano estaba celoso? -- interrumpió el rey.

--Bueno, admito eso, es una razón; y han expulsado a Buckingham.

-- ¡Expulsado! ...

-- ¡Oh, no! Expulsado, extrañado, despedido, si así lo queréis, Majestad. Uno de los primeros caballeros de Europa se ha visto precisado a abandonar la corte del rey de Francia, la corte de Luis XIV, como un villano, por la bagatela de una mirada o un ramillete. Eso es poco digno de la corte más galante. Perdón, Majestad, olvidaba que al hablar así atento a vuestro poder soberano.

— No, por mi honor, hermana mía, no fui yo quien despidió al señor de Buckingham. Era hombre que me agradaba mucho.

—¿No fuisteis vos? —exclamó hábilmente Madame—. ¡Ah! ¡Tanto mejor!

Y acentuó el tanto mejor, como si en lugar de esa frase hubiera pronunciado tanto peor.

Hubo un silencio de algunos minutos.

—Habiendo marchado el señor de Buckingham (y ya sé por qué y quién le hizo salir), creía haber recobrado la calma... Y no... Ahora salimos con que Monsieur encuentra otro pretexto; y sucede...

— Sucede —dijo el rey alegremente— que se presenta otro al puesto, y nada hay más natural. Sois bella, señora, y siempre tendréis quien os ame.

—Entonces —murmuró la princesa— ¿me veré condenada a estar sola siempre? ¡Oh, eso es

lo que se quiere, y eso es lo que se me prepara! Pero, no, prefiero volver a Londres. Allí, a lo menos, me conocen y me quieren, y sí que podré tener amigos sin temor de que se atrevan a calificarlos de amantes...

— ¡Bah! ¡Esa sospecha es indigna, y, mucho más por parte de un gentilhombre! . . .

— Monsieur ha perdido todo en mi espíritu desde que le he conocido, desde que se me ha revelado como el tirano de una mujer.

— ¡Vaya! Mi hermano sólo es culpable de amaros.

— ¡Amarme! ¡Monsieur amarme!... ¡Ah! Majestad...

Y se echó a reír a carcajadas.

—Monsieur no amará jamás a una mujer — continuó—, porque se ama demasiado a sí mismo; no desgraciadamente para mí, Mon-

sieur es de los celosos de peor especie: celoso sin amor.

— Confesad, sin embargo —dijo el rey, que principiaba a animarse con aquella conversación ardiente y variada—, confesad que el señor de Guiche os ama.

—Majestad, nada sé.

—Debéis de verlo. Un hombre que ama se traiciona.

—Es que el señor de Guiche no se ha traicionado, Majestad.

— ¡Hermana mía, hermana mía, defendéis al señor de Guiche!

— ¡Yo! ¡Defenderle yo!... ¡Oh! Majestad, sólo faltaba a mi infortunio que vos también llegáseis a concebir sospechas.

—No, señora, no —replicó vivamente el rey—. No os aflijáis...

—¡Oh! ¡Se os saltan las lágrimas! ... ¡Por Dios, tranquilizaos!

La princesa lloraba, no obstante, y corrían abundantes lágrimas por sus manos.

El rey cogió una de aquellas manos y aspiró una de sus lágrimas. Madame le miró con tanta melancolía y ternura, que le llegó al corazón.

—¿De modo que nada tenéis con Guiche? — dijo el rey con más ansiedad de la que convenía a su papel de mediador.

—Nada absolutamente, Majestad.

—Así, ¿podré tranquilizar a mi hermano?

—¡Ay! Nada le tranquilizará, Majestad. No creáis que esté celoso; no ha sido más sino, que Monsieur ha escuchado perversos consejos, y su carácter es naturalmente inquieto.

—Nada tiene de extraño que lo esté con vos.

Madame bajó los ojos y calló. El rey hizo lo propio, teniendo siempre asida la mano de Madame.

Aquel silencio de un minuto duró un siglo.

Madame retiró suavemente la mano, segura ya del triunfo. El campo de batalla había quedado por ella.

--Monsieur se lamenta --dijo tímidamente el rey-- de que preferís a su conversación y sociedad, amistades particulares.

--Majestad, Monsieur pasa la vida en contemplarse al espejo y maquinando indignidades contra las mujeres con el caballero de Lorena.

-- ¡Oh! Vais demasiado lejos.

--No digo más que la verdad. Observad; y veréis si tengo razón.

--Observaré. Pero, entretanto, ¿qué satisfacción podré dar a mi hermano?

--Mi partida.

— ¿Todavía repetís esa palabra? —exclamó imprudentemente el rey, como si creyera que en los últimos diez minutos debía haberse operado tal cambio, que Madame no pudiera seguir con la misma idea.

—Majestad, no puedo ser feliz aquí —dijo Madame—; el señor de Guiche incomoda a Monsieur. ¿Será cosa de que le hagan marchar también?

— Si es necesario, ¿por qué no? —replicó sonriendo Luis XIV.

—Pues bien, después del señor de Guiche... a quien os advierto, Majestad; que echaré de menos...

—¡Ah! ¿Le echaréis de menos?

—Sí por cierto; es amable, me profesa amistad y sabe distraerme.

—¡Ah! ¡Si Monsieur os oyese! —murmuró picado el rey—. ¿Sabéis que no me encargaría

entonces de reconciliaros ni lo intentaría siquiera?

—Y, en el estado en que se hallan las cosas, Majestad, ¿podéis impedir que Monsieur tenga celos el primero que se presente? Bien sé que el señor de Guiche no es un cualquiera.

— ¡Aun con esa! Os prevengo que, como buen hermano, me haréis cobrar horror al señor de Guiche.

— ¡Ah, Majestad!, —exclamó Madame—. Os ruego que no os revistáis de las simpatías ni de los odios de Monsieur; sed siempre rey, será mejor para vos y para todo el mundo.

— Sois una burlona encantadora, señora, y comprendo perfectamente que os adoren hasta los mismos de quienes os burláis.

—Y sin duda por eso, Majestad, vos, a quien hubiera tomado por defensor mío, vais a poneros del lado de los que me persiguen —dijo Madame.

--¡Yo perseguiros! ¡Dios me libre!

-- Entonces --continuó lánguidamente la princesa-- concededme lo que os he pedido.

--¿Qué?

-- Regresar a Inglaterra.

--¡Oh! ¡Eso, nunca! ¡Nunca! --exclamó Luis XIV.

-- ¿De modo que estoy prisionera? -- preguntó Madame.

--En Francia, sí.

--¿Y qué he de hacer, entonces?

-- ¿El qué, hermana mía? Voy a decíroslo.

--Escucho a Vuestra Majestad como humilde servidora.

--En vez de entregaros a intimidaciones un poco inconsecuentes, en lugar de alarmarnos con vuestro aislamiento, dejaos ver siempre entre nosotros, no nos abandonéis; vivamos en fami-

lia. Confieso que el señor de Guiche es amable, mas, al fin, si no poseemos su talento.. .

—¡Oh, Majestad! Bien sabéis que os hacéis el modesto.

—No, os lo juro. Puede ser uno rey y conocer que tiene menos probabilidades de agradar que tal o cual gentilhomme.

—Yo juro, en cambio, que no creéis una palabra de cuanto estáis diciendo, Majestad.

El rey miró a Madame tiernamente.

— ¿Queréis prometerme una cosa? —dijo.

—¿Qué?

—No perder en vuestro gabinete, con personas extrañas, el tiempo que debéis dedicaros a nosotros. ¿Queréis que hagamos contra el enemigo común una alianza ofensiva y defensiva?

—¿Una alianza con vos, señor?

—¿Y por qué no? ¿No sois acaso una potencia?

—¿Pero vos, Majestad, seréis un aliado fiel?

—Ya lo veréis, señora.

—¿Y desde qué día empezará esa alianza?

—Desde hoy.

—Pues yo redactaré el tratado.

—¡Muy bien!

—¿Y lo firmaréis?

—Ciegamente.

— ¡Oh! Entonces, Majestad, os prometo maravillas; pues sois el astro de la Corte, y cuando os presentéis...

—¿Qué?

—Todo resplandecerá.

—¡Oh! Señora, señora —dijo Luis XIV—, bien sabéis que toda luz viene de vos, y que si tomo el sol por divisa, no es más que un emblema.

—Majestad, veo que aduláis a vuestra aliada; eso me hace suponer que tratáis de engañarla —dijo Madame amenazando al rey con su travieso dedo.

—¡Cómo! ¿Suponéis que trato de engañaros cuando os aseguro de mi afecto?

—Sí.

—¿Y qué os hace sospechar?

—Una cosa.

—¿Una sola?

—Sólo una.

—¿Y cuál? Porque mucha desgracia sería que no pudiera triunfar de una sola cosa.

—Es que esa cosa no está en vuestro poder, Majestad, ni siquiera en el de Dios.

--¿Y qué cosa es ésa?

--El pasado.

-- Señora, no os comprendo --replicó el rey, precisamente porque había comprendido demasiado bien. La princesa le cogió la mano.

--Majestad --dijo--, he tenido la desgracia de desagradaros tanto tiempo, que casi hoy me creo con derecho a preguntarme cómo habeis podido aceptarme por cuñada.

--¡Desagradarme vos!

--No lo neguéis. Permitidme.

--No; no; me acuerdo muy bien.

--¡Nuestra alianza principia desde hoy! -- exclamó el rey con un calor que no era simulado-- De consiguiente, ni vos os acordáis del pasado, ni yo tampoco; para mí no existe más que el presente. Lo tengo a la vista; mirad.

Y llevó a la princesa delante de un espejo; donde se vio sonrojada y bella, capaz de hacer sucumbir a un santo.

— De todos modos —dijo Madame—, no será esta alianza muy sólida.

— ¿Queréis que jure? —preguntó el rey, trastornado por el giro voluptuoso que tomó toda aquella conversación.

—¡Oh! No rechazo un buen juramento —dijo Madame—. Siempre es una apariencia de seguridad.

El rey arrodillóse sobre una losa, y cogió la mano de Madame.

La princesa, con sonrisa que un pintor no sabría reproducir y un poeta sólo imaginar, le abandonó sus manos, en las cuales ocultó el rey su ardorosa frente.

Ni uno ni otro pudieron encontrar palabra alguna que decirse. El rey sintió que Madame

retiraba sus manos rozándole suavemente las mejillas.

Luis se levantó al punto y salió de la habitación:

Los cortesanos advirtieron su rostro rubicundo, y dedujeron que la escena había sido, bo-rrascosa.

Pero el caballero de Lorena se apresuró a decir:

— ¡Oh! No, señores, tranquilizaos. Cuando Su Majestad se irrita, se pone pálido.

CVII

LOS CONSEJEROS

El rey dejó a Madame en tal estado de agitación, que apenas habría podido explicárselo a sí mismo.

No es posible, en efecto, explicar el juego secreto de esas extrañas simpatías que se encienden súbitamente y sin causa entre dos corazones predestinados a amarse; después de largos años transcurridos en la mayor calma y en la mayor indiferencia.

¿Por qué motivo Luis en otro tiempo había desdeñado y hasta casi aborrecido a Madame? ¿Por qué encontraba ahora a esa misma mujer tan linda y encantadora, y por qué le ocupaba la imaginación de una manera tan viva? ¿Por qué Madame, en fin, cuyas miradas y cariño eran solicitados por otro, concedía al rey, hacía ocho días, esas apariencias de favor que hacen suponer mayores intimidades?

No es que Luis se propusiese un plan de seducción; el vínculo que unía a Madame con su hermano, era, o le parecía a lo menos, una barrera insuperable, y se hallaba demasiado lejos aún de esa barrera, para acordarse siquiera de que existiese. Pero en la pendiente de esas pa-

siones que embriagan el corazón, y hacia las cuales nos impulsa la juventud, nadie puede decir el punto en que se detendrá, ni aun aquel que haya calculado de antemano todas las probabilidades de triunfo o caída.

Respecto a Madame, no es difícil explicar su inclinación hacia el rey: era joven, coqueta y apasionada por inspirar admiración.

Era una naturaleza de arranques impetuosos, capaz en un teatro de caminar sobre brasas, a trueque de arrancar un grito de aplauso a los espectadores.

No era, por tanto, sorprendente que guardara la debida progresión, después de haber sido adorada por Buckingham y Guiche, que era superior a Buckingham, aun cuando no fuese más que por el gran mérito, tan apreciado de las mujeres, de la novedad; no era, pues, sorprendente, decimos, que la princesa elevara su ambición hasta ser admirada por el rey; que era, no sólo el primer personaje del reino, sino

uno de los hombres más gallardos y espirituales.

En cuanto a la súbita pasión de Luis hacia su cuñada, la explicaría la fisiología por medio de trivialidades, y la naturaleza por algunas de sus afinidades misteriosas. Madame tenía los más hermosos ojos negros, Luis los más hermosos ojos azules del mundo. Madame era risueña y expansiva, Luis melancólico y reservado. Aquellas dos naturalezas opuestas, que encontrábase por primera vez en el terreno de un interés y de una curiosidad común, se habían inflamado al contacto de sus mutuas asperezas.

Luis volvió a sus habitaciones convencido de que Madame era la mujer más seductora de la corte. Madame, que quedó sola, pensó, con gran alegría, que había causado en el rey una viva impresión.

Pero este sentimiento debía en ella ser pasivo, mientras que en el rey no podía menos de obrar con toda la viveza natural al espíritu inflamable

de un joven, y de un joven que no tenía más que querer para ver ejecutada su voluntad.

El rey anunció a Monsieur que todo estaba pacificado, que Madame le profesaba el mayor respeto, el cariño más sincero, pero que era un carácter altivo y susceptible, que debía ser manejado con alguna cautela.

Monsieur replicó entonces, en el tono agri-dulce que solía usar ordinariamente con su hermano; que no podía explicarse las susceptibilidades de una mujer cuya conducta podía dar lugar a censura, y que, si alguno tenía derecho a resentirse, a nadie más que a él le correspondía este derecho.

Mas entonces el rey replicó en un tono bastante vivo y que probaba todo el interés que se tomaba por su cuñada.

— Madame está por encima de las censuras, a Dios gracias.

--De los demás, sí, convenido --dijo Monsieur-- pero supongo que no de las mías.

--Pues bien --repuso el rey--, a vos, hermano mío, os diré que la conducta de Madame no merece censura. Convengo en que es una mujer, si se quiere, algo distraída y particular, pero de los mejores sentimientos. No siempre, se comprende bien en Francia el carácter inglés, hermano mío, la libertad de las costumbres inglesas sorprende muchas veces a aquellos que no saben cuánta inocencia existe en esa misma libertad.

-- ¡Ah! --dijo Monsieur cada vez más picado--. Ya que Vuestra Majestad absuelve a mi esposa, a quien yo acuso, deja mi esposa de ser culpable y nada tengo que decir.

--Hermano mío --repuso con viveza el rey, a quien la voz de su conciencia le decía por lo bajo que Monsieur no dejaba de tener razón--, hermano mío, lo que digo, y sobre todo, lo que hago, es por vuestra dicha. He

sabido que os habíais quejado de una falta de confianza o de miramiento de parte de Madame, y no quise que vuestra inquietud se prolongara por más tiempo, y porque es deber mirar por vuestra casa como por la del más humilde de mis súbditos, me he informado, y he visto con el mayor placer que vuestras alarmas eran infundadas.

--Y lo que V. M. ha reconocido con respecto a Madame, --prosiguió Monsieur en tono interrogativo y fijando los ojos en su hermano--, ¿lo ha comprobado también respecto de aquellos que han sido causa del escándalo de que me quejo?

-- Es verdad, hermano mio --dijo el rey--; ya cuidaremos de eso. Estas palabras encerraban una orden y un consuelo al mismo tiempo. El príncipe lo conoció y se retiró. En cuanto a Luis; fue a buscar a su madre, pues conocía que tenía precisión de una absolución más completa que la que acababa de recibir de su hermano.

Ana de Austria no tenía respecto de monsieur de Guiche iguales motivos de indulgencia que respecto a Buckingham. A las primeras palabras, advirtió que Luis no se hallaba dispuesto a mostrarse severo, y lo fue ella.

Era una de las astucias habituales de la reina para llegar a inquirir la verdad. Pero Luis no se hallaba ya en su aprendizaje; llevaba casi un año de rey, y en ese año había aprendido a disimular.

Escuchando a Ana de Austria, para dejarle desarrollar todo su pensamiento, y asintiendo a sus ideas con la mirada solamente o con el gesto, se convenció, por algunas miradas profundas y por ciertas insinuaciones hábiles, que la reina, tan perspicaz en materia de galantería, había si no adivinado, sospechado por lo menos, su debilidad hacia Madame.

De los auxiliares de Luis, debía ser Ana de Austria el más importante, así como habría sido

el más peligroso de sus enemigos; por consiguiente, Luis XIV mudó de táctica.

Echó la culpa a Madame, absolvió a Monsieur, y escuchó lo que su madre decía de Guiche, del mismo modo que había escuchado lo que le dijo de Buckingham. Por fin, cuando vio que la reina creía haber conseguido sobre él una victoria completa, se marchó.

Toda la Corte, es decir, todos los favoritos y palaciegos, que no eran pocos, se reunieron por la noche para la repetición del baile.

Este intervalo lo había empleado el pobre de Guiche en recibir algunas visitas.

En el número de éstas había una que esperaba y temía casi en igual grado, y era la del caballero de Lorena, que hacia las tres de la tarde entró en la habitación de Guiche.

Su aspecto era de los más propios para tranquilizar.

-- Monsieur-- dijo a Guiche-- está de un humor excelente, y nada parece anunciar que se haya presentado la más ligera nube en el horizonte conyugal.

Además, ¡era Monsieur tan poco rencoroso!

Hacía mucho tiempo que el caballero de Lorena tenía dicho en la Corte muchas veces que de los dos hijos de Luis XIII, era Monsieur el que había heredado el carácter del padre, carácter incierto e irresoluto, bueno en ocasiones, malo en el fondo, pero nulo para sus amigos.

Había animado precisamente a Guiche, haciéndole ver que Madame llegaría poco a poco a dominar a su marido, y que, por consiguiente, se haría dueño de Monsieur aquel que lograra ganarse la voluntad de Madame.

A eso había respondido Guiche con gran desconfianza y no menor presencia de espíritu:

—Sí, caballero; más considero a Madame sumamente, peligrosa.

--¿Por qué razón?

-- Porque ha conocido que Monsieur no es de carácter muy apasionado por las mujeres.

-- Es verdad --dijo riendo el caballero.

--De modo....

-- ¿Qué?

--Que ha elegido al primero que ha llegado, para hacer de él objeto de preferencia y excitar los celos de su esposo.

-- ¡Grande! ¡Grande! --exclamó el caballero de Lorena.

--¡Verdad! --repuso, Guiche. Y ni uno ni otro decían lo que pensaban.

Al propio tiempo que Guiche atacaba de ese modo el carácter de Madame, le pedía interiormente perdón con toda su alma.

Lorena, al paso que admiraba la penetración de Guiche, conducíale con los ojos cerrados al

precipicio, entonces Guiche le preguntó más directamente sobre el efecto que había causado la escena de la mañana, y más aún la escena de la comida.

—Ya os he dicho que reímos —repuso el caballero de Lorena—, y Monsieur el primero.

— No obstante —se aventuró a decir Guiche—, me han hablado de una visita del rey a Madame.

—¡Justamente! Como Madame era la única que no rió, el rey pasó a sus habitaciones para hacerla reír...

—De modo que...

— Nada ha variado en las disposiciones del día.

—¿Y se repetirá el baile esta noche?

— Sin duda.

— ¿Lo sabéis de positivo?

-- Lo sé.

En este punto de la conversación, Raúl entró con el ceño fruncido. El caballero, que le profesaba, como a todo carácter noble, una secreta aversión, se levantó apenas le vio aproximarse.

--¿Qué me aconsejáis, pues?... --preguntó Guiche al caballero.

--Que durmáis tranquilo, mi querido conde.

--Y yo, Guiche --dijo Raúl--, os daría un consejo enteramente contrario.

--¿Cuál, querido?

--El de montar a caballo y marchaos a cualquiera de vuestras posesiones. Luego que estéis allí, si deseáis seguir el consejo del caballero de Lorena, podréis dormir todo el tiempo y con toda la tranquilidad que os parezca.

-- ¿Y a qué marcharse? --exclamó el caballero aparentando sorpresa--. ¿Qué motivos tiene Guiche para huir?

--Porque todo el mundo, y nadie mejor que vos debe saberlo, habla ya de cierta escena que se dice haber sucedido entre Monsieur y Guiche.

Guiche perdió el color.

--No hay tal --repuso el caballero--; me parece que estáis mal informado, señor de Bragelonne.

--Estoy perfectamente enterado, caballero --replicó Raúl--, y el consejo que doy a Guiche es un consejo de amigo.

Guiche, sobresaltado algún tanto, no hacía mas que mirar alternativamente a sus dos consejeros.

Conocía instintivamente que en aquel instante iba a decidirse algo importante para el resto de su vida.

--¿No es cierto --dijo el caballero interpelando al conde--, no es cierto, Guiche, que la esce-

na no fue tan borrascosa como parece presumir el señor vizconde de Bragelonne, que, por otra parte, tampoco la presencié?

--Caballero --insistió Raúl--, borrascosa o no, no es precisamente de la escena de lo que yo hablo, sino de las consecuencias que puede tener. Sé que Monsieur ha amenazado; sé que Madame ha llorado.

-- ¡Lloró Madame! --murmuró imprudentemente Guiche juntando las manos.

-- ¡Calla! --dijo riendo el caballero--. Esa es una circunstancia que no sabía, veo que estáis mejor informado que yo, señor de Bragelonne.

--Por lo mismo que estoy mejor enterado, insisto en que Guiche se aleje..

--Pero yo creo que no, y siento no ser de vuestra opinión; señor vizconde; considero inútil ese alejamiento.

-- Yo lo creo urgente.

--Pero, ¿por qué alejarse?

--¿Y el rey?

-- ¡El rey! --exclamó Guiche. --Sí, te digo que el rey toma a pecho la cosa.

-- ¡Bah! --dijo el caballero--. El rey quiere a Guiche, y sobre todo a su padre; pensad que si el conde partiera daría a entender que había algo de reprehensible.

--¿Cómo?

-- Cuando alguien huye es culpable o tiene miedo.

--O que está resentido, como hombre acusado injustamente --dijo Bragelonne--. Demos a su ausencia el carácter del resentimiento, lo cual nada me parece más fácil; diremos que hemos hecho los dos todo lo posible por retenerle, y en esto, a lo menos, vos no mentiréis. ¡Vamos, vamos, Guiche! Sois inocente, y como tal, la esce-

na de hoy ha debido lastimaros. Marchaos, Guiche, marchaos.

—No, Guiche, quedaos —contestó Lorena—; quedaos, precisamente, como decía el señor de Bragelonne, porque sois inocente. Otra vez os pido perdón, vizconde; mas soy de contrario parecer al vuestro.

—Estáis en vuestro derecho, caballero, pero tened presene que el destierro que Guiche se imponga a sí mismo, será un destierro de corta duración, que podrá hacer cesar cuando guste, y al volver de un destierro voluntario, encontrará la sonrisa en la boca de todos, mientras que, al contrario, un arrebató de mal humor en el rey, puede acarrear una tempsetad, cuyo término nadie es capaz de prever.

El caballero sonrió.

—¡Eso es, pardiez, lo que quiero! —exclamó por lo bajo y para sí. Y al mismo tiempo se encogía de hombros.

Este movimiento no escapó al conde, y temió que si abandonaba la Corte se atribuyese a miedo.

—¡No, no! —exclamó—. Estoy decidido; me quedo, Bragelonne.

—Miro que te profetizo una desgracia, Guiche —dijo melancólicamente Raúl.

—Yo no, y también me tengo por profeta: quedaos, conde; quedaos: ¿Estáis seguro de que se verifica el baile? —preguntó Guiche.

— Absolutamente.

—Pues bien, ya lo veis, Raúl —replicó Guiche, esforzándose por reír—, no puede ser sombría ni estar muy preparada para discordias intestinas una corte en donde se baila con tanta afición. ¿Qué decís a eso, Raúl?

Raúl meneó la cabeza.

—Nada tengo que decir —replicó.

--De todos modos --inquirió el caballero, con el deseo de saber dónde había tomado Raúl unos informes, cuya exactitud no podía menos de reconocer interiormente--, de todos modos, señor vizconde, ¿cómo es posible que estéis mejor informado que yo, que soy una de las personas que tienen mayor intimidad con el príncipe? .

--Señor --replicó Raúl--, ante semejante manifestación, nada tengo que responder. Sí, debéis estar perfectamente informado, lo reconozco, y como todo hombre de honor es incapaz de decir otra cosa de la que sabe, y de hablar de distinto modo a como piensa, sello mis labios, me doy por vencido, y os dejo el campo de batalla.

Y, en efecto, Raúl, como si no deseara más que reposo, se dejó caer en un gran sillón, mientras el conde llamaba a sus sirvientes para que le vistiesen.

El caballero veía que el tiempo iba pasando; y deseaba marcharse; pero temía también que Raúl se quedara sólo con Guiche, y, le decidiese a cambiar de propósito.

Entonces echó mano del último recurso.

—Madame estará encantada —dijo—; hoy se prueba su traje de Pomona.

—¡Ah! ¡Es verdad! —exclamó el conde.

—Sí, sí —continuó el caballero—; acaba de dar sus órdenes para ello. Ya sabréis, señor de Bragelonne, que el rey representará la Primavera.

—Será admirable —dijo Guiche—, y ésa es la mejor razón de todas para quedarme: como, yo figuro a Vertumno, y tengo que hacer el paso con Madame, no puedo partir sin una orden del rey, porque entonces descompondría el baile.

—Y yo —dijo Lorena—, voy de simple Egipán; cierto, es que soy mal bailarín y que tengo

la pierna poco formada. Señores, hasta la vista. No olvidéis la cestita de frutas que tenéis que ofrecer a Pomona, conde.

-- ¡Oh! Nada olvidaré, no tengáis cuidado  
-- dijo transportado Guiche.

--Estoy seguro de que ya no se marchará  
--murmuró al salir el caballero de Lorena.

Raúl, a pesar de haberse quedado sola con Guiche, no trató siquiera de disuadir a su amigo, porque conoció que sería trabajo perdido. Con todo, no pudo menos de decirle con voz melancólica y melodiosa:

--Conde, os veo entregado a una pasión terrible. Os conozco, sé que sois extremado en todo, y la que amáis lo es también... Pues bien, supongamos por un instante que ella os llegue a amar...

-- ¡Oh!' Nunca --exclamó Guiche.

--¿Por qué decís nunca?

--Porque sería una terrible desgracia para los dos.

--Entonces, querido, permitidme que en vez de teneros por imprudente os mire como a un loco.

--¿Por qué?

--Vamos a ver, habladme sinceramente., ¿Estáis bien seguro de no desear cosa alguna de la mujer que amáis?

--Lo estoy.

-- Entonces, amadla desde lejos.

--¿Cómo?

--¿Qué puede importaros su ausencia o su presencia, cuando nada deseáis? Amad un retrato, un recuerdo.

--¡Raúl!

--Amad una sombra, una quimera; amad, en una palabra, el amor, poniendo un nombre a

vuestra idealidad. ¿Volvéis la cabeza? Vuestros criados llegan, no digo nada más. Tanto en la prosperidad como en la desgracia, contad conmigo Guiche.

-- ¡Diablo! ¡Claro que sí!

--Pues bien, he aquí lo que tenía que deciros. Vestíos cuidadosamente, Guiche: vestíos con esmero.. ¡Adiós!

--¿No venís al baile, vizconde?

--No, tengo que hacer una visita en la ciudad. ¡Hasta la vista, Guiche!

Era la reunión en las habitaciones del rey.

Las reinas primero, luego Madame, con algunas camaristas y varios cortesanos, todas personas escogidas, preludiaban los ejercicios del baile con pláticas como las que se sabían entablar en aquel tiempo.

Ninguna de las damas convidadas llevaba el traje con que se había de presentar el día de la

fiesta, según lo había anunciado el caballero de Lorena; pero hablábase mucho de ricos e ingeniosos caprichos, dibujados por varios pintores para el baile de los semidioses. Así se llamaba a los reyes y reinas de que iba a ser panteón Fontainebleau.

Monsieur entró llevando en la mano el dibujo que representaba el personaje de su elección; tenía todavía el ceño algo fruncido; pero el saludo que hizo a la joven reina y a su madre fue muy cortés y afectuoso. Saludó casi caballerescamente a Madame, y giró luego sobre sus talones. Aquel gesto y aquella frialdad fueron notados.

El señor de Guiche indemnizó a la princesa con una mirada ardiente; y Madame, preciso es decirlo, levantando los párpados, le correspondió con usura.

Necesario es decir que jamás había estado Guiche tan hermoso, y que la mirada de Madame había iluminado en cierto modo el sem-

blante. del hijo del mariscal de Grammont. La cuñada del rey sentía zumbiar la tempestad sobre su cabeza, y conocía también que en aquel día, tan fecundo en acontecimientos, había cometido una injusticia, ya que no una grave traición, con el hombre que la amaba con tanto delirio.

Parecíale llegado el momento de dar una satisfacción al pobre sacrificado por la injusticia de la mañana. El corazón de Madame hablaba entonces, y en nombre de Guiche. El conde veíase compadecido sinceramente, y por lo tanto se llevaba la palma sobre todos.

No era ya cuestión de Monsieur, del rey, de milord de Buckingham. Guiche en aquel momento reinaba de manera absoluta.

Sin embargo, Monsieur estaba hermoso también; pero no tenía comparación con el conde. Sabido es, y todas las mujeres lo dicen, que hay siempre una diferencia enorme entre la belleza del amante y la del marido.

Ahora bien, en aquella ocasión, con la salida de Monsieur, con el saludo cortés y afectuoso que hizo a la reina joven y a la reina madre, y el rápido y caballeresco que dirigió a Madame, cosa que advirtieron todos los cortesanos. Todos estos motivos reunidos concedían la ventaja al amante sobre el esposo.

Monsieur era un personaje demasiado elevado para notar este pormenor. No hay cosa tan eficaz como la idea de la superioridad para asegurar la inferioridad del hombre que tiene ese concepto de sí mismo.

Llegó el rey. Todo el mundo se apresuró a adivinar los sucesos en aquella mirada que principiaba a conmover el mundo como el entrecejo de Júpiter Tonante.

Luis no tenía nada de la tristeza de su hermano; estaba radiante. Examinó la mayor parte de los dibujos que le presentaban a porfía, dio consejos, hizo observaciones, y dejó a unos dichosos y a otros desgraciados con una sola palabra.

De pronto, su mirada, que sonreía oblicuamente hacia Madame, observó la muda correspondencia establecida entre la princesa y el conde.

Luis mordióse los labios, y después de abrirlos para dar salida a alguna que otra frase trivial:

--Señoras dijo adelantándose hacia las reinas, me han dicho que todo está dispuesto en Fontainebleau, conforme a mis órdenes.

Un murmullo de satisfacción se dejó oír en todos los grupos. El rey leyó en los rostros de todos los concurrentes el deseo violento de ser invitados para las fiestas.

Partiré mañana --añadió. Silencio profundo en la asamblea.

--Y prevengo --terminó el rey-- a las personas que me rodean, que se preparen a acompañarme.

La sonrisa iluminó todas las fisonomías. Sólo la de Monsieur conservó su carácter de mal humor.

Entonces vióse desfilan sucesivamente delante del rey a las damas y a los caballeros, que se apresuraban a dar las gracias a Su Majestad por el gran humor de la invitación.

Cuando le tocó el turno a Guiche:

-- ¿Oh, señor --le dijo el rey--. No os había visto.

El conde saludó. Madame palideció.

Guiche iba a abrir la boca para formular su cumplimiento.

--Conde --dijo el rey--, estamos ya en el tiempo de la segunda sementera. Estoy seguro que vuestros granjeros de Normandía tendrán un placer en veros por vuestras tierras. Y el rey volvió la espalda al infeliz después de aquel brutal ataque.

Tocóle entonces a Guiche perder el color, y dio dos pasos hacia el rey, olvidando que nadie hablaba al rey sin ser antes preguntado.

--Quizá habré comprendido mal -- tartamudeó.

El rey volvió ligeramente la cabeza y, con aquella mirada fría y fija que penetraba como una espada inflexible en el corazón de los desgraciados.

--He dicho vuestras tierras --repitió, dejando caer sus palabras una a una.

La frente del conde se bañó al punto en un sudor frío; abriéronse sus manos y dejaron caer el sombrero que sostenía entre sus temblorosos dedos.

Luis buscó la mirada de su madre como para manifestarle que él era el amo, y después fue a encontrar la mirada triunfante de su hermano, como para interrogarle si la venganza era de su gusto.

Por último fijó sus ojos en Madame.

La princesa estaba a la sazón sonriendo y conversando con madame de Noailles, y nada había oído, mejor dicho, había aparentado que nada oía.

El caballero de Lorena miraba también con una de esas insistencias enemigas que parece dar a la mirada del hombre el poder de una palanca cuando levanta, arranca, y hace saltar lejos el obstáculo.

El señor de Guiche quedóse solo en el gabinete del rey, pues para él el mundo se había desvanecido. Ante los ojos del desgraciado no pasaban más que sombras.

De pronto salió de aquella desesperación que le dominaba, y corrió a encerrarse en su cuarto, donde le esperaba todavía Raúl, tenaz en sus sombríos presentimientos.

— ¿Qué sucede? —preguntó éste al ver entrar a su amigo con la cabeza descubierta, mirada de exbravío y andar vacilante.

—Sí, sí, es verdad, sí...

Y, no pudiendo continuar, se dejó caer anodado sobre los almohadones.

—¿Y ella?... —murmuró Raúl.

—¡Ella! —exclamó —el desgraciado levantando hacia el cielo su puño crispado por la cólera—. ¡Ella! ...

—¿Qué dice?

—Dice que su vestido le sienta muy bien.

—¿Qué hace?

—Ríe.

Y un acceso de risa histérica hizo estremecer todos los nervios del pobre desterrado. Guiche cayó de espaldas, sucumbiendo al exceso de su dolor.

## CVIII

### FONTAINEBLEAU

Hacía cuatro días, todos los encantos reunidos en los magníficos jardines de Fontainebleau convertían aquella mansión en lugar de delicias.

El señor Colbert se multiplicaba... Por la mañana, cuentas de los gastos de la noche; el resto del día programas, ensayos, ajustes, pagos.

El señor Colbert había reunido cuatro millones, y les daba una prudente distribución.

Espantábase de los gastos que ocasionaba la mitología... Cada silvano y cada dríada no costaba menos de cien libras diarias. El traje llegaba a trescientas.

La pólvora y el azufre que se quemaban en los fuegos artificiales costaban cada noche cien

mil libras, y había, además, iluminaciones alrededor del estanque de treinta mil libras por cada vez.

Las fiestas habían parecido magníficas. Colbert no cabía en sí de gozo.

A cada momento veía salir a Madame y al rey, ora para distintas cacerías, ora para recibir a personajes fantásticos, solemnidades que se estaban improvisando hacía quince días, y que hacían brillar el ingenio de Madame y la magnificencia del rey.

Porque Madame, heroína de la fiesta, respondía a las arengas de las diputaciones de pueblos desconocidos, garamantas, escitas, hiperbóreos, caucacios y patagones, que parecían salir de la tierra para felicitarla, y a cada representante de esos pueblos daba el rey un diamante o algún otro objeto de valor.

Entonces los diputados comparaban, en versos más o menos grotescos, al rey con el Sol, y a

Madame con Febea su hermana, sin acordarse de las reinas o de Monsieur, como si el rey se hubiese casado con madame Enriqueta de Inglaterra y no con María Teresa de Austria.

La afortunada pareja, asiéndose de las manos y apretándose imperceptiblemente los dedos, bebía a grandes tragos aquel néctar de la adulación, que realzan más todavía la juventud, la belleza, el poder y el amor.

Todos se admiraban en Fontainebleau del grado de influencia que con tanta rapidez había adquirido Madame sobre el rey, y todos se decían por lo bajo que la verdadera reina era Madame.

Y en efecto, el rey proclamaba esta singular verdad en cada uno de sus pensamientos, en cada una de sus palabras y en cada una de sus miradas.

Sus deseos y sus inspiraciones buscábalos en los ojos de Madame; y se embriagaba de júbilo

cuando Madame se dignaba sonreír. ¿Sentía Madame igual embriaguez por el poder que la rodeaba al contemplar a todo el mundo a sus pies? Ni ella misma acertaba a decírselo; pero lo que sí sabía era que no formaba deseo alguno, y se creía completamente dichosa.

De todas estas trasposiciones, que tenían su origen en la voluntad real, resultaba que Monsieur, en lugar de ser el segundo personaje del reino, había pasado a ser en realidad el tercero.

Peor era aquello que cuando Guiche hacía puntear sus guitarras en la habitación de Madame. Entonces, Monsieur tenía al menos la satisfacción de infundir miedo al que le incomodaba.

Poco después de la ausencia del enemigo de Monsieur, arrojado por la alianza de éste con el rey, tenía el príncipe sobre sus hombros un yugo mucho más pesado que antes.

Cada noche retirábase Madame desfallecida de fatiga.

El caballo, los baños en el Sena, los espectáculos, las comidas bajo los árboles, los bailes a orillas del gran canal, los conciertos, todo ello habría sido suficiente para matar, no ya a una mujer débil y delicada, sino al mas robusto suizo del palacio.

Verdad es que en materia de bailes, conciertos y paseos, es mucho más fuerte una mujer que el más vigoroso hijo de los trece cantones.

Pero, por grandes que sean las fuerzas de una mujer, al fin, tienen un término, y no podrían resistir mucho tiempo un régimen semejante.

Respecto a Monsieur, no tenía ni la satisfacción de que Madame abdicara por la noche su dignidad real, pues se recogía en el pabellón real con la joven reina y la reina madre.

No hay para qué decir que el caballero de Lorena no se apartaba de Monsieur, y venía a de-

rramar su gota de hiel sobre cada herida que aquél recibía.

De aquí resultó que Monsieur, que al principio se sintió en extremo gozoso y rejuvenecido con la ausencia de Guiche, volvió a caer en una gran melancolía tres días después de haberse instalado la Corte en Fontainebleau.

Sucedió, pues, que un día, hacia las dos, Monsieur, que se había levantado tarde, poniendo más esmero que de costumbre en su tocado, y que no había oído hablar de nada para aquel día, formó el proyecto de reunir su Corte y llevar a comer a Madame a Moret, donde tenía una linda casa de campo.

Se encaminó hacia el pabellón de las reinas, y entró, muy sorprendido de no hallar persona alguna de la servidumbre real.

Entró enteramente solo.

A la izquierda había una puerta que daba al alojamiento de Madame, y, otra a la derecha, que daba al de la reina joven.

Monsieur supo por una costurera que hacía labor en la habitación de Madame, que todos habían salido a las once para irse a bañar al Sena, que esa partida se había tomado como una gran fiesta, para la cual se dispusieron todos los coches a las puertas del parque, y que hacía más de una hora que todas habían marchado.

“¡Bueno! --pensó Monsieur--. No es mala idea; hace mucho calor, y no me sentará mal un baño.” Y llamó a sus criados. Nadie se presentó.

Llamó en las habitaciones de Madame. Todos habíanse marchado. Bajó a las cocheras. Un palafrenero le enteró de que no había quedado carruaje de ninguna clase. Entonces ordenó que le ensillasen dos caballos, uno para él, y otro para su ayuda de cámara.

El palafrenero le contestó cortésmente que tampoco había caballos. Monsieur, ciego de cólera, volvió a subir a la habitación de las reinas, y entró hasta el oratorio de Ana de Austria.

Desde allí vio por entre unas cortinas medio abiertas a su joven cuñada, arrodillada delante de la reina madre, y anegada al parecer en lágrimas.

Monsieur no había sido visto ni oído.

Aproximándose con precaución a la abertura, se puso a escuchar. El espectáculo de aquel dolor excitaba su curiosidad.

La joven reina lloraba, y se quejaba también.

—Sí —decía—, el rey no hace caso de mí, y sólo se ocupa en placeres de que no quiere que yo participe.

— Paciencia, paciencia, hija mía —replicaba Ana de Austria, en español.

Y luego añadía; en español también, consejos que Monsieur no comprendía.

La reina respondía con acusaciones mezcladas de lágrimas y suspiros, entre los que Monsieur distinguía con frecuencia la palabra baños, que María Teresa acentuaba con el despecho de la cólera.

--Los baños --decía entre sí Monsieur--; eso parece que es lo que escuece.

Y procuraba anudar, a continuación unas de otras, las palabras que lograba comprender.

Sin embargo, era fácil adivinar que la reina se quejaba amargamente, y que si Ana de Austria no acertaba a consolarla, lo intentaba por lo menos.

Monsieur temió que le sorprendiesen escuchando, y tomó el partido de toser.

Las dos reinas volvieron la cabeza al oír aquel ruido, y entró Monsieur.

Al ver la joven reina al príncipe, se levantó precipitadamente, y se enjugó los ojos.

El príncipe tenía bastante mundo para conocer que no debía preguntar, y la suficiente urbanidad para permanecer mudo, de modo que saludó.

La reina madre dirigióle una afectuosa sonrisa.

-- ¿Qué se os ofrece, hijo mío? --le dijo.

-- ¿A mí?. . . Nada... --balbuceó el príncipe--; buscaba...

--¿A quién?

--A Madame.

--Madame está en los baños.

--¿Y el rey? --preguntó en un tono que hizo temblar a la reina.

--El rey también, toda la Corte --respondió Ana de Austria.

--¿Excepto vos, señora? -- dijo el príncipe.

--¡Oh! Yo --exclamó la joven reina--, soy el terror de todos los que se divierten.

--Pues parece que yo también lo soy --repuso Monsieur.

Ana de Austria hizo una señal muda a su nuera, la cuál se retiró llorando.

Monsieur frunció el ceño.

--¡He aquí una casa triste! --dijo--. ¿No os parece lo mismo, madre mía?

--No... no...

-- Antes bien todo el mundo trata de divertirse.

--Pues eso es precisamente lo que aflige a los que no gustan de esas diversiones.

--¿Qué tono es ése, mi amado, Felipe?

--Lo digo como lo siento, madre mía.

--Vamos a ver, explicaos: ¿Qué pasa?

--Preguntádselo a mi cuñada, que os estaba contando hace poco sus penas.

-- ¿Sus penas?... ¿Cuáles?...

--Lo he oído, madre mía; ha sido una casualidad, pero lo he oído, y he comprendido también que mi hermana se quejaba de los famosos baños de Madame.

-- ¡Bah! Una locura.

--¡No! Cuando uno llora, no siempre está loco. Y lo entiendo muy bien lo que significa la palabra baños, que repetía la reina a cada paso.

-- Os repito, hijo mío, que vuestra cuñada ha llegado a concebir unos celos pueriles.

-- Pues en ese caso, señora --replicó Monsieur--, me acuso humildemente de tener el mismo defecto que mi cuñada.

-- ¿Vos también, hijo mío?

--Sí, por cierto.

-- ¿También estáis celoso de esos baños?

--¡Ya lo creo!

--¡Oh!

--¡Pues qué! El rey va a bañarse con mi mujer y no lleva a la reina. ¡Pues qué! Madame va a bañarse con el rey y no me hace el honor de avisarme. ¿Queréis que mi cuñada y yo estemos contentos?

--Pero, mi querido Felipe --dijo Ana de Austria--; mirad, que lleváis las cosas demasiado lejos. Ya habéis hecho arrojar al señor de Buckingham y desterrar al señor de Guiche. Supongo que no querréis ahora despedir de Fontainebleau al rey.

-- ¡Oh! No pretendo semejante cosa, señora --dijo Monsieur con acrimonia--; pero puedo muy bien retirarme, y me retiraré.

-- ¡Celoso del rey! ¡Celoso de vuestro hermano!

--¡Celoso de mi hermano, del rey, sí, señora, celoso! ¡Celoso, celoso!

--A fe mía, señor --exclamó Ana de Austria añadiendo la indignación a la cólera--, que principio a teneros por loco y adversario declarado de mi reposo. Y os dejo ahora mismo, porque no tengo defensa contra semejantes cavilaciones.

Dicho esto se levantó de su asiento y dejó al príncipe entregado a los más furiosos arrebatos. Monsieur quedó un instante todo aturdido; luego, volviendo sobre sí, con la mira de recobrar sus fuerzas, bajó otra vez a la cochera, llamó al palafrenero, y le volvió a pedir un carruaje y un caballo; pero habiéndole aquél contestado que no había caballo ni carruaje, arrancó Su Alteza un látigo de picador de manos de un mozo de cuadra, y emprendió a correr tras el pobre diablo a latigazos alrededor del patio, sin

hacer caso de sus gritos ni sus disculpas, hasta que al fin, casi reventado, faltar de aliento, bañado en sudor y temblando todos sus miembros, subió a su cuarto, hizo pedazos sus mejores objetos de porcelana, y se acostó, vestido y calzado, pidiendo a gritos socorro.

CIX

EL BAÑO

En Valvins, bajo bóvedas impenetrables de floridos juncales y de sauces, una barca larga y chata, con escalas cubiertas de largas cortinas azules, servía de refugio a las Dianas que se bañaban, acechadas a su salida del agua por veinte Acteones engalanados que galopaban ardientes y codiciosos, por la orilla espumosa y perfumada del río.

Mas Diana, hasta la Diana púdica, vestida con su larga clámide, estaba menos casta y menos

impenetrable que Madame, joven y bella como la diosa. Pues, a pesar de la fina túnica de la cazadora, se le veía blanca y torneada rodilla, y a pesar del sonoro carcax descubriéndose sus morenos hombros, mientras que Madame, cuando se entregaba en brazos de sus doncellas iba envuelta en un tupido y largo velo, que la hacía inaccesible a toda mirada indiscreta.

Cuando Madame subió la escalera, los poetas que había presentes, y todos eran poetas tratándose de Madame, los veinte poetas que andaban galopando detuviéronse, y, con voz unánime, exclamaron que no eran gotas de agua, sino perlas, las que se desprendían del cuerpo de Madame, e iban a perderse en el afortunado río.

El rey, centro de aquellas poesías y de aquellos homenajes, impuso silencio a los entusiastas, cuya verbosidad no habría tenido fin, y volvió la brida por miedo a lastimar, aun bajo

las cortinas de seda, la modestia de la mujer y la dignidad de la princesa.

Se hizo, por tanto, un gran vacío en la escena y un gran silencio en la barca. Sólo en los movimientos, en el juego de los pliegues, y en las ondulaciones de las cortinas, se adivinaban las idas y venidas de las mujeres empleadas en aquel servicio.

El rey escuchaba con la sonrisa en los labios los dichos de sus gentileshombres, pero fácil era conocer con sólo mirarle que su pensamiento estaba en otra parte.

En efecto, apenas el ruido de las anillas al deslizarse por las varillas anunció que Madame estaba vestida y que la diosa iba a aparecer, cuando el rey, volviéndose al punto y corriendo hasta la misma orilla, dio la señal a todos aquellos a quienes la servidumbre o el placer reclamaba cerca de Madame.

Vióse entonces a los pajes precipitarse, trayendo los caballos de manos a los carruajes, que habían permanecido resguardados bajo el ramaje, adelantarse hacia la tienda, y con ellos toda esa nube de sirvientes, mandaderos y mujeres que, durante el baño de los amos, habían estado cambiando entre sí sus observaciones, sus críticas; sus discusiones de interés, diario fugitivo de aquella época, que nadie recuerda, ni las olas, espejo de los personajes y eco de sus pláticas; las olas, testigos que Dios precipitó en la inmensidad, así como precipitó a los actores en la eternidad.

Toda aquella muchedumbre que poblaba las riberas del río, sin contar una multitud de campesinos atraídos por el deseo de ver al rey y a la princesa, toda aquella gente estuvo, durante ocho o diez minutos, en el desorden más completo, y al mismo tiempo el más grato que puede imaginarse.

El rey echó pie a tierra, ejemplo que imitaron al punto todos los cortesanos, y ofreció la mano a Madame, cuyo rico traje de montar favorecía el elegante talle, que resaltaba bajo aquel vestido de lana fina, recamado de plata.

Sus cabellos, húmedos aún, mas negros que el ébano, mojaban su blanco y suave cuello. La alegría y la salud brillaban en sus ojos, y el descanso en que se hallaba su naturaleza nerviosa hacía aspirar con fuerza el ambiente bajo el quitasol que sostenía uno de los pajes.

Nada había más tierno ni más poético que aquellas dos figuras bañadas por el reflejo sonrosado del quitasol; el rey, cuyos blancos dientes brillaban con una sonrisa continua, y Madame, cuyos negros ojos brillaban como dos carbunclos al reflejo micáceo de la tornasolada seda.

Cuando Madame se acercó a su caballo, magnífica hácanea andaluza, de una blancura sin mancha, algo pesado quizá, pero de cabeza

inteligente y fina, en la que se notaba esa feliz mezcla de sangre árabe y española, y cuya cola iba barriendo el suelo, como la princesa, se hiciese la perezosa para poner el pie en el estribo, la cogió el rey en sus brazos de tal suerte, que el brazo de Madame se halló como un círculo de fuego alrededor del cuello del rey.

Luis, al retirarse, rozó involuntariamente con sus labios aquel brazo que no se alejaba, y después que la princesa dio las gracias a su real escudero, todo el mundo montó a caballo.

El rey y Madame se pusieron en fila para dejar paso a los carruajes, caballerizos y correos.

Gran número de caballeros, eximidos de la etiqueta, picaron sus caballos y se lanzaron aras de los carruajes en que iban las camaristas, frescas como otras tantas Orcadas alrededor de Diana; y todo aquel torbellino de gente risueña y bulliciosa, desapareció como por encanto.

El rey y Madame mantuvieron sus caballos al paso.

Detrás de Su Majestad y la princesa su cuñada, pero a respetuosa distancia, iban los cortesanos graves o deseosos de estar siempre a la vista del rey, los cuales contenían sus briosos caballos , regulando su paso al del corcel del rey y de Madame, y se entregaban al placer que presta siempre el comercio de las personas de ingenio cuando toman por su cuenta el murmurar del prójimo.

En las risitas sofocadas, en las reticencias de aquella alegría sardónica, era fácil conocer que no se echaba en olvido a Monsieur.

Pero en medio de todo se apiadaban de Guiche; y necesario es convenir que la compasión no estaba fuera de lugar.

Entretanto el rey y Madame, habiendo alentado a sus caballos y repetido cien veces lo que ponían en su boca los cortesanos que les hacían

hablar, tomaron el galope corto de caza, y resonaron entonces bajo el peso de aquella caballería las profundas avenidas del bosque.

A las conversaciones en voz baja, a las pláticas en forma de confidencias, a las palabras cambiadas con cierta especie de misterio, sucedieron el ruido y el bullicio, y desde los sirvientes hasta los príncipes, la alegría fue general. Todo el mundo empezó a reír y gritar. Las urracas y los grajos, con sus gritos guturales, se refugiaron bajo las ondeantes bóvedas de las encinas, el cuco cesó en su monótona queja en el fondo de los bosques, los pinzones y los paros huyeron en bandadas, al paso que los gamos, las cabras monteses y las ciervas saltaban, asustados, en medio de los jarales.

Aquella multitud, que parecía derramar en torno suyo la alegría, el ruido y la luz, regresó al palacio, por decirlo así, precedida por su propio clamoreo.

El rey y Madame entraron en la población, saludados por las aclamaciones universales de la multitud.

Madame fue al punto a buscar a Monsieur, porque comprendía, como por instinto, que había tenido alejado de aquella alegría, al príncipe demasiado tiempo.

El rey fue a ver a las reinas, comprendiendo que les debía a una de ellas principalmente, una indemnización por su larga ausencia.

Pero Madame no fue recibida en el cuarto de Monsieur. Contestáronle que Monsieur dormía.

El rey, en vez de encontrar a María Teresa risueña como de costumbre, halló en la galería a Ana de Austria, que le estaba aguardando, y saliéndole al encuentro, le cogió de la mano y se lo llevó a su cuarto.

Lo que ambos se dijeron, o más bien, lo que la reina madre dijo a Luis XIV, nadie lo ha sabido jamás, pero no hubiera sido difícil adivinarlo

por el semblante ceñudo del rey al separarse de Ana de Austria.

Mas nosotros, a quienes toca, no sólo interpretar, sino también dar parte a nuestros lectores de nuestras interpretaciones, faltaríamos a nuestro deber si les dejásemos ignorar el resultado de aquella entrevista.

Ese resultado esperamos que lo encontrarán, suficientemente desarrollado, en el capítulo siguiente.

CX

## LA CAZA DE LAS MARIPOSAS

Al volver el rey a su cuarto para dar algunas órdenes y coordinar sus ideas, halló sobre el tocador un billete, cuya letra parecía desfigurada.

Lo abrió inmediatamente y leyó estas palabras:

“Venid pronto; tengo mil cosas que deciros.”

No hacía tanto tiempo que el rey y Madame se habían separado, para que esas mil cosas fuesen consecuencia de las tres mil que se habían dicho durante el camino que separa Valvins de Fontainebleau.

La confusión del billete y su premura dieron mucho que pensar al rey.

Empleó corto rato en arreglarse un poco, y se fue luego a visitar a Madame.

La princesa, que no quería aparentar que le estaba esperando, había bajado a los jardines con sus damas.

Cuando el rey supo que Madame había abandonado sus habitaciones para dar un paseo, recogió a todos los gentileshombres que encontró al paso y los invitó a seguirle.

Madame cazaba mariposas en una gran cesnecera bordeada de heliotropos y de hiniesta. Encontrábase mirando cómo corrían sus jóvenes e intrépidas damas, y, con la espalda vuelta a la entrada del parque, esperaba muy impaciente la llegada del rey, a quien diera aquella cita.

El ruido de pasos sobre la arena le hizo volverse. Luis XIV, destocado, acababa de abatir con su caña a una mariposa, que el señor de Saint Aignan se apresuró a coger toda atolondrada de entre la hierba.

--Ya veis, señora --dijo el rey--, que yo también cazo para vos. Y se acercó a Madame.

-- Señores --dijo volviéndose a los gentileshombres que formaban su comitiva--, a ver si cada uno de vosotros caza otra mariposa para estas señoras.

Esto era despedir a todo el mundo.

Vióse entonces un espectáculo bastante curioso; los cortesanos viejos, los cortesanos obesos, empezaron a correr tras de las mariposas, perdiendo sus sombreros y dando cargas, caña en mano, a los mirtos e hiniesta como si tuviesen delante al enemigo.

El rey dio la mano a Madame, y eligió, de acuerdo con ella, como centro de observaciones, un banco cubierto de un dosel de musgo, capricho imaginado sin duda por el genio tímido de algún jardinero que se había aventurado a introducir en el estilo severo de la jardinería de entonces el gusto a lo fantástico.

Aquel colgadizo, esmaltado de capuchinas y de rosales trepadores, daba sombra a un banco sin respaldo, de suerte que los espectadores, aislados en medio de la cespedera, veían y eran vistos desde todas partes, mas no podían ser oídos sin ver antes a filos que se acercaban para oír. Desde aquel sitio, en el que se colocaron los dos interesados, el rey hizo una seña para ani-

mar a los cazadores, y luego, como si estuviese discutiendo sobre la mariposa atravesada con un alfiler de oro que adornaba su sombrero.

-- ¿No estamos bien aquí para hablar? -- preguntó.

--Sí, Majestad, porque necesitaba ser oída de vos únicamente y vista de todo el mundo.

--Y yo también --repuso Luis.

--¿Os ha sorprendido mi billete?

--Me ha asustado.

-- Pero aun es de mayor importancia lo que tengo que deciros.

--¡Oh! No lo creo.

-- ¿Sabéis que el príncipe me ha cerrado su puerta?

-- ¿A vos?... ¿Y por qué?

-- ¿No lo adivináis?

—¡Ah, señora! Comprendo que uno y otro teníamos que decimos una misma cosa.

—¿Pues qué os ha sucedido?

—¿Queréis que os lo cuente?

—Sí; por mi parte ya os he dicho lo que tenía que decir.

—Pues escuchad. Así que llegué, encontré a mi madre, la cual me condujo a su habitación.

—¡Oh, la reina madre! —murmuró Madame con inquietud—. Es ya cosa seria.

—¡Y tanto!... Pues oíd ahora lo que me dijo ... Pero antes permitidme una digresión.

—Hablad, Majestad.

—¿Os ha hablado Monsieur de mí?

—A menudo.

— ¿Y os ha hablado de sus celos?

—¡Oh! Con más frecuencia aún.

--¿Con respecto a mí?

--No; con respecto a . . .

-- Ya sé, a Buckingham, a Guiche.

--En efecto.

--Pues bien, señora; ahora sale Monsieur con que tiene celos de mí.

--¡Ya veis! --replicó sonriéndose con malicia la princesa.

--Y en verdad, no creo que hayamos dado lugar...

--¡Nunca! Yo por lo menos... Pero, ¿cómo habéis sabido que Monsieur esté celoso?

--Mi madre me ha dicho que Monsieur ha entrado en su cuarto como un loco; quejándose amargamente de vuestra... Dispensadme...

--Decid, decid.

--De vuestra coquetería. Monsieur no repara en la injusticia que comete.

--Sois muy bondadoso, Majestad.

--Mi madre trató de calmarle; pero dijo que ya había intentado hacerlo muchas veces, y no estaba en ánimo de darse por satisfecho.

--¿No hubiese hecho mejor en no alarmarse?

--Eso es lo que yo he dicho.

-- Convenid, Majestad, en que el mundo es malo.

-- Pues qué, ¿no han de poder hablar juntos un hermano y una hermana, ni complacerse en su mutua compañía, sin dar lugar a comentarios... a sospechar?

-- Al fin, Majestad, nosotros, ni hacemos mal; ni tenemos deseos de hacerlo.

Y al decir esto dirigía al rey una de esas miradas orgullosas y provocativas que encienden la llama del deseo, hasta en los hombres más fríos y discretos.

--¡Así es! --suspiró Luis.

—¿Sabéis, Majestad, que si esto continúa así me veré en la precisión de dar una campanada? Pongo a Vuestra Majestad por juez de mi conducta. ¿La halláis censurable en algo?

—¡Oh! ¡En nada, en nada!

—Muchas veces hemos estado solos, pues solemos complacernos en unas mismas cosas, y hubiéramos podido deslizarnos... ¿Lo hemos hecho nunca? Para mí sois vos un hermano, nada más.

El rey frunció el ceño. Madame continuó:

—Vuestra mano, que se encuentra con frecuencia con la mía, no me produce esos estremecimientos, esa emoción... que unos amantes, por ejemplo...

—¡Oh! ¡Basta, basta, por Dios! —exclamó el rey torturado hasta el extremo—. Sois inexorable y me causarías la muerte.

—¿Por qué?

--En fin... decís claramente que nada sentís a mi lado.

--¡Oh! Majestad, no he dicho eso...

-- Mi afecto...

-- Enriqueta... basta... os lo vuelvo a rogar... Si creéis que soy de mármol, como vos, estáis muy equivocada.

--No os entiendo.

--¡Bien! --suspiró el rey bajando los ojos.

--De modo que nuestros encuentros ... nuestros apretones de manos ... nuestras mutuas miradas... Perdón, perdón... Sí, tenéis razón, ya sé lo que queréis decir.

Y ocultó su cabeza entre las manos.

--Cuidado, Majestad --dijo vivamente Madame--, que el señor de Saint Aignan os está mirando.

-- Tenéis razón --exclamó furioso Luis--. ¡Nunca ni sombra de libertad, nunca sinceridad en las relaciones! Cree uno haber hallado un amigo, y sólo tiene en él un espía...

Cree poseer una amiga, y sólo encuentra en ella una... hermana.

Madame calló y bajó los ojos.

--¡Monsieur está celoso! --murmuró con acento cuya dulzura y encanto sería imposible describir.

--¡ Oh! --exclamó de pronto el rey--. Tenéis razón.

--Bien lo veis --continuó Madame mirándole de un modo capaz de abrasarle el corazón--. Sois libre y nadie sospecha de vos... no hay nada que envenene la alegría de vuestra casa.

--¡Ay! Es que no lo sabéis todo: la reina está celosa.

--¿María Teresa?

—Hasta la locura. Los celos de Monsieur han nacido de los suyos. Parece que la reina quejándose a mi madre por esas partidas de baños tan dulces para mí.

“Y para mí”, dijeron los ojos de Madame...

—Entonces, Monsieur, que permanecía escuchando, sorprendió la palabra española baños, que la reina pronunciaba con amargura; y conociendo por ella de lo que se trataba, entró de súbito, se mezcló en la conversación, y se quejó a mi madre con tanta aspereza, que la obligó a huir de su presencia; de suerte que vos tenéis que lidiar con un marido celoso, y yo estoy condenado a ver levantarse delante de mí incesantemente el espectro inexorable de los celos, con sus mejillas hundidas y su boca siniestra.

— ¡Pobre rey! —exclamó Madame dejando su mano rozar la de Luis.

Retuvo el rey aquella mano, y, para poderla apretar sin infundir sospechas a los especta-

res, que andaban a caza de noticias,, tanto por lo menos como de mariposas, y procuraban sorprender algún misterio en la entrevista del rey con Madame, hizo como que acercaba a su cuñada la mariposa moribunda, y ambos a dos se inclinaron como para contar los millares de ojos de sus alas o los granos de su polvo de oro.

Pero ambos permanecían silenciosos; solamente sus cabellos se tocaban, sus hálitos se confundían, sus manos se abrasaban al contacto una de otra.

Cinco minutos pasaron de este modo.

CXI

LO QUE SE COGE PERSIGUIENDO MARIPOSAS

Ambos jóvenes permanecieron por un momento con la cabeza inclinada bajo ese doble

pensamiento de amor naciente que hace brotar tantas flores en las imaginaciones de veinte primaveras.

Madame Enriqueta miraba a Luis de soslayo, y veía el amor en el fondo del corazón de Luis como un diestro buzo ve una perla en el fondo del mar.

Madame conoció que Luis vacilaba, si es que no dudaba, y que era preciso empujar hacia adelante aquel corazón perezoso o tímido.

--Por consiguiente... --dijo, como preguntando al mismo tiempo que rompía el silencio.

--¿Qué? --preguntó Luis después de un instante de espera. --¿Tendré que apelar a la resolución que ya había adoptado?

--¿Cuál?

--La que tuve el honor de someter a Vuestra Majestad en cierta ocasión.

--¿Cuándo?

--El día en que tuvimos aquellas explicaciones con motivo de los celos del príncipe.

--¿Qué me dijisteis ese día? -- preguntó Luis con inquietud.

--¿No os acordáis ya, Majestad?

--¡Ay!

-- Si es una desgracia, por tarde que de ella me acuerde, siempre será demasiado pronto.

-- ¡Oh! No es desgracia sino para mí, señor --contestó madame Enriqueta--; pero es una desgracia necesaria.

--¡Dios mío!

--Y me resignaré a sufrirla. En fin, ¿qué desgracia es?

-- ¡La ausencia!

--¡Oh! ¿Todavía esa cruel resolución?

— Creed, Majestad, que no la he tomado sin luchar antes conmigo misma... Creedme, es preciso que vuelva a Inglaterra.

— ¡Oh! ¡Jamás, jamás permitiré que abandonéis la Francia! —exclamó el rey.

—Y sin embargo —dijo Madame afectando una energía dulce y melancólica—, no hay cosa que más urja... Aún diré más, y es que estoy persuadida de que es esa también la voluntad de vuestra madre.

— ¡La voluntad! —murmuró el rey—. ¡Oh, oh! Querida hermana, singular palabra para dicha delante de mí!

— Pues qué —respondió sonriendo madame Enriqueta—, ¿no os tenéis por dichoso en seguir la voluntad de una buena madre?

— ¡Basta, por Dios! Me desgarráis el corazón.

—¿Yo?

--Sin duda, pues habláis de esa ausencia con una tranquilidad.

--No he nacido para ser feliz, Majestad -- replicó melancólicamente la princesa--, y desde muy niña me he acostumbrado a ver contrariados mis deseos más halagüeños.

-- ¿Será cierto? ¿Sería posible que vuestra ausencia contrariase un deseo que os fuese halagüeño?

--Si os contestase que sí, ¿no es cierto, Majestad, que llevaríais vuestro mal con paciencia?

--¡Cruel!

-- Cuidado, Majestad; parece que alguien se acerca.

El rey miró en torno.

--No --dijo.

Luego; volviéndose a Madame:

--Ea, Enriqueta --continuó--, en vez de tratar de combatir los celos de Monsieur con una ausencia, que me mataría...

Enriqueta encogióse levemente de hombros; como en señal de duda

-- Que me mataría --repitió Luis--. Veamos, en lugar de fijaros en esa cruel ausencia, ¿no pudiera vuestra imaginación... o más bien vuestro corazón, sugeriros alguna otra idea?

-- ¿Y qué queréis que me sugiera mi corazón, Dios santo?

-- Decidme, Enriqueta, ¿cómo se prueba a uno que sus celos son infundados?

-- En primer lugar, Majestad, no fiándole ningún motivo de celos; esto es, no amando más que a él.

--¡Oh! Yo esperaba que dijeseis otra cosa.

-- ¿Qué?

-- Que el modo de calmar a los celosos es disimular el cariño que se tiene al objeto de sus celos.

--Disimular es difícil, Majestad.

--Pues venciendo las dificultades es como se alcanza la dicha. Por mí parte, os puedo jurar que sabré quitar toda sospecha a los que puedan tener celos de mí, aparentando trataros como a cualquiera otra mujer.

--Mal medio, débil medio, Majestad-- dijo la joven meneando su encantadora cabeza.

--Todo os parece mal, querida Enriqueta -- dijo Luis descontento--. No hacéis más que destruir lo que yo propongo. Poned algo de vuestra parte. Buscad. Siempre he tenido gran confianza en la inventiva de las mujeres. A ver qué os sugiere la vuestra.

--Lo que me sugiere es lo siguiente... ¿Escucháis, Majestad?

--¡Y me lo preguntáis! Estáis decidiendo de mi vida o de mi muerte, y me preguntáis si es-  
cucho..

--Pues bien, no hago más que juzgar por mí  
misma. Entre todas las cosas que pudieran  
chasquearme sobre las intenciones de mi espo-  
so respecto de otra mujer, una sería la que más  
contribuiría a ello.

--¿Cuál?

--El ver, en primer lugar, que él no hacía caso  
alguno de aquella mujer.

--Pues eso es precisamente lo que os estaba  
diciendo poco ha.

--Bien; pero para estar del todo tranquila,  
querría además verle dirigir sus obsequios a  
otra.

--¡Ah! ¡Os comprendo! --replicó sonriéndose  
Luis—. Pero se me ocurre una idea, querida.  
Enriqueta.

-- ¿Qué?

-- Que si bien el medio es ingenioso, no es nada piadoso.

--¿Por qué?

-- Porque al quitar el recelo de la herida en la imaginación del celoso, le abrí una en el corazón.

-- Cierto es que no tendrá el temor, pero tendrá el mal, lo cual se me figura que es mucho peor.

--Convengo en ello; pero a lo menos así no sorprenderá ni sospechará quién sea el enemigo real; y no servirá de estorbo al amor, porque concentrará todas sus fuerzas hacia un punto en que no podrán causar daño a nadie. En fin, Majestad, mi sistema, que me extraña veros combatir, confieso que hace mal a los celosos, pero en cambio hace bien a los amantes. Y ahora pregunto, Majestad, a excepción de vos, tal vez, ¿quién ha pensado jamás en compadecer a los

celosos? ¿No son acaso unas bestias melancólicas, tan infelices con motivo como sin él? Aun cuándo quitéis el motivo, no por eso destruiréis su aflicción. Esa enfermedad está en la imaginación, y, como todas las enfermedades imaginarias, es incurable. Recuerdo a este propósito, mi señor, un aforismo de mi pobre médico Dawley; hombre muy sabio y de ingenio agudo, que a no ser por mi hermano, que no sabe estar sin él, hallaríase ahora al lado mío: "Cuando os sintáis acometida de dos males, me decía, elegid el que os incomode menos, que yo os lo dejaré, porque de seguro, añadía, ese mal me servirá prodigiosamente para lograr la extirpación del otro."

--Bien dicho, bien juzgado, querida Enriqueta  
--respondió el rey sonriendo.

--¡Oh! También tenemos en Londres personas de talento, Majestad.

--Que saben sacar adorables discípulas. A ese Daley, o Darley... ¿cómo le llamáis?

--Dawley.

--Quiero señalarle desde mañana una pensión por su aforismo. Ea, pues, Enriqueta, principiad por elegir el menor de vuestros males.. . ¿Calláis y os sonreís?... Ya os entiendo; el menor de vuestros males es la permanencia en Francia, ¿no es cierto? Pues bien, os dejaré ese mal, y para ensayarme en la curación del otro, deseo buscar desde hoy mismo un objeto de divagación para los celosos de todo sexo que nos persiguen.

--Silencio, que ahora sí que viene gente -- dijo Madame.

Y se bajó para coger una clemátide en el espeso césped. Acercábase gente, en efecto, pues de repente se precipitaron por la cima del montecillo una multitud de muchachas; acompañadas por una porción de caballeros; la causa de aquella irrupción era una magnífica esfinge de las viñas, cuyas alas superiores asemejábanse, al

plumaje del autillo, y las inferiores a hojas de rosa.

Esta rica presa había caído en la red de la señorita de Tonnay Charente, quien la mostraba con orgullo a sus rivales, menos venturosas cazadoras que ella.

La reina de la cacería se sentó a veinte pasos poco más o menos del banco en que permanecían Luis y madame Enriqueta, y, recostándose contra una magnífica encina entrelazada de yedra, clavó la mariposa en el junco de su larga caña.

La señorita de Tonnay Charente era muy bella; así fue que los hombres desertaron de las otras mujeres, para venir, a pretexto de cumplimentarla por su destreza, a apiñarse en círculo alrededor suyo.

El rey y la princesa miraban disimuladamente aquella escena, como los espectadores de otra edad suelen mirar los juegos de los niños.

--¡Cómo se divierten! --murmuró el rey.

-- Mucho, majestad; siempre he notado que donde quiera que hay juventud y belleza nunca falta diversión.

-- ¿Qué os parece la señorita de Tonnay Charente, Enriqueta? --dijo el rey.

--Algo rubia --respondió Madame, fijándose de golpe en el único defecto que podía echarse en cara a la hermosura casi perfecta de la futura madame de Montespan.

--Sí, es algo rubia; pero, así y todo, me parece hermosa.

-- ¿Es ésa vuestra opinión, Majestad?

--Ciertamente.

--Entonces, también la mía.

--Y mirad cómo la asedian.

--¡Oh! Lo que es eso sí: los amantes revolotean. Si en lugar de mariposas, *nos* dedicásemos

a cazar amantes, haríamos una buena captura alrededor de ella.

--Veamos, Enriqueta, ¿qué tal parecería si el rey se mezclase a todos esos amantes y dejara caer su mirada hacia ese lado? ¿Creéis que habría celos aún?

--¡Oh! Majestad, la señorita de Tonnay Charente es un remedio demasiado eficaz --dijo Madame con un suspiro--; verdad es que curaría completamente al celoso, pero podría muy bien hacer una celosa.

--¡Enriqueta! ¡Enriqueta! --exclamó Luis--. ¡Me colmáis el corazón de alegría! Sí, sí, tenéis razón la señorita de Tonnay Charente es demasiado linda para servir de capa.

--Capa de rey --dijo sonriéndose madame Enriqueta--; capa de rey debe ser hermosa.

--¿Me la aconsejáis? --dijo Luis.

--¡Oh! ¿Yo qué queréis que os diga, sino que dar semejante consejo sería dar armas contra mí? Sería locura u orgullo aconsejaros que tomarais por heroína de un falso amor a una mujer mas hermosa que aquella hacia la cual decís que sentís un verdadero amor.

El rey buscó con la suya la mano de Madame; con sus ojos los suyos y balbuceó algunas palabras tan tiernas, pero en voz tan baja al mismo tiempo, que el historiador, que debió oírlo todo, no las oyó.

Luego dijo en voz alta:

--Pues bien, elegid vos misma la que haya de curar nuestros celosos. A esa irán dirigidos todos mis obsequios, todas mis consideraciones, todo el tiempo que robe a los asuntos; a esa, Enriqueta, la flor que coja para vos, los pensamientos de ternura que hagáis nacer en mí, la mirada que no me atreva a dirigiros y que deba despertaros de vuestra indiferencia. Mas, elegidla bien, no sea que al intentar mirarla, al

querer pensar en ella, al ofreceros la rosa cogida por mi mano, me encuentre vencido por vos misma, y mis ojos, mis labios y mi mano se vuelvan maquinalmente hacia vos, a riesgo de que el mundo entero adivine mi secreto.

En tanto que se escapaban estas palabras de labios del rey, como un dardo, se ruborizaba Madame, y su seno palpitaba de júbilo y placer. Nada encontraba que contestar, pues su orgullo y su sed de homenajes estaban satisfechos.

--Elegiré --dijo la princesa levantando sus hermosos ojos--; pero no como me habéis insinuado, porque todo ese incienso que queréis quemar en el ara de otra diosa, ¡ah, Majestad! también yo lo ansío, y quiero que llegue hasta mí sin que se pierda un solo átomo en el camino. De consiguiente, Majestad, elegiré, con vuestro permiso, la que me parezca menos a propósito para distraeros y deje mi imagen enteramente intacta en vuestra alma.

--Por fortuna --dijo el rey--, tenéis una corte muy escogida, pues de lo contrario me haría temblar vuestra amenaza. Sobre este punto hemos tomado nuestras medidas, y sería difícil, así en torno vuestro como en derredor mío, encontrar un semblante desagradable.

Mientras el rey hablaba así. Madame se había levantado, recorriendo con la mirada toda la cespедера, y, después de un examen detallado y silencioso, llamando al rey:

--Mirad, Majestad --dijo--, ¿veis sobre la pendiente de la colina, junto a aquel macizo de bolas de nieve, una hermosa rezagada que va sola, con la cabeza baja, buscando en las flores que huella con sus plantas, como hacen los que han perdido su pensamiento?

--¡La señorita de La Vallière! --murmuró el rey.

--Sí.

--¿No os agrada, Majestad?

—¿No veis lo delgada que está, casi descarnada, la pobre niña?

—¿Estoy yo gruesa, por ventura?

—¡Está mortalmente triste!

—Eso formará contraste conmigo, que dicen soy demasiado alegre.

—¡Pero si es coja!

— ¿Creéis?

—Sin duda. Mirad cómo ha dejado pasar a todos para que no adviertan su defecto.

—Pues bien, así correrá menos que Dafne y no podrá huir de Apolo.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —repuso el rey con mal gesto—. Habéis ido a buscarme casualmente la más defectuosa de vuestras camaristas.

—Convengo; pero advertid que es una de mis camaristas.

—¿Y qué me queréis decir con eso?

--Quiero decir que, para visitar a esta nueva divinidad, no podréis menos de venir a mi cuarto; y como el decoro no os consiente que habléis en particular con la diosa, os veréis obligado a verla en mi círculo, y me hablaréis, hablándole a ella. Quiero decir, por último, que los celosos harán mal en creer que venís a mi cuarto por mí, puesto que vendréis por la señorita de la Vallière.

--Que cojea.

--Un poco.

--Que nunca abre la boca.

-- Pero que cuando la abre enseña unos dientes lindísimos.

--Que puede servir de modelo a los osteólogos.

--Vuestro favor la hará engordar.

--¡Enriqueta!

-- ¡Ea! ¿No me habéis dejado la elección?

--¡Ay! Sí.

--Bien, pues; esa es, y no hago otra; con que resignaos.

--¡Oh! Yo me resignaría a tomar una de las Furias, si tal fuese vuestra voluntad.

--La Vallière es apacible como un cordero; no temáis que os contradiga nunca cuando le digáis que la amáis.

Y Madame se echó a reír.

--¡Oh! ¡Se conoce que no teméis que se lo diga muchas veces! ¿No es cierto?

--Estaba en mi derecho.

--No os lo disputo.

--¿Con que es asunto hecho?

-- Firmado.

--Y me conservaréis una amistad de hermano, unas atenciones de hermano, y una galantería de rey, ¿no es eso?

--Os conservaré un corazón que no sabe ya latir sino a voluntad vuestra.

--¿Y suponéis de ese modo asegurado el porvenir?

-- Lo espero al menos.

-- ¿Dejará vuestra madre de mirarme como enemiga?

--Sin duda.

--¿Y María Teresa de hablar en español delante de Monsieur, que tiene horror a las conversaciones en lengua extranjera, porque cree siempre que es para hablar mal de él?

--¡Ay! ¿Y se equivoca el desgraciado? --murmuró el rey con ternura.

--Y finalmente --continuó la princesa--, ¿se acusará aun al rey de pensar en amores ilegítimos cuando vean que no podemos profesarnos mutuamente más que simpatías exentas de toda oculta intención?

—Bien —continuó el rey—; pero también se le dirá otra cosa.

—¿Qué, Majestad? ¿Será cosa de que nunca podamos estar en paz?

—Se dirá —prosiguió el rey—, que tengo muy mal gusto; pero... ¿Qué importa mi amor propio comparado con vuestra tranquilidad?

—Con mi honor y el de nuestra familia, queréis decir. Majestad. De todos modos, no lo dudéis; no miréis con tanta prevención a La Vallière; verdad es que cojea, pero no carece de cierto buen sentido; además, todo lo que el rey toca se convierte en oro.

—Cómo quiera que sea, señora, podéis estar segura de una cosa, y es que todavía os estoy muy reconocido, pues podíais hacerme pagar más cara vuestra permanencia en Francia..

—Majestad, que llegan.

—¿Y qué?

--Una palabra todavía.

--Decid.

--Sois prudente y cuerdo, Majestad; más aquí es donde tendréis necesidad de toda vuestra prudencia y cordura.

--¡Oh! --exclamó Luis riendo--. Desde esta noche comienzo a hacer mi papel, y ya veréis si tengo vocación para representar a los pastores. Tenemos gran paseo por el bosque después de la merienda; luego, cena y baile a las diez.

--Lo sé, Majestad.

--Pues mi llama va a subir esta noche mucho más que los fuegos artificiales, y a brillar con más claridad que los morteretes de nuestro amigo Colbert; pronto la veréis tomar tal cuerpo, que a las reinas y a Monsieur se les quemarán los ojos.

--¡Cuidado, Majestad!

--¿Pues qué he hecho?

--Me haréis desdecir de los elogios que os prodigaba hace poco. He dicho que erais prudente y cuerdo, y comenzáis con semejantes locuras. ¿Creéis que una pasión se enciende así, como una antorcha, en un segundo?

--¿Es natural que sin la menor preparación, todo un rey como vos, caiga a los pies de una joven como La Vallière?

--¡Oh! ¡Enriqueta, Enriqueta! ¡No hemos comenzado todavía la campaña y ya me saqueáis!

-- No; lo que hago es traeros a buen camino. Id encendiendo progresivamente vuestra llama en lugar de hacerla estallar de golpe. Júpiter truena y hace brillar el rayo antes de incendiar los palacios. Todo tiene su preludio, y si os inflamáis de esa manera, lejos de suponeros enamorado os creerán loco. Si es que no adivinan vuestra idea. A veces es la gente menos tonta de lo que parece.

El rey vióse obligado a convenir en que Madame era un ángel en saber y un demonio en talento. Se inclinó.

-- Tenéis razón --dijo--; terminaré mi plan de ataque. Los generales, mi primo Condé, por ejemplo, quémanse las cejas delante de sus mapas estratégicos antes de hacer mover uno de esos peones que llaman cuernos de ejércitos; yo, quiero establecer todo un plan de ataque. No ignoráis que la ternura está subdividida en toda clase de demarcaciones; de suerte que haré alto en el pueblo de las Atenciones Delicadas, en el lugarejo de los Billetes Amorosos, antes, de tomar el camino del Visible Ardor. Ya veis que el itinerario está trazado, y la Pobre señorita de Scudéry no me perdonaría el que acortase las jornadas.

--Así os quiero ver, Majestad...

-- ¿Os parece ahora que nos separemos?

-- ¡Ay! ¡Preciso será, porque vienen a separarnos!

--En efecto --dijo Madame Enriqueta--; veo que nos traen la esfinge de la señorita de Tonnay Charente, con los toques de trompa que se suele entre los monteros mayores.

-- Quedamos, pues, en que esta noche, durante el paseo, me deslizaré en el bosque, y hallando a La Vallière sin vos...

--Yo sabré alejarla. Corre de mi cuenta.

-- ¡Muy bien! Me acercaré a ella entre sus compañeras, y lanzaré el primer dardo.

--Cuidado no erréis el tiro --dijo Madame sonriendo--; asestad bien al corazón.

Y la princesa se separó del rey para adelantarse a recibir a la bulliciosa comparsa, que acudía haciendo mil ceremonias y entonando con la boca los toques de caza.

## EL BAILE DE LAS ESTACIONES

Terminada la merienda, verificada a cosa de las cinco, volvió el rey a su gabinete, donde le aguardaban los sastres.

Ibase a probar aquel famoso traje de la Primavera que había costado poner en tortura la imaginación y el ingenio de los dibujantes y adornistas de la Corte.

Respecto al baile en sí mismo, cada cual sabía su paso y se hallaba en disposición de poder figurar. Pero había resuelto hacer de eso un objeto de sorpresa. Así, apenas terminó su conferencia y regresó a su habitación, mandó llamar a sus dos maestros de ceremonias, Villeroy y Saint Aignan.

Los dos contestáronle que no se esperaba más que su orden, y que sólo faltaba principiar; pero

para que el rey diese esa orden se necesitaba buen tiempo y una noche propicia.

El rey abrió la ventana; el polvo de oro de la tarde caía en el horizonte por entre los claros del bosque, blanco como la nieve, y la luna se dibujaba ya en el firmamento.

Ni un sólo pliegue sobre la superficie de las verdes aguas; los cisnes, reposando sobre sus alas cerradas como navíos anclados, parecían saturarse del calor de la atmósfera, la frescura del agua y el silencio de aquella admirable tarde.

Habiendo visto el rey todo aquello, y contemplando aquel bellísimo cuadro, dio la orden de que habían hablado los señores de Villeroy y Saint Aignan.

A fin de que esta orden fuese regiamente ejecutada, sólo faltaba dilucidar una cuestión que propuso Luis XIV a sus gentileshombres.

Esta cuestión sólo contenía dos palabras:

--¿Tenéis dinero?

--Majestad --respondió Saint Aignan--, ya nos hemos entendido con el señor Colbert.

-- ¡Ah! Bien está.

--Sí, Majestad; y el señor Colbert ha dicho que vería a Vuestra Majestad así que manifestase su intención de proseguir las fiestas con arreglo al programa formado por vos mismo.

--Pues que venga el señor Colbert.

Como si Colbert hubiese estado escuchando a la puerta para estar al corriente de la conversación, entró no bien había acabado el rey de pronunciar su nombre delante de los dos cortesanos:

--¡Ah!, muy bien, señor Colbert... ¡Señores, a vuestros puestos!

Saint Aignan y Villeroy se despidieron.

El rey se sentó en un sillón cerca de la ventana.

--Esta noche se ejecuta mi baile, señor Colbert --dijo.

--Entonces, Majestad, ¿satisfago mañana las notas?

--¿Cómo es eso?

--He prometido a los proveedores saldar sus cuentas el día siguiente en que se celebre el baile.

--Bueno, señor Colbert, si habéis prometido, pagad.

--Muy bien, Majestad; pero para pagar, cómo decía el señor de Lesdiguières, se necesita dinero.

--Pues qué, ¿no han sido entregados los cuatro millones que prometió el señor Fouquet? Me olvidaba de preguntar, por ellos.

--Majestad, a la hora convenida estaban en Palacio.

--¿Y qué?

--Pues bien, Majestad, los vasos de colores, los fuegos artificiales, los violines y los cocineiros se han comido cuatro millones en ocho días.

--¿Del todo?

--Hasta el último sueldo. Cada vez que Vuestra Majestad ha mandado iluminar las orillas del gran canal, se ha consumido tanto aceite como agua hay en los baños.

--Bien, bien, señor Colbert. En fin, ¿no tenéis dinero?

--¡Oh! Lo que es yo, no, Majestad; pero el señor Fouquet sí que lo tiene.

Y el rostro de Colbert se iluminó con siniestra alegría.

--¿Qué me queréis decir con eso? --preguntó Luis.

--Majestad, ya hemos hecho aprontar seis millones al señor Fouquet. Los ha entregado con bastante desahogo para que nos de todavía al-

gunos más si hacen falta. Hoy la hacen; conque no hay más que pedirselos.

El rey frunció el ceño.

—Señor Colbert —dijo acentuando el nombre del hacendista—, no es así como yo lo entiendo; no quiero emplear contra un servidor mío medios tan onerosos que no pueden menos de embarazarle en el cumplimiento de sus obligaciones. El señor Fouquet ha dado seis millones en ocho días, y es bastante.

Colbert palideció.

—Sin embargo —se aventuró a decir—, Vuestra Majestad no usaba ese lenguaje hace algún tiempo; cuando llegaron, por ejemplo, las noticias de Belle Isle.

—Es verdad, señor Colbert.

—Pues nada creo que haya variado desde entonces; antes al contrario.

--En mi pensamiento todo ha cambiado, señor.

--¡Cómo! ¿No cree ya Vuestra Majestad en las tentativas?

--Mis asuntos son cosa mía, señor intendente, y ya os he manifestado que quiero manejarlos por mi mismo.

--Entonces --dijo Colbert temblando de cólera y de temor--, veo que he tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad.

-- De ningún modo; sois muy de mi agrado.

-- ¡Bah, Majestad! --exclamó el ministro con aquella aspereza afectada y hábil cuando se trataba de halagar el amor propio de Luis. ¿Cómo ha de ser del agrado de Vuestra Majestad una persona que deja de serle útil?

--Es que reservo vuestros servicios para mejor ocasión; y estad seguro de que no valdrán menos entonces.

--De suerte que la idea de Vuestra Majestad en este asunto ...

--¿Necesitáis dinero, señor Colbert?

--Setecientas mil libras, Majestad.

--Tomadlas de mi tesoro particular.

Colbert sé inclinó.

--Y --añadió Luis-- como considero difícil que a pesar de vuestra economía, podáis hacer frente con una cantidad tan corta a los gastos que quiero hacer, voy a firmaros una cédula por tres millones.

Tomó el rey, una pluma y firmó en el acto. En seguida, entregando el papel a Colbert:

-- No os dé cuidado --le dijo--; el plan que he adoptado es un plan del rey, señor Colbert.

Y con dales palabras, pronunciadas con toda la majestad de que el joven príncipe sabía revestirse en semejantes circunstancias, despidió a Colbert para dar audiencia a los sastres.

La orden dada por el rey se conocía ya por todo Fontainebleau; sabía que estrenaría su traje, y que el baile se celebraría aquella noche.

Corría la noticia rápidamente, y a su paso fue inflamando todas las locas ambiciones.

En el mismo instante, y como por encanto, todos cuantos sabían manejar una aguja; todos los que sabían distinguir un respunte de unas calzas, como dice Molière, fueron convocados para servir de auxiliares a los elegantes y a las damas.

El rey acabó de vestirse a las nueve, y se presentó en su carroza descubierta y adornada con follaje y flores.

Las reinas habían tomado sitio en un magnífico estrado dispuesto a orillas del estanque, en un teatro de admirable elegancia.

En cinco horas los carpinteros habían ensamblado las piezas correspondientes de aquel teatro, los tapiceros habían puesto las colgaduras y alfombras, colocado los siales, y, como en virtud de una varita mágica, mil brazos, que se auxiliaban mutuamente en vez de estorbarse, habían construido el edificio en aquel sitio al sonido de las músicas, en tanto que los pirotécnicos iluminaban el teatro y las orillas del estanque con innumerables bujías.

Como el cielo iba esmaltándose de estrellas y no había ninguna nube, ni se oía el menor soplo de viento en los espesos bosques, como si la naturaleza misma hubiera querido acomodarse al capricho del príncipe; habíase dejado abierto el fondo del teatro; de suerte que, desde el primer término de la decoración, se divisaba por el fondo de aquel espléndido cielo tachonado de

estrellas, aquella sábana de agua abrasada de fuego que en ella se reflejaba; y los contornos azulados de las grandes masas de bosque con sus redondeadas cumbres.

Cuando el rey apareció, toda la sala estaba llena, presentaba un conjunto deslumbrador de oro y pedrería, en el que la primera mirada no podía distinguir fisonomía alguna.

Poco a poco, cuando la vista se acostumbraba a tanto esplendor, aparecían las más raras bellezas, como en el cielo aparecen a prima noche las estrellas, una a una, para quien cierra los ojos y vuelve después a abrirlos.

El teatro figuraba una arboleda; algunos faunos, levantando sus pies hendidos, saltaban por doquier; presentábase una dríada, excitándolos a que la persiguiesen, y, acudían a defenderla otras compañeras, de lo cual resultaba la contienda bailando.

Súbito debía aparecer, para restablecer el orden y la paz, la Primavera y toda su corte.

Los elementos, las potestades subalternas de la mitología, con sus atributos, precipitábanse en pos de su gracioso soberano.

Las Estaciones, aliadas de la Primavera, venían a formar a sus lados una contradanza, que, con letrillas más o menos lisonjeras, empezaban el baile. La música, compuesta de oboes, flautas y violas, describía los placeres campestres.

El rey entró en medio de una salva de aplausos.

Llevaba fina túnica de flores, que, en vez de desgraciarle, realzaba más y más su talle esbelto y bien formado. , Su pierna, una de las más elegantes de la Corte,. lucía con ventaja en una media de seda de color carne, tan fina y transparente que nadie diría sino que .era la carne misma.

Unos soberbios zapatos de raso; color lila claro, con moños de flores y hojas, aprisionaban su pequeño pie.

El busto estaba en armonía con aquella base; hermosos cabellos ondulados, un aire de frescura realzado por el brillo de unos ojos azules que inflamaban dulcemente los corazones, una boca de labios sonrosados que se dignaba abrirse a fin de dar paso a la sonrisa; tal era el príncipe del año, a quien, con justo título, se había nombrado aquella noche el rey de todos los Amores.

Había en su porte algo de la majestad de un dios. Mejor que bailar parecía cernerse en el aire.

Aquella entrada produjo, pues, admirable efecto. De repente, como hemos dicho, se vio al conde de Saint Aignan, que procuraba acercarse al rey, o a Madame.

La primera, vestida con largo ropón, diáfano y ligero como las mas finas redecillas tejidas en Malinas, la rodilla diseñada a veces bajo los pliegues de la túnica, su pequeño pie calzado de seda, avanzaba radiante con su comitiva de bacantes, y llegaba ya al sitio que se le había elegido para bailar.

Los aplausos duraron tanto tiempo, que el conde tuvo el suficiente para acercarse al rey, que permanecía parado en un extremo.

—¿Qué hay, Saint Aignan? —preguntó la Primavera.

—¡Dios mío! —replicó el cortesano más pálido que la cera—. Me parece que Vuestra Majestad no ha pensado en el paso de los Frutos.

—Sí tal; se ha suprimido.

—No; Majestad; no habéis dado la orden, y la música lo conserva.

-- ¡Vaya un contratiempo! --murmuró el rey----. Ese paso no puede ejecutarse, ya que el señor de Guiche está ausente. Habrá que suprimirlo.

--¡Oh! Majestad, un cuarto de hora de música sin baile va a dejar fríos a todos.

--Pero, conde, entonces...

--¡Oh, Majestad! No es esa la mayor desgracia, porque después de todo, la orquesta cortaría, mejor o peor; pero...

-- ¿Pero qué?

--Es que el señor de Guiche está aquí.

--¿Aquí? --replicó el rey frunciendo el ceño--  
--¿Estáis seguro?:..

--Y vestido para el baile, Majestad.

El rey sintió agolpársele la sangre al rostro.

--Estaréis equivocado --dijo.

--Si quiere convencerse Vuestra Majestad, mire a su derecha. El conde espera.

Luis se volvió vivamente hacia aquel lado; y vio, en efecto, a su derecha, radiante de belleza, con su traje de Vertumnio, a Guiche esperando que el rey le mirase para dirigirle la palabra.

Expresar el asombro del rey y el de Monsieur, que se agitó en su palco; decir los cuchicheos y oscilaciones de cabeza que se observaron en el salón; describir la extraña sorpresa que experimentó Madame a la vista de su pareja, es tarea que dejamos a otros más hábiles.

El rey había quedado boquiabierto y miraba al conde.

Este se acercó, respetuoso, doblado.

--Majestad --dijo--, vuestro más humilde súbdito viene a ofreceros sus servicios hoy, como en los días de batalla. Faltando el paso de los Frutos perdía el rey la mejor escena de su baile. No he querido que por mí dejara el rey de

lucir, su hermosura, su habilidad y su gracia, y he dejado mis tierras para acudir en auxilio de mi príncipe.

Cada una de estas palabras deslizábase, medida, armoniosa y elocuente en los oídos de Luis XIV. La lisonja le agradó tanto como le había asombrado la osadía. Así fue que se limitó a decir:

--Yo no había dicho que volviéseis, conde.

-- Verdad es, pero Vuestra Majestad no me había dicho que me quedase.

El rey veía que el tiempo iba pasando. La escena podía descomponerlo todo si se prolongaba demasiado. Una sola sombra podía echar a perder el cuadro.

El rey tenía, por otra parte, el corazón lleno de buenas ideas; y acababa de sorprender en los ojos tan expresivos de Madame una nueva inspiración.

La mirada de Enriqueta —le había dicho:

“Ya que tiene celos de vos; dividid las sospechas; el que desconfía de dos rivales no desconfía de ninguno.”

Madame triunfó con aquella hábil inspiración.

El rey sonrió a Guiche.

Guiche no comprendió una palabra del lenguaje mudo de Madame. Únicamente notó que ésta afectaba no mirarle. Así fue que atribuyó el favor alcanzado al corazón de la princesa.

El rey supo agradar a todo el mundo. Monsieur fue el único que nada comprendió.

El baile comenzó, y fue espléndido.

Cuando los violines pusieron en movimiento, con su melodía, a aquellos ilustres bailarines, cuando la pantomima ingenua de aquella época, mucho más ingenua aún por la mediocre habilidad de los augustos histriones; llegó a su

punto culminante de triunfo, parecía que el salón se desplomaba en aplausos.

Guiche brilló como un sol, pero como un sol cortesano que se resigna al segundo papel.

Desdeñado su triunfo, por el cual Madame no le manifestaba reconocimiento alguno, no pensó más que en reconquistar osadamente la preferencia ostensible de la princesa.

Esta no le concedió ni una mirada.

Poco a poco toda su alegría; todo su brillo se fueron extinguiendo en el dolor y la inquietud; de modo que sus piernas perdieron elasticidad, sus brazos se volvieron pesados, y se le embotaron los sentidos.

El rey, desde aquel momento, fue sin disputa el primer bailarín del rigodón, y, conociéndolo así, dirigió una mirada de soslayo a su rival vencido.

Guiche no era ya ni cortesano; bailaba mal, sin adulación, y muy pronto cesó de bailar enteramente. El rey y Madame triunfaron.

## CXIII

### LAS NINFAS DEL PARQUE DE FONTAINEBLEAU

El rey se detuvo un instante a gozar de su triunfo, que, como hemos dicho, era tan completo como podía desear.

Después se volvió hacia Madame, para admirarla también a su vez. Los jóvenes aman quizá con más viveza, más ardor, más pasión que las personas de edad madura; pero tienen al mismo tiempo desarrollados todos los demás sentimientos en proporción a su juventud y a su vigor, siendo en ellos casi siempre el amor propio un equivalente del amor; combatido este último sentimiento por las leyes de la ponderación,

jamás adquiere el grado de perfección a que llega en hombres y mujeres de treinta a treinta y cinco años.

Luis pensaba, pues, en Madame, pero sólo después de haber pensado bien en sí mismo, y Madame pensaba mucho en sí propia, sin pensar tal vez lo más mínimo en el rey.

Pero la víctima, en medio de todos estos amos y amores propios reales, era Guiche.

De manera que todo el mundo podía notar a la vez la agitación y postración del pobre gentilhomme, y esa postración era tanto más de observar, cuanto que nadie hasta entonces había visto a Guiche desmayar hasta el extremo de caérsele los brazos, entorpecérsele la cabeza y perder la llama de sus ojos. De ordinario, nadie pasaba cuidado por él en punto a cuestiones de gusto y elegancia.

La derrota de Guiche fue atribuida, por el mayor número, a su habilidad de cortesano.

Mas otros también, pues nunca faltan en la Corte ojos perspicaces, advirtieron su palidez y atonía, que no podía fingir ni ocultar, y de ahí infirieron que Guiche no representaba una comedia de adulación.

Aquellos padecimientos, aquellos triunfos, aquellos comentarios quedaron envueltos y perdidos en el ruido de los aplausos.

Pero, cuando las reinas hubieron manifestado su satisfacción y los espectadores su entusiasmo; cuando el rey marchó a su cuarto para mudar de traje, mientras Monsieur, ves tido de mujer, según su costumbre, bailaba a su vez, Guiche, recobrado algún tanto, se aproximó a Madame, que, sentada en el fondo del teatro, esperaba la segunda entrada, y habíase colocado aislada en medio de la multitud, como para calcular anticipadamente sus efectos coreográficos.

Fácil es concebir que, absorta en esa grave meditación, no viese, o por lo menos aparentase no ver, lo que pasaba en torno suyo.

Guiche, encontrándola sola junto a un matorral de tela pintada, se acercó a Madame.

Dos de sus camaristas, vestidas de hamadriadas, viendo a Guiche se apartaron por respeto.

Guiche se adelantó al medio del círculo y saludó a Su Alteza Real. Pero Su Alteza Real, notase o no el saludo, ni se dignó volver la cabezas

Sintió e1 desventurado helársele la sangre en las venas; no podía presumir una indiferencia tan completa, lo cual no era de extrañar, si se atiende a que nada había visto ni sabido, y de consiguiente nada podía tampoco adivinar. Advirtiéndolo, pues, que su saludo no obtenía la menor contestación, se adelantó un paso más, y con voz que disimulaba muy mal la agitación que le devoraba.

--Tengo el honor --dijo-- de ofrecer mis humildes respetos a Madame.

Esta vez Su Alteza Real se dignó volver sus lánguidos ojos hacia el conde, diciendo:

--¡Hola, señor de Guiche! ¿Sois vos? Buenas noches.

Y volvió a otro lado la cabeza. El conde estuvo a punto de perder la paciencia.

--Vuestra Alteza Real ha bailado admirablemente bien --dijo.

--¿De veras? --replicó Madame con indiferencia.

--Sí; --el personaje que representa Vuestra Alteza Real no puede ser más ajustado a su carácter.

Madame se volvió hacia Guiche, y, dirigiéndole una mirada fija y penetrante:

--¿Qué queréis decir con eso? --preguntó.

--Una cosa sencillamente.

--¡A ver! Explicaos.

--Representáis, señora, una divinidad bella, desdeñosa y ligera.

--¿Habláis de Pomona, señor conde?

--Hablo de la diosa que representa Vuestra Alteza Real. Madame permaneció un instante con los labios crispados.

--Y vos mismo, caballero --dijo--, ¿no sois también un bailarín excelente?

-- ¡Oh! Yo, señora, soy de aquellos en quienes nadie repara, o que, si por casualidad tuvieron esa suerte, son olvidados muy pronto.

Y a estas palabras, acompañadas de uno de esos suspiros que hacen estremecer todas las fibras del cuerpo, lleno el corazón de angustia, enardecida la cabeza y la vista vacilante, saludó a Madame, y retiróse detrás del matorral de tela.

La princesa, por toda contestación, se encogió ligeramente de hombros. Y, como sus camaristas permanecían retiradas por discreción, les hizo seña de que se acercasen.

Eran las señoritas de Tonnay Charente y la de Montalais.

Al ver la seña, acudieron presurosas las dos.

--¿Habéis oído, señoritas? --preguntó la princesa.

--¿Qué, señora?

--Lo que ha dicho el señor conde de Guiche.

--No.

--¡Es particular! --continuó la princesa con acento de compasión--. ¡Cómo el destierro ha debilitado el ánimo de ese pobre señor de Guiche!

Y levantando más la voz, para que el desventurado no perdiera una sola palabra.

--Después de haber bailado bastante mal -- continuó--, cuando ha querido hablar no se le han ocurrido más que insulseces.

Y luego se levantó, tarareando el aire que iba a bailar.

Guiche lo había oído todo. El dardo penetró en lo más profundo de su corazón y lo desgarró.

Entonces, a riesgo de interrumpir el orden de la fiesta con su despecho, huyó, haciendo pedazos su lucido traje de Vertumnio, y sembrando por el camino los pámpanos, las moras, las hojas de almendro y todos los pequeños atributos artificiales de su divinidad.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta en el teatro. Mas era fácil conocer que sólo había podido traerle allí otra vez un poderoso esfuerzo de la razón sobre la locura, o tal vez, pues así es el corazón humano, la misma impo-

sibilidad de permanecer separado por más tiempo de la que le destrozaba el corazón:

Madame acababa de bailar su paso.

Lo vio, mas no lo miró; y él, irritado, furioso, le volvió a su vez la espalda cuando la princesa pasó escoltada de sus ninfas y de cien aduladores.

Mientras esto sucedía, al otro extrema del teatro, junto al estanque, una mujer estaba sentada, los ojos fijos en una de las ventanas del teatro.

Por aquella ventana salían torrentes de luz. Era la ventana del palco real.

Cuando Guiche abandonó el teatro para buscar el aire de que tanta precisión tenía, pasó junto a aquella, mujer, y la saludó.

Ella, por su parte, así que vio a Guiche se levantó como mujer sorprendida en medio de ideas que quisiera ocultar a sí misma.

Guiche la reconoció. Se detuvo. Buenas noches, señorita dijo vivamente.

-- Buenas noches, señor conde.

--¡Ah, señorita de La Vallière --prosiguió Guiche--, cuánto ' me alegro de veros!

--Y yo también, señor conde, me alegro de este encuentro casual --dijo la joven haciendo un movimiento como para ausentarse.

--¡Oh, no, no! No me dejéis --dijo Guiche extendiendo hacia ella su mano--, porque de esa manera desmentiríais las cariñosas palabras que acabáis de pronunciar. Quedaos, señorita; la noche no puede ser más hermosa. ¡Huís del ruido! ¡Amáis la soledad!... Lo comprendo perfectamente; todas las mujeres que tienen corazón son así. A ninguna de ellas se la verá aburrirse lejos del torbellino de todos esos placeres ruidosos.. ¡Ay, señorita, señorita!

-- ¿Pero qué os pasa, señor conde? -- preguntó La Vallière con algún sobresalto—. Parece que estáis agitado.

-- ¿Yo? No lo creáis.

--Entonces, señor conde, permitidme que aproveche esta ocasión a fin de daros las gracias por el favor que me habéis dispensado. Sé que debo a vuestra protección el contarme hoy entre las camaristas de la princesa.

--¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Y me felicito por ello, señorita. Decidme: ¿amáis a alguien?

--¿Yo?

-- ¡Oh! Perdón, no sé lo que digo; mil veces perdón. Razón tenía Madame en decir que este brutal destierro ha trastornado mi juicio.

--Pues creo que el rey os ha recibido bastante bien, señor, conde.

--¿Creéis...?

-- Bien... quizá... sí ...

—Sin duda; porque al fin habéis vuelto sin permiso suyo.

—Es verdad, y creo que tenéis razón, señorita... Decidme, ¿habéis visto por aquí al señor vizconde de Bragelonne?

La Vallière estremeciéndose al oír aquel nombre.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? —dijo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Os habré lastimado otra vez? —repuso Guiche—. ¡En tal caso, preciso es confesar que soy muy desgraciado, muy digno de compasión!

—¡Lo sois, efectivamente, señor conde, pues al parecer debéis sufrir cruelmente!

—¡Ay, señorita! ¡Si tuviese yo una hermana afectuosa, una excelente amiga!

— Tenéis amigos, señor de Guiche; y el señor vizconde de Bragelonne, de quien me hablábais hace poco, creo que es uno de esos buenos amigos.

—Sí, sí, en efecto, es uno *de mis* buenos amigos. ¡Adiós, señorita, adiós! Recibid todos mis respetos.

Y escapó como un loco hacia la parte del estanque.

Su negra sombra se deslizaba, agrandándose, entre los luminosos tejos y las amplias ondulaciones resplandecientes del agua.

La Vallière permaneció mirándole por algún tiempo con un sentimiento de compasión.

—¡Oh! ¡Sí, sí! —dijo—. Sufre, y principió a comprender por qué. Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando llegaron sus amigas, las señoritas, de Montalais y de Tonnay Charente..

Habían concluido ya su servicio, y, después de quitarse sus trajes de ninfas, acudían en busca de su compañera, gozosas de los triunfos obtenidos en aquella hermosa noche.

—¡Ya aquí! —exclamaron—. Creíamos ser las primeras en llegar a la cita.

—Hace un cuarto de hora que he venido— repuso La Vallière— ¿No os ha divertido el baile.

—No.

—¿Y todo el espectáculo?

—Tampoco. En punto a espectáculos, me gusta más el de esos bosques sombríos, por entre cuya espesura resplandece aquí y acullá una luz que pasa como un ojo de fuego, ora abierto, ora cerrado.

—La Vallière es poetisa —dijo Tonnay Charente.

—Es decir, insoportable —siguió Montalais—. Siempre que se trata de reír un poco o de divertirse en algo, La Vallière llora; y cuando nos toca llorar, porque se nos ha perdido algún trapito, o han picado nuestro amor propio, o nos

hallamos con algún adorno sin efecto, La Vallière ríe.

— ¡Oh! Pues lo que es yo no soy así '—dijo la señorita de Tonnay Charente—. Soy mujer; y mujer como pocas; quien me ama me lisonjea, quien me lisonjea me agrada con sus lisonjas, y quien me agrada.

—Basta, basta, que no acabarás —dijo Montalais.

— Dificilillo sería —repuso la señorita de Tonnay Charente riendo a carcajadas—. Acaba por mí, tú que tienes tanta agudeza.

—Y vos, Luisa —preguntó Montalais— ¿encontráis quién os agrade?

—Eso no le importa a nadie —dijo la joven levantándose del banco de musgo donde había estado recostada todo el tiempo que duró el baile—. Ahora, señoritas, hemos formado el proyecto de divertirnos esta noche sin espías y sin escolta.

— Somos tres que congeniamos muy bien, y hace un tiempo hermosísimo; mirad allá abajo ved la luna que sube dulcemente al cielo, y platea las cimas de los castaños y encinas. ¡Oh! ¡Qué hermoso es el paseo, qué bella la libertad! ¡Cuánto me alegra la menuda hierba de los bosques, y qué placer siento en vuestra amistad! Agarrémonos del braza y vayamos hacia aquellos corpulentos árboles. Allá están todos ocupados en adornarse para un paseo de aparato, y se ensillan caballos y se enganchan carruajes; tal vez estén disponiendo las mulas de la reina o las cuatro yeguas blancas de Madame. Busquemos nosotras un lugar donde las miradas no puedan sorprendernos, ni pueda nadie seguir nuestros pasos. ¿Os acordáis, Montalais, de los bosques de Cheverny y de Chambord, y de los álamos sin fin de Blois? ¡Cuántas esperanzas nos hemos comunicado allí una y otra!

— Y también muchos secretos.

—Sí.

--Yo --repuso la señorita de Tonnay Charente-- también pienso mucho; pero cuidado...

--El caso es que nunca dices nada --dijo Montalais--; de modo que lo que piensa la señorita de Tonnay Charente, sólo lo sabe Atenaida.

-- ¡Silencio! -- exclamó la señorita de La Vallière--. Oigo pasos que se acercan por ese lado.

-- ¡Pues pronto, pronto, a los cañaverales! -- dijo Montalais--. Agachaos, Atenaida, que sois demasiado alta.

La señorita de Tonnay Charente se agachó.

Casi en el mismo instante vieron, en efecto, avanzar por la menuda arena de la arboleda paralela a la ribera dos caballeros, que venían cogidos del brazo y con la cabeza baja.

Las mujeres acurrucáronse hasta hacerse imperceptibles.

--Es el señor de Guiche --dijo Montalais al oído de la señorita de Tonnay Charente.

--Es el señor de Bragelonne --dijo esta última al oído de la señorita de La Vallière.

Ambos jóvenes continuaban acercándose y hablando en voz animada.

--Por aquí estaba hace un momento-- dijo el conde--. Si no hubiera hecho más que verla, diría que había sido una aparición; pero la he hablado también.

--¿De modo que estáis seguro?

--Sí; pero tal vez le haya infundido miedo.

-- ¡Miedo! ¿Y por qué?

--¡Ah! Estaba loco aún, de resultas de lo que ya sabéis; y no sería extraño que, no habiendo comprendido nada de lo que le dije, haya cobrado miedo.

--¡Oh! --murmuró Bragelonne--. No os dé cuidado eso, amigo mío. Ella es buena ,y sabrá disculparos; tiene talento, y sabrá comprender.

--Sí, mas si ha comprendido, y ha comprendido demasiado bien...

--¿Qué?

-- Hablar.

--¡Oh! No conocéis a Luisa, conde --dijo Raúl--. Luisa posee todas las virtudes, y no tiene el menor defecto.

En esto pasaron por delante las jóvenes, y conforme se alejaban, sus voces se reían poco a poco.

-- ¿Es que el vizconde de Bragelonne ha dicho Luisa al hablar de vos, La Vallière? ----dijo la señorita de Tonnay Charente.

--Nos hemos criado juntos --contestó la señorita de La Vallière-- y nos conocemos desde niños.

--Y luego, todo el mundo sabe que es tu prometido.

--¡Ah! Pues yo lo ignoraba.

-- ¿Es verdad eso, señorita?

--Lo que hay --respondió ruborizándose la señorita de La Vallière-- es que M. de Bragelonne me ha hecho el honor de pedir mi mano... Pero...

--¿Qué?

--Pero parece que el rey...

--¿Qué?

--No quiere consentir en este matrimonio.

-- ¡Ea! ¿Y por qué se mezcla el rey en eso? -- exclamó Aura con acrimonio--. ¿Tiene acaso derecho a mezclarse en estas cosas?... La política es la política, como decía Mazarino; pero el amor es el amor; y ya que tú amas al señor de Bragelonne, y él te ama, casaos. Yo os doy mi consentimiento.

Atenaida se echó a reír.

--¡Oh! ¡Hablo seriamente!--continuó Montalais--. Y creo que en este caso valga mi opinión por lo menos tanto como la del rey. ¿No es verdad, Luisa?

--Vamos, vamos, ya han pasado esos dos caballeros ----dijo. La Vallière-- aprovechémosnos de la soledad para atravesar la pradera e internarnos en el bosque.

--Y pronto --dijo Atenaida--, pues veo salir luces del palacio y del teatro, y se me figura que han de ir precediendo a alguna ilustre comitiva.

--Corramos --dijeron las tres. Y, recogiendo graciosamente los largos pliegues de sus vestidos de seda, salvaron con presteza el espacio que mediaba entre el estanque y la parte más obscura del bosque. Montalais, ligera como una corza, y Atenaida, ardiente como una loba, saltaban en la seca hierba, y a veces, un Acteón temerario hubiera podido divisar en la penum-

bra su pierna pura y atrevida, que se delineaba bajo el espeso contorno de las faldas de raso.

La Vallière, más delicada y más púdica, dejaba flotar sus vestidos, y no pudiendo andar tan de prisa por la debilidad de su pie, no tardó en pedir gracia.

Quedóse, pues, detrás; pero obligó a sus compañeras a que la aguardasen.

En aquel instante, un hombre, ocultó en un foso lleno de pequeños sauces, subió con presteza el talud del foso, y echó a correr hacia el palacio.

Las tres jóvenes, por su parte, llegaron a los linderos del parque, cuyas avenidas conocían perfectamente.

Grandes vallados de flores guarnecían los fosos, y esta parte del castillo se hallaba cercada con barreras que protegían a los paseantes contra la invasión de caballos y carruajes.

En efecto, oíanse rodar a lo lejos sobre el suelo firme del camino los carruajes de las reinas y de Madame. Varios jinetes las seguían con el ruido tan bien imitado por los versos cadenciosos de Virgilio.

Algunas músicas lejanas, respondían a aquel ruido, y, cuando las armonías cesaban, el ruiseñor, cantor lleno de orgullo, enviaba a la reunión congregada bajo la sombra de los árboles, sus cantos suaves, melódicos y complicados.

En torno al cantar brillaban, en el fondo negro de los copudos árboles, los ojos de algún alucón sensible a la armonía.

De modo que aquella fiesta de toda la Corte era también la fiesta de los huéspedes misteriosos de los bosques; porque seguramente la corza escuchaba en su helecho, el faisán en su rama, y el zorro en su madriguera.

Adivinábase la vida de toda aquella población nocturna e invisible en los bruscos movimientos que se notaban de pronto en las hojas.

Entonces las ninfas de los bosques lanzaban un pequeño grito; mas, tranquilizadas al punto, reían y continuaban su paseo.

Llegaron así a la encina real, venerable resto de una encina que, en su juventud, había oído los suspiros de Enrique II por la hermosa Diana de Poitiers, y, más adelante los de Enrique IV por la bella Gabriela de Estrées.

Bajo aquella encina, los jardineros habían acumulado el musgo y el césped, de tal modo que ningún lecho ofreció nunca mejor descanso a los miembros fatigados de un rey.

El tronco del árbol formaba un respaldo rugoso, pero lo bastante ancho para cuatro personas.

Bajo las ramas que oblicuaban hacia el tronco, las voces se perdían al infiltrarse hacia los cielos.

## CXIV

### LO QUE SE DECIA BAJO LA ENCINA REAL

En la dulzura del aire, en-- el silencio de las hojas, había un mudo compromiso para aquellas jóvenes de convertir en seguida la conversación frívola en, otra más seria.

Hasta la que tenía el carácter más alegre, la Montalais, por ejemplo, fue la primera que se sintió arrastrada a ello, y dio principio con un \_ suspiro.

--¡Qué placer siento --dijo-- al vernos aquí libres, solas y con derecho a ser francas, sobre todo con nosotras mismas!

--Sí --dijo la señorita de Tonnay--Charente--; pues la Corte, por brillante que sea, encubre siempre

una mentira bajo los pliegues del terciopelo o el resplandor de los diamantes.

--Yo --repuso La Vallière--, nunca sé mentir, pues cuando no puedo decir la verdad, me calló.

--No gozaréis-- de favor --por mucho tiempo, amiga mía --dijo Montalais--; aquí no es como en Blois, donde contábamos a la vieja Madame todos nuestros enfados y todas nuestras envidias. Madame tenía días en que se acordaba de haber sido joven. En esos días, cualquiera que hablase con --Madame encontraba en ella una amiga sincera Madame nos contaba sus amores con Monsieur, y nosotras le referíamos sus amores con otros, o por lo menos las rumores que habían corrido sobre sus galanterías. ¡Pobre mujer! ¡Tan inocente! Ella reía, y nosotras también. -- ¿Dónde está ahora?

--¡Vaya, Montalais, jovial Montalais! -- exclamó La Vallière--. Veo que todavía suspi-

ras; los bosques te inspiran, y estoy por decir que esta noche te hallo casi razonable.

——Señoritas —dijo Atenaida—, no debéis echar tan de menos la corte de Blois, como para que no

;os tengáis por dichosas en estar entre nosotras. Una Corte, es el lugar adonde van los hombres y las mujeres. para hablar de cosas que las madres y los tutores, y principalmente los confesores, prohíben con severidad. En la Corte dícense esas cosas bajo privilegio del rey y. de las reinas. ¿No es esto un placer? '

—¡Vaya, Atenaida! —murmuró Luisa ruborizándose.

—Atenaida es franca esta noche —dijo Montalais—; aprovechémonos.

—Sí,, aprovechaos;' pues conozco que esta noche podrían: arrancarme hasta los' secretos mas íntimos de mi corazón.

—¡Lástima que no esté aquí el señor de Montespán! —repuso Montalais.

—¿Creéis que amo al señor de Montespán? —murmuró la hermosa joven.

—Creo que es buen mozo.

—Sí; y no es pequeña ventaja a mis ojos.

—Ya veis.

—Diré más; de todos los hombres que aquí se encuentran, es el mejor mozo y el más...

—¿Qué suena por ahí? —dijo La Vallière haciendo un movimiento brusco sobre el banco de musgo.

—Algún gamo, que huye entre las ramas.

—Yo no tengo miedo más que a los hombres —dijo Atenaida. Cuando no se asemejan al señor de Montespán.

—No sigáis con esa broma... Verdad es que el señor de Montespán me obsequia; pero eso a

nada compromete. ¿No tenemos ahí a Guiche que emplea delicadas atenciones con Madame?

—¡Pobre muchacho! —dijo La Vallière:

—¿Por qué pobre?... Me parece que Madame es bastante bella y bastante gran señora.

La Vallière meneó dolorosamente la cabeza.

—Cuando se ama —dijo—, no es ni a la hermosa ni a la gran señora; mis queridas amigas, cuando se ama, debe mirarse más que el corazón y los ojos de la persona amada. Montalais soltó una, estrepitosa carcajada.

—El corazón... los ojos... ¡Bah! Niñerías —dijo.

—Yo hablo por mí —repuso La Vallière.

— ¡Nobles sentimientos! —dijo Atenaida con aire protector, pero frío.

—¿No son los vuestros, señorita? —dijo Luisa.

--Enteramente; pero no puedo menos de decir una cosa: ¿cómo puede compadecerse aun hombre que rinde atenciones a una mujer como Madame? Si existe desproporción, es seguramente de parte del conde.

--¡Oh! ¡No, no! --replicó La Vallière--. Es de parte de Madame.

--No os comprendo.

--Me explicaré. Madame, ni siquiera tiene el deseo de saber lo que es amor. Juega con este sentimiento como los niños con los fuegos artificiales, una de cuyas chispas sería suficiente para incendiar un palacio. Hay en eso brillo, y es todo cuanto necesita. Alegría y amor, es el tejido de que quiere formar su vida. El señor de Guiche amará a esa ilustre dama; pero ella no le amará nunca.

Atenaida soltó una desdeñosa carcajada.

--¿Pues quién ama por ventura? --dijo--. ¿Qué se han hecho vuestros nobles sentimien-

tos de hace poco? ¿No consiste la virtud de una mujer en negarse a toda intriga que pueda tener consecuencias? Una mujer bien organizada y dotada de un corazón generoso, debe mirar a los, hombres, hacerse amar, adorar de ellos, y decir una vez al menos en su, vida: "Se me figura que si yo no hubiera sido lo que soy, habría aborrecido a aquél menos que a los demás."

--¿Y es eso --murmuró La Vallière juntando, las manos-- todo cuanto ofrecéis al señor de Montespán?

--Seguramente; lo, mismo a él qué a otro cualquiera. Yo os he manifestado que reconocía en él cierta superioridad. ¿No os parece bastante? Querida mía, para eso somos mujeres, es decir, reinas, durante todo el tiempo que nos da la naturaleza para ejercer ese mando, de quince a treinta y cinco años. Libre sois de tener corazón después, cuando ya no tengáis más que eso...

--¡Oh, oh! --dijo La Vallière.

—¡Perfectamente! —exclamó Montalais—. ¡He ahí una mujer cabal! ¡Iréis lejos, Atenaida!

— ¿No aprobáis lo que digo?

—¡Oh! ¡De pe a pa! —dijo la risueña joven.

— Sin duda, bromeáis, Montalais —repuso Luisa.

—No, no; apruebo cuanto acaba de decir Atenaida; pero...

—¿Pero qué?

— Sucede que no puedo ponerlo por obra. Tengo los principios más completos, y formo resoluciones; en cuya comparación los problemas del estatúder y del rey de España son juegos de niño; mas llega el día de la ejecución, y como si nada.

—¿Flaqueáis? —pregunto Atenaida con desdén.

— Indignamente.

-- ¡Desastrosa naturaleza! --replicó Atenaida--. Pero al menos elegís.

--A fe... a fe mía que no. La fortuna se complace en contrariarme en todo, y por más que sueña con emperadores, sólo me encuentro con...

--¡Aura! ¡Aura! --exclamó La Vallière--. ¡Por piedad, no sacrificuéis al placer de decir un chiste, a los que os aman con cariño tan verdadero!

--¡Oh! Respecto a eso, me da bien poco cuidado; los que me aman se tienen por dichosos con que yo no los despida, querida. El mal será para mí si incurro en alguna debilidad; pero, ¡ay de los hombres si la vengo en ellos!

--¡Aura!

-- Tenéis razón --dijo Atenaida--, y quizá con esa táctica consigáis el mismo objeto. Eso se llama ser coqueta, señoritas. Los hombres, que son necios en muchas cosas, lo son especial-

mente en ésta: en confundir bajo la palabra coquetería el orgullo de una mujer y su variabilidad. Yo soy orgullosa, es decir, inconquistable; maltrato a los pretendientes, pero sin la menor pretensión de retenerlos. Los hombres dicen que soy coqueta, porque tienen el amor propio de creer que los deseó. Otras mujeres, como por ejemplo Montalais, se dejan ablandar con las lisonjas, y serían perdidas irremisiblemente sin el feliz resorte del instinto, que les impulsa a variar de repente y a castigar al mismo cuyos obsequios aceptaban antes.

—¡Bella disertación! dijo Montalais con el acento de un piloto que se complace en oír elogiar su pericia.

—¡Odiosa! —murmuró, Luisa: —Gracias a esa coquetería, porque ésa es la verdadera coquetería —continuó la señorita de Tonnay Charente—, el amante que estaba una hora antes hinchado de orgullo, pierde en un minuto toda la hinchazón de su amor propio. Tomaba ya aires

victoriosos, y retrocede; iba a protegernos, y se prosterna de nuevo. Resulta de ahí que en lugar de tener un marido celoso, incómodo, fastidioso, tenemos un amante siempre tímido, solícito y sumiso, por la sencilla razón de que halla una amante siempre nueva. Eso es, señoritas, y estad persuadidas de ello, lo que exige la coquetería. Con semejante medio, se puede llegar a ser reina entre las mujeres, cuando no se ha recibido del cielo el don precioso de tener a raya el corazón y el entendimiento.

— ¡Oh, qué hábil sois,—dijo Montalais—, y qué bien entendéis el deber de las mujeres!

—Yo me formo una felicidad particular —dijo Atenaida modestamente—, y, como todos los enamorados débiles, procuro defenderme contra la opresión de los más fuertes.

—La Vallière no dice una palabra.

—¿Será que no aprueba nuestro modo de pensar?

--Yo, ni lo comprendo siquiera.

-- Habláis como seres que no estuviesen destinados a vivir en esta tierra.

--¡Bonita es vuestra tierra! --dijo Montalais.

--¡Una tierra --repuso Atenaida--, donde el hombre inciensa a la mujer par. hacerla caer aturdida, donde la insulta cuando ha caído.

-- ¿Y quién os habla de caer? --dijo Luisa.

-- ¡Ah! ¡Esa es una teoría nueva, querida! Veamos qué medios tenéis para no quedar vencida, si os dejáis arrastrar, por el amor.

--¡Oh! --exclamó la joven levantando al cielo sus encantadores ojos humedecidos--. ¡Oh! Si supieseis lo que es un, corazón, yo me explicaría y os convencería; un corazón amante es más fuerte que toda vuestra coquetería y todo vuestro orgullo. Nunca una mujer es amada, así lo creo, y Dios me oye; nunca un hombre ama

con idolatría, sino cuando conoce que es amado. Déjese a los viejos de comedia el considerarse adorados por coquetas. Los jóvenes saben lo que es eso, y no se engañan tan fácilmente; si llegan a concebir por una mujer coqueta un deseo, una efervescencia, un furor, ya veis que no me quedo corta; si, en una palabra; la coqueta puede volverlos locos, jamás llegará a hacerlos enamorados. El amor, tal como yo lo entiendo, es un sacrificio continuo, absoluto, entero; pero no el sacrificio de una sola de las partes, sino la abnegación completa de dos almas que quieren fundirse en una sola. Si llego a amar alguna vez, rogaré a mi amante que me deje libre, y pura; le diré, y sabrá comprenderme, que mi alma se halla destrozada por la negativa que le opongo; y él, que me amará, conociendo la dolorosa inmensidad de mi sacrificio, se sacrificará a su vez como yo, y me respetará y no tratará de hacerme caer para injuriarme después de caída, como decíais hace poco, blasfemando contra el amor, tal como yo lo com-

prendo. Así es como yo amo. Venidme ahora a decir que mi amante me despreciará; yo os aseguro, que no, a menos que sea el más miserable de los hombres, y el corazón me dice que nunca elegiré esa clase de personas. Mi mirada sabrá recompensar sus sacrificios, o le impondrán virtudes que jamás hubiera creído tener.

—¡Pero, Luisa —murmuró Montalais—, lo que estáis diciendo no lo ponéis en práctica!

—¿Qué queréis decir?

—Sois amada, adorada por Raúl de Bragelonne, y el infeliz joven es víctima de vuestra virtud, como lo sería, y aun quizá más, de mi coquetería o del orgullo de Atenaida.

—Esto es una subdivisión de la coquetería —dijo Atenaida—, y a lo que veo, esta señorita la practica sin sospecharlo siquiera.

—¡Oh! —murmuró La Vallière.

—Sí; eso se llama el instinto: perfecta sensibilidad, exquisita pureza de sentimientos, alarde perpetuo de impulsos apasionados, que jamás se ven satisfechos. ¡Oh! También ésa es una táctica muy hábil y eficaz. En verdad, ahora que reflexiono sobre ello, hubiera preferido esta táctica a mi orgullo para combatir a los hombres, pues ofrece la ventaja de hacer creer a veces en la convicción; pero, desde luego, sin que sea visto por eso que quiera condenarme a mí propia, la considero superior a la simple coquetería de Montalais.

Las dos jóvenes se echaron a reír. La Vallière fue la única que guardó silencio, meneando la cabeza. Luego, tras de un silencio...

—Si me dijeseis la cuarta parte de lo que me acabáis de decir en presencia de un hombre —dijo—, o estuviese persuadida de que lo pensáis así, me moriría de vergüenza y de sentimiento en este sitio.

--Pues bien, ya os podéis morir, tierna paloma --replicó la señorita de Tonnay Charente--, porque si aquí no hay hombres, hay por lo menos dos mujeres, amigas vuestras, que os declaran convicta de ser una coqueta instintiva, una coqueta ingenua, es decir, la especie más peligrosa de coquetas que existe en el mundo.

-- ¡Oh, señoritas! --replicó La Vallière ruborizándose, y a punto de llorar.

Las dos compañeras prorrumpieron en nuevas risas a su costa. .

--Pues bien, yo pediré informes a Bragelonne.

--¿A Bragelonne? --preguntó Atenaida.

--Sí, a ese mancebo, intrépido como César, fino y espiritual como el señor Fouquet, a ese pobre mozo que hace doce años que te conoce, te ama, y que, sin embargo si hemos de dar crédito a tus palabras, no ha llegado a besar nunca la punta de tus dedos.

--A ver cómo nos explicáis esa crueldad, vos, la mujer de corazón --dijo Atenaida a La Vallière.

-- Os la explicaré con una sola palabra: virtud. ¿Negaréis que existe la virtud?

--Vamos, Luisa, no mientas--dijo Aura cogiéndole la mano.

--¿Pues qué queréis que os diga? --murmuró La Vallière.

--Lo que os parezca. Pero, por mucho que digáis, insisto en la opinión que he formado de vos. Coqueta de instinto, coqueta ingenua, o sea, ya lo he dicho y lo repito, la más peligrosa de todas las coquetas.

--¡Oh! No, no; por favor, ¡no creáis semejante cosa!

-- ¡Cómo! ¡Doce años de rigor absoluto!

—¡Oh! Hace doce años no tenía yo más que cinco. No puede imputarse a la joven el abandono de la niña.

— Bien, tienes diez y siete años: tres años en lugar de doce. Desde hace tres años, habéis sido constante y enteramente cruel. Teníais en contra vuestra los solitarios bosque de Blois, las citas en que se cuentan las estrellas, las sesiones nocturnas bajo los plátanos, sus veinte años que hablaban a vuestros catorce, y el fuego de sus ojos que os hablaba a vos misma.

—Está bien, está bien; pero él es así.

—¡Varaos, imposible!

—Pero, Dios mío, ¿por qué imposible?

— Dinos cosas creíbles, querida mía, y te creeremos.

—Pues suponed una cosa.

— ¿Cuál?

— Veamos.

— Acabad o supondremos mucho más de lo que queréis.

—Supongamos, entonces, supongamos que yo creía amar, y que no amo.

—¿Cómo que no amas?

— ¡Qué queréis! Si he sido diferente de lo que son las demás, cuando aman, eso consiste en que no amo, en que no ha llegado todavía mi hora.

—¡Luisa, Luisa! —dijo Montalais—. Cuidado; mira lo que dices, que voy a recordar tus palabras de hace poco. Raúl no se halla aquí, y no es razón que le maltrates en su ausencia. Sé caritativa, y si, reflexionándolo bien, conoces que no le amas, díselo a él mismo. ¡Pobre joven!

Y se echó a reír.

—Esta señorita compadecía hace poco al señor de Guiche —dijo Atenaida—. ¿No se podría

hallar la explicación de esa indiferencia hacia él en la compasión hacia el otro?

—Abrumadme, señoritas —replicó tristemente La Vallière—, abrumadme, puesto que no me comprendéis.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió Montalais—. Déjate ahora de tristezas y de lágrimas; ya ves, Luisa, cómo nos reímos, y te aseguro que no somos los monstruos que te figuras; ahí tienes a la orgullosa Atenaida, que no ama, en verdad, al señor de Montespán, pero que se desesperaría si el señor de Montespán no la amase... Y aquí estoy yo, que me río del señor Malicorne, pero ese pobre Malicorne, de quien me río, sabe, cuando quiere, hacer llegar mi mano a sus labios. Además, la más vieja de nosotras no tiene veinte años... ¡Qué porvenir!

—¡Qué locas sois! —murmuró Luisa.

—Verdad es —dijo Montalais—; tú eres la única que has hablado con cordura.

-- ¡Cierto!

--De acuerdo --contestó Atenaida--. Con que decididamente, ¿no amáis al pobre señor de Bragelonne?

--Puede que sí --dijo Montalais.

-- No está muy segura. Como quiera que sea, oye, Atenaida: por, si el señor de Bragelonne queda libre, voy a darte un consejo de amiga.

-- ¿Cuál?

--Que lo mires bien antes de decidirte por el señor de Montespán.

--¡Oh! Si vamos a eso, amiga mía, no es el señor de Bragelonne el único que una pueda complacerse en mirar. El señor de Guiche, por ejemplo, tiene también su mérito.

--Esta noche no ha brillado --dijo Montalais--; y sé de buena tinta que Madame lo ha encontrado odioso.

--Pero el señor de Saint Aignan sí que ha brillado, y estoy segura de que más de una de las que le han visto bailar no le olvidarán tan pronto. ¿No es cierto, La Vallière?

--¿Por qué me hacéis esa pregunta? No le he visto, ni le conozco siquiera.

--¿No habéis visto al señor de Saint--Aignan? ¿No le conocéis?

--No.

--Vamos, vamos, no vengáis aparentando una virtud más arisca que nuestro orgullo. Ello es que tenéis ojos, ¿no es verdad?

--Excelentes.

--Entonces habréis visto a todos los que han bailado esta noche.

--A casi todos.

--¡Vaya un casi bien impertinente para ellos!

--Pues no obstante, así es.

--Bien; pero así y todo, entre esos gentiles-hombres que casi habéis visto, ¿a cuál preferís?

--Sí --dijo Montalais--, el señor de Saint Aignan, el señor de Guiche, el señor de M...

--A ninguno prefiero; todos me parecen igualmente bien.

--De modo que entre esa brillante asamblea, entre esa Corte, que es la primera del mundo, ¿no habéis hallado a nadie que os agrade?

--No he dicho eso.

--Pues, hablad. Veamos quién es vuestro ideal.

--Es que no es un ideal.

--Entonces, ¿es que existe?

--Verdaderamente, señoritas --exclamó La Vallière, apurada hasta el extremo--, no acierto a comprenderos. No sé cómo teniendo corazón y ojos, lo mismo que yo, habláis del señor de

Guiche, del señor de Saint Aignan, del señor de M ... y qué sé yo quién, estando allí el rey.

Estas palabras, lanzadas con precipitación por una voz turbada y ardiente, hicieron oír en el momento, a ambos lados de la joven, una exclamación que a ella . le produjo miedo.

-- ¡El rey! --murmuraron a la vez --  
Montálais y Atenaida.

La Vallière dejó caer la cabeza entre sus manos.

-- ¡Oh! ¡Sí, el rey, el rey! --exclamó--.  
¿Habéis visto nunca algo que se parezca al rey?

--Razón teníais, señorita, en decir hace poco que eran excelentes vuestros ojos; por que veis demasiado lejos. ¡Ay! el rey no es de aquellos en quien nuestros pobres ojos tengan derecho a fijarse.

--¡Oh! ¡Es cierto, es cierto! --exclamó La Vallière--. No es dado a todos los ojos el mirar de

frente al sol; mas yo le miraré, aun cuando deba quedarme ciega.

En aquel momento se oyó, detrás de un matorral inmediato, un ruido, como si rozara con las hojas, y que parecía producido por las palabras que acababan de escaparse de labios de La Vallière.

Las jóvenes levantáronse asustadas, y vieron distintamente moverse las hojas; pero no el objeto que indudablemente las hacía mover.

-- ¡Ah! ¡Un lobo o un jabalí! --exclamó Montalais--. ¡Huyamos, señoritas, huyamos!

Y, acometidas las tres jóvenes de un terror indecible, huyeron por el primer camino que se les presentó, sin parar hasta los límites del bosque.

Allí, faltas de aliento, apoyadas una en otras, sintiendo mutuamente latirles el corazón, trataron de recobrase algún tanto, cosa que no consiguieron hasta después de algunos instantes.

Al fin divisaron algunas luces por la parte del palacio, y decidieron dirigirse hacia aquel sitio.

La Vallière se encontraba extenuada de cansancio.

Aura y Atenaida procuraban sostenerla.

--¡Oh! ¡De buena nos hemos librado! -- exclamó Montálais.

--¡Señoritas, señoritas! --dijo La Vallière--. Mucho me temo que sea algo peor que un lobo. En cuanto a mí, lo digo como lo siento, mejor quisiera haber corrido el riesgo de ser, devorada por un animal feroz, que no el que me hayan escuchado y oído. ¡Oh loca... qué loca soy! ¡Cómo he podido pensar ni decir semejantes cosas!

Y al decir esto, su frente se dobló como la punta de una caña; sintió que las piernas le flaqueaban, y, abandonándole todas sus fuerzas, se deslizó casi exánime entre los brazos de sus compañeros sobre la hierba del paseo.

CXV

## LA ANSIEDAD DEL REY

Dejemos a la pobre La Vallière casi desmayada entre sus dos compañeras, y volvamos a las inmediaciones de la encina real.

Apenas habían andado veinte pasos en su fuga las tres jóvenes, cuando se acrecentó en el ramaje el ruido que tanto las asustara.

La forma, dibujándose con más precisión al separar las ramas de la espesura, apareció en las lindes del bosque, y, viendo el asiento desocupado, soltó una carcajada.

Excusado es decir que aquella forma era la de un joven y apuesto caballero, el cual hizo al punto una seña a otro; que se presentó a su vez.

—Y bien, Majestad —dijo la segunda forma, adelantándose tímidamente—, será cosa de que

hayáis hecho huir a nuestras hermosas enamoradas?

— Parece que sí —dijo el rey—; puedes acercarte sin temor, Saint Aignan.

—Cuidado, Majestad, no sea que os reconozcan.

—¿No te digo que han huido?

—No ha sido mal encuentro; si me atreviera a dar un consejo a Vuestra Majestad, diría que debemos seguirlos.

—Están ya lejos.

— ¡Bah! Ya dejarían que los alcanzásemos, principalmente si supiesen quiénes son los que los persiguen.

—¿Cómo es eso, señor presumido?

—Ya habéis oído que a una le he parecido bien, y otra os ha comparado al sol.

--Razón de más para mantenernos ocultos, Saint Aignan. El sol no se muestra de noche.

--A fe mía, Vuestra Majestad es bien poco curioso. Yo, en vuestro lugar, desearía saber quiénes son las dos ninfas, las dos dríadas, las dos hamadríadas que tan buena opinión tienen de nosotros.

--¡Oh! Yo sabré reconocerla sin necesidad de correr tras de ellas, pierde cuidado.

--¿Y cómo?

-- ¡Pardiez! Por la voz. Son de la Corte, y la que hablaba de mí tenía una voz encantadora.

--Veo que Vuestra Majestad comienza a dejarse ablandar por una lisonja.

--No se dirá a lo menos que es ése el medio que tú empleas.

-- ¡Oh! Perdonad, Majestad; soy un necio.

--Ea, ven y registremos donde te he dicho.

--Y aquella pasión que me habíais confiado, Majestad, ¿está ya olvidada?

--¡Oh! No hay tal. ¿Cómo quieres que uno olvide ojos como los de la señorita de La Vallière?

--¡Es que la otra posee una voz tan encantadora!

--¿Cuál?

-- ¡La que ama al sol!

--¡Señor de Saint Aignan!

--Majestad; perdón.

--No es cosa tampoco que lleve a mal el que tú creas que me guste tanto una voz dulce como unos ojos hermosos. Te conozco, y como eres un terrible charlatán, mañana pagaré la confianza que he tenido en ti.

--¿Por qué, Majestad?

--Digo que mañana todo el mundo sabrá que tengo mis ideas sobre esa pequeña La Vallière;

pero, cuidado Saint Aignan, que a nadie más que a ti he confiado mi secreto, y si alguien me habla de él, no es dudoso averiguar quién puede haberme vendido.

— ¡Con qué calor, habláis, Majestad!

—No, pero ya ves, no quiero comprometer a esa pobre muchacha.

—Majestad, nada temáis.

—¿Me lo prometes?

—Majestad, os empeño mi palabra.

“Bueno —pensó el rey, riendo para sus adentros—, mañana sabrá todo el mundo que he corrido esta noche tras de La Vallière.”

Haciendo luego por orientarse:

— ¡Calla! —dijo—. Me parece que nos hemos perdido.

—¡Oh! No hay peligro.

—¿Adónde se va por esta puerta?

--A la glorieta, Majestad.

--¿Adonde íbamos cuando oímos voces de mujeres?

--Sí, Majestad, y el final de la conversación en que he tenido el honor de oír pronunciar mi nombre junto al de Vuestra Majestad.

--Mucho repites, eso, Saint Aignan.

--Que Vuestra Majestad me perdone, mas no puedo menos de estar satisfecho de ver que hay una mujer que se ocupe de mí; sin que yo lo sepa y sin haber hecho nada para ello. Vuestra Majestad no comprende esta satisfacción, cuyo mérito y elevada posición excitan siempre la atención y obligan al amor.

--Pues bien, no, Saint Aignan, y podrás creerme, si quieres --dijo el rey apoyándose familiarmente en el brazo de Saint Aignan y tomando el camino que creía debía conducirle al palacio--, pero esa candorosa confianza, esa preferencia tan desinteresada de una mujer que

probablemente no excitará nunca mis miradas... en una palabra, el misterio de toda esta aventura, me ha hecho cierta impresión; y, ciertamente, si La Vallière no me tuviese tan ocupada la imaginación...

--No se detenga por eso Vuestra Majestad, aún tiene tiempo de sobra.

-- ¿Cómo es eso?

--Se dice que La Vallière es muy rigurosa.

--Eso pica más mi curiosidad, y deseo con impaciencia encontrarla. Vamos, vamos.

El rey mentía, pues nada había que excitase menos su impaciencia; pero tenía que desempeñar su papel.

Echó en esto a andar algo de prisa, y Saint Aignan le siguió, conservando una pequeña distancia.

De pronto, se detuvo el rey, y el cortesano imitó su ejemplo.

--Saint Aignan --dijo--¿ no oyes suspiros?

--¿Yo?

--Sí, escucha.

--Efectivamente, y hasta diría que oigo gritos.

--Es por este lado --dijo el rey indicando una dirección.

-- Parecen lágrimas y sollozos de mujer -- observó Saint Aignan.

--¡Corramos!

Y el rey y el favorito, tomando un sendero, echaron a correr por la hierba.

Conforme avanzaban, íbanse oyendo los gritos más claramente.

--¡Socorro, socorro! --decían dos voces.

Los dos compañeros redoblaron el paso.

A medida que se iban acercando, los suspiros se convertían en gritos. Estos gritos activaban la

velocidad de la carrera del rey y de su compañero.

De pronto, al otro lado de un foso, bajo unos sauces de ramas desmelenadas, divisaron una mujer de rodillas, que sostenía a otra mujer desmayada.

A algunos pasos de allí, otra tercera mujer pedía socorro desde el medio del camino.

Al ver esta mujer a los dos caballeros, cuya condición ignoraba, redobló sus gritos.

El rey se adelantó a su compañero, salvó el foso, y se encontró junto al grupo en el momento en que, por el extremo del paseo que conducía al palacio, venían una docena de personas, atraídas por los mismos gritos que habían atraído al rey ,y al señor de Saint Aignan.

—¿Qué pasa, señoritas? —preguntó Luis.

—¡El rey! —exclamó la señorita de Montalais abandonando en medio de su asombro la cabe-

za de La Vallière, que quedó completamente recostada sobre el césped.

—Sí, el rey. Pero no es eso una razón para que abandonéis a vuestra amiga. ¿Quién es?

—La señorita de La Vallière, Majestad.

—¡La señorita de La Vallière!

—Que acaba de desmayarse...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Pobre niña!

— ¡Pronto, pronto un cirujano!

Pero, por mucha que fuese la viveza con que el rey dijo estas palabras no estuvo tan sobre sí que no debiesen parecer, igualmente que el ademán con que las acompañó, un poco frías; al señor de Saint Aignan, a quien había el rey confiado el grande amor que le devoraba.

—Saint Aignan —prosiguió Luis, quedaos al cuidado de la señorita de La Vallière, os lo ruego. Llamad a un cirujano. Yo corro a prevenir a

Madame del accidente que le ha dado a su camarista.

En efecto, mientras el señor de Saint Aignan se ocupaba en hacer trasladar a la señorita de La Vallière al palacio, se alejaba a toda prisa el rey, gozoso de hallar aquella ocasión de acercarse a Madame y poderle hablar bajo un pretexto especioso.

Por fortuna, pasaba una carroza; hizo parar al cochero, y las personas que la ocupaban, sabedoras del accidente, apresuránrose a ceder el puesto a la señorita de La Vallière. La corriente de aire provocada por la rapidez de la carrera devolvió pronto la enferma a la existencia. Al llegar al palacio, pudo, aunque muy débil, bajar de la carroza y alcanzar, con auxilio de Atenaida y Montalais, los aposentos interiores.

Hiciéronla sentar en una pieza próxima a los salones de la planta baja.

En seguida, como este accidente no había causado mucho efecto en los pasantes, continuaron éstos su paseo.

El rey, por su parte, había encontrado a Madame bajo un trebolillo. Sentóse al lado suyo, y su pies buscaba suavemente el de la princesa por debajo de la silla de ésta.

— Cuidado, Majestad —le dijo Enriqueta en voz baja—, que no aparentáis bien la indiferencia.

—¡Ay! —replicó Luis XIV en el mismo diapasón—. Mucho me temo que hayamos hecho un convenio muy superior a nuestras fuerzas. Y luego en voz alta:

—¿Sabéis el accidente ocurrido?

— ¿Qué accidente?

—¡Oh, Dios mío! Al veros, he olvidado que había venido expresamente a referíroslo, y sin embargo, he tenido un gran sentimiento. Una

de vuestras camaristas, la pobre La Vallière, acaba de desmayarse.

—¡Ah! ¡Pobre muchacha! —dijo tranquilamente la princesa—. ¿Pues qué le ha dado?

Y luego, por lo bajo:

—Pero, Majestad —repuso—, mirad lo que hacéis. ¿Cómo queréis hacer creer que estáis apasionado de esa joven, cuando permanecéis aquí, mientras ella se muere allá?

—¡Ah, señora, señora! —exclamó sonriendo el rey—. ¡Cuánto mejor que yo desempeñáis vuestro papel! Veo qué estáis en todo. Y se levantó.

—Señora —dijo en alta voz para que todo el mundo le oyese—, permitid que os deje; mi ansiedad es grande, y quiero asegurarme por mí mismo si han prodigado a la enferma todos los cuidados debidos.

Y el rey, volvió al lado de La Vallière, mientras que todos los concurrentes comentaban estas palabras del rey:

“Mi ansiedad es grande.”

CXVI

EL SECRETO DEL REY

Por el camino, Luis encontró al conde de Saint Aignan.

—Dime, Saint Aignan —preguntó con afectación—, ¿cómo sigue la enferma?

—Majestad —murmuró Saint Aignan—, confieso con rubor que lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Lo ignoráis? —replicó el rey fingiendo tomar seriamente esa falta de miramiento por el objeto de su predilección.

--Perdonad, Majestad; pero acabo de encontrar a una de nuestras tres garladoras, y confieso que me he distraído.

--¿De modo que habéis tenido ese hallazgo? --preguntó con viveza el rey.

La que se dignaba hablar tan ventajosamente de mí, y, habiendo encontrado la mía, buscaba la vuestra cuando he tenido la honra de encontrar a Vuestra Majestad.

--Está bien, pero ante todo la señorita de La Vallière --dijo el rey, fiel a su papel.

--¡Oh!. La hermosa se ha hecho interesante con ese desmayo de puro lujo, puesto que Vuestra Majestad se dignaba ocuparse ya antes de ella.

-- ¿Y el nombre de vuestra hermosa, Saint Aignan, ¿es un secreto?

--Debería serlo, y muy grande; mas para Vuestra Majestad no pueden existir secretos.

--¿Cuál es, pues, su nombre?

--La señorita de Tonnay Charente.

--¿Y es hermosa?

-- Sobre todo encarecimiento, Majestad; y he reconocido la voz que pronunciaba mi nombre de una manera tan tierna. Me acerqué a ella, inquirí lo mejor que pude en medio de la multitud; y entonces me dijo, sin sospechar nada, que hallándose hacía poco en la encina grande con dos amigas, la aparición de un lobo o un ladrón les había espantado y puesto en fuga.

--¿Y cómo se llamaban esas dos amigas? -- dijo con viveza el rey.

-- Majestad --dijo Saint Aignan--, mandadme encerrar en la Bastilla.

--¿Por qué?

--Porque soy un egoísta y un necio. Quedé tan sorprendido con semejante conquista y feliz descubrimiento, que no me acordé de más. Por

otra parte, no creí que teniendo Vuestra Majestad tan, ocupada su imaginación con la señorita de La Vallière, diera gran importancia a lo que había oído. Luego, la señorita de Tonnay Charente me dejó precipitadamente para volver al lado de la señorita de La Vallière.

—Bien; esperemos que tenga yo una suerte igual a la tuya. Vamos, Saint Aignan.

—Mi rey tiene ambición, a lo que veo, y no quiere que se le escape ninguna conquista. Pues bien, prometo a Vuestra Majestad hacer las más escrupulosas indagaciones; además; no será difícil saber, por una de las tres Gracias, el nombre de las otras, y, con el nombre el secreto.

—¡Oh! También a mí —repuso el rey—, me bastare oír su voz para reconocerla. Vamos, basta de conversación, y llévame al lado de esa pobre La Vallière.

“Sin duda --pensó Saint Aignan--, el rey está enamorado; pero nunca hubiera creído que fuese a chocarle esa chiquilla:”

Y, como al pensar así, mostrara al rey el cuarto adonde había sido conducida La Vallière, entró en él Luis.

Saint Aignan lo siguió.

En una sala baja, y junto a una gran ventana que daba a los jardines, estaba La Vallière recostada en un ancho sillón, y aspiraba con ansia el aire embalsamado de la noche.

Por su pecho, desabrochado, caían los encajes ajados entre los bucles de sus blondos cabellos, esparcidos sobre sus hombros.

Con los ojos lánguidos, cargados de mal apagados fuegos, y anegados en abundantes lágrimas, no vivía sino a la manera de aquellas hermosas imágenes de nuestros ensueños, que pasan pálidas y poéticas por delante de los ojos

del que duerme, entreabriendo sus alas sin moverlas y sus labios sin producir sonido alguno.

Aquella palidez nacarada de La Vallière tenía un encanto indefinible; los padecimientos de alma y cuerpo prestaban a aquella fisonomía una armonía de noble dolor; la inercia absoluta de sus brazos y de su busto más la semejaban a una difunta que a un ser viviente; parecía no percibir ni el cuchicheo de sus compañeras, ni el ruido lejano que subía de los alrededores. Se hallaba completamente ensimismada, y sus hermosas manos, largas y finas, se estremecían de vez en cuando como al contacto de invisibles presiones.

El rey entró sin que ella advirtiese su llegada; a tal punto la tenían absorta sus pensamientos. Vio de lejos aquella adorable figura, sobre la cual la ardiente, luna derramaba la pura luz de su lámpara de plata:

—¡Dios mío! —murmuró con involuntario calorío—. ¡Está muerta!

--No, no, Majestad --dijo por lo bajo Montalais--; antes bien sigue mejor, ¿No es verdad, Luisa, que estás mejor?

La Vallière no contestó.

--Luisa --prosiguió Montalais--, mira que el rey se digna inquietarse por tu salud.

--¡El rey! --exclamó Luisa incorporándose de repente, como si le afluyera un torrente de fuego desde las extremidades al corazón--. ¿El rey se inquieta por mi salud?

--Sí --dijo Montalais.

--¿Está aquí el rey? -- dijo La Vallière sin atreverse a mirar en torno suyo.

--¡Esa voz, esa voz! --dijo vivamente Luis al oído de Saint Aignan,

-- ¡Ah! --replicó Saint Aignan--. Vuestra Majestad tiene razón: es la enamorada del sol.

--¡Silencio! --dijo el rey. Luego, acercándose a La Vallière:

—¿Estáis indispuesta, señorita? —preguntó—. No hace mucho que os vi desmayada en el parque. ¿Qué os ha pasado?

—Majestad —tartamudeó la pobre niña, trémula y pálida—, verdaderamente, no sabría decirlo.

—Habréis andado demasiado, y tal vez la fatiga...

—No, Majestad —replicó vivamente Montalais, contestando por su amiga—, no puede ser la fatiga, porque hemos pasado parte de la noche bajo la encina real.

—¿Bajo la encina real? —repuso el rey, estremecido—. No me había engañado; eso está bien.

Y dirigió al conde una mirada de inteligencia.

—¡Ah, sí! —dijo Saint Aignan—. Bajo la encina real; con la señorita de Tonnay Charente.

—¿Cómo sabéis eso! —preguntó Montalais.

--De una manera muy sencilla: la señorita de Tonnay Charente me lo ha dicho.

--Entonces, también os habrá manifestado la causa del desmayo de La Vallière.

--¡Bah! Me ha hablado de un lobo o de un ladrón; pero no sé más.

La Vallière escuchaba con los ojos fijos, el pecho oprimido, como si presintiera parte de la verdad, por efecto de una mayor energía de inteligencia.

Luis creyó aquella actitud y agitación consecuencia de un espanto mal desvanecido.

--No temáis nada, señorita --dijo con un principio de emoción que no podía ocultar--, ese lobo que tanto os ha asustado era simplemente un lobo de dos pies.

-- ¡Era un hombre, era un hombre! --exclamó Luisa--. ¡Había allí un hombre escuchándonos!

--Y bien, señorita, ¿qué gran mal veis en haber sido escuchadas? ¿Dijisteis, pues, cosas que no debieran ser oídas?

La Vallière juntó con fuerza sus manos y sé las llevó a la frente, procurando así disimular su rubor.

--¡Oh! --preguntó--. En nombre del Cielo, ¿quién estaba escondido? ¿Quién nos ha escuchado?

El rey se adelantó para tomarle una mano.

--Yo, señorita --dijo inclinándose con dulce respeto--. ¿Será cosa de que os cause miedo?

La Vallière lanzó un grito agudo; abandonáronle sus fuerzas por segunda vez, y volvió a caer en el sillón, fría, angustiada y desesperada.

El rey tuvo tiempo para extender su brazo, de modo que se encontró a medias sostenida por él.

A dos pasos del rey y de la Vallière, las señoritas de Tonnay Charente y de Montalais, inmóviles y como petrificadas por el recuerdo de su conversación con La Vallière, no pensaban siquiera en prestarle auxilio, turbadas por la presencia del rey, que, rodilla en tierra, sostenía a La Vallière por la cintura.

—¿Habéis escuchado, Majestad? —murmuró Atenaida.

El rey no contestó. Tenía los ojos fijos en los ojos medio cerrados de La Vallière; su mano pendiente entre su mano.

— ¡Pardiez! —replicó Saint Aignan, esperando por su parte que se desmayara también la señorita de Tonnay Charente, y aproximando sus brazos abiertos—. No hemos perdido ni una palabra.

Mas la orgullosa Atenaida no era mujer que se desmayara con tanta facilidad; lanzó una terrible mirada a Saint Aignan, y huyó.

Montalais, más animada, acercóse con presteza a Luisa, y la recibió de manos del rey, que perdía ya la cabeza, al sentir inundado su rostro con los perfumados cabellos de la moribunda.

—Felizmente —observó Saint Aignan—, he aquí una aventura, y mucha será mi desgracia si no soy el primero en contarla.

El rey se acercó a él, con voz trémula y ademán enérgico.

—Conde —dijo—, ni una palabra.

El pobre rey olvidaba que una hora antes hacía al mismo hombre la misma recomendación con deseo enteramente opuesto, es decir, que aquel hombre fuese indiscreto.

Aquella recomendación fue tan superflua como la primera.

Media hora después sabía todo Fontainebleau que la señorita de La Vallière había sostenido bajo la encina real una conversación con Mon-

talais y Tonnay Charente, y que en ésa conversación había confesado su amor por el rey.

Sabíase también que el rey; después de manifestar todo el interés que le inspiraba el estado de la señorita de La Vallière, se había puesto trémulo y pálido al recibir en sus brazos a la hermosa desmayada; de modo que todos los cortesanos convinieron en que acababa de revelarse el mayor acontecimiento de la época; que Su Majestad amaba a la señorita de La Vallière; y que, por tanto, Monsieur podía dormir con el mayor descuido.

La reina madre, tan asombrada como los demás de esa mudanza repentina, se apresuró a manifestarla a la esposa de Luis y a Felipe de Orleans.

Sólo que operó de modo distinto al atacar a aquellos dos corazones. A su nuera le dijo:

—Para que veáis, Teresa, si no procedíais con injusticia al acusar al rey: ya hoy le suponen

otra amante; y, ¿por qué la amante de hoy ha de ser más verdadera que la de ayer, o la de ayer que la de hoy?

Y a Monsieur, después de contarle la aventura de la encina real: ¿Estáis ya desengañado de lo absurdo que eran vuestros celos, mi querido Felipe? Sábese de cierto que el rey está perdidamente enamorado de La Vallière. No vayáis a hablar de ello a vuestra esposa, porque la reina lo sabría al momento.

Este último encargo causó su efecto inmediato.

Monsieur, tranquilo ya y triunfante, fue a buscar a su mujer; y como no era aún media noche, y la fiesta debía durar hasta las dos de la mañana, le ofreció el brazo para dar un paseo.

Mas apenas había andado algunos pasos, lo primero que hizo fue desobedecer a su madre.

—No vayáis a decir a la reina todo lo que se dice del rey —dijo misteriosamente.

--¿Pues qué se dice? --preguntó Madame.

--Que mi hermano ha concebido de repente una pasión extraña.

-- ¿Por quién?

--Por la pequeña La Vallière. La noche era oscura, y Madame pudo sonreír a su sabor.

--¡Ah! ¿Y desde cuándo es eso?

--Desde hace pocos días, al parecer. Pero antes no era más que humo, y hasta esta noche no se ha manifestado la llama.

--El rey tiene buen gusto --dijo Madame--, y a mi juicio la pequeña es encantadora.

--Se me antoja que os chanceáis, amiga mía.

--¡Yo! ¿Y por qué?

--En todo caso, esa pasión hará la felicidad de alguien, aun cuando sólo sea la de La Vallière.

--Habláis, en verdad --repuso la princesa--, como si hubieseis leído en el corazón de mi ca-

marista. ¿Quién os ha dicho que ella consiente en corresponder a la pasión del rey?

— ¿Y quién os ha dicho que no le corresponderá?

—Ama al vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Creéis?

—Como que es su prometida.

—Lo era.

—¿Cómo que lo era?

—Porque cuando llegaron a solicitar al rey su permiso para el matrimonio, el rey lo negó.

—¿Lo negó?

—Sí, y se lo negó al mismo conde de la Fère, a quien, según sabéis, honra con una gran estimación por el papel que jugó en la restauración de vuestro hermano; y en algunos otros acontecimientos sucedidos hace tiempo.

--Pues bien, los pobres enamorados aguardarán a que el rey mude de opinión; son jóvenes, y tienen tiempo.

--¡Ay, corazón mío! --dijo Felipe riéndose a su vez--. Veo que no sabéis lo mejor del caso.

--No.

--Lo que ha impresionado al rey más profundamente.

-- ¿El rey se ha impresionado profundamente?

--En el corazón.

--Pero, ¿de qué? ¡Decid pronto, caray!

--De una aventura que no puede ser más novelesca.

--Ya sabéis cuánto me gustan esas aventuras, y me hacéis esperar --dijo la princesa con impaciencia.

--Pues bien, oíd...

Y Monsieur hizo una pausa.

--Ya oigo.

--Bajo la encina real... ¿Sabéis dónde está la encina real?

--Poco importa.

--Bajo la encina real...

--Pues bien, la señorita de La Vallière, creyéndose sola con dos amigas, les confió la pasión que sentía por el rey.

--¡Ah! --murmuró Madame con un principio de inquietud--. ¿La pasión que sentía por el rey?

--Sí.

--¿Y cuándo ha sido eso?

--Hace una hora.

Madame se estremeció.

--¿Y esa pasión no la conocía nadie?

-- Nadie.

--¿Ni el rey tampoco?

--Tampoco. La joven guardaba su secreto entre cuero y carne, cuando de repente su secreto pudo más que ella y se le escapó.

--¿Y por dónde habéis sabido tal despropósito?

--Lo he sabido como lo sabe todo el mundo.

--¿Y de dónde lo ha sabido todo el mundo?

--Por la misma La Vallière, que reveló ese amor a sus compañeras Montalais y Tonnay Charente.

Madame detúvose, y, con brusco movimiento, soltó la mano de su marido:

--¿Hace una hora que hizo esa confesión? --preguntó Madame.

--Poco más o menos.

--¿Y el rey tenía de ella conocimiento?

—Pues en eso está precisamente lo novelesco del caso, porque el rey estaba con Saint Aignan detrás de la encina real, y oyó toda aquella interesante conversación sin perder una sílaba.

Madame sintió herido su corazón.

—Pues yo he visto al rey después —dijo con aturdimiento—, y no me ha hablado palabra de todo eso.

—¡Diantre! —dijo Monsieur con el candor de un marido triunfante—. Ya lo creo que no os hablaría, porque encargó a todo el mundo que no se os dijese nada.

—¡Qué, decís! —murmuró irritada Madame.

— Digo que os quería ocultar la cosa.

—¿Y por qué me lo había de ocultar a mí?

—Por el temor de que vuestra amistad os impeliese a revelar alguna cosa a la joven reina, nada más que por eso.

Madame bajó la cabeza, sintiéndose mortalmente herida. Entonces, no descansó hasta encontrar al rey...

Como un rey es siempre la última persona del reino que sabe lo que hablan de él, y un amante el único que no sabe lo que se dice de su amada, cuando el rey dividió a Madame, que le andaba buscando, se acercó a ella algo turbado, mas siempre solícito y obsequioso.

Madame aguardó a que el rey hablase el primero de La Vallière. Pero como observara que no hablaba de ella:

--¿Y la pequeña? --preguntó.

--¿Qué pequeña? --exclamó el rey.

--La Vallière... ¿No me dijísteis, señor, que se había desmayado?

--Continúa bastante mal --dijo

El rey aparentando gran indiferencia.

--Ved ahí una cosa que perjudicará al rumor que debíais difundir, señor.

--¿Qué rumor?

--Que dirigís hacia ella vuestras miradas.

--¡Oh! Espero que de todos modos se dirá lo mismo --respondió el rey distraídamente.

Madame aguardó aún, con objeto de ver si el rey le hablaba de la aventura de la encina real.

Pero el rey no dijo ni una palabra.

Madame, por su parte, nada indicó tampoco sobre la aventura, de suerte que el rey se despidió de la princesa sin haberle hecho la menor confidencia.

Apenas vio Madame que el rey se alejaba, fue a buscar a Saint Aignan. Este era hombre fácil de encontrar, pues siempre andaba como los barcos de escolta, que marchan en conserva con los buques mayores.

Saint Aignan. era el hombre que necesitaba Madame, según la disposición de espíritu en que se hallaba.

El cortesano no esperaba más que un oído algo más digno que los otros, para referir, circunstanciadamente el hecho.

De modo que no perdonó a Madame ni una sola palabra. Luego que acabó de hablar:

— Confesad —dijo Madame—que es un cuento muy interesante.

—Cuento, no; historia, sí.

—Cuento o historia, confesad que os lo han referido como me lo referís a mí, pero que vos no lo presenciasteis.

— Señora, os juro por mi honor que yo estaba allí.

—¿Y suponéis que esas confesiones hayan causado impresión en el rey?

--Como las de la señorita Tonnay Charente en mí --repuso Saint Aignan--: ¡Pensad, señora; que la señorita de La Vallière comparó al rey con el sol, y eso es muy halagador!

--El rey no hace caso de tales lisonjas.

--Señora, el rey tiene por lo menos tanto de hombre como de sol, y bien lo vi, no hace mucho, cuando La Vallière cayó en sus brazos.

--¿La Vallière cayó en brazos del rey?

--¡Oh! Era un cuadro de los más interesantes. Figuraos que La Vallière había vuelto en sí y que...

--¡Ea! ¿Qué visteis? Decid, hablad.

--Vi lo que vieron otras diez personas más; vi que cuando La Vallière cayó en sus brazos, al rey le faltó poco para desmayarse. Madame exhaló un pequeño grito, único indicio de su sorda cólera.

-- Gracias --dijo riendo convulsivamente--;  
sois un hábil narrador, señor de Saint Aignan.

Y escapó sola y sofocada hacia el palacio.

## CXVII

### CORRERIAS DE NOCHE

Monsieur había abandonado a la

princesa con el mejor humor del mundo, y como se había fatigado mucho durante el día, se retiró a sus habitaciones dejando a cada cual que acabara la noche como mejor le -- pareciera.

Luego, empezó su tocado de noche con un esmero que solía redoblar en sus paroxismos de satisfacción.

Así fue que, mientras sus sirvientes se ocupaban en componerle, cantó los aires del baile que

habían tocado los violines y había ejecutado el rey.

Después llamó a sus sastres, hizo que le enseñaran los trajes del día siguiente, y, como estaba sumamente satisfecho de ellos, les distribuyó algunas gratificaciones.

Por último, como el caballero de Lorena viese que Monsieur se retiraba, se fue a popo rato al cuarto del príncipe, de quien recibió grandes pruebas de amistad.

El favorito, después, de saludar al príncipe, guardó silencio por un momento, como un jefe de tiradores que estudia por dónde ha de empezar el fuego. Al fin, pareciendo decidirse:

--¿Habéis observado una cosa singular, monseñor? --dijo. --No. ¿Cuál?

--El mal recibimiento que Su Majestad ha hecho en apariencia al conde de Guiche.

--¿En apariencia?

--Sí, porque realmente le ha vuelto a su favor.

--Pues no he visto tal cosa --dijo el príncipe.

¡Cómo! ¿No 'habéis notado que en vez de, mandarle otra vez al destierro, como parecía natural, ha autorizado su extraña resistencia, permitiéndole que ocupara su puesto en el baile?

--¿Y suponéis que el rey haya hecho mal, caballero? --preguntó Monsieur.

--¿No sois de mi opinión, príncipe?

--No, por acierto, mi querido caballero, y creo que el rey ha hecho bien en no irritarse contra un desgraciado, que tiene más de loco que de mal intencionado.

--A fe mía --replicó el caballero--, confieso que esa magnanimidad me ha sorprendido en extremo.

--¿Y por qué? --preguntó Felipe.

--Porque hubiese creído al rey más celoso -- replicó malignamente el caballero.

Hacia unos instantes que Monsieur adivinaba algo de irritante en las palabras de su favorito. Aquella última expresión puso fuego a la pólvora.

--¡Celoso! --exclamó el príncipe--. ¡Celoso! ¿Qué significa esa palabra? ¿Celoso de qué o de quién?

El caballero conoció que acababa de dejar escapar una de aquellas palabras malignas que solía lanzar de vez en cuando; de modo que trató de recogerla, mientras aún era tiempo.

--Celoso de su autoridad --dijo con afectada sencillez--, ¿de qué queréis que esté celoso el rey?

--¡Ah! --exclamó Monsieur--. Muy bien.

--¿Habrá pedido quizá, Vuestra Alteza Real la gracia de nuestro querido conde de Guiche?  
--continuó el caballero.

--A fe que no --dijo Monsieur. Guiche es un mozo de talento y de valor, pero ha sido ligero con Madame, y no lo quiero ni mal ni bien.

El caballero iba a destilar veneno sobre Guiche, como había intentado hacerlo sobre el rey; pero creyó advertir que el tiempo estaba propenso a la indulgencia; y aun quizá a la indiferencia más completa, y que para aclarar la cuestión le sería preciso poner la luz bajo las mismas narices del marido.

Con semejante maniobra se quema a veces a los otros, pero a menudo se quema uno mismo.

--"Está bien, está bien --se dijo el caballero para sus adentros--; esperaré a Wardes, que hará más en un día que yo en un mes, porque creo, ¡Dios me perdone!, mejor dicho, ¡Dios le perdone!, que aún es más celoso que yo. Ade-

más, no es Wardes lo que me hace falta, sino un acontecimiento, y en todo esto no veo ninguno. Que Guiche haya regresado después de haber sido expulsado, es seguramente cosa grave; pero toda la gravedad desaparece cuando se considera que Guiche ha vuelto en los momentos en que Madame no hace ya caso de él. Efectivamente, Madame piensa en el rey, esto es claro. Pero, fuera de que mis dientes ni podrían ni necesitan morder al rey, tampoco podrá Madame ocuparse por mucho tiempo del rey, si, según se dice, el rey no se ocupa ya de Madame. De lo que resulta que debo permanecer tranquilo y esperar a que sobrevenga un nuevo capricho, y ése será el que determinará el resultado."

Entregado el caballero a tales pensamientos, se arrellanó con resignación en el sillón en que Monsieur le permitía sentarse en su presencia, y, como no tenía otras ruindades que contar, sucedió que allí, se le acabó el talento.

Afortunadamente, el príncipe tenía su provisión de buen humor, como hemos dicho, y habló por dos hasta el momento en que, despidiendo a criados y reporteros, pasó a su dormitorio.

Al retirarse encargó al caballero de Lorena que le despidiera de Madame, y le dijese que, estando fresca la noche, Monsieur, que temía por sus dientes, no pensaba bajar ya al parque.

El caballero entró precisamente en la habitación de la princesa en el momento mismo en que ella entraba.

Desempeñó su comisión como fiel mensajero, y notó desde luego la indiferencia y hasta turbación con que Madame acogió la comunicación de su marido.

Eso le pareció que encerraba alguna novedad.

Si Madame hubiese salido de su habitación con aquella extraña expresión, la habría seguido; pero, como en vez de salir entraba, nada

tenía que hacer. Así es que giró sobre sus talones como una garza ociosa, interrogó el aire, la tierra y el agua, movió la cabeza y se encaminó maquinalmente hacia los jardines.

No habría andado cien pasos, cuando encontró a dos jóvenes asidos del brazo, que andaban con la cabeza baja empujando con el pie los guijarros que se les presentaban por delante, y acompañando sus pensamientos con aquel vago entretenimiento.

Eran el señor de Guiche y el señor de Bragelonne.

Su vista produjo, como de costumbre, en el caballero de Lorena, un efecto de instintiva repulsión.

No por esto dejó de hacerles un profundo saludo, que fue devuelto con usura.

Viendo luego que el parque se despoblaba, que las iluminaciones comenzaban a apagarse y empezaba a soplar la brisa de la mañana, tomó

hacia la izquierda y entró en el palacio por el patio más pequeño.

Los otros dos jóvenes se dirigieron a la derecha y prosiguieron su camino hacia el parque grande.

En el momento que el caballero subía la escalerilla que conducía a la puerta excusada, vio aparecer, una tras otra, a dos mujeres bajo el arco que daba paso entre el prado grande y el pequeño.

Aquellas dos mujeres aceleraban su marcha, que el roce de sus vestidos de seda traicionaba sin embargo, en la obscuridad de la noche.

La forma del capotillo, el talle elegante, el paso misterioso y altanero a la vez, que distinguían a aquellas dos mujeres, y especialmente a la que iba delante, llamaron la atención del caballero.

-- "He aquí dos mujeres que yo conozco" -- pensó, deteniéndose en el último peldaño de la escalinata.

Y, como con su instinto de sabueso se dispusiese a seguirlas, se vio detenido por uno de sus lacayos, que le andaba buscando.

-- Señor --le dijo--, el correo ha llegado.

-- Bueno, bueno --dijo el caballero--. Tiempo hay de sobra; déjalo para mañana.

--Es que vienen cartas urgentes que el señor caballero tal vez tenga gusto en leer.

-- ¡Ah! --murmuró el caballero--. ¿Y de dónde son?

--Una es de Inglaterra y la otra de Calais; esta última ha venido por estafeta, y parece ser la más importante.

--¡De Calais! ¿Y quién diablos me escribe de Calais?

--Se me figura que la letra es de vuestro amigo el señor conde de Wardes.

--¡Oh! En ese caso, subo inmediatamente -- exclamó el caballero, olvidando en el acto su proyecto de espionaje.

Y subió, en efecto, mientras las dos damas incógnitas desaparecían por el extremo del patio opuesto a aquel por el cual acababan de entrar.

Seguiremos a éstas, dejando al caballero entregado a su correspondencia.

Así que llegaron al tresbolillo, la que iba delante se detuvo algo fatigada, y, levantando con precaución su cofia:

-- ¿Estamos aún lejos de ese árbol? --dijo.

--¡Oh! Sí, señora., a más de quinientos pasos; pero descansad un momento, pues no podríais caminar mucho tiempo a este paso.

--Tenéis razón.

Y la princesa, pues ella era, se apoyó en un árbol.

—Vamos a ver, señorita —continuó después de tomar algún respiro—, no me ocultéis cosa alguna; manifestadme toda la verdad.

—¡Oh, señora! No os mostréis tan severa —dijo la joven con voz conmovida.

— No, mi querida Atenaida; tranquilizaos, porque no estoy enojada en manera alguna. Eso no es cosa mía, después de todo. Estáis inquieta por lo que hayáis podido decir bajo la encina; teméis haber ofendido al rey, y quiero tranquilizaros, asegurándome por mí propia de si os han podido oír.

—¡Oh! Sí, señora, ¡permanecía el rey tan cerca de nosotras!

—Pero no hablaríais tan alto que no se perdiesen algunas palabras.

—Señora, nos creíamos completamente solas.

--¿Y estabais tres?

--Sí; La Vallière, Montalais y yo.

-- ¿De modo que vos, Atenaida, hablasteis con alguna ligereza del rey?

--Lo temo. Pero, en ese caso, Vuestra Alteza tendrá la bondad de ponerme en paz con mi rey. ¿No es verdad?

--Si fuese necesario, os lo prometo. Sin embargo, como os decía antes, vale más no anticiparse al mal y asegurarse primero de si el mal ha sido hecho. La noche es oscura, y todavía es mayor la oscuridad debajo de esos árboles. Indudablemente, el rey no puede haberos reconocido. Prevenirle, hablándole la primera, seria denunciarás vos misma.

-- ¡Oh, señora! Si han reconocido a la señorita de La Vallière, también me habrán reconocido a mí. Además, el señor de Saint Aignan no me ha dejado la menor duda sobre este particular.

—¿Conque decíais cosas desfavorables para el rey?

—De ningún modo, señora, de ningún modo. Una de mis amigas decía cosas demasiado favorables, y mi contestación debió indudablemente formar contraste con sus palabras.

— ¡Esa Montalais es tan loca! —murmuró Madame.

—¡Oh! No fue Montalais. Montalais no dijo nada; fue La Vallière. Madame estremeciése, como si lo hubiese sabido ya con certeza.

—¡Oh, no, no !—dijo—. No lo habrá oído el rey. De todos modos haremos la prueba, porque para eso hemos salido. Enseñadme la encina.

Y Madame echó otra vez a andar.

— ¿Sabéis dónde está? —preguntó.

—¡Ay!, Sí.— señora.

— ¿Y sabréis hallarla?

--La encontraría con los ojos cerrados.

-- Entonces, muy bien: os sentaréis en el banco en que estuvisteis, en el banco en que se sentó La Vallière, y hablaréis en el mismo tono y en el mismo sentido; yo me esconderé en el matorral, y si se oye, os lo diré.

--Sí, señora.

-- En ese caso, si habéis hablado en efecto bastante alto para que él rey os oyese...

Atenaida parecía esperar con ansiedad el fin de la frase principiada.

--Entonces --continuó Madame, con voz sofocada, sin duda por la rapidez de la caminata-- entonces os defenderé...

Y Madame redobló el paso. De repente se detuvo.

--¡Se me ocurre una idea! --dijo. ¡

-- Oh! Y no podrá menos de ser buena -- repuso la señorita de Tonnay Charente.

--Montalais debe hallarse tan comprometida como La Vallière y vos.

--No tanto, porque habló menos.

--No importa, puede ayudarnos perfectamente por medio de una mentirilla.

--¡Oh! Y lo hará, sobre todo si sabe que os interesáis por mí.

--Bien; entonces creo haber encontrado ya lo que necesitamos, hija mía.

-- ¡Qué felicidad!

-- Diréis que todas tres sabíais perfectamente que el rey permanecía detrás de ese árbol, o de ese matorral, lo que sea, así como el señor de Saint Aignan.

--Sí, señora..

--Porque tenedlo entendido, Ateinaida; Saint Aignan, saca partido de ciertas palabras que pronunciasteis en lisonja suya.

--¡En eso conoceréis que se oye --exclamó Atenaida--, ya que el señor de Saint Aignan la oyó!

Madame había dicho una ligereza, y se mordió los labios.

--¡Oh! Ya sabéis cómo es Saint Aignan --dijo--; el favor del rey le tiene vuelto el juicio, y habla a tuertas y derechas, y dice cosas que a veces inventa. Por otra parte la cuestión no es esa; la cuestión es si el rey oyó o no.

-- ¡Pues bien, señora, oyó! --murmuró desesperada Atenaida.

--Entonces, haced lo que os he dicho: afirmad osadamente que sabíais las tres... las tres, ¿entendéis? las tres, pues si se dudara de una, también podría dudarse de las demás... Afirmad, repito, que sabíais las tres que el rey y el señor Saint Aignan estaban allí, y quisisteis divertirlos a expensas de los que os estaban oyendo.

-- ¡Oh! ¡Señora! ¿A expensas del rey?. ... Jamás nos atreveríamos a decir semejante cosa. .

--Pero si eso no pasa de ser una broma, pura broma; chanza inocente; perfectamente admisible en mujeres a quienes tratan de sorprender unos hombres. De este modo todo se explica. Lo que Montalais dijo de Malicorne, lo que dijisteis vos del señor de Saint Aignan, lo que pudo decir La Vallière...

--Y que daría un mundo por poderlo recoger.

-- ¿Estáis cierta de ella?

-- ¡Sí, sí! Respondo de ello.

--Razón de más para que lo convirtáis en mera broma. Así no tendrá por qué incomodarse el señor Malicorne. El señor de Saint Aignan quedará confundido, y se reirá de él, en vez de reír de vos. Por último, el rey quedará castigado de una curiosidad bien poco digna de su jerarquía. Que se rían un poco del rey

en esta circunstancia, no creo que dé lugar a quejarse.

--¡Ah! ¡Señora! Sois en verdad un ángel de bondad y de talento.

--Cómo que es interés mío.

-- ¡Cómo interés vuestro!

-- ¿Me preguntáis si es interés mío evitar a mis camaristas interpretaciones, disgustos y acaso calumnias? ¡Ay! Ya lo sabéis, hija mía, la Corte no tiene indulgencia con esa clase de pecadillos. Pero ya hace mucho tiempo que estamos andando: ¿no hemos llegado todavía?

-- Faltan unos cincuenta o sesenta pasos... Ahora hay que torcer a la izquierda.

--¿Y decís que estáis segura de Montalais? -- preguntó Madame.

-- ¡Oh! Sí.

--¿Creéis que haga todo lo que queráis?

--Todo. Con la mejor voluntad.

--Respecto a La Vallière... aventuró la princesa.

-- ¡Oh! En cuanto a ésa, será más difícil, señora; le repugna mentir.

-- No obstante, cuándo vea que le va en ello su interés ...

--Mucho me temo, que eso no altere en lo más mínimo sus ideas.

--Sí, sí--dijo Madame-- ya tengo noticias de ello; es una persona muy remilgada, una de esas presumidas que ponen a Dios por delante para ocultarse detrás. Pero, si no quiere mentir, como se expondrá a la burla de toda la Corte, como habrá provocado al rey con una confesión tan ridícula como indecorosa, la señorita de la Baume Le Blanc de La Vallière no extrañará que la envíe con sus palomas, para que allá, en Turenna, o en el Blaisois, pueda a su gusto dedicarse a la vida sentimental y pastoril.

Estas palabras fueron dichas con una vehemencia y hasta dureza tales, que atemorizaron a la señorita de Tonnay Charente.

En consecuencia, hizo propósito de mentir todo cuanto fuese necesario.

Con estas excelentes disposiciones llegaron Madame y su compañera a las inmediaciones de la encina real.

--Ya estamos en la encina --dijo Atenaida.

--Pues ahora veremos si se oye --repuso Madame.

--¡Silencio! --exclamó la joven reteniendo a Madame con una rapidez bastante olvidadiza de la etiqueta.

Madame se detuvo.

--Ya veis que se oye --observó Atenaida:

-- ¿Cómo es eso?

-- Escuchad.

Madame contuvo su respiración, y se oyeron, en efecto, estas palabras pronunciadas con voz triste y suave:

—¡Oh! Te digo, vizconde, y te repito, que la amo con toda mi alma; esta pasión concluirá con mi vida.

Al oír Madame aquella voz, se estremeció; y un rayo de alegría brilló en su rostro.

Detuvo a su vez a su compañera, y con pase ligero, la hizo retroceder veinte pasos, hasta ponerla fuera del alcance de la voz.

—Quedaos ahí --le dijo--, mi querida Ate-naida, y procurad que nadie nos sorprenda. Me parece que se habla de vos en esa conversación.

— ¿De mí, señora?

—De vos, sí... o más bien, de vuestra aventura. Voy a escuchar; las dos seríamos descubiertas. Id a buscar a Montalais, y volved a esperarme con ella en el lindero del bosque.

Después, como Atenaida titubeara:

-- ¡Marchad! -- dijo la princesa

con una voz que no admitía observaciones.

Atenaida arregló sus faldas ruidosas, y volvió a los jardines por un sendero que cortaba el macizo.

En cuanto a Madame, se agazapó en el matorral, recostada contra un corpulento castaño, uno de cuyos troncos había sido cortado a la altura de una silla.

Y allí, llena de ansiedad y temor...

--Veamos --dijo--, veamos; puesto que se oye desde aquí, escuchemos lo que va a decir de mí al señor de Bragelonne ese otro loco enamorado a quien llaman conde de Guiche.

## DONDE MADAME ADQUIERE LA PRUEBA DE QUE ESCUCHANDO SE PUEDE OIR LO QUE SE DICE

Hubo un instante silencioso, como si todos los ruidos misteriosos de la noche hubiesen callado para escuchar, al mismo tiempo que Madame, aquella juvenil y amorosa. confidencia.

Correspondíale hablar a Raúl. Apoyábase indolentemente en el tronco de la gran encina; y respondía con su voz dulce y armoniosa:

--¡Ay, querido Guiche! Es una gran desgracia.

--¡Oh, sí! --exclamó éste--. ¡Muy grande!

--No me entendéis, Guiche. Digo que es una gran desgracia para vos, no el que améis; sino el que no sepáis ocultar vuestro amor.

--¿Cómo, pues?

--Sí, porque no advertís una cosa, y es que ahora; no es ya a vuestro único amigo, es decir, a un hombre que se dejaría matar antes que traicionaros; no advertís, digo, que no es ya a vuestro único amigo a quien hacéis confianza de vuestros amores, sino al primero que llega.

-- ¡Al primero que llega! --murmuró Guiche--. ¿Estáis loco, Bragelonne, para decir semejantes cosas?

--Pues así es.

--¡Imposible! ¿Podéis suponer que mi indiscreción llegue hasta ese punto?

-- Quiero decir, amigo mío, que vuestros ojos, vuestros ademanes, vuestros suspiros, hablan a pesar vuestro; que toda pasión exagerada pone al hombre fuera de sí mismo. Entonces el hombre no se pertenece, y se entrega a una locura que le hace contar sus penas a los árboles, a los caballos, al aire, cuando no halla ningún ser inteligente al alcance de su voz.

Ahora bien, mi pobre amigo, tened presente una cosa, y es que rara vez falta alguien que oiga particularmente las cosas que no deben ser oídas.

Guiche exhaló un profundo suspiro.

—Os aseguro —prosiguió Bragelonne— que en este momento me causáis pena; desde vuestro regreso habéis manifestado cien veces y de cien modos diferentes vuestro amor por ella; y, no obstante, aun cuando nada hubieseis dicho, vuestro solo regreso es ya una indiscreción terrible. De todo esto infiero una cosa: que, si no ponéis más cuidado en lo que hacéis, un día u otro acontecerá una explosión. ¿Quién os salvará entonces? Decid, respondedme. ¿Quién la salvará a ella misma? Porque, por inocente que sea vuestro amor, ese amor será siempre en manos de sus enemigos una acusación contra ella.

—¡Ay, Dios mío! —murmura Guiche.

Y un profundo suspiro acompañó a sus palabras.

—Eso no es contestar, Guiche. Ciertamente.

—Vamos a ver: ¿qué contestáis?

— Que ese día no estaré más muerto de lo que estoy en la actualidad.

—No os entiendo.

—¡Sí! Tantas alternativas han acabado conmigo. Hoy no soy un ser que piense y obré; hoy no valgo lo que pueda valer un hombre, por mediano que sea; así que hoy siento ya agotadas mis fuerzas y desvanecidas mis últimas resoluciones, y renuncio a luchar. En campaña, como a los dos nos ha sucedido más de una vez, cuando parte uno solo a fin de intentar alguna escaramuza, suele encontrar a veces una partida, de cinco o seis merodeadores, y, aunque solo, uno se defiende; acuden otros seis, y uno se irrita y se empeña más y más; pero si llegan aún otros seis, ocho o diez más, entonces

lo que uno hace es meter espuelas al caballo; si lo tiene o dejarse matar para no huir. Pues bien, yo me hallo en este caso; primero luché conmigo mismo, después con Buckingham, ahora se ha presentado el rey, y no pienso en luchar con él, ni tampoco, os lo aseguro, dado que el rey se retirase, contra el carácter solo de esa mujer. ¡Oh! No me hago ilusiones; entré al servicio de ese amor, y por él me dejaré matar.

—No es a ella a quien pueden hacerse reconciliaciones —repuso Raúl—, sino a ti.

— ¿Y por qué a mí?

—Pues que, sabiendo tú que la princesa es algo ligera, muy amante de la novedad, y en extremo sensible a la lisonja, por más que ésta venga de un ciego o de un niño, ¿vas a inflamar hasta el punto de consumirte a ti propio? Mira a la mujer, ámala, pues el que no tenga su corazón ocupado en otra parte, no puede verla sin amarla. Pero al mismo tiempo que la ames, respeta en ella, primero, la jerarquía de su espo-

so, luego, al esposo mismo, y por último, tu propia seguridad.

— Gracias, Raúl.

—¿Y por qué?

— Porque viendo lo mucho que padezco por esa mujer, me consuelas diciéndome todo lo bueno que piensas de ella, y aun quizá lo que no piensas.

— ¡Oh! ¡Te engañas, Guiche! — exclamó Raúl—. No siempre digo lo que pienso; pero entonces callo. Cuando hablo, no sé fingir ni engañar, y el que me escucha puede creerme.

Mientras así hablaban los dos jóvenes, Madame, con el cuello extendido, el oído alerta, y los ojos dilatados, Madame, decimos, aspiraba con avidez hasta el menor soplo que se dejaba oír entre las ramas.

—¡Oh! Entonces la conozco mejor que tú! No es ligera, es frívola; no es amante de la nove-

dad, sino mujer sin memoria y sin fe; no es pura y simplemente sensible a las lisonjas, sino coqueta refinada y cruel. ¡Mortalmente coqueta!

— ¡Oh! Sí, lo sé. Mira, Bragelonne, créeme: estoy sufriendo todos los padecimientos del infierno; siendo valiente por naturaleza y amando con pasión el peligro, encuentro un peligro mayor que mi fuerza y mi valor. Pero escucha, Raúl: todavía me reservo una victoria que le ha de costar muchas lágrimas.

Raúl miró a su amigo, quien, sofocado así por la emoción, recostó la cabeza contra el tronco de la encina.

— ¡Una victoria! —replicó Raúl—. ¿Y cuál?

—Algún día. me llegaré a ella, y le diré: “Yo era joven, y estaba loco de amor; pero ; tenía el suficiente respeto para caer a vuestros pies y permanecer allí con mi frente en el polvo, si vuestras miradas no me hubieran levantado hasta vuestra mano.

¡Creí comprender vuestras miradas, me levanté, y entonces, sin haber hecho otra cosa que amaros más todavía, si era posible, entonces, me destrozásteis el corazón por un capricho, mujer sin corazón, sin fe, sin amor! No sois digna, por más princesa de sangre real que seáis, no sois digna del amor de un hombre honrado y me castigo con la mujer por haberos amado, y muero aborreciéndoos.”

— ¡Oh! —exclamó Raúl asustado por el acento de profunda verdad que se revelaba en las palabras del joven—. ¡Oh! ¡Bien te lo decía yo, Guiche, que estabas loco!

—¡Sí,, sí! —murmuraba Guiche prosiguiendo en su idea—. Ya que aquí no tenemos guerras iré allá al Norte a pedir que me dejen entrar al servicio del Imperio, y no faltará algún húngaro, algún croata, algún turco que me haga la caridad de enviarme una bala.

No había terminado de hablar Guiche, o más bien acaba de pronunciar la última palabra,

cuando, le sobresaltó un ruido que hizo a Raúl ponerse en pie en el mismo instante.

Respecto a Guiche, absorto como estaba en su discurso y en su pensamiento, permaneció sentado, con la cabeza comprimida entre sus manos.

Abriéronse las matas, y una mujer apareció ante los dos jóvenes, pálida y en el mayor desorden. Con una de sus manos apretaba las ramas que hubieran podido azotarle el rostro, y con la otra levantaba el capuchón del manto que cubría sus hombros.

En aquellos ojos húmedos y brillantes, en aquel modo regio de presentarse, en la elevación de aquel ademán soberano, y, más que nada, en el latido de su corazón, reconoció Guiche a Madame; y lanzando un grito, se llevó las manos desde las sienes a los ojos.

Raúl, trémulo, desconcertado, no hacía más que dar vueltas a su sombrero entre las manos, tartamudeando vagas, fórmulas de respeto.

—Señor de Bragelonne —dijo la princesa—, tened la bondad de ir a ver si mis doncellas están allí en los paseos o en los tresbolillos. Y vos, señor conde, quedaos, estoy cansada, y espero que me daréis vuestro brazo.

Un rayo que hubiera caído a los pies del infortunado joven le habría asustado menos que aquellas palabras frías y severas.

Sin embargo, como Guiche, según lo acababa de decir; era intrépido y había tomado ya sus resoluciones en lo íntimo de su corazón, se levantó, y, viendo la vacilación de Bragelonne, le dirigió una mirada llena de resignación y supremo agradecimiento.

En vez de contestar al momento a Madame, dio un paso hacia el vizconde, y, tendiéndole la mano que la princesa le había pedido, apretó la

de su fiel amigo con un suspiro, en el cual parecía otorgar a la amistad toda la vida que le quedaba en el fondo de su corazón.

Madame, no obstante su orgullo y a pesar de que no sabía esperar, aguardó a que terminara aquel mudo coloquio.

— Su mano, su regia mano, se mantuvo suspendida en el aire, y, cuando marchó Raúl, descendió sin cólera; pero no sin emoción, en la de Guiche.

Hallábanse solos en medio del bosque sombrío y mudo, y no se oía más que el paso de Raúl alejándose precipitadamente por los senderos umbríos.

Sobre su cabeza se extendía la bóveda espesa y olorífera del ramaje del bosque, por entre cuyos claros veíase brillar aquí y acullá algunas estrellas.

Madame arrastró dulcemente a Guiche a unos cien pasos de aquel árbol indiscreto que había

oído y dejado oír tantas cosas en aquella noche, y, conduciéndole a un claro próximo, que permitía ver a cierta distancia alrededor:

--Os traigo aquí --le dijo estremeciéndose--, porque allí, dónde estábamos, todo se oye.

--¿Todo se oye, decís señora? --repitió maquinalmente el joven.

-- Sí.

--Lo cual significa... --murmuró Guiche.

--Que he oído todo lo que habéis dicho.

--¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Esto sólo me faltaba! --balbució Guiche.

Y bajó la cabeza, como el nadador fatigado bajo la ola que va a tragarle.

--De modo --dijo la princesa--, ¿que me juzgáis como habéis dicho?

Guiche perdió el color, volvió a otra lado la cabeza, y no despegó sus labios; conocía que estaba a punto de desmayarse.

--Está muy bien --prosiguió la princesa con su voz llena de dulzura--; prefiero esa franqueza, que debe herirme, a una lisonja que pudiera engañarme. ¡Sea! Según vos, señor de Guiche, soy una mujer coqueta y vil.

--¡Vil! --exclamó el joven--. ¿Vil vos? ¡Oh! Seguramente no he dicho, no he podido nunca decir que lo que hay en el mundo más precioso para mí fuese una cosa vil; no, no; ¡yo no he dicho eso!

-- Una mujer que ve perecer aun hombre consumido por el fuego que ella ha encendido y no apaga ese fuego, es, a mi juicio, una mujer vil.

--¡Oh! ¿Qué os importa lo que yo pueda haber dicho? --replicó el conde--. ¿Qué soy yo

a vuestro lado, Dios Santo, y por qué os acordáis siquiera de si existo o no?

—Señor de Guiche, vos sois un hombre como yo una mujer, y, conociéndoos, como os conozco, no quiero exponeros a morir; cambiaré con vos de conducta y de carácter. Seré, no franca, porque siempre lo soy, sino verídica. Os suplico, pues, señor conde, que dejéis de amarme, y olvidéis enteramente que os haya dirigido palabra o mirada alguna.

Guiche se volvió, cubriendo a Madame con una mirada apasionada

—Vos —dijo—, — ¡vos me disculpáis! ¡Vos me suplicáis, señora!

—Sí, yo; pues habiendo hecho el mal, justo es que lo repare. De consiguiente, señor conde, convengamos en una cosa. Vos me perdonaréis mi frivolidad, mi coquetería... No me interrumpáis. Yo os perdonaré el que me hayáis llamado frívola y coqueta, y tal vez algo peor, renun-

ciendo por vuestra parte a las ideas de muerte para conservar a vuestra familia, al rey y a las damas un caballero que todo el mundo estima, y que muchos aman.

Y Madame dijo esta última palabra con un acento tal de franqueza y aun de ternura, que al joven le pareció que el corazón quería saltársele del pecho.

—¡ Oh, señora, señora! —balbució.

— Oídmе todavía —continuó la princesa—. Cuando hayáis renunciado a mí, primero por necesidad, y luego por condescender a mi súplica, entonces me juzgaréis mejor, y estoy cierta de que reemplazaréis ese amor... perdonad esta presunción, con una sincera amistad que vendréis a ofrecerme, y que yo os lo juro que será aceptada cordialmente.

Guiche, con el sudor en la frente y el fuego en las venas, se mordía los labios, hería el suelo

con el pie, y devoraba, en una palabra, todos sus dolores.

—Señora, lo que me proponéis es imposible, y no admito tal trato.

—¡Cómo! —dijo Madame— ¿Rehusáis mi amistad?...

—No, no. ¡Nada de amistad, señora! Mas quiero morir de amor, que vivir de amistad.

—¡Señor conde!

— ¡Oh, señora! — murmuró Guiche—: He llegado a ese momento supremo en que no hay más consideración ni más respeto que el respeto y consideración de un hombre íntegro hacia una mujer adorada. Arrojadme, maldecidme, denunciadme de cualquier modo obraréis con justicia; me he quejado de vos, pero, me he quejado tan amargamente porque os amo; os he dicho ya que moriría, y moriré, viviendo, me olvidaríais; muerto; sé que no me habéis de olvidar.

Y Madame, que se mantenía de pie tan pensativa y agitada como el joven, volvió un momento la cabeza, como antes lo había hecho Guiche.

Luego, después de un breve silencio:

-- ¿Con que tanto me amáis? -- preguntó.

-- ¡Oh! Locamente.

--¿Hasta el punto de morir, como decíais?

--Hasta el punto de morir, bien sea que me arrojéis de vuestro lado o que sigáis escuchándome.

-- Entonces es un mal sin esperanza --dijo la princesa sonriendo--, y que conviene tratarlo por medio de dulcificantes. Vaya, dadme vuestra mano. ¡Qué helada está!

Guiche arrodillóse y pegó sus labios, no a una, sino a las dos manos de Madame.

--Ea, pues, amadme --continuó la princesa-- , puesto que no puede ser de otro modo.

Y la princesa le aprieta los dados, casi imperceptiblemente, haciéndole levantar, con un ademán entre de reina y de amante.

Guiche se estremeció..

-- Madame sintió correr ese estremecimiento por las venas del joven, y comprendió que la amaba verdaderamente.

--El brazo, conde, y volvamos --le dijo.

--¡Ah, señora! --exclamó el conde vacilante; deslumbrado, como si tuviese una nube de fuego sobre los ojos--. ¡Ah! Habéis hallado un tercer medio de matarme.

--Afortunadamente el más lento, ¿no es cierto? --dijo la princesa. Y le condujo hacia el tresbolillo.

CXIX

LA CORRESPONDENCIA DE ARAMIS

En tanto que los asuntos de Guiche, arreglados de una manera tan inesperada, sin que pudiera él adivinar la causa, tomaban el giro que hemos visto, Raúl, que comprendió la invitación de Madame, se había separado para no turbar aquella explicación, cuyos resultados estaba muy lejos de adivinar, y fue a reunirse con las camaristas, diseminadas por los jardines.

Mientras esto pasaba, el caballero de Lorena, que había subido a su cuarto, leía con sorpresa la carta de Wardes, en la que éste le participaba, o más bien le hacía participar por conducto de su criado, la estocada recibida en Calais, y todos los pormenores de aquella aventura, invitándole a que comunicara a Guiche y a Monsieur lo que en dicho suceso pudiera ser particularmente desagradable a cada uno de ellos.

Wardes se fijaba sobre todo en demostrar al caballero la violencia del amor de Buckingham

hacia Madame, y concluía su carta anunciando que creía correspondida esa pasión.

Al leer este último párrafo, el caballero no pudo menos de encogerse de hombros; en efecto, Wardes se hallaba muy atrasado de noticias, según se habrá echado de ver, y suponía que Buckingham continuaría siendo el preferido.

El caballero arrojó la carta por encima de su hombro en una mesa inmediata, y, en tono desdenoso.

— Verdaderamente —dijo—, parece increíble; y eso que Wardes es mozo de talento, pero en esta ocasión no lo ha demostrado. Está visto que en provincia se vuelve uno tonto. ¡Llévese el diablo a ese necio, que debía escribirme cosas importantes y no me cuenta más que tonterías! En vez de esa miseria de carta, hubiera podido descubrir en los tresbolillos alguna buena intriga que comprometiese a una mujer, valiese tal vez una estocada a algún hombre, y divirtiese a Monsieur durante tres días.

Miró él reloj.

--Ya es tarde --prosiguió--. La una de la madrugada; todo el mundo debe estar en el cuarto del rey, donde se terminará la noche. Ea, rastro perdido, y a menos de un feliz acaso,...

Y, al pronunciar estas palabras, como si tratase de invocar su buena estrella se asomó, con despecho a la ventana que daba a una parte solitaria del jardín.

Al punto, y como si un genio maléfico le hubiese dado sus órdenes, percibió, de vuelta al palacio en compañía de un hombre, un capotillo de seda color oscuro, y reconoció aquel talante que tanto había llamado la atención media hora antes.

--¡Eh, Dios mío! --pensó dándose una palmada--. ¡Dios me condene!, como nuestro amigo Buckingham: he aquí; un misterio.

Y bajó apresuradamente la escalera, con la esperanza de llegar a tiempo al patio para reco-

nocer la mujer del capotillo y a su acompañante.

Mas al llegar a la puerta del patio pequeño, se encontró de manos a boca, con Madame,. cuyo semblante gozoso aparecía lleno de revelaciones halagüeñas bajo aquel manto que lo abrigaba sin ocultarle.

Por desgracia, Madame iba sola. El caballero comprendió que habiéndola visto, no hacía aun ni cinco minutos con un gentilhombre, no debía éste hallarse muy lejos.

En consecuencia, no se detuvo más tiempo, que el necesario para saludar a la princesa, apartándose para darle paso; pero luego que ésta se alejó algún trecho con la rapidez de una mujer que teme ser reconocida, y se convenció el caballero de que se hallaba bastante absorta en sus pensamientos para hacer alto en él, se internó en el jardín; mirando rápidamente hacia todos lados y abarcando el mayor horizonte que podía.

Llegaba a tiempo, pues el gentilhomme que había acompañado Madame estaba aún al alcance de su vista, sólo que se adelantaba apresuradamente hacia una de las alas del palacio, detrás de la cual iba a desaparecer.

No había un momento que perder. Así fue que el caballero echó a correr en su seguimiento, proponiéndose aflojar el paso luego que estuviese cerca del desconocido, pero, por grande que fue su diligencia, dobló aquél la esquina antes que él.

Era evidente, no obstante, que como el hombre a quien seguía el caballero caminaba sumamente entregado a sus pensamientos y con la cabeza inclinada bajo el peso del dolor o de la felicidad, si bien había doblado la esquina, a menos que hubiera entrado por alguna puerta, no podría menos de ser alcanzado.

Esto habría acontecido irremisiblemente, si al doblar el caballero la esquina no hubiese trope-

zado con dos personas que iban a doblarla también en sentido contrario.

Disponíase el caballero a hacer pagar caro su encuentro a aquellos dos importunos, cuando al levantar la cabeza reconoció al señor superintendente.

Fouquet iba acompañado de otra persona que el caballero veía por la primera vez.

Esta persona era Su Ilustrísima el obispo de Vannes.

Contenido por la importancia de aquel personaje, y obligado por el bien parecer a dar disculpas, cuando esperaba recibirlas, el caballero dio un paso atrás; y, como el señor Fouquet era, si no apreciado, por lo menos, respetado de todo el mundo, y como el mismo rey, aun cuando fuese más bien, enemigo que amigo suyo, trataba al señor Fouquet con alguna consideración; el caballero hizo lo que habría hecho el rey, que fue saludar al señor Fouquet, el cual le

devolvió el saludo con afable cortesía, viendo que aquel hombre le había tropezado sin querer.

Pero el señor Fouquet reconoció pronto al caballero de Lorena, y entonces le dirigió algunos cumplimientos, a los cuales no pudo menos de corresponder el caballero.

Por corto que fuera el diálogo, duró lo bastante para que viese aquél con un mortal disgusto, que su desconocido iba eclipsándose poco a poco hasta perderse en la sombra.

Lorena se resignó, y una vez hecha la resolución, consagróse completamente a Fouquet:

— ¡Ah! Señor —dijo, llegáis muy tarde. Vuestra ausencia ha dado bastante que hablar, y he oído a Monsieur manifestar extrañeza de que habiendo sido invitado por el rey, no hubieseis venido.

—Me ha sido imposible, señor; hasta ahora no he podido verme libre.

-- ¿Está París tranquilo?

-- Completamente. El pueblo ha recibido muy bien la última tasa.

--¡Ah! Comprendo que hayáis querido aseguraros de esa buena acogida antes de venir a tomar parte de nuestras fiestas.

--No por eso deje de llegar algo tarde. Me dirigiré, por tanto, a vos para preguntaros si el rey está o no en Palacio, y si podré verle esta noche, o tendré que aguardar hasta mañana.

--Hemos perdido de vista al rey hace una media hora --dijo el caballero.

-- ¿Estará en el cuarto de Madame?-- preguntó Fouquet.

--No creo que se encuentre allí, porque acabo de encontrar a Madame que volvía por la escalera pequeña, y a menos que.. ése gentilhomme con quien acabáis de cruzaros ahora mismo, no fuese el rey en persona...

Y el caballero detúvose, esperando saber así el nombre de la persona que seguía.

Pero Fouquet, hubiese reconocido o no a Guiche, se limitó a responder:

— No, señor, no era él.

El caballero saludó desconcertado; pero al mismo tiempo que saludaba, dirigió una mirada en torno suyo y viendo al señor Colbert en medio de un grupo:

—Mirad, señor —dijo al superintendente—, allá, bajo los árboles, hay una persona que os informará mejor que yo.

— ¿Quién? —preguntó Fouquet, cuya vista débil no podía penetrar en la obscuridad.

—El señor Colbert —respondió Lorena.

—¡Ah! Perfectamente. ¿Aquel que está hablando con esos hombres que llevan hachones es el señor Colbert?

--El mismo. Da órdenes para mañana a los encargados de la iluminación.

-- Gracias, señor.

Y Fouquet hizo un movimiento de cabeza, como indicando saber ya lo que deseaba.

Por su parte, el caballero, que nada había sabido, se retiró después de hacer un cortés saludo.

Apenas se hubo alejado, cuando Fouquet, frunciendo el ceño, se entregó a una muda meditación. Aramis le miró un instante con una especie de compasión llena de tristeza:

--Vamos --le dijo--, ya estáis sobresaltado con sólo oír el nombre de Colbert. Estabais hace poco triunfante y gozoso, ¿y, vais a poneros triste y taciturno al solo aspecto de ese débil fantasma? Vamos a ver, caballero, ¿creéis en vuestra fortuna?'

--No --respondió melancólicamente Fouquet.

--¿Y por qué?

--Porque soy demasiado feliz en este instante --replicó Fouquet con voz trémula--. ¡Ay, mi querido Herblay! Vos, que tanto sabéis, debéis conocer la historia de cierto tirano de Samos. ¿Qué podría, yo arrojar al mar a fin de contrarrestar la desgracia que pueda sobrevenirme? ¡Ay! Os lo repito, amigo mío, soy demasiado feliz; tan feliz, que no deseo más que lo que tengo. . . Me he elevado tanto... No ignoráis mi divisar Quo non ascendam. . . Pues me he elevado tanto, que no me queda más que descender. No puedo, por consiguiente, creer en los progresos de una fortuna que es ya más que humana.

Aramis sonrió, fijando en Fouquet, sus ojos tan cariñosos como astutos:

—Si conociese vuestra felicidad — dijo—, temería tal vez vuestra desgracia; pero veo que me juzgáis como verdadero amigo, es decir, bueno sólo para el infortunio. Bien sé que esto es muy de apreciar; pero, sin embargo, creo también que tengo derecho a suplicaros que me confiéis de vez en cuando las cosas felices que os sucedan, y en las cuales sabéis que recibo tanta satisfacción como si me sucediesen a mí mismo.

—Mi querido prelado —dijo riendo Fouquet—, mis secretos son bastante profanos para confiarlos a un obispo, por mundano que sea.

—¡Bah! Hacedos cuenta que es en confesión.

— ¡Oh! Tendría mucha vergüenza si fuerais vos mi confesor.

Y Fouquet lanzó un suspiro. Aramis volvió a mirar, sin otra manifestación de su pensamiento que su muda sonrisa.

—¡Ea! —dijo—; también es gran virtud la discreción.

—¡Silencio! —dijo Fouquet—. Ese animal ponzoñoso me ha reconocido y viene hacia nosotros.

—¿Colbert?

— Sí; alejaos, querido Herblay, que no quiero que ese bergante os vea conmigo, pues os cobraría aversión.

Aramis le estrechó la mano.

—¿Qué necesidad tengo de su amistad? —exclamó—. ¿No estáis vos aquí?

—Sí, pero quizá no estaré siempre, —dijo melancólicamente Fouquet.

—Ese día, si es que llega —repuso tranquilamente Aramis—, ya veremos cómo pasarnos sin la amistad del señor Colbert o cómo arrosstrar su aversión. Pero, decidme, mi querido señor Fouquet, en lugar de entreteneros con ese

pedante como le hacéis la honra de llamarle, conversación cuya utilidad no alcanzo, ¿por qué no vais a ver, si no al rey, al menos a Madame?

— ¡A Madame! —exclamó el superintendente distraído por su recuerdo. Sí, iré a ver a Madame

—Ya recordaréis —prosiguió Aramis— que nos han hablado del mucho favor que goza, Madame hace dos o tres días, y, a mi modo de ver, entra en vuestra política y en vuestros planes el que hagáis asiduamente la corte a las amigas del rey. Es el medio de contrapesar la autoridad naciente del señor Colbert; con que id lo más pronto posible a ver a Madame, y procurad ganaros esa aliada.

— ¿Pero estáis seguro —preguntó Fouquet— de que sea la princesa la que ocupe la atención del rey, en este momento?

—Si ha girado la aguja, habrá sido desde esta mañana. No ignoráis que tengo también mi policía.

— ¡Bien! Voy al instante, y, para todo evento; cuento con medios para introducirme, porque llevo un magnífico par de camafeos antiguos, engarzados en diamantes.

—Ya los he visto, y no puede darse cosa más rica y más regia. Interrumpióles entonces un lacayo que acompañaba a un correo:

—Para el señor superintendente —dijo en voz alta el correo, presentando una carta a Fouquet.

—Para el señor obispo de Vannes —dijo por lo bajo el lacayo entregando una carta a Aramis.

Y como el lacayo llevaba una antorcha, se situó entre el superintendente y el obispo, a fin de que pudieran los dos leer al mismo tiempo.

Al ver Fouquet la letra fina y menuda del sobre estremecióse de alegría. Sólo los que aman o

han amado podrán comprender la inquietud que le asaltó primero y la felicidad que a ella sucedió.

“Hace una hora que me he separado de ti; hace un siglo que no te he dicho te amo.”

Nada más decía.

La señora de Bellière se había separado de Fouquet, en efecto, hacía una hora, después de haber pasado dos días en su compañía, y, por miedo de que su recuerdo se alejara demasiado tiempo del corazón que tanto amaba, le enviaba el correo portador de aquella importante misiva.

Fouquet besó la carta y la pagó con un puñado de oro.

Respecto a Aramis, también leía por su parte, pero con más calma y reflexión, el billete siguiente:

“Él rey ha recibido esta noche una extraña impresión: una mujer le ama. Lo ha sabido casualmente, escuchando la conversación de esa joven con sus compañeras. De suerte que el rey se ha entregado enteramente a este nuevo capricho. La mujer se llama señorita de La Vallière, y es de una belleza lo suficiente ordinaria para que ese capricho pueda convertirse en una fuerte pasión.

“No hay que descuidar a la señorita de La Vallière.”

Nada de Madame.

Aramis volvió a doblar lentamente aquel billete y se lo guardó en el bolsillo.

En cuanto a Fouquet, seguía deleitándose con los perfumes de su carta.

— Monseñor —dijo Aramis tocando en el codo a Fouquet.

-- ¿Qué? -- preguntó éste. --Tengo una idea.. ¿Conocéis a una joven que se llama La Vallière?

--No, por cierto.

--Recordadlo bien.

--¡Ah, sí! Supongo que es una de las camaristas de Madame.

--Esa debe de ser.

--Bien, ¿y qué?

--Pues es necesario que vayáis a visitar esta noche a esa joven.

--¡Bah! ¿Y cómo?

-- Hay más, y es que vuestros camafeos deben ser para ella.

--¿Qué decís?

--Ya sabéis, monseñor, que no suelo ser mal consejero.

--Pero una cosa tan imprevista...

--Ese asunto es mío. Pronto una corte en regla a la joven de La Vallière, monseñor. Yo me encargo de convencer a la señora de Bellière que esa corte es puramente política.

--¿Qué estáis diciendo, amigo mío! -- exclamó con viveza Fouquet--. ¿Qué nombre habéis pronunciado?

--Un nombre que debe demostraros, señor superintendente, que, estando bien informado con respecto a vos, puedo estarlo también con respecto a los demás. Haced la corte a la joven La Vallière.

--Haré la corte a quien queráis --replicó Fouquet, hecho su corazón un paraíso.

--Vamos, bajad a la tierra, viajero del séptimo cielo --dijo Aramis--, que aquí tenemos al señor Colbert. Por cierto, que ha reclutado gente mientras estábamos leyendo, pues se acerca

rodeado de alabanzas y congratulaciones; decididamente es una potencia.

En efecto, Colbert se adelantaba escoltado por cuantos cortesanos habían quedado en los jardines, los tules le prodigaban a porfía, sobre el orden de la fiesta, mil elogios que le llenaban de orgullo.

—Si estuviera aquí La Fontaine —dijo Fouquet sonriendo—, ¡qué buena ocasión se le ofrecía para recitar su fábula de La rana que quiere hacerse tan grande como el buey.

Colbert llegó rodeado de un resplandeciente círculo de luz; Fouquet le esperaba impassible, con aire un tanto burlón.

Colbert sonreía también, y habiendo visto a su enemigo desde un cuarto de hora antes, se aproximaba con torcida intención.

—¡Oh; oh! —observó Aramis por lo bajo al superintendente—: Ese tunante va a pedirnos todavía algunos millones para pagar sus fuegos

artificiales y sus vidrios de colores. Colbert saludó al primero con aire que se esforzaba por ser respetuoso.

Fouquet movió apenas la cabeza.

— ¿Qué tal, señor?' —preguntó Colbert—. ¿Qué os dicen los ojos? ¿Hemos tenido buen gusto?

— Exquisito —respondió Fouquet; sin que pudiera notarse en sus palabras el menor asomo de mofa.

—¡Oh! —replicó malignamente Colbert—. Es favor que nos hacéis... Los de la casa del rey somos pobres, y Fontainebleau no es mansión comparable a la de Vaux.

—Es verdad —repuso flemáticamente Fouquet, que dominaba a todos los actores de aquella escena.

-- ¡Qué queréis, monseñor! --continuó Colbert--. Hemos hecho todo lo que permitían nuestros escasos recursos.

Fouquet hizo un gesto de asentimiento.

--Pero --continuó Colbert-- sería digno de vuestra magnificencia, monseñor, ofrecer a Su Majestad una fiesta en vuestros suntuosos jardines... en esos jardines que os han costado sesenta millones.

-- Setenta y dos --respondió Fouquet.

--Razón de más --replicó Colbert--. ¡Eso sí que sería verdaderamente magnífico!

-- ¿Creéis, caballero --preguntó Fouquet--, que Su Majestad aceptaría mi invitación?

--¡Oh! ¡Creo que sí! --contestó con viveza Colbert--. Casi puedo responderos de ello.

-- Es mucha vuestra bondad.--dijo Fouquet--. ¿Conque podré contar con el asentimiento del rey?

-- Si, señor, sí, de seguro.

--Entonces, me consultaré --dijo Fouquet.

--Aceptad, aceptad --dijo por lo bajo y con presteza Aramis:

--¿Os consultaréis? --replicó Colbert.

--Sí --respondió Fouquet--; para saber qué día podré hacer mi invitación al rey.

-- ¡Oh! Desde esta misma noche, monseñor, desde esta misma noche.

--Pues acepto--dijo --el superintendente--. Señores, quisiera poderos invitar yo mismo, pero ya sabéis que adonde quiera que va el rey está en su casa, y, por consiguiente, las invitaciones no pueden proceder más que de Su Majestad.

Dejóse oír entre la muchedumbre un rumor de alegría.

Fouquet saludó, y partió.

--¡Miserable orgulloso! --exclamó Colbert--.  
¡Aceptas, y sabes que eso te costará diez millones!

--Me habéis arruinado --dijo Fouquet a Aramis en voz baja.

--Os he salvado --replicó éste, en tanto que el señor Fouquet subía las escalinatas y hacía preguntar al rey si estaba visible todavía.

CXX

## FUNCIONARIO DE ORDEN

Deseando el rey permanecer solo consigo mismo, para estudiar lo que pasaba en su propio corazón, se retiró a sus habitaciones, adonde fue a buscarle el señor de Saint Aignan, terminada su conversación con Madame.

Satisfecho el favorita con su doble importancia, y conociendo que desde hacía dos horas era

el confidente del rey, principiaba, no obstante lo respetuoso que era a mirar los asuntos de la Corte desde cierta altura; y desde el punto en que se había colocado, o, más bien, en que le había colocado la casualidad, sólo veía guirnaldas en rededor suyo.

El amor del rey a Madame, el de Madame al rey, el de Guiche a Madame, el de La Vallière al rey, el de Malicorne a Montalais, y el amor de la señorita de Tonnay Charente al mismo Saint Aignan, era seguramente más de lo que se necesitaba para volver loco a un cortesano.

Ahora bien, Saint Aignan era el prototipo de los cortesanos pasados, presentes y futuros.

Por lo demás, Saint Aignan se expresó tan bien y mostró tanta finura en el decir, que el rey le escuchó manifestando mucho interés, principalmente cuando refirió el modo apasionado con que Madame había buscado su conversación con motivo del asunto de la señorita de La Vallière.

Aun cuando el rey no hubiera sentido hacia Madame Enriqueta nada de lo experimentado, había en ese ardor de Madame por informarse cierta satisfacción de amos propio que no podía escapar al rey. Tuvo, pues, dicha satisfacción, pero a eso quedó reducido todo, pues su corazón no se alarmó lo más mínimo por lo que Madame pudiera o no pensar de toda aquella aventura.

Sólo cuando Saint Aignan acabó de hablar, le preguntó el rey, mientras se arreglaba para recogerse:

--Creo, Saint Aignan, que sabrás quién es la señorita de La Vallière, ¿no es verdad?

--No sólo sé quién es; sino lo que será.

--¿Qué quieres decir?

-- Quiero decir que es todo lo que una mujer puede desear ser, esto es, amada por Vuestra Majestad, y quiero decir, que será todo lo que Vuestra Majestad quiera que sea.

--No es eso lo que te pregunto... No quiero saber lo que es hoy día, ni lo que será mañana, pues como acabas de decir, eso es cuenta mía, no lo que fue ayer. Repíteme lo que dicen de ella.

--Dicen que es prudente.

-- ¡Oh! --murmuró el rey --sonriendo--. Eso es un rumor.

--Bastante raro en la Corte, Majestad, para que se crea cuando lo divulgan.

--Tal vez tengas razón mi querido. . . ¿Y es de buena casa?

-- ¡Excelente! Hija del marqués de La Vallière e hijastra del bueno de Saint Remy!

--Ah! Sí, el mayordomo de mi tía. . . Ya me acuerdo, y ahora caigo que la vi al pasar por Blois. Fue presentada a las reinas. Y tengo que reprocharme no haber puesto entonces en ella toda la atención que merecía.

— ¡Oh, Majestad! En vuestras manos está recuperar el tiempo perdido.

— ¿Y dices que no corren rumores de que tenga amante?

—En todo caso; no creo que Vuestra Majestad pueda asustarse de la rivalidad.

— ¡Aguardad! —exclamó de pronto el rey con marcada expresión de seriedad.

—¿Qué, Majestad?

—Ahora recuerdo una cosa.

—¡ Ah!

—Si no tiene amante, tiene novio.

— ¡Novio!

—¡Cómo! ¿No lo sabes, conde?

—¡Tú el hombre de las noticias!

— Vuestra Majestad me perdonara. Y el rey, ¿conoce a ese novio?

— ¡Diantre! Su padre ha venido a pedirme que firme el contrato. Sin duda iba el rey a pronunciar el nombre del vizconde de Brage-lonne, mas se detuvo, frunciendo el ceño.

—Es...—repitió Saint Aignan.

—Ya no me acuerdo —respondió Luis XIV —procurando disimular su emoción.

—Tal vez pueda yo ayudar la memoria de Vuestra Majestad —dijo el conde.

—No, pues ni yo mismo sé de quién quería hablar; me acuerdo vagamente de que una de las camaristas iba a casarse... pero se me ha ido el santo al cielo.

—¿Era la señorita de Tonnay Charente la que debía casarse? — preguntó Saint Aignan.

—Quizá —replicó el rey.

—Entonces, el futuro era el señor de Montes-pán; pero la señorita de Tonnay Charente no

habrá hablado, supongo, en términos que pueda asustar a los pretendientes.

--En fin--dijo el rey--, nada o casi nada sé acerca de la señorita de La Vallière. Saint Aignan, te encargo que me traigas informes de una.

--Bien, Majestad. ¿Y cuándo tendré el honor de volver a ver a Vuestra. Majestad para comunicarle mis noticias?

--Así que las tengas.

--Pronto las tendré, si las noticias van tan de prisa como mi deseo de volver a ver al rey.

-- ¡Muy bien dicho! A propósito, ¿es Madame que ha manifestado algo contra esta muchacha?

-- Nada,. Majestad.

--¿Ni se ha mostrado enfadada?

--No sé; lo que puedo decir es que la he visto siempre con la risa en los labios.

-- Muy bien; oigo ruido en las antecámaras; sin duda vienen a anunciarme la llegada de algún correo.

--En efecto, Majestad.

--Infórmate, Saint Aignan.

El conde corrió a la puerta, y cambió algunas palabras con el ujier.

-- Majestad --dijo\_ cuando volvió--, es el señor Fouquet, que viene según dice, en virtud de orden del rey. Se ha presentado, pero en atención a lo avanzado de la hora, no insiste en ser recibido, contentándose con que se haga constar su presencia.

--¡El señor Fouquet! Le escribí a las tres invitándole a estar en Fontainebleau a la mañana siguiente; y ha llegado a las dos. ¡Eso es celo! -- exclamó el rey, gozoso de verse tan bien obedecido--. Quiero dar audiencia al señor Fouquet ahora mismo. Le he llamado y le recibiré. Que

entre. ¡Tú, conde, a tus informes, y hasta mañana!

El rey puso un dedo sobre los labios, y Saint Aignan se escurrió con el corazón lleno de júbilo, dando orden, al ujier para que introdujese al señor Fouquet.

Fouquet hizo entonces su entrada en la cámara regia; Luis XIV se levantó para recibirle.

--Buenas noches, señor Fouquet --dijo con amable sonrisa--. Os felicito por vuestra puntualidad, con tanto más motivo, cuanto que mi mensaje ha debido llegaros tarde.

--A las nueve de la noche, Majestad.

--Mucho habéis trabajado, señor Fouquet, pues me han asegurado que no habéis salido de vuestro despacho de Saint Mandé desde hace tres o cuatro días.

--He permanecido, en efecto, encerrado tres días --replicó Fouquet, inclinándose.

— ¿Sabéis, señor Fouquet, que tengo una porción de cosas que deciros? —prosiguió el rey con la mayor afabilidad.

— Vuestra Majestad me honra demasiado, y ya, que tanta es su amabilidad para conmigo, me permitirá que le recuerde cierta audiencia que me tiene prometida.

—¡Ah! Sí, un eclesiástico que debe darme las gracias, ¿no es eso?

— Justamente, Majestad. La hora no es quizá la más oportuna; pero el tiempo es precioso para la persona que yo aprecio, y como Fontainebleau es camino para su diócesis.

—Pero, ¿quién es?

—El último obispo de Vannes; a quien Vuestra Majestad, por recomendación mía, se dignó dar la investidura hace tres meses.

—Es posible —dijo el rey— que firmara sin leer. ¿Está ahí?

— Majestad; Vannes es una diócesis importante, las ovejas de este pastor necesitan su palabra divina; son rústicos a quienes conviene civilizar instruyéndolos, y para esta clase de trabajos se pinta solo el señor de Herblay.

—¡El señor de Herblay! — exclamó el rey registrando en su memoria, como si aquel nombre, aunque no oído en mucho tiempo, no le fuese desconocido.

—¡Oh! —murmuró con viveza Fouquet—. Vuestra Majestad no conoce ese nombre obscuro de uno de sus súbditos más fieles y más celosos servidores.

—No, lo confieso... ¿Y desea marchar otra vez allá?

—Hoy ha recibido cartas que exigirán tal vez su partida; de suerte que antes de ponerse en camino para el país perdido, que llaman la Bretaña, desearía ofrecer sus respetos a Vuestra Majestad.

--¿Y espera?

--Está ahí, Majestad.

--Hacedle entrar.

Fouquet hizo una seña al ujier que aguardaba detrás de la cortina. Abrióse la puerta y entró Aramis. El rey le dejó hacer su saludo, acompañado de los cumplidos de estilo, y fijó una mirada penetrante en aquella fisonomía, que nadie podía olvidar después de haberla visto.

--¡Vannes! --dijo--. ¿Sois obispo de Vannes?

--Sí, Majestad.

-- ¿Vannes está en Bretaña?

Aramis se inclinó otra vez.

--¿A pocas leguas de Belle Isle? Majestad --replicó Aramis--; a seis leguas, según creo.

--Seis leguas es un paso --repuso Luis XIV.

--No es así para nosotros, pobres bretones, Majestad --dijo Aramis

-- Al contrario, seis leguas son ya bastante distancia, aun siendo por tierra; si son por mar, es una inmensidad. Ahora bien, como ya he tenido el honor de manifestar al rey, hay seis leguas de mar desde la ribera a Belle Isle.

-- Dicen que el señor Fouquet posee allí una casa hermosísima inquirió el rey.

-- Sí, eso dicen --respondió Aramis mirando tranquilamente a Fouquet.

--¡Cómo que eso dicen!--exclamó el rey.

--Sí, Majestad.

--En verdad, señor Fouquet, me extraña una cosa, os lo confieso.

--¿Qué, Majestad?

--¿Cómo es que teniendo al frente de vuestras parroquias a un hombre como el señor de Herblay, no le habéis enseñado Belle Isle?

--¡ Ah, Majestad! --replicó el obispo, sin dar tiempo a Fouquet para contestar--. Noso-

tros, pobres prelados bretones, practicamos escrupulosamente la residencia.

—Señor de Vannes —dijo el rey—. Yo castigaré al señor, Fouquet por su descuido.

— ¿De qué manera, Majestad?

—Trasladándoos.

Fouquet mordióse los labios, y Aramis sonrió.

—¿Cuánto os produce Vannes? —continuó el rey.

—Seis mil libras, Majestad —contestó Aramis.

—¡Dios mío! Bien poco es; pero tendréis bienes, caballero.

—Nada poseo, Majestad: solamente, el señor Fouquet me hace entregar mil doscientas libras anuales por su derecho de banco.

—Vamos, vamos, señor de Herblay; yo os prometo algo mejor que eso.

—Majestad...

--Ya me ocuparé de vos.

Aramis se inclinó.

El rey, por su parte, saludóle casi respetuosamente, como tenía costumbre de hacer con las mujeres y los eclesiásticos.

Aramis comprendió que había terminado su audiencia, y, despidiéndose con cierta frase de las más sencillas, una verdadera frase de pastor campesino, desapareció.

--Me extraña el aspecto de ese hombre --dijo el rey siguiéndole con los ojos todo el tiempo que pudo verle, y aun en cierto modo después que ya no le veía.

--Majestad --respondió Fouquet--; si ese obispo hubiese recibido las primeras órdenes, ningún prelado del reino como él para las mayores distinciones.

--¿No es docto?

--Cambió la espada por la casulla un poco tarde. Pero no importa, si Vuestra Majestad me permite que vuelva a hablarle del señor de Vannes en su tiempo y lugar.

-- Desde luego. Mas antes de hablar de él, hablemos de vos, señor Fouquet.

--¿De mí, Majestad?

--Sí, tengo que daros mil felicitaciones.

--No acierto, Majestad, a manifestar a Vuestra Majestad el júbilo de que me colma.

--Sí, señor Fouquet, comprendo. Sí, estaba prevenido en contra vuestra.

--He sido entonces bien desgraciado.

--Pero ya eso pasó. ¿No habéis llegado a notarlo?

-- Majestad; pero aguardaba con resignación a que luciese el día de la verdad. Y parece que ese día ha llegado.

—¡Ah! ¿De modo que sabíais que estabais en desgracia mía?

— ¡Ay! Sí; Majestad.

—¿Y sabéis por qué? .

—Perfectamente; el rey me suponía un dilapidador.

—¡Oh! No.

— O más bien un mediano administrador. En una palabra, Vuestra Majestad suponía que no teniendo dinero los pueblos, tampoco lo tendría el rey.

—En efecto, eso creía; pero ya, me he desengañado.

Fouquet se inclinó.

—Y no hay rebeliones ni quejas.

—Y además hay dinero —dijo Fouquet:

—Lo cierto es que en el mes último os habéis mostrado pródigo conmigo.

--Y tengo dinero todavía, no sólo para las necesidades de Vuestra Majestad, sino hasta para todos sus caprichos.

Gracias a Dios, señor Fouquet -- replicó el rey con seriedad--, no os pondré a prueba. Hasta dentro de dos meses no quiero pedirlos nada.

--Aprovecharé ese tiempo para reunir al rey cinco o seis millones, que le servirán de primeros fondos en caso de guerra.

-- ¡Cinco o seis millones!

--Para su casa sólo.

--¿Creéis, según eso, en la guerra, señor Fouquet?

--Creo que, si Dios ha dado al águila un pico y garras, es para que se aproveche de ellos y ostente su predominio.

El rey se sonrojó de placer

--Mucho hemos gastado en todos estos días, señor Fouquet. ¿No me regañaréis?

Vuestra Majestad tiene aún veinte años de juventud y mil millones para gastar en esos veinte años.

--Mil millones es demasiado, señor Fouquet --dijo el rey.

-- Economizaré, señor. Además, Vuestra Majestad tiene en el señor Colbert y en mí dos hombres preciosos. El uno le hará gastar su dinero, ése seré yo, si Vuestra Majestad se digna seguir aceptando mis servicios; el otro se lo economizará, y ése será el señor Colbert.

-- ¡El señor Colbert! -- replicó admirado el rey.

--Sí, por cierto, Majestad; el señor Colbert cuenta perfectamente bien.

A este elogio del enemigo, hecho por su enemigo mismo, se sintió penetrado el rey de confianza y admiración.

Y era que, en efecto, nada había en la voz ni en la mirada de Fouquet que destruyese una sola letra de las palabras que había pronunciado. No hacía un elogio para tener derecho a intercalar dos reconvenciones.

El rey lo comprendió, y, rindiendo armas a tanta generosidad o talento:

--¿Elogiáis al señor Colbert? -- dijo.

--Sí, Majestad, lo elogió, porqué, además de ser un hombre de mérito, le creo muy adicto a los intereses de Vuestra Majestad.

-- ¿Lo decís porque a veces ha contrariado vuestras miras? --dijo el rey sonriendo.

--Precisamente, Majestad.

--Explicadme eso.

--Es muy sencillo. Yo soy el hombre que se necesita para hacer entrar el dinero, y él es cuanto cabe para impedir que salga.

--¡Vamos, vamos, señor superintendente, qué diablos! Ya me diréis algo que pueda modificar esa opinión.

--¿Administrativamente, Majestad? Nada en absoluto, Majestad.

--¿De veras?

--Por mi honor; no conozco en Francia mejor funcionario que el señor Colbert.

La palabra funcionario no tenía, en 1661, la significación algo subalterna que se le da hoy día; pero, al pasar por la boca del señor Fouquet, a quien el rey acababa de llamar señor superintendente, tomó cierto carácter de humildad y pequeñez, que colocaba admirablemente a Fouquet en su punto y a Colbert en el suyo.

--Pues bien --dijo Luis XIV--, él ha sido quien, tan ahorrador como es; ha ordenado mis festejos de Fontainebleau, y os aseguro, señor Fouquet, que no ha procurado escasear mi dinero.

--Fouquet se inclinó, pero sin responder.

-- ¿No es ésa vuestra opinión? --dijo el rey.

-- Encuentro, Majestad' --respondió Fouquet--; que el señor Colbert ha desplegado en todo un orden asombroso, y merece, en este concepto, todas las alabanzas de Vuestra Majestad.

La palabra orden venía como anillo al dedo a la palabra funcionario. Ninguna organización, más que la del rey, tenía esa viva sensibilidad, esa finura de tacto que percibe y recoge el orden de las sensaciones antes que las sensaciones mismas.

Por consiguiente, Luis XIV comprendió que el funcionario había tenido para Fouquet dema-

siado orden, es decir, que las fiestas tan espléndidas de Fontainebleau hubieran podido ser más espléndidas todavía.

Conoció, por tanto, que podía, censurarse algo en sus festejos, y experimentó algo parecido a ese despecho que siente un provinciano, que, adornado con los más hermosos trajes de su guardarropa, llega a París, donde el hombre elegante apenas le mira, o le mira demasiado.

Esta parte de la conversación, tan sobria pero tan sutil de Fouquet, hizo concebir al rey mayor estimación hacia el carácter del hombre y la capacidad del ministro.

Fouquet se despidió a las dos de la mañana; y el rey se metió en el lecho algo inquieto y confuso con la lección encubierta que acababa de recibir; y aun empleó sus dos buenos cuartos de hora en recordar los bordados, las colgaduras, los frescos, la arquitectura de los arcos triunfales, las iluminaciones y los fuegos artificiales,

imaginados por el orden del funcionario Colbert.

De ahí resultó que, repasando en su memoria todo lo que había tenido lugar en aquellos últimos ocho días, encontró algunos lunares a sus fiestas.

Pero Fouquet, con su diplomacia, su afabilidad y su generosidad, acababa de perjudicar a Colbert más profundamente de lo que éste, con su trapacería, su ruindad, su odio perseverante, logró nunca perjudicar a Fouquet.

CXXI

FONTAINEBLEAU A LAS DOS DE LA MAÑANA

Como ya hemos visto, Saint Aignan había dejado el cuarto del rey en el momento en que entraba el superintendente.

Saint Aignan estaba encargado de una misión urgente, es decir, iba a hacer cuanto estuviese en su mano para sacar buen partido de su tiempo.

El que hemos introducido como amigo del rey era un hombre raro; uno de esos cortesanos preciosos, cuya vigilancia y pureza de intención hacia sombra desde aquel tiempo a todo favorito, pasado o futuro, y cuya exactitud corría parejas con el servilismo de Dangeau.

Dangeau, más que favorito, era el amigo oficioso del rey. Saint Aignan, por tanto, trató de orientarse, y creyó que de quien debía tomar los primeros informes era de Guiche.

De modo que corrió en busca de él.

Guiche, a quien vimos desaparecer por el ala del palacio, y que, según todas las apariencias, podía creerse que había vuelto a su habitación, no lo había hecho así.

Después de mil vueltas y revueltas, vio Saint Aignan una cosa parecida a una forma humana recostada contra un árbol.

Aquella forma tenía toda la inmovilidad de una estatua y parecía muy ocupada en contemplar una ventana, a pesar de que las cortinas de aquella ventana estaban herméticamente cerradas.

Como aquella ventana era la de Madame, supuso Saint Aignan que aquella forma debía ser la de Guiche.

Acercóse poco a poco y vio que no se había equivocado.

Había sacado Guiche de su conversación con Madame tal cúmulo de felicidad, que toda su fuerza de espíritu no bastaba a soportarla.

Saint Aignan sabía por su parte que Guiche había contribuido a introducir a La Vallière en casa de Madame; un cortesano todo lo sabe y se acuerda de todo. Sin embargo, lo que había

ignorado siempre era el título y las condiciones con que Guiche había concedido su protección a La Vallière. Pero, como preguntando mucho, rara vez sucede que no se consiga saber algo, contaba Saint Aignan con averiguar poco o mucho interrogando a Guiche con toda la delicadeza y al propio tiempo con toda la tenacidad de que era capaz.

El plan de Saint Aignan era éste: Si los informes eran buenos, decir con efusión al rey que había hallado una perla, y reclamar el privilegio de engastar esa perla en la corona real.

Si los informes eran malos, cosa que podía muy bien suceder, examinar hasta qué punto rayaba la afición del rey hacia La Vallière; y dirigir sus tiros de manera que fuese expulsada la muchacha, para hacerse un mérito de aquella expulsión con todas las mujeres que pudieran tener pretensiones sobre el corazón del rey, principiando por Madame y concluyendo por la reina.

En el caso de que el rey se mostrase tenaz en su capricho, ocultar las notas desfavorables; hacer saber a La Vallière que esas notas, sin excepción alguna, residían en un cajón secreto de la memoria del confidente; hacer alarde de generosidad a los ojos de la pobre joven, y tenerla constantemente obligada, por medio del reconocimiento y del terror, a ser amiga suya, interesada como cómplice en hacer la dicha de su cómplice al mismo tiempo que la suya propia.

Para el día que estallase la bomba del pasado, caso de que esta bomba llegara a estallar, se prometía Saint Aignan tener tomadas todas las precauciones y aparentar ignorancia con el rey.

En cuanto a La Vallière, también podía hacer en ese día un magnífico papel de generosidad.

En todas estas ideas, brotadas en media hora al fuego de la avaricia, Saint Aignan, el mejor hijo de su época, como habría dicho La Fontaine, se dirigía con intención bien marcada de

hacer hablar a Guiche, esto es de turbarle en su felicidad, que por otra parte ignoraba Saint - Aignan.

Era la una de la madrugada cuando Saint Aignan divisió a Guiche de pie, recostado en el tronco de un árbol y con los ojos clavados en aquella ventana iluminada.

La una de la madrugada, es decir la hora mas agradable de la noche, la que los pintores coronan de mirtos y adormideras nacientes, la de los ojos lánguidos, cabeza pesada y, corazón palpitante, que arroja sobre el la transcurrido una mirada de pesar y dirige un saludo tierno al nuevo día.

Para Guiche era la aurora de una felicidad infable, y habría dado un tesoro al mendigo que se le hubiera atravesado en su camino para obtener que no le molestara en sus ensueños.

En esta hora, precisamente, fue cuando Saint Aignan, mal aconsejado, pues el egoísmo nunca

aconseja bien, vino a darle un golpe sobre el hombro en el instante en que murmuraba una palabra o un nombre.

-- ¡Ah! --exclamó pesadamente--: Os buscaba.

-- ¿A mí? --gritó Guiche, estremeciéndose.

--Sí, y os encuentro meditando a la luna. ¿Será cosa de que os halléis atacado del mal de poesía, querido conde, y estáis componiendo versos?

El joven forzó a su fisonomía a sonreír, mientras en lo íntimo del corazón mil contradicciones gruñían contra el indiscreto Saint Aignan.

--Tal vez --dijo--. Pero, ¡qué feliz casualidad!...

--¡Ah! Eso me prueba que habéis oído mal.

--¿Por qué?

--Mi primera palabra ha sido manifestaros que os buscaba.

--¿Me buscabais?

--Sí, y os he sorprendido.

--¿En qué? .

--Cantando a Filis.

--En efecto, no lo niego --dijo riendo Guiche--; estaba cantando a Filis.

--Y tenéis derecho allo.

-- ¿Yo?

--Sin duda, vos, que sois el protector intrépido de toda mujer hermosa y espiritual.

--¿Pero qué diantre me estáis diciendo?

--Verdades reconocidas, ya lo sé. Pero, escuchad: estoy enamorado.

--Tanto mejor, querido conde. Venid conmigo; y me contaréis eso. Y temiendo Guiche, aunque algo tarde, tal vez, que Saint Aignan advirtiese la ventana iluminada, le cogió del brazo, y trató de llevárselo de allí.

--¡Oh! -- dijo Saint Aignan resisténdose--. No me llevéis a esos bosques sombríos, pues hace allí demasiada humedad. ¿Queréis que nos quedemos a la luna?

Y, cediendo a la presión del brazo de Guiche, se quedó en los jardines próximos al palacio.

--Vamos a ver --dijo Guiche resignado--, conducidme adonde os plazca, y preguntadme lo que queráis.

--No puede darse mayor bondad. Y después de un momento de silencio:

--Querido conde --continuó Saint Aignan--, desearía que me dijeseis dos palabras acerca de cierta persona a quien habéis dispensado vuestra protección.

-- ¿Y a quién vos amáis?

--No digo sí ni no... Ya sabéis que no debe uno colocar su corazón a la ventura, y que es

preciso tomar de antemano las convenientes precauciones.

--Es verdad --dijo Guiche con un suspiro--. El corazón es cosa de mucho precio.

--El mío, especialmente, es muy tierno, y os lo entrego tal como es.

--¡Oh querido conde! Excusáis decirlo.

-- ¿Qué se os ofrece?

--Se trata simplemente de la señorita de Tonnay Charente.

--¡Vaya, mi querido Saint Aignan! Por fuerza habéis perdido el juicio.

-- ¿Por qué?

--¡Porque nunca he protegido a la señorita de Tonnay Charente!

--¡Bah!

-- ¡Jamás!

--¿Pues no fuisteis vos el que proporcionó a la señorita de Tonnay Charente entrar en casa de Madame?

--La señorita de Tonnay Charente, y debíais saber mejor que nadie, querido conde, es de bastante buena casa para que se le busque, cuanto más para que se la admita.

--Os chanceáis.

--No, por mi honor, sé lo que queréis decir.

--¿Dé modo que para nada intervinisteis en su admisión?

--No.

--¿No la conocéis?

--La vi por primera vez en el día de su presentación a Madame. De modo que, como no la he protegido, ni la conozco, no puedo, querido conde, daros acerca de ella las noticias que deseáis.

Guiche hizo un movimiento como para separarse de su interlocutor. ,

—¡Vaya, vaya! —dijo Saint Aignan—. Un instante, mi querido conde; no permitiré que me dejéis de ese modo.

—Perdón; pero creo que ya es hora de volver uno a sus habitaciones.

—Sin embargo, no me parece que os retirabais cuando os he hallado.

— Si tenéis, conde, alguna cosa que decirme todavía, estoy a vuestra disposición.

—Y hacéis perfectamente, ¡qué diantre! Por media hora más o menos no se estropearán vuestros encajes.. Con que vamos a ver, juradme que no tenéis malas nuevas que darme respecto a ella, y que esas noticias desfavorables que hubieseis podido darme, no son la causa de vuestro silencio.

—¡Oh! A la pobre muchacha la creo tan pura como un cristal

—Me llenáis de júbilo. Sin embargo, no quiero pasar por tan mal informado como a primera vista os he debido parecer. Es cosa segura que por vuestro conducto han entrado algunas camaristas al servicio de la princesa, y aun se ha compuesto sobre eso una canción.

—Ya sabéis, amigo, que se componen canciones sobre todo. ¿La conocéis?

—No, pero cantádmela, y así la sabré.

—No podré deciros cómo principia, pero sí me acuerdo cómo acaba.

—Bueno, siempre es algo. Guiche, de damas de honor, Fue nombrado proveedor.

—La idea es pueril y la rima pobre.

—¡Y qué queréis, amigo! No son versos de Racine ni de Molière, sino simplemente de La

Feuillade, y un gran señor no puede componer versos como un bigardo.

— Lástima es, en verdad, que no os acordéis más que del final.

—Aguardad; ahora recuerdo el principio de la segunda copla.

— Vamos a ver.

— A dos bellas muchachitas, quiso Guiche proteger: Montalais y...

—Y La Vallière, ¡pardiez! —exclamó Guiche impaciente, y sobre todo ignorando completamente adonde Saint Aignan, quería ir a parar.

—Sí, sí, eso es. La Vallière. Habeis hallado el consonante, querido.

—¡Valiente hallazgo!

—Montalais y La Vallière, eso es. Son las dos muchachas a quienes habéis protegido.

Saint Aignan se echó a reír.

--Creo que no encontraréis en la canción a la señorita de Tonnay Charente.

--No, ciertamente.

--¿Estáis ya, satisfecho?

--Sin duda; pero encuentro en ella a Montalais --replicó Saint Aignan sin dejar de reír.

--¡Oh! A ésa la encontraréis en todas partes. Es una señorita muy bulliciosa.

--¿La conocéis?

--Por intermediario. Fue protegida por un tal Malicorne, a quien protege Manicamp; Manicamp me suplicó que solicitase un nombramiento de camarista para Montalais, en la servidumbre de Madame, y una plaza de oficial para Malicorne al lado de Monsieur, y como no ignoráis la inclinación que tengo a ese tuno de Manicamp, así lo he hecho.

--¿Y lo habéis obtenido?

--Para Montalais, sí; para Malicorn, sí y no, pues no es aún más que tolerado. ¿Es eso lo que deseábais saber?

-- Falta todavía el consonante.

-- ¿Qué consonante?

--El que vos mismo hallasteis.

--¿La Vallière?

Y Saint Aignan volvió de nuevo con su sonrisa, que tanto irritaba a Guiche.

--También ha entrado por mediación mía al servicio de Madame, es cierto.

--¡Ja, ja, ja! --prorrumpió Saint Aignan.

--Pero me haríais un favor, querido conde -- continuó Guiche con marcado aire de frialdad-- , si os abstuvieseis de bromear sobre ese nombre. La señorita de la Baume te Blanc de La Vallière es una joven de mucho juicio.

--¿No sabéis las últimas nuevas que corren? --  
--exclamó Saint Aignan.

-- No, y os suplico, querido conde, que guardéis esas noticias para vos y para los que las hacen correr.

--¡Bah! ¡No tomáis eso con poca seriedad!

--Sí, porque a la señorita de La Vallière la ama uno de mis buenos amigos.

Saint Aignan tembló de emoción.

--¡Oh, oh! --exclamó.

--Sí, conde --prosiguió Guiche--. De consiguiente, comprenderéis muy bien vos, que sois el hombre más cortés de Francia; que no puedo consentir que se coloque a mi amigo en una posición ridícula.

--¡Oh! Muy bien.

Y Saint Aignan se roía los dedos, parte por despecho, y parte por ver frustrada su curiosidad.

Guiche le hizo un profundo saludo.

--¿Me despedís? --preguntó Saint Aignan, ardiendo en deseos de saber el nombre del amigo.

--No os despido, querido... Voy a terminar mis versos a Filis.

-- ¿Y esos versos?...

--Son una cuarteta; ya sabéis, ¿eh? que una cuarteta es cosa sagrada.

--A fe que sí.

--Y como de los cuatro versos de que naturalmente ha de componerse, me faltan todavía tres y un hemistiquio, me es preciso poner en juego todas mis potencias.

--Lo creo muy bien. ¡Adiós, conde!

-- ¡Adiós!

--A propósito...

-- ¿Qué?

-- ¿Tenéis facilidad para componer?

--Una enormidad.

--Y mañana por la mañana, ¿habréis acabado ya los tres versos y medio?

--Espero que sí.

--Pues bien, hasta mañana.

--Hasta mañana. ¡Adiós!

Preciso le fue a Saint Aignan con formarse con la despedida, y en consecuencia desapareció detrás de los bosquecillos.

La conversación había llevado a Guiche y a Saint Aignan bastante lejos del palacio.

Todo matemático, poeta o soñador, tiene sus distracciones. Cuando Saint Aignan se separó de Guiche, hallábase en el límite del tresbolillo, en el sitio donde principiaban los comunes, y donde, a espaldas de múltiples bosquetes de acacias y castaños, que cruzan sus ramas al abrigo de montecillos de clemátides y viñas

vírgenes, elevábase el muro de separación entre los bosques y el patio de los comunes.

Saint Aignan, luego que se vio solo, tomó el camino de aquellos edificios, y Guiche en sentido contrario. De consiguiente, el uno retrocedía hacia los jardines, mientras el otro se dirigía a las tapias.

Saint Aignan andaba bajo una impenetrable bóveda de serbales, de lilas y de ojia cantos gigantescos, pisando una blanda arena, cubierto con la sombra y sepultado entre el musgo.

Desconcertado, por no haber podido averiguar algo más acerca de La Vallière, a pesar del ingenioso giro que diera a sus investigaciones, iba meditando cómo tomar el desquite que le parecía difícil.

De repente, un susurro de voces humanas llegó a sus oídos. Era éste como cuchicheos, como gemidos femeninos mezclados con interpelaciones; eran risitas, suspiros, gritos de sorpresa

sofocados; pero, por encima de todo dominaba una voz femenina.

Saint Aignan se detuvo para orientarse, y reconoció con la mayor sorpresa que, las voces venían, no del suelo, sino de las copas de los árboles.

Levantó la cabeza deslizándose por la arboleada; y distinguió en el caballete de la tapia a una mujer encaramada en una escalera; en gran comunicación de ademanes y palabras con un hombre subido a un árbol, y del que no se divisaba más que la cabeza, por tener el cuerpo oculto en la sombra de un castaño.

La mujer permanecía a la parte de acá de la tapia, y el hombre al otro lado.

CXXII

EL LABERINTO

Saint Aignan no buscaba otra cosa que noticias y tropezaba con una aventura. No podía ser mayor su fortuna.

Deseoso de saber por qué, y principalmente sobre qué estaban hablando a aquellas horas y en tan singular posición aquel hombre y aquella mujer, Saint Aignan se agazapó y llegó casi bajo los travesaños de la escalera.

Tomando entonces sus medidas para estar lo más cómodo posible, se apoyó contra un árbol y escuchó. Y oyó el diálogo siguiente.

Era la mujer la, que hablaba.

--Verdaderamente, señor de Manicamp --decía con una voz, que, en medio de las reconvencciones que articulaba, conservaba un acento particular de coquetería-- en verdad que sois indiscreto. No podemos hablar así por mucho tiempo sin ser sorprendidos.

--Es muy probable --repuso el hombre en el tono mas tranquilo y flemático del mundo.

--¿Y entonces qué se dirá?

-- ¡Oh! Si alguien me viese, os confieso que moriría de vergüenza;

--¡Oh! Sería una niñada de la que no os creo capaz.

--Pase todavía si hubiese algo entre los dos, pero exponerse gratuitamente, lo considero una bobada. ¡Adiós, señor de Manicamp!

--“¡Bien! Ya sé quién es él; ahora veremos quién será la dama”, se dijo Saint Aignan acechando por los travesaños de la escalera la extremidad de dos piernas elegantemente calzadas con zapatos de raso azul celeste y medias color de carne.

--Vamos; por favor, mi querida Montalais -- exclamó Manicamp--, no os marchéis. ¡Qué diablos! Todavía tengo que deciros cosas de la mayor importancia.

“¡Montalais --pensó Saint Aignan--. ¡Es de las tres! Las tres comadres tienen su ventura; sólo que se me había figurado que la aventura de ésta se llamaba Malicorne y no Manicamp.”

-- A aquel llamamiento de su interlocutor, detúvose Montalais a la mitad de su descenso.

Entonces se vio al infortunado Manicamp encaramarse un piso más arriba en su castaño, ya para ver mejor, ya para combatir el cansancio de su mala posición.

--Vamos --dijo--, escuchadme; supongo que no me creeréis capaz de ningún mal designio.

--No. ¿Pero qué significa esa epístola que me habéis escrito apelando a mi reconocimiento? ¿Por qué esta cita que me habéis pedido a tales horas y en semejante sitio?

--He apelado a vuestro reconocimiento recordándoos que fui yo quien os hizo entrar al servicio de Madame, porque deseando ardentemente la entrevista que os habéis dignado

concederme, quise echar mano del medio que me parecía más seguro para obtenerla. ¿Por qué os la he pedido a esta hora y en semejante, sitio? Porque la hora me ha parecido discreta y el sitio solitario. Ahora bien, lo que tenía que pedir es de esas cosas que reclaman a la vez discreción y soledad.

—¡Señor de Manicamp!

—A cada favor su honor, querida señorita.

—Señor de Manicamp, yo creo que sería lo más prudente que me retirara.

—Oídmeme, o salto desde mi nido al vuestro, y cuidado con desafiarme, porque hay en este momento, una rama de castaño que me esta molestando y me provoca excesos. No imitéis a esa rama, y escuchadme.

—Consiento en escucharos, mas sed breve, porque, si ahí tenéis una rama que os esta provocando, yo, tengo un travesaño triangular que

se me clava en la planta de los pies. Os advierto que mis zapatos están minados.

-- Hacedme el favor de darme la mano, señorita.

--¿Para qué?

-- Dádmela.

--Aquí la tenéis; pero, ¿qué queréis hacer?

-- Traeros hacia mí.

--¿Con qué objeto? Supongo que no deseáis que vaya a acompañaros en vuestro árbol.

--No, pero deseo que os sentéis sobre la tapia. ¡Eso es! El sitio es ancho y excelente, y daría cualquier cosa porque me permitieseis sentarme a vuestro lado.

--No, ahí estáis bien; aquí podrían vernos.

--¿Creéis? --preguntó Manicamp con voz insinuante.

--Estoy segura de ello.

--Bien, pues me quedo en mi castaño, aunque os confieso que no puedo estar peor.

--¡Señor de Manicamp; señor de Manicamp! Que nos alejamos del hecho.

--Exacto y ...

--¿No me habéis escrito?

--Sí, señorita..

--¿Y por qué, motivo?

-- Figuraos que hoy, a las dos, marchó Guiche.

--¿Y qué

-- Viéndole marchar, le seguí como es mi costumbre.

--Ya se ve, puesto que estáis aquí.

--Esperad... Ya sabréis que ese pobre Guiche se halla hundido en la desgracia.

--¡Ay! Sí.

--Por consiguiente, era el colmo de la imprudencia venir a buscar a Fontainebleau a los que le habían desterrado de París, y sobre todo a aquellos de quienes se le alejaba.

--Discurris como el difunto Pitágoras, señor de Manicamp:

--Ahora bien, Guiche es testarudo como un enamorado; así fue que no hizo el menor caso de mis observaciones. Rogué; supliqué; mas todo en vano... ¡Ah, diablo!

-- ¿Qué es esa?

--Perdonad, señorita; es esa maldita rama de que ya he tenido el honor de hablaros, que me ha desgarrado las calzas.

--Es de noche --repuso Montalais riendo--. Continuemos, señor de Manicamp.

-- Guiche marchó, pues, corriendo a caballo, y yo le seguí, pero al paso. Ya comprenderéis que, irse a echar al agua con un amigo tan ve-

loz, es cosa de necios o de locos. Por lo tanto, dejé a Guiche tomar la delantera y caminé con prudente lentitud, en la persuasión de que el desventurado no sería recibido, o si lo era volvería grupas al primer sofión, y le vería venir más ligero aún de lo que se fue, sin haber pasado yo de Ris o Melún; y no dejaréis de convenir en que era sobrado andar once leguas de ida y otras tantas de vuelta.

Montalais encogióse de hombros.

—Reíd cuánto queráis, señorita; pero, si, en vez de estar cómodamente sentada en el tablero de una tapia como estáis, os vieseis a caballo sobre esta rama, bien seguro que desearíais lo mismo que Augusto, es decir, descender.

—¡Un poco de paciencia, mi querido señor de Manicamp! Un instante pronto se pasa; decíais que llegasteis a Ris o Melún.

—En efecto; no sólo llegué, sino que, os lo diré también, continué caminando, admirado

cada vez más de no ver volver a Guiche. Entro al fin en Fontainebleau, me informo; pregunto a todo el mundo por Guiche, y nadie me sabe dar razón; sólo pude averiguar que llegó a todo correr, entró en Palacio, y desapareció. Desde las ocho de la noche estoy en Fontainebleau, preguntando por Guiche a todos los ecos, y Guiche no parece. ¡Me muero de inquietud! Pero ya supondréis que no habría ido a arrojarme yo mismo en la boca, del lobo, metiéndome en Palacio como ha hecho mi imprudente amigo; así fue que me encaminé en derechura a los comunes, desde donde procuré hacer llegar una epístola a vuestras manos. Ahora, señorita, en nombre del cielo, sacadme de la ansiedad en que estoy.

--No será difícil, mi querido señor de Manicamp, vuestro amigo Guiche ha sido recibido muy bien.

--¡Bah!

--El rey le ha manifestado la mayor bondad.

--¡El rey, que le había desterrado!

-- ¡Madame le ha sonreído, y Monsieur parece quererle más que antes!

-- ¡Ah, ah! --exclamó Manicamp--. Eso me explica cómo y por qué se ha quedado. ¿Y no ha hablado de mí?

--Ni una sola palabra. .

--Mal hecho. ¿Qué hace ahora?

-- Supongo que estará durmiendo, o, si no duerme, soñará.

-- ¿Y qué se ha hecho en toda ésta noche?

-- Bailar.

--¿El famoso baile? ¿Y cómo se ha portado Guiche?

-- Soberbiamente.

-- ¡Amigo amado! Ahora, señorita, perdonad, pero no me queda otro remedio que pasar de mi casa a la vuestra.

--¿Cómo es eso?

--Comprended: no presumo de que me abran la puerta del palacio a estas horas, y, en cuanto a dormir sobre esta rama, bien lo quisiera, pero declaro la cosa imposible para cualquier otro animal que no sea un papagayo.

--Pues yo, señor de Manicamp, no puedo introducir así como se quiera a un hombre por encima de una tapia.

--A dos, señorita --dijo una segunda voz, pero con acento tan tímido, que era fácil conocer que su propietario comprendía toda la inconveniencia de semejante pretensión.

-- ¡Santo Dios! --exclamó Montalais esforzándose por penetrar con su mirada hasta el pie del castaño--. ¿Quién me habla?

--Yo, señorita.

--¿Y quién sois vos?

--Malicorne, vuestro humilde servidor.

Y al decir Malicorne estas palabras; se encaramó desde el suelo a las primeras ramas, y desde las primeras ramas a la altura de la tapia.

—¡El señor Malicorne!... ¡Bondad divina! ¿Pero estáis locos?

—¿Cómo estáis, señorita? —preguntó Malicorne con la mayor urbanidad.

—¡Esto sólo me faltaba! —murmuró desesperada Montalais.

—¡Oh, señorita! —murmuró Malicorne—. ¡Por Dios, no seáis conmigo tan cruel!

—Al fin, señorita —replicó Manicamp—, somos amigos vuestros, y nadie puede desear la muerte de sus amigos. Considerad que dejarnos donde estamos es lo mismo que condenarnos a muerte.

—¡Oh! —exclamó Montalais—El señor Malicorne es robusto, y no se morirá por pasar una noche a la intemperie.

-- ¡Señorita!

--Este será un merecido castigo de su escapatória.

-- ¡Enhorabuena! Que Malicorne se arregle como quiera con vos; pero, yo paso --dijo Manicamp.

Y, curvando aquella famosa rama contra la cual había exhalado tan amargas quejas, consiguió, con auxilio de manos y pies, sentarse al lado de Montalais.

Montalais trató de rechazar a Manicamp, y Manicamp procuró mantenerse firme.

Aquel conflicto, que duró algunos instantes, tuvo también su lado pintoresco; lado del que sacaron algún provecho los ojos de Saint Aignan.

Pero Manicamp venció. Dueño de la escala, puso en ella el pie y ofreció galantemente la mano a su enemiga.

Entre tanto, Malicorne se instalaba en el castaño, en el sitio que había ocupado Manicamp, prometiéndose sucederle pronto en el que ocupaba a la sazón.

Manicamp y Montalais bajaron algunos escalones, Manicamp insistiendo, y Montalais riendo y defendiéndose.

Entonces oyóse la voz de Malicorne.

—¡Señorita —suplicaba—, no me abandonéis, por Dios! Mi posición es falsa, y no podré llegar sin contratiempo por mí, solo al otro lado de la tapia. A Manicamp puede importársele poco destrozar sus vestidos, porque tiene los del señor de Guiche; pero yo no podré tener siquiera los de Manicamp, porque estarán desgarrados.

—Creo —dijo Manicamp sin curarse de las lamentaciones de Malicorne—, que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar a Guiche ahora mismo. Más tarde quizá no pueda penetrar en su habitación.

--Soy del mismo parecer --replicó Montalais--, con que adiós, señor de Manicamp.

-- ¡Gracias mil! Hasta la vista, señorita --dijo Manicamp saltando a tierra--. Nadie es más amable que vos.

--Señor de Manicamp, soy vuestra servidora; voy ahora a ver si me deshago del señor Malicorne.

Malicorne exhaló un suspiro..

--Adiós, adiós --continuó Montalais.

Manicamp dio unos cuantos pasos, y volviendo al pie de la escala:

--A propósito; señorita --dijo--, ¿por dónde se va al aposento del señor de Guiche?

--¡Ah! Es verdad ... Nada más fácil: siguiendo esa olmeda.

--Muy bien.

--Llegaréis a la encrucijada verde.

--¡Bien!

--Allí encontraréis cuatro avenidas...

--Perfectamente.

--Tomáis una...

-- ¿Cuál?

--La de la derecha.

-- ¿La de la derecha?

--No, la de la izquierda.

-- ¡Ah, diablo!

--No, no.... Aguardad. .

--No parecéis muy segura... Haced memoria, señorita..

La de en medio.

--Es que hay cuatro.

-- Tenéis razón. Todo cuanto puedo decir, es que, de esos cuatro caminos hay uno

que conduce directamente a las habitaciones de Madame, y ese lo conozco bien.

--Pero el señor de Guiche no estará en las habitaciones de Madame, ¿eh?

--No, a Dios gracias.

--Por consiguiente, de nada me sirve saber el que conduce a las habitaciones de Madame, y desearía cambiarlo por el que conduce a las del señor de Guiche.

-- Ciertamente, también conozco ese camino; pero, por lo que hace a indicarlo desde aquí, me parece la cosa imposible.

--Pues bien, supongamos que he dado con esa dichosa avenida.

-- Entonces habéis llegado.

--Bien.

--Sí, no tenéis más que atravesar el laberinto.

— ¿Nada más que eso? ¡Pardiez! ¿Conque hay un laberinto?

— Sí, y bastante enredado; aun de día es fácil perderse, tantas son las vueltas y revueltas de que se compone; primero hay que andar tres vueltas a la derecha, luego dos a la izquierda, después una vuelta... una o dos. ¡Esperad! En fin, al salir del laberinto, veréis una avenida de sicómoros, y esa avenida de sicómoros os llevará directamente al pabellón que ocupa el señor de Guiche.

—Señorita —dijo Manicamp—, las señas son las únicas para perderme de seguro. Por lo tanto voy a pedir os un pequeño favor.

—¿Cuál?

—Que aceptéis mi brazo y me guiéis vos misma, como otra... como otra... Yo sabía mitología, señorita; pero la gravedad de los acontecimientos me la ha hecho olvidar. Venid, pues, os lo suplico.

—¿Y yo? —exclamó Malicorne—. ¿Se me abandona a mí?

—¡Eh, señor, imposible! —dijo Montalais a Manicamp—. Si me ven con vos a estas horas, suponeros lo que podrán decir.

— Tendréis vuestra conciencia a favor vuestro, señorita —dijo sentenciosamente Manicamp.

—¡Imposible, señor, imposible!

—Entonces dejadme que ayude a bajar a Malicorne, que es mozo muy inteligente y sabe olfatear muy bien; él me guiará, y, si nos perdemos, nos perderemos los dos, y procuraremos salvarnos mutuamente. Si nos hallan, juntos, pareceré siquiera alguna cosa mientras que solo, creerán que soy un amante o quizás un ladrón. Venid, Malicorne; aquí está la escala.

--Señor Malicorne --exclamó Montalais--, os prohíbo dejar vuestro árbol, so pena de incurrir en toda mi cólera.

Malicorne había ya extendido hacia el caballete de la planta una pierna, que retiró tristemente.

--¡Silencio! -- dijo por lo bajo Manicamp.

--¿Qué hay? --preguntó Montalais.

-- Oigo pasos.

--¡Oh! ¡Dios mío!

En efecto, los pasos en cuestión se convirtieron en un ruido bien claro y distinto. Abrióse el ramaje, y apareció Saint Aignan, con ojos ri-sueños y el brazo extendido, sorprendiendo a cada cuál en la posición que se hallaba, esto es, a Malicorne encaramado en el árbol y con el cuello estirado, a Montalais sobre un travesaño y pegada a la escala, y a Manicamp en el suelo,

y con un pie adelante, en actitud de echar a andar.

—¡Eh! Buenas noches, Manicamp —dijo el conde—. Bien venido, querido amigo, habéis faltado esta noche, y han preguntado por vos. Señorita de Montalais.. ¡soy vuestro humilde servidor!

Montalais se sonrojó.

— ¡Ay, Dios mío! —balbució ocultando su rostro entre las manos.

—Señorita —dijo Saint Aignan—, tranquilizaos, porque conozco toda vuestra inocencia y me hago cargo de todo. Manicamp, seguidme. Seguidme, encrucijada y laberinto me los conozco muy bien; seré vuestra Ariadna. ¡Ea! ¿No es este el nombre mitológico que buscabais?

—¡Ese es, a fe mía!

— ¡Gracias, Conde!

-- Pues de paso, conde --dijo Montalais--, llevaos también al señor Malicorne.

--No, no --replicó Malicorne-- . El señor Manicamp ha estado hablando con vos todo el tiempo que ha querido, y es justo que a mí me llegue mi vez; tengo que hablaros, señorita, de una porción de cosas referentes a nuestro porvenir.

--Ya lo oís --dijo riendo el conde-- quedaos a hacerle compañía, señorita. ¿Ignoráis que esta noche es la de los secretos?

Y, cogiendo del brazo a Manicamp, le llevó con ligero paso en dirección del camino que Montalais conocía tan perfectamente e indicaba tan mal.

Montalais les fue siguiendo con la vista mientras se lo permitió la distancia.

## DE QUE MODO FUE DESALOJADO MALICORNE DE LA HOSTERIA "EL HERMOSO PAVO REAL"

En tanto que Montalais seguía con la vista al conde y Manicamp, Malicorne había aprovechado la distracción de la joven para procurarse una posición menos incómoda.

Cuando ella se volvió, no pudo menos de chocarle inmediatamente la diferencia que advirtió en la posición de Malicorne.

Malicorne estaba sentado a manera de mono sobre la tapia con los pies sobre el primer travesaño.

Los pámpanos silvestres y las madreselvas le cubrían la cabeza. como a un fauno, y los entorchados de la viña loca representaban muy bien sus pies de macho cabrío.

Respecto a Montalais, nada faltaba para que pudiera tomársela por una perfecta dríada.

—¡Ea! —dijo subiendo un travesaño—. ¿Queréis hacerme todavía más desgraciada? ¿No me habéis perseguido bastante todavía, tirano?

— ¿Yo? —exclamó Malicorne—. ¿Yo tirano?

—Sí; me estáis comprometiendo continuamente, señor de Malicorne; sois un monstruo de maldad.

— ¿Yo?

—¿Qué habíais de hacer en Fontainebleau? ¡Decid! ¿No es Orleáns vuestro domicilio?

—¿Me preguntáis que tengo que hacer aquí?... Necesitaba veros.

— ¡Valiente necesidad!

—Quizá no lo sea para vos, señorita, pero sí lo es para mí. En cuanto a mi domicilio, no ignoráis que lo he abandonado y no tengo en lo sucesivo otro que el que tengáis vos misma. De consiguiente, siendo ahora vuestro domicilio Fontainebleau; a Fontainebleau me he venido.

Montalais se encogió de hombros.

-- Queríais verme, ¿no es eso?

-- Sí por cierto.

--Pues bien, ya que me habéis visto y estáis satisfecho, idos.

--¡Oh! No --repuso Malicorne.

--¿Cómo que "oh no"?

--No he venido sólo para veros; he venido también para hablaros.

--Pues bien, ya hablaremos más tarde y en otro sitio.

--¡Más tarde! ¡Sabe Dios si nos volveremos a encontrar en otro sitio!

--Pues esta noche no puedo; no puedo en este momento.

--¿Por qué?

--Porque han sucedido mil cosas.

--Pues bien, con la mía serán mil y una.

--No, no, la señorita de Tonnay Charente me espera en nuestra cámara para una comunicación de la mayor importancia.

-- ¿Hace mucho?

--Una hora lo menos.

-- Entonces --dijo Malicorne--, que espere unos minutos más.

--Señor Malicorne --observó la Montalais--, os olvidáis de vos mismo.

--Es decir, que vos me olvidáis, señorita, y voy perdiendo la paciencia con el papel que me obligáis a hacer aquí. ¡Diantre, señorita! Hace ocho días que ruedo por estos andurriales, sin que os hayáis dignado advertir ni una sola vez que permanecía yo aquí.

--¿Rodáis por aquí hace ocho días?

-- Como un loco. Quemado aquí por los fuegos artificiales, que me han chamuscado dos

pelucas, anegado allá en los juncales por la obscuridad de la noche o el vapor de los chorros de agua, hambriento siempre y siempre destronado, con la perspectiva de una pared o la necesidad de un escaló, señorita. No es destino ése, señorita, para una persona que no es ardilla, ni salamandra, ni nutria; pero puesto que lleváis vuestra inhumanidad hasta el punto de hacerme renegar de mi condición de hombre, no quiero pasar por ello. Hombre soy, ¡cáscaras!; y hombre seré, a menos que se disponga otra cosa.

—Pues bien: ¿qué deseáis, qué queréis, qué exigís? —dijo sumisa Montalais.

—No me digáis que ignorábais que estuviese en Fontainebleau.

—Yo...

—Sed franca.

—Me lo sospechaba.

--Pues bien; en ocho días, ¿no podíais haberme visto, siquiera una vez al día?

--Siempre he estado ocupada, señor Malicorne.

--¡Pamemas!

--Preguntadlo a las señoritas, si no me creéis.

--Nunca pido explicaciones de las cosas que sé yo mejor que nadie.

--Serenaos, señor de Malicorne, todo cambiará.

-- Necesario es que así sea.

--Bien sabéis que, os vea u os deje de ver, siempre pienso en vos --dijo Montalais con su aire zalamero.

--¡Oh! ¡Oh! Pensáis en mí...

--Os lo aseguro.

-- ¿Y no me decís nada de nuevo?

--¿Sobre qué?

--Sobre mi destino en casa de Monsieur.

--¡Ay, mi querido señor Malicorne! No era fácil acercarse a Su Alteza Real en estos últimos días.

--¿Y ahora?

--Ahora es distinto; desde ayer no está celoso.

--¡Bah! ¿Y cómo se le han desvanecido los celos?

-- Porque ha habido un cambio de dirección.

-- ¿Qué ha pasado, pues?

--Se ha esparcido la voz de que el rey había puesto sus miras en otra mujer, y Monsieur se quedó al punto tranquilo.

--¿Y quién ha hecho correr ese rumor?

Montalais bajó la voz.

--Aquí, para nosotros --dijo--, me parece que Madame y el rey se entienden.

--¡Ah, ah! --repuso Malicorne--. Ese es el único medio. Pero, ¿y el señor de Guiche, el pobre pretendiente?

--¡Oh! Está desahuciado del todo.

--¿Ha habido cartas?

--No, no he visto coger la pluma a unos ni a otros hace ocho días.

--¿A qué altura os halláis con madame?

-- Perfectamente.

--¿Y con el rey?

--El rey me sonrío cuando paso.

--Corriente; ¿y a qué mujer han echado el ojo filos dos amantes para que les sirva de pantalla?

--¡A La Vallière!

—¡Ay! ¡Pobre chica! Sería preciso impedir eso, amiga mía.

— ¿Por qué?

—Porque el señor Raúl de Bragelonne la matará, o se suicidará, si llega a concebir la menor sospecha.

— ¡Raúl! ¡El buen Raúl!... ¿Creéis?

—Las mujeres tienen la pretensión de ser conocedoras de sus pasiones —dijo Malicorne—, y no saben leer siquiera lo que piensan, ellas mismas en sus propios ojos o en su propio corazón. Pues bien, yo os aseguro que el señor de Bragelonne ama a La Vallière a tal punto que, si ella trata de engañarle, o la matará o se matará.

—Ahí está el rey para defenderla —dijo Montalais.

—¡El rey! —murmuró Malicorne.

—Sí, por cierto.

—¡Eh!, ¡Raúl matará al rey como un reitre!

--¡Bondad divina! --exclamó Montalais--.  
¡Por fuerza habéis perdido el juicio, señor de Malicorne!

Nada de eso; antes bien lo que os digo no puede ser cosa más seria; querida mía, y, por mi parte, ya sé lo que tengo que hacer.

--¿El qué?

--Avisar a Raúl de la jugada que le quieren hacer.

-- ¡Silencio, desventurado! --repuso Montalais subiendo un escalón para acercarse más y más a Malicorne--. No digáis la menor palabra al pobre Bragelonne.

--¿Por qué?

--Porque no sabéis aún lo que hay.

-- ¿Qué hay, pues?

--Que esta noche... ¿Nos escucha alguien?

--No.

--Esta noche, estando La Vallière bajo la encina real, pronunció en alta voz y con la mayor ingenuidad estas palabras: "No concibo que quien haya visto al rey pueda amar nunca a otro hombre."

Malicorne dio un brinco sobre la tapia.

--¡Dios mío! --murmuró--. ¿Eso ha dicho la desventurada? Palabra por palabra.

-- ¿Y lo piensa?

--La Vallière piensa siempre lo que dice.

--¡Eso clama venganza! ¡Las mujeres son serpientes! --dijo Malicorne.

-- Serenaos, querido Malicorne, serenaos.

-- ¡No! Cortemos, por el contrario, el mal en raíz. Avisemos a Raúl, que todavía es tiempo.

-- ¡Torpe! No es tiempo ya --dijo Montalais.

--¿Cómo que no?

--Esa expresión de La Vallière. Esa expresión dirigida al rey...

--¿Qué?

--Ha llegado a sus oídos.

--¿Lo sabe el rey? ¿Se lo han dicho?

--El mismo la oyó.

--¡Oh, como decía el señor cardenal!

--El rey se hallaba oculto precisamente en el macizo más próximo a la encina real.

--De lo cual se deduce --dijo Malicorne--, que el plan del rey y de Madame marchará sobre ruedas, pasando sobre el cuerpo del infortunado Bragelonne.

--Cabalmente.

--¡Eso es horroroso!

--Pero así es.

--¡A fe mía! --dijo Malicorne después de un minuto de silencio consagrado a la meditación--. No pongamos nuestra humilde persona entre una gran encina y un gran rey, porque seríamos aplastados, amiga mía.

--Eso es lo que os quería decir.

--Pensemos en nosotros.

--Que me place.

--Abrid, pues, vuestros lindos ojos.

--Y vos, vuestras enormes cejas. Aproximad vuestra boquita para recibir un buen besazo.

--Aquí la tenéis --dijo Montalais; pagando al momento en moneda sonante.

--Discurramos ahora. Tenemos al señor de Guiche que ama a Madame, a la Vallière que ama al rey; al rey que ama a Madame y a La Vallière, y a Monseñor que no ama a nadie más que a él. Entre todos estos amores podría un necio hacer fortuna; de consiguiente, con mu-

cha más razón nosotros, que somos personas de juicio.

--Ya volvéis otra vez a vuestros ensueños.

--Mejor diríais a mis realidades.

-- Dejaos guiar por mí, amiga mía, pues hasta ahora no creo que os haya ido mal, ¿no?

--No.

--Pues bien, el pasado os responde del porvenir. Y, puesto que cada cual mira por sí, miremos por nosotros.

--Nada más justo.

--Pero por nosotros solos.

--Perfectamente.

-- ¡Alianza ofensiva y defensiva!

-- Estoy dispuesta a jurarla.

-- Extended la mano; así. Ahora decid: ¡Todo por Malicorne! --¡Todo por Montalais!

--respondió Malicorne extendiendo también la mano.

--¿Ahora, qué hay que hacer?

--Tener constantemente abiertos los ojos y los oídos, reunir armas contra los otros, y no soltar nunca ninguna que pueda servir contra nosotros.

-- Convenido.

--Pactado.

--Jurado.

--Y ahora que el pacto está ya hecho, adiós.

--¿Cómo adiós?

-- Sin duda. Volved a vuestra posada.

--¿A mi posada?

--Sí. ¿No estáis hospedado en "El Hermoso Pavo Real"?

--¡Montalais, Montalais! Ya veis cómo sabíais que estaba yo en Fontainebleau.

--¿Y qué demuestra eso? ¡Que piensan en vos más de lo que os merecéis, ingrato! .

-- ¡Hum!

--Volveos a "El Hermoso Pavo Real".

--El caso es ...

--¿Qué?

--Que lo que me pedís no es ya posible.

--¿No teníais allí una habitación?

--Sí, pero ya no la tengo.

--¿No la tenéis ya?

-- ¿Pues quién os la ha quitado?

--Oíd. Volvía hace poco de correr en seguimiento vuestro, y llegaba enteramente desolado a mi posada cuando divisé una camilla, en la

cual cuatro aldeanos llevaban un fraile enfermo.

--¿Un fraile?

--Sí, un viejo franciscano de barba gris. Páreme a mirar al enfermo y vi que lo entraban en la posada. Seguíle detrás, y cuando llegué a lo alto de la escalera, noté que le hacían entrar en mi cuarto:

--¿En vuestro cuarto?

--Sí, en mi propio cuarto. Creí que aquello era un error e interpele al patrón; éste me dijo que el cuarto alquilado por mí hacía ocho días, - estaba alquilado a nombre del religioso para el noveno.

--¡Oh, oh!

--Eso fue precisamente lo que yo hice. "¡Oh, oh!" Hice más aún, pues hasta quise enfadarme. Subo. Me dirijo al franciscano en persona. Trato de hacerle ver la improcedencia de su acto; pero

el fraile, a pesar de que parecía estar moribundo, se incorpora sobre un codo, clava en mí dos ojos chispeantes, y con voz que habría hecho honor a un capitán de caballería dice: "Echadme a la calle a ese bergante." Lo cual fue ejecutado en el acto por el patrón y los cuatro mozos, quienes me hicieron descender la escalera algo más aprisa de lo regular. Ved ahí, amiga mía, por que no tengo albergue.

--¿Y quién será ese franciscano? --dijo Montalais--. ¿Será acaso un general?

--Se me figura que ése es el título que le dio uno de los mozos una vez que le habló a media voz.

--De manera que... --dijo Montalais.

--De manera que no tengo casa, posada, albergue; y estoy tan resuelto coma lo estaba hace poco mi amigo Manicamp, a no pasar la noche al raso.

--¿Y cómo os vais a componer? --preguntó Montalais.

--¡Allá veremos! --contestó Malicorne.

--Nada más sencillo --dijo una tercera voz.

-- Montalais y Malicorne dieron un grito simultáneo.

Saint Aignan apareció.

--Querido señor Malicorne --dijo Saint Aignan--, una feliz casualidad me trae aquí para sacaros del apuro... Venid conmigo; que yo os ofrezco cuarto, en mi casa, y estad cierto de que ningún franciscano vendrá a quitároslo. En cuanto a vos, querida señorita; podéis estar tranquila; tengo ya el secreto de la señorita de La Vallière y el de la señorita de Tonnay Charente; ahora habéis tenido la amabilidad de confiarme el vuestro, y os doy por ello las gracias; tened entendido que lo mismo guardaré tres que uno.

Montalais y Malicorne se miraron como dos estudiantes sorprendidos en plena pillería; pero, como a fin de cuentas, Malicorne veía una gran ventaja en la proposición que se le hacía, dirigió a Montalais una señal de resignación, la cual le devolvió aquella.

Luego bajó Malicorne la escala, travesañó por travesañó, reflexionando en cada escalón sobre los medios de arrancar con maña a Saint Aignan todo cuanto pudiera saber acerca del famoso secreto.

Montalais se había marchado ya, veloz como una corza, y ni la encrucijada ni el laberinto llegaron a extraviarla.

En cuanto a Saint Aignan, se llevó a Malicorne a su casa, haciéndole mil cumplidos, satisfecho de poder disponer de los dos hombres que, en el caso de que Guiche permaneciese mudo, podían informarle mejor acerca de las camaristas.

## CXXIV

### LO QUE REALMENTE SUCEDIÓ EN LA HOSTERÍA

#### “EL HERMOSO PAVO REAL”

Daremos en primer lugar a nuestros lectores algunos detalles, acerca de la hostería “El Hermoso Pavo Real”, y luego pasaremos a señalar los viajeros que en ella se alojaban. La hostería “El Hermoso Pavo Real”, como toda posada, debía el nombre a su muestra.

La muestra representaba un pavo real haciendo la rueda. Sólo que, a semejanza de algunos pintores que ponen un hermoso rostro de joven a la serpiente que tentó a Eva, el pintor de la muestra había puesto al pavo un rostro de mujer.

Aquella hostería, epigrama vivo contra esa mitad del género humano que forma el encanto de la vida, según dice el señor Legouvé, se elevaba en Fontainebleau en la primera calle lateral de la izquierda, la cual corta, al vestir de París, aquella inmensa arteria que forma por sí sola la ciudad entera de Fontainebleau.

La calle lateral llamábase entonces calle de Lyon, sin duda por que se prolonga geográficamente en dirección de la segunda capital del reino.

Esta calle se componía de dos casas habitadas por gente del pueblo, separadas una de otra por dos grandes jardines con setos.

Parecía a primera vista que había tres casas en la calle sin embargo, ahora explicaremos cómo, a pesar de las apariencias, no había más que dos.

La fachada principal de la hostería daba a la calle Mayor; pero a la vuelta, por la calle de

Lyón, había dos cuerpos de edificios, divididos por patios, con grandes cuartos, muy propios para hospedar a toda clase de viajeros, viniesen a pie, a caballo o en carruaje, capaces de proporcionar, no sólo alojamiento y mesa, sino también paseo y soledad a los ricos cortesanos, cuando, a consecuencia de algún contratiempo en la Corte, quisieran encerrarse consigo mismos, para devorar su afrenta o meditar la venganza.

Desde las ventanas de aquellos cuerpos de edificios, los viajeros distinguían primeramente la calle con la hierba que crecía entre sus piedras, y que las iba desuniendo poco a poco.

Después los hermosos setos de sauco y ojicanto que encerraban, como entre dos brazos verdes y floridos, las casas de que hemos hablado.

Y, finalmente, en los intervalos de aquellas casas, como fondo de un cuadro y dibujándose como un horizonte infranqueable, una línea de bosques espesos y poblados, primeros centine-

las de la inmensa selva que se extiende delante de Fontainebleau.

Tomando, pues, una habitación que hiciese esquina podíase participar por la calle de París de la vista y bullicio de los pasajeros y de los festejos, y, por da calle de Lyon de la vista y tranquilidad del campo.

Sin contar con que, caso de urgencia, al instante mismo en que llamasen por la puerta grande de la calle de París, podía cualquiera escurrir el bulto por la puerta pequeña de la calle de Lyon, siguiendo las cercas de los jardines, internarse en la espesura de la selva.

Malicorne, que, si bien se recuerda, fue el primero que nos habló de la hostería "El Hermoso Pavo Real" para deplorar su expulsión de ella, preocupado con sus propios asuntos, estaba muy lejos de haber dicho a Montalais todo lo que se podía decir acerca de aquella curiosa hostería.

Veamos si podemos nosotros llenar ese vacío que dejó Malicorne.

Malicorne había olvidado decir, por ejemplo, cómo había entrado en la hostería "El Hermoso Pavo Real".

Por otra parte, a excepción del franciscano, de quién habló dos palabras, no había dado la menor noticia acerca de los viajeros que allí se hospedaban.

La manera cómo habían entrado, cómo vivían, y la dificultad que experimentaba cualquiera otra persona que no fuese de los viajeros privilegiados para entrar sin contraseña, y permanecer en la hostería sin algunas precauciones preparatorias, habían debido chocar, y hasta podríamos asegurar que habían chocado a Malicorne.

Pero, como ya hemos dicho, Malicorne tenía preocupaciones personales que le impedían ocuparse de muchas cosas.

En efecto, todos los cuartos de la hostería “El Hermoso Pavo Real” estaban ocupados y retenidos por forasteros sedentarios y, de un trato muy tranquilo, dotados de rostros muy agasajadores, ninguno de los cuales conocía a Malicorne.

Todos ellos habían ido llegando a la hostería después que él, y cada cual había entrado con cierta contraseña que en un principio le llamó a Malicorne la atención; pero, habiéndose informado después directamente, supo que el hostelero daba como causa de aquella especie de vigilancia el que la ciudad, llena como estaba de grandes señores, debía estarlo también de diestros y avispados rateros.

Estaba, pues, interesada la reputación de una casa honrada como la hostería “El Hermoso Pavo Real” en que los viajeros no fuesen robados.

De modo que Malicorne se preguntaba a veces, cuando recogía sus ideas para sondear su

posición en la hostería “El Hermoso Pavo Real”, cómo era que le habían dejado entrar allí, siendo así que después había visto cerrar, la puerta a tantos otros.

Preguntábase principalmente cómo Manicamp, persona a su juicio muy digna de ser respetada por todos, habiendo querido así que llegó que cuidasen su caballo en “El Hermoso Pavo Real”, caballo y caballero habían sido desairados con un nescio vos de los más intratables.

Todo aquello era, por tanto, para Malicorne un problema que, por lo demás, entregado como estaba a intrigas de amor y de ambición, no se había metido a profundizar.

Bien es verdad, que, aun cuando lo hubiese intentado, no nos atrevemos a decir que lo hubiera conseguido, a pesar de la inteligencia de que estaba dotado.

Algunas palabras bastarán para probar al lector que era necesario ser nada menos que un Edipo para resolver semejante enigma.

Hacia ocho días que habían entrado en aquella hostería siete viajeros, quienes llegaron todos al día siguiente de haberse instalado Malicorne en "El Hermoso Pavo Real".

Aquellos siete personajes, llegados con un séquito bastante numeroso, eran:

Un brigadier de los ejércitos alemanes, con su secretario, su médico, tres lacayos y siete caballos. El brigadier se llamaba el conde de Wostpur.

Un cardenal español, con dos sobrinos, dos secretarios, un familiar y doce caballos.

El Cardenal se llamaba monseñor Heredia.

Un opulento comerciante de Brema, con su lacayo y dos caballos. El comerciante se llamaba Mein Herrer Bonstett.

Un senador veneciano, con su esposa y su hija, ambas de extremada belleza.

El senador se llamaba el signor Marini.

Un laird de Escocia, con siete montañeses de su clan; todos a pie. El laird se llamaba Mac Cumnor. Un austríaco de Viena, sin título ni blasón, llegado en carroza, y que tenía mucho de eclesiástico y algo de militar.

Le llamaban el consejero.

Y por fin, una dama flamenca, con un lacayo, una doncella y una señorita de compañía. Magnífico tren, magnífico aspecto, magníficos caballos.

La llamaban la dama flamenca. Todos estos viajeros habían llegado, como hemos dicho, en el mismo día, sin que su llegada hubiese producido en la hostería el menor apuro, ni en la calle la menor confusión, porque sus habitaciones habían sido preparados de antemano por en-

cargo de sus correos o de sus secretarios el día anterior o aquella misma mañana.

Malicorne, llegado un día antes que ellos, sobre su caballo flaco, cargado con una maleta más flaca todavía, se había anunciado como amigo de un señor curioso de ver los festejos y que no tardaría en llegar.

Al oír el hostelero estas palabras, sonrió como si conociera mucho a Malicorne o al personaje amigo suyo, y le dijo:

——Elegid, caballero, la habitación que más os acomode, ya que sois el primero en llegar.

Y esto, acompañado con ese agasajo tan significativo en los posaderos, que parece querer decir: “Perded cuidado, caballero, que no ignoro con quién trato, y se os alojará como merecéis.”

Aquellas palabras y el ademán que iba unido a ellas le parecieron a Malicorne afables, pero no muy claras. Sin embargo, como no pensaba

hacer mucho gasto, y como, si hubiera pedido una habitación pequeña, se la habrían negado a causa de su misma escasa importancia, apresuróse a recoger al vuelo las palabras del hostelero y a engañarle con su propia finura.

Así, pues, sonriendo como hombre a quien no se le da menos de lo que merece:

--Apreciable hostelero --dijo--, tomaré la habitación que sea mejor y más alegre.

--¿Con cuadras?

--Con cuadras.

--¿Para qué día?

--Para ahora mismo, si puede ser.

--No hay dificultad.

--Sólo que por ahora --se apresuró a añadir Malicorne--, no ocuparé la habitación grande.

--Perfectamente --dijo el hostelero con aire de inteligencia. --Ciertas razones que compren-

deréis más adelante, me obligan. a tomar sólo por cuenta mía este pequeño cuarto.

—Sí, sí, sí —dijo el hostelero.

— Cuando venga mi amigo, tomará la habitación grande, y estonces, cómo es natural, se entenderá directamente con vos.

—¡Muy bien! —dijo el hostelero—. ¡Muy bien! Así estaba convenido.

—¿Estaba así convenido?

—Palabra por palabra.

—Es extraordinario —murmuró Malicorne—: ¿Conque estáis enterado?

—Eso me basta. Ahora, ya que comprendéis... porque comprendéis, ¿no es verdad?

— Perfectamente.

—Podéis conducirme a mi cuarto. El hostelero de “El Hermoso Pavo Real” echó a andar delante de Malicorne con el gorro en la mano.

Malicorne se instaló en su habitación y quedó todo sorprendido al ver que el hostelero, cada vez que subía o bajaba, le hacía esos guiños que indican perfecta inteligencia entre dos personas que están en relación.

“Por fuerza hay aquí alguna equivocación — pensaba Malicorne—; pero hasta tanto que se aclare, aprovechémonos de ella, que es lo mejor que puede hacerse:”

Y desde su habitación, se lanzaba como perro de caza en busca de noticias y novedades de la Corte, chamuscándose en una parte y anegándose en otra, como había dicho a Montalais.

Al siguiente día de su instalación vio llegar sucesivamente a los siete viajeros, que llenaron toda la hostería.

A la vista de tanta gente, de tanto equipaje y de tanto tren, restregóse las manos Malicorne, pensando que con un solo día que se hubiera

descuidado no habría encontrado un nido para descansar cuando viniese de sus exploraciones.

Después que todos los viajeros estuvieron colocados; entró el hostelero en su cuarto, y con su habitual cortesanía:

--Mi querido señor,--le dijo--, os queda la habitación grande del tercer cuerpo de edificio, ¿lo sabéis?

--Sí que lo sé.

--Y os hago en ello un gran obsequio.

--Gracias.

--De suerte que cuando venga vuestro amigo.

--¿Qué?

--No podrá menos de estar contento de mí, o de lo contrario será persona muy difícil de contentar.

--¿Me permitís que os diga algunas palabras acerca de mi amigo?

--Decid cuanto gustéis, sois muy dueño.

--Como sabéis, tenía que venir.

--Y vendrá.

--Es que podría haber variado de intención.

--No.

--¿Estáis seguro?

-- Seguro.

--Es que si tuvierais alguna duda..

--¿Qué más?

--Os diría que no respondo de que venga.

--Pero creo que os habrá dicho...

--Sí, que me ha dicho, mas ya sabéis que el hombre propone y Dios dispone, verba volant scripta manent.

--¿Qué quiere decir eso?

--Que las palabras vuelan y lo escrito permanece; y como él no me ha escrito, sino que se contentó sólo con hablarme, os autorizó, sin que por esto se entienda que os invitó.

-- Ya conocéis que mi posición es falsa.

--¿A qué me autorizáis?

-- ¡Pardiez! A que alquiléis su habitación si encontráis quien os la pague bien.

-- ¿Yo?

--Sí.

--Jamás, señor; jamás haré una cosa así. Si él no os ha escrito...

--No.

--Me ha escrito a mí.

--Sí.

--¿Y en qué términos? Veremos si su epístola está conforme con sus palabras.

Escuchad, sobre poco más o menos, el contenido:

Señor propietario de la hostería "El Hermoso Pavo Real". "Supongo que os, habrán informado de la reunión que van a tener en vuestra posada varios personajes de importancia. Yo formo parte de esa sociedad. Por tanto, reservadme un cuartito pequeño para un amigo que llegará antes o después que yo..."

-- Vos sois ese amigó, ¿no es cierto? --dijo interrumpiéndose el hostelero.

Malicorne se inclinó modestamente.

El hostelero continuó:

... "y una habitación grande para mí. La habitación grande corre de cuenta mía; pero desearía que el precio del cuartito sea módico, porque el que irá a ocuparla es un pobre diablo."

-- Que sois vos mismo, ¿no es verdad? --dijo el hostelero.

--Sí, señor --dijo Malicorne.

-- Entonces entendidos: vuestro amigo pagará el alquiler de su habitación, y vos saldaréis el precio de la vuestra.

-- "Lléveme el demonio --dijo entre sí Malicorne--, si comprendo una jota de lo que me está pasando."

Y, luego, en alta voz:

--Y decidme: ¿os satisface el nombre?

-- ¿Cuál?

--El que termina la carta. ¿Os ofrece suficientes garantías?

Precisamente iba a preguntároslo --repuso el hostelero.

-- ¡Cómo! ¿No está firmada la carta?

--No--dijo el hostelero dando a sus ajos una expresión de misterio y curiosidad.

--Entonces --replicó Malicorne imitando aquel gesto misterioso--, si no ha querido dar su nombre. . .

--¿Qué?

-- Ya, comprenderéis que debe tener para ello sus motivos.

--Así lo creo.

-- Y que yo no iré, y, su amigo, yo, su confidente, a descubrir su incógnito.

-- Es natural, señor --dijo el hostelero--; por eso no insisto.

-- Aprecio esa delicadeza. En cuanto a mí, como mi amigo os ha dicho, mi cuarto es aparte; quede esto sentado.

--Entendido, señor.

--Pues bien, buenas cuentas hacen buenos amigos. Con que ajustemos cuentas.

-- No corre prisa.

--No obstante, ajustémoslas. Cuarto, comida para mí, sitio en el pesebre y comida para mi caballo, ¿cuánto importa por día?

--Cuatro libras, caballero.

--Que en los tres días transcurridos suman doce.

--Sí, señor, doce libras.

--Pues aquí las tenéis.

--¿Y a qué, señor, pagar tan pronto?

--Porque --dijo Malicorne bajando la voz, viendo que el misterio probaba bien--, porque si hubiese que marchar repentinamente o tuviese que escapar de un momento a otro, ya estará pagada la cuenta.

-- Tenéis razón, señor.

--De modo que estoy en mi casa.

--Estáis en vuestra casa.

--Pues sea enhorabuena. ¡Adiós!

El hostelero se retiró.

Luego que Malicorne quedó solo, se pasó a discurrir de la manera siguiente:

“Sólo el señor de Guiche o Manicamp pueden haber escrito a mi hostelero; el señor de Guiche, porque querrá procurarse un alojamiento fuera de la Corte, tenga éxito o fracase, y Manicamp por qué habrá sido encargado de ésta comisión por el señor de Guiche. El señor de Guiche o Manicamp habrán imaginado: “La habitación grande para recibir de un modo conveniente a alguna dama cuidadosamente velada, reservándole una salida a una callejuela, desierta y que vaya a parar a la selva.. El cuarto pequeño para hospedarse en él momentáneamente, ya Manicamp, confidente del señor de Guiche y vigilante guardián de la puerta, ya el mismo Guiche en persona, que para mayor seguridad quiere hacer a la vez el doble papel de amo y confidente. Mas, ¿y esa reunión que debía verificarse y se ha verificado, en efecto, en la po-

sada? Sin duda será de gente que va a ser presentada al rey. ¿Y ese pobre diablo para quien está destinada la habitación? Astucia para ocultarse mejor Guiche o Manicamp. Si esto es así, como parece probable, menos mal, de Manicamp a Malicorne no hay más que la balso."

Hecho este razonamiento, durmióse Malicorne a pierna suelta, dejando a los siete viajeros que ocupasen y midiesen en todas direcciones las siete habitaciones de la hostería.

Cuando nada tenía que hacer en la Corte, cuando se hallaba cansado de hacer excursiones y pesquisas, y de escribir billetes que nunca tenía ocasión de hacer llegar a su destino, volvía a su bienaventurado cuartito, y echado de pechos sobre el balcón; adornado de capuchinos y de claveles espaldarados, meditaba en aquellos extraños viajeros para quienes Fontainebleau parecía no tener luces, alegría, ni fiestas.

Aquello siguió así hasta el séptimo día, que hemos descrito minuciosamente, con su noche en los capítulos precedentes.

Aquella noche se encontraba Malicorne tomando el fresco en su balcón a cosa de la una de la madrugada, cuando se presentó Manicamp a caballo, muy erguido, con aire de hombre afanoso y fastidiado:

— ¡Bueno! —pensó Malicorne reconociéndole al punto—. Ya está aquí mi hombre, que viene a reclamar su cuarto, o por mejor decir, el mío.”

Y llamó a Manicamp. Manicamp levantó la cabeza y reconoció a Malicorne.

— ¡Pardiez! —dijo desarrugando el ceño—. Mucho me alegro de hallaros, Malicorne. Ando rodando por Fontainebleau en busca de tres cosas que no puedo encontrar: Guiche; un cuarto y una cuadra.

—En cuanto al señor de Guiche, no puedo daros noticias suyas, porque no le he visto; pero,

en cuanto a vuestro cuarto y una cuadra, ya es distinto.

-- ¡ Ah!

--Sí, porque están reservados aquí.

--¿Reservados? ¿Y quién los ha ordenado reservar?

-- Supongo que seáis vos.

--¿Yo?

-- ¿No habéis mandado reservar una habitación?

--Ni pensarlo.

En aquel momento apareció en el umbral el hostelero.

-- ¿Una habitación? --preguntó Manicamp.

-- ¿La habéis mandado reservar, señor?

--No.

--Entonces, no hay habitación.

--En ese caso, la he ordenado reservar.

--¿Cuarto o habitación?

--Lo que queráis.

-- ¿Por carta? --preguntó el hostelero.

Malicorne hizo a Manicamp un movimiento afirmativo de cabeza.

--Sí, por cierto --respondió Manicamp---: ¿No habéis recibido una carta mía?

-- ¿Con qué fecha? --preguntó el hostelero, a quien las dudas de Manicamp comenzaban a infundir sospechas.

Manicamp se rascó la oreja y miró al balcón de Malicorne; pero Malicorne lo acababa de dejar y bajaba la escalera a fin de acudir en auxilio de su amigo.

En aquel mismo momento llegaba al portal, a tiempo de poder oír aquel coloquio, un viajero embozado en una larga capa a la española.

--Os pregunto con qué fecha me habéis escrito rogándome que os conservase un cuarto -- repitió el hostelero insistiendo.

--Con fecha del miércoles último --dijo con voz dulce y cortés el recién llegado, poniendo una mano sobre el hombro del hostelero.

Manicamp retrocedió unos pasos; y Malicorne, que llegaba al umbral a la sazón, se rascó a su vez la oreja. El hostelero saludó al de la capa como hombre que reconocía en él a su verdadero huésped.

--Señor --le dijo cortésmente--, vuestra habitación está dispuesta, así como vuestras cuadras. Sólo que...

Y dirigió una mirada en rededor suyo.

--¿Y vuestros caballos? --preguntó.

--Vendrán o no vendrán. Creo que eso os importa poco, con tal que se os pague lo que se ha mandado reservar, ¿no es así?

El hostelero saludó más profundamente.

Supongo que me habréis reservado también —  
—continuó el viajero desconocido— el cuartito  
que os tengo pedido.

— “¡Ay, ay, ay!” —exclamó para sí Malicorne, tratando de escabullirse.

—Caballero, hace ocho días que lo ocupa  
vuestro amigo —dijo el hostelero señalando a  
Malicorne, que se achicaba cuanto podía.

El viajero, subiéndose el embozo de su capa,  
hasta la nariz, lanzó una rápida mirada a Malicorne.

—Ese señor no es mi amigo —dijo.

El hostelero dio un brinco. —No conozco al  
señor —prosiguió el viajero:

— ¡Cómo! —exclamó el posadero, dirigiéndose a Malicorne—. ¡Cómo! ¿No sois el  
amigo de este caballero?

--¿Qué os importa, con tal que se pague? --contestó Malicorne parodiando majestuosamente al forastero.

--Me importa tanto --dijo el hostelero, que empezaba a sospechar que había allí sustitución de personajes--, que os suplico que desocupéis un cuarto que estaba mandado reservar para otro que no sois vos.

--Mas como quiera que sea --dijo Malicorne--, no creo que este caballero necesite a la vez un cuarto en el piso principal y una habitación en el segundo... Si se queda con el cuarto; tomaré yo la habitación, y si quiere la habitación, me quedaré yo con el cuarto.

--Mucho lo siento, caballero --dijo el viajero con su voz dulce--, pero necesito a la vez el cuarto y la habitación.

--¿Pero para quién? --preguntó Malicorne.

--La habitación para mí.

-- Corriente; ¿y el cuarto?

--Mirad --dijo el viajero extendiendo la mano hacia una especie de comitiva que venía acercándose lentamente.

Malicorne siguió con la vista la dirección indicada, y vio llegar sobre unas parihuelas al franciscano cuya instalación en su cuarto había referido a Montalais, con algunas adiciones de su cosecha, y a quien tan inútilmente había intentado convertir para que le dejase alojamiento.

El resultado de la llegada del viajero desconocido y del fraile enfermo, fue la expulsión de Malicorne, a quien pusieron sin ningún miramiento fuera de la hostería "El Hermoso Pavo Real", el hostelero y los mozos que conducían las angarillas.

Ya conoce el lector las consecuencias de aquella expulsión, de la conversación de Manicamp con Montalais, a quien Manicamp, más diestro

que Malicorne, supo encontrar para tener noticias de Guiche; de la conversación subsiguiente entre Montalais y Malicorne, y, por último, de la doble boleta de alojamiento ofrecida a Manicamp y a Malicorne por el conde de Saint - Aignan.

Sólo nos falta poner en conocimiento de nuestros lectores quiénes eran el viajero de la capa, principal inquilino de las dos habitaciones, una de las cuales había ocupado Malicorne, el fraile, personaje no menos misterioso, y cuya llegada, combinada con la del viajero de la capa, había tenido la desgracia, de trastornar las combinaciones de los dos amigos.

CXXV

UN JESUITA DEL AÑO ONCENO

A fin de no tener en suspenso al lector, nos apresuraremos a responder a la primera pregunta.

El viajero embozado era Aramis, quien, después de haberse separado de Fouquet y sacado de un portamanteo abierto por su lacayo un vestido completo de caballero, había salido del palacio dirigiéndose a la hostería "El Hermoso Pavo Real", donde, por escrito, hacía siete días ya, había encargado dos habitaciones.

Aramis, después de ser expulsado Malicorne y Manicamp, se acercó al franciscano y le preguntó cuál de ambas habitaciones prefería.

El religioso preguntó dónde se hallaban situadas una y otra.

Le respondieron que la una en el piso principal, y la otra en el segundo.

—Entonces, la del principal. Aramis no insistió, y con entera sumisión:

--Preparad la habitación --dijo al hostelero.

Y, saludando, con respeto, se retiró a su aposento. El fraile fue inmediatamente conducido al suyo.

Y ahora, ¿no es sorprendente ese respeto de un prelado hacia un simple fraile, y religioso de una orden mendicante, al cual se daba, aun sin haberla pedido, una habitación tan codiciada por tantos viajeros?

¿Cómo explicar también la inesperada llegada de Aramis a la hostería cuando, habiendo entrado con el señor Fouquet en Palacio, podía haberse alojado con él en el palacio mismo?

El fraile soportó la subida de la escalera sin exhalar un gemido, aunque era fácil ver cuánto sufría, y a cada vaivén de las angarillas al chocar contra la pared o el pasamanos, experimentaba su cuerpo una sacudida terrible.

Al fin, cuando hubo llegado a su habitación:

--Ayudadme a colocar sobre este sillón --  
rogó a los que lo llevaban. Estos dejaron las  
angarillas en el suelo, y, levantando con toda la  
suavidad posible al enfermo, lo pusieron en el  
sillón que había designado, junto al lecho.

--Ahora --añadió con gran dulzura de gesto  
y de palabra-- haced que suba el hostelero.  
Obedecieron.

Cinco minutos después, el hostelero aparecía  
en el umbral.

--Amigo' mío --le dijo el franciscano--, des-  
pedid, os lo suplico, a esas buenas gentes; son  
vasallos del vizcondado de Melón. Me han  
hallado desmayado por el calor en medio del  
camino, y, sin. pensar si les pagaría su trabajo,  
me han querido conducir a sus casas. Pero yo sé  
lo que cuesta a los pobres la hospitalidad que  
dan a un enfermo, y he preferido la hostería,  
donde además se me esperaba.

El hostelero miró al fraile con sorpresa.

El franciscano hizo con el pulgar y de cierta manera la señal de la cruz sobre su pecho.

El hostelero contestó haciendo la misma señal sobre el hombro izquierdo.

--Sí, es verdad --dijo--; erais esperado, padre mío; pero creíamos llegaríais en mejor estado.

Y, como los campesinos mirasen con sorpresa a aquel hostelero tan arrogante, hablar con tanto respeto a un pobre religioso, el franciscano sacó de su hondo bolsillo dos o tres monedas de oro que enseñó.

--Ved aquí, amigos míos --dijo--, con qué pagar los cuidados que me dispensen. Por tanto, calmaos, y no temáis, dejarme aquí. Mi comunidad, por la cual viajo, no quiere que pida limosna; pero como los cuidados que me habéis concedido merecen también premio, tomar estos dos luses y retiraos en paz.

Los campesinos no se atrevían a aceptar; el hostelero tomó los dos luses de manos del fraile, y los puso en las de un campesino.

Sus cuatro portadores retiráronse altamente sorprendidos y admirados. Cerrada la puerta, y mientras el hostelero se tenía, respetuosamente de pie, cerca de aquella puerta, el fraile se recogió un instante en sí mismo.

Después pasó por su frente amarillenta, una mano descarnada y febril, y con sus dedos frotó temblando los bucles grises de su barba.

Los grandes ojos, ahondados por la enfermedad y la agitación, parecían seguir en el vacío una idea triste e inflexible.

— ¿Qué médicos tenéis en Fontainebleau? — preguntó al fin.

— Tenemos tres, padre.

— ¿Cómo se llaman?

— Primero, Luiniquet.

-- ¿Después?

-- Un hermano carmelita llamado Hubert.

-- ¿Después?

-- Un seglar, llamado Grisart.

-- ¡Ah, Grisart! --murmuró el franciscano--  
--: Llamad pronto al señor Grisart.

El hostelero hizo un movimiento de pronta obediencia.

-- Y a propósito, ¿qué sacerdotes tenemos aquí?

-- ¿Qué sacerdotes?

--¿De qué órdenes?

--Tenemos jesuitas, agustinos , y franciscanos, pero, padre mío, los jesuitas son los que están más cerca. Llamaré, por tanto, a un confesor jesuita, ¿no es así?

-- Sí, marchad.

El hostelero, salió.

Fácil es comprender que a la señal de la cruz que los dos habían hecho, el hostelero y el enfermo se habían reconocido como afiliados a la temible Compañía de Jesús.

Una vez solo el fraile sacó del bolsillo un legajo de papeles, algunos de los cuales examinó con escrupulosa atención. Sin embargo, la fuerza del mal venció su valor, sus ojos turbáronse; un sudor frío corrió por su frente, y se dejó, caer, casi desvanecido y echada la cabeza atrás, con los brazos colgando a los lados del sillón.

Hacía cinco minutos que se encontraba sin movimiento, cuando el hostelero volvió, conduciendo al médico, al cual apenas había concedido el tiempo de vestirse.

El ruido de su entrada, y la corriente de aire que causó la apertura de la puerta, despertaron los sentidos del enfermo. Recogió de prisa sus

papeles esparcidos, y con su descarnada mano los ocultó bajo los cojines del sillón.

El hostelero salió, dejando juntos al enfermo y al médico.

--Veamos --dijo el franciscano al doctor.

-- Veamos señor Grisart; aproximaos; porque no hay tiempo que perder; tomad mi pulso, juzgad, y pronunciad la sentencia.

--Vuestro hostelero--dijo el médico--, me ha asegurado que tenía el honor de prestar mis cuidados a un afiliado.

--A un afiliado, sí --respondió el franciscano--. Decidme, por consiguiente, la verdad; me siento muy mal; me parece que voy a morir.

El médico tomó la mano del fraile y lo pulsó:

--¡Oh, oh! Fiebre peligrosa.

--¿A qué llamáis fiebre peligrosa?--preguntó el enfermo con imperiosa mirada.

--A un afiliado del primero o del segundo año --respondió el doctor interrogando con sus ojos al fraile--; le diría enfermedad curable.

-- ¿Y a mí? --dijo el fraile.

El médico vaciló.

--Mirad mi barba blanca y mi frente arrugada por las vigiliass --prosiguió--; mirad las arrugas por las cuales cuento mis pruebas; soy un jesuita del año onceno, señor Grisart.

El médico se estremeció.

En efecto, un jesuita del año onceno era uno de esos hombres iniciados en todos los secretos de la Orden, uno de esos hombres para los que la ciencia no tiene ya secretos, barreras la sociedad, ni lazos la obediencia temporal.

--Así --dijo Grisart saludando con respeto--; ¿me hallo en presencia de un maestro?

--Sí, y obrad en consecuencia.

--Y queréis saber..

--Mi situación real.

--Pues bien --dijo el médico--, es una fiebre cerebral, por otro nombre meningitis aguda llegada a su más alto grado de intensidad.

--Entonces, no hay esperanza, ¿no es así? --preguntó el franciscano con tono seco.

--No digo eso --respondió el médico--; sin embargo, teniendo en cuenta el desorden del cerebro, lo penoso de la respiración, la precipitación del pulso, la incandescencia de la terrible calentura que os devora...

--Y que desde esta mañana me ha aletargado tres veces --añadió el religioso.

--Por eso la llamo terrible. Pero ¿cómo no os habéis detenido en el camino?

--Era esperado aquí, y preciso era llegar.

--¿Aun cuando murieseis por ello?

--Aun cuando muriese.

--Pues bien, en consideración a todos estos síntomas, os diré que la situación es casi desesperada.

El franciscano sonrió de manera extraña.

--Lo que me decís es tal vez bastante para lo que se debe a un afiliado, aun del año onceno; mas, para lo que se debe a un afiliado, aun del año onceno; mas, para lo que a mí se me debe, es muy, poco, y tengo derecho a exigir más. Veamos; sed más franco conmigo, decidme la verdad, cual si habláseis a Dios. Además, yo, he hecho llamar a un confesor.

--¡Oh! A pesar de todo, tengo esperanza -- balbuceó el médico.

-- Responded --dijo el enfermo; mostrando con gesto de dignidad el anillo de oro, cuyo sello había permanecido hasta entonces vuelto hacia la palma de la mano, y que llevaba grabado el signo representativo de la so-

ciudad de Jesús. Grisart lanzó una exclamación.

--¡El general! --exclamó.

-- ¡Silencio! --dijo el franciscano--. Ya comprenderéis que debéis decirme la verdad.

-- Señor; señor, llamad al confesor -- murmuró Grisart--, pues dentro de dos horas, cuándo llegue el recargo, se os apoderará el delirio y atravesaréis la crisis.

--Enhorabuena --dijo el enfermo, cuyas cejas se fruncieron un momento--. ¿Tengo por consiguiente dos horas?

--Sí, especialmente si tomáis la poción que voy a enviaros.

--¿Y me dará dos horas?

--Dos horas:

--La tomaré; aun cuando fuera veneno, porque estas dos horas son necesarias, no solamente a mi, sino a la gloria de la Orden.

--¡Oh! ¡Qué pérdida! --murmuró el médico--  
. ¡Qué catástrofe para nosotros!

--La pérdida de un hombre y nada más --  
respondió el franciscano--, y Dios proveerá a  
que este desgraciado fraile que os abandona  
encuentre un digno sucesor. Adiós, señor Gri-  
sart; ya es una gracia de Dios el haberos encon-  
trado. Un médico que no hubiese estado afilia-  
do a nuestra santa congregación me habría de-  
jado ignorar mi estado, y, contando aún con  
días de vida, no habría tomado las precauciones  
necesarias. Sois docto, señor Grisart, y esto nos  
honra a todos; me habría repugnado ver a uno  
de los nuestros mediano en su profesión.  
¡Adiós, doctor, adiós! Y remitidme pronto vues-  
tro cordial.

--Benedicidme al menos, señor.

-- Con el corazón... sí... Animo; doctor Gri-  
sart... *viribus impossibile*:

Y cayó sobre un sillón, casi desmayado nuevamente.

El médico Grisart vaciló entre si debía prestarle un socorro momentáneo, o, si correría a prepararle el cordial prometido. Sin duda se decidió en favor del cordial, porque se lanzó fuera de la habitación y desapareció por la escalera.

CXXVI

SECRETO DE ESTADO

Algunos segundos después de haber salido el médico Grisart, llegó el confesor.

Apenas pasó el umbral de la puerta, fijó en él el franciscano una mirada penetrante.

Luego, moviendo su pálida cabeza:

“Muy pobre de espíritu es este hombre — murmuró—, y espero que Dios me perdonará

que muera sin la ayuda de esta momia viviente.”

Por su parte, el confesor miraba con sorpresa y casi con terror al moribundo, pues nunca había visto unos ojos tan ardientes en el momento de cerrarse, ni miradas tan terribles en el momento de apagarse.

El franciscano hizo un ademán rápido e imperativo.

— Sentaos ahí, padre mío —dijo—, y escuchadme:

El confesor jesuita, excelente sacerdote, sencillo y candoroso iniciado, que no había visto de los misterios de la Orden más que la iniciación, obedeció a la superioridad del penitente.

— En esta hostería se hospedan varias personas —continuó el franciscano.

--Pero --preguntó el jesuita-- creía haber sido llamado para oír una confesión. ¿Es confesión lo que me estáis diciendo?

-- ¿Y a qué fin esa pregunta?

--Para saber si debo guardar el secreto de vuestras palabras.

--Mis palabras son términos de confesión, y las confío a vuestros deberes de confesor.

--¡Muy bien! --dijo el padre instalándose en el sillón. que el franciscano acababa de dejar con gran trabajo para echarse en la cama.

El franciscano prosiguió:

--Hay, os decía, varias personas en esta hostería.

--Ya lo he oído.

--Esas personas deben ser en número de ocho.

El jesuita hizo seña de que comprendía.

--La primera a quien deseo hablar --dijo el moribundo--, es un alemán de Viena, que se llama el barón Wostpur. Hacedme el favor de irle a buscar, y decidle que ha llegado el que esperaba.

El confesor miró con sorpresa al penitente, pues la confesión le parecía bastante singular.

--Obedeced --dijo el religioso con el tono irresistible del mando. Subyugado enteramente el buen jesuita, se levantó y salió de la habitación.

Después que el franciscano se vio solo volvió a tomar los papeles que un acceso de calentura le había obligado a dejar.

-- ¿El barón de; Wostpur?            ¡Bueno! --  
dijo--: ambicioso, imbécil, mezquino. Volvió a doblar sus papeles, y los metió debajo de la almohada. Oyéronse pasos rápidos al extremo del corredor.

Su confesor volvió, seguido del barón de Wostpur, el cual caminaba con la cabeza levantada, como si tratase de hacer saltar el techo con la pluma de su sombrero.

Así fue que al ver a aquel franciscano de sombría mirada en un aposento de tan modestas apariencias:

--¿Quién me llama? --preguntó el alemán.

-- ¡Yo! --contestó el franciscano. En seguida, volviéndose al confesor:

--Buen padre --le dijo--, dejadnos solos por un momento; cuando el señor salga, podréis entrar.

El jesuita salió, y sin duda aprovechóse de aquel destierro momentáneo del cuarto del moribundo para pedir al hostelero algunas explicaciones acerca del extraño penitente, que trataba a su confesor como se trata a un ayuda de cámara.

El barón se acercó a la cama, y quiso hablar; pero el franciscano impuso silencio con un ademán.

--Los momentos son preciosos --observó este último apresuradamente--. Habéis venido aquí para el concurso, ¿no es verdad?

--Así es, padre mío.

-- ¿Esperáis ser elegido general?

--Lo espero.

--¿Y sabéis las condiciones necesarias para llegar a ese elevado puesto, que hace a un hombre señor de los reyes, e igual a los papas?

-- ¿Y quién sois vos --exclamó el barón--, para hacerme sufrir semejante interrogatorio?

-- Soy el que aguardabais.

--¿El elector general?

--Soy el elegido.

--Sois...

El fraile no le dio tiempo para concluir, y extendió su mano macilenta, en la que brillaba el anillo del generalato.

El barón retrocedió sorprendido, e inclinándose al punto con profundo respeto:

—¡Cómo! —murmuró—. ¡Vos aquí, monseñor, en este mezquino cuarto, en este miserable lecho, buscando y eligiendo el general futuro, es decir vuestro sucesor!

—No os inquietéis por esto, señor; llenad lo antes posible la condición principal, que consiste en suministrar a la Orden un secreto de tal importancia que por mediación vuestra quede enfeudada para siempre a la Orden alguna de las principales cortes de Europa; Veamos, ¿poseéis ese secreto, según lo prometisteis en la petición que habéis dirigido al Gran Consejo?

—Monseñor...

—Ante todo procedamos con orden... ¿Sois realmente el barón de Wostpur?

--Sí, monseñor.

--¿Esta carta es vuestra?

El general de los jesuitas sacó un papel del legajo; y se lo presentó al barón.

--Sí, monseñor; esta carta es mía --dijo.

--¿Y podéis enseñarme la contestación dada por el secretario del Gran Consejo?

--Aquí está, monseñor:

El barón alargó al franciscano una carta con el siguiente sobre: A Su Excelencia el barón de Wostpur.

Dicha epístola. contenía sólo estas palabras:

Del 15 al 22 de mayo. Fontainebleau, hostería "El Hermoso Pavo Real".

"A. M. D. G." 1

--¡Bien! --dijo el franciscano--. Ya estamos frente a frente, y podéis hablar.

— Tengo acampado en el Danubio un cuerpo de tropas, compuesto la majorem Dei gloriam de cincuenta mil hombres, cuyos oficiales están ganados todos. En cuatro días puedo vencer al emperador, que, como sabéis, es opuesto a los progresos de nuestra Orden, y remplazarlo por el príncipe de su familia que la Orden nos designe.

El franciscano escuchaba sin dar señales de existencia

—¿Es eso todo? —dijo.

—Va envuelta en mi plan una revolución europea —repuso el barón.

—Está bien; señor de Wostpur; ya recibiréis la contestación. Volveos a vuestro cuarto, y procurad encontraros fuera de Fontainebleau dentro de un cuarto de hora.

El barón se retiró sin volver la espalda, tan obsequioso como si se apartara de aquel mismo emperador a quien pensaba traicionar.

-- Eso no es un secreto --murmuró el franciscano--, sino una conjuración... Además --añadió después de un momento de reflexión--, el porvenir de Europa no está hoy en la casa de Austria.

Y, con un lápiz rojo que tenía en la mano, tachó el nombre del barón de Wostpur.

--Vamos ahora con el cardenal --dijo--; por parte de España debemos tener cosas más serias.

Levantando entonces los ojos, vio al confesor, que esperaba sus órdenes sumiso como un novicio.

--¡Hola, hola! --dijo notando aquella sumisión--. ¿Habéis hablado con el hostelero?

monseñor; y con el médico. ¿Con Grisart?

--Sí.

-- ¿Está ahí, según eso?

--Espera con la poción prometida.

—¡Está bien! Si necesito llamaré. Supongo que comprenderéis ahora toda la importancia de mi confesión, ¿no es cierto?

—Sí, monseñor.

—Entonces, id en busca del cardenal español, Heredia. Daos prisa. Sólo tengo que advertiros que, como sabéis de qué se trata, podéis quedáros a mi lado, pues me dan vahídos.

— ¿Queréis que llame al médico?

—No, todavía no... Al cardenal español:: Andad.

Cinco minutos después se hallaba el cardenal, inquieto y pálido, en el aposento consabido.

— He sabido, monseñor... —balbucía el cardenal.

—Al hecho —dijo el franciscano con voz apagada.

Y mostró al cardenal una carta, escrita por este último al Gran Consejo.

-- ¿Es vuestra letra? --preguntó.

--Sí; pero...

-- ¿Y vuestra convocatoria?

El cardenal vacilaba en responder. Su púrpura se rebelaba contra el sayal del pobre franciscano.

El moribundo extendió la mano, y enseñó su anillo.

El anillo causó su efecto, que era tanto mayor, cuanto mas elevado el personaje a quien se dirigía el franciscano.

--¡El secreto, el secreto, pronto! -- pidió el enfermo, apoyándose sobre su confesor.

--¿,Coram isti? --preguntó inquieto el cardenal.

--Hablad español dijo el fraile prestando la más viva atención.

--Ya sabéis, monseñor --dijo el cardenal continuando la conversación en castellano--, que se ha puesto como condición al enlace de la infanta con el rey de Francia la renuncia absoluta de los derechos de la expresada infanta, como asimismo del rey Luis, a todo patrimonio de la corona de España.

El religioso hizo una señal afirmativa.

-- Resulta de ahí --continuó el cardenal--, que la paz y la alianza entre los dos reinos dependen del cumplimiento de esta cláusula del contrato.

Igual seña de parte del franciscano.

-- No sólo Francia y España --dijo el cardenal--, sino Europa entera se perturbaría con la infidelidad de cualquiera de las partes.

Nuevo movimiento de cabeza del enfermo.

-- Resulta de ahí --prosiguió el orador--, que el que pudiese prever los acontecimientos y

tener como seguro lo que nunca está sino en tinieblas en el espíritu del hombre, esto es, la idea del bien o del mal venideros, preservaría al mundo de una inmensa catástrofe, o lograría convertir en provecho de la Orden el suceso adivinado en la cabeza del mismo que lo preparara.

—¡Pronto, pronto! —dijo el franciscano perdiendo el color por momentos y reclinándose sobre el sacerdote.

El cardenal acercóse al oído del moribundo.

—Pues bien, monseñor —dijo—; sé que el rey de Francia ha decidido que al primer pretexto, una muerte, pongo por caso, sea del rey de España o de algún hermano de la infanta, Francia reivindicaría con las armas en la mano, la herencia, y pasee el plan político concertado por Luis XIV con dicho motivo.

—¿Ese plan? —preguntó el franciscano.

—Vedlo aquí —respondió el cardenal.

----¿De qué mano está escrito?

---De la mía

--¿No tenéis más que decir?

--Creo haber dicho mucho, monseñor --  
contestó el cardenal.

--Así es, habéis prestado un gran servicio a la Orden. Pero; ¿cómo os habéis procurado los detalles que os han aprovechado para combinar ese plan?

--Tengo pagados a los criados inferiores del rey de Francia para que me faciliten los papeles de su uso que consiguen escapar del fuego de la chimenea.

--No deja de ser ingenioso el medio --  
murmuró el fraile procurando sonreír--. Señor cardenal, dentro de un cuarto de hora, saldréis de la hostería, y se os dará la contestación. Podéis marcharos.

El cardenal se retiró.

--Decid a Grisart que pase, e id a buscar al veneciano Marini el enfermo. Mientras el confesor obedecía, el franciscano, en lugar de borrar el nombre del cardenal, como había hecho con el del barón, trazo una cruz al lado de aquel nombre. Luego, como si sucumbiese a aquel esfuerzo, se dejó caer sobre la cama, murmurando el nombre, del doctor Grisart.

Cuando volvió en sí había bebido la mitad de una poción, cuya otra mitad quedaba aún en un vaso, y estaba sostenido, por el médico, mientras el confesor y el veneciano aguardaban junto a la puerta.

El veneciano pasó por las mismas formalidades que sus dos concurrentes vaciló como ellos a la vista de aquellas dos personas extrañas, y, tranquilizado por las palabras del general, reveló que el papa, asustado del poder de la Orden, fraguaba un plan de expulsión general de los jesuitas, y estaba en tratos con las cortes de Europa a fin de obtener su cooperación. Indicó

quiénes eran los auxiliares del pontífice, sus medios de acción, designando el punto del Archipiélago adonde, por efecto de un golpe de mano, debían ser deportados dos cardenales adeptos del año onceno, y, por tanto, jefes superiores, juntamente con treinta y dos de los principales afiliados de Roma.

El franciscano dio las gracias al signor Marini, porque no era pequeño el servicio que hacía a la sociedad con la revelación de aquel proyecto pontifical.

Después recibió el veneciano la orden de marchar dentro de un cuarto de hora, y se retiró gozoso, como si tuviese ya el anillo, insignia del mando de la sociedad.

Pero mientras se ausentaba, murmuraba el franciscano en su lecho:

--Todos estos hombres son espías o esbirros; en ninguno de ellos veo un general. Todos han descubierto conspiraciones; mas ninguno posee

un secreto. No es con la ruina, ni con la guerra, ni con la fuerza, como debe gobernar, la Compañía de Jesús, sino con la influencia que presta la superioridad moral. No, no encuentro al hombre, y, para mayor desgracia, Dios me hiere, y me hiere de muerte. ¡Oh!, ¿Habrá de perecer conmigo la Compañía por falta de una columna? ¿Será necesario que la muerte que me aguarda devore conmigo el porvenir de la Orden, porvenir que, con diez años de vida, habría yo hecho eterno, según lo espléndido que se presenta con el reinado del nuevo rey!

El buen jesuita escuchaba con espanto aquellas palabras medio pensadas y medio pronunciadas, como se escuchan los delirios de un calenturiento, mientras que Grisart, espíritu más cultivado, las devoraba como revelaciones de un mundo desconocido, donde penetraba su mirada sin que pudiera su mano tocarlo.

De pronto se incorporó el franciscano.

--Terminemos --dijo--; la muerte se apodera de mí. ¡Oh! Hace poco esperaba morir tranquilo. . Y ahora muero sin esperanza, a menos que entre los que quedan...¡Grisart, Grisart! ¡Hacedme vivir una hora más!

Grisart se aproximó al moribundo, y le hizo tragar algunas gotas, no de la poción que había quedado en el vaso, sino del contenido de un frasco que llevaba consigo.

--¡Llamad al escocés! --murmuró el franciscano--. ¡Llamad al comerciante de Brema! ¡Llamadlos, llamadlos!... ¡Jesús! ¡Me muero! ¡Jesús! ¡Me ahogo!

El confesor salió en busca de auxilios, como si hubiera allí una fuerza humana que pudiese levantar el dedo de la muerte que pasaba ya sobre el enfermo; pero en el umbral de la puerta tropezó con Aramis, el cual, con un dedo en la boca, le rechazó de una mirada hasta el interior del cuarto.

El médico y el confesor hicieron, no obstante, un movimiento, después de consultarse con los ojos, para apartar a Aramis: Pero éste, con dos señales de la cruz, hechas cada cual de manera diferente, dejó a los dos clavados en su sitio.

—Un jefe murmuraron ambos. Aramis penetró lentamente en el cuarto donde el paciente luchaba contra los primeros esfuerzos de la agonía.

En cuanto al franciscano, ora fuese que el elixir produjera su efecto, ora que la aparición de Aramis le diese nuevas fuerzas, hizo un movimiento, y, con los ojos ardientes; la boca entreabierta y los cabellos húmedos de sudor, se incorporó en la cama.

Aramis notó que la atmósfera de aquel cuarto era sofocante; todas las ventanas estaban cerradas; en la chimenea había lumbre encendida, y dos velas de cera que se corrían sobre los candelabros de cobre, caldeaban todavía más la habitación con su denso vapor.

Aramis abrió la ventana, y, fijando en el moribundo una mirada lleno de inteligencia y de respeto:

— Monseñor —le dijo—, os pido Perdón por haber venido sin que me hayáis mandado llamar; pero vuestro estado me ha alarmado sobremanera, y temía que pudieseis morir antes de haberme visto, pues me hallo colocado en sexto lugar en vuestra lista.

El moribundo se estremeció y consultó la lista.

—¿De modo que sois el que se llamó un tiempo Aramis, y después caballero de Herblay? ¿Sois el obispo de Vannes?

——Sí, monseñor.

—Os conozco, pues os he visto otra vez.

En el último jubileo nos hallamos juntos en el palacio del Padre Santo.

— ¡Ah! Sí, es cierto. ¡Me acuerdo! ¿Y os ponéis entre los concurrentes Monseñor, he oído decir que la Orden necesitaba poseer un gran secreto de Estado, y sabiendo que por modestia resignabais de ante mano vuestro cargo en la persona que os proporcionase ese secreto, escribí que estaba pronto a entrar en concurrencia, poseyendo sólo un secreto que considero importante.

— Hablad —dijo el religioso—. Estoy pronto a oíros, y a juzgar de la importancia de ese secreto.

—Monseñor, un secreto del valor del que voy a tener la honra de confiaros, no se dice con palabras. Toda idea que llega a salir del limbo del pensamiento, y se vulgariza por una manifestación cualquiera, deja de pertenecer hasta al mismo que la ha concebido. La palabra puede ser recogida por un oído atento y enemigo, y por lo tanto es necesario no sembrar la a la ventura.

—¿Pues en qué forma deseáis trasmitirme vuestro secreto? —preguntó el moribundo. —

Aramis hizo un ademán al médico y al confesor en señal de que se alejasen, y, con la otra mano entregó al franciscano un papel cerrado con una doble cubierta.

—¿Pues en lo escrito —preguntó el franciscano—, no hay aún más peligro que en lo hablado?

—No, monseñor —dijo Aramis—; porque bajo esa cubierta hallaréis caracteres que sólo vos y yo podemos comprender.

El fraile contemplaba a Aramis con una sorpresa que iba cada vez en aumento.

—Esa es —continuó éste—, la cifra que teníais en 1655, y que sólo vuestro secretario Juan Juan, que ya ha muerto, podría descifrar si volviera al mundo.

—Fui yo el que se la dio.

E inclinándose Aramis, con una gracia llena de respeto, adelantóse hacia la puerta como para salir.

Detúvole, no obstante, un gesto del franciscano acompañado de un grito en señal de que se acercase.

— ¡Resús! —exclamó—. ¡EcceHamo!

Y leyendo por segunda vez él papel:

—¡Venid pronto —dijo—, venid! Aramis se acercó al franciscano con el mismo rostro sereno y el mismo aire respetuoso.

El franciscano, con el brazo extendido, quemaba en la llama de la vela el papel que le había entregado Aramis.

Luego, cogiendo la mano de Aramis y acercándole hacia sí:

— ¿Cómo y por quién habéis podido averiguar semejante secreto? —preguntó.

-- Por madame de Chevreuse, amiga , y confidente de la reina --contestó el obispo de Vannes.

--¿Y madame de Chevreuse?

--Ha muerto.

-- ¿Y lo sabían otros?

-- Tan sólo un hombre y una mujer del pueblo.

-- ¿Quiénes eran?

--Los que lo habían criado.

--¿Y qué ha sido de ellos?

-- También han muerto... Este secreto quema como el fuego.

--Y, sin embargo, ¿vos habéis sobrevivido a él?

--Todo el mundo ignora que soy sabedor de él.

--¿Qué tiempo hace que poseéis ese secreto?

-- Quince años.

--¿Y lo habéis guardado?

--No quería morir.

--¿Y lo dais a la Orden sin ambición? -- preguntó intencionadamente el franciscano.

-- Lo doy a la Orden con ambición y por recompensa --dijo Aramis--, porque si vivís, señor, haréis de mí, ahora que me conocéis, lo que puedo y debo ser.

--¡Y como voy a expirar --exclamó el franciscano--, hago de ti mi sucesor!... ¡Toma!

Y, arrancándose el anillo, lo puso en el dedo de Aramis.

En seguida, volviéndose hacia los dos espectadores de aquella escena:

--Sed testigos --dijo--, y afirmad en el caso necesario, que hallándome enfermo de cuerpo,

pero sano de espíritu, he entregado libre y voluntariamente este anillo, signo de la omnipotencia, a monseñor de Herblay, obispo de Vanes, a quien nombro sucesor mío, y ante quien yo, humilde pecador, próximo, a comparecer ante Dios, me inclino el primero para dar ejemplo a todos.

Y el franciscano se inclinó, en efecto, mientras el jesuita y el medico se prosternaban de rodillas.

Aramis, poniéndose más pálido que el moribundo, extendió sucesivamente sus miradas sobre los actores de aquella escena.

La ambición satisfecha afluía con la sangre hacia su corazón.

—Démonos prisa —dijo el franciscano—, pues me urge y acosa en extremo lo que tenía que hacer aquí. Quizá no llegue a terminarlo.

—Yo lo terminaré —dijo Aramis.

--Corriente --dijo el franciscano. Y, dirigiéndose en seguida al jesuita y al médico:

-- Dejados solos --dijo.

Los dos obedecieron.

--Con este signo --dijo-- sois el hombre que se necesita para remover la Tierra; con este signo derribáis y edificáis. ¡Con este signo, vences! Cerrad la puerta --dijo el franciscano a Aramis.

Aramis corrió el cerrojo y volvió al lado del franciscano.

--El papa ha conspirado contra la Orden --dijo el franciscano--, el papa debe morir.

-- Morirá --dijo tranquilamente Aramis..

-- Se deben setecientas mil libras a un comerciante de Brema, llamado Bonstett, que venía a buscar la garantía de mi firma.

--Se le pagarán --dijo Aramis. Seis caballeros de Malta, aquí están los nombres, han descubierto, por imprudencia de un afiliado del año

onceno, los terceros misterios; es preciso averiguar qué han hecho del secreto aquellos hombres, recogerle y extinguirlo.

--Se hará.

--Deben ser enviados al Tibet, para perecer allí, tres afiliados peligrosos que han sido condenados. Aquí tenéis sus nombres.

--Haré cumplir la sentencia.

--Por último, hay una señora de Amberes, sobrina segunda de Ravillac, que tiene en su poder ciertos papeles que comprometen a la Orden. Hace cincuenta y un años que hay en la familia una pensión de cincuenta mil libras. La pensión es demasiado gravosa; la Orden no es rica... Es preciso rescatar esos papeles por una suma de dinero dada una vez, o en caso negativo suprimir la pensión... sin riesgo.

-- Procuraré hacerlo --dijo Aramis.

--La semana última ha debido entrar en Lisboa un buque procedente de Lima; viene cargado ostensiblemente de chocolate, pero en realidad, su cargamento es de oro. Cada lingote está oculto bajo una capa de chocolate. Ese buque es de la Orden; vale diez y siete millones de libras. Lo haréis reclamar, aquí están las cartas de porte.

-- ¿Y a qué puerto lo he de hacer venir?

--A Bayona.

--Salvo que haya vientos adversos, estará allí antes de tres semanas. ¿Tenéis algo más que encargar?

El franciscano hizo con la cabeza una señal afirmativa, porque no podía ya hablar: agolpóse la sangre a la garganta y a la cabeza, y empezó a salirle por boca, narices y ojos. El infeliz no tuvo tiempo más que para apretar la mano de Aramis, y cayó con todo el cuerpo crispado desde la cama al suelo.

Aramis le colocó la mano en el corazón, había cesado de latir.

Al bajarse, Aramis advirtió que habíase librado de las llamas un fragmento del papel entregado al franciscano.

Lo recogió, y lo quemó hasta el último átomo.

Luego, llamando al confesar y al médico:

—Vuestro penitente está con Dios —dijo al confesor—; no necesita ya más que preces la sepultura de los muertos. Id a preparar lo conveniente para un entierro sencillo, como corresponde a un pobre fraile. . . Id.

El jesuita salió. Entonces, volviéndose al médico y viendo pintada en su pálido rostro la ansiedad:

— Señor Grisart —le dijo en voz baja—, vaciad el vaso y limpiadlo, queda ahí mucho, más de lo que el Gran Consejo os mandó poner.

Grisart, confuso, aturdido, aterrado, estuvo a punto de caer de espaldas.

Aramis se encogió de hombros en señal de compasión, tomó el vaso y vació su contenido en las cenizas del hogar.

En seguida salió, llevándose los papeles del difunto.

## CXXVII

### LA MISIÓN

A la mañana siguiente, o mejor dicho, aquel mismo día, porque los sucesos que acabamos de referir habían terminado a las tres de la mañana, antes del desayuno, como el rey partiera para la misa con las dos reinas, como Monsieur, con el caballero de Lorena y algunos otros familiares, montara a caballo para dirigirse al río, con objeto de tomar uno de aquellos famosos

baños que tanto enloquecían a las damas; como sólo quedase Madame en el palacio, que, so pretexto de hallarse indispuesta, no quiso salir, vióse, a mejor dicho, se distinguió apenas a Montalais deslizarse fuera de la cámara de las camaristas, llevando tras de sí a La Vallière, que se ocultaba todo lo posible; y las dos, esquivándose por los jardines, llegaron, mirando en torno suyo, hasta los tresbolillos.

El tiempo estaba nebuloso; un viento cálido doblaba las flores y los arbustos; el polvo abrasador, arrancado de los caminos, subía a torbellinos por cima de los árboles.

Montalais, que, durante toda la marcha había desempeñado las funciones de un diestro explorador, dio algunos pasos más, y, volviéndose para asegurarse de que nadie se acercaba ni las oía:

-- ¡Vamos --dijo--, gracias a Dios estamos solas! Desde ayer, todo el mundo espía, aquí, y se ha formado un círculo a nuestro alrededor

como si en realidad estuviésemos atacadas de la peste.

La Vallière bajó la cabeza y exhaló un suspiro.

--Es inaudito --prosiguió Montalais--. Desde el señor Malicorne hasta el señor de Saint Aignan, todo el mundo anda a vueltas con nuestro secreto. Vamos, Luisa, recordemos algunas circunstancias, para saber á qué atenerme:

La Vallière levantó sobre su compañera sus bellos ojos, puros y penetrantes como el azul de un cielo de primavera.

--Y yo --dijo-- te preguntaré por qué hemos sido llamadas al cuarto de Madame; por qué hemos dormido en su habitación en vez de dormir en la nuestra, según costumbre; por qué te has retirado tan tarde y de dónde proceden esas medidas de vigilancia que se han tomado esta mañana con respecto a nosotras.

-- Mi querida Luisa, responder a mi pregunta con otra, o más bien con diez, lo que no es responder... Ya te explicaré eso más tarde, y como son cosas de importancia secundaria, bien podrás esperar. Lo que te pregunto, porque todo depende de eso, es si hay o no secreto.

--No sé si hay secreto --repuso La Vailliére-- , pero lo que te puedo decir es que, por mi, parte a lo menos, ha habido imprudencia; desde mis necias palabras y mi desmayo, aún más necio, de ayer, todo el mundo hace aquí sus comentarios acerca de nosotras.

--Habla por ti, amiga mia --dijo riendo Montalais--, por ti y por Tonnay Charente, que hicisteis ayer declaraciones a las nubes, declaraciones que desgraciadamente han sido interceptadas.

La Vallière bajó la cabeza.

--Tus palabras --dijo-- me trastornan.

--¿Mis palabras?

-- Esas chanzas me dan la muerte.

--Escucha, escucha, Luisa. No son chanzas éstas, antes por el contrario, no hay cosa más seria. No creas que te he arrancado de Palacio, que he faltado a la misa, que he fingido una jaqueca con Madame, jaqueca que tanto teníamos una como otra, y que he desplegado, por fin, diez veces más diplomacia de la que ha heredado el señor Colbert del señor Mazarino y de la que usa con el señor Fouquet, para venir a referirte mis penas con el solo fin de que, cuando estamos solas y nadie nos escucha, vengas a jugar conmigo. No, no, créeme; cuando te pregunto no es por mera curiosidad, sino porque la situación es crítica realmente. Se sabe lo que dijiste ayer y murmúrase sobre el particular. Cada cual viste las cosas a su manera; tú has tenido esta noche el honor, y lo tienes todavía esta mañana, de ser objeto de la conversación de toda la Corte, y la infinidad de frases afectuosas y felices que te atribuyen sería capaz de

excitar la envidia de la señorita Scúderi y de su hermano, si les fuesen referidas con exactitud.

—¡Vaya, mi buena Montalais! —dijo la infeliz niña—. Mejor que nadie sabes tú lo que dije, puesto que lo dije delante de ti.

— ¡ Oh! Bien lo sé; pero la cuestión no está en eso. No he olvidado ni una sola de las palabras que pronunciaste; ¿pero pensabas tú lo que decías?

Luisa se turbó.

— ¿Todavía con preguntas? —murmuró. A pesar de que daría cuanto tenga para olvidar lo que dije, no parece sino que todo el mundo se pone de acuerdo, para hacérmelo traer, a la memoria. ¡Oh! Esto es inaguantable.

———¿El qué? Vamos a ver.

—¡El tener una amiga que debería evitarme molestias, aconsejarme y ayudarme a salir del apuro, y en lugar de eso me mata y me asesina!

—¡Bah, bah! —exclamó Montalais—. Después de haber dicho muy poco, vienes ahora diciendo demasiado. Nadie intenta matarte, ni robarte, ni aun siquiera tu secreto; lo que se quiere es tenerlo de buena voluntad y no de otro modo, porque no se trata sólo de tus asuntos, sino de los nuestros, eso es cosa que diría Tonnay Charente, lo mismo que yo, si estuviera aquí. Ello es que anoche me pidió una entrevista en nuestro cuarto, y cuando me dirigía allá después de los coloquios manicampos y malicornios, supe a mi regreso, que fue verdaderamente algo tardío, que Madame había secuestrado a las camaristas, y que teníamos que dormir en su cuarto en vez de dormir en el nuestro. Pues ahora bien; Madame secuestró a las camaristas para que no tuvieran tiempo de recordar incidentes, y con ese mismo objeto se encerró esta mañana con Tonnay Charente. Dime, pues, querida amiga, en qué podemos contar contigo; Atenaida y yo, que después te diremos en lo que podrás contar con nosotras.

—No comprendo bien la pregunta que me haces —dijo Luisa con suma agitación.

— ¡Hum! Pues creo, por el contrario, que me comprendes demasiado bien. Pero quiero precisar mis preguntas, para que no puedas echar mano del menor subterfugio. Escucha, pues: ¿Amas al señor de Bragelonne? Se me figura que la pregunta es clara, ¿eh?

A tal pregunta, que cayó como el primer proyectil de un ejército sitiador en una plaza sitiada, hizo Luisa un movimiento.

— ¡Si amo a Raúl! —exclamó—. ¡El amigo de mi infancia! ¡Mi hermano!

—No, no es eso, todavía te me escapas, o, por mejor decir, te me quieres escapar. No te pregunto si quieres a Raúl, tu amigo de la infancia y hermano tuyo, sino si amas al señor vizconde de Bragelonne, tu prometido.

— ¡Ay, Dios santo, querida! —dijo Luisa—. ¡Qué severas son tus palabras!

--No hay remisión; no soy ni más ni menos severa que de costumbre; te dirijo una pregunta, y quiero que me respondas a ella.

-- Seguramente --dijo Luisa con, voz sofocada-- que no me hablas como amiga; pero yo te contestaré como amiga sincera.

-- Responde.

--Pues bien, tengo mi corazón lleno de escrúpulos y de ridículas susceptibilidades acerca, de todo aquello sobre lo cual debe guardar secreto una mujer, y nadie ha leído en ese punto en lo íntimo de mi alma.

--Bien lo sé, pues si hubiese leído , en ella, no te preguntaría, sino que te diría simplemente: "Querida Luisa, tienes la felicidad de conocer al señor de Bragelonne, que es un buen mozo y un partido excelente para una muchacha sin fortuna, El señor de la Fère dejará unas quince mil libras de renta a su hijo; por consiguiente, llegará un día en que tú, como mujer de ese hijo,

tendrás tus quince mil libras de renta. Ya ves que eso es cosa muy bonita. No vayas, pues, a derecha ni a izquierda, sino dirígete francamente al señor de Bragelonne; esto es, al altar adonde debe conducirte. ¿Después?.. Allá se verá; según su carácter, serás emancipada o esclava, es decir, que tendrás el derecho a hacer todas las locuras que hacen las mujeres demasiado libres o demasiado esclavas." Ahí tienes, querida Luisa, lo que te diría si hubiese leído en el fondo de tu corazón.

--Y yo te daría las gracias --balbuceó Luisa-- , aunque el consejo no me parece enteramente bueno.

--Aguarda.. . aguarda... A renglón seguido de habértelo dado, añadiría: "Luisa, es peligroso pasar días enteros con la cabeza abatida sobre el pecho, las manos inertes, la mirada vaga; es peligroso buscar las avenidas sombrías y no participar de las diversiones que regocijan los corazones de todas las jóvenes; es peligroso,

Luisa, escribir con la punta del pie; como sueles hacer, sobre la arena, letras que, por más que te apresures a borrarlas; siempre aparecen por debajo del talón, principalmente cuando esas letras se asemejan más a una L que a una B; es peligroso, en fin, forjarse allá en la mente mil extrañas ilusiones, fruto de la soledad y de los dolores de cabeza; esas ilusiones socavan las mejillas de una pobre muchacha al mismo tiempo que su cerebro, y no es cosa rara ver en esas ocasiones a una persona de amable y risueño trato volverse taciturna y fastidiosa, y a la de más talento convertida en una imbécil."

-- Gracias; mi querida Aura --replicó con dulzura La Vallière--; es muy propio de tu carácter hablarme así, y te doy las gracias por hablarme conforme a tu carácter.

--Y en lo que digo me refiero a los sueños quiméricos; de consiguiente, no tomes de mis palabras sino lo que creas que debes tomar. Mira, no sé qué cuento se me viene ahora a la

memoria respecto a cierta ;muchacha vaporosa o melancólica, porque el señor Dangeau me explicaba el otro `día que melancolía debía escribirse gramaticalmente con una h entre la c y la o, por ser término compuesto de dos palabras griegas, una de las cuales significa *negra* y la otra bilis. Estaba pensando, pues, en esta joven que murió de bilis *negra*, por haberse figurado que el príncipe, el rey o el emperador.—.. el 'título es lo de menos, estaba muerto de amor" por ella; mientras que el príncipe, el rey o el emperador... como quieras llamarlo, amaba visiblemente a otra, y lo más extraño era que la pobre no advertía lo que advertía todo el mundo, :que no servía :más: que de pantalla, para otro amor:. ¿No es cierto, La Vallière, que te ríes como yo de esa pobre loca?

—Sí que me río —tartamudeó Luisa, pálida como un cadáver—.

— Y con razón, pues la cosa lo merece. La historia o cuento, como quieras llamarlo, me agra-

dó, y por eso lo retuve en la memoria y te lo refiero. ¿Te figuras, mi querida Luisa, el estrago que haría en tu cerebro, por ejemplo, una melancolía con de especie? Por mi parte, he resuelto contarte la historieta para que, si a cualquiera de nosotras nos sucediese un lance semejante, estemos persuadidas de esta verdad: hoy es un añagaza; mañana será una rechifla; pasado mañana ha de ser la muerte.

La Vallière se estremeció, más lívida aún de lo que estaba.

--Cuando un rey se ocupa de nosotras --continuó Montalais--; nos lo hace ver claramente, y, si somos el bien que codicia, sabe cómo debe comportarse. Ya ves, Luisa, que en tales circunstancias, entre muchachas expuestas a semejante peligro, es preciso hacerse toda clase de confianzas, a fin de que los corazones no melancólicos vigilen a dos que pueden llegar a serlo.

--¡Silencio; silencio! --murmuró La Vallière--. Alguien viene.

--Vienen, en efecto --dijo Montalais--; pero, ¿quién puede venir? Todo el mundo está en misa con el rey, o en el baño con Monsieur. Al extremo de la avenida divisaron casi al punto, bajo el arco de verdura, el andar gracioso y la aventajada estatura de un joven que, con su espada bajo el brazo y una capa encima, puesto de boas y espuelas, las saludaba de lejos con dulce sonrisa.

--¡Raúl! --gritó Montalais.

--¡El señor de Bragelonne! -- murmuró; Luisa.

--Aquí tenemos al juez que puede dirimir mejor nuestra contienda --dijo Montalais.

--¡Oh! ¡Montalais; Montalais, por piedad! -- prorrumpió La Vallière--. ¡Después de haber sido cruel, no seas inexorable!

Estas palabras pronunciadas con todo el ardor de una súplica, borrarón del rostro al menos, si no del corazón de Montalais, todo el indicio de ironía.

— ¡Oh! ¡Bella estáis cual otro Amadís, señor de Bragelonne! —le dijo a Raúl—. ¡Y armado y calzado como él!

— Mis respetos, señoritas —respondió Bragelonne inclinándose.

—Mas en fin; ¿por qué esas botas? —decía Montalais, mientras que La Vallière, mirando a Raúl con sorpresa igual a la de su compañera, guardaba, sin embargo; silencio.

— ¿Por qué? —preguntó Raúl.

—Sí —aventuró a su vez La Vallière.

— Porque parto dijo — Bragelonne mirando a Luisa.

La joven se sintió acometida de un supersticioso terror, y se le fue la vista.

-- ¡Marcháis, Raúl! --dijo--. ¿Y adónde?

--Mi querida Luisa --dijo el joven con aquella placidez que le era natural--, marchó a Inglaterra.

-- ¿Y qué vais a hacer allí?

-- El rey me envía.

--¡El rey! --exclamaron al mismo tiempo Luisa y Aura, cambiando involuntariamente una mirada, porque recordaban una y otra la conversación interrumpida hacía poco.

Aquella mirada, Raúl la interceptó, pero no podía comprenderla. La atribuyó por consiguiente, al interés que tenían hacia él las dos jóvenes.

--Su Majestad --dijo-- se ha dignado acordarse de que el conde de la Fère había sido bien recibido por el rey Carlos II. Por tanto, esta mañana, al partir para la misa, el rey, viéndome en su camino, me ha hecho una señal con la cabe-

za. Entonces me he acercado: "Señor de Brage-lonue --me ha-- dicho--, pasaréis por casa del señor Fouquet, que ha recibido, de mí cartas para el rey de la Gran Bretaña; vos seréis el portador de esas cartas." Yo me incliné. "¡Ah! Antes de partir --añadió-- tendréis la amabilidad de presentaros a Madame y recibir los encargos de la princesa para el rey su hermano."

--¡Dios mío! --murmuró Luisa, nerviosa y pensativa a la vez. --¡Tan pronto! ¿Se os manda marchar tan pronto?--dijo Montalais paralizada por aquel extraño acontecimiento.

--Para obedecer bien a aquellos a quienes se respeta --dijo --Raúl--, es necesario obedecer pronto. Diez minutos después de recibir la orden, estaba dispuesto. Madame avisada ya, escribe la carta, de la que me hace el honor de encargarme. Entretanto, sabiendo por la señorita de Tonnay Charente que debíais estar hacia los tresbolillos, he venido y os encuentro a ambas.

--Y las dos bastante dolientes, como veis -- dijo Montalais, para ir en auxilio de Luisa, cuya fisonomía se alteraba visiblemente.

-- ¡Dolientes! --repitió Raúl tomando con tierna curiosidad la mano de Luisa de La Vallière: ¡Oh!

Efectivamente, vuestra mano ésta helada.

--Eso no es nada.

-- Ese frío no llega hasta el corazón, ¿no es verdad, Luisa? --preguntó el joven con dulce sonrisa.

Luisa levantó vivamente la cabeza, como si esta pregunta hubiese sido inspirada por una sospecha y hubiera provocado un remordimiento.

-- ¡Oh! Sabéis --dijo con esfuerzo--, que nunca mi corazón estará frío para un amigo como vos, señor de Bragelonne.

--Gracias, Luisa. Conozco vuestro corazón y vuestra alma, y no es por el contacto de una mano, ya lo sé, como se juzga un afecto como el vuestro. Luisa, ya sabéis cuánto os amo, con qué confianza y abandono os he dado mi vida; me perdonaréis, pues, ¿no es cierto?, que os hable de manera un poco infantil.

--Hablad, Raúl --contestó Luisa temblorosa--; os escucho.

--Puedo alejarme de vos llevándome un tormento, absurdo, ya lo sé, pero, que sin embargo me desgarrar.

-- ¿Acaso os alejáis por largo tiempo? -- preguntó La Vallière con voz oprimida, mientras que Montalais volvía la cabeza.

--No, y probablemente no permaneceré ausente más de quince días.

La Vallière apoyó una mano sobre su corazón, que se le destrozaba.

--Es extraño --continuó Raúl, mirando melancólicamente a la joven--; muchas veces me he separado de vos para ir a encuentros peligrosos, partía alegre entonces, con el corazón sereno; el alma embebida en un porvenir de felicidad, de futuras esperanzas, y sin embargo, se trataba para mí de desafiar las balas de los españoles o las duras lamas de las valones. Hoy, voy sin ningún peligro, sin inquietud alguna, a buscar por el camino más recto una bella recompensa que me promete el favor del rey, voy a conquistaros tal vez; porque, ¿cuál otro favor más precioso que el de poseeros podría el, rey concederme? Pues bien, Luisa, no sé, en verdad, cómo es, pero toda esa dicha, todo ese porvenir, huye ante mis ojos como vano humo, como sueño quimérico, y siento aquí, en lo más profundo del alma, un gran pesar, un indecible abatimiento, algo triste, de inerte y de muerte, como un cadáver. ¡Oh! Sé muy bien por qué, Luisa, es porque no os he visto jamás tan

querida cual lo sois en este instante. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

A esta última exclamación, salida de un corazón despedazado, Luisa rompió en llanto, cayó en brazos de Montalais.

Ésta, aunque no era de las más sensibles, sintió humedecerse sus ojos y oprimirse su corazón en un círculo de hierro.

Raúl vio las lágrimas de su prometida, y su mirada no penetró, no intentó penetrar más allá de aquellas lágrimas. Hincó una rodilla delante de ella y besóle tiernamente la mano.

Veíase que en aquel beso iba todo su corazón.

— Levantaos, levantaos —le dijo Montalais, próxima a llorar ella tan bien—; Atenaida se acerca.

Raúl limpió su rodilla con el revés de su manga, sonrió otra vez a Luisa, que ya no le miraba, y, estrechando la mano de Montalais

con efusión, se volvió para saludar a la señorita de Tonnay Charente; cuyo sedoso vestido se oía ya rozando la arena de las calles de árboles.

-- ¿Ha concluido Madame su carta? --le preguntó luego que la joven estuvo al alcance de su voz.

--Sí, señor vizconde; la carta está acabada y sellada, y Su Alteza os espera.

Al oír Raúl esta palabra tomó el tiempo apenas necesario para saludar a Atenaida, dirigió una última mirada a Luisa, hizo una última seña a Montalais, y alejóse en dirección al palacio.

Pero, conforme se alejaba, volvía a cada paso la cabeza. Finalmente, al doblar la avenida mayor, por más que se volvió nada pudo ver ya.

Por su parte, las tres jóvenes le habían visto desaparecer con sentimientos muy distintos.

— Gracias a Dios —dijo Atenaida rompiendo la primera el silencio—, al fin nos vemos solas y en libertad de hablar del gran asunto de ayer, para ponernos de acuerdo sobre la conducta a seguir. Ahora, si queréis prestarme atención — prosiguió mirando a todos lados—, voy a explicaros lo más brevemente posible, primero nuestro deber, como yo lo entiendo, y, si no me comprendéis con medias palabras, la voluntad de Madame.

Y la señorita de Tonnay Charente acentuó estas últimas palabras, de modo que no quedase duda a sus compañeras acerca del carácter oficial de que estaba revestida.

— ¡La voluntad de Madame! — murmuraron a la vez Montalais y Luisa.

—¡Ultimatum! —replicó diplomáticamente la señorita de Tonnay Charente.

—¡Pero, Dios mío, señorita! —exclamó La Vallière—. Sabe Madame...

--Madame sabe más de lo que le hemos dicho nosotras --articuló claramente Atenaida--. Por consiguiente, señoritas, miremos bien lo que hemos de hacer.

--¡Oh! Sí --dijo Montalais--. Por mi parte, escucho con todos mis oídos. Habla, Atenaida.

--¡Dios mío, Dios mío! --murmuró Luisa toda trémula--. ¿Sobreviviré a esta cruel noche?

--¡Oh! No os desaniméis de ese modo --dijo Atenaida--, que para todo existe remedio.

Y, sentándose en medio de sus dos compañeras, a cada una de las cuales cogió una mano, que reunió en las suyas, principió sus explicaciones.

AL murmullo que producían sus primeras palabras, vino a unirse el ruido de un caballo que galopaba por el camino real, fuera de la verja de los jardines.

En el mismo instante que el señor de Brage-lonne iba a entrar en el palacio, encontró a Guiche.

Mas antes de encontrar a Raúl, Guiche había encontrado a Manicamp, el cual había encontrado a Malicorne.

¿Y cómo Malicorne había encontrado a Manicamp? De una manera muy sencilla: esperándole a que saliera de misa, a la que asistió en compañía del señor de Saint Aignan.

Luego que estuvieron reunidos, se felicitaron por aquel encuentro, y Manicamp se aprovechó de la ocasión a fin de preguntar a su amigo si le habían quedado por casualidad algunos escudos en el bolsillo.

Este, sin sorprenderse de la pregunta, que tal vez esperaba, le contestó que todo bolsillo de donde siempre se saca sin meter nunca, aseméjase a los pozos, que suministran agua durante el invierno; pero que los jardineros acaban por agotar en el verano; que su bolsillo no carecía de profundidad, y que tenía gran placer en sacar de él en tiempo de abundancia, pero que, desgraciadamente, el abuso había traído en pos de sí la esterilidad.

A lo cual, todo preocupado, había replicado Manicamp: Tenéis razón.

--Por consiguiente, de lo que debe tratarse es de llenarlos, -- repuso Malicorne.

--Así es; pero, ¿cómo?

--Nada más fácil, querido señor Manicamp.

--¡Bueno! Decid.

--Un destino en casa de Monsieur y se llena el bolsillo.

--Pero si ya tenéis ese destino.

--Lo que tengo es el título,

--¿Y qué?

--Un título sin destino, es un bolsillo sin dinero.

-- Tenéis razón -- respondió por segunda vez Manicamp. Emprendámosla con el destino --insistió el titular.

Querido, mi muy querido amigo --suspiró Manicamp--; un destino en casa de Monsieur, es una de las graves dificultades de nuestra situación.

--¡Oh, oh!

--Sí, por cierto; en este instante nada podemos pedir a Monsieur.

--¿Y por qué?

-- Porque estamos en relaciones frías con él.

--¡Qué disparate! --articuló claramente Malicorne.

-- ¡Bah! Y si hacemos la corte a Madame -- dijo Manicamp--, ¿creéis que pueda Monsieur mirarnos con buenos ojos?

--Pues precisamente si hacemos la corte a Madame y somos hábiles, debe adorarnos Monsieur.

--¡Hum!

-- ¡Oh, somos unos tontos! *Daos prisa*, pues, señor Manicamp, vos *que sois*, gran político, a procurar *que* hagan las paces *el* señor de Guiche y Su Alteza Real.

--Veamos, Malicorne, ¿qué os ha dicho el señor de Saint Aignan?

-- ¿A mí? Nada; antes bien me ha preguntado:

--Pues conmigo ha sido menos prudente.

-- ¿Y qué os ha dicho?

--Que el rey está locamente enamorado de la señorita de La Vallière.

--¡Ya sabíamos eso, diantre! -- replicó irónicamente Malicorne--. Y bien alto se dice para que nadie lo ignore; pero entre tanto haced lo que os digo: hablad al señor de Guiche, y procurad recabar de él que dé algún paso hacia Monsieur. ¡Qué diantre!

--¡Bien debe eso a Su Alteza Real!

--Pero sería preciso ver a Guiche.

--Creo que no hay en ello gran dificultad. Haced por verle, lo que he hecho yo por veros a vos; aguardadle, pues ya sabéis que por carácter le gusta pasear.

--Sí, pero, ¿por dónde pasea?

--¡Vaya un apuro! El señor de Guiche está enamorado de Madame, ¿no es cierto?

--Así dicen.

--Pues bien, entonces paseará por el lado de las habitaciones de Madame.

--Y que no os engañáis; querido Malicorne, pues por allí lo veo venir. ¿Y por qué me había yo de engañar. ¿Habéis visto que sea ésa mi costumbre? Con que, ¡ea!, no se trata más que de entendernos. ¿Tenéis necesidad de dinero?

-- ¡Ay! --suspiró tristemente Manicamp.

--Pues yo necesito mi destino. Tenga Malicorne el destino, que Manicamp tendrá dinero. Esto no es más difícil que aquello.

--Entonces, perded cuidado. Haré lo que esté de mi parte.

--Pues a ello.

Guiche se aproximaba; Malicorne echó por otro lado, y Manicamp atrapó a Guiche. El conde estaba pensativo y sombrío.

—¿Qué consonante buscáis, querido conde? Tengo una excelente para concertar con la vuestra, sobre todo si la vuestra es asna.

Guiche sacudió la cabeza, y, reconociendo a un amigo, le cogió del brazo.

—Mi querido Manicamp —dijo—, otra cosa busco que una consonante.

—¿Qué buscáis?

—Y vais a ayudarme a encontrar lo que busco —continuó el conde—, vos, que sois un perezoso, es decir, una persona de ingenio.

—Pongo todo mi ingenio a vuestra disposición, apreciable conde.

—El hecho es el siguiente: quiero facilitarme entrada en una casa donde tengo que hacer.

—Es necesario ir adonde está esa casa —dijo Manicamp.

—Ya. Pero la casa está habitada por un esposo celoso.

--¿Más vigilante que el Cancerbero?

--No más, pero sí tanto.

--¿Tiene tres bocas, como aquel desesperado guardián de los infiernos?... ¡Oh! No os encojáis de hombros, querido conde, que no hago esa pregunta sin motivo. Dicen los poetas que para adormecer al Cancerbero es preciso que el viajero vaya provisto de una torta. Yo, que veo la cosa por su lado prosaico, es decir, por su lado real y verdadero, digo entre mí: "una torta es muy poco para tres bocas". Si vuestro celoso tiene tres bocas, conde, pedid tres tortas.

--Manicamp, para consejos de esa especie, iría a buscarlos a casa del señor de Beautru.

-- Pues para tenerlos mejores, señor conde. -- dijo Manicamp con seriedad cómica--, procurad adoptar una fórmula más clara que la que habéis usado.

--¡Ah! Si estuviese aquí Raúl; él me comprendería --dijo Guiche. --Ya lo creo, princi-

palmente si le decíais: "Mucho desearía ver a Madame más de cerca, pero temo a Monsieur, que está celoso."

--¡Manicamp! --exclamó encolerizado el conde, procurando confundir con su mirada a aquel impertinente.

Mas el impertinente no pareció sentir la menor emoción.

--¿Qué hay, mi querido conde? -- preguntó Manicamp.

-- ¿Así profanáis los nombres más respetables, los primeros nombres del reino? -- exclamó Guiche.

--No os incomodéis por eso, mi querido conde, y haced cuenta de que nada he dicho. Pero si se trata de una dama que tiene un esposo celoso, os aconsejo lo siguiente: "Para ver a la mujer, conciliaos al marido."

--Mal chiste --dijo sonriendo el conde-- es el que has dicho. --Pasemos a otra cosa.-- ¡Bien!

--Ahora --añadió Manicamp--, ¿queréis que sean la señora duquesa... y el señor duque? Entonces os diría: "Conciliémonos a esa casa, cualquiera que sea; porque semejante táctica no puede ser en ningún caso desfavorable a vuestro amor."

--¡Ay, Manicamp! Un pretexto, un buen pretexto, ¡búscamelo!

--Un pretexto, ¡pardiez! Cien, mil tendríamos, si estuviese aquí Malicorne. Bien seguro que os habría encontrado ya cincuenta mil pretextos a cual mejor.

-- ¿Quién es Malicorne? --dijo Guiche guiñando los ojos como quien busca--. Se me figura que conozco ese nombre..

--¡Ya lo creo que lo conocéis! ¡Cómo que debéis treinta mil escudos a su padre!

--¡Ah! Sí, es aquel digno mozo de Orleáns.

--A quién prometisteis un destino en casa de Monsieur; no el marido celoso, sino el otro.

--Pues bien, puesto que tanto ingenio tiene tu amigo Malicorne, que me busque el medio de ser adorado por Monsieur, que me busque conservar su favor.

-- Le hablaré de ello. ¿Pero quién viene allí?

--El vizconde de Bragelonne.

--¡Raúl! Sí, en efecto. --

Y Guiche se apresuró a salir al encuentro del joven.

--¿Vos por aquí, mi querido Raúl? --dijo Guiche.

--Sí, os buscaba para despedirme, querido amigo --repuso Raúl apretando la mano al conde--. Buenos días, señor Manicamp.

--Pues qué, ¿te vas, vizconde?

--Sí, me voy.

-- Misión del rey.

--¿Y adónde vas?

--A Londres. Voy a ver a Madame, que tiene que entregarme una carta parra Su Majestad el rey Carlos II.

--Sola la hallarás, pues Monseñor ha salido.

--Para ir...

--Al baño.

--Entonces, querido amigo, tú, que eres gentilhombre de Monsieur, encárgate de disculparme. Habría ido para recibir sus órdenes, si el señor Fouquet no me hubiera manifestado que su Majestad deseaba que partiese inmediatamente.

Manicamp dio con el codo a Guiche.

-- Ved ahí un pretexto --dijo.

--¿Cuál?

--El de presentar, las excusas del señor de Bragelonne.

--Débil pretexto --dijo Guiche.

-- Excelente, si Monsieur no os tiene rencor; malo, como otro cualquiera, si por el contrario os lo tiene.

--Es verdad, Manicamp; un pretexto, sea el que quiera, es cuanto necesito. ¡Mi, pues, feliz viaje, querido Raúl!

Y, seguidamente, se abrazaron los dos amigos.

Cinco minutos después, entraba Raúl en la habitación de Madame, en conformidad al recado que le enviara por medio de la señorita de Tonnay Charente:

Hallábase todavía Madame sentada a la mesa, donde había escrito su epístola. Ante ella ardía la bujía de cera color de rosa que de había ser-

vido para sellarla, pues, en su preocupación, se le olvidó apagarla.

Esperaba a Bragelonne; de modo que le anunciaron así qué se presentó.

Bragelonne era la elegancia personificada: imposible verle una vez sin que su figura quedara impresa para siempre; y Madame no sólo le había visto una vez, sino que, como se recordará, fue uno de los primeros en salir a recibirla, para acompañarla del Havre a París.

Por consiguiente, Madame conservaba muy buenos recuerdos de Bragelonne.

—¡Ah! —le dijo—. Al fin, señor, vais a ver a mi hermano, que tendrá la satisfacción de satisfacer al hijo parte de la deuda de reconocimiento contraída con el padre.

—Señora, el conde de la Fère está ampliamente recompensado de lo poco que ha tenido la honra de hacer en obsequio del rey, con las bondades que el rey se ha dignado manifestar-

le, y yo voy, por el contrario, a hacer presente a Su Majestad el respeto y el reconocimiento que le profesan tanto el padre como el hijo.

—¿Conocéis a mi hermano, señor vizconde?

—No, Alteza; ésta será la vez primera que tenga el gusto de ver a Su Majestad.

—No tenéis necesidad de recomendación alguna para con él; pero, si acaso dudarais de vuestro valor personal, tomadme resueltamente por fiadora vuestra, que no os desmentiré.

—¡Oh! , Vuestra Alteza es en extremo bondadosa.

— No, señor de Bragelonne. Me acuerdo de cuando hicimos el camino juntos, y entonces advertí vuestra exquisita prudencia en medio de las supremas locuras que hacían a vuestra derecha y a vuestra izquierda, dos de los más grandes y rematados locos de este mundo: los señores de Guiche y de Buckingham. Mas no hablemos de ellos, y vengamos a vos. ¿Váis a

Inglaterra para procuraros allí alguna posición? Perdonad mi pregunta; no es la curiosidad, sino el deseo de poderos ser provechosa en algo, lo que me la dicta.

--No, señora; voy a Inglaterra para desempeñar una misión que Su Majestad ha tenido a bien confiarme.

--¿Y pensáis regresar a Francia?

--Así que cumpla mi encargo, a menos que Su Majestad el rey Carlos II me dé otras órdenes.

--A lo menos estoy segura de que os suplicará que permanezcáis a su lado todo el tiempo que os sea posible.

--Entonces, como no sabré negarme a ello, pediré de antemano a Vuestra Alteza Real se digne recordar al rey de Francia que tiene lejos de sí a uno de sus mas fieles servidores.

--Mirad lo que decís, porque quizá cuando os llame miréis su orden como un abuso de poder.

-- No comprendo, señora.

--Ya sé que la corte de Francia es incomparable; pero también la de Inglaterra posee muy lindas muchachas.

Raúl sonrió.

--¡Oh! --continuó Madame--. Esa sonrisa nada bueno presagia para mis compatriotas. Es como si dijéseis. "Vengo entre vosotras, pero dejo mi corazón al otro lado del Estrecho." ¿No es eso lo que significa vuestra sonrisa?

--Vuestra Alteza tiene el don de leer hasta en lo más profundo de las almas; ahora comprenderá por qué será un sentimiento para mí que se prolongue mi permanencia en la corte de Inglaterra.

--Excuso preguntar si un caballero tan distinguido como vos es correspondido.

-- Señora, me he criado con la que amo, y creo que ella me profesa los mismos sentimientos que le profeso yo a ella.

--Pues bien, partid pronto, señor de Brage-lonne; volved pronto, y, a vuestro regreso, tendremos el gusto de ver dos personas felices, porque supongo que no habrá obstáculo alguno a vuestra felicidad.

--Hay uno, y grande, señora.

--¡Bah! ¿Y cuál?

--La voluntad del rey.

--¡La voluntad del rey! ... ¿Se opone el rey a vuestro matrimonio?

--Por lo menos lo difiere. Hice pedir a Su Majestad su consentimiento por medio del conde de la Fère, y aunque no lo ha negado categóricamente, le manifestó que lo haría esperar.

--¿Es acaso indigna de vos la persona a quien amáis?

--Es digna del amor de un rey, señora.

--Quiera decir, si no es de nobleza igual a la vuestra.

--Es de muy buena familia.

--¿Joven? ¿Bella?

-- Diecisiete años... Y en cuanto a hermosura, para mí es encantadora.

--¿Está en alguna provincia, o en París?

--En Fontainebleau, señora.

--¿En a Corte?

--Sí.

--¿La conozco yo?

--Tiene el honor de pertenecer a la Casa de Vuestra Alteza Real

-- ¿Su nombre? --preguntó con ansiedad la princesa--. A menos --añadió recobrándose al punto que su nombre sea un secreto.

— No, señora; mi amor es demasiado puro para hacer de él un secreto, y mucho menos para Vuestra Alteza, que tan bondadosa se muestra conmigo. La persona a quien amo es la señorita Luisa de La Vallière.

La princesa no pudo dominar un grito en que había algo más que sorpresa.

—¡Ah! — dijo—. La Vallière...la que ayer...

La princesa se contuvo.

—La que ayer encontraron indispueta — prosiguió.

—Sí, señora. Hasta esta mañana no he tenido noticia de esa indisposición.

—¿Y la habéis visto antes de venir aquí?

—He tenido el honor de despedirme de ella.

—Y decís —añadió Madame haciendo un esfuerzo sobre sí misma—, que el rey... ha diferido vuestro enlace con ella?

--Sí, señora; lo ha diferido.

-- ¿Y ha dado alguna razón para ello.

--.Ninguna.

-- ¿Hace mucho que el conde de la Fère le solicitó su consentimiento?

-- Más de un mes, señora.

--¡Es extraño! -- dijo la .princesa. Y algo como una nube cruzó por delante de sus ojos.

--¿Un mes? --repitió.

--Poco más o menos.

-- Tenéis razón, señor vizconde -- dijo la princesa con cierta sonrisa en que Bragelonne hubiera podido notar alguna violencia--; es preciso que mi hermano no os retenga mucho tiempo a su lado; partid pronto, y, en la primera carta que escriba a Inglaterra, os reclamaré en nombre del rey.

Y Madame se levantó para poner su carta en manos de Bragelonne.

Raúl comprendió que su audiencia había concluido; cogió la carta, se inclinó ante la princesa y salió.

— ¡Un mes! —murmuró la princesa—: ¿Tan ciega habré estado que no haya advertido en un mes esta inclinación?

Y, como no tenía nada que hacer, comenzó para su hermano la carta en cuyo post—escriptum debía ser llamado Bragelonne.

El conde de Guiche había, como ya hemos visto, cedido a las instancias de Manicamp dejándose arrastrar por él hasta las cuadras, donde hicieron ensillar sus caballos; tras de lo cual, por la estrecha alameda, cuya descripción hemos dado ya, avanzaron al encuentro de Monsieur, quien al salir del baño, volvía fresco hacia Palacio, llevando sobre el rostro un velo

de mujer, para que el sol; que ya calentaba, no le tostase el cutis.

Monsieur se hallaba en uno de esos accesos de buen humor que le inspiraba a veces la admiración de su propia hermosura. En el agua había podido comparar la blancura de su cuerpo con la del cuerpo de sus cortesanos; y, gracias al cuidado que Su Alteza Real tenía de sí mismo; ninguno pudo, ni aun el caballero de Lorena, sostener la comparación.

Monsieur había además, nadado con buen éxito, y todos sus nervios, tensos en moderada medida por aquella saludable inmersión en el agua fresca, mantenían su cuerpo y su espíritu en feliz equilibrio.

De modo que, al ver a Guiche, que le salía al encuentro al trote sobre magnífico caballo blanco, el príncipe no dudó contener una exclamación de alegría.

--Me parece que la cosa marcha --dijo Manicamp, que creyó leer aquella benevolencia en la fisonomía de Su Alteza Real.

--¡Buenos días, Guiche, buenos días mi pobre Guiche! --exclamó el príncipe

--¡Saludo a monseñor! -- exclamó Guiche, animado por el tono de voz de Felipe--. ¡Salud, alegría, dichas y prosperidades a Vuestra Alteza!

-- Bienvenido, Guiche. Colócate a mi derecha y refrena un poco tu caballo, pues quiero ir al paso bajo estas frescas bóvedas.

A vuestras órdenes, monseñor: Y Guiche se colocó a la derecha del príncipe, según se le había invitado.

-- Vamos a ver, mi querido Guiche --dijo el príncipe--, vamos a ver si me das alguna noticia de aquel Guiche que conocí en otro tiempo y que hacía la corte a mi mujer.

Guiche se puso encendido hasta el blanco de los ojos, mientras Monsieur se deshacía de risa, como si hubiese dicho la mayor agudeza del mundo.

Los privilegiados que rodeaban a Monsieur creyéronse obligados a imitarle, aun cuando no oyeran sus palabras, y prorrumpieron en estrepitosa carcajada, que, empezando por el primero, atravesó la comitiva y no se apagó hasta el último.

Guiche, a pesar de lo ruborizado que estaba, se mantuvo firme. Manicamp le miraba.

— ¡Ay, monseñor! —replicó Guiche—. Sed caritativo con un desgraciado. ¡No me inmoléis al caballero de Lorena!

— ¿Por qué decís eso?

—Porque si os oye burlaros de mí, procurará sobrepujar a Vuestra Alteza y se burlará sin compasión.

-- ¿De tu amor a la princesa?

-- ¡Oh monseñor, piedad!

--Vamos, vamos, Guiche, confiesa que has hecho la corte a Madame.

--Jamás confesaré semejante cosa, monseñor.

-- ¿Por respeto a mí? Pues bien, te dispenso el respeto, Guiche. Confiésalo, como si se tratara de la señorita de Chalais o de da señorita de La Vallière.

E interrumpiéndose a tales palabras: .

--¡Vaya! --dijo, volviendo de nuevo a su risa--. Esgrimo una espada de dos filos. Te hiero a ti, y hiero a mi hermano, a Chalais y a La Vallière, a tu prometida y a ti, a su futura y a él.

--En verdad, monseñor --dijo el conde--, que estáis hoy de un humor excelente.

--Sí que me encuentro bien; y además he tenido un placer en verte.

--Gracias, monseñor.

--¿Con que me mirabas con malos ojos?.

--¿Yo, monseñor?

--Sí.

--¿Y por qué, Dios mío?

--Por haber interrumpido tus zarabandas y tus españoladas.

--¡Oh! ¡Vuestra Alteza!

--Vamos, no me lo niegues. Aquel día saliste del cuarto de la princesa con ojos furibundos; eso te ha traído desgracia, querido, y ayer bailaste de una manera lastimosa. No pongas mal gesto, Guiche, pues te perjudica notablemente ese aire de oso de que te revistes. Si la princesa te miró bien ayer, estoy seguro de una cosa...

--¿De qué, monseñor? ¡Vuestra, Alteza me asusta!

--De que te habrá desdeñado completamente.

Y el príncipe se echó a reír. “Decididamente –  
–pensó Manicamp— la posición en nada influ-  
ye y, todos son iguales.”

El príncipe prosiguió:

—Al fin has vuelto, y tengo esperanzas de  
que el caballero se muestre amable.

—¿Cómo es eso, monseñor? ¿A qué milagro  
debo semejante influencia sobre el señor de  
Lorena?

—A una cosa muy sencilla: está celoso de ti.

— ¡Ah! ¡Bah! ¿De veras?

— Certísimo.

—Me hace en eso mucho honor.

—Ya ves; cuando estás tú, me agasaja; cuando  
te marchas, me martiriza. Reina como por bás-  
cula. Y además, ¿no sabes la idea que se me ha  
ocurrido?

— No se me alcanza, monseñor.

--Pues .bien, cuando te hallabas en el destierro... Porque fuiste desterrado, mi pobre Guiche...

-- ¡Pardiez! Monseñor, ¿y de quién fue la culpa? --dijo Guiche aparentando enojo.

-- ¡Oh! No ha sido mía seguramente, querido conde --replicó Su Alteza Real--. ¡A fe de príncipe que no pedí al rey que te desterrase!

--Bien sé que no fuisteis vos, monseñor, sino...

-- ¿Sino Madame?

-- ¡Oh! En cuanto a eso no diré que no.

-- ¿Pero qué demonios hiciste a Madame?

--En verdad, monseñor..

--Ya sé que las mujeres son rencorosas, y la mía no está exenta de esa propensión. Pero si ella te ha hecho desterrar, lo que es yo no te tengo mala voluntad.

-- Entonces, monseñor --dijo Guiche--, no soy desgraciado más que a medias.

Manicamp, que iba detrás de Guiche y no perdía palabra de lo que decía el príncipe, bajó sus hombros hasta tocar el cuello de su caballo para ocultar la risa que no podía reprimir.

-- Por otra parte, tu destierro ha hecho brotar en mí una idea.

--Lo celebró, señor.

--Cuando el caballero; viéndote lejos de mí, y seguro de reinar solo, me martirizaba a su sabor, yo, que a pesar de lo que me decía aquel maligno mozo veía a Madame tan afable y tan buena para conmigo, a pesar del poco caso que le hacía. tuve la idea de hacerme marido modelo, una rareza, una curiosidad de Corte: en una palabra, tuve la idea de amar a mi mujer.

Guiche miró al príncipe con aire de asombro que nada tenía de ficción.

--¡Oh! --tartamudeó Guiche, trémulo--, supongo, monseñor, que esa idea no se os habrá ocurrido seriamente.

-- A fe mía. Tengo bienes que me dio mi hermano cuando me casé; ella tiene dinero, y mucho, que saca a la vez de su hermano y de su cuñado, de Inglaterra y de Francia. Pues bien, podíamos dejar la Corte y retirarnos al palacio de Villers Cotterets, que es de mi pertenencia, al interior de un bosque donde nos consagraríamos a un amor perfecto, en los mismos sitios que recorría mi abuelo Enrique IV con la bella Gabriela... ¿Qué te parece la idea, Guiche?

—Que es para sobresaltar a cualquiera, monseñor -- contestó Guiche; sobresaltado realmente.

--Vamos, veo que no soportarías ser desterrado otra vez.

--¿Yo, monseñor?

--Y me obligarías a dejar de llevarte conmigo, como primero había pensado:

--¿Cómo con vos, monseñor?

--Sí; dado que vuelve a ocurrírseme la idea de fastidiarme de la Corte.

-- ¡Oh! Monseñor, no quede por eso; que yo seguiré a Vuestra Alteza hasta el fin del mundo.

-- ¡Oh! ¡Qué torpeza! --exclamó Manicamp echando su caballo sobre el de Guiche, con objeto de desazonarlo.

Pasando luego a su lado, como si no fuese dueño de contener su caballo.

-- Meditad bien lo que decís --le deslizó por lo bajo.

-- Entonces --dijo el príncipe--, quedamos en eso, ya que tanto me quieres, te llevo conmigo.

-- Adonde queráis, señor, adonde queráis -- replicó alegremente Guiche--; y si os place, ahora mismo.

-- ¿Estáis dispuesto?

Y Guiche aflojó las riendas a su caballo, que dio dos brincos hacia adelante.

--Un momento --dijo el príncipe--; pasemos por Palacio.

--¿Para qué?

--¡Para recoger a mi mujer, diantre!,

--¿Cómo es eso? --preguntó Guiche.

-- Ya te he dicho que es un proyecto de amor conyugal, y hace falta que lleve a mi mujer.

-- Entonces, monseñor --respondió el conde-- siento decíroslo, pero no contéis con Guiche.

-- ¡Bah!

--Sí. ¿Para qué llevar a Madame?

— ¡Toma! Porque voy conociendo que la amo.

Guiche palideció ligeramente, aunque procuró conservar su aparente alegría.

—Si amáis a Madame, monseñor dijo—, ese amor debe bastaros, y no tenéis necesidad de vuestros amigos.

—No está mal, no está mal — murmuró Manicamp.

—Ya vuelves otra vez con tus miedos a Madame replicó el príncipe.

—Monseñor, no debéis extrañarlo, si consideráis que me ha hecho desterrar.

—¡Ay; Dios mío! Mal carácter tienes, Guiche; eres muy rencoroso, amigo mío.

—Quisiera veros en mi lugar, monseñor.

—Indudablemente, por eso bailaste tan mal ayer; quisiste vengarte poniéndola en el caso de hacer figuras falsas. ¡Ah, Guiche, eso es mezquino, y se lo diré a Madame!

--¡Oh! Podéis decirle cuanto queráis, monseñor. Su Alteza no puede aborrecerme más de lo que me aborrece en la actualidad.

--Mucho exageras, Guiche, para quince días, y, cuando los pasa uno fastidiándose, son una eternidad.

--¿De suerte que no se lo perdonarás?

--Jamás.

-- Vamos, vamos, Guiche, sentimientos. Quiero que hagas las paces con ella: Ya verás por su trato que tiene buen corazón y no le hace falta talento.

-- Monseñor:..

--Verás que sabe recibir como una princesa y reír como una plebeya; verás: en fin, que sabe hacer, cuando quiere, que las horas pasen como minutos. Guiche, amigo mío, es necesario que cambies de opinión respecto a mi mujer.

“Decididamente —se dijo Manicamp—, he aquí un marido a quien el nombre de su mujer le traerá desgracia; el difunto rey Candaules era un tigre al lado de Monsieur:”

—De todos modos —añadió el príncipe—, ya cambiarás de opinión, Guiche; yo te lo aseguro. Ahora, lo que será preciso es que te facilite el camino, pues Madame no es trivial, y no todo el que quiere, logra hacerse buen lugar en su corazón.

— Monseñor...

— Nada de resistencia, Guiche, o nos incomodaremos —replicó el príncipe.

—Ya que así lo quiere —dijo Manicamp al oído de Guiche —dadle gusto.

—Monseñor —dijo el cande— obedeceré.

—Y para dar principio —replicó Monsieur— comerás hoy conmigo, y te conduciré luego al

cuarto de Madame, donde hay juego esta noche.

—¡Oh! en cuanto a eso, monseñor —objetó Guiche—, me permitiréis resistir.

—¡Todavía! Eso es una rebelión.

—Madame me recibió ayer muy mal delante de todo el mundo.

— ¿De veras? —dijo riendo el príncipe.

—Hasta el punto de no haberme contestado siquiera cuando le hablé; podrá ser bueno, no tener amor propio, pero un poco no daña, como suele decirse.

—Conde, después de comer irás a vestirte a tu cuarto, y volverás a buscarme, que yo te esperaré.

—Puesto que Vuestra Alteza lo manda absolutamente...

— Absolutamente:

“No soltaré presa --se dijo Manicamp--. Estas cosas son a las que más se aferran los maridos. ¡Ah! Si Mollière hubiera oído a éste, bien seguro que lo habría puesto en verso.”

Departiendo así el príncipe y su comitiva, pasaron a las habitaciones más frescas de Palacio.

--A propósito --dijo Guiche en el umbral de la puerta--, traía una comisión para Vuestra Alteza Real.

--¿Qué comisión?

-- El señor de Bragelonne ha marchado a Londres con una orden del rey, y me ha encargado que haga presente sus respetos a monseñor.

--¡Bien! Deseo buen viaje al vizconde, a quien quiero mucho. Con que anda a vestirme, y ven a buscarme. Cuidado, que si no vuelves...

--¿Qué sucederá, monseñor?

--Te haré arrojar en la Bastilla.

--Ea, seguramente -- dijo riendo Guiche--.  
Mi posición no deja de ser crítica entre Vuestra Alteza Real y Madame. Madame me hace des-  
terrar, porque no me quiere bien, y Vuestra  
Alteza me hace prender, porque me quiere de-  
masiado. ¡Gracias, monseñor! ¡Gracias, Madame!

--Vamos, vamos --dijo el príncipe--, eres un  
bellísimo amigo, y ya sabes que no acierto a  
pasar sin ti. Vuelve pronto.

--Bien, pero ahora me toca a mí hacerme de  
rogar, señor.

--¡Bah!

--Y no volveré a casa de Vuestra Alteza sino  
con una condición?

-- ¿Cuál?

--Hay un amigo de otro mío, a quien deseo  
servir.

-- ¿Y le llamas?

-- Malicorne.

--¡Feo nombre!

--Pero le honra quien lo lleva, monseñor.

-- Bien, ¿y qué quieres?

--Es el caso, señor, que tengo prometido un destino en vuestra casa al señor Malicorne.

--Un destino:: . ¿De qué clase?

--Un destino cualquiera; una inspección, pongo por caso.

--Hombre, viene perfectamente, pues ayer despedí al mayordomo de sala.

Pues sea mayordomo de sala, señor; ¿qué tiene que hacer?

--Nada más que observar y contar.

--¡Policía interior!

--Eso es.

--¡Oh! ¡Y qué bien lo desempeñará Malicorne!  
--aventuró a decir Manicamp:

--¿Conocéis al sujeto en cuestión, señor Manicamp? --preguntó el príncipe.

--Muchísimo, monseñor; soy amigo suyo.

-- ¿Y qué opináis de él?

--Que monseñor no tendrá nunca un mayor-domo de sala mejor.

--¿Cuánto renta el cargo? --preguntó el conde al príncipe.

--Lo ignoro; pero lo que sí me han dicho es que jamás se paga bastante cuando está ocupado dignamente.

--¿Y a qué llamáis estar dignamente ocupado, príncipe?

--A que el funcionario que lo desempeñe sea hombre de ingenio.

--Entonces, creo que monseñor quedará contento, porque Malicorne tiene el ingenio del diablo.

--En ese caso no me saldrá caro el cargo --replicó el príncipe--, veo que me haces un verdadero obsequio, conde.

--Así lo creo, monseñor.

--Pues bien, anda a anunciar a tu amigo Malicorne...

--Malicorne, monseñor.

--No podré acostumbrarme a ese apellido.

--Bien decís Manicamp; monseñor.

--¡Oh! Y también acertaré a decir Malicorne. La costumbre todo lo puede.

--Llamadle como queráis, monseñor, pues podéis, estar seguro de que vuestro mayordomo de sala no se incomodará; tiene el carácter mejor del mundo.

--Pues bien, entonces, amigo Guiche, anunciadle su nombramiento... Pero, aguardad,

--¿Qué, monseñor?

-- Quiero verle antes, pues si es tan feo como su nombre, no hay nada de lo dicho.

-- Monseñor le conoce .

--¿Yo?

--Sí, por cierto. Monseñor le vio ya en el Palais Royal, y por cierto que fui yo quien se lo presentó.

--¡Ah! Sí, ya me acuerdo... ¡Diantre, pues es buen mozo!

--Bien sabía yo que monseñor lo habría notado.

--¡Sí, sí, sí! Mira, Guiche; no quiero que mi mujer ni yo tengamos fealdades a nuestro lado. Mi mujer tomará para camaristas jóvenes bonitas; yo, gentileshombres bien formados. Con eso, Guiche, si tengo hijos, serán concebidos

bajo una buena inspiración, y mi mujer habrá visto buenos modelos.

— Formidablemente razonado, monseñor, — dijo Manicamp, aprobando con los ojos y la voz al mismo tiempo.

En cuanto a Guiche, no debió hallar, sin duda, el razonamiento tan feliz, porque sólo opinó con el gesto, y para eso aquel gesto conservó un carácter marcado de indecisión.

Manicamp corrió a manifestar a Malicorne la buena noticia que acababa de saber.

Guiche aparentó que iba a vestirse a disgusto.

Monseñor, cantando, riendo y mirándose en el espejo, aguardó que llegase la hora de comer, con una satisfacción bastante propia para justificar este proverbio: “Dichoso como un príncipe.”

## HISTORIA DE UNA DRIADA Y DE CIERTA NÁYADE

Luego que tornaron todos un refrigerio en Palacio, se fueron a vestir para presentarse en la Corte. El refrigerio tuvo lugar, según costumbre, a las cinco.

Pongamos una hora de refrigerio y dos para vestirse, y tendremos que a las ocho ya estaba listo todo el mundo.

De modo que a las ocho de la noche principió a presentarse gente en la habitación de Madame.

Porque, según hemos dicho, era Madame la que recibía, aquella noche.

Y nadie se descuidaba en asistir a la puerta de Madame, pues en ella se pasaba la noche con todo el encanto que la reina, excelente y piadosa princesa, no había podido dar a sus reuniones. Esta es, por desgracia, una de las desventa-

jas de la bondad: divertir menos que un carácter maligno.

Y, sin embargo, no podía aplicarse a Madame el epíteto de carácter maligno.

Aquella naturaleza, completamente escogida, encerraba sobrada generosidad verdadera, sobrados impulsos de nobleza y dignidad, para que se la pudiese llamar naturaleza maligna.

Pero Madame tenía el don de la resistencia, don tan fatal a veces al que lo posee, porque se quiebra donde otro habríase doblegado solamente. De ahí resultaba que los golpes no se embotaban en ella como en la conciencia algo donada de María Teresa.

Su corazón se exaltaba a cada ataque, y, semejante Madame a las botargas de los juegos de sortija, si no se la hería de manera que sé por golpe al imprudente que se atrevía a luchar con ella.

¿Era perversidad o simplemente malicia? Nosotros creemos que las naturalezas ricas y poderosas, son aquellas que, semejantes al árbol de la ciencia, causan a la vez el bien y el mal, doble rama, florida siempre, y siempre fecunda, cuyos buenos frutos saben distinguir los que tienen hambre de ellos, y cuyos nocivos frutos matan a los inútiles y parásitos por haberlos comido, lo cual no es un mal tan grave.

Por consiguiente, Madame, que tenía bien premeditado su plan de segunda reina, o, por mejor decir, de primera, procuraba la amena y agradable su tertulia por la conversación Por los incidentes y por la libertad absoluta que dejaba a todos para hablar, con la condición, empero, de que las palabras fuesen útiles y oportunas. Y quizá por esa razón se hablaba menos en la tertulia de Madame que en otra cualquiera parte.

Madame odiaba a los habladores, y se vengaba de ellos cruelmente Se vengaba dejándolos

hablar. También odiaba la presunción, defecto que no perdonaba ni aun al mismo rey.

Monsieur sufría más que nadie de ese achaque, y la princesa había tomado a su cargo el penoso trabajo de curarle.

Por lo demás; poetas, hombres de talento, mujeres de hermosura, a todos acogía como un ama superior a sus esclavos; bastante lánguida en medio de sus travesuras para dar pábulo a la imaginación de los poetas; bastante encantadora para brillar aún entre las más bellas; bastante aguda para ser escuchada, con placer por las personas de talento.

Fácilmente se concebirá que reuniones como las que verificaban en la habitación de Madame, no podían menos de atraer gente; la juventud afluía allí. Cuando el rey es joven, todo es joven en la Corte. De ahí también resultaba que las viejas damas, robustas cabezas de la regencia o del último reinado, no dejaban de gruñir; pero se respondía a sus sarcasmos riéndose de

aquellas respetables personas, que habían llevado el espíritu de dominación hasta mandar partidas de soldados en la guerra de la Fronda, a fin, decía Madame, de no perder del todo el imperio sobre los hombres.

A las ocho entró Su Alteza Real en el gran salón con sus camaristas, y encontró a muchos cortesanos que estaban aguardando hacía más de diez minutos.

Entre aquellos precursores de la hora señalada; buscó Madame al que suponía que debía haber llegado antes que nadie. Pero no le halló.

Con todo, en el instante en que terminaba aquella investigación, anunciaron a Monsieur.

Monsieur llegó hecho un brazo de mar. Todas las piedras preciosas del cardenal Mazarino, aquellas que el ministro no pudo hacer otra cosa que dejar, toda la pedrería de la reina madre, y hasta algunas joyas de su mujer, todo lo

Llevaba Monsieur encima aquella noche. Monsieur brillaba como un sol.

Detrás de él venía, a paso lento y con aire de humildad perfectamente imitado, el conde de Guiche, vestido con traje de terciopelo, color perla, bordado en plata y guarnecido de cintas azules.

Guiche llevaba, además, malinas tan hermosas en su género como las pedrerías de Monsieur en el suyo.

La pluma de su sombrero era roja.

Madame llevaba diversos colores. Gustábale el encarnado en colgaduras, el gris en vestidos, el azul en flores.

El señor de Guiche, tal como se presentó, estaba hermoso en verdad.

Cierta palidez interesante; cierta languidez en los ojos, manos de un blanco mate rodeadas de grandes encajes, la expresión de la boca algo

melancólica; bastaba, en fin, ver al señor de Guiche, para confesar que pocos hombres en la corte francesa podían comparársele.

De ahí provino que Monsieur, que hubiera tenido la pretensión de eclipsar una estrella, si la hubiesen puesto en paralelo con él, quedó por e l contrario, completamente eclipsado en la imaginación de todos, juez silencioso en verdad, pero también muy poderoso en sus juicios.

Madame miró a Guiche de una manera vaga, no tanto, sin embargo, que aquella mirada no le hiciese subir al rostro un delicioso rubor. Madame había encontrado a Guiche tan encantador y elegante, que casi llegó a no lamentar la conquista real que veía ya a punto de escapársele.

Su corazón dejó, por tanto, a su pesar, refluir toda su sangre a las mejillas.

Monsieur se acercó entonces a la princesa con aquel aire zalamero que solía tomar a veces. No

había visto el rubor de aquélla, o si lo había visto, estaba muy lejos de atribuirlo a su verdadera causa.

--Señora --dijo besando la mano a su esposa--; hay aquí un infortunado, un infeliz desterrado a quien os recomiendo con toda eficacia. Tened presente, señora, que es de mis mejores amigos, y que vuestro buen recibimiento será cosa que me producirá gran placer.

--¿Qué desterrado? ¿Qué infortunado? --preguntó Madame dirigiendo una mirada en rededor suyo, sin fijarse más en el conde que en los demás.

Era aquél el momento de presentar a su protegido. Apartóse un poco Monsieur, y dejó pasar a Guiche, quien con aire bastante macilento, se acercó a Madame y le hizo su reverencia.

-- ¡Cómo! --preguntó Madame, cual si sintiera la mayor sorpresa--. ¿El infortunado, el desterrado es el señor conde de Guiche?

--Sí tal --repuso el duque. --¡Pues no se ve aquí otra cosa! --dijo Madame.

-- Injusta sois; señora --replicó el príncipe.

-- ¿Yo?

--Sí, por cierto. ¡Vaya! Perdonad a este pobre mozo.

--¿Y por qué? ¿Qué tengo yo que perdonar al señor de Guiche?

-- Vamos, explícate, amigo Guiche. ¿Qué quieres que te perdone? --preguntó el príncipe.

--¡Ay! ¡Bien lo sabe Su Alteza Real! --repuso aquél hipócritamente.

--Dadle vuestra mano, señora --dijo Felipe.

--Si lo deseáis, señor...

Y Madame, con un inexplicable movimiento de ojos y de hombros, tendió su bella mano perfumada al joven, que apoyó en ella sus labios.

De suponer es que los tuviera mucho tiempo, y que Madame no retirase demasiado pronto su mano, porque el duque añadió:

--Guiche tiene buen corazón, señora, y no os morderá.

En la galería se tomó pretexto de aquel dicho, que no era por cierto muy gracioso, para dar rienda suelta a la risa.

En efecto, esta situación era curiosa, y no faltaban algunas buenas almas que la observasen.

Hallábase, pues, gozando Monsieur del efecto causado por sus palabras, cuando-- anunciaron al rey.

En aquel momento presentaba el salón el aspecto que vamos a procurar describir.

En el centro, delante de la chimenea cubierta de flores, se hallaba Madame, con sus camaristas, formadas en dos alas, por cuyas líneas revoloteaban las mariposas de Corte. Otros grupos

ocupaban los huecos de las ventanas, como ocupan sus puestos respectivos los destacamentos de una misma guarnición, y desde allí oían las palabras que salían del grupo principal.

En uno de aquellos grupos, el más inmediato a la chimenea, Malicorne, promovido en—el acto por Manicamp y Guiche al destino de mayordomo de sala; Malicorne, cuyo uniforme de empleado de la casa estaba dispuesto y terminado hacía dos meses resplandecía con sus dorados e irradiaba sobre Montalais, extrema izquierda de Madame, con todo, el fuego de sus ojos y todo el brillo de su terciopelo.

Madame conversaba con la señorita de Châtillon y la señorita de Crequy, las dos más inmediatas a ella, y dirigía de vez en cuando algunas palabras a Monsieur, el cual escurrió el bulto al oír este anuncio:

—¡El rey!

La señorita de La Vallière estaba, como Montalais, a la izquierda de Madame, esto es, la penúltima de la línea; a su derecha colocaron a la señorita de Tonnay Charente. Hallábase, pues, en la situación de aquellos cuerpos de ejército, en cuyo valor no se tiene bastante confianza, y que por lo mismo colócanse entre dos fuerzas experimentadas.

Flanqueada en aquella forma La Vallière por sus dos compañeras de aventura, ya estuviera triste por la ausencia de Raúl, ya se sintiese emocionada aún por los acontecimientos recientes que principiaban a popularizar su nombre en el círculo de los cortesanos, la verdad es que procuraba ocultar sus ojos, algo enrojecidos, detrás de su abanico, y parecía prestar gran atención a las palabras que Montalais y Atenaida le deslizaban alternativamente en uno y otro oído.

Cuando resonó el nombre del rey, hubo un gran movimiento por todo el salón.

Madame, como ama de casa, se levantó para recibir la regia visita; pero, no obstante lo preocupada que debía tener su imaginación, dirigió al levantarse una mirada a su derecha, mirada que el presuntuoso Guiche creyó encaminada a él, pero que fue a fijarse, tras de recorrer el círculo, en La Vallière, cuyo rubor e inquieta emoción pudo advertir muy bien.

El rey entró en medio del grupo, que llegó a hacerse general por un movimiento que se efectuó naturalmente, de la circunferencia al centro.

Inclináronse todas las frentes ante Su Majestad, doblándose las mujeres como frágiles y magníficos lirios ante el rey Aquilo.

Su Majestad no tenía aquella noche nada de adusto, y aun casi podríamos decir, de regio, si se exceptúan su juventud y su hermosura.

Cierto aire de viva, alegría y de buen humor excitó la animación de todos, y cada cual se prometió una noche deliciosa con sólo ver el

deseo que tenía el rey de divertirse en el salón de Madame.

Si alguien podía equipararse al rey en su regocijo y buen humor, era el señor de Saint Aignan, que se presentó con traje, rostro y cintos de color rosa, y especialmente con ideas de ese mismo color, que aquella noche bullían en abundancia..

Lo que había dado floración nueva a todas aquellas ideas que germinaban en su espíritu, era que la señorita de Tonnay Charente estaba, como él, vestida de color rosa. No quisiéramos decir, sin embargo, que el astuto cortesano sabía de antemano que la bella Atenaida había elegido aquel color, conocía muy bien el arte de hacer hablar a un sastre o a una doncella, acerca de los proyectos de su ama.

Inmediatamente asestó tantas miradas asesinas a la señorita Atenaida, como nudos de cintas tenía en las calzas y en la ropilla, lo cual

equivale a decir que disparó una cantidad inmensa.

Después de haber saludado el rey a Madame, y de haber sido ésta invitada a tomar asiento, se formó el círculo.

Luis pidió a Monsieur noticias del baño, y dijo, sin dejar de mirar a las damas, que los poetas ocupábanse de poner en verso la galante diversión de los baños de Valvins, añadiendo que uno de ellos, especialmente, el señor Loret, parecía haber recibido las confidencias de una ninfa de las aguas, según las muchas verdades dichas en sus versos.

Más de una dama creyó obligado sonrojarse.

El rey aprovechó la ocasión para mirar a su gusto; sólo Montalais fue la que el rubor no la impidió mirar al rey, y vio que éste devoraba con su mirada a la señorita de La Vallière.

Aquella atrevida camarista, a quien llamaban Montalais, hizo bajar los ojos al rey, y salvó así

a Luisa de La Vallière de un fuego simpático que quizá le había transmitido aquella mirada. Luis estaba cogido por Madame, que le aturdía a preguntas, y nadie en el mundo sabía preguntar como ella.

Pero el rey intentaba hacer general la conversación, y, para conseguirlo, redobló los esfuerzos de su talento y galantería.

Madame deseaba cumplimientos; resuelta a arrancarlos a toda costa, y, dirigiéndose al rey:

— Vuestra Majestad que sabe todo cuanto pasa en su reino — dijo—, deberá saber lo que contó al señor Loret aquella ninfa. ¿Querría Vuestra Majestad referímoslo?

—Señora —replicó el rey con mucha gracia—, no me atrevo...

— Verdad es que, personalmente para vos, quizá experimentaríais alguna confusión al es cuchar ciertos pormenores. . . Pero Saint Aignan cuenta bastante bien y retiene admirablemente

los versos, y sino los retiene, los improvisa. Es un consumado poeta.

Saint Aignan, puesto en escena, se vio precisado a producirse lo menos desventajosamente posible. Desgraciadamente para Madame, no pensó mas que en sus asuntos particulares, es decir, que en lugar de prodigar a Madame, los elogios que ésta se esperaba, trató de saborear algún tanto su fortuna.

Lanzando, pues, su centésima, ojeada a la bella Atenaida, que practicaba por extenso la teoría de la víspera, esto es, no dignarse mirar a su adorador:

—Vuestra Majestad me perdonará, sin duda — dijo—, el que no haya podido retener los versos dictados a Loret por la ninfa; pero cuando el rey no ha conservado nada en su memoria, ¿qué había de conservar yo, infeliz de mí? Madame acogió con poco agrado aquella derrota de cortesano. — ¡Ah, señora! —añadió Saint Aignan. Es que no se trata ya hoy de lo que

dicen las ninfas de agua dulce; y casi está uno por creer que nada interesante ocurre en los reinos líquidos. Donde pasan, señora, los grandes acontecimientos, es en la tierra. ¡Ah! En la tierra; señora, qué de relatos llenos de..

— ¡Bien! —repuso Madame—. ¿Y qué acontece en la tierra?

—A las dríadas es a quienes hay que preguntárselo —replicó el conde— las dríadas habitan en los bosques, como sabe perfectamente Vuestra Alteza Real.

—Y sé también que son por naturaleza charlatanas, señor de Saint Aignan.

—Verdad es, señora, pero cuando no cuentan más que cosas bonitas, sería una injusticia acusarlas de charlatanas.

— ¿Con que refieren cosas bonitas? — preguntó indolentemente la princesa—. En verdad, señor de Saint Aignan, excitáis mi curiosidad, y, si yo fuese el rey, os intimaría en el acto que nos

contaseis las cosas bonitas que dicen esas señoras dríadas, cuyo lenguaje parece, sois el único en conocer.

— ¡Oh! Por lo que a eso hace, señora, estoy enteramente a las órdenes de Su Majestad — replicó con viveza el conde.

— ¿Comprendéis el lenguaje de las dríadas? — preguntó Monsieur—. ¡Qué feliz sois, señor Saint Aignan!

—Como el francés, monseñor.

— Contad, pues —dijo Madame. El rey se turbó, pues conocía que su confidente iba a meterle en un asunto difícil.

Conocíalo a no poderlo dudar, en la general atención que habían excitado el preámbulo de Saint Aignan y la actitud particular de Madame. Los más discretos parecían dispuestos a devorar hasta la menor palabra que saliera de los labios del conde.

Comenzaron las toses, los movimientos para estrechar el círculo, y las miradas de reojo a cierta camarista, las cuales, para sostener con más decoro o más firmeza aquellas miradas investigadoras, jugaron sus abanicos y se prepararon como un duelista que va a hacer frente al fuego de su adversario.

En aquel tiempo, era tal la costumbre de las conversaciones ingeniosas y de los relatos intrincados, que en circunstancias en que una tertulia moderna, olfateando escándalo y tragedia, huiría quizá asustada, la reunión de Madame se acomodaba en sus respectivos puestos, para no perder una palabra ni un gesto de la comedia compuesta en provecho suyo por el señor de Saint Aignan, cuyo desenlace, cualesquiera que fuesen el estilo y la intriga, debía ser precisamente de calma y de observación.

El conde era conocido por hombre culto y narrador; así fue que dio principio con el mayor desembarazo en medio de un silencio sepulcral,

y temible por lo mismo para cualquiera otro que no, fuese él.

— Señora, el rey permite que me dirija primero a Vuestra Alteza Real, ya que os habéis proclamado como la más curiosa de la reunión; tendré, de consiguiente, el honor de decir a Vuestra Alteza Real que las dríadas habitan con preferencia en los huecos de las encinas, y, como las dríadas son hermosas criaturas, mitológicas; hospédanse en los árboles hermosísimos, esto es, los mayores que pueden encontrar.

A este exordio, que recordaba bajo un transparente velo la famosa historia de la encina real, que había hecho tan gran papel en la última noche, fueron tantos los corazones que latieron de alegría o de inquietud, que si Saint Aignan no hubiera tenido la voz clara y sonora, aquellos latidos se habrían oído por encima de su voz.

—Pues debe haber dríadas en Fontainebleau —dijo Madame tranquilamente—, porque en mi

vida he visto encinas más hermosas que las del parque real.

Y al pronunciar estas palabras, envió directamente a Guiche una mirada, de la que éste no tuvo motivos para quejarse como de la precedente, que, según hemos dicho, había conservado ciertos visos de vaguedad, demasiado penosos para un corazón tan amante.

—Precisamente, señora, iba a hablar de Fontainebleau a Vuestra Alteza Real —dijo Saint Aignan—, porque la dríada de que se trata habita en el parque del palacio de Su Majestad.

El lance estaba empeñado; la acción comenzaba; historiador y oyentes, ninguno podía ya retroceder.

— Escuchemos —dijo Madame—, pues se me figura que la historia ha de tener, no sólo todo el encanto de un relato nacional, sino también de una crónica muy contemporánea...

--Debo comenzar por el principio --dijo el conde--. Pues, señor, en Fontainebleau hay una cabaña de hermosa apariencia; habitada por pastores. Uno de ellos es el pastor Tirsis, de quien son los dominios más fértiles y ricos por herencia de sus antepasados. Tirsis es joven y hermoso, y sus cualidades le hacen ser el primer pastor de la comarca. Puede, pues, decirse francamente que es el rey.

Un ligero murmullo de aprobación estimuló al narrador; que continuó:

--Su fuerza iguala su valor; nadie despliega más destreza en la caza de fieras, ni más sabiduría en los conejos. Ora maneje un caballo en las hermosas llanuras de sus propiedades, ora conduzca a los juegos de destreza y vigor a los pastores que le obedecen, nadie diría sino que es el dios Marte agitando su lanza en las llanuras de Tracia, o más bien Apolo, dios del día, cuando arroja sobre la tierra sus dardos inflamados.

Ya se comprenderá que este retrato alegórico del rey no era de los peores exordios que el historiador podía elegir. Así fue que no dejó de causar su efecto, tanto en los concurrentes, quienes por deber y por gusto prorrumpieron en aplausos, como en el mismo rey, a quien agradaba en extremo la lisonja cuando era delicada, y, no desagradaba tampoco aun cuando fuera algo exagerada. Saint Aignan prosiguió:

--Y no ha sido sólo, señoras, en los juegos de gloria donde el pastor Tirsis ha conseguido esa fama que le hace ser rey de los pastores.

--De los pastores de Fontainebleau -- dijo el rey sonriendo a Madame.

--¡Oh! -- murmuró Madame--. Fontainebleau está tomado arbitrariamente por el poeta; yo os digo que es rey de los pastores del mundo entero.

El rey olvidó su papel de oyente pasivo, y se inclinó.

--Al lado de las bellas especialmente -- prosiguió Saint Aignan-- en medio de un murmullo halagador donde resplandece con más esplendor el mérito de ese rey de pastores. Es un pastor de talento tan claro como puro de corazón; sabe decir un requiebro con una gracia irresistible, y sabe amar con una discreción que promete a sus afortunadas conquistas la suerte más digna de envidia. Jamás promueve un escándalo, ni incurre en uno. Quien ha visto y oído a Tirsis, debe amarle; y el que le ama y es amado de él, puede decir que ha encontrado la felicidad.

Saint Aignan hizo aquí una pausa a fin de saborear el placer de los cumplimientos, y aquel retrato, a pesar de lo grotescamente ampuloso que era, encontró grande aceptación, sobre todo en aquellos oídos a quienes los elogios del pastar no habían parecido exagerados. Madame invitó al orador a continuar.

-- Tirsis -- dijo el conde--, tenía, un fiel compañero, o más bien un coloso servidor que se llamaba... Amintas.

--¡Ah! ¡Veamos el retrato de Amintas! -- dijo maliciosamente Madame--. ¡Sois tan excelente pintor, señor de Saint Aignan!

--Señora...

--Vamos conde; no vayáis a sacrificar al pobre Amintas; sería cosa que no os perdonaría jamás.

--Señora, Amintas, de condición excesivamente inferior, sobre todo respecto de Tirsis, para que pueda tener el honor de un paralelo.

-- Hay ciertos amigos, como aquellos servidores de la antigüedad, que habíanse enterrar vivos a los pies de su amo. El sitio de Amintas está a los pies de Tirsis; ningún otro reclama, y si alguna vez el lustre héroe.

-- Ilustre pastor, querréis decir -- interrumpió Madame, simulando corregir al señor de Saint Aignan.

--Tiene razón Vuestra Alteza Real; me había equivocado --repuso el cortesano--. Si alguna vez, decía, el pastor Tirsis se digna llamar a Amintas amigo suyo y abrirle su corazón, es un favor superior a todo encarecimiento, que aprecia el último como la mayor felicidad.

--Todo eso --repuso Madame-- demuestra la adhesión absoluta que profesa Amintas a Tirsis, pero no nos ofrece el retrato de Amintas. No le aduléis si os parece, pero no dejéis de pintárnoslo; quiero el retrato de Amintas.

Saint Aignan prosiguió, después de haberse inclinado profundamente delante de la cuñada de Su Majestad.

-- Amintas --dijo-- tiene algunos años más que Tirsis; no es un pastor del todo desfavorecido de la naturaleza, y como dicen que las musas se dignaron sonreír a su nacimiento, como sonrió Hebe a la juventud, no tiene ambición de figurar pero sí de ser amado, y quizá no sería indigno de ello si fuese bien conocido.

Este último párrafo, reforzado con una mirada mortífera, fue dirigido directamente a la señorita de Tonnay Charente, la cual sostuvo el choque sin conmoverse.

Pero la modestia y la destreza de la alusión había producido buen efecto, y Amintas recogió el fruto en aplausos; la cabeza misma de Tirsis fue la que dio la señal con un consentimiento lleno de benevolencia.

--Sucedió; pues --prosiguió Saint Aignan--, que una noche paseaban Tirsis y Amintas por el bosque, hablando de sus penas amorosas. Hay que advertir, señoras, que esto es ya lo referido por la dríada; de otra suerte no se hubiera po-

dido saber lo que se decían Tirsis y Amintas, los dos pastores más discretos del mundo. Llegaron, pues, al sitio más espeso del bosque para aislarse y confiarse con mayor libertad sus penas, cuando de pronto hirió sus oídos un rumor de voces.

—¡Ah, ah! —se oyó en tono del narrador—. La cosa se hace interesante.

Al llegar a este punto, Madame, semejante al general que inspecciona su ejército, reanimó con una mirada a Montalaís y Tonny Charente, que parecían sucumbir a aquel esfuerzo.

—Aquellas voces armoniosas — prosiguió Saint Aignan—, eran de unas pastoras que habían querido gozar también de la frescura de las sombras, y que, conociendo lo apartado del sitio, habíanse reunido en él para comunicarse algunas ideas sobre el aprisco.

Una inmensa carcajada, producida por aquella frase de Saint Aignan, y una imperceptible

sonrisa del rey al mirar a Tonnay Charente, fueron los resultados de aquella salida.

—La dríada asegura —continuó Saint Aignan—, que las pastoras eran tres, todas jóvenes y hermosas...

—¿Sus nombres?—dijo Madame tranquilamente.

—¡Sus nombres! — exclamó Saint Aignan, rebelándose contra aquella indiscreción.

—Sí por cierto. Puesto que habéis llamado a vuestros pastores Tirsis y Amintas, dad a las pastoras los nombres que mejor os parezcan.

— ¡Oh señora! No soy un inventor, y sólo relato lo que ha dicho la dríada.

— ¿Cómo llamaba vuestra dríada a esas pastoras? ¡Vaya una memoria rebelde! ¿O estaba acaso por ventura esa dríada enemistada con la diosa Mnemosina?

-- Señora, esas pastoras... Tened presente que revelar, nombres de mujeres es un crimen.

--De que os perdona una mujer, conde, con la condición de que me reveléis el nombre de las pastoras.

--Pues se llamaban Filis, Amarillis y Galatea.

--¡Enhorabuena! Nada han perdido por aguardar --dijo Madame--, porque los nombres son todos muy lindos. Veamos sus retratos.

Saint Aignan hizo otro movimiento.

-- Procedamos por orden, conde --continuó Madame--. ¿No es cierto, señor, que hacen muy al caso los retratos de las pastoras?

El rey, que no esperaba aquella insistencia y principiaba a sentir algunas inquietudes, no creyó que debía dar alas a la peligrosa curiosidad de Madame. Por otra parte, creyó que Saint Aignan encontraría el medio de deslizarse

en sus retratos algunos rasgos delicados que no desagradarían a los oídos que Su Majestad deseaba tener propicios. Entre esa esperanza, y ese temor, autorizó Luis a Saint Aignan para trazar el retrato de las pastoras Filis, Amarilis y Galatea:

—Pues bien, estoy pronto —dijo Saint Aignan— como hombre que toma su partido.

Y comenzó.

CXXX

TERMINA LA HISTORIA DE UNA DRÍAPA Y DE CIERTA NÁYADE

—Filis —dijo Saint Aignan, dirigiendo una mirada provocadora a Montalais, como hace en un asalto un maestro de esgrima que invita a un rival digno de él a ponerse en guardia—, Filis no es morena ni rubia, ni alta ni baja, ni fría ni

apasionada; es, aunque pastora, espiritual como una princesa, y coqueta como un demonio. Su vista es excelente. Todo cuanto su vista abarca, su corazón lo quiere. Es como un pájaro que, gorjeando siempre, unas veces pisa la hierba, otras elévase revoloteando tras de una mariposa, otras se sube a la copa de los árboles, y desde allí desafía a todos los cazadores de pájaros que vayan a cogerla, o hacerla caer en sus redes.

El retrato era tan parecido, que todas las miradas se fijaron en la Montalais, quien, abiertos sus ojos, y sumamente atenta, oía al señor de Saint Aignan como si se tratara de una persona extraña a ella.

—¿Es ése, todo su retrato, señor de Saint Aignan? —preguntó la princesa.

— ¡Oh! ¡Alteza! El retrato no está más que bosquejado y habría otras cosas que decir; pero temo cansar la paciencia de Vuestra Alteza, o lastimar la modestia de la pastora; de manera que paso a su compañera Amarilis.

--Está bien --dijo Madame--, pasad a Amari-  
lis, señor de Saint Aignan, os seguimos.

-- Amarilis es la mayor de las tres; y sin em-  
bargo --apresuróse a decir Saint Aignan-- , su  
edad no llega a veinte años.

El ceño de la señorita de Tonnay Charente,  
que se había fruncido al principio de aquella  
relación, se desfrunció con ligera sonrisa.

--Es alta, con espesos cabellos que se arregla  
a manera de las estatuas de Grecia; tiene el an-  
dar majestuoso, y altiva la mirada; así es que  
tiene más bien el aire de una diosa que el de  
una simple mortal, entre las diosas, a quien más  
se parece, es a Diana cazadora; con la única  
diferencia de que la cruel pastora, habiendo un  
día robado el carcaj del amar mientras el pobre  
Cupido dormía sobre lecho de rosas, en vez de  
lanzar sus flechas contra los habitantes de sus  
bosques, las dispara sin piedad contra todos los  
pobres pastores que pasan al alcance de su arco  
y de sus ojos.

--¡Oh, qué, maligna pastora! --exclamó Madame--. ¿No se herirá algún día con uno de esos dardos que lanza tan sin piedad a derecha e izquierda?

--Esa es la esperanza de casi todos los pastores -- dijo Saint Aignan.

--Y la del pastor Amintas en particular, ¿no es verdad? -- dijo Madame.

--El pastor Amintas es tan tímido -- contestó Saint Aignan-- que si abriga esta esperanza, nadie jamás ha sabido nada, por que la oculta en lo más profundo de su corazón.

Un murmullo de los más lisonjeros acogió tal profesión de fe del narrador con respecto al pastor.

--¿Y Galatea? --preguntó Madame--. Estoy impaciente por ver a un pincel tan hábil continuar el retrato donde Virgilio lo deja, y terminarlo ante nuestros ojos.

-- Señora --dijo Saint Aignan--, al lado del gran Virgilio Maro, vuestro humilde servidor no es más que un pobre coplero. Sin embargo, alentado vuestra orden, haré todo cuanto pueda

--Escuchamos --dijo Madame.

Saint Aignan adelantó un pie, una mano y los labios.

-- Blanca como la nieve --dijo--, dorada como las espigas, sacude en los aires los perfumes de su rubia cabellera. Entonces preguntase uno si no es aquella bella Europa que infundió amor a Júpiter cuando jugaba con sus amigas en los prados de flores. De sus ojos azules, tomó el azul del cielo en dos más hermosos días de verano, se desprende una dulce llama; los ensueños la alimentan, el amor la desparrama. Cuando frunce el ceño o inclina la frente a tierra, el sol encúbrese en señal de duelo. Cuando sonrío, en cambio, toda la naturaleza recobra su alegría, y los pájaros, un instante mudos, vuelven a sus cantos en el seno de los árboles. Por enci-

ma de todo --dijo Saint Aignan para terminar-- , es digna de las adoraciones del mundo; y si alguna vez da su corazón, dichoso del mortal de quien su virginal amor hará un dios.

Madame, al oír este retrato, que todos oyeron como ella, se contentó con señalar su aprobación en los pasajes más poéticos por algunas inclinaciones de cabeza; pero era imposible decir si aquellas muestras de asentimiento eran concedidas al talento del narrador o a la semejanza del retrato.

Resultó de aquí que, no aplaudiendo Madame abiertamente, nadie se permitió aplaudir, ni siquiera Monsieur, que allá en sus adentros creía que Saint Aignan se había detenido demasiado en los retratos de las pastoras, después de haber tocado muy ligeramente los de los pastores.

La asamblea estaba helada. Saint Aignan, que había agotado su retórica y sus pinceles en perfilar el retrato de Galatea, y que esperaba, en

vista del favor con que habían sido acogidos los otros pasajes, oír alegres aplausos por el último, se halló más helado que el rey y la compañía.

Hubo un instante de silencio que al fin rompió Madame.

--Y bien, señor --preguntó--. ¿Qué dice Vuestra Majestad de esos tres retratos?

El rey quiso acudir en auxilio de Saint Aignan sin comprometerse.

--Pues Amarilis es hermosa -- dijo--, en mi concepto.

--A mí me gusta más Filis --dijo Monsieur--; es una buena chica, o mejor, un buen garzón de ninfa. Y todos rieron.

Aquella vez, las miradas fueron tan directas, que Montalais sintió el color subírsele al rostro en violadas llamas.

--Y bien --repuso Madame--, esas pastoras se decían...

Pero Saint Aignan, herido en su amor propio, no se encontraría en estado de sostener un ataque de tropas descansadas y de refresco:

-- Señora --dijo--, aquellas pastoras se confesaban recíprocamente sus ligeras inclinaciones.

--¡Vamos, vamos, señor de Saint Aignan, sois un río de poesía pastoril! --dijo Madame con amable sonrisa que reconfortó un tanto al narrador.

--Dijéronse que el amor es un peligro; pero que la carencia de amor es la muerte del corazón.

--De manera que dedujeron... --preguntó Madame.

--De manera que dedujeron que debía amarse.

--¡Muy bien! ¿Y ponían condiciones?

--La condición de escoger --dijo Saint Aignan--. Debo también añadir, y es la dríada quien habla, que una de las pastoras, Amarilis, según creo, se oponía completamente a que se amase, y, sin embargo, no se defendía bien por haber dejado penetrar hasta su corazón la imagen de un pastor.

--¿Amintas o Tirsis?

--Amintas, señora--dijo modestamente Saint Aignan--. Pero al punto Galatea, la dulce Galatea de ojos puros, respondió que ni Amintas, ni Alfesibeo, ni Titire, ni ninguno de los pastores más hermosos de la comarca, podían ser comparados a Tirsis; que Tirsis aventajaba a todos los demás, del mismo modo que la encina supera en grandeza a todos los árboles, y la flor de lis en majestad a todas las flores. Hizo además de Tirsis tal retrato, que Tirsis, que la escuchaba, a pesar de su grandeza, debió verse lisonjeado. Así, Tirsis y Amintas fueron distinguidos por Amarilis y Galatea, y el secreto

de los dos corazones había sido revelado bajo la sombra de la noche y en el secreto de los bosques. Ved aquí, señora, lo que ha referido la dríada, que sabe todo lo que pasa en los huecos de los árboles y en los manojos de hierbas; que conoce los amores de los pájaros y sabe lo que significan sus cantos; que comprende, en fin, el lenguaje del viento en las ramas y el zumbido de los insectos de oro o de esmeralda en la corola de las flores silvestres; ella me lo ha referido, y yo lo he repetido.

--Y ahora, habéis concluido ya, ¿no es verdad, señor de Saint Aignan? --preguntó Madame con una sonrisa que hizo temblar al rey.

--He terminado, sí, señora --respondió Saint Aignan--; dichoso si he podido distraer a Vuestra Alteza durante unos instantes.

-- Instantes sobrado cortos --respondió la princesa--, pues habéis contado perfectamente todo lo que sabíais; pero, mi querido Saint Ai-

gnan, habéis tenido la desgracia de informaros tan sólo de una dríada; ¿no es verdad?

--Sí, señora; de una sola, lo confieso.

--Resulta de esto, que habéis pasado cerca de una pequeña náyade, que no se daba los aires de ello, y que sabía, sin embargo, mucho más que vuestra dríada, querido conde.

--¿Una náyade? --repiteieron muchas voces, que empezaban a sospechar que la historia tuviera una segunda parte.

--Sin duda; al lado de esa encina de que habláis, y que se llama la encina real, a lo que creo, ¿no es cierto, señor de Saint Aignan?

Saint Aignan y el rey se miraron.

--Sí, señora --respondió Saint Aignan.

--Pues bien, hay un bello manantial, que murmura sobre guijos, y entre miosotis y belloritas.

--Me parece que Madame tiene razón -- dijo el rey, siempre alarmado y suspenso de los labios de su cuñada.

--¡Oh! Hay uno, Majestad --dijo Madame--; y la prueba es que la náyade que reina sobre aquel manantial, me ha parado al pasar, a mí que os hablo.

-- ¡Bah!' -- dijo Saint Aignan.

--Sí --prosiguió la princesa--, y para contarme una multitud de cosas que el señor de Saint Aignan no ha puesto en su relato.

--¡Oh! Contadlas vos misma -- dijo Monsieur--. Lo hacéis de una manera admirable.

La princesa se inclinó ante el cumplimiento conyugal.

--No tendré la poesía del conde y su talento para hacer resaltar todos los detalles.

--Seréis oída con igual interés --dijo el rey que presentía algo de hostil en la historia de su cuñada.

--Hablo, además -- continuó Madame--, en nombre de aquella infeliz y pequeña náyade, que es pos cierto la más encantadora semidiosa que jamás he visto, pues bien, se reía tanto durante la relación que me hizo, que en virtud de ese axioma médico, de que es risa es contagiosa, os pido la venia para reírme yo un poco cuando recuerde sus palabras.

El rey y Saint Aignan, que divisaron en muchas fisonomías un principio de hilaridad semejante a la que Madame anunciaba, acabaron por mirarse y preguntarse con la vista si no se ocultaría bajo aquello alguna pequeña conspiración.

Pero Madame estaba bien decidida a volver y revolver el cuchillo en la herida; por tanto, continuó con su aire de sencillo candor, es decir, con el más peligroso:

—Pasaba por allí —dijo—, y como encontraba a mi paso muchas y bellas flores deshojadas, no era dudoso, que Filis, Amarilis, Galatea y todas vuestras pastoras hubiesen pasado Antes que yo por aquel camino.

El rey se mordió los labios. El cuento se hacía cada vez más temible.

—Mi pequeña náyade — continuó Madame—, entonaba su ligera canción en el lecho de su arroyuelo, y, como noté que me paraba, tocando mi vestido, no pensé en acogerla mal, tanto más, cuanto que después de todo, una diosa, aunque de segundo orden, vale siempre más que una princesa mortal. Por consiguiente, me acerqué a la náyade; y he aquí lo que me dijo, prorrumpiendo en risa:

“Figuraos, princesa...”

— Ya comprenderéis, señor que es la náyade quien habla.

El rey hizo un signo de asentimiento; Madame continuó:

—Figuraos, princesa, que a las márgenes de mi arroyuelo acaban de ser testigos de un espectáculo de los más divertidos. Dos pastores curiosos, curiosos hasta la indiscreción, se han dejado engañar de la manera más graciosa por tres ninfas, o tres pastoras..." Os pido perdón, pero no recuerdo ya si eran ninfas o pastoras lo que dijo. Mas poco importa, ¿no es verdad?

— Adelante, pues.

Al oír aquel preámbulo, el rey enrojeció visiblemente, y Saint Aignan, perdiendo toda continencia, púsose a abrir los ojos lo más ansiosamente que se ha visto.

—"Ambos pastores" —prosiguió mi náyade, riendo siempre— "seguían la pista de las tres señoritas. " No, quiero decir de las tres ninfas; me equivoco, de las tres pastoras. Esto no es siempre discreto, pues a veces puede ser moles-

to para aquellas a quienes se sigue. Apelo a todas estas damas, y ninguna de las que están aquí me desmentirá, estoy segura.

El rey, muy alarmado con lo que iba a seguir, asintió con un gesto:

“Pero —continuó la náyade—, las pastoras habían visto a Tirsis y a Amintas deslizarse en el bosque, y con la ayuda de la luna los habían reconocido a través de los árboles.” ¡Ah! Os reís—interrumpió Madame—. Esperad, aguardad; no hemos llegado al fin.

El rey palideció; Saint Aignan enjugó su frente, húmeda de sudor. Oíanse en los grupos de las damas algunas risitas ahogadas, enchicheos furtivos.

—Las pastoras —digo yo—, viendo la indiscreción de los pastores; fueron a sentarse bajo la encina real, y, cuando sintieron a sus indiscretos escuchadores a distancia de no perder una palabra de lo que se dijera, soltaron inocen-

temente, lo más inocente del mundo, una declaración incendiaria, con la cual el amor propio natural a todos los hombres, hasta a los más sentimentales pastores; hizo pareciese a los dos oyentes dulce panal de miel.

El rey, al oír aquellas palabras, que la reunión no pudo escuchar sin reír, dejó escapar un relámpago

Respecto a Saint Aignan, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ocultó bajo una amarga carcajada el despecho profundo que le causaban.

— ¡Oh! —exclamó el rey, enderezándose cuan alto era—. He aquí, bajo mi palabra, una burla encantadora seguramente, y contada por vos, señora, de un modo no menos encantador; pero realmente, bien realmente, ¿habéis comprendido el lenguaje de las náyades?

—Creo que el conde pretende haber comprendido bien el de las dríadas— contestó vivamente Madame.

--Sin duda -- dijo el rey--; mas, ya sabéis que el conde tiene la flaqueza de aspirar a la Academia; de manera que ha aprendido, con este objeto, todo género de cosas que muy afortunadamente, vos ignoráis, y tal vez podría haber sucedido que el idioma de la ninfa de las aguas fuera una de las cosas que no hubieseis estudiado.

-- Ya comprenderéis, Majestad --respondió Madame--, que en tales hechos no se fía uno de sí mismo; el oído de una mujer no es cosa infalible, había dicho San Agustín; así he querido ilustrarme con otras opiniones aparte de la mía, y como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota... ¿no es de este modo como se dice, señor de Saint Aignan

--Sí, señora --dijo Saint Aignan, enteramente desconcertado.

--Y --prosiguió la princesa -- como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota, me había hablado en un principio en inglés, temí,

como decís, haber entendido mal, e hice venir a las señoritas de Montalais; de Tonnay Charente y de La Vallière, pidiendo a mi náyade les repitiese en idioma francés la relación que ya me había hecho en inglés.

— ¿Y lo hizo? —preguntó el rey.

—¡Oh! Es la divinidad más complaciente que existe... Sí, señor, lo hizo. De suerte que no es dado conservar duda alguna. ¿No es verdad, señoritas — dijo la princesa volviéndose hacia la izquierda de su ejército—, no es cierto que la náyade ha hablado absolutamente como yo lo cuento, y que en nada he faltado a la verdad? ¿Filis? ¡Perdón! Me he equivocado:.. Señorita Aura de Montalais, ¿es verdad?

— ¡Oh! Enteramente, señora — dijo en alta voz— la señorita de Montalais.

—¿Es verdad, señorita de Tonnay Charente?

-- Verdad pura --contestó Atenaida con voz menos firme, pero no menos inteligible.

-- ¿Y vos, La Vallière? --preguntó Madame.

La pobre niña sentía la ardiente mirada del rey lanzada sobre ella; no se atrevía a negar, no osaba mentir, y bajó la cabeza en señal de aquiescencia.

Únicamente su cabeza no volvió a levantarse, medio helada por un frío más doloroso que el de la muerte.

Este triple testimonio aplastó al rey. Por lo que toca a Saint Aignan, ni aun procuraba disimular su desesperación, y sin saber lo que decía, barbotaba:

-- Excelente burla! ¡Bien representada, señoritas pastoras!

--Justo castigo de la curiosidad -- dijo el rey con voz ronca-- ¡Oh! ¿Quién osará, después del castigo de Tirsis y de Amintas, quién

se atreverá a querer sorprender lo que pasa en el corazón de las pastoras? Ciertamente, no seré yo... ¿Y vosotros, señores?

—¡Ni yo! ¡Ni yo! —repitió a coro el grupo de cortesanos. Madame triunfaba con el despecho del rey, se deleitaba, creyendo que su relato había sido o debía ser el desenlace de todo.

En cuanto a Monsieur, que se rio con uno y otro cuento, sin comprender lo que significaban; se volvió hacia Guiche.

— ¡Oh! Conde —le dijo—, ¿no dices nada. ¿Nada tienes que decir? ¿Por ventura, tendrías lástima de Tirsis y de Amintas?

—Les tengo lástima con toda mi alma —respondió Guiche—; porque, en verdad, el amor es tan dulce quimera, que perderlo, aunque sueño sea, es perder más que la vida. Por tanto, si esos dos pastores han creído ser amados, si se han juzgado con esto dichosos, y en lugar de esta dicha encuentran, no sólo el vacío

igual a la muerte, sino una burla de amor que vale cien mil muertes... Y bien, digo que Tirsis y Amintas son los dos hombres más desdichados que yo conozco.

--Y tenéis razón, señor de Guiche --dijo el rey--, pues al fin, la muerte es muy dura por un poco de curiosidad.

--Entonces, quiere decirse que la historia de mi náyade ha desagradado al rey --preguntó ingenuamente Madame.

-- ¡Oh! Señora, desengañaos --dijo Luis tomando la mano de la princesa--, vuestra náyade me ha gustado tanto más, cuanto más verídica ha sido, especialmente viéndose apoyado vuestro relato por testimonios irrecusables.

Y estas palabras cayeron sobre La Vallière con una mirada que nadie, desde Sócrates hasta Montaigne, pudo definir exactamente.

Esta mirada y aquellas palabras vinieron a dar el último golpe a la desgraciada joven, que,

apoyada en el brazo de la Montalais, parecía haber perdido los sentidos.

El rey se levantó sin notar este incidente, del cual nadie por lo demás hizo caso; y contra su costumbre, pues por lo general siempre permanecía hasta tarde en el cuarto de Madame, se despidió para volver a sus habitaciones.

Saint Aignan le siguió, tan desesperado a su salida como gozoso se había manifestado a su entrada.

Pero la señorita de Tonnay Charente, menos sensible que Luisa de La Vallière a las emociones, ni se asustó por ello.

Y, sin embargo, la postrer mirada de Saint Aignan había sido mucho más majestuosa que la última del rey.

CXXXI

PSICOLOGIA REAL

El rey penetró en sus habitaciones con paso rápido.

Tal vez caminaba Luis XIV tan ligero para no vacilar. Y dejaba en pos de sí como la huella de un duelo misterioso.

La alegría que habían observado todos a su llegada, y por la cual se habían regocijado, nadie llegó a profundizarla en su verdadero sentido; pero cada uno comprendió, o por lo menos creyó comprender fácilmente, aquella salida brusca y aquel rostro trastornado.

La ligereza de Madame, sus chanzas algo pesadas para un carácter suspicaz y especialmente para un carácter de rey; la comparación demasiado familiar de aquel rey a un hombre vulgar; tales eran los motivos que los cortesanos daban a la salida súbita o inesperada de Luis XIV.

Madame, más clarividente por lo demás, tampoco vio al principio otra cosa. Estaba satisfecha de haber rebajado algún tanto el amor propio de aquel que, olvidando con tanta prontitud sus compromisos contraídos, parecía tener empeño en desdeñar, sin motivo, las más nobles e ilustres conquistas.

No dejaba de tener cierta importancia para Madame, en el estado en que se encontraban las cosas, el hacer ver al rey la diferencia que había entre amar a un objeto elevado, y dedicarse a conquistas subalternas como un segundón de provincia.

Con aquellos grandes amores, sintiendo su realeza y su omnipotencia, aunque tuviese en cierto modo que sufrir su etiqueta y su ostentación, no por eso rebajaría, sino que hallaba reposo, seguridad, misterio y respeto general.

Entregándose, en cambio, a amores vulgares; encontraría, aun entre sus más humildes súbditos, censuras y sarcasmos y perdería su carácter

de infalible e inviolable. Descendiendo a la región de las pequeñas miserias humanas, tendrán que sufrir sus pobres borrascas.

En una palabra, hacer del rey dios un simple mortal tocándole en el corazón. o más bien en el semblante, como el último de sus súbditos, era dar un terrible golpe al orgullo de aquella sangre generosa. A Luis se le cautivaba más todavía por el amor propio que por el amor. Madame había calculado sabiamente su venganza; y así fue, que, como hemos visto, se vengó.

No vaya a creerse por eso que Madame tuviese las pasiones terribles de las heroínas de la Edad Media, ni que viese las cosas bajo su aspecto sombrío; antes bien, Madame, joven, graciosa, espiritual, coqueta y amorosa, más bien de capricho, de imaginación o de ambición, que de corazón, inauguraba aquella época de placeres fáciles y pasajeros, que marcó los ciento veinte años pasados entre la mitad del siglo XVII y los tres cuartos del XVIII.

Madame veía, pues, o mejor dicho, creía ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Sabía que el rey, su augusto cuñado, se había reído el primero de la humilde La Vallière, y que, atendido su carácter, no era probable que pudiese adorar nunca a una persona de quien había llegado a reírse, aun cuando fuese sólo por un instante.

Además, ¿no estaba allí el amor propio, ese demonio incitador, que tan gran papel hace en la comedia dramática que se llama vida de la mujer? ¿No le decía el amor propio, en alta voz, por lo bajo, a media voz, en todos los tonos posibles, que ella, princesa joven, hermosa y rica, no podía realmente ser comparada con la pobre La Vallière, tan joven como ella, es verdad, pero mucho menos hermosa, y sobretodo, pobre? Y no hay que, extrañar eso de parte de Madame; sabido es que los caracteres más grandes son los que más se adulan en la comparación que hacen de sí mismos con los demás, y viceversa. Quizá se preguntará qué era lo que intentaba

Madame con aquel ataque tan bien combinado. ¿A qué desplegar todas aquellas fuerzas, si no se trataba seriamente de desalojar al rey de un corazón enteramente nuevo, en donde creía ocupar un lugar? ¿Tenía acaso, necesidad Madame de dar semejante importancia a La Vallière, si no la temiese?

No, Madame no temía a La Vallière desde el punto de vista en que un historiador que sabe los hechos ve lo futuro, o más bien lo pasado. Madame no era profeta ni sibila, y no podría más que otra cualquiera leer en ese terrible y fatal libro del porvenir, que esconde en sus más ocultas páginas los acontecimientos más serios.

Madame quería pura y simplemente castigar al rey por, haberle jugado un chasco enteramente femenino, y deseaba hacerle ver claramente, que si se valía de esa clase de arman ofensivas, ella, que era mujer de talento y de raza, sabría hallar en el arsenal de su imaginación armas

demasiado defensivas, a prueba hasta de los golpes de un rey.

Quería patentizarle, además, que, en ese género de luchas, no había reyes, o por lo menos que los reyes, combatiendo por su propia cuenta como los demás hombres, podían ver caer su corona al primer choque; y, en fin, que si había llegado a figurarse que iba a ser adorado de buenas a primeras y tan sólo dejarse ver, por todas las mujeres de la Corte, no pasaba eso de ser una pretensión humana, temeraria e insultante para algunas damas colocadas en posición más elevada que las otras. Madame creía que la oportuna lección que había dado a aquella testa coronada, tan elevada y altiva, sería eficaz.

Estas eran las reflexiones que se hacía Madame con respecto al rey. El hecho lo dejaba a un lado. De suerte que ya se ha visto cómo había influido en el ánimo de sus camaristas, y preparado en todos sus pormenores la comedia que acababa de representarse.

El rey quedó todo aturdido. Desde que se vio libre del señor Mazarino, era aquélla la primera vez que se veía tratado como hombre.

Semejante severidad, por parte de sus súbditos, habríale suministrado materia para resistir. Los poderes se acrecientan con la lucha.

Mas dirigir sus tiros contra mujeres, ser atacado por ellas, verse burlado por unas chicas provincianas, llegadas de Blois con toda intención para eso, era el colmo del deshonor para un rey joven lleno de la vanidad que le inspiraban a la vez sus ventajas personales y su poder real.

Nada podía hacer ni reconvenir, ni desterrar, ni siquiera poner mal semblante.

Enojarse habría sido confesar que se le había herido, como a Hamlet, por un arma desbotonada, el arma del ridículo.

¡Enfurrñarse con las mujeres! ¡Qué humillación! Principalmente cuando esas mujeres tienen por venganza la risa.

¡Oh! Si en vez de dejar toda la responsabilidad a las mujeres, se hubiese mezclado algún hombre en aquella intriga, ¡con qué deleite habría aprovechado Luis XIV la ocasión para utilizar la Bastilla!

Pero, aun en ese caso, cedía la ira del rey ante la fuerza del raciocinio.

Tener un ejército, cárceles, un poder casi divino, y hacer servir toda esa omnipotencia para satisfacer un infame rencor, era cosa indigna, no sólo de un rey, sino hasta de un hombre.

No quedaba, pues, otro remedio que devorar en silencio aquella afrenta y revestirse de la afabilidad y cortesanía de siempre.

Era preciso tratar a Madame como amiga. ¡Como amiga! ... ¿Y por qué no?

O era Madame la instigadora de aquel suceso; o el acontecimiento la había encontrado pasiva.

Si había sido instigadora, no dejaba de ser atrevimiento de su parte, pero, ¿no era ése, acaso, su papel natural?

¿Quién había ido a buscarla en el momento más dulce de la luna conyugal para hablarle un lenguaje amoroso? ¿Quién había osado calcular las eventualidades del adulterio, y aun más todavía del incesto? ¿Quién, escudado en su omnipotencia real, había dicho a aquella joven: “No temáis; amad al rey de Francia que es superior a todos, y un movimiento de su brazo armado con el cetro os protegerá contra todos, hasta contra vuestros propios remordimientos”?

La joven había obedecido a aquella palabra real, había cedido a aquella voz corruptora, y ahora que había hecho el sacrificio de su honor, veía pagado este sacrificio con una infidelidad, tanto más humillante, cuanto que reconocía por

causa una mujer muy inferior a aquella que al principio creyó ser amada.

Por consiguiente, aun cuando Madame hubiese sido la instigadora de la venganza; habría tenido razón.

Si, por el contrario, sólo había hecho un papel pasivo en toda aquella aventura, ¿qué motivos podía tener el rey para quejarse?

¿Era acaso de su deber, o estaba en su mano contener el torrente de algunas lenguas provincianas? ¿Debía, por un exceso de celo mal entendidos reprimir, a riesgo de envenenarla, la impertinencia de aquellas tres jóvenes?

Todas estas reflexiones eran otras tantas picaduras sensibles al orgullo del rey; pero luego que repasó en su memoria todos aquellos agravios, se admiraba Luis XIV, después de meditado todo, es decir, después de curada la herida, de experimentar otros dolores sordos, insoportados, desconocidos.

Y lo que no se atrevía a confesarse a sí mismo, era que aquellos lancinantes dolores tenían su asiento en el corazón.

Y, en efecto, preciso es que el cronista se lo confiese a los lectores, como el rey se lo confesaba a sí mismo: Luis habíase dejado seducir el corazón por aquella candorosa declaración de La Vallière; llegó a creer en el amor puro, en el amor por el hombre; en el amor despojado de todo interés; y su alma; más joven, y sobre todo más inocente de lo que él la suponía, se había exaltado ante aquella otra alma que acababa de revelársele por sus aspiraciones.

Lo que hay de más raro en la historia tan compleja del amor, es la doble inoculación del amor en dos corazones; no más simultaneidad que igualdad; el uno ama casi siempre antes que el otro; así como también termina casi siempre de amar uno después que el otro. La corriente eléctrica se establece en razón a la intensidad de la primera pasión que se encien-

de. Cuanto más intenso era el amor que había manifestado la señorita de La Vallière, mayor había sido también el que el rey había sentido.

Y esto era precisamente lo que asombraba al rey.

Porque se le había demostrado con la mayor claridad que ninguna corriente simpática había podido arrastrar su corazón, ya que aquella declaración no nacía del amor, ni era otra cosa que un insulto hecho al hombre y al rey; era, en una palabra, y la expresión le abrasaba como un hierro candente, una burla.

De manera que aquella muchachita, a quien en rigor todo se le podía negar, belleza, distinción y talento; aquella muchachita, ungida por la princesa misma a causa de su humildad, no sólo había provocado, sino desdeñado al rey, es decir, a un hombre que, como un sultán del Asia, no tenía más que fijar su mirada, extender la mano y dejar caer el pañuelo.

Y, desde la víspera, estaba ocupado su ánimo con aquella muchacha, hasta el punto de no pensar más que en ella, de no soñar más que con ella; desde la víspera, se deleitaba su imaginación en engalanar su imagen con encantos que no tenía, y, por último, él, a quien tantos negocios reclamaban, a quien tantas mujeres invocaban, había consagrado desde el día anterior todos los instantes de su vida, todos los latidos de su corazón, a aquel solo pensamiento.

En verdad, era mucho o muy poco.

Y como la indignación hiciera al rey olvidarlo todo, entre otras cosas que estaba allí Saint Aignan, se desahogaba exhalándola en las más violentas imprecaciones.

Cierto es que Saint Aignan se hallaba acurrucado en un rincón, desde donde miraba pasar la tempestad.

Su desengaño parecíale miserable al lado de la cólera del rey. Comparaba a su pobre amor propio el inmenso orgullo de aquel soberano ofendido, y, conociendo el corazón de los reyes en general, y el de los poderosos en particular, se preguntaba así propio si aquella nube de furor, suspendida hasta entonces en el vacío, acabaría por descargar sobre él, por lo mismo que otros eran culpables y él inocente.

En efecto, detuvo el rey sus agitados pasos, y fijando en Saint Aignan una mirada de enojo:

--¿Y tú Saint Aignan? --exclamó.

Saint Aignan hizo un movimiento, como si quisiera decir: ¿qué, señor?

--Sí, también has sido tan necio como yo, ¿no es cierto?

--Majestad -- balbuceó Saint Aignan.

--Te has dejado coger en ese grosero lazo.

--Majestad -- dijo Saint Aignan comenzándole a correr un calofrío por todo el cuerpo, no os enojéis; las mujeres son criaturas imperfectas, creadas para el mal; y exigir de ellas el bien, es exigir lo imposible.

El rey, que tenía gran respeto hacia sí mismo, y principiaba a tomar sobre sus pasiones ese dominio, que conservó después toda su vida, conoció que se rebajaba manifestando tanto ardor por un objeto tan insignificante.

--No --dijo con viveza--; te engañas, Saint Aignan, porque no estoy enojado; sólo que me asombra haber sido burlados con tanta destreza por esas dos muchachitas. Admiro sobre todo, que, habiéndonos podido informar, hayamos cometido la torpeza de fiarnos de nuestro corazón.

--¡Oh! El corazón, Majestad, es un órgano que hay que limitar absolutamente a sus funciones físicas, destituirlo de todas sus funciones morales. Por mi parte, confieso que cuando he

visto el corazón de Vuestra Majestad tan embebido por esa joven...

—¿Embebido, yo? Mi ánimo, puede ser, pero mi corazón... estaba...

Luis conoció que para tapar este vacío iba a descubrir otro.

—Por lo demás —añadió—, nada tengo que echar en cara a esa niña. Sabía muy bien que amaba a otro.

—Al vizconde de Bragelonne, sí. Ya se lo tenía dicho a Vuestra Majestad.

—Sí, por cierto; pero no has sido tú el primero. El conde de la Fère me había pedido antes la mano de la señorita de La Vallière para su hijo; de modo, que cuando éste vuelva de Inglaterra, los casaré, puesto que se aman.

—En verdad, reconozco en eso toda la generosidad del rey.

--Mira, Saint Aignan, créeme; no hablemos más de semejantes cosas --dijo Luis.

--En efecto, Majestad; digeramos la afrenta --dijo resignado el cortesano.

--No creo que sea difícil --repuso el rey modulando un suspiro.

--Y para principiar, yo. . . --dijo Saint Aignan.

--¿Qué?

--Voy a componer algún buen epigrama sobre el trío; encabezándolo con el título de Náyade y Driada: eso será del agrado de Madame.

-- Hazlo, Saint Aignan, hazlo --murmuró el rey--. Me leerás tus versos, y eso me distraerá. ¡Oh! No importa, no importa, Saint Aignan; el golpe requiere fuerzas sobrehumanas para sobrellevarlo dignamente.

Apenas había el rey terminado de pronunciar estas palabras, con aire de la más angelical pa-

ciencia, uno de los criados de servicio llamó en la puerta de la cámara.

Saint Aignan apartóse por respeto.

—Adelante —dijo el rey.

El criado entreabrió la, puerta.

—¿Qué hay? —preguntó Luis. El criado enseñó una carta doblada en forma de triángulo. — Para Su Majestad —dijo.

—¿De parte de quién?

—Lo ignoro; ha sido entregada por uno de los empleados de servicio.

El rey hizo una seña, y el criado puso en sus manos el billete.

Su Majestad se acercó a las luces, abrió el billete, leyó la firma y dejó escapar un grito.

Saint Aignan era bastante respetuoso para no mirar; pero, a pesar de todo, veía y oía.

Acudió.

El rey despidió al criado con un ademán.

--¡Oh! ¡Dios mío! --dijo el rey conforme iba leyendo..

--¿Se encuentra indispuerto Vuestra Majestad? --preguntó. Saint Aignan con los brazos extendidos.

--No, no, Saint Aignan. ¡Lee! Y le entregó el billete.

Los ojos de Saint Aignan fueron a la firma.

--¡La Vallière! --exclamó-- ¡Oh! ¡Señor!

--¡Lee, lee!

Y Saint Aignan leyó: . "Majestad: Perdonad mi inoportunidad, perdonad sobre todo la falta de formalidades que acompaña a esta carta; considero que un billete debe hacer más fuerza que un despacho, y, por tanto, me torno la libertad de dirigir un billete a Vuestra Majestad.

"Vuelvo a mi cuarto traspasada de dolor y de fatiga, e imploro de Vuestra Majestad el favor

de una audiencia, en la que podré decir, la verdad a mi rey.

LUISA DE LA VALLIÈRE."

—¿Qué te parece? —preguntó el rey tomando la epístola de manos de Saint Aignan, aturdido con lo que acababa de leer.

—¿Qué me parece? —repitió Saint Aignan.

—Sí, ¿qué piensas de esto?

—¡Qué sé yo!

—¡Algo pensarás!

—Majestad, la chica habrá oído zumbiar la tempestad; y tendrá miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó con nobleza Luis.

—¿Por qué extrañarse, Majestad?

— Tenéis mil motivos para mirar con malos ojos al autor o autores de una chanza tan pesada, y la memoria de Vuestra Majestad, abierta

en mal sentido, es una continua amenaza para la imprudente...

--Saint Aignan, no veo las cosas de esa manera.

--El rey debe ver mejor que yo.

--Pues bien, en estas líneas advierto dolor, violencia, y, ahora que recuerdo ciertas particularidades de la escena que ha pasado esta noche en la habitación de Madame... En fin, Su Majestad se detuvo cortando la frase.

--En fin --prosiguió Saint Aignan--que Vuestra Majestad va a conceder la audiencia; eso es lo mas claro de todo.

--Voy a hacer más, Saint Aignan.

--¿Qué Majestad?

--Coge tu capa.

--Pero, Majestad...

—¿Sabes dónde está la cántara de las camaristas de Madame?

—Sí, Majestad.

— ¿Sabes algún medio para entrar en ella? .

—¡Oh! En cuanto a eso no.

— Pero alguien conocerás por allí.

—En verdad; Vuestra Majestad es manantial de toda buena idea.

—¿Conoces a alguien?

—Sí.

—¿A quién? Vamos a ver.

—A un mozo que está en la mejor inteligencia con cierta doncella.

— Camarista.

—Sí, camarista, Majestad.

— ¿Con Tonnay Charente? —dijo Luis riendo.

--Por desgracia, no; con Montalais.

--¿Y se llama?

--Malicome.

-- Corriente... ¿Y puedes contar con él?

-- Creo que sí, Majestad. Es muy posible que posea una llave, y en ese caso, como he tenido ocasión de hacerle un pequeño servicio... me parece que no tenga inconveniente en facilitármela.

--Eso es lo mejor. ¡Vamos!

--Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

El rey echó su propia capa sobre los hombros de Saint Aignan, y le pidió la suya. Luego, salieron los dos al vestíbulo.

CXXXII

LO QUE NO PREVIERON NÁYADE NI  
DRIADA

Saint Aignan detúvose al pie de la escalera que conducía a los entresuelos, donde se hallaban las habitaciones de las camaristas, y al piso principal, donde estaba la de Madame.

Desde allí, por medio de un criado que cruzaba, hizo avisar a Malicorn, que estaba todavía en la habitación de Monsieur.

Transcurridos diez minutos, Malicorne llegó todo estirado y olfateando en la sombra.

El rey retrocedió, para ocultarse en la parte más oscura del vestíbulo.

En cambio, Saint Aignan avanzó. Mas, a las primeras palabras con que formuló su deseo. Malicorne dio un respingo.

—¡Oh, oh! ¿Me pedís que os introduzca en las habitaciones de las camaristas?

—Sí.

--Ya comprenderéis que no me es posible hacer semejante cosa sin saber antes cuál es vuestro objeto.

--Por desgracia, querido señor Malicorne, me es imposible dar la menor explicación; de consiguiente, es preciso que os fiéis de mí como de un amigo que os sacó ayer de un apuro, y que os suplica le saquéis hoy de otro a él.

--Pero yo, caballero, os manifesté mi objeto, que era el no dormir al ras, y cualquier hombre de bien puede tener un deseo semejante, al paso que vos nada me decís.

--Creed, mi querido señor Malicorne -- insistió Saint Aignan--, que si me fuera permitido explicarme, no dejaría de hacerlo.

--Entonces mi querido señor, no puedo permitir que entréis en el cuarto de la señorita de Montalais.

--¿Por, qué?

--Mejor que nadie debéis saberlo, ya que me sorprendísteis en la tapia haciendo la corte a la señorita de Montalais, y ya comprenderéis, que haciéndole la corte, sería demasiada complacencia de mi parte abriros la puerta de su cámara.

--¿Y quién dice que os pido la llave por la señorita de Montalais?

--¿Pues para quién, si no?

--Supongo que esa señorita no vivirá sola.

-- No, claro está.

--¿No se aloja con la señorita de La Vallière?

--Sí, pero no creo que tengáis con la señorita de La Vallière más que con la señorita de Montalais, y no hay más que dos hombres en el mundo a quien podría entregar esta llave; al señor de Bragelonne, si me la pidiera, y al rey, si me lo mandase.

--Pues bien, dadme esa llave, señor, yo os lo ordeno --dijo el rey saliendo de la obscuridad y entreabriendo su capa-- la La señorita de Montalais bajará al lado vuestro mientras nosotros subimos a ver a la señorita de La Vallière, porque sólo con ésta es con quien tenemos que hablar.

--¡El rey! --exclamó Malicorne encorvándose hasta las rodillas del rey.

--Sí, el rey --dijo Luis sonriendo--; el rey, que os felicita tanto por vuestra resistencia como por vuestra capitulación. Levantaos, caballero, y hacednos el servicio que os solicitamos.

-- Majestad, a vuestras órdenes -- dijo Malicorne subiendo la escalera.

--Haced que baje la señorita de Montalais --ordenó el rey--, y no le habléis palabra de mi visita.

Malicorne se inclinó en señal de obediencia y continuó subiendo. Pero el rey, por súbita reflexión, le siguió, y con tal rapidez, que a pesar de llevarle Malicorne de delantera la mitad de los escalones, llegó a la cámara al mismo tiempo que aquél.

Entonces distinguió, por la puerta que había dejado entreabierta Malicorne a La Vallière recostada en un sillón, y en el otro extremo a Montalais, que se estaba peinando, en bata y de pie, frente a un espejo, conferenciando con Malicorne.

El rey abrió súbitamente y entró. Montalais lanzó un grito al ruido que hizo la puerta, y, viendo al rey, escurrió el bulto.

La Vallière, por su parte, al ver al rey, se levantó como un cadáver galvanizado, y volvió a dejarse caer en el sillón.

El rey se adelantó hacia ella lentamente:

—¿Deseabais una audiencia, señorita? —le dijo con frialdad—. Estoy pronto a oíros.... Hablad...

Saint Aignan; fiel a su papel de sordo, ciego y mudo, habíase colocado en un esconce de puerta, sobre el escabel que la casualidad parecía haberle proporcionado.

Abrigado bajo la tapicería que servía de cortina, refirmado en la pared, escuchó si sin ser visto, resignándose al papel de perro del guarda, que espera y vigila sin incomodar jamás al amo.

Asustada, La Vallière al aspecto irritado del rey, se levantó por segunda vez, y, permaneciendo en una postura humilde y suplicante:

—Majestad —balbuceó—; perdonadme.

— ¿Y el qué queréis que os perdone, señorita? — preguntó Luis XIV.

-- Majestad, he cometido una grave falta, más que una grave falta; un gran crimen

--¿Vos?

-- He ofendido a Vuestra Majestad.

--Absolutamente nada --replicó Luis XIV.

-- Majestad, os ruego que depongáis esa terrible gravedad que revela la justa cólera del rey. Conozco, Majestad, que os he ofendido, mas necesito explicaros cómo esa ofensa ha sido sin mi plena voluntad.

-- Pues no veo en qué podáis habarme ofendido, señorita. ¿Lo decís acaso por esa chanza de muchacha, chanza en sí bien inocente? Os habéis reído de un joven crédulo, y es cosa muy natural; cualquiera otra mujer, en vuestro lugar, hubiera hecho lo mismo.

-- ¡Oh! Vuestra Majestad me abruma con esas palabras.

--Y ¿por qué?

— Porque si la chanza hubiera procedido de mí, no sería inocente.

—En fin, señorita — prosiguió el rey—. ¿Es eso todo cuanto teníais que decirme al pedirme la audiencia?

Y el rey dio casi un paso atrás. Entonces, La Vallière, con voz breve y entrecortada, con los ojos secos por el fuego de las lágrimas, dio a su vez un paso hacia él rey.

— ¿Vuestra Majestad lo oyó todo? — dijo.

— ¿Todo qué?

—Todo lo que dijieran mis labios bajo la encina real.

—No perdí una sola palabra, señorita.

—Y habiéndome oído Vuestra Majestad, ¿ha podido creer que abusara de su credulidad?

—Sí, credulidad, ésa es la palabra.

--¿Y no ha sospechado Vuestra Majestad que una pobre muchacha como yo puede verse obligada a veces a pasar por la voluntad de otra persona?

--Perdón, pero nunca comprenderé que la persona cuya voluntad parecía expresar tan libremente bajo la encina real, se deje influenciar hasta ese punto por la voluntad de otro.

--¡Oh! ¿Pero y la amenaza, Majestad

--¡La amenaza! ¿Y quién os amenazaba? ¿Quién osaba amenazaros?

--Los que tienen derecho para hacerlo, señor.

--A nadie en mi reino reconozco el derecho de amenazar.

--Perdonadme, Majestad; al lado mismo de Vuestra Majestad hay personas bastante elevadas para tener o para creerse con el derecho de perder a una muchacha sin porvenir, sin fortuna, y que no cuenta más que con su reputación.

--¿Y cómo la han de perder?

--Haciéndola perder la reputación con una expulsión infamante.

--¡Oh! Señorita --dijo el rey con profunda amargura--; gusto en extremo de las personas que se disculpen sin acriminar a otros.

-- ¡Majestad!. .

--Sí, y me es penoso, lo confieso, ver que una justificación fácil, como podría ser la vuestra, venga a complicarse en mi presencia con un tejido de reconvenciones y de imputaciones.

--¡A los cuales no dais crédito! --exclamó La Vallière.

El rey guardó silencio.

--¡Oh! ¡Decidlo, decidlo de una vez! --repitió La Vallière con vehemencia.

-- Miento confesároslo --dijo el rey inclinándose con frialdad.

La joven lanzó una honda exclamación, y golpeando sus manos una contra otra.

—¿Conque no me creéis? —dijo. El rey nada respondió.

Las facciones de La Vallière alteráronse con aquel silencio.

—¿Conque suponéis que yo —dijo— yo... he urdido ese ridículo e inicuo complot para burlarme imprudentemente de Vuestra Majestad?

—¡Eh, pardiez! No veo que eso sea ridículo e inicuo —repuso el rey— ni aun me atrevería a llamarlo complot; es una chanza más o menos divertida, y nada más.

— ¡Oh! —murmuró la joven, desesperada— ¡El rey no me cree, el rey no quiere creerme!

—En efecto, no os quiero creer.

—¡Dios mío, Dios mío!

—¿Pues qué cosa hay más natural? El rey me sigue, me escucha, me acecha; el rey intenta tal vez divertirse a mi costa; pues divirtámonos a la suya, y, como el rey es hombre de corazón, hirámosle en él.

La Vallière ocultó la cabeza en sus manos, ahogando un suspiro. El prosiguió impasible, vengándose en la pobre víctima de todo lo que había sufrido.

— Pongamos ahora la fábula de que le amo y le he distinguido. El rey es tan cándido y tan orgulloso a la vez, que me creerá, y entonces iremos a contar ese candor del rey, para reírnos.

—¡Oh! —exclamó La Vallière—. ¡Pensar semejante cosa es horrible!

—Y no, es todo —prosiguió el rey—; si ese príncipe orgulloso llega a tomar la chanza como cosa seria, si tiene la indiscreción de manifestar públicamente algo parecido a la alegría, entonces mejor, el rey será humillado ante toda la

Corte, y algún día será una historia agradable que contar a mi amante, una parte de dote que llevar a mi marido, esa aventura de un rey, burlado por una maliciosa joven.

—¡Majestad! —murmuro La Vallière desencajada, delirante—. ¡Ni una palabra más, os lo suplico! ¿No véis que me estáis matando?

—¿Chanzas todavía? —murmuró el rey, principiando, no obstante a conmoveerse.

La Vallière cayó de rodillas tan bruscamente, que resonaron sus rodillas en el suelo.

— Juntando luego las manos: Majestad, —dijo—; prefiero la vergüenza a la traición.

—¿Qué hacéis? —preguntó el rey, aunque sin hacer el menor movimiento para levantar a la joven.

—Majestad, cuando os haya sacrificado mi honor y mi razón, tal vez, creáis entonces en mi lealtad. La historia contada en la habitación de

Madame y por Madame, es una mentira; lo que dije bajo la gran encina...

— ¿Qué?

—Eso sólo es la verdad.

—¡Señorita! —exclamó el rey.

— Majestad —exclamó La Vallière impulsada por la violencia de sus sensaciones—, aun cuando deba morir de vergüenza en este sitio en que han echado raíces mis rodillas, os lo diré hasta que la voz me falte: he dicho que os amaba, y... Majestad, ¡os amo!

—¡Vos!

—Os amo Majestad, desde el primer instante en que os vi, desde que en Blois, donde pasaba lánguida mi vida, cayó sobre mí vuestra augusta mirada, luminosa y vivificadora. ¡Os amo, Majestad! Sé que es un crimen de lesa majestad el que una infeliz muchacha como yo ame a su Rey y se lo diga. Castigadme por mi audacia,

despreciadme por mi imprudencia; pero no digáis jamás, no creáis jamás que me he burlado de vos; ni que os he traicionado. ¡Soy de sangre fiel al trono, Majestad; y amo... ¡amo a mi. rey!  
¡Ay! ¡Yo me muero!

Y de repente, falta de fuerzas, de voz y de aliento, cayó tronchada en el suelo, como aquella flor de que habla Virgilio tocada por la hoz del segador.

Cuando oyó Su Majestad aquellas palabras, aquella vehemente súplica, no le quedó el menor asomo de rencor ni de duda, y se abrió su corazón entero al soplo apasionado de aquel amor que hablaba en lenguaje tan noble y decidido.

Así fue que, al escuchar la apasionada confesión de aquel amor, se ocultó la cara entre las manos.

Pero, cuando sintió las manos de La Vallière asidas a las suyas, cuando la tibia presión de la

enamorada joven se comunicó a sus arterias, se abrasó él a su vez, y, cogiendo a La Vallière por el talle, la levantó y la estrechó contra su corazón.

Pero ella, moribunda y con la cabeza apoyada sobre sus hombros, no vivía.

Asustado el rey, llamó entonces a Saint Aignan.

Saint Aignan, que llevara la discreción hasta el punto de permanecer inmóvil en un rincón, fingiendo enjugar una lágrima, acudió presuroso al oír que le llamaba el rey.

Entonces ayudó a Luis a poner a la joven, sobre un sillón, le dio golpes en las manos y la roció con agua de la reina de Hungría, repitiéndole:

—¡Señorita, ea, señorita, se acabó ya todo, el rey os cree y os perdona! ¡Vaya, vaya! ¡Tened cuidado, que vais a conmovier con excesiva violencia al rey! Su Majestad es sensible, señorita, y

tiene su corazón. ¡Qué diablos, señorita! ¡Mirad que el rey está muy pálido!

En efecto, el Rey palidecía visiblemente.

—¡Señorita, señorita! —continuaba Saint Aignan—, volved en vos, por Dios, que todavía es tiempo! ¡Pensad que si el rey se pusiera malo, me vería precisado a llamar a su médico! ¡Oh! ¡Qué pena, señorita! ¡Mi amada señorita! ¡A ver si hacéis un esfuerzo y volvéis en vos! ¡Pronto! ¡Pronto!

Difícil era desplegar una elocuencia más persuasiva que la de Saint Aignan; pero algo más enérgico y activo que la elocuencia de Saint Aignan hizo volver en sí a La Vallière.

El rey habíase arrodillado ante ella, y le imprimía en la palma de la mano esos ardientes besos que son a las manos lo que el beso de los labios es al rostro.

Volvió por fin en sí la joven, abrió lánguidamente sus ojos, y, con mirada moribunda:

—¡Oh! —murmuró—. ¿Vuestra Majestad se digna perdonarme? El rey no contestó... pues estaba todavía muy conmovido. Saint Aignan creyó que debía alejarse otra vez, adivinando la llama que brotaba de los ojos de Su Majestad.

La Vallière se levantó.

—Y ahora, Majestad — dijo con entereza—, ahora que estoy justificada, o por lo menos así lo creo, a vuestros ojos, concededme que me retire a un convento. Allí bendeciré a mi rey toda mi vida, y allí moriré amando a Dios, que me ha concedido un día de felicidad.

—¡No, no —contestó el rey—; viviréis aquí, por el contrario, bendiciendo a Dios, pero amando a Luis, que os creará toda una existencia de dicha, a Luis, que os ama, a Luis, que os lo jura!

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Y al manifestar La Vallière esa duda, crecían tanto en ardor los

besos del rey, que Saint Aignan creyó de su deber pasar al otro lado de la tapicería.

Pero aquellos besos, que no había tenido fuerza para rechazar en un principio, comenzaron a abrasar a la joven.

—¡Oh! Majestad —exclamó—, no me hagáis arrepentir de haber sido tan leal, porque eso me probará que me despreciáis aún.

— Señorita — dijo de pronto el rey retrocediendo lleno de respeto—, nada amo ni venero en el mundo más que a vos, y nada en mi Corte, os lo juro, será tan estimado como lo seréis vos en adelante; os pido, pues, perdón por mi arrebató, señorita, nacido sólo de un exceso de amor. Así os probaré que os amo más todavía, respetándoos tanto como podáis desear.

Inclinándose al punto ante ella y tomándole una mano:

--Señorita --le dijo--, ¿queréis hacerme la honra de aceptar el beso que imprimo en vuestra mano?

Y el labio del rey rozó respetuoso y ligero la mano estremecida de la joven.

--Desde hoy --repuso Luis, levantándose y extendiendo una mirada sobre La Vallière--, estaréis bajo mi protección. No habléis a nadie del mal que os he causado, y perdonad a los otros el que os hayan podido hacer. En adelante os veréis colocada en un puesto tan superior al de ellos que lejos de infundiros temor, ni aun siquiera os causarán lástima. Y saludó religiosamente como al salir de un templo.

En seguida llamando a Saint Aignan, que se acercó humildemente:

-- Conde --le dijo--, espero que esta señorita tendrá a bien concederos un poco de amistad a cambio de la que le he consagrado para siempre.

Saint Aignan dobló la rodilla ante La Vallière.

--¡Qué alegría para mí --murmuró-- si esta señorita se digna hacerme ese honor!

--Voy a enviaros a vuestra. compañera --dijo el rey--. Adiós, señorita, o más bien hasta la vista; hacedme el favor de no olvidarme en vuestras oraciones.

--¡Oh! Majestad --exclamó La Vallière----, no lo temáis, pues estáis con Dios en mi corazón.

Esta última frase emocionó al rey, el cual se llevó gozoso, a Saint Aignan por la escalera.

Madame no había previsto tal desenlace: ni náyade ni dríada habían hablado de él:

*FIN DEL TOMO PRIMERO*